SAN AGUSTÍN DE HIPONA

La Ciudad de Dios

De Civitate Dei

TOMO I · IV

SABBATISMUS

San Agustín de Hipona (354–430)
De Civitate Dei · La Ciudad de Dios

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Edición bilingüe frente a frente: latín en las páginas pares, español en las impares.
Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

ÍNDICE

Los veintidós libros de San Aurelio Agustín, Obispo de Hipona, a Marcelino sobre la Ciudad de Dios contra los paganos. 11
PREFACIO. 11
Capítulo Primero. 11
Capítulo II. 15
Capítulo III. 15
Capítulo IV. 19
Capítulo V. 19
Capítulo VI. 21
Capítulo VII. 23
Capítulo VIII. 23
Capítulo IX. 25
Capítulo X. 29
Capítulo XI. 35
Capítulo XII. 35
Capítulo XIII. 39
Capítulo XIV. 41
Capítulo XV. 41
Capítulo XVI. 45
Capítulo XVII. 47
Capítulo XVIII. 47
Capítulo XIX. 49
Capítulo XX. 55
Capítulo XXI. 57
Capítulo XXII. 57
Capítulo XXIII. 59
Capítulo XXIV. 61
Capítulo XXV. 63
Capítulo XXVI. 65
Capítulo XXVII. 67
Capítulo XXVIII. 69
Capítulo XXIX. 71
Capítulo XXX. 73
Capítulo XXXI. 75
Capítulo XXXII. 77
Capítulo XXXIII. 77
Capítulo XXXIV. 79
Capítulo XXXV. 79
Capítulo XXXVI. 81
LIBRO SEGUNDO. 85
Capítulo I. 85
Capítulo II. 87
Capítulo III. 89
Capítulo IV. 89

Capítulo V. ... 91
Capítulo VI. ... 93
Capítulo VII. ... 95
Capítulo VIII. ... 97
Capítulo IX. ... 99
Capítulo X. ... 101
Capítulo XI. ... 103
Capítulo XII. ... 105
Capítulo XIII. ... 105
Capítulo XIV. ... 107
Capítulo XV. ... 111
Capítulo XVI. ... 113
Capítulo XVII. ... 113
Capítulo XVIII. ... 115
Capítulo XIX. ... 119
Capítulo XX. ... 121
Capítulo XXI. ... 123
Capítulo XXII. ... 129
Capítulo XXIII. ... 133
Capítulo XXIV. ... 135
Capítulo XXV. ... 139
Capítulo XXVI. ... 141
Capítulo XXVII. ... 145
Capítulo XXVIII. ... 145
Capítulo XXIX. ... 147
LIBRO TERCERO. ... 151
Capítulo I. ... 151
Capítulo II. ... 153
Capítulo III. ... 153
Capítulo IV. ... 155
Capítulo V. ... 157
Capítulo VI. ... 157
Capítulo VII. ... 159
Capítulo VIII. ... 161
Capítulo IX. ... 161
Capítulo X. ... 163
Capítulo XI. ... 167
Capítulo XII. ... 167
Capítulo XIII. ... 169
Capítulo XIV. ... 173
Capítulo XV. ... 177
Capítulo XVI. ... 181
Capítulo XVII. ... 185
Capítulo XVII. ... 187
Capítulo XVIII. ... 193

Capítulo XIX. ... 195
Capítulo XX. ... 197
Capítulo XXI. ... 201
Capítulo XXII. ... 203
Capítulo XXIII. ... 205
Capítulo XXIV. ... 207
Capítulo XXV. ... 207
Capítulo XXVI. ... 209
Capítulo XXVII. ... 209
Capítulo XXVIII. ... 211
Capítulo XXIX. ... 213
Capítulo XXX. ... 215
Capítulo XXXI. ... 217
Libro C ... 221
Capítulo I. ... 221
Capítulo II. ... 223
Capítulo III. ... 225
Capítulo IV. ... 227
Capítulo V. ... 229
Capítulo VI. ... 231
Capítulo VII. ... 233
Capítulo VIII. ... 235
Capítulo IX. ... 237
Capítulo X. ... 237
Capítulo XI. ... 241
Capítulo XII. ... 245
Capítulo XIII. ... 247
Capítulo XIV. ... 247
Capítulo XV. ... 247
Capítulo XVI. ... 249
Capítulo XVII. ... 251
Capítulo XVIII. ... 251
Capítulo XIX. ... 253
Capítulo XX. ... 255
Capítulo XXI. ... 255
Capítulo XXII. ... 257
Capítulo XXIII. ... 259
Capítulo XXIV. ... 263
Capítulo XXV. ... 265
Capítulo XXVI. ... 265
Capítulo XXVII. ... 267
Capítulo XXVIII. ... 271
Capítulo XXIX. ... 271
Capítulo XXXI. ... 273
Capítulo XXXII. ... 277

Capítulo XXXIII. . . . 277
Capítulo XXXIV. . . . 279
LIBRO QUINTO. . . . 283
PREFACIO. . . . 283
Capítulo Primero. . . . 283
Capítulo II. . . . 287
Capítulo III. . . . 289
Capítulo IV. . . . 289
Capítulo V. . . . 291
Capítulo VI. . . . 295
Capítulo VII. . . . 297
Capítulo VIII. . . . 299
Capítulo IX. . . . 301
Capítulo X. . . . 309
Capítulo XI. . . . 313
Capítulo XII. . . . 313
Capítulo XIII. . . . 321
Capítulo XIV. . . . 323
Capítulo XV. . . . 327
Capítulo XVI. . . . 327
Capítulo XVII. . . . 329
Capítulo XIX. . . . 337
Capítulo XX. . . . 341
Capítulo XXI. . . . 343
Capítulo XXII. . . . 345
Capítulo XXIII. . . . 347
Capítulo XXIV. . . . 349
Capítulo XXV. . . . 351
Capítulo XXVI. . . . 353
LIBRO SEXTO. . . . 359
PREFACIO. . . . 359
Capítulo Primero. . . . 361
Capítulo II. . . . 365
Capítulo III. . . . 369
Capítulo IV. . . . 369
Capítulo V. . . . 373
Capítulo VI. . . . 377
Capítulo VII. . . . 381
Capítulo VIII. . . . 387
Capítulo IX. . . . 389
Capítulo X. . . . 395
Capítulo XI. . . . 399
Capítulo XII. . . . 401
LIBRO SÉPTIMO. . . . 405
PREFACIO. . . . 405

Capítulo Primero. 405
Capítulo II. 407
Capítulo III. 409
Capítulo IV. 415
Capítulo V. 415
Capítulo VI. 419
Capítulo VII. 419
Capítulo VIII. 421
Capítulo IX. 423
Capítulo X. 425
Capítulo XI. 427
Capítulo XII. 429
Capítulo XIII. 431
Capítulo XIV. 431
Capítulo XV. 433
Capítulo XVI. 435
Capítulo XVII. 437
Capítulo XVIII. 439
Capítulo XIX. 439
Capítulo XX. 441
Capítulo XXI. 443
Capítulo XXII. 443
Capítulo XXIII. 445
Capítulo XXV. 453
Capítulo XXVI. 453
Capítulo XXVIII. 459
Capítulo XXIX. 461
Capítulo XXX. 461
Capítulo XXXI. 463
Capítulo XXXIII. 465
Capítulo XXXIV. 467
Capítulo XXXV. 469
LIBRO OCTAVO. 473
Capítulo Primero. 473
Capítulo II. 475
Capítulo III. 477
Capítulo IV. 481
Capítulo V. 483
Capítulo VI. 489
Capítulo VII. 493
Capítulo VIII. 493
Capítulo IX. 495
Capítulo X. 497
Capítulo XI. 499
Capítulo XII. 503

Capítulo XIII. 503
Capítulo XIV. 507
Capítulo XV. 509
Capítulo XVI. 511
Capítulo XVII. 515
Capítulo XVIII. 517
Capítulo XIX. 517
Capítulo XX. 519
Capítulo XXI. 521
Capítulo XXII. 525
Capítulo XXIII. 525
Capítulo XXIV 531
Capítulo XXV 537
Capítulo XXVI 537
Capítulo XXVII 541

S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI AD MARCELLINUM DE CIVITATE DEI CONTRA PAGANOS Libri viginti duo.

LIBER PRIMUS.

Paganos reprehendit, qui orbis calamitates, maximeque Romanae urbis recentem a Gothis vastationem christianae religioni, qua deorum cultus prohibetur, tribuebant. Agit de commodis et incommodis, quae tunc bonis et malis, ut solet, fuerunt communia. Illorum denique retundit procacitatem, qui christianarum feminarum violatum a militibus pudorem objectabant.

PRAEFATIO.

De suscepti operis consilio et argumento.

Gloriosissimam civitatem Dei, sive in hoc temporum cursu, cum inter impios peregrinatur ex fide vivens (Habac. II, 4), sive in illa stabilitate sedis aeternae, quam nunc exspectat per patientiam (Rom. VIII, 25), quoadusque justitia convertatur in judicium (Psal. XCIII, 15), deinceps adeptura per excellentiam victoria ultima et pace perfecta, hoc opere a te instituto , et mea promissione debito, defendere adversus eos qui Conditori ejus deos suos praeferunt, fili charissime Marcelline, suscepi. Magnum opus et arduum: sed Deus adjutor noster est (Psal. LXI, 9). Nam scio quibus viribus opus sit, ut persuadeatur superbis quanta sit virtus humilitatis, qua fit ut omnia terrena cacumina, temporali mobilitate nutantia, non humano usurpata fastu, sed divina gratia donata celsitudo transcendat. Rex enim et conditor civitatis hujus, de qua loqui instituimus, in Scriptura populis suis sententiam divinae legis aperuit, qua dictum est, Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam (Jacobi IV, 6; et I Petr. V, 5). Hoc vero quod Dei est, superbae quoque animae spiritus inflatus affectat, amatque sibi in laudibus dici, Parcere subjectis, et debellare superbos (Virgil. Aeneid. lib. 6, vers. 854.) Unde etiam de terrena civitate, quae cum dominari appetit, etsi populi serviant, ipsa ei dominandi libido dominatur, non est praetereundum silentio quidquid dicere suscepti hujus operis ratio postulat, et facultas datur.

Caput Primum.

De adversariis nominis Christi, quibus in vastatione Urbis propter Christum Barbari pepercerunt.

Los veintidós libros de San Aurelio Agustín, Obispo de Hipona, a Marcelino sobre la Ciudad de Dios contra los paganos.

LIBRO PRIMERO.

Censura a los paganos, que atribuían las calamidades del mundo, y especialmente la reciente devastación de la ciudad de Roma por los godos, a la religión cristiana, por la cual se prohíbe el culto de los dioses. Trata de las ventajas y desventajas que entonces, como suele suceder, fueron comunes a los buenos y a los malos. Finalmente, reprime la insolencia de aquellos que objetaban que la castidad de las mujeres cristianas había sido violada por los soldados.

PREFACIO.

Del propósito y argumento de la obra emprendida.

La muy gloriosa ciudad de Dios, ya sea en este curso de los tiempos, cuando viviendo de la fe (Hab. 2, 4) peregrina entre los impíos, ya sea en aquella estabilidad de la sede eterna, que ahora espera con paciencia (Rom. 8, 25), hasta que la justicia se convierta en juicio (Sal. 93, 15), que alcanzará después por su excelencia mediante la victoria final y la paz perfecta, he emprendido defenderla en esta obra, instituida a petición tuya y debida por mi promesa, contra aquellos que prefieren sus propios dioses a su Fundador, mi queridísimo hijo Marcelino. Obra grande y ardua, pero Dios es nuestro ayudador (Sal. 61, 9). Pues sé de qué fuerzas es menester para persuadir a los soberbios cuán grande es la virtud de la humildad, por la cual sucede que una altura, no usurpada por la soberbia humana, sino otorgada por la gracia divina, trasciende todas las cumbres terrenales que vacilan con la inestabilidad temporal. Pues el Rey y Fundador de esta ciudad, de la cual nos hemos propuesto hablar, reveló en la Escritura a su pueblo la sentencia de la ley divina, donde se dice: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. 4, 6; y 1 Ped. 5, 5). Esto mismo, que es propio de Dios, también lo afecta el espíritu hinchado de un alma soberbia, y ama que se le diga en sus alabanzas: Perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios (Virgilio, Eneida, lib. 6, v. 853). Por lo cual, también acerca de la ciudad terrena, que cuando desea dominar, aunque los pueblos le sirvan, ella misma es dominada por esa misma libido de dominar, no debo pasar en silencio lo que requiera la razón de esta obra emprendida y se me conceda la facultad de decir.

Capítulo Primero.

De los adversarios del nombre de Cristo, a quienes los bárbaros perdonaron por amor a Cristo en la devastación de la Ciudad.

Ex hac namque existunt inimici, adversus quos defendenda est Dei civitas: quorum tamen multi, correcto impietatis errore, cives in ea fiunt satis idonei; multi vero in eam tantis exardescunt ignibus odiorum, tamque manifestis beneficiis Redemptoris ejus ingrati sunt, ut hodie contra eam linguas non moverent, nisi ferrum hostile fugientes, in sacratis ejus locis vitam, de qua superbiunt, invenirent. Annon etiam illi Romani Christi nomini infesti sunt, quibus propter Christum Barbari pepercerunt? Testantur hoc martyrum loca et basilicae Apostolorum, quae in illa vastatione Urbis ad se confugientes suos alienosque receperunt . Hucusque cruentus saeviebat inimicus; ibi accipiebat limitem trucidatoris furor: illo ducebantur a miserantibus hostibus quibus etiam extra ipsa loca pepercerant, ne in eos incurrerent, qui similem misericordiam non habebant . Qui tamen etiam ipsi alibi truces atque hostili more saevientes, posteaquam ad loca illa veniebant, ubi fuerat interdictum, quod alibi jure belli licuisset, tota feriendi refrenabatur immanitas, et captivandi cupiditas frangebatur. Sic evaserunt multi, qui nunc christianis temporibus detrahunt, et mala quae illa civitas pertulit, Christo imputant: bona vero quae in eos, ut viverent, propter Christi honorem facta sunt, non imputant Christo nostro, sed fato suo: cum potius deberent, si quid recti saperent , illa, quae ab hostibus aspera et dura perpessi sunt, illi divinae providentiae tribuere, quae solet corruptos hominum mores bellis emendare atque conterere; itemque vitam mortalium justam atque laudabilem talibus afflictionibus exercere, probatamque vel in meliora transferre, vel in his adhuc terris propter usus alios detinere: illud vero, quod eis vel ubicumque, propter Christi nomen, vel in locis Christi nomini dedicatissimis et amplissimis, ac pro largiore misericordia ad capacitatem multitudinis electis, praeter bellorum morem truculenti Barbari pepercerunt, hoc tribuere temporibus christianis; hinc Deo gratias agere, hinc ad ejus nomen veraciter currere, ut effugiant poenas ignis aeterni; quod nomen multi eorum mendaciter usurparunt, ut effugerent poenas praesentis exitii. Nam quos vides petulanter et procaciter insultare servis Christi, sunt in eis plurimi qui illum interitum clademque non evasissent, nisi servos Christi se esse finxissent. Et nunc ingrata superbia atque impiissima insania ejus nomini resistunt corde perverso, ut sempiternis tenebris puniantur, ad quod nomen ore vel subdolo confugerunt, ut temporali luce fruerentur.

Pues de esta ciudad surgen los enemigos contra quienes hay que defender la ciudad de Dios: muchos de los cuales, sin embargo, corregido el error de su impiedad, se hacen ciudadanos bastante idóneos en ella; pero muchos arden contra ella con tales fuegos de odio, y son tan ingratos a los manifiestos beneficios de su Redentor, que hoy no moverían sus lenguas contra ella, si no hubieran encontrado en sus lugares sagrados la vida de la que se enorgullecen, huyendo del hierro enemigo. ¿Acaso no son esos mismos romanos hostiles al nombre de Cristo, a quienes los bárbaros perdonaron por amor a Cristo? Testigos son de esto los lugares de los mártires y las basílicas de los Apóstoles, que en aquella devastación de la Ciudad recibieron a los que se refugiaban en ellas, fueran propios o extraños. Hasta allí se ensañaba el enemigo cruento; allí recibía su límite el furor del matador: allí eran conducidos por enemigos compasivos aquellos a quienes incluso fuera de esos mismos lugares habían perdonado, para que no tropezaran con quienes no tenían similar misericordia. Quienes, sin embargo, incluso siendo ellos mismos en otra parte feroces y ensañándose a la manera hostil, después que llegaban a aquellos lugares donde se había prohibido lo que en otra parte era lícito por ley de guerra, toda la crueldad de herir se refrenaba, y se quebraba la codicia de cautivar. Así escaparon muchos, que ahora denigran de los tiempos cristianos, e imputan a Cristo los males que aquella ciudad padeció; pero los bienes que se les hicieron para que vivieran, por el honor de Cristo, no los imputan a nuestro Cristo, sino a su destino: cuando más bien deberían, si tuvieran algún sentido recto, atribuir aquellas cosas que padecieron ásperas y duras de los enemigos a aquella divina providencia que suele enmendar y quebrantar las corruptas costumbres de los hombres con las guerras; e igualmente ejercitar la vida justa y loable de los mortales con tales aflicciones, y una vez probada, o bien trasladarla a cosas mejores, o bien detenerla todavía en estas tierras para otros usos: pero aquello que se les perdonó, ya fuera en cualquier lugar por el nombre de Cristo, o en los lugares dedicadísimos y amplísimos al nombre de Cristo, y elegidos por una mayor misericordia para la capacidad de la multitud, los truculentos bárbaros les perdonaron contra la costumbre de las guerras, esto deben atribuirlo a los tiempos cristianos; por esto dar gracias a Dios, por esto acudir verdaderamente a su nombre, para que escapen de las penas del fuego eterno; nombre que muchos de ellos usurparon mentirosamente para escapar de las penas de la destrucción presente. Pues a quienes ves insultar petulante y procazmente a los siervos de Cristo, hay entre ellos muchísimos que no habrían escapado de aquel exterminio y matanza si no hubieran fingido ser siervos de Cristo. Y ahora con ingrata soberbia e impiísima locura resisten a su nombre con corazón perverso, para ser castigados con tinieblas sempiternas, nombre al cual se refugiaron con boca engañosa para disfrutar de la luz temporal.

Caput II.

Quod nulla unquam bella ita gesta sunt, ut victores, propter deos eorum quos vicerant, parcerent victis.

Tot bella gesta conscripta sunt, vel ante conditam Romam, vel ab ejus exortu et imperio: legant, et proferant sic ab alienigenis aliquam captam esse civitatem, ut hostes qui ceperant, parcerent eis, quos ad deorum suorum templa confugisse compererant; aut aliquem ducem Barbarorum praecepisse , ut irrupto oppido nullus feriretur, qui in illo vel illo templo fuisset inventus. Nonne vidit Aeneas Priamum per aras Sanguine foedantem quos ipse sacraverat ignes? (Virgil. Aeneid. lib. 2, vers. 501, 502.) Nonne Diomedes et Ulysses, caesis summae custodibus arcis, Corripuere sacram effigiem, manibusque cruentis Virgineas ausi divae contingere vittas? Nec tamen quod sequitur verum est: Ex illo fluere, ac retro sublapsa referri Spes Danaûm. (Ibid. vers. 166-170). Postea quippe vicerunt, postea Trojam ferro ignibusque deleverunt, postea confugientem ad aras Priamum obtruncaverunt. Nec ideo Troja periit, quia Minervam perdidit. Quid enim prius ipsa Minerva perdiderat, ut periret? an forte custodes suos? Hoc sane verum est: illis quippe interemptis potuit auferri. Neque enim homines a simulacro, sed simulacrum ab hominibus servabatur. Quomodo ergo colebatur, ut patriam custodiret et cives, quae suos non valuit custodire custodes?

Caput III.

Quam imprudenter Romani deos penates, qui Trojam custodire non potuerant, sibi crediderunt profuturos.

Ecce qualibus diis Urbem Romani servandam se commendasse gaudebant. O nimium miserabilem errorem! Et nobis succensent, cum de diis eorum talia dicimus, nec succensent auctoribus suis, quos ut ediscerent, mercedem dederunt; doctoresque ipsos insuper et salario publico et honoribus dignissimos habuerunt.

Capítulo II.

Que nunca se han hecho guerras de tal modo que los vencedores, por amor a los dioses de aquellos a quienes habían vencido, perdonaran a los vencidos.

Tantas guerras se han hecho y escrito, ya sea antes de la fundación de Roma, ya sea desde su surgimiento e imperio: lean y muestren que alguna ciudad haya sido tomada por extranjeros de tal modo que los enemigos que la tomaron perdonaran a aquellos que encontraran refugiados en los templos de sus dioses; o que algún jefe de los bárbaros mandara que, asaltada la ciudad, nadie fuera herido que fuera hallado en tal o cual templo. ¿Acaso no vio Eneas a Príamo «manchando con su sangre los fuegos que él mismo había consagrado en los altares»? (Virgilio, Eneida, lib. 2, vv. 501, 502). ¿Acaso Diomedes y Ulises, «muertos los guardias de la excelsa ciudadela, no arrebataron la sagrada efigie y, con manos ensangrentadas, osaron tocar las ínfulas virginales de la diosa»? Sin embargo, lo que sigue no es verdad: «Desde entonces empezó a diluirse la esperanza de los Dánaos y, retrocediendo, a ser llevada hacia atrás». (Ibíd., vv. 166-170). Pues después vencieron, después destruyeron Troya con hierro y fuego, después degollaron a Príamo cuando se refugiaba en los altares. Ni Troya pereció porque perdió a Minerva. Pues ¿qué había perdido primero la misma Minerva para perecer? ¿acaso a sus guardias? Esto es ciertamente verdad: pues muertos ellos, pudo ser robada. Porque no los hombres eran guardados por el simulacro, sino el simulacro por los hombres. ¿Cómo, pues, se la adoraba para que custodiara la patria y los ciudadanos, si ella no pudo custodiar a sus propios guardias?

Capítulo III.

Cuán imprudentemente creyeron los romanos que los dioses penates, que no habían podido custodiar Troya, les serían de provecho.

He aquí a qué clase de dioses se regocijaban los romanos de haberse encomendado para la guarda de la Ciudad. ¡Oh error sobremanera miserable! Y se enojan con nosotros cuando decimos tales cosas de sus dioses, y no se enojan con sus propios autores, a quienes pagaron para aprender de ellos; y además consideraron a esos mismos maestros dignísimos tanto de un salario público como de honores.

Nempe apud Virgilium, quem propterea parvuli legunt, ut videlicet poeta magnus omniumque praeclarissimus atque optimus teneris ebibitus animis non facile oblivione possit aboleri; secundum illud Horatii, Quo semel est imbuta recens servabit odorem Testa diu: (Epist. lib. 1, Ep. 2, vers. 69, 70.) apud hunc ergo Virgilium nempe Juno inducitur infesta Trojanis, Aeolo ventorum regi adversus eos irritando dicere: Gens inimica mihi Tyrrhenum navigat aequor, Ilium in Italiam portans, victosque penates. Itane istis penatibus victis Romam, ne vinceretur, prudentes commendare debuerunt? Sed haec Juno dicebat, velut irata mulier, quid loqueretur ignorans. Quid Aeneas ipse pius toties appellatus? nonne ita narrat: Panthus Othryades, arcis Phoebique sacerdos, Sacra manu, victosque deos, parvumque nepotem Ipse trahit, cursuque amens ad limina tendit? (Aeneid. lib. 2, vers. 319-321.) Nonne deos ipsos, quos victos non dubitat dicere, sibi potius quam se illis perhibet commendatos, cum ei dicitur, Sacra suosque tibi commendat Troja penates? (Ibid. vers. 293.) Si igitur Virgilius tales deos et victos dicit, et, ut vel victi quoquo modo evaderent, homini commendatos; quae dementia est existimare his tutoribus Romam sapienter fuisse commissam, et nisi eos amisisset, non potuisse vastari? Imo vero victos deos tanquam praesides ac defensores colere, quid est aliud quam tenere non numina bona, sed omina mala ? Quanto enim sapientius creditur, non Romam ad istam cladem non fuisse venturam, nisi prius illi perissent; sed illos potius olim fuisse perituros, nisi eos, quantum potuisset, Roma servasset? Nam quis non, cum adverterit, videat, quanta sit vanitate praesumptum, non posse vinci sub defensoribus victis, et ideo perisse, quia custodes perdidit deos; cum vel sola potuerit esse causa pereundi, custodes habere voluisse perituros? Non itaque, cum de diis victis illa conscriberentur atque canerentur, poetas libebat mentiri, sed cordatos homines cogebat veritas confiteri. Verum ista opportunius alio loco diligenter copioseque tractanda sunt: nunc quod institueram de ingratis hominibus dicere, parumper explicem , ut possum: qui ea mala, quae pro suorum morum perversitate merito patiuntur, blasphemantes Christo imputant; quod autem illis etiam talibus propter Christum parcitur, nec dignantur attendere, et eas linguas adversus ejus nomen dementia sacrilegae protervitatis exercent, quibus linguis usurpaverunt mendaciter ipsum nomen, ut viverent; vel quas linguas in locis ei sacratis metuendo presserunt, ut illic tuti atque muniti , ubi propter cum illaesi ab hostibus fuerunt, inde in eum maledictis hostilibus prosilirent.

Ciertamente en Virgilio, a quien por eso leen los niños, para que, a saber, un poeta grande y entre todos el más preclaro y óptimo, bebido por las mentes tiernas, no pueda ser fácilmente borrado por el olvido; según aquello de Horacio: «La vasija guardará por mucho tiempo el olor con que una vez fue empapada cuando nueva» (Epíst. lib. 1, ep. 2, vv. 69, 70); en este Virgilio, pues, se introduce a Juno como hostil a los troyanos, diciendo a Eolo, rey de los vientos, para incitarlo contra ellos: «Una raza enemiga mía navega el mar Tirreno, llevando a Ilión a Italia, y a sus penates vencidos» (Eneida, lib. 1, vv. 67, 68). ¿Acaso a estos penates vencidos debieron los hombres prudentes encomendar Roma para que no fuera vencida? Pero estas cosas decía Juno como mujer airada, ignorando lo que hablaba. ¿Qué hay del mismo Eneas, tantas veces llamado «piadoso»? ¿acaso no narra así: «Panto, hijo de Otreo, sacerdote de la ciudadela y de Apolo, él mismo arrastra los objetos sagrados, y a los dioses vencidos, y a su pequeño nieto, y demente corre hacia el umbral»? (Eneida, lib. 2, vv. 319-321). ¿Acaso no afirma que los mismos dioses, a quienes no duda en llamar vencidos, le fueron encomendados a él más bien que él a ellos, cuando se le dice: «Troya te encomienda sus objetos sagrados y sus penates»? (Ibíd., v. 293). Si, por lo tanto, Virgilio llama a tales dioses tanto vencidos como, para que aun vencidos escaparan de cualquier modo, encomendados a un hombre; ¿qué demencia es pensar que Roma fue sabiamente confiada a estos tutores, y que si no los hubiera perdido, no habría podido ser devastada? Al contrario, dar culto a dioses vencidos como si fueran presidentes y defensores, ¿qué otra cosa es que tener no divinidades buenas (numina), sino presagios malos (omina)? Pues ¿cuánto más sabiamente se cree, no que Roma no habría llegado a aquella matanza si ellos no hubieran perecido primero; sino más bien que ellos habrían perecido hace tiempo, si Roma no los hubiera conservado cuanto hubiera podido? Pues ¿quién no ve, cuando lo advierte, con cuánta vanidad se ha presumido que no se puede ser vencido bajo defensores vencidos, y que por eso se pereció, porque perdió a los dioses custodios; cuando pudo ser la sola causa de perecer el haber querido tener custodios que habrían de perecer? No fue, por tanto, que a los poetas les pluguiera mentir cuando se escribían y cantaban aquellas cosas sobre los dioses vencidos, sino que la verdad obligaba a los hombres juiciosos a confesarlo. Pero estas cosas han de ser tratadas más oportunamente en otro lugar, diligente y copiosamente: ahora explique brevemente, como pueda, lo que había comenzado a decir sobre los hombres ingratos: que imputan a Cristo, blasfemando, aquellos males que padecen merecidamente por la perversidad de sus costumbres; pero que incluso a tales hombres se les perdone por Cristo, ni se dignan advertirlo, y ejercitan contra su nombre esas lenguas con demencia de sacrílega protervia, con las cuales lenguas usurparon mentirosamente el mismo nombre para vivir; o qué lenguas reprimieron por miedo en los lugares a Él consagrados, para que allí, seguros y protegidos, donde por causa de Él estuvieron ilesos de los enemigos, prorrumpieran desde allí en maldiciones hostiles contra Él.

Caput IV.

De asylo Junonis in Troja, quod neminem liberavit a Graecis, et basilicis Apostolorum, quae omnes ad se confugientes a Barbaris defenderunt.

Ipsa, ut dixi, Troja, mater populi Romani , sacratis in locis deorum suorum munire non potuit cives suos ab ignibus ferroque Graecorum, eosdem ipsos deos colentium: quin etiam, Junonis asylo Custodes lecti, Phoenix et dirus Ulysses Praedam asservabant; huc undique Troia gaza Incensis erepta adytis, mensaeque deorum, Crateresque auro solidi, captivaque vestis Congeritur: pueri et pavidae longo ordine matres Stant circum. (Virgil. Aeneid lib. 2, vers. 761-767.) Electus est videlicet locus tantae deae sacratus, non unde captivos non liceret educere, sed ubi captivos liberet includere. Compara nunc asylum illud, non cujuslibet dei gregalis, vel de turba plebis, sed Jovis ipsius sororis et conjugis et reginae omnium deorum, cum memoriis nostrorum Apostolorum. Illuc incensis templis et diis erepta spolia portabantur, non reddenda victis , sed dividenda victoribus; huc autem, et quod alibi ad ea loca compertum est pertinere, cum honore et obsequio religiosissimo reportatum est . Ibi amissa, hic servata libertas; ibi clausa, hic interdicta captivitas; ibi possidendi a dominantibus hostibus premebantur, huc liberandi a miserantibus ducebantur : postremo illud Junonis templum sibi elegerat avaritia et superbia levium Graecorum ; istas Christi basilicas misericordia et humilitas etiam immanium Barbarorum . Nisi forte Graeci quidem in illa sua victoria templis deorum communium pepercerunt, atque illo confugientes miseros victosque Trojanos ferire vel captivare non ausi sunt; sed Virgilius, poetarum more, illa mentitus est. Imo vero morem hostium civitates evertentium ille descripsit.

Caput V.

De generali consuetudine hostium victas civitates evertentium, quid Caesar senserit.

Quem morem etiam Caesar (sicut scribit Sallustius, nobilitatae veritatis historicus) sententia sua, quam de conjuratis in senatu habuit, commemorare non praetermittit: «Rapi virgines, pueros; divelli liberos a parentum complexu, matres familiarum pati quae victoribus collibuisset , fana atque domos spoliari, caedem, incendia fieri; postremo armis, cadaveribus, cruore atque luctu omnia repleri» (Sallust. de Conjuratione Catilinae, cap. 51). Hic si fana tacuisset, deorum sedibus solere hostes parcere putaremus.

Capítulo IV.

Del asilo de Juno en Troya, que a nadie libró de los griegos, y de las basílicas de los Apóstoles, que defendieron de los bárbaros a todos los que se refugiaron en ellas.

La misma Troya, como dije, madre del pueblo romano, no pudo en los lugares sagrados de sus dioses proteger a sus ciudadanos de los fuegos y el hierro de los griegos, que daban culto a esos mismos dioses: es más, incluso «en el asilo de Juno, guardias elegidos, Fénix y el fiero Ulises, custodiaban el botín; allí, de todas partes, el tesoro de Troya, arrebatado de los santuarios incendiados, las mesas de los dioses, cráteras de oro macizo y vestiduras cautivas se amontonan: niños y temerosas madres en larga fila están alrededor». (Virgilio, Eneida, lib. 2, vv. 761-767). Fue elegido, a saber, un lugar sagrado a tan gran diosa, no donde no fuera lícito sacar a los cautivos, sino donde fuera lícito encerrar a los cautivos. Compara ahora aquel asilo, no de un dios cualquiera de la grey o de la turba del pueblo, sino de la propia hermana y esposa de Júpiter y reina de todos los dioses, con las memorias de nuestros Apóstoles. Allí, incendiados los templos y arrebatados los dioses, se llevaban los despojos, no para ser devueltos a los vencidos, sino para ser divididos por los vencedores; aquí, en cambio, incluso lo que en otra parte se halló que pertenecía a estos lugares, fue devuelto con honor y observancia religiosísima. Allí se perdió la libertad, aquí se conservó; allí se encerró la cautividad, aquí se prohibió; allí eran oprimidos por los enemigos dominantes para ser poseídos, aquí eran conducidos por los misericordiosos para ser liberados: finalmente, aquel templo de Juno se lo había elegido para sí la avaricia y la soberbia de los ligeros griegos; estas basílicas de Cristo, la misericordia y la humildad de los mismos bárbaros feroces. A no ser que, por ventura, los griegos en aquella victoria suya perdonaran los templos de los dioses comunes, y no se atrevieran a herir o cautivar a los miserables y vencidos troyanos que allí se refugiaban; pero Virgilio, a la manera de los poetas, mintió en aquello. Al contrario, él describió la costumbre de los enemigos que destruyen las ciudades.

Capítulo V.

De la costumbre general de los enemigos que destruyen las ciudades vencidas; qué sintió César.

Esta costumbre tampoco César (como escribe Salustio, historiador de noble veracidad) deja de conmemorar en su sentencia, que tuvo en el senado sobre los conjurados: «Que las vírgenes y los niños son arrebatados; los hijos arrancados del abrazo de los padres; las madres de familia sufren lo que pluguiera a los vencedores; los templos y las casas son despojados; se producen matanzas e incendios; finalmente, todo se llena de armas, cadáveres, sangre y luto» (Salustio, Conjuración de Catilina, cap. 51). Aquí, si hubiera callado sobre los templos, pensaríamos que los enemigos suelen perdonar las sedes de los dioses.

Et haec non ab alienigenis hostibus, sed a Catilina et sociis ejus, nobilissimis senatoribus et Romanis civibus, Romana templa metuebant. Sed hi videlicet perditi et patriae parricidae.

Caput VI.

Quod nec Romani quidem ita ullas ceperint civitates, ut in templis earum parcerent victis.

Quid ergo per multas gentes, quae inter se bella gesserunt et nusquam victis in deorum suorum sedibus pepercerunt, noster sermo discurrat? Romanos ipsos videamus: ipsos, inquam, recolamus respiciamusque Romanos, de quorum praecipua laude dictum est, Parcere sabjectis, et debellare superbos. et quod accepta injuria ignoscere, quam persequi malebant (Sallust. de conjuratione Catilinae, cap. 9 in fine): quando tot tantasque urbes, ut late dominarentur, expugnatas captasque everterunt, legatur nobis quae templa excipere solebant, ut ad ea quisquis confugisset, liberaretur. An illi faciebant, et scriptores earumdem rerum gestarum ista reticebant? Itane vero, qui ea quae laudarent maxime requirebant, ista praeclarissima secundum ipsos pietatis indicia praeterirent? Egregius Romani nominis Marcus Marcellus, qui Syracusas , urbem ornatissimam, cepit, refertur eam prius flevisse ruituram, et ante ejus sanguinem suas illi lacrymas effudisse . Gessit et curam pudicitiae, etiam in hoste servandae. Nam priusquam oppidum victor jussisset invadi, constituit edicto, ne quis corpus liberum violaret . Eversa est tamen civitas more bellorum, nec uspiam legitur ab imperatore tam casto atque clementi fuisse praeceptum, ut quisquis ad illud vel illud templum fugisset, abiret illaesus. Quod utique nullo modo praeteriretur, quando nec ejus fletus, nec quod edixerat pro pudicitia minime violanda, potuit taceri. Fabius, Tarentinae urbis eversor, a simulacrorum depraedatione se abstinuisse laudatur. Nam cum ei scriba suggessisset quid de signis deorum, quae multa capta fuerant, fieri juberet, continentiam suam etiam jocando condivit. Quaesivit enim, cujusmodi essent: et cum ei non solum multa grandia, verum etiam renuntiarentur armata, Relinquamus, inquit, Tarentinis deos iratos . Cum igitur nec illius fletum, nec hujus risum, nec illius castam misericordiam, nec hujus facetam continentiam, Romanarum rerum gestarum scriptores tacere potuerint; quando praetermitteretur, si aliquibus hominibus in honorem cujuspiam deorum suorum sic pepercissent, ut in quoquam templo caedem vel captivitatem fieri prohiberent?

Y estas cosas temían los templos romanos, no de enemigos extranjeros, sino de Catilina y sus socios, nobilísimos senadores y ciudadanos romanos. Pero estos, a saber, eran hombres perdidos y parricidas de su patria.

Capítulo VI.

Que ni siquiera los mismos romanos tomaron de tal modo ciudad alguna, que en los templos de ellas perdonaran a los vencidos.

¿Por qué, pues, ha de discurrir nuestro discurso por muchas naciones que hicieron guerras entre sí y en ninguna parte perdonaron a los vencidos en las sedes de sus dioses? Veamos a los mismos romanos: a ellos mismos, digo, recordemos y miremos, de cuya principal alabanza se dijo: «Perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios»; y que «preferían perdonar antes que perseguir la injuria recibida» (Salustio, Conjuración de Catilina, cap. 9); cuando destruyeron tantas y tan grandes ciudades asaltadas y tomadas para dominar a lo ancho, léasenos qué templos solían exceptuar para que, quienquiera que se hubiera refugiado en ellos, fuera liberado. ¿O es que ellos lo hacían y los escritores de aquellas mismas hazañas callaban aquello? ¿De veras sería así, que quienes buscaban sobre todo qué alabar, pasaran por alto estos preclarísimos indicios de piedad según ellos mismos? El egregio de nombre romano, Marco Marcelo, que tomó Siracusa, ciudad ornatísima, se refiere que lloró primero por ella antes de su ruina, y antes de su sangre derramó por ella sus propias lágrimas. Tuvo también cuidado de la castidad, que debía conservarse incluso en el enemigo. Pues antes de que el vencedor hubiera mandado invadir la ciudad, estableció por edicto que nadie violara un cuerpo libre. Sin embargo, la ciudad fue destruida según la manera de las guerras, y en ninguna parte se lee que fuera mandado por un general tan casto y clemente que quienquiera que hubiera huido a tal o cual templo, saliera ileso. Lo cual de ningún modo se pasaría por alto, cuando ni su llanto, ni lo que había decretado para que la castidad no fuera violada, pudo callarse. Fabio, destructor de la ciudad de Tarento, es alabado por haberse abstenido de la depredación de los simulacros. Pues habiéndole sugerido un escriba qué mandaba hacerse con las estatuas de los dioses, que se habían capturado en gran número, sazonó su continencia incluso bromeando. Preguntó, en efecto, de qué clase eran: y cuando le informaron que no solo eran muchas y grandes, sino también armadas, dijo: «Dejemos a los tarentinos sus dioses airados». Así pues, si los escritores de las hazañas romanas no pudieron callar ni el llanto de aquel, ni la risa de este, ni la casta misericordia de aquel, ni la graciosa continencia de este; ¿cuándo se pasaría por alto si hubieran perdonado a algunos hombres en honor de cualquiera de sus dioses, de tal modo que prohibieran que se hiciera matanza o cautiverio en templo alguno?

Caput VII.

Quod in eversione Urbis quae aspere gesta sunt, de consuetudine acciderint belli; quae vero clementer, de potentia provenerint nominis Christi.

Quidquid ergo vastationis, trucidationis, depraedationis, concrementionis, afflictionis, in ista recentissima Romana clade commissum est, fecit hoc consuetudo bellorum. Quod autem more novo factum est, quod inusitata rerum facie immanitas barbara tam mitis apparuit, ut amplissimae basilicae implendae populo cui parceretur, eligerentur et decernerentur, ubi nemo feriretur, unde nemo raperetur, quo liberandi multi a miserantibus hostibus ducerentur, unde captivandi ulli nec a crudelibus hostibus abducerentur; hoc Christi nomini, hoc christiano tempori tribuendum quisquis non videt, caecus; quisquis videt, nec laudat, ingratus; quisquis laudanti reluctatur, insanus est. Absit ut prudens quisquam hoc feritati imputet Barbarorum. Truculentissimas et saevissimas mentes ille terruit, ille frenavit, ille mirabiliter temperavit, qui per prophetam tanto ante praedixit: Visitabo in virga iniquitates eorum, et in flagellis peccata eorum; misericordiam autem meam non dispergam ab eis (Psal. LXXXVIII, 33, 34).

Caput VIII.

De commodis atque incommodis, quae bonis ac malis plerumque communia sunt.

1. Dicet aliquis: Cur ergo ista divina mercy etiam ad impios ingratosque pervenit? Cur, putamus, nisi quia eam ille praebuit, qui quotidie facit oriri solem suum super bonos et malos, et pluit super justos et injustos (Matth. V, 45)? Quamvis enim quidam eorum ista cogitantes, poenitendo ab impietate se corrigant; quidam vero, sicut Apostolus dicit, divitias bonitatis et longanimitatis Dei contemnentes, secundum duritiam cordis sui et cor impoenitens thesaurizent sibi iram in die irae et revelationis justi judicii Dei, qui reddet unicuique secundum opera ejus (Rom. II, 4, 6): tamen patientia Dei ad poenitentiam invitat malos, sicut flagellum Dei ad patientiam erudit bonos. Itemque misericordia Dei fovendos amplectitur bonos, sicut severitas Dei puniendos corripit malos. Placuit quippe divinae providentiae praeparare in posterum bona justis, quibus non fruentur injusti; et mala impiis, quibus non excruciabuntur boni. Ista vero temporalia bona et mala utrisque voluit esse communia: ut nec bona cupidius appetantur, quae mali quoque habere cernuntur; nec mala turpiter evitentur, quibus et boni plerumque afficiuntur.

Capítulo VII.

Que cuanto se hizo ásperamente en la destrucción de la Ciudad, sucedió por la costumbre de la guerra; pero cuanto se hizo clementemente, provino del poder del nombre de Cristo.

Cualquier devastación, matanza, saqueo, incendio y aflicción que se cometió en aquella reciente calamidad de Roma, lo hizo la costumbre de las guerras. Pero lo que se hizo de un modo nuevo, que con una inusitada apariencia de las cosas la ferocidad bárbara se mostrara tan suave que se eligieran y designaran basílicas amplísimas para llenarse con el pueblo al que se perdonaba, donde nadie fuera herido, de donde nadie fuera arrebatado, a donde muchos fueran conducidos por enemigos compasivos para ser liberados, de donde nadie fuera llevado a la cautividad ni por enemigos crueles; quienquiera que no vea que esto debe atribuirse al nombre de Cristo y al tiempo cristiano, está ciego; quienquiera que lo ve y no lo alaba, es un ingrato; quienquiera que se opone al que lo alaba, está loco. Lejos de cualquier persona prudente imputar esto a la ferocidad de los bárbaros. Aquel aterró, aquel refrenó, aquel templó maravillosamente sus mentes truculentas y saquísimas, quien tanto tiempo antes predijo por el profeta: «Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados; pero no apartaré de ellos mi misericordia» (Salmo 88, 33, 34).

Capítulo VIII.

De las ventajas y desventajas que son comúnmente comunes a los buenos y a los malos.

1. Alguien dirá: ¿Por qué, pues, esa divina misericordia llegó incluso a los impíos e ingratos? ¿Por qué pensamos, sino porque la otorgó aquel que diariamente «hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos»? (Mat. 5, 45). Pues aunque algunos de ellos, considerando estas cosas, se corrijan de su impiedad arrepintiéndose; otros, en cambio, como dice el Apóstol, «despreciando las riquezas de la bondad y la longanimidad de Dios, según la dureza de su corazón y su corazón impenitente se atesoran para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno según sus obras» (Rom. 2, 4, 5, 6): sin embargo, la paciencia de Dios invita a los malos al arrepentimiento, así como el azote de Dios instruye a los buenos en la paciencia. E igualmente la misericordia de Dios abraza a los buenos para ser fomentados, así como la severidad de Dios arrebata a los malos para ser castigados. Pues plugo a la divina providencia preparar para el futuro bienes para los justos, de los cuales no disfrutarán los injustos; y males para los impíos, con los cuales no serán atormentados los buenos. Pero estos bienes y males temporales quiso que fueran comunes a ambos: para que ni los bienes se deseen con demasiada avidez, que también se ve que tienen los malos; ni los males se eviten torpemente, con los cuales también los buenos son afligidos frecuentemente.

2. Interest autem plurimum, qualis sit usus vel earum rerum quae prosperae, vel earum quae dicuntur adversae. Nam bonus temporalibus nec bonis extollitur, nec malis frangitur; malus autem ideo hujuscemodi infelicitate punitur, quia felicitate corrumpitur. Ostendit tamen Deus saepe even in his distribuendis evidentius operationem suam. Nam si nunc omne peccatum manifesta plecteret poena , nihil ultimo judicio servari putaretur: rursus, si nullum peccatum nunc puniret aperte Divinitas, nulla es e providentia divina crederetur. Similiter in rebus secundis, si non eas Deus quibusdam petentibus evidentissima largitate concederet, non ad eum ista pertinere diceremus: itemque si omnibus eas petentibus daret, nonnisi propter talia praemia serviendum illi esse arbitraremur; nec pios nos faceret talis servitus, sed potius cupidos et avaros. Haec cum ita sint, quicumque boni et mali pariter afflicti sunt, non ideo ipsi distincti non sunt, quia distinctum non est quod utrique perpessi sunt. Manet enim dissimilitudo passorum etiam in similitudine passionum; et licet sub eodem tormento, non est idem virtus et vitium. Nam sicut sub uno igne aurum rutilat, palea fumat; et sub eadem tribula stipulae comminuuntur, frumenta purgantur; nec ideo cum oleo amurca confunditur, quia eodem preli pondere exprimitur: ita una eademque vis irruens bonos probat, purificat, eliquat; malos damnat, vastat, exterminat. Unde in eadem afflictione mali Deum detestantur atque blasphemant; boni autem precantur et laudant. Tantum interest, non qualia, sed qualis quisque patiatur. Nam pari motu exagitatum et exhalat horribiliter coenum, et suaviter fragrat unguentum.

Caput IX.

De causis correptionum, propter quas et boni et mali pariter flagellantur.

1. Quid igitur in illa rerum vastitate Christiani passi sunt, quod non eis magis fideliter ista considerantibus ad profectum valeret? Primo, quod ipsa peccata, quibus Deus indignatus implevit tantis calamitatibus mundum, humiliter cogitantes, quamvis longe absint a facinorosis, flagitiosis atque impiis, tamen non usque adeo se a delictis deputant alienos, ut nec temporalia pro eis mala perpeti se judicent dignos.

2. Pero importa muchísimo cuál sea el uso tanto de aquellas cosas que son prósperas como de aquellas que se dicen adversas. Pues el bueno ni se engríe con los bienes temporales ni se quebranta con los males; el malo, en cambio, es castigado con esta clase de infelicidad por esto, porque se corrompe con la felicidad. Sin embargo, Dios muestra a menudo su operación incluso en la distribución de estas cosas más evidentemente. Pues si ahora todo pecado fuera castigado con pena manifiesta, se pensaría que nada se reservaba para el juicio final; por el contrario, si la Divinidad no castigara ahora ningún pecado abiertamente, se creería que no hay providencia divina. Igualmente en las cosas prósperas, si Dios no las concediera a algunos que las piden con evidentísima generosidad, diríamos que estas cosas no le pertenecen a Él; e igualmente si las diera a todos los que las piden, pensaríamos que no se le debe servir sino por tales premios; ni nos haría piadosos tal servidumbre, sino más bien codiciosos y avaros. Siendo esto así, cualesquiera buenos y malos que han sido afligidos por igual, no por eso ellos mismos no son distintos, porque no sea distinto lo que ambos padecieron. Pues permanece la disimilitud de los que padecen incluso en la similitud de los padecimientos; y aunque bajo el mismo tormento, no es lo mismo la virtud y el vicio. Pues así como bajo un mismo fuego el oro brilla y la paja humea; y bajo la misma trilla las pajas se desmenuzan y los granos se limpian; ni por eso se confunde el alpechín con el aceite, porque se exprime por el mismo peso de la prensa: así una misma fuerza que irrumpe prueba, purifica y derrite a los buenos; condena, devasta y extermina a los malos. Por lo cual, en la misma aflicción los malos detestan y blasfeman contra Dios; los buenos, en cambio, oran y alaban. Tanto importa, no qué cosas, sino qué clase de persona sea la que padece. Pues movido por el mismo impulso, el lodo exhala horriblemente y el ungüento fragancia suavemente.

Capítulo IX.

De las causas de las correcciones, por las cuales tanto los buenos como los malos son azotados por igual.

1. ¿Qué sufrieron, pues, los cristianos en aquella devastación de las cosas, que no valiera más para su provecho si consideraran estas cosas fielmente? Primero, que considerando humildemente aquellos mismos pecados por los cuales Dios, indignado, llenó el mundo de tan grandes calamidades, aunque estén lejos de los facinerosos, flagiciosos e impíos, sin embargo no se consideran tan ajenos a las culpas que no se juzguen dignos de padecer incluso males temporales por ellas.

Excepto enim quod unusquisque, quamlibet laudabiliter vivens, cedit in quibusdam carnali concupiscentiae, etsi non ad facinorum immanitatem et gurgitem flagitiorum atque impietatis abominationem, ad aliqua tamen peccata vel rara vel tanto crebriora, quanto minora: hoc ergo excepto, quis tandem facile reperitur, qui eosdem ipsos, propter quorum horrendam superbiam, luxuriam et avaritiam, atque exsecrabiles iniquitates et impietates, Deus, sicut minando praedixit, conterit terras (Isai. XXIV, et alibi), sic habeat, ut habendi sunt? sic cum eis vivat, ut cum talibus est vivendum? Plerumque enim ab eis docendis, admonendis, aliquando etiam objurgandis et corripiendis male dissimulatur; vel cum laboris piget, vel cum eorum os coram verecundamur offendere; vel cum inimicitias devitamus, ne impediant et noceant in istis temporalibus rebus, sive quas adipisci adhuc appetit nostra cupiditas, sive quas amittere formidat infirmitas: ita ut, quamvis bonis vita malorum displiceat, et ideo cum eis non incidant in illam damnationem, quae post hanc vitam talibus praeparatur; tamen quia propterea peccatis eorum damnabilibus parcunt, dum eos in suis licet levibus et venialibus metuunt, jure cum eis temporaliter flagellentur, quamvis in aeternum minime puniantur. Jure istam vitam, quando divinitus affliguntur cum eis, amaram sentiunt, cujus amando dulcedinem peccantibus eis amari esse noluerunt.

2. Nam si propterea quisque objurgandis et corripiendis male agentibus parcit, quia opportunius tempus inquirit, vel eisdem ipsis metuit, ne deteriores ex hoc efficiantur, vel ad bonam vitam et piam erudiendos impediant alios infirmos, et premant atque avertant a fide; non videtur esse cupiditatis occasio, sed consilium charitatis. Illud est culpabile, quod hi, qui dissimiliter vivunt et a malorum factis abhorrent, parcunt tamen peccatis alienis, quae dedocere aut objurgare deberent, dum eorum offensiones cavent, ne sibi noceant in his rebus, quibus licite boni atque innocentes utuntur, sed cupidius quam oportebat eos, qui in hoc mundo peregrinantur et spem supernae patriae prae se gerunt. Non solum quippe infirmiores, vitam ducentes conjugalem, filios habentes vel habere quaerentes, domos ac familias possidentes (quos Apostolus in Ecclesiis alloquitur, docens et monens quemadmodum vivere debeant et uxores cum maritis, et mariti cum uxoribus, et filii cum parentibus, et parentes cum filiis, et servi cum dominis, et domini cum servis [Coloss. III, 18 22]), multa temporalia, multa terrena libenter adipiscuntur et moleste amittunt, propter quae non audent offendere homines, quorum sibi vita contaminatissima et consceleratissima displicet:

Pues exceptuando que cada uno, por muy loablemente que viva, cede en algunas cosas a la concupiscencia carnal —si no a la inmensidad de los crímenes y al abismo de los flagicios y a la abominación de la impiedad, sí al menos a algunos pecados, o raros o tanto más frecuentes cuanto menores—; exceptuando esto, ¿quién se encuentra fácilmente que tenga a esos mismos, por cuya horrenda soberbia, lujuria y avaricia, y execrables iniquidades e impiedades, Dios, como predijo amenazando, quebranta las tierras (Isaías 24, y en otros lugares), tal como deben ser tenidos? ¿que viva con ellos de tal modo que se deba vivir con tales personas? Pues frecuentemente se disimula mal el enseñarlos, amonestarlos, y a veces incluso reprenderlos y corregirlos; ya sea cuando cansa el trabajo, o cuando nos avergonzamos de ofender su rostro presente; o cuando evitamos enemistades, para que no impidan y dañen en estas cosas temporales, que o bien nuestra codicia desea aún alcanzar, o bien nuestra debilidad teme perder: de modo que, aunque la vida de los malos desagrade a los buenos, y por ello no incurran con ellos en aquella condenación que se prepara para tales después de esta vida; sin embargo, porque por eso perdonan sus pecados condenables, mientras los temen en los suyos, aunque leves y veniales, con justicia son azotados temporalmente con ellos, aunque de ningún modo sean castigados eternamente. Con justicia sienten amarga esta vida cuando son afligidos por disposición divina junto con ellos, por amar cuya dulzura no quisieron ser amargos para ellos cuando pecaban.

2. Pues si por eso alguien perdona a los que obran mal de ser reprendidos y corregidos, porque busca un tiempo más oportuno, o teme por ellos mismos, no sea que por esto se hagan peores, o impidan a otros débiles que deben ser instruidos en la vida buena y piadosa, y los opriman y aparten de la fe; no parece ser ocasión de codicia, sino consejo de caridad. Aquello es culpable: que los que viven de otra manera y aborrecen los hechos de los malos, perdonan sin embargo los pecados ajenos, que deberían desenseñar o reprender, mientras evitan sus ofensas, para que no les dañen en aquellas cosas de las que los buenos e inocentes usan lícitamente, pero con más codicia de la que convenía a quienes peregrinan en este mundo y llevan delante de sí la esperanza de la patria celestial. Pues no solo los más débiles, que llevan vida conyugal, que tienen hijos o buscan tenerlos, que poseen casas y familias (a quienes el Apóstol se dirige en las Iglesias, enseñando y amonestando cómo deben vivir tanto las esposas con los maridos, como los maridos con las esposas, y los hijos con los padres, y los padres con los hijos, y los siervos con los señores, y los señores con los siervos [Colosenses 3, 18-22]), adquieren de buen grado y pierden con molestia muchas cosas temporales, muchas cosas terrenas, por las cuales no se atreven a ofender a los hombres cuya vida muy contaminada y muy criminal les desagrada;

verum etiam hi, qui superiorem vitae gradum tenent, nec conjugalibus vinculis irretiti sunt, et victu parvo ac tegumento utuntur, plerumque suae famae ac saluti consulentes, dum insidias atque impetus malorum timent, ab eorum reprehensione sese abstinent. Et quamvis non in tantum eos metuant, ut ad similia perpetranda quibuslibet eorum terroribus atque improbitatibus cedant; ea ipsa tamen, quae cum eis non perpetrant, nolunt plerumque corripere, cum fortasse possint aliquos corripiendo corrigere; ne, si non potuerint, sua salus ac fama in periculum exitiumque perveniat: nec ea consideratione, qua suam famam ac salutem vident esse necessariam utilitati erudiendorum hominum; sed ea potius infirmitate, qua delectat lingua blandiens et humanus dies (I Cor. IV, 3), et reformidatur vulgi judicium et carnis excruciatio vel peremptio; hoc est, propter quaedam cupiditatis vincula, non propter officia charitatis.

3. Non mihi itaque videtur haec parva esse causa, quare cum malis flagellentur et boni, quando Deo placet perditos mores etiam temporalium poenarum afflictione punire. Flagellantur enim simul, non quia simul agunt malam vitam, sed quia simul amant temporalem vitam; non quidem aequaliter, sed tamen simul: quam boni contemnere deberent, ut illi correpti atque correcti consequerentur aeternam; ad quam consequendam si nollent esse socii, ferrentur et diligerentur inimici: quia, donec vivunt, semper incertum est utrum voluntatem sint in melius mutaturi. Qua in re non utique parem, sed longe graviorem habent causam, quibus per prophetam dicitur, Ille quidem in suo peccato morietur, sanguinem autem ejus de manu speculatoris requiram (Ezech. XXXIII, 6). Ad hoc enim speculatores, hoc est populorum praepositi, constituti sunt in Ecclesiis, ut non parcant objurgando peccata. Nec ideo tamen ab hujuscemodi culpa penitus alienus est, qui, licet praepositus non sit, in eis tamen quibus vitae hujus necessitate conjungitur, multa monenda vel arguenda novit, et negligit, devitans eorum offensiones, propter illa quibus in hac vita non indebitis utitur, sed plus quam debuit delectatur. Deinde habent aliam causam boni, quare temporalibus affligantur malis; qualem habuit Job: ut sibi ipse humanus animus sit probatus et cognitus, quanta virtute pietatis gratis Deum diligat.

Caput X.

Quod sanctis in amissione rerum temporalium nihil pereat.

1. Quibus recte consideratis atque perspectis, attende utrum aliquid mali acciderit fidelibus et piis, quod eis non in bonum verteretur: nisi forte putandum est apostolicam illam vacare sententiam, ubi ait, Scimus quia diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum (Rom. VIII, 28).

sino que incluso estos que ocupan un grado superior de vida, y no están enredados en vínculos conyugales, y usan de escaso alimento y vestido, frecuentemente mirando por su fama y salud, mientras temen las asechanzas y los ímpetus de los malos, se abstienen de su reprensión. Y aunque no los teman tanto que cedan a cualesquiera de sus terrores e impropiedades para perpetrar cosas semejantes; sin embargo, esas mismas cosas que no perpetran con ellos, no quieren frecuentemente corregirlas, pudiendo quizás corregir a algunos corrigiéndolos; no sea que, si no pudieren, su propia salud y fama corra peligro y ruina: y no por aquella consideración por la cual ven que su fama y salud es necesaria para la utilidad de los hombres que deben ser instruidos; sino más bien por aquella flaqueza por la que deleita la lengua lisonjera y el día humano (1 Cor. 4, 3), y se teme el juicio del vulgo y el tormento o la muerte de la carne; esto es, por ciertos vínculos de codicia, no por los oficios de la caridad.

3. No me parece, por tanto, que esta sea pequeña causa de por qué junto con los malos son azotados también los buenos, cuando a Dios le place castigar las costumbres perdidas incluso con la aflicción de penas temporales. Pues son azotados a la vez, no porque a la vez lleven una mala vida, sino porque a la vez aman la vida temporal; no ciertamente por igual, pero sí a la vez: la cual los buenos deberían despreciar, para que aquellos, corregidos y enmendados, consiguieran la eterna; para conseguir la cual, si no quisieran ser compañeros, fueran tolerados y amados como enemigos: porque, mientras viven, siempre es incierto si habrán de cambiar su voluntad para mejor. En lo cual no tienen ciertamente igual, sino mucho más grave causa aquellos a quienes se dice por el profeta: «Él ciertamente morirá en su pecado, pero su sangre la requeriré de mano del centinela» (Ezequiel 33, 6). Pues para esto los centinelas, esto es, los puestos al frente de los pueblos, han sido constituidos en las Iglesias, para que no perdonen los pecados reprendiéndolos. Ni por eso, sin embargo, es totalmente ajeno a esta clase de culpa quien, aunque no sea superior, conoce sin embargo en aquellos a quienes está unido por la necesidad de esta vida muchas cosas que deben ser amonestadas o argüidas, y las descuida, evitando sus ofensas, por aquellas cosas de que en esta vida no indebidamente usa, pero se deleita más de lo que debió. Además tienen otra causa los buenos por la que son afligidos con males temporales, cual la tuvo Job: para que el mismo ánimo humano sea probado y conocido por sí mismo, con cuánta virtud de piedad ama a Dios gratuitamente.

Capítulo X.

Que nada pierden los santos en la pérdida de las cosas temporales.

1. Rectamente consideradas y examinadas estas cosas, atiende si algo de mal les sucedió a los fieles y piadosos, que no se les convirtiera en bien: a no ser que quizás deba pensarse que es vana aquella sentencia apostólica, donde dice: «Sabemos que para los que aman a Dios todas las cosas cooperan para el bien» (Romanos 8, 28).

[CAPUT X.] Amiserunt omnia quae habebant. Numquid fidem? numquid pietatem? numquid interioris hominis bona, qui est ante Deum dives (I Petr. III, 4)? Hae sunt opes Christianorum, quibus opulentus dicebat Apostolus: Est autem quaestus magnus pietas cum sufficientia. Nihil enim intulimus in hunc mundum, sed nec auferre aliquid possumus: habentes autem victum et tegumentum, his contenti simus. Nam qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem et laqueum, et desideria multa stulta et noxia, quae mergunt homines in interitum et perditionem. Radix est enim omnium malorum avaritia: quam quidam appetentes, a fide pererraverunt, et inseruerunt se doloribus multis (I Tim. VI, 6-10).

2. Quibus ergo terrenae divitiae in illa vastatione perierunt, si eas sic habebant, quemadmodum ab isto foris paupere, intus divite audierant; id est, si mundo utebantur, tanquam non utentes (I Cor. VII, 31): potuerunt dicere, quod ille graviter tentatus et minime superatus: Nudus exivi de utero matris meae, nudus revertar in terram. Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum (Job I, 21): ut bonus servus magnas facultates haberet ipsam sui Domini voluntatem, cui pedissequus mente ditesceret, nec constristaretur eis rebus vivens relictus, quas cito fuerat moriens relicturus. Illi autem infirmiores, qui terrenis his bonis, quamvis ea non praeponerent Christo, aliquantula tamen cupiditate cohaerebant; quantum haec amando peccaverint, perdendo senserunt. Tantum quippe doluerunt, quantum se doloribus inseruerant; sicut Apostolum dixisse supra commemoravi. Oportebat enim ut eis adderetur etiam experimentorum disciplina, a quibus fuerat tam diu neglecta verborum. Nam cum dixit Apostolus, Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et caetera; profecto in divitiis cupiditatem reprehendit, non facultatem: qui praecepit alibi, dicens, Praecipe divitibus hujus mundi, non superbe sapere, neque sperare in incerto divitiarum; sed in Deo vivo, qui praestat nobis omnia abundanter ad fruendum; bene faciant, divites sint in operibus bonis, facile tribuant, communicent, thesaurizent sibi fundamentum bonum in futurum, ut apprehendant veram vitam (I Tim. VI, 17-19). Haec qui de suis faciebant divitiis, magnis sunt lucris levia damna solati; plusque laetati ex his, quae facile tribuendo tutius servaverunt, quam contristati ex his, quae timide retinendo facilius amiserunt. Hoc enim potuit in terra perire, quod piguit inde transferre. Nam qui receperunt consilium Domini sui, dicentis, Nolite condere vobis thesauros in terra, ubi tinea et rubigo exterminant, et ubi fures effodiunt et furantur; sed thesaurizate vobis thesauros in coelo, quo fur non accedit, neque tinea corrumpit: ubi enim est thesaurus tuus, ibi erit et cor tuum (Matth. VI, 19-21); tribulationis tempore probaverunt quam recte sapuerint, non contemnendo veracissimum praeceptorem et thesauri sui fidelissimum invictissimumque custodem.

[CAPÍTULO X.] Perdieron todo lo que tenían. ¿Acaso la fe? ¿acaso la piedad? ¿acaso los bienes del hombre interior, que es rico ante Dios (1 Pedro 3, 4)? Estas son las riquezas de los cristianos, con las cuales decía el Apóstol que era opulento: «Pero gran ganancia es la piedad con suficiencia. Porque nada trajimos a este mundo, pero ni podemos llevarnos nada: teniendo, pues, alimento y vestido, con estos estemos contentos. Pues los que quieren enriquecerse caen en tentación y en lazo, y en muchos deseos necios y nocivos, que sumergen a los hombres en la ruina y en la perdición. Pues la raíz de todos los males es la avaricia; la cual algunos deseando, se extraviaron de la fe, y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores» (1 Tim. 6, 6-10).

2. A aquellos, pues, a quienes las riquezas terrenas les perecieron en aquella devastación, si las poseían tal como habían oído de aquel hombre pobre por fuera pero rico por dentro; esto es, si usaban del mundo como si no lo usaran (1 Cor. 7, 31): pudieron decir, como aquel que fue gravemente tentado y de ningún modo vencido: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra. El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plugo, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor» (Job 1, 21): para que el buen siervo tuviera como grandes facultades la misma voluntad de su Señor, enriqueciéndose en su mente como su seguidor, ni se entristeciera por quedar privado en vida de aquellas cosas que pronto habría de dejar al morir. En cambio, aquellos más débiles, que aunque no antepusieran estos bienes terrenos a Cristo, se adherían sin embargo a ellos con alguna pequeña codicia, sintieron al perderlos cuánto pecaron al amarlos. Pues tanto dolieron cuanto se habían traspasado de dolores; como recordé arriba que había dicho el Apóstol. Pues convenía que a ellos se les añadiera incluso la disciplina de las experiencias, por quienes había sido por tanto tiempo descuidada la de las palabras. Pues cuando el Apóstol dijo: «Los que quieren enriquecerse caen en tentación», y lo demás; ciertamente reprendió en las riquezas la codicia, no la facultad: quien mandó en otro lugar, diciendo: «Manda a los ricos de este mundo que no sean orgullosamente sabios, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo, que nos presta todo abundantemente para disfrutar; que obren bien, sean ricos en buenas obras, den con facilidad, comuniquen, atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida» (1 Tim. 6, 17-19). Los que esto hacían de sus riquezas, han consolado las leves pérdidas con grandes ganancias; y se han alegrado más por aquello que, dándolo fácilmente, conservaron con más seguridad, que entristecido por aquello que, reteniéndolo con temor, perdieron más fácilmente. Pues pudo perecer en la tierra lo que pesó trasladar de allí. Pues los que recibieron el consejo de su Señor, que dice: «No os amontonéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los destruyen, y donde los ladrones minan y roban; sino atesoraos tesoros en el cielo, donde ni el ladrón se acerca ni la polilla corroe: porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mat. 6, 19-21); en el tiempo de la tribulación probaron cuán rectamente fueron sabios, no despreciando al veracísimo Maestro y al fidelísimo e invictísimo custodio de su tesoro.

Nam si multi sunt gavisi, ibi se habuisse divitias suas, quo contigit ut hostis non accederet; quanto certius et securius gaudere potuerunt qui monitu Dei sui illuc migraverant, quo accedere omnino non posset? Unde Paulinus noster, Nolensis episcopus, ex opulentissimo divite voluntate pauperrimus et copiosissime sanctus, quando et ipsam Nolam Barbari vastaverunt, cum ab eis teneretur, sic in corde suo, ut ab eo postea cognovimus, precabatur: Domine, non excrucier propter aurum et argentum; ubi enim sint omnia mea, tu scis. Ibi enim habebat omnia sua, ubi eum condere et thesaurizare ille monstraverat, qui et haec mala mundo ventura praedixerat. Ac per hoc qui Domino suo monenti obedierant, ubi et quomodo thesaurizare deberent, nec ipsas terrenas divitias Barbaris incursantibus amiserunt: quos autem non obedisse poenituit, quid de talibus rebus faciendum esset, si non praecedente sapientia, certe consequente experientia didicerunt.

3. At enim quidam boni etiam Christiani tormentis excruciati sunt, ut bona sua hostibus proderent. Illi vero nec prodere, nec perdere potuerunt bonum, quo et ipsi boni erant. Si autem torqueri, quam mammona iniquitatis prodere maluerunt, boni non erant. Admonendi autem fuerant, qui tanta patiebantur pro auro, quanta essent sustinenda pro Christo: ut eum potius diligere discerent, qui pro se passos aeterna felicitate ditaret; non aurum et argentum, pro quo pati miserrimum fuit, seu mentiendo occultaretur, seu verum dicendo proderetur. Namque inter tormenta nemo Christum confitendo amisit: nemo aurum, nisi negando, servavit. Quocirca utiliora erant fortasse tormenta, quae bonum incorruptibile amandum docebant, quam illa bona, quae sine ullo utili fructu dominos sui amore torquebant. Sed quidam etiam non habentes quod proderent, dum non creduntur, torti sunt. Et hi forte habere cupiebant, nec sancta voluntate pauperes erant: quibus demonstrandum fuit, non facultates, sed ipsas cupiditates talibus esse dignas cruciatibus. Si vero melioris vitae proposito reconditum aurum argentumque non habebant, nescio quidem utrum cuiquam talium acciderit, ut dum habere creditur, torqueretur: verumtamen etiamsi accidit, profecto qui inter illa tormenta paupertatem sanctam confitebatur, Christum confitebatur. Quapropter etsi non meruit ab hostibus credi, non potuit tamen sanctae paupertatis confessor sine coelesti mercede torqueri.

Pues si muchos se alegraron de haber tenido allí sus riquezas adonde aconteció que el enemigo no llegara; ¿cuánto más cierta y seguramente pudieron alegrarse los que por amonestación de su Dios habían emigrado allí adonde de ningún modo se pudiera llegar? Por lo cual nuestro Paulino, obispo de Nola, de opulentísimo rico hecho paupérrimo por voluntad y abundantísimamente santo, cuando los bárbaros devastaron la misma Nola, estando él retenido por ellos, oraba así en su corazón, como después supimos de él: «Señor, no sea yo atormentado por el oro y la plata; pues dónde estén todas mis cosas, tú lo sabes». Pues allí tenía todas sus cosas, donde le había mostrado que debía guardarlas y atesorarlas aquel que también había predicho que estos males vendrían al mundo. Y por esto, los que habían obedecido a su Señor que les amonestaba dónde y cómo debían atesorar, ni siquiera perdieron las mismas riquezas terrenas al irrumpir los bárbaros: pero los que se arrepintieron de no haber obedecido, aprendieron qué debía hacerse de tales cosas, si no por la sabiduría precedente, al menos por la experiencia subsiguiente.

3. Pero ciertamente algunos hombres buenos, incluso cristianos, fueron atormentados para que entregaran sus bienes a los enemigos. Pero ellos no pudieron ni entregar ni perder aquel bien por el cual ellos mismos eran buenos. Pero si prefirieron ser atormentados antes que entregar el mammon de la iniquidad, no eran buenos. Pero debieron ser amonestados quienes padecían tanto por el oro, cuánto debiera sostenerse por Cristo: para que aprendieran a amar más a Aquel que enriquecería con eterna felicidad a los que hubieran padecido por Él; no el oro y la plata, por los cuales fue misérrimo padecer, ya fuera ocultándolos con mentira, ya fuera entregándolos diciendo la verdad. Pues entre los tormentos nadie perdió a Cristo confesándolo; nadie conservó el oro sino negándolo. Por lo cual quizás eran más útiles los tormentos que enseñaban que se debía amar un bien incorruptible, que aquellos bienes que atormentaban a sus dueños con el amor de sí mismos sin ningún fruto útil. Pero algunos, incluso no teniendo qué entregar, mientras no se les cree, fueron atormentados. Y estos quizás deseaban tener, y no eran pobres por santa voluntad: a los cuales debió demostrarse que no las facultades, sino las mismas codicias son dignas de tales tormentos. Pero si por propósito de una vida mejor no tenían oro ni plata escondidos, no sé ciertamente si a alguno de tales le sucedió que, mientras se cree que tiene, fuera atormentado; sin embargo, aunque sucediera, ciertamente quien entre aquellos tormentos confesaba la santa pobreza, confesaba a Cristo. Por lo cual, aunque no mereciera ser creído por los enemigos, no pudo sin embargo el confesor de la santa pobreza ser atormentado sin recompensa celestial.

4. [XI.] Multos, inquiunt, etiam Christianos fames diuturna vastavit. Hoc quoque in usus suos boni fideles pie tolerando verterunt. Quos enim fames necavit, malis vitae hujus, sicut corporis morbus, eripuit: quos autem non necavit, docuit parcius vivere, docuit productius jejunare.

Caput XI.

De fine temporalis vitae, sive longioris, sive brevioris.

Sed enim multi etiam Christiani interfecti sunt, multi multarum mortium foeda varietate consumpti. Hoc si aegre ferendum est, omnibus qui in hanc vitam procreati sunt, utique commune est. Hoc scio, neminem fuisse mortuum, qui non fuerat aliquando moriturus. Finis autem vitae tam longam quam brevem vitam hoc idem facit. Neque enim aliud melius, et aliud deterius; aut aliud majus, et aliud brevius est, quod jam pariter non est. Quid autem interest, quo mortis genere vita ista finiatur, quando ille cui finitur, iterum mori non cogitur? Cum autem unicuique mortalium sub quotidianis vitae hujus casibus innumerabiles mortes quodammodo comminentur, quamdiu incertum est, quaenam earum ventura sit; quaero utrum satius sit, unam perpeti moriendo, an omnes timere vivendo. Nec ignoro quam inertius eligatur diu vivere sub timore tot mortium, quam semel moriendo nullam deinceps formidare. Sed aliud est quod carnis sensus infirmiter pavidus refugit, aliud quod mentis ratio diligenter enucleata convincit. Mala mors putanda non est, quam bona vita praecesserit: neque enim facit malam mortem, nisi quod sequitur mortem. Non itaque multum curandum est eis, qui necessario morituri sunt, quid accidat ut moriantur; sed moriendo quo ire cogantur. Cum igitur Christiani noverint longe meliorem fuisse religiosi pauperis mortem inter lingentium canum linguas, quam impii divitis in purpura et bysso (Luc. XVI, 19-31); horrenda illa genera mortium quid mortuis obfuerunt, qui bene vixerunt.

Caput XII.

De sepultura humanorum corporum, quae Christianis etiamsi fuerit negata, nil adimit.

4. [XI.] A muchos cristianos, dicen, los consumió también un hambre prolongada. Esto también los buenos fieles lo convirtieron en provecho propio tolerándolo piadosamente. Pues a quienes el hambre mató, los arrebató de los males de esta vida, como una enfermedad del cuerpo; a quienes, en cambio, no mató, les enseñó a vivir con más parquedad, les enseñó a ayunar más prolongadamente.

Capítulo XI.

Del fin de la vida temporal, ya sea más larga o más corta.

Pero ciertamente muchos cristianos fueron también muertos, muchos consumidos por una torpe variedad de muchas muertes. Si esto ha de llevarse con pesadumbre, es ciertamente común a todos los que han sido procreados en esta vida. Esto sé: que nadie ha muerto que no hubiera de morir alguna vez. Pues el fin de la vida hace lo mismo de una vida tan larga como de una tan breve. Pues no es una cosa mejor y otra peor, o una mayor y otra más breve, lo que ya igualmente no es nada. ¿Qué importa por qué género de muerte se acabe esta vida, cuando aquel para quien se acaba no es obligado a morir otra vez? Pero cuando a cada uno de los mortales, bajo los casos cotidianos de esta vida, le amenazan en cierto modo innumerables muertes, mientras es incierto cuál de ellas ha de venir; pregunto si es preferible padecer una muriendo o temer todas viviendo. No ignoro con cuánta mayor inercia se elige vivir mucho bajo el temor de tantas muertes, que muriendo una vez no temer ninguna en adelante. Pero una cosa es lo que el sentido de la carne, débilmente pavoroso, rehúye, y otra lo que la razón de la mente, diligentemente analizada, convence. No debe pensarse mala la muerte a la cual haya precedido una vida buena; pues no hace mala la muerte sino lo que sigue a la muerte. Por lo cual no debe importar mucho a los que han de morir necesariamente qué suceda para que mueran, sino a dónde sean obligados a ir muriendo. Sabiendo, pues, los cristianos que fue mucho mejor la muerte del pobre religioso entre las lenguas de los perros que le lamían, que la del rico impío en púrpura y lino fino (Luc. 16, 19-31); aquellos horrendos géneros de muertes, ¿en qué dañaron a los muertos que vivieron bien?

Capítulo XII.

De la sepultura de los cuerpos humanos, la cual, aunque les fuera negada a los cristianos, nada les quita.

1. At enim in tanta strage cadaverum nec sepeliri potuerunt. Neque istud pia fides nimium reformidat, tenens praedictum, nec absumentes bestias resurrecturis corporibus obfuturas, quorum capillus capitis non peribit (Id. XXI, 18). Nullo modo diceret Veritas, Nolite timere eos qui corpus occidunt, animam autem non possunt occidere (Matth. X, 28); si quidquam obesset futurae vitae, quidquid inimici de corporibus occisorum facere voluissent. Nisi forte quispiam sic absurdus est, ut contendat eos, qui corpus occidunt, non debere timeri ante mortem, ne corpus occidant, et timeri debere post mortem, ne corpus occisum sepeliri non sinant. Falsum est ergo quod ait Christus, Qui corpus occidunt, et postea non habent quid faciant (Luc. XII, 4); si habent tanta, quae de cadaveribus faciant. Absit ut falsum sit quod Veritas dixit. Dictum est enim aliquid eos facere cum occidunt, quia in corpore sensus est occidendo; postea vero nihil habere quod faciant, quia nullus sensus est in corpore occiso. Multa itaque corpora Christianorum terra non texit: sed nullum eorum quisquam a coelo et terra separavit, quam totam implet praesentia sui, qui novit unde resuscitet quod creavit. Dicitur quidem in Psalmo, Posuerunt mortalia servorum tuorum escas volatilibus coeli, carnes sanctorum tuorum bestiis terrae: effuderunt sanguinem eorum, sicut aquam in circuitu Jerusalem, et non erat qui sepeliret (Psal. LXXVIII, 2, 3): sed magis ad exaggerandam crudelitatem eorum qui ista fecerunt, non ad eorum infelicitatem qui ista perpessi sunt. Quamvis enim haec in conspectu hominum dura et dira videantur; sed pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus (Psal. CXV, 15). Proinde omnia ista, id est, curatio funeris, conditio sepulturae, pompa exsequiarum, magis sunt vivorum solatia, quam subsidia mortuorum. Si aliquid prodest impio sepultura pretiosa, oberit pio vilis aut nulla. Praeclaras exsequias in conspectu hominum exhibuit purpurato illi diviti turba famulorum: sed multo clariores in conspectu Domini ulceroso illi pauperi ministerium praebuit Angelorum, qui eum non extulerunt in marmoreum tumulum, sed in Abrahae gremium sustulerunt.

2. Rident haec illi, contra quos defendendam suscepimus civitatem Dei. Verumtamen sepulturae curam etiam eorum philosophi contempserunt: et saepe universi exercitus, dum pro terrena patria morerentur, ubi postea jacerent, vel quibus bestiis esca fierent, non curarunt: licuitque de hac re poetis plausibiliter dicere: Coelo tegitur, qui non habet urnam.

1. Pero ciertamente en tanta matanza de cadáveres ni siquiera pudieron ser sepultados. Ni la fe piadosa teme demasiado eso, manteniendo lo predicho: que las bestias devoradoras no dañarán a los cuerpos que han de resucitar, de los cuales ni un cabello de la cabeza perecerá (Luc. 21, 18). De ningún modo diría la Verdad: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mat. 10, 28); si algo obstaculizara la vida futura, cualquier cosa que los enemigos hubieran querido hacer con los cuerpos de los muertos. A no ser que alguien sea tan absurdo que sostenga que no se debe temer antes de la muerte a quienes matan el cuerpo, para que no maten el cuerpo, y que se debe temer después de la muerte, para que no dejen de sepultar el cuerpo muerto. Es falso, pues, lo que dice Cristo: «Los que matan el cuerpo y después no tienen qué hacer» (Luc. 12, 4); si tienen tantas cosas que hacer con los cadáveres. Lejos esté que sea falso lo que dijo la Verdad. Pues se dijo que hacen algo cuando matan, porque hay sentido en el cuerpo al matarlo; pero después no tener nada que hacer, porque no hay ningún sentido en el cuerpo muerto. Por tanto, a muchos cuerpos de cristianos no los cubrió la tierra; pero a ninguno de ellos lo separó nadie del cielo y de la tierra, que llena toda ella con la presencia de Sí mismo, el cual sabe de dónde resucitar lo que creó. Se dice ciertamente en el Salmo: «Pusieron los cadáveres de tus siervos por comida a las aves del cielo, las carnes de tus santos a las bestias de la tierra; derramaron su sangre como agua en los alrededores de Jerusalén, y no había quien sepultara» (Sal. 78, 2-3); pero más para exagerar la cruedad de los que hicieron estas cosas, no para la infelicidad de los que padecieron estas cosas. Pues aunque estas cosas parezcan duras y terribles a los ojos de los hombres, «pero preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos» (Sal. 115, 15). Por tanto, todas esas cosas, esto es, el cuidado del funeral, la condición de la sepultura, la pompa de las exequias, son más bien consuelos de los vivos que subsidios de los muertos. Si en algo aprovecha al impío la sepultura preciosa, en nada dañará al piadoso la vil o ninguna. Exequias preclaras ante los ojos de los hombres exhibió a aquel rico purpurado la turba de sus criados; pero mucho más preclaras ante los ojos del Señor prestó al pobre ulceroso el ministerio de los Ángeles, que no lo llevaron a un sepulcro de mármol, sino que lo levantaron al seno de Abraham.

2. Se ríen de estas cosas aquellos contra quienes hemos emprendido la defensa de la ciudad de Dios. Sin embargo, incluso sus filósofos despreciaron el cuidado de la sepultura; y a menudo ejércitos enteros, mientras morían por la patria terrena, no se cuidaron de dónde yacerían después o de qué bestias serían comida; y les fue lícito a los poetas decir plausiblemente sobre este asunto: «Al que no tiene urna lo cubre el cielo».

Quanto minus debent de corporibus insepultis insultare Christianis, quibus et ipsius carnis et membrorum omnium reformatio non solum ex terra, verum etiam ex aliorum elementorum secretissimo sinu, quo dilapsa cadavera recesserunt, in temporis puncto reddenda et redintegranda promittitur (I Cor. XV, 52)?

Caput XIII.

Quae sit ratio sanctorum corpora sepeliendi.

Nec ideo tamen contemnenda et abjicienda sunt corpora defunctorum, maximeque justorum atque fidelium, quibus tanquam organis et vasis ad omnia bona opera sanctus usus est Spiritus. Si enim paterna vestis et annulus, ac si quid hujusmodi, tanto charius est posteris, quanto erga parentes major affectus; nullo modo ipsa spernenda sunt corpora, quae utique multo familiarius atque conjunctius, quam quaelibet indumenta, gestamus. Haec enim non ad ornamentum vel adjutorium, quod adhibetur extrinsecus, sed ad ipsam naturam hominis pertinent. Unde et antiquorum justorum funera officiosa pietate curata sunt, et exsequiae celebratae, et sepultura provisa (Gen. XXV, 9; XXXV, 29; L, 2-13, etc.): ipsique dum viverent, de sepeliendis, vel etiam transferendis suis corporibus filiis mandaverunt (Id. XLVII, 29, 30; L, 24): et Tobias sepeliendo mortuos Deum promeruisse, teste angelo, commendatur (Tob. II, 9; XII, 12). Ipse quoque Dominus die tertio resurrecturus, religiosae mulieris bonum opus praedicat, praedicandumque commendat, quod unguentum pretiosum super membra ejus effuderit, atque hoc ad eum sepeliendum fecerit (Matth. XXVI, 10-13). Et laudabiliter commemorantur in Evangelio qui corpus ejus de cruce acceptum diligenter atque honorifice tegendum, sepeliendumque curarunt (Joan. XIX, 38-42). Verum istae auctoritates non hoc admonent, quod insit ullus cadaveribus sensus; sed ad Dei providentiam, cui placent etiam talia pietatis officia, corpora quoque mortuorum pertinere significant, propter fidem resurrectionis astruendam. Ubi et illud salubriter discitur, quanta possit esse remuneratio pro eleemosynis, quas viventibus et sentientibus exhibemus, si neque hoc apud Deum perit, quod exanimis hominum membris officii diligentiaeque persolvitur. Sunt quidem et alia, quae sancti Patriarchae de corporibus suis vel condendis vel transferendis prophetico spiritu dicta intelligi voluerunt: non autem hic locus est, ut ea pertractemus, cum sufficiant ista quae diximus.

¿Cuánto menos deben insultar a los cristianos por los cuerpos insepultos, a quienes se les promete la restauración de la misma carne y de todos los miembros, no solo de la tierra, sino también del seno más secreto de los otros elementos adonde se retiraron los cadáveres disueltos, que les ha de ser devuelta e integrada en un momento de tiempo (1 Cor. 15, 52)?

Capítulo XIII.

Cuál sea la razón de sepultar los cuerpos de los santos.

No por eso, sin embargo, han de ser despreciados y arrojados los cuerpos de los difuntos, y máxime de los justos y fieles, de los cuales como de órganos y vasos usó el Espíritu Santo para todas las buenas obras. Pues si el vestido paterno y el anillo, y cualquier cosa de esta clase, es tanto más cara a la posteridad cuanto mayor es el afecto hacia los padres; de ningún modo deben ser despreciados los cuerpos mismos, que ciertamente llevamos mucho más familiar y conjuntamente que cualesquiera vestiduras. Pues estos no pertenecen al ornato o ayuda que se añade desde fuera, sino a la misma naturaleza del hombre. Por lo cual también los funerales de los antiguos justos fueron cuidados con oficiosa piedad, y las exequias celebradas, y la sepultura provista (Gén. 25, 9; 35, 29; 50, 2-13, etc.): y ellos mismos, mientras vivían, mandaron a sus hijos sobre la sepultura o incluso el traslado de sus cuerpos (Gén. 47, 29-30; 50, 24): y Tobías es elogiado por haber merecido ante Dios sepultando a los muertos, siendo testigo el ángel (Tob. 2, 9; 12, 12). El mismo Señor también, que había de resucitar al tercer día, alaba la buena obra de la mujer religiosa, y manda que sea predicada, porque derramó ungüento precioso sobre sus miembros, y hizo esto para sepultarlo (Mat. 26, 10-13). Y laudablemente se conmemora en el Evangelio a quienes cuidaron de que su cuerpo recibido de la cruz fuera diligente y honoríficamente cubierto y sepultado (Juan 19, 38-42). Pero estas autoridades no advierten esto: que haya sentido alguno en los cadáveres; sino que significan que los cuerpos también de los muertos pertenecen a la providencia de Dios, a quien placen también tales oficios de piedad, para confirmar la fe de la resurrección. Donde también se aprende saludablemente cuánta puede ser la remuneración por las limosnas que prestamos a los vivos y sintientes, si no perece ante Dios ni siquiera esto que se paga a los miembros exánimes de los hombres como oficio y diligencia. Hay ciertamente también otras cosas que los santos Patriarcas quisieron que se entendieran dichas con espíritu profético sobre sus cuerpos, ya fuera para ser enterrados o trasladados; pero no es este el lugar para tratarlas, pues bastan estas cosas que hemos dicho.

Sed si ea quae sustentandis viventibus sunt necessaria, sicut victus et amictus, quamvis cum gravi afflictione desint, non frangunt in bonis perferendi tolerandique virtutem, nec cradicant ex animo pietatem, sed exercitatam faciunt fecundiorem: quanto magis, cum desunt ea quae curandis funeribus condendisque corporibus defunctorum adhiberi solent, non efficiunt miseros in occultis piorum sedibus jam quietos? Ac per hoc, quando ista cadaveribus Christianorum in illa magnae urbis, vel etiam aliorum oppidorum vastatione defuerunt; nec vivorum culpa est, qui non potuerunt ista praebere, nec poena mortuorum, qui non possunt ista sentire.

Caput XIV.

De captivitate sanctorum, quibus nunquam divina solatia defuerunt.

Sed multi, inquiunt, Christiani etiam captivi ducti sunt. Hoc sane miserrimum est, si aliquo duci potuerunt, ubi Deum suum non invenerunt. Sunt in Scripturis sanctis hujus etiam cladis magna solatia. Fuerunt in captivitate tres pueri, fuit Daniel, fuerunt alii prophetae: nec Deus defuit consolator. Sic ergo non deseruit fideles suos sub dominatione gentis, licet barbarae, tamen humanae, qui prophetam non deseruit nec in visceribus belluae (Jonae II). Haec quoque illi, cum quibus agimus, malunt irridere, quam credere: qui tamen in suis litteris credunt Arionem Methymnaeum, nobilissimum citharistam, cum esset dejectus e navi, exceptum delphini dorso, et ad terras esse pervectum. Verum illud nostrum de Jona propheta incredibilius est. Plane incredibilius, quia mirabilius; et mirabilius, quia potentius.

Caput XV.

De Regulo, in quo captivitatis, ob religionem etiam sponte tolerandae, exstat exemplum: quod tamen illi deos colenti prodesse non potuit.

Pero si aquellas cosas que son necesarias para el sustento de los vivos, como el alimento y el vestido, aunque falten con grave aflicción, no quiebran en los buenos la virtud de sufrir y tolerar, ni arrancan del ánimo la piedad, sino que la hacen más fecunda al ejercitarla; cuánto más, cuando faltan aquellas cosas que suelen emplearse para cuidar los funerales y enterrar los cuerpos de los difuntos, no hacen míseros a los que ya están quietos en las secretas sedes de los piadosos. Y por esto, cuando estas cosas faltaron a los cadáveres de los cristianos en aquella devastación de la gran ciudad, o incluso de otros pueblos; ni es culpa de los vivos, que no pudieron prestar estas cosas, ni pena de los muertos, que no pueden sentir estas cosas.

Capítulo XIV.

De la cautividad de los santos, a quienes nunca faltaron los consuelos divinos.

Pero muchos cristianos, dicen, fueron también llevados cautivos. Esto ciertamente es muy miserable si pudieron ser llevados a alguna parte donde no encontraran a su Dios. Hay en las sagradas Escrituras grandes consuelos también de esta calamidad. Estuvieron en cautividad los tres jóvenes, estuvo Daniel, estuvieron otros profetas; ni faltó Dios como consolador. Así, pues, no desamparó a sus fieles bajo la dominación de una gente, aunque bárbara, sin embargo humana, quien no desamparó al profeta ni siquiera en las entrañas de una bestia (Jon. 2). De estas cosas también aquellos con quienes tratamos prefieren burlarse antes que creer; los cuales, sin embargo, en sus propias letras creen que Arión de Metimna, nobilísimo citarista, habiendo sido arrojado de una nave, fue recibido en el lomo de un delfín y llevado a tierra. Pero aquello nuestro sobre el profeta Jonás es más increíble. Claramente más increíble, porque es más admirable; y más admirable, porque es más poderoso.

Capítulo XV.

De Régulo, en el cual existe un ejemplo de cautividad que debe ser tolerada incluso voluntariamente por causa de la religión; lo cual, sin embargo, no pudo aprovecharle a él, que daba culto a los dioses.

1. Habent tamen isti de captivitate religionis causa etiam sponte toleranda et in suis praeclaris viris nobilissimum exemplum. Marcus Attilius Regulus, imperator populi Romani, captivus apud Carthaginenses fuit. Qui cum sibi mallent a Romanis suos reddi, quam eorum tenere captivos, ad hoc impetrandum etiam istum praecipue Regulum cum legatis suis Romam miserunt, prius juratione constrictum, si quod volebant minime peregisset, rediturum esse Carthaginem. Perrexit ille, atque in senatu contraria persuasit, quoniam non arbitrabatur utile esse Romanae reipublicae mutare captivos. Nec post hanc persuasionem a suis ad hostes redire compulsus est; sed quod juraverat, id sponte complevit. At illi eum excogitatis atque horrendis cruciatibus necaverunt. Inclusum quippe angusto ligno, ubi stare cogeretur, clavisque acutissimis undique confixo, ut se in nullam ejus partem sine poenis atrocissimis inclinaret, etiam vigilando peremerunt. Merito certe laudant virtutem tam magna infelicitate majorem. Et per deos ille juraverat, quorum cultu prohibito, has generi humano clades isti opinantur infligi. Qui ergo propterea colebantur, ut istam vitam prosperam redderent, si verum juranti has irrogari poenas seu voluerunt, seu permiserunt, quid perjuro gravius irati facere potuerunt? Sed cur non ratiocinationem meam potius ad utrumque concludam? Deos certe sic ille coluit, ut propter jurisjurandi fidem nec remaneret in patria, nec inde quolibet ire, sed ad suos acerrimos inimicos redire minime dubitaret. Hoc si huic vitae utile existimabat, cujus tam horrendum exitum meruit, procul dubio fallebatur. Suo quippe docuit exemplo, nihil deos ad istam temporalem felicitatem suis prodesse cultoribus: quandoquidem ille eorum deditus cultui, et victus et captivus abductus, et quia noluit aliter quam per eos juraverat facere, novo ac prius inaudito nimiumque horribili supplicii genere cruciatus exstinctus est. Si autem deorum cultus post hanc vitam velut mercedem reddit felicitatem, cur calumniantur temporibus christianis, ideo dicentes Urbi accidisse illam calamitatem, quia deos suos colere destitit, cum potuerit etiam illos diligentissime colens tam infelix fieri, quam ille Regulus fuit? Nisi forte contra clarissimam veritatem tanta quisquam dementia mirae caecitatis obnititur, ut contendere audeat universam civitatem deos colentem infelicem esse non posse, unum vero hominem posse; quod videlicet potentia deorum suorum multos potius sit idonea conservare, quam singulos; cum multitudo constet ex singulis.

1. Tienen, sin embargo, estos un nobilísimo ejemplo de cautividad que debe ser tolerada incluso voluntariamente por causa de la religión también entre sus hombres preclaros. Marco Atilio Régulo, general del pueblo romano, estuvo cautivo entre los cartagineses. Los cuales, como preferían que les fueran devueltos los suyos por los romanos antes que retener a sus cautivos, para conseguir esto enviaron también a este Régulo especialmente con sus legados a Roma, obligado previamente por juramento a que, si de ningún modo realizaba lo que querían, regresaría a Cartago. Partió él y en el senado persuadió lo contrario, puesto que no juzgaba útil para la república romana cambiar a los cautivos. Ni después de esta persuasión fue obligado por los suyos a regresar a los enemigos; sino que lo que había jurado, eso lo cumplió voluntariamente. Pero ellos lo mataron con excogitados y horrendos tormentos. Pues encerrado en un angosto receptáculo de madera, donde se veía obligado a estar de pie, y clavado por todas partes con agudísimos clavos, de modo que no pudiera inclinarse hacia ninguna parte de él sin atrocísimas penas, lo mataron incluso privándole del sueño. Con razón ciertamente alaban una virtud mayor que tan gran infelicidad. And él había jurado por los dioses, por cuyo culto prohibido piensan estos que se infligen al género humano estas calamidades. Si aquellos, pues, eran adorados para esto, para que hicieran próspera esta vida, si quisieron o permitieron que se le impusieran estas penas al que juraba la verdad, ¿qué pudieron hacer más gravemente airados contra un perjuro? Pero ¿por qué no concluir mi razonamiento más bien para ambos casos? Ciertamente él dio culto a los dioses de tal modo que, por la fidelidad del juramento, ni permaneció en su patria, ni fue de allí a ninguna otra parte, sino que no dudó en absoluto en regresar a sus más acérrimos enemigos. Si juzgaba esto útil para esta vida, cuyo tan horrendo fin mereció, sin duda se engañaba. Pues enseñó con su ejemplo que los dioses no aprovechan nada a sus cultores para esta felicidad temporal; puesto que él, entregado a su culto, y vencido y llevado cautivo, y porque no quiso hacer de otro modo que como había jurado por ellos, fue muerto atormentado con un nuevo y antes inaudito y demasiado horrible género de suplicio. Pero si el culto de los dioses devuelve la felicidad como recompensa después de esta vida, ¿por qué calumnian los tiempos cristianos diciendo que por eso le sucedió a la Ciudad aquella calamidad, porque dejó de dar culto a sus dioses, cuando pudo incluso dándoles culto diligentísimamente ser tan infeliz como fue aquel Régulo? A no ser que quizás alguien se obstine con tanta demencia de admirable ceguera contra la clarísima verdad, que se atreva a sostener que una ciudad entera que da culto a los dioses no puede ser infeliz, pero un solo hombre sí; porque, a saber, la potencia de sus dioses sea más idónea para conservar a muchos que a los individuos, siendo así que la multitud consta de individuos.

2. Si autem dicunt M. Regulum etiam in illa captivitate illisque cruciatibus corporis, animi virtute beatum esse potuisse; virtus potius vera quaeratur, qua beata possit esse et civitas. Neque enim aliunde beata civitas, aliunde homo: cum aliud civitas non sit, quam concors hominum multitudo. Quamobrem nondum interim disputo, qualis in Regulo virtus fuerit: sufficit nunc, quod isto nobilissimo exemplo coguntur fateri, non propter corporis bona, vel earum rerum quae extrinsecus homini accidunt, colendos deos; quandoquidem ille carere his omnibus maluit, quam deos per quos juravit offendere. Sed quid faciamus hominibus qui gloriantur talem se habuisse civem, qualem timent habere civitatem? Quod si non timent, tale ergo aliquid, quale accidit Regulo, etiam civitati tam diligenter, quam ille, deos colenti accidere potuisse fateantur, et christianis temporibus non calumnientur. Verum quia de illis Christianis orta quaestio est, qui etiam captivi ducti sunt ; hoc intueantur et taceant, qui saluberrimae religioni hinc impudenter atque imprudenter illudunt: quia si diis eorum probro non fuit, quod attentissimus cultor illorum, dum eis jurisjurandi fidem servaret, patria carnit, cum aliam non haberet, captivusque apud hostes per longam mortem supplicio novae crudelitatis occisus est: multo minus nomen criminandum est christianum in captivitate sacratorum suorum, qui supernam patriam veraci fide expectantes, etiam in suis sedibus peregrinos se esse noverunt (I Petr. II, 11).

Caput XVI.

An stupris, quae etiam sanctarum forte virginum est passa captivitas, contaminari potuerit virtus animi sine voluntatis assensu.

Magnum sane crimen se putant objicere Christianis, cum eorum exaggerantes captivitatem, addunt etiam stupra commissa, non solum in aliena matrimonia virginesque nupturas, sed etiam in quasdam sanctimoniales. Hic vero non fides, non pietas, non ipsa virtus quae castitas dicitur, sed nostra potius disputatio inter pudorem atque rationem quibusdam coarctatur angustiis . Nec tantum curamus hic alienis responsionem reddere, quantum ipsis nostris consolationem. Sit igitur in primis positum atque firmatum, virtutem qua recte vivitur, ab animi sede membris corporis imperare, sanctumque corpus usu fieri sanctae voluntatis: qua inconcussa ac stabili permanente, quidquid alius de corpore vel in corpore fecerit, quod sine peccato proprio non valeat evitari, praeter culpam esse patientis.

2. Pero si dicen que Marco Régulo, incluso en aquella cautividad y en aquellos tormentos del cuerpo, pudo ser feliz por la virtud del ánimo, búsquese más bien la verdadera virtud, por la cual también la ciudad pueda ser feliz. Pues no de una parte proviene la ciudad feliz, y de otra el hombre: ya que la ciudad no es otra cosa que una multitud concorde de hombres. Por lo cual, no discuto todavía entre tanto qué clase de virtud hubo en Régulo: basta ahora que por este nobilísimo ejemplo se ven obligados a confesar que los dioses no han de ser adorados por los bienes del cuerpo, o de aquellas cosas que le suceden al hombre exteriormente; puesto que él prefirió carecer de todo esto antes que ofender a los dioses por quienes juró. Pero ¿qué haremos con los hombres que se glorían de haber tenido tal ciudadano cual temen que tenga la ciudad? Pues si no temen, confiesen entonces que algo semejante a lo que le sucedió a Régulo pudo sucederle también a una ciudad que diera culto a los dioses tan diligentemente como él, y no calumnien a los tiempos cristianos. Pero porque ha surgido la cuestión sobre aquellos cristianos que también fueron llevados cautivos, miren esto y callen quienes impudente e imprudentemente se burlan de la religión saludabilísima por este motivo: porque si para sus dioses no fue deshonra que su más atento cultivador, mientras les guardaba la fidelidad del juramento, careciera de su patria, al no tener otra, y como cautivo entre los enemigos fuera muerto por una larga muerte con el suplicio de una nueva crueldad: mucho menos debe ser criminalizado el nombre cristiano en la cautividad de sus consagrados, quienes, esperando con fe verdadera la patria celestial, saben que son peregrinos incluso en sus propias sedes (1 Ped. 2, 11).

Capítulo XVI.

Si por los estupros, que tal vez sufrió incluso la cautividad de las santas vírgenes, pudo contaminarse la virtud del ánimo sin el asentimiento de la voluntad.

Ciertamente piensan objetar un gran crimen a los cristianos cuando, exagerando su cautividad, añaden también los estupros cometidos, no solo en matrimonios ajenos y en vírgenes por casar, sino incluso en algunas monjas. Aquí, en verdad, no la fe, ni la piedad, ni la misma virtud que se llama castidad, sino más bien nuestra disputa se ve estrechada por algunas angustias entre el pudor y la razón. Y no nos cuidamos tanto aquí de dar respuesta a los extraños, cuanto de dar consuelo a los nuestros. Quede, pues, en primer lugar sentado y afirmado que la virtud por la cual se vive rectamente impera desde la sede del ánimo a los miembros del cuerpo, y que el cuerpo se hace santo por el uso de la voluntad santa: permaneciendo esta inconmovible y estable, cualquier cosa que otro haga del cuerpo o en el cuerpo, que no pueda evitarse sin pecado propio, está fuera de la culpa del que lo padece.

Sed quia non solum quod ad dolorem, verum etiam quod ad libidinem pertinet, in corpore alieno perpetrari potest; quidquid tale factum fuerit, et si retentam constantissimo animo pudicitiam non excutit, pudorem tamen incutit; no credatur factum cum mentis etiam voluntate, quod fieri fortasse sine carnis aliqua voluptate non potuit.

Caput XVII.

De morte voluntaria ob metum poenae sive dedecoris.

Ac per hoc et quae se occiderunt, ne quidquam hujusmodi paterentur, quis humanus affectus eis nolit ignosci? et quae se occidere noluerunt, ne suo facinore alienum flagitium devitarent, quisquis eis hoc crimini dederit, ipse crimine insipientiae non carebit . Nam utique si non licet privata potestate hominem occidere vel nocentem, cujus occidendi licentiam lex nulla concedit: profecto etiam qui se ipsum occidit, homicida est; et tanto fit nocentior, cum se occiderit, quanto innocentior in ea causa fuit, qua se occidendum putavit. Nam si Judae factum merito detestamur, eumque veritas judicat, cum se laqueo suspendit, sceleratae illius traditionis auxisse potius quam expiasse commissum; quoniam Dei misericordiam desperando exitiabiliter poenitens, nullum sibi salubris poenitentiae locum reliquit (Matth. XXVII, 3): quanto magis a sua nece se abstinere debet qui tali supplicio quod in se puniat, non habet? Judas enim cum se occidit, sceleratum hominem occidit: et tamen non solum Christi, verum etiam suae mortis reus finivit hanc vitam; quia licet propter suum scelus, alio suo scelere occisus est. Cur autem homo, qui mali nihil fecit, sibi male faciat, et se ipsum interficiendo hominem interficiat innocentem, ne alium patiatur nocentem; atque in se perpetret peccatum proprium, ne in eo perpetretur alienum?

Caput XVIII.

De aliena violentiarum libidine, quam in oppresso corpore meus invita perpetitur.

1. At enim, ne vel aliena polluat libido, metuitur. Non polluet, si aliena erit: si autem polluet, aliena non erit. Sed cum pudicitia virtus sit animi, comitemque habeat fortitudinem, qua potius quaelibet mala tolerare, quam malo consentire decernit; nullus autem magnanimus et pudicus in potestate habeat, quid de sua carne fiat, sed tantum quid annuat mente, vel renuat: quis eadem sana mente putaverit se perdere pudicitiam, si forte in apprehensa et oppressa carne sua exerceatur et expleatur libido non sua?

Pero porque no solo lo que pertenece al dolor, sino también lo que pertenece a la libido, puede perpetrarse en el cuerpo ajeno; cualquier cosa que así se haga, aunque no expulse la castidad retenida con ánimo constantísimo, incita sin embargo el pudor; para que no se crea hecho con la voluntad de la mente también, lo que tal vez no pudo hacerse sin alguna voluptuosidad de la carne.

Capítulo XVII.

De la muerte voluntaria por temor a la pena o al deshonor.

Y por esto, ¿qué afecto humano no querría que se perdonase a las que se mataron para no padecer nada de esta clase? Y a las que no quisieron matarse, para no evitar con su propio facineroso acto el flagitio ajeno, quienquiera que les impute esto como crimen, él mismo no carecerá del crimen de la insensatez. Pues ciertamente, si no es lícito por potestad privada matar a un hombre, aunque sea nocivo, para cuya muerte ninguna ley concede licencia, sin duda también el que se mata a sí mismo es un homicida; y tanto se hace más culpable cuando se mata a sí mismo, cuanto más inocente era en aquella causa por la que pensó que debía matarse. Pues si con razón detestamos el hecho de Judas, y la verdad juzga que, cuando se ahorcó con el lazo, aumentó más bien que expió el pecado de aquella escelerada traición; ya que, al desesperar de la misericordia de Dios y arrepentirse de modo destructivo, no se dejó lugar alguno para la penitencia saludable (Mt. 27, 3): ¿cuánto más debe abstenerse de su propia muerte quien no tiene tal suplicio que castigar en sí mismo? Judas, en efecto, cuando se mató, mató a un hombre malvado; y sin embargo terminó esta vida reo no solo de la muerte de Cristo, sino también de la suya propia; porque, aunque fue por su crimen, fue muerto por otro crimen suyo. Pero ¿por qué un hombre que nada malo ha hecho habría de hacerse mal a sí mismo, y matándose a sí mismo mataría a un hombre inocente, para no padecer a otro nocivo; y perpetraría en sí un pecado propio, para que no se perpetre en él uno ajeno?

Capítulo XVIII.

De la libido ajena de violencias, que el alma invita padece en el cuerpo oprimido.

1. Pero, en efecto, se teme que incluso la libido ajena contamine. No contaminará, si es ajena; pero si contamina, no será ajena. Mas siendo la pudicicia una virtud del ánimo, y teniendo como compañera la fortaleza, por la cual decide tolerar cualesquiera males antes que consentir al mal; y no teniendo ningún magnánimo y púdico en su potestad qué se haga de su carne, sino solo qué asienta con la mente o qué rechace: ¿quién de mente sana pensaría que pierde la pudicicia si tal vez en su carne aprehendida y oprimida se ejerce y se sacia una libido no suya?

Si enim hoc modo pudicitia perit, profecto pudicitia virtus animi non erit; nec pertinebit ad ea bona, quibus bene vivitur, sed in bonis corporis numerabitur; qualia sunt, vires, pulchritudo, sana integraque valetudo, ac si quid hujusmodi est: quae bona, etiam si minuantur, bonam justamque vitam omnino non minuunt. Quod si tale aliquid est pudicitia, utquid pro illa, ne amittatur, etiam cum periculo corporis laboratur? Si autem animi bonum est, etiam oppresso corpore non amittitur. Quin etiam sanctae continentiae bonum cum immunditiae carnalium concupiscentiarum non cedit, et ipsum corpus sanctificatur: et ideo cum eis non cedere inconcussa intentione persistit, nec de ipso corpore perit sanctitas , quia eo sancte utendi perseverat voluntas, et quantum in ipso est, etiam facultas.

2. Neque enim eo corpus sanctum est, quod ejus membra sunt integra, aut eo, quod nullo contrectantur attactu; cum possint diversis etiam casibus vulnerata vim perpeti, et medici aliquando saluti opitulantes haec ibi faciant, quae horret aspectus. Obstetrix virginis cujusdam integritatem manu velut explorans, sive malevolentia, sive inscitia, sive casu, dum inspicit, perdidit: non opinor quemquam tam stulle sapere, ut huic periisse aliquid existimet etiam de ipsius corporis sanctitate, quamvis membri illius integritate jam perdita. Quocirca proposito animi permanente, per quod etiam corpus sanctificari meruit, nec ipsi corpori aufert sanctitatem violentia libidinis alienae, quam servat perseverantia continentiae suae. An vero si aliqua femina mente corrupta, violatoque proposito quod Deo voverat, pergat vitianda ad deceptorem suum; adhuc eam pergentem sanctam vel corpore dicimus, ea sanctitate animi, per quam corpus sanctificabatur, amissa atque destructa? Absit hic error: et hinc potius admoneamur, ita non amitti corporis sanctitatem, manente animi sanctitate, etiam corpore oppresso, sicut amittitur corporis sanctitas violata animi sanctitate, etiam corpore intacto. Quamobrem non habet quod in se morte spontanea puniat femina, sine ulla sua consensione violenter oppressa, et alieno compressa peccato: quanto minus ante quam hoc fiat; ne admittatur homicidium certum, cum ipsum flagitium, quamvis alienum, adhuc pendet incertum?

Caput XIX.

De Lucretia, quae se ob illatum sibi stuprum peremit.

Pues si de este modo perece la pudicicia, sin duda la pudicicia no será una virtud del ánimo; ni pertenecerá a aquellos bienes con los que se vive bien, sino que se contará entre los bienes del cuerpo; cuales son las fuerzas, la hermosura, la salud sana e íntegra, y si hay algo de esta clase: bienes que, aunque se disminuyan, no disminuyen en absoluto la vida buena y justa. Y si tal cosa es la pudicicia, ¿por qué se trabaja por ella con peligro incluso del cuerpo para que no se pierda? Pero si es un bien del ánimo, incluso oprimido el cuerpo no se pierde. Es más, el bien de la santa continencia, cuando no cede a la inmundicia de las carnales concupiscentias, también el mismo cuerpo se santifica: y por eso, cuando persiste con intención inconmovible en no cederles, ni del mismo cuerpo perece la santidad, porque persevera la voluntad de usar de él santamente y, en cuanto está en ella, también la facultad.

2. Pues no por esto es santo el cuerpo, porque sus miembros estén íntegros, o porque no sean tocados por ningún contacto; ya que pueden padecer violencia heridos por diversos casos, y los médicos, auxiliando a veces a la salud, hacen allí tales cosas que el aspecto aborrece. Una partera, como explorando con la mano la integridad de cierta virgen, ya por malevolencia, ya por impericia, ya por accidente, la perdió mientras la inspeccionaba: no creo que nadie sea tan neciamente sabio que piense que a esta le ha perecido algo incluso de la santidad de su propio cuerpo, aunque se haya perdido ya la integridad de aquel miembro. Por lo cual, permaneciendo el propósito del ánimo, por el cual también el cuerpo mereció ser santificado, ni al mismo cuerpo le quita la santidad la violencia de la libido ajena, la cual conserva la perseverancia de su propia continencia. ¿O es que si alguna mujer, corrompida en su mente y violado el propósito que había votado a Dios, fuera a su engañador para ser viciada; diremos que todavía es santa incluso en el cuerpo mientras va, habiéndose perdido y destruido aquella santidad del ánimo por la cual el cuerpo se santificaba? Lejos de nosotros este error; y de aquí más bien amonestémonos de que así no se pierde la santidad del cuerpo permaneciendo la santidad del ánimo, aun oprimido el cuerpo, como se pierde la santidad del cuerpo violada la santidad del ánimo, aun intacto el cuerpo. Por lo cual, no tiene qué castigar en sí con muerte espontánea la mujer oprimida violentamente sin consentimiento alguno suyo y comprimida por pecado ajeno: cuánto menos antes de que esto suceda; para que no se admita un homicidio cierto, cuando el mismo flagitio, aunque sea ajeno, todavía pende incierto.

Capítulo XIX.

De Lucrecia, que se quitó la vida por el estupro que se le infirió.

1. An forte huic perspicuae rationi, qua dicimus corpore oppresso, nequaquam proposito castitatis ulla in malum consensione mutato, illius tantum esse flagitium qui opprimens concubuerit, non illius quae oppressa concumbenti nulla voluntate consenserit, contradicere audebunt hi, contra quos feminarum christianarum in captivitate oppressarum non tantum mentes, verum etiam corpora sancta defendimus? Lucretiam certe, matronam nobilem veteremque Romanam, pudicitiae magnis efferunt laudibus. Hujus corpore cum violenter oppresso Tarquinii regis filius libidinose potitus esset, illa scelus improbissimi juvenis marito Collatino et propinquo Bruto, viris clarissimis et fortissimis, indicavit, eosque ad vindictam constrinxit: deinde foedi in se commissi aegra atque impatiens se peremit . Quid dicemus? adultera haec, an casta judicanda est? Quis in hac controversia laborandum putaverit? Egregie quidam ex hoc veraciterque declamans, ait: «Mirabile dictu; duo fuerunt, et adulterium unus admisit.» Splendide atque verissime. Intuens enim in duorum corporum commixtione unius inquinatissimam cupiditatem, alterius castissimam voluntatem; et non quid conjunctione membrorum, sed quid animorum diversitate ageretur, attendens, «Duo,» inquit, «fuerunt, et adulterium unus admisit.»

2. Sed quid est hoc, quod in eam gravius vindicatur, quae adulterium non admisit? Nam ille patria cum patre pulsus est ; haec summo est mactata supplicio. Si non est illa impudicitia, qua invita opprimitur; non est haec justitia, qua casta punitur. Vos appello, leges judicesque Romani. Nempe post perpetrata facinora nec quemquam scelestum indemnatum impune voluistis occidi. Si ergo ad vestrum judicium quisquam deferret hoc crime, vobisque probaretur, non solum indemnatam, verum etiam castam et innocentem interfectam esse mulierem; nonne eum qui id fecisset, severitate congrua plecteretis? Hoc fecit illa Lucretia; illa, illa sic praedicata Lucretia innocentem, castam, vim perpessam Lucretiam insuper interemit . Proferte sententiam. Quod si propterea non potestis, quia non astat quam punire possitis; cur interfectricem innocentis et castae tanta praedicatione laudatis? Quam certe apud infernos judices, etiam tales, quales poetarum vestrorum carminibus cantitantur, nulla ratione defenditis, constitutam scilicet inter illos, qui sibi letum Insontes peperere manu, lucemque perosi, Projecere animas.

1. ¿O tal vez a esta perspicua razón, por la cual decimos que oprimido el cuerpo, no habiéndose cambiado en absoluto el propósito de la castidad por ningún consentimiento al mal, el flagitio es solo de aquel que oprimiendo yació con ella, y no de aquella que oprimida no consintió con voluntad alguna al que yacía con ella, se atreverán a contradecir aquellos contra quienes defendemos no solo las mentes, sino incluso los cuerpos santos de las mujeres cristianas oprimidas en la cautividad? Ciertamente ensalzan con grandes alabanzas de pudicicia a Lucrecia, matrona noble y antigua romana. Habiéndose apoderado libidinosamente del cuerpo de esta, tras oprimirlo violentamente, el hijo del rey Tarquinio, ella indicó el crimen del impropísimo joven a su marido Colatino y a su pariente Bruto, varones clarísimos y fuérisimos, y los constriñó a la venganza: después, enferma e impaciente por el torpe acto cometido en ella, se quitó la vida. ¿Qué diremos? ¿Debe ser juzgada adúltera o casta? ¿Quién pensará que hay que trabajar en esta controversia? Cierto autor, declamando egregia y verazmente sobre esto, dice: «Admirable de decir; dos fueron, y uno solo admitió el adulterio». Espléndida y veracísimamente. Pues mirando en la mezcla de los dos cuerpos la inquinatísima cupididad de uno y la castísima voluntad del otro; y atendiendo no a lo que se hacía por la conjunción de los miembros, sino por la diversidad de las almas, dijo: «Dos fueron, y uno solo admitió el adulterio».

2. Pero ¿qué es esto, que se castigue con más gravedad a la que no admitió el adulterio? Pues él fue expulsado de la patria con su padre; ella fue muerta con el sumo suplicio. Si no es impudicicia aquella por la cual es oprimida contra su voluntad; no es justicia esta por la cual la casta es castigada. A vosotras apelo, leyes y jueces romanos. Ciertamente después de perpetrados los facinerosos actos no quisisteis que ningún escleroso fuera muerto impunemente sin ser condenado. Si, pues, ante vuestro juicio alguien presentara este crimen, y se os probara que no solo sin ser condenada, sino incluso siendo casta e inocente había sido muerta una mujer; ¿no castigaríais a quien lo hubiera hecho con la severidad congruente? Esto hizo aquella Lucrecia; aquella, aquella tan predicada Lucrecia mató además a la inocente, casta y violentada Lucrecia. Proferid la sentencia. Y si por eso no podéis, porque no está presente a quien podáis castigar, ¿por qué alabáis con tanta predicación a la matadora de una mujer inocente y casta? A la cual ciertamente ante los jueces infernales, incluso tales cuales se cantan en los poemas de vuestros poetas, por ninguna razón defendéis, constituida a saber entre aquellos «que se dieron la muerte a sí mismos siendo inocentes, y aborreciendo la luz, arrojaron sus almas.

Cui ad superna redire cupienti Fata obstant, tristique palus innabilis unda Alligat (Virgil. Aeneid. lib. 6, vers. 434-439.) An forte ideo ibi non est, quia non insontem, sed male sibi consciam se peremit? Quid si enim (quod ipsa tantummodo nosse poterat), quamvis juveni violenter irruenti, etiam sua libidine illecta consensit, idque in se puniens ita doluit, ut morte putaret expiandum? Quanquam nec sicquidem occidere se debuit, si fructuosam posset apud deos falsos agere poenitentiam. Verumtamen si forte ita est, falsumque est illud, quod duo fuerunt, et adulterium unus admisit, sed potius ambo adulterium commiserunt, unus manifesta invasione, altera latente consensione: non se occidit insontem, et ideo potest a litteratis ejus defensoribus dici non esse apud inferos inter illos, «qui sibi letum insontes peperere manu.» Sed ita haec causa ex utroque latere coarctatur, ut si extenuatur homicidium, adulterium confirmetur; si purgatur adulterium, homicidium cumuletur: nec omnino invenitur exitus, ubi dicitur, Si adulterata , cur laudata? si pudica, cur occisa?

3. Nobis tamen in hoc tam nobili feminae hujus exemplo ad istos refutandos, qui christianis feminis in captivitate compressis alieni ab omni cogitatione sanctitatis insultant, sufficit quod in praeclaris ejus laudibus dictum est: «Duo fuerunt, et adulterium unus admisit.» Talis enim ab eis Lucretia magis credita est, quae se nullo adulterino potuerit maculare consensu. Quod ergo se ipsam, quoniam adulterum pertulit, etiam non adulterata occidit, non est pudicitiae charitas, sed pudoris infirmitas. Puduit enim eam turpitudinis alienae in se commissae, etiamsi non secum; et Romana mulier laudis avida nimium verita est, ne putaretur, quod violenter est passa cum viveret, libenter passa si viveret. Unde ad oculos hominum mentis suae testem illam poenam adhibendam putavit, quibus conscientiam demonstrare non potuit. Sociam quippe facti se credi erubuit, si, quod alius in ea fecerat turpiter, ferret ipsa patienter. Non hoc fecerunt feminae christianae, quae passae similia vivunt. Tamen nec in se ultae sunt crimen alienum, ne aliorum sceleribus adderent sua, si, quoniam hostes in eis concupiscendo stupra commiserant, illae in se ipsis homicidia erubescendo committerent. Habent quippe intus gloriam castitatis, testimonium conscientiae: habent autem coram oculis Dei sui, nec requirunt amplius, ubi, quid recte faciant, non amplius habent; ne devient ab auctoritate legis divinae, cum male devitant offensionem suspicionis humanae.

A los cuales, deseando volver al mundo superior, los hados se oponen, y la laguna innavegable con su triste onda los ata». (Virgilio, Eneida, lib. 6, vv. 434-439). ¿O tal vez no está allí porque se mató no siendo inocente, sino siendo mal consciente de sí misma? Pues ¿y si (lo que solo ella misma pudo saber), aunque el joven irrumpió violentamente, ella también consintió atraída por su propia libido, y castigando esto en sí misma dolióse tanto que pensó que debía ser expiado con la muerte? Aunque ni aun así debió matarse, si podía hacer una fructuosa penitencia ante los dioses falsos. Sin embargo, si tal vez es así, y es falso aquello de que fueron dos y uno solo admitió el adulterio, sino que más bien ambos cometieron adulterio, uno por manifiesta invasión y la otra por latente consentimiento, no se mató siendo inocente, y por eso puede decirse por sus letrados defensores que no está en los infiernos entre aquellos «que se dieron la muerte a sí mismos siendo inocentes». Pero de tal modo se estrecha esta causa por ambos lados, que si se atenúa el homicidio, se confirma el adulterio; si se purga el adulterio, se acumula el homicidio; y no se encuentra salida alguna donde se dice: si fue adulterada, ¿por qué alabada?; si púdica, ¿por qué muerta?

3. Sin embargo, a nosotros, en este tan noble ejemplo de esta mujer, para refutar a aquellos que, ajenos a todo pensamiento de santidad, insultan a las mujeres cristianas oprimidas en la cautividad, nos basta lo que se dijo en sus preclaras alabanzas: «Dos fueron, y uno solo admitió el adulterio». Pues tal Lucrecia fue más bien creída por ellos, como la que no pudo mancharse con ningún consentimiento adulterino. El hecho, pues, de que se matara a sí misma por haber soportado a un adúltero, aun sin haber sido ella adulterada, no es caridad de la pudicicia, sino enfermedad del pudor. Pues se avergonzó de la torpeza ajena cometida en ella, aunque no con ella; y la mujer romana, demasiado ávida de alabanza, temió sobremanera que se pensara que lo que padeció violentamente mientras vivía, lo habría padecido de buen grado si seguía viviendo. Por lo cual pensó que debía aplicar ante los ojos de los hombres aquella pena como testigo de su mente, a quienes no pudo demostrar su conciencia. Pues se avergonzó de que se la creyera socia del hecho si soportaba con paciencia lo que otro había hecho torpemente en ella. No hicieron esto las mujeres cristianas, que viven habiendo padecido cosas semejantes. Sin embargo, tampoco vengaron en sí mismas el crimen ajeno, para no añadir los suyos a los crímenes de otros si, puesto que los enemigos habían cometido estupros en ellas por concupiscencia, ellas cometieran homicidios en sí mismas por vergüenza. Tienen, en efecto, dentro la gloria de la castidad, el testimonio de la conciencia: la tienen, además, ante los ojos de su Dios, y no requieren más, donde no tienen nada más que hacer rectamente; para no desviarse de la autoridad de la ley divina, mientras evitan malamente la ofensa de la sospecha humana.

Caput XX.

Nullam esse auctoritatem, quae Christianis in qualibet causa jus voluntariae necis tribuat.

Neque enim frustra in sanctis canonicis Libris nusquam nobis divinitus praeceptum permissumve reperiri potest, ut vel ipsius adipiscendae immortalitatis, vel ullius carendi cavendive mali causa, nobismetipsis necem inferamus. Nam et prohibitos nos esse intelligendum est, ubi Lex ait, Non occides: praesertim quia non addidit, proximum tuum: sicut falsum testimonium cum vetaret, Falsum, inquit, testimonium non dices adversus proximum tuum (Exod. XX, 13, 16). Nec ideo tamen si adversus se ipsum quisquam falsum testimonium dixerit, ab hoc crimine se putaverit alienum. Quoniam regulam diligendi proximum a semetipso dilector accepit; quandoquidem scriptum est, Diliges proximum tuum tanquam te ipsum (Matth. XXII, 39). Porro si falsi testimonii non minus reus est qui de se ipso falsum fatetur, quam si adversus proximum hoc faceret; cum in eo praecepto, quo falsum testimonium prohibetur, adversus proximum prohibeatur, possitque non recte intelligentibus videri non esse prohibitum ut adversus se ipsum quisque falsus testis assistat: quanto magis intelligendum est, non licere homini se ipsum occidere, cum in eo, quod scriptum est, Non occides, nihilo deinde addito, nullus, nec ipse utique cui praecipitur, intelligatur exceptus? Unde quidam hoc praeceptum etiam in bestias ac pecora conantur extendere, ut ex hoc nullum etiam illorum liceat occidere. Cur non ergo et herbas, et quidquid humo radicitus alitur ac figitur? nam et hoc genre rerum, quamvis non sentiat, dicitur vivere; ac per hoc potest et mori; proinde etiam, cum vis adhibetur, occidi. Unde et Apostolus, cum de hujuscemodi seminibus loqueretur, Tu, inquit, quod seminas, non vivificatur, nisi moriatur (I Cor. XV, 36). Et in Psalmo scriptum est, Occidit vites eorum, in grandine (Psal. LXXVII, 47). Num igitur ob hoc, cum audimus, Non occides, virgultum vellere nefas ducimus, et Manichaeorum errori insanissime acquiescimus? His igitur deliramentis remotis, cum legimus, Non occides, si propterea non accipimus hoc dictum esse de frutectis, quia nullus est eis sensus; nec de animantibus irrationalibus, volatilibus, natatilibus, ambulatilibus, reptilibus, quia nulla nobis ratione sociantur, quam non eis datum est nobiscum habere communem; unde justissima ordinatione Creatoris et vita et mors eorum nostris usibus subditur: restat ut de homine intelligamus, quod dictum est, Non occides: nec alterum ergo, nec te. Neque enim qui se occidit, aliud quam hominem occidit.

Capítulo XX.

Que no hay autoridad alguna que conceda a los cristianos el derecho de la muerte voluntaria por cualquier causa que sea.

En efecto, no en vano en los santos Libros canónicos no puede encontrarse en ninguna parte mandado o permitido por la divinidad que, ya sea para alcanzar la inmortalidad misma, ya sea para carecer o evitar cualquier mal, nos infiramos la muerte a nosotros mismos. Pues también debe entenderse que estamos prohibidos donde la Ley dice: «No matarás»; sobre todo porque no añadió «a tu prójimo», como cuando vetaba el falso testimonio, dijo: «No dirás falso testimonio contra tu prójimo» (Éx. 20, 13, 16). Y no por eso, si alguien dijera falso testimonio contra sí mismo, pensará que es ajeno a este crimen. Puesto que el que ama recibió la regla de amar al prójimo a partir de sí mismo; ya que está escrito: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt. 22, 39). Además, si no es menos reo de falso testimonio el que confiesa cosas falsas de sí mismo que si hiciera esto contra el prójimo; aunque en aquel precepto por el cual se prohíbe el falso testimonio se prohíbe contra el prójimo, y pueda parecer a los que no entienden rectamente que no está prohibido que cada uno asista como falso testigo contra sí mismo: ¡cuánto más debe entenderse que no es lícito al hombre matarse a sí mismo, cuando en aquello que está escrito, «No matarás», no habiéndose añadido nada después, nadie, ni siquiera aquel a quien se le manda, se entiende exceptuado! Por lo cual algunos intentan extender este precepto incluso a las bestias y al ganado, de modo que por esto no sea lícito matar a ninguno de ellos. ¿Por qué no, pues, también a las hierbas y a todo lo que se nutre y fija por las raíces en la tierra? Pues también este género de cosas, aunque no siente, se dice que vive; y por esto puede también morir; y por lo tanto también, cuando se aplica fuerza, ser muerto. Por lo cual también el Apóstol, cuando hablaba de semillas de esta clase, dijo: «Lo que tú siembras no se vivifica si no muere» (1 Cor. 15, 36). Y en el Salmo está escrito: «Mató sus vides con el granizo» (Sal. 77, 47). ¿Acaso, pues, por esto, cuando oímos «No matarás», juzgamos un nefas arrancar un sarmiento, y nos plegamos insensatísimamente al error de los maniqueos? Eliminados, pues, estos delirios, cuando leemos «No matarás», si por eso no aceptamos que esto se ha dicho de los arbustos, porque no hay en ellos sentido alguno; ni de los animales irracionales, volátiles, nadadores, caminantes o reptiles, porque no están asociados a nosotros por ninguna razón, la cual no se les ha dado tener en común con nosotros; por lo cual, por justísima ordenación del Creador, tanto la vida como la muerte de ellos se sujetan a nuestros usos: resta que entendamos del hombre lo que se ha dicho: «No matarás»; ni a otro, por tanto, ni a ti. Pues el que se mata no mata a otro sino a un hombre.

Caput XXI.

De interfectionibus hominum, quae ab homicidii crimine excipiuntur.

Quasdam vero exceptiones eadem ipsa divina fecit auctoritas, ut non liceat hominem occidi. Sed his exceptis, quos Deus occidi jubet, sive data lege, sive ad personam pro tempore expressa jussione: non autem ipse occidit, qui ministerium debet jubenti, sicut adminiculum gladius utenti: et ideo nequaquam contra hoc praeceptum fecerunt, quo dictum est, Non occides, qui Deo auctore bella gesserunt, aut personam gerentes publicae potestatis secundum ejus leges, hoc est justissimae rationis imperium, sceleratos morte punierunt. Et Abraham non solum non est culpatus crudelitatis crimine, verum etiam laudatus est nomine pietatis, quod voluit filium, nequaquam scelerate, sed obedienter occidere (Gen. XXII). Et merito quaeritur, utrum pro jussu Dei sit habendum, quod Jephte filiam, quae patri occurrit, occidit, cum se immolaturum Deo id vovisset, quod ei redeunti de praelio victori primitus occurrisset (Judic. XI). Nec Samson aliter excusatur, quod se ipsum cum hostibus ruina domus oppressit, nisi quia spiritus latenter hoc jusserat, qui per illum miracula faciebat (Id. XVI, 30). His igitur exceptis, quos vel lex justa generaliter, vel ipse fons justitiae Deus specialiter occidi jubet; quisquis hominem vel se ipsum, vel quemlibet occiderit, homicidii crimine innectitur.

Caput XXII.

Quod nunquam possit mors voluntaria ad magnitudinem animi pertinere.

1. Et quicumque hoc in se ipsis perpetraverunt, animi magnitudine fortasse mirandi, non sapientiae sanitate laudandi sunt. Quanquam si rationem diligentius consulas, ne ipsa quidem animi magnitudo recte nominatur, ubi quisque non valendo tolerare vel quaeque aspera vel aliena peccata, se ipse interemerit. Magis enim mens infirma deprehenditur, quae ferre non potest vel duram sui corporis servitutem, vel stultam vulgi opinionem; majorque animus merito dicendus est, qui vitam aerumnosam magis potest ferre, quam fugere; et humanum judicium, maximeque vulgare, quod plerumque caligine erroris involvitur, prae conscientiae luce ac puritate contemnere.

Capítulo XXI.

De las muertes de hombres que se exceptúan del crimen de homicidio.

Sin embargo, la misma autoridad divina hizo ciertas excepciones, por las cuales es lícito que un hombre sea muerto. Pero exceptuados estos a quienes Dios manda matar, ya sea por una ley dada, ya sea por una orden expresa a una persona por un tiempo determinado: no mata, empero, aquel que debe ministerio al que manda, al igual que la espada es un auxilio para quien la usa; y por lo tanto de ningún modo actuaron contra este precepto por el cual se dijo: «No matarás», quienes por autoridad de Dios hicieron guerras, o representando la persona de la potestad pública según sus leyes, esto es, el imperio de la más justa razón, castigaron a los esclerosos con la muerte. And Abraham no solo no fue culpado del crimen de crueldad, sino que incluso fue alabado con el nombre de piedad, porque quiso matar a su hijo, de ningún modo malvadamente, sino obedientemente (Gén. 22). Y con mérito se pregunta si debe tenerse por mandato de Dios el que Jefté matara a su hija, la cual salió al encuentro de su padre, habiendo este prometido que inmolaría a Dios lo que primero le saliera al encuentro al volver victorioso de la batalla (Juec. 11). Ni Sansón se excusa de otro modo por haber quedado oprimido él mismo con los enemigos por la ruina de la casa, sino porque el Espíritu, que hacía milagros por medio de él, se lo había mandado latente (Ibíd. 16, 30). Exceptuados, pues, estos a quienes o una ley justa generalmente, o Dios mismo, fuente de la justicia, manda matar especialmente; quienquiera que mate a un hombre, ya sea a sí mismo o a cualquier otro, queda ligado por el crimen de homicidio.

Capítulo XXII.

Que la muerte voluntaria nunca puede pertenecer a la grandeza de ánimo.

1. Y quienesquiera que perpetraron esto en sí mismos, tal vez deban ser admirados por la grandeza de ánimo, pero no alabados por la sanidad de la sabiduría. Aunque si consultas la razón más diligentemente, ni siquiera esa grandeza de ánimo se nombra rectamente cuando alguien, no pudiendo tolerar o bien cualquier aspereza o bien pecados ajenos, se mata a sí mismo. Pues más bien se descubre una mente enferma, que no puede soportar o la dura servidumbre de su propio cuerpo, o la estúpida opinión del vulgo; y con mérito debe decirse que es mayor el ánimo que puede soportar una vida llena de calamidades más que huir de ella; y despreciar el juicio humano, y sobre todo el vulgar, que frecuentemente se envuelve en la calígine del error, ante la luz y pureza de la conciencia.

Quamobrem si magno animo fieri putandum est, cum sibi homo ingerit mortem, ille potius Cleombrotus in hac animi magnitudine reperitur; quem ferunt lecto Platonis libro, ubi de immortalitate animae disputavit, se praecipitem dedisse de muro, atque ita ex hac vita migrasse ad eam, quam credidit esse meliorem. Nihil enim urgebat aut calamitatis, aut criminis, seu verum, seu falsum, quod non valendo ferre, se auferret; sed ad capessendam mortem, atque ad hujus vitae suavia vincula rumpenda sola adfuit animi magnitudo. Quod tamen magne potius factum esse quam bene, testis ei potuit esse Plato ipse, quem legerat: qui profecto id praecipue potissimumque fecisset, vel etiam praecepisset; nisi ea mente, qua immortalitatem animae vidit, nequaquam faciendum, quin etiam prohibendum esse judicasset.

2. [XXIII.] At enim multi se interemerunt, ne in manus hostium pervenirent. Non modo quaerimus utrum sit factum, sed utrum fuerit faciendum. Sana quippe ratio etiam exemplis anteponenda est, cui quidem et exempla concordant, sed illa quae tanto digniora sunt imitatione, quanto excellentiora pietate. Non fecerunt Patriarchae, non Prophetae, non Apostoli: quia et ipse Dominus Christus, quando eos, si persecutionem paterentur, fugere admonuit de civitate in civitatem (Matth. X, 23), potuit admonere ut sibi manus inferrent, ne in manus persequentium pervenirent. Porro si hoc ille non jussit, aut monuit, ut eo modo sui ex hac vita migrarent, quibus migrantibus mansiones aeternas se praeparaturum esse promisit (Joan. XIV, 2); quaelibet exempla opponant gentes quae ignorant Deum, manifestum est hoc non licere colentibus unum verum Deum.

Caput XXIII.

Quale exemplum sit Catonis, qui se, victoriam Caesaris non ferens, interemit.

Sed tamen etiam illi praeter Lucretiam, de qua supra satis quod videbatur diximus, non facile reperiunt de cujus auctoritate praescribant, nisi illum Catonem, qui se Uticae occidit: non quia solus id fecit, sed quia vir doctus et probus habebatur, ut merito putetur recte etiam fieri potuisse vel posse quod fecit. De cujus facto quid potissimum dicam; nisi quod amici ejus etiam docti quidam viri, qui hoc fieri prudentius dissuadebant, imbecillioris quam fortioris animi facinus esse censuerunt, quo demonstraretur non honestas turpia praecavens, sed infirmitas adversa non sustinens?

Por lo cual, si ha de pensarse que se hace con gran ánimo cuando el hombre se infiere la muerte, aquel Cleómbroto se encuentra más bien en esta grandeza de ánimo; del cual dicen que, leído el libro de Platón donde disputó sobre la inmortalidad del alma, se lanzó de cabeza desde un muro, y así emigró de esta vida a la que creyó ser mejor. Pues nada de calamidad ni de crimen, ya fuera verdadero o falso, le urgía que, no pudiendo soportar, se quitara de en medio; sino que para captar la muerte y para romper los dulces vínculos de esta vida solo estuvo presente la grandeza de ánimo. Que esto, sin embargo, se hizo más bien grandemente que bien, pudo ser testigo para él el mismo Platón, a quien había leído; el cual ciertamente lo habría hecho de forma principalísima, o incluso lo habría mandado; si no hubiera juzgado con aquella mente con la que vio la inmortalidad del alma que de ningún modo debía hacerse, sino que incluso debía prohibirse.

2. [XXIII.] Pero es que muchos se mataron para no caer en manos de los enemigos. No solo preguntamos si se hizo, sino si debió hacerse. Pues la sana razón debe anteponerse incluso a los ejemplos, con la cual ciertamente también concuerdan los ejemplos, pero aquellos que son tanto más dignos de imitación cuanto más excelentes en piedad. No lo hicieron los patriarcas, no los profetas, no los apóstoles; porque el mismo Señor Cristo, cuando les amonestó a que, si padecían persecución, huyeran de ciudad en ciudad (Mt. 10, 23), pudo amonestarles a que se infirieran la muerte para no caer en manos de los perseguidores. Además, si él no mandó esto, ni aconsejó que de ese modo emigraran de esta vida sus seguidores, a quienes prometió que al emigrar les prepararía mansiones eternas (Jn. 14, 2); cualesquiera ejemplos que opongan las gentes que ignoran a Dios, es manifiesto que esto no es lícito para los que adoran al único Dios verdadero.

Capítulo XXIII.

Qué clase de ejemplo es el de Catón, que se mató a sí mismo no soportando la victoria de César.

Pero sin embargo, incluso ellos, además de Lucrecia, sobre la cual ya dijimos arriba bastante de lo que parecía conveniente, no encuentran fácilmente a alguien de cuya autoridad puedan prescribir, excepto a aquel Catón que se mató en Útica: no porque él solo lo hiciera, sino porque era tenido por varón docto y probo, de modo que con mérito se piense que también pudo hacerse o puede hacerse rectamente lo que hizo. Sobre cuyo hecho, ¿qué diré principalmente sino que sus amigos, incluso ciertos varones doctos que disuadían más prudentemente de que esto se hiciera, juzgaron que era un hecho de un ánimo más débil que fuerte, con el cual se demostrara no la honestidad precaviendo cosas torpes, sino la enfermedad no sosteniendo las adversas?

Hoc et ipse Cato in suo charissimo filio indicavit. Nam si turpe erat sub victoria Caesaris vivere, cur auctor hujus turpitudinis pater filio fuit, quem de Caesaris benignitate omnia sperare praecepit? cur non et illum secum coegit ad mortem? Nam si eum filium, qui contra imperium in hostem pugnaverat, etiam victorem laudabiliter Torquatus occidit; cur victus victo filio pepercit Cato, qui non pepercit sibi? an turpius erat contra imperium esse victorem, quam contra decus ferre victorem? Nullo modo igitur Cato turpe esse judicavit, sub victore Caesare vivere; alioquin ab hac turpitudine paterno ferro filium liberaret. Quid est ergo, nisi quod filium quantum amavit, cui parci a Caesare et speravit et voluit; tantum gloriae ipsius Caesaris, ne ab illo etiam sibi parceretur, ut ipse Caesar dixisse fertur, invidit; aut, ut aliquid nos mitius dicamus, erubuit?

Caput XXIV.

Quod in ea virtute, qua Regulus Catone praestantior fuit, multo magis emineant Christiani.

Nolunt autem isti, contra quos agimus, ut sanctum virum Job, qui tam horrenda mala in sua carne perpeti maluit, quam illata sibi morte omnibus carere cruciatibus, vel alios sanctos ex nostris Litteris summa auctoritate celsissimis, fideque dignissimis, qui captivitatem dominationemque hostium ferre, quam sibi necem inferre maluerunt, Catoni praeferamus: sed ex litteris eorum, eidem illi Marco Catoni Marcum Regulum praeferamus. Cato enim nunquam Caesarem vicerat, cui victus dedignatus est subjici, et ne subjiceretur, a se ipso elegit occidi: Regulus autem Poenos jam vicerat, imperioque Romano Romanus imperator non ex civibus dolendam, sed ex hostibus laudandam victoriam reportaverat; ab eis tamen postea victus, maluit eos ferre serviendo, quam eis se auferre moriendo. Proinde servavit et sub Carthaginensium dominatione patientiam, et in Romanorum dilectione constantiam, nec victum auferens corpus ab hostibus, nec invictum animum a civibus. Nec quod se occidere noluit, vitae hujus amore fecit.

Esto mismo indicó Catón en su carísimo hijo. Pues si era torpe vivir bajo la victoria de César, ¿por qué el padre fue autor de esta torpeza para el hijo, a quien mandó esperar todas las cosas de la benignidad de César? ¿Por qué no lo obligó también a él a la muerte consigo? Pues si Torquato mató laudablemente a aquel hijo que contra el mando había luchado contra el enemigo, aun siendo vencedor; ¿por qué el vencido Catón perdonó a su vencido hijo, él que no se perdonó a sí mismo? ¿O acaso era más torpe ser vencedor contra el mando que soportar al vencedor contra el decoro? De ningún modo, por tanto, juzgó Catón que fuera torpe vivir bajo el vencedor César; de lo contrario, liberaría al hijo de esta torpeza con el hierro paterno. ¿Qué es esto, pues, sino que cuanto amó al hijo, para quien esperó y quiso que César le perdonara, tanto envidió la gloria del mismo César, para que no fuera perdonado también él por él, como se dice que el mismo César dijo; o, para que digamos algo más suave, se avergonzó?

Capítulo XXIV.

Que en aquella virtud por la cual Régulo fue superior a Catón, sobresalen mucho más los cristianos.

Sin embargo, estos contra quienes actuamos no quieren que antepongamos a Catón al santo varón Job, quien prefirió padecer tan horrendos males en su carne antes que carecer de todos los crujicios mediante una muerte inferida a sí mismo; ni a otros santos de nuestras Letras, altísimos por su suma autoridad y dignísimos de fe, que prefirieron soportar la cautividad y la dominación de los enemigos antes que inferirse la muerte. Pero de las letras de ellos, antepongamos a ese mismo Marco Catón a Marco Régulo. Pues Catón nunca había vencido a César, al cual, una vez vencido, se indignó de estar sujeto, y para no estar sujeto eligió ser muerto por sí mismo. Régulo, en cambio, ya había vencido a los cartagineses, y como general romano para el imperio romano había reportado una victoria no lamentable por los ciudadanos, sino laudable por los enemigos; vencido sin embargo por ellos después, prefirió soportarlos sirviendo que quitarse de en medio muriendo. Por lo tanto, conservó tanto la paciencia bajo la dominación de los cartagineses como la constancia en el amor de los romanos, no quitando el cuerpo vencido a los enemigos, ni el ánimo invicto a los ciudadanos. Y no hizo esto por amor a esta vida el hecho de que no quisiera matarse.

Hoc probavit, cum causa promissi jurisque jurandi ad eosdem hostes, quos gravius in senatu verbis quam in bello armis offenderat, sine ulla dubitatione remeavit. Tantus itaque vitae hujus contemptor, cum saevientibus hostibus per quaslibet poenas eam finire, quam se ipse perimere maluit; magnum scelus esse, si se homo interimat, procul dubio judicavit. Inter omnes suos laudabiles et virtutum insignibus illustres viros non proferunt Romam meliorem; quem neque fencitas corruperit, nam in tanta victory mansit pauperrimus; nec infelicitas fregerit, nam ad tanta exitia revertit intrepidus. Porro si fortissimi et praeclarissimi viri terrenae patriae defensores, deorumque licet falsorum, non tamen fallaces cultores, sed veracissimi etiam juratores, qui hostes victos more ac jure belli ferire potuerunt, hi ab hostibus victi se ipsos ferire noluerunt; et cum mortem minime formidarent, victores tamen dominos ferre, quam eam sibi inferre maluerunt: quanto magis Christiani verum Deum colentes et supernae patriae suspirantes, ab hoc facinore temperabunt, si eos divina dispositio vel probandos vel emendandos ad tempus hostibus subjugaverit; quos in illa humilitate non deserit, qui propter eos tam humiliter venit, Altissimus; praesertim quos nullius militaris potestatis vel talis militiae jura constringunt, ipsum hostem ferire superatum?

[XXV.] Quis ergo tam malus error obrepit, ut homo se occidat, vel quia in cum peccavit, vel ne in eum peccet inimicus; cum vel peccatorem vel peccaturum ipsum occidere non audeat inimicum?

Caput XXV.

Quod peccatum non per peccatum debeat declinari.

At enim timendum est et cavendum, ne libidini hostili subditum corpus illecebrosissima voluptate animum alliciat consentire peccato. Proinde, inquiunt, non jam propter alienum, sed propter suum peccatum, antequam hoc quisque committat, se debet occidere. Nullo modo quidem hoc faciet animus, ut consentiat libidini carnis suae aliena libidine concitatae, qui Deo potius ejusque sapientiae, quam corporis concupiscentiae subjectus est.

Esto lo probó cuando, por causa de lo prometido y del juramento, regresó sin duda alguna a los mismos enemigos a quienes había ofendido más gravemente con palabras en el senado que con armas en la guerra. Así pues, tan grande despreciador de esta vida, cuando prefirió terminarla por cualesquiera penas con los enemigos enfurecidos antes que matarse él mismo, juzgó sin duda alguna que era un gran crimen que el hombre se matara a sí mismo. Entre todos sus varones laudables e ilustres por las insignias de las virtudes no presentan a un romano mejor; a quien ni la felicidad corrompió, pues en tan gran victoria permaneció pobrísimo, ni la infelicidad quebrantó, pues a tan grandes destrucciones regresó intrépido. Además, si los fuérisimos y preclarísimos varones defensores de la patria terrena, y cultores de dioses aunque falsos, no sin embargo falaces, sino incluso veracísimos juradores, que pudieron herir a los enemigos vencidos por costumbre y derecho de guerra, estos, vencidos por los enemigos, no quisieron herirse a sí mismos; y no temiendo en absoluto a la muerte, prefirieron sin embargo soportar a los señores vencedores antes que inferírsela a sí mismos: ¡cuánto más los cristianos, que adoran al Dios verdadero y suspiran por la patria celestial, se abstendrán de este hecho si la divina disposición los sujetara por un tiempo a los enemigos, ya sea para ser probados o para ser enmendados; a los cuales el Altísimo no abandona en aquella humildad, él que por ellos vino tan humildemente; sobre todo a quienes los derechos de ninguna potestad militar o de tal milicia constriñen a herir al enemigo mismo una vez vencido!

[XXV.] ¿Qué error tan malo, pues, se desliza, para que el hombre se mate a sí mismo, o porque el enemigo pecó contra él, o para que no peque contra él; cuando no se atrevería a matar al enemigo mismo, pecador o que va a pecar?

Capítulo XXV.

Que el pecado no debe ser evitado mediante el pecado.

Pero es que debe temerse y precaverse que el cuerpo sometido a la libido hostil no atraiga al ánimo con voluptuosidad ilícitamente atractiva a consentir en el pecado. Por lo tanto, dicen, ya no por el pecado ajeno, sino por el suyo propio, antes de que alguien cometa esto, debe matarse a sí mismo. De ningún modo hará esto el ánimo, de consentir en la libido de su carne excitada por la libido ajena, el que está sujeto a Dios y a su sabiduría más bien que a la concupiscencia del cuerpo.

Verumtamen si detestabile facinus et damnabile scelus est, etiam se ipsum hominem occidere, sicut veritas manifesta proclamat; quis ita desipiat, ut dicat, Jam nunc peccemus, ne postea forte peccemus; jam nunc perpetremus homicidium, ne forte postea incidamus in adulterium? Nonne si tantum dominatur iniquitas, ut non innocentia, sed potius peccata eligantur, satius est incertum de futuro adulterium, quam certum de praesenti homicidium? nonne satius est flagitium committere, quod poenitendo sanetur, quam tale facinus ubi locus salubris poenitentiae non relinquitur? Haec dixi propter eos ve eas, quae non alieni, sed proprii peccati devitandi causa, ne sub alterius libidine etiam excitatae suae forte consentiant, vim sibi, qua moriantur, inferendam putant. Caeterum absit a mente christiana, quae Deo suo fidit, in eoque spe posita ejus adjutorio nititur; absit, inquam, ut mens talis cujuslibet carnis voluptatibus ad consensum turpitudinis cedat. Quod si illa concupiscentialis inobedientia, quae adhuc in membris moribundis habitat, praeter nostrae voluntatis legem quasi lege sua movetur; quanto magis absque culpa est in corpore non consentientis, si absque culpa est in corpore dormientis?

Caput XXVI.

De his quae fieri non licent, cum a sanctis facta noscuntur, qua ratione facta credenda sint.

Sed quaedam, inquiunt, sanctae feminae tempore persecutionis, ut insectatores suae pudicitiae devitarent, in rapturum atque necaturum se fluvium projecerunt; eoque modo defunctae sunt, earumque martyria in catholica Ecclesia veneratione celeberrima frequentantur. De his nihil temere audeo judicare. Utrum enim Ecclesiae aliquibus fide dignis testificationibus, ut earum memoriam sic honoret, divina persuaserit auctoritas, nescio: et fieri potest ut ita sit. Quid si enim hoc fecerunt, non humanitus deceptae, sed divinitus jussae; nec errantes, sed obedientes? sicut de Samsone aliud nobis fas non est credere. Cum autem Deus jubet, seque jubere sine ullis ambagibus intimat; quis obedientiam in crimen vocet? quis obsequium pietatis accuset? Sed non ideo sine scelere facit, quisquis Deo immolare filium decreverit, quia hoc Abraham etiam laudabiliter fecit. Nam et miles cum obediens potestati, sub qua legitime constitutus est, hominem occidit, nulla civitatis suae lege reus est homicidii; imo nisi fecerit, reus est imperii deserti atque contempti.

Sin embargo, si es un hecho detestable y un crimen condenable incluso matarse a sí mismo, como la verdad manifiesta proclama; ¿quién sería tan necio que dijera: pequemos ya ahora, para que después tal vez no pequemos; perpetremos ya ahora el homicidio, para que después tal vez no incidamos en el adulterio? ¿Acaso, si tanto domina la iniquidad que no se eligen la inocencia sino más bien los pecados, no es preferible un adulterio incierto del futuro que un homicidio cierto del presente? ¿Acaso no es preferible cometer un flagitio que se sane arrepintiéndose, que tal hecho donde no se deja lugar para la saludable penitencia? Estas cosas he dicho por causa de aquellos o aquellas que, por evitar no el pecado ajeno sino el propio, para que bajo la libido de otro tal vez no consientan a la suya propia incluso excitada, piensan que debe inferirse la fuerza con la que mueran. Por lo demás, lejos de la mente cristiana, que confía en su Dios, y puesta en él la esperanza se apoya en su auxilio; lejos, digo, que tal mente ceda a las voluptuosidades de cualquier carne para el consentimiento de la torpeza. Pero si aquella desobediencia de la concupiscencia, que todavía habita en los miembros moribundos, se mueve casi por su propia ley fuera de la ley de nuestra voluntad; ¡cuánto más carece de culpa en el cuerpo del que no consiente, si carece de culpa en el cuerpo del que duerme!

Capítulo XXVI.

Sobre aquellas cosas que no es lícito hacer, cuando se sabe que han sido hechas por santos, por qué razón debe creerse que se hicieron.

Pero algunas mujeres santas, dicen, en tiempo de persecución, para evitar a los perseguidores de su pudicicia, se arrojaron a un río que las arrastraría y mataría; y de ese modo fallecieron, y sus martirios son frecuentados con celebérrima veneración en la Iglesia católica. Sobre ellas nada me atrevo a juzgar temerariamente. Pues si la autoridad divina persuadió a la Iglesia mediante algunos testimonios dignos de fe para que honre así su memoria, lo ignoro; y puede ser que así sea. ¿Pues y si hicieron esto no engañadas humanamente, sino mandadas divinamente; no errando, sino obedeciendo? Como de Sansón no nos es lícito creer otra cosa. Pero cuando Dios manda, e intima que manda sin ninguna ambigüedad, ¿quién llamaría crimen a la obediencia? ¿Quién acusaría al obsequio de la piedad? Pero no por eso lo hace sin maldad quienquiera que decrete inmolar a un hijo a Dios, porque también Abraham hizo esto laudablemente. Pues también el soldado cuando, obediente a la potestad bajo la cual ha sido legítimamente constituido, mata a un hombre, por ninguna ley de su ciudad es reo de homicidio; es más, si no lo hiciera, es reo de imperio desertado y despreciado.

Quod si sua sponte atque auctoritate fecisset, in crimen effusi humani sanguinis incidisset. Itaque unde punitur si fecerit injussus, inde punietur nisi fecerit jussus. Quod si ita est jubente imperatore, quanto magis jubente Creatore? Qui ergo audit, non licere se occidere, faciat, si jussit cujus non licet jussa contemnere: tantummodo videat, utrum divina jussio nullo nutet incerto. Nos per aurem conscientiam convenimus, occultorum nobis judicium non usurpamus. Nemo scit quid agatur in homine, nisi spiritus hominis, qui in ipso est (I Cor. II, 11). Hoc dicimus, hoc asserimus, hoc modis omnibus approbamus, neminem spontaneam mortem sibi inferre debere, velut fugiendo molestias temporales, ne incidat in perpetuas: neminem propter aliena peccata, ne hoc ipse incipiat habere gravissimum proprium, quem non polluebat alienum: neminem propter sua peccata praeterita, propter quae magis hac vita opus est, ut possint poenitendo sanari: neminem velut desiderio vitae melioris, quae post mortem speratur; quia reos suae mortis melior post mortem vita non suscipit.

Caput XXVII.

An propter declinationem peccati mors spontanea appetenda sit.

Restat una causa, de qua dicere coeperam, qua utile putatur, ut se quisque interficiat, scilicet ne in peccatum irruat, vel blandiente voluptate, vel dolore saeviente. Quam causam si voluerimus admittere, eo usque progressa perveniet, ut hortandi sint homines tunc se potius interimere, cum lavacro sanctae regenerationis abluti, universorum remissionem acceperint peccatorum. Tunc enim tempus est cavendi omnia futura peccata, cum omnia sunt deleta praeterita. Quod si morte spontanea recte fit, cur non tunc potissimum fit? cur baptizatus sibi quisque parcit? cur liberatum caput tot rursus vitae hujus periculis inserit, cum sit facillimae potestatis illata sibi nece omnia devitare, scriptumque sit, Qui amat periculum, incidit in illud (Eccli. III, 27)? Cur ergo amantur tot et tanta pericula, vel certe, etiamsi non amantur, suscipiuntur, cum manet in hac vita cui abscedere licitum est? An vero tam insulsa perversitas cor evertit, et a consideratione veritatis avertit, ut, si se quisque interimere debet, ne unius captivantis dominatu corruat in peccatum, vivendum sibi existimet, ut ipsum perferat mundum per omnes horas tentationibus plenum, et talibus, quales sub uno domino formidantur, et innumerabilibus caeteris, sine quibus haec vita non ducitur?

Pero si lo hubiera hecho por su propia voluntad y autoridad, habría incidido en el crimen de sangre humana derramada. Así pues, por lo mismo que es castigado si lo hace sin ser mandado, por eso mismo será castigado si no lo hace siendo mandado. Y si así es mandándolo el emperador, ¿cuánto más mandándolo el Creador? El que, pues, oye que no le es lícito matarse, hágalo si lo mandó aquel cuyos mandatos no es lícito despreciar; solamente vea si el mandato divino no vacila con ninguna incertidumbre. Nosotros apelamos a la conciencia a través del oído, no usurpamos el juicio de las cosas ocultas. «Nadie sabe lo que pasa en el hombre, sino el espíritu del hombre, que está en él» (1 Cor. 2, 11). Esto decimos, esto afirmamos, esto por todos los medios aprobamos: que nadie debe inferirse a sí mismo la muerte espontánea, como huyendo de las molestias temporales para no caer en las perpetuas; nadie por los pecados ajenos, para que no empiece a tener este pecado gravísimo propio quien no era manchado por el ajeno: nadie por sus propios pecados pasados, por los cuales más bien es necesaria esta vida para que puedan sanarse arrepintiéndose: nadie como por el deseo de una vida mejor que se espera después de la muerte, porque la vida mejor después de la muerte no recibe a los reos de su propia muerte.

Capítulo XXVII.

Si por evitar el pecado debe apetecerse la muerte espontánea.

Resta una causa, de la cual había empezado a hablar, por la cual se piensa que es útil que cada uno se mate a sí mismo, a saber, para no caer en el pecado, ya sea por la voluptuosidad halagadora, ya sea por el dolor enfurecido. Causa que si quisiéramos admitir, llegará progresando hasta el punto de que deba exhortarse a los hombres a que se maten entonces más bien cuando, lavados en el baño de la santa regeneración, hayan recibido la remisión de todos sus pecados. Pues entonces es el tiempo de precaver todos los pecados futuros, cuando todos los pasados han sido borrados. Y si esto se hace rectamente por muerte espontánea, ¿por qué no se hace entonces principalmente? ¿Por qué cada bautizado se perdona a sí mismo? ¿Por qué inserta su cabeza liberada de nuevo en tantos peligros de esta vida, cuando es de facilísima potestad evitar todas las cosas mediante la muerte inferida a sí mismo, y está escrito: «El que ama el peligro, caerá en él» (Eclo. 3, 27)? ¿Por qué, pues, se aman tantos y tan grandes peligros, o ciertamente, aunque no se amen, se asumen, mientras permanece en esta vida aquel a quien le es lícito marcharse de ella? ¿O acaso una perversidad tan insulsa trastorna el corazón y lo aparta de la consideración de la verdad, que, si cada uno debe matarse para no caer en el pecado bajo el dominio de un solo captor, piense que debe vivir para soportar el mundo mismo lleno de tentaciones a todas horas, y tales cuales se temen bajo un solo señor, e innumerables otras sin las cuales no se lleva esta vida?

Quid igitur causae est, cur in eis exhortationibus tempora consumamus, quibus baptizatos alloquendo studemus accendere, sive ad virginalem integritatem, sive ad continentiam vidualem, sive ad ipsam tori conjugalis fidem; cum habeamus meliora et ab omnibus peccandi periculis remota compendia, ut, quibuscumque post remissionem recentissimam peccatorum arripiendam mortem sibique ingerendam persuadere potuerimus, eos ad Dominum saniores purioresque mittamus? Porro si quisquis hoc aggrediendum et suadendum putat, non dico desipit, sed insanit: qua tandem fronte homini dicit, Interfice te, ne parvis tuis peccatis adjicias gravius, dum vivis sub domino barbaris moribus impudico, qui non potest nisi sceleratissime dicere, Interfice te, peccatis tuis omnibus absolutis, ne rursus talia vel etiam pejora committas; dum vivis in mundo tot impuris voluptatibus illecebroso, tot nefandis crudelitatibus furioso, tot erroribus et terroribus inimico? Hoc quia nefas est dicere, nefas est profecto se occidere. Nam si hoc sponte faciendi ulla causa justa esse posset, procul dubio justior quam ista non esset. Quia vero nec ista est, ergo nulla est.

Caput XXVIII.

Quo judicio Dei in corpora continentium libido hostilis peccare permissa sit.

1. Non itaque vobis, o fideles Christi, sit taedio vita vestra, si ludibrio fuit hostibus castitas vestra. Habetis magnam veramque consolationem, si fidam conscientiam retinetis, non vos consensisse peccatis eorum, qui in vos peccare permissi sunt. [XXVIII.] Quod si forte, cur permissi sint quaeritis, alta quidem est providentia Creatoris mundi atque Rectoris, et inscrutabilia sunt judicia ejus, et investigabiles viae ejus (Rom. XI, 33). Verumtamen interrogate fideliter animas vestras, ne forte de isto integritatis et continentiae vel pudicitiae bono vos inflatius extulistis, et humanis laudibus delectatae in hoc etiam aliquibus invidistis. Non accuso quod nescio, nec audio quod vobis interrogata corda vestra respondent. Tamen si ita esse responderint, nolite mirari hoc vos amisisse, unde hominibus placere gestiistis; illud vobis remansisse, quod ostendi hominibus non potest. Si peccantibus non consensistis, divinae gratiae, ne amitteretur, divinum accessit auxilium; humanae gloriae, ne amaretur, humanum successit opprobrium. In utroque consolamini, pusillanimes; illinc probatae, hinc castigatae; illinc justificatae, hinc emendatae. Quarum vero corda interrogata respondent, nunquam se de bono virginitatis vel viduitatis vel conjugalis pudicitiae superbiisse, sed humilibus consentiendo (Rom.

¿Qué causa hay, pues, para que consumamos el tiempo en aquellas exhortaciones con las que, hablando a los bautizados, estudiamos encenderlos, ya sea a la integridad virginal, ya a la continencia vidual, ya a la misma fidelidad del lecho conyugal; cuando tenemos compendios mejores y remotos de todos los peligros de pecar, de modo que, a cuantos pudiéramos persuadir después de la remisión más reciente de los pecados a que arrebaten la muerte y se la infieran a sí mismos, los enviemos al Señor más sanos y puros? Además, si alguien piensa que esto debe emprenderse y persuadirse, no digo que es necio, sino que está loco: ¿con qué cara, finalmente, dice al hombre: «Mátate, para que a tus pequeños pecados no añadas uno más grave mientras vives bajo un señor impúdico de bárbaras costumbres», él que no puede sino decir esclerosísimamente: «Mátate, una vez absueltos todos tus pecados, para que no cometas de nuevo tales cosas o incluso peores, mientras vives en un mundo halagador con tantas impuras voluptuosidades, furioso con tantas nefandas crueldades, enemigo con tantos errores y terrores»? Porque es un nefas decir esto, es ciertamente un nefas matarse a sí mismo. Pues si para hacer esto espontáneamente pudiera haber alguna causa justa, sin duda alguna no habría otra más justa que esta. Pero como ni siquiera esta lo es, por lo tanto no hay ninguna.

Capítulo XXVIII.

Por qué juicio de Dios se permitió que la libido hostil pecara contra los cuerpos de los continentes.

1. Por lo tanto, fieles de Cristo, no os sea tediosa vuestra vida si vuestra castidad fue escarnio para los enemigos. Tenéis un gran y verdadero consuelo si retenéis la conciencia fiel de que no habéis consentido en los pecados de aquellos a quienes se les permitió pecar contra vosotras. [XXVIII.] Y si acaso preguntáis por qué se les permitió, profunda es ciertamente la providencia del Creador y Rector del mundo, y «escrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos» (Rom. 11, 33). Sin embargo, interrogad fielmente a vuestras almas, no sea que tal vez os hayáis ensalzado demasiado infladas por este bien de la integridad y la continencia o la pudicicia, y deleitadas con las alabanzas humanas hayáis envidiado incluso en esto a algunas. No acuso lo que ignoro, ni oigo lo que vuestros corazones interrogados os responden. Sin embargo, si respondieran que es así, no os maravilléis de haber perdido aquello por lo que deseasteis gustar a los hombres; y de que os haya quedado aquello que no puede mostrarse a los hombres. Si no habéis consentido a los que pecaban, para que no se perdiera la gracia divina accedió el auxilio divino; para que no se amara la gloria humana sucedió el oprobio humano. Consolaos en ambos casos, almas apocadas: en aquel probadas, en este castigadas; en aquel justificadas, en este enmendadas. Pero aquellas cuyos corazones interrogados responden que nunca se han ensoberbecido por el bien de la virginidad o la viudez o la pudicicia conyugal, sino que consintiendo a los humildes (Rom.

XII, 16) de dono Dei cum tremore exsultasse, nec invidisse cuiquam paris excellentiam sanctitatis et castitatis; sed humana laude postposita, quae tanto major deferri solet, quanto est bonum rarius quod exigit laudem, optasse potius ut earum amplior numerus esset, quam ut ipsae in paucitate amplius eminerent: nec istae, quae tales sunt, si earum quoque aliquas barbarica libido compressit, permissum hoc esse causentur; nec ideo credant Deum ista negligere, quia permittit quod nemo impune committit. Quaedam enim veluti pondera malarum cupiditatum, et per occultum praesens divinum judicium relaxantur, et manifesto ultimo reservantur. Fortassis autem istae, quae bene sibi sunt consciae non se ex isto castitatis bono cor infiato extulisse, et tamen vim hostilem in carne perpessae sunt, habebant aliquid latentis infirmitatis, quae posset in superbiae fastum, si hanc humilitatem in vastatione illa evasissent, extolli. Sicut ergo quidam morte rapti sunt, ne malitia mutaret intellectum eorum (Sap. IV, 11); ita quiddam ab istis vi raptum est, ne prosperitas mutaret modestiam earum. Utrisque igitur, quae de carne sua, quod turpem nullius esset perpessa contactum, vel jam superbiebant, vel superbire, si nec hostium violentia contrectata esset, forsitan poterant; non ablata est castitas, sed humilitas persuasa: illarum tumori succursum est immanenti, istarum occursum est imminenti.

2. Quanquam et illud non sit tacendum, quod quibusdam, quae ista perpessae sunt, potuit videri continentiae bonum in bonis corporalibus deputandum, et tunc manere, si nullius libidine corpus attrectaretur; non autem esse positum in solo adjuto divinitus robore voluntatis, ut sit sanctum et corpus et spiritus; nec tale bonum esse, quod invito animo non possit auferri: qui error eis fortasse sublatus est. Cum enim cogitant qua conscientiam Deo servierint, et fide inconcussa non de illo sentiunt quod ita sibi servientes eumque ita invocantes deserere ullo modo potuerit; quantumque illi castitas placeat, dubitare non possunt: vident esse consequens, nequaquam illum fuisse permissurum ut haec acciderent sanctis suis, si eo modo perire posset sanctitas, quam contulit eis et diligit in eis.

Caput XXIX.

Quid familia Christi respondere debeat infidelibus, cum exprobrant quod eam a furore hostium non liberaverit Christus.

12, 16) han exultado con temblor por el don de Dios, y no han envidiado a nadie la excelencia de una santidad y castidad par; sino que pospuesta la alabanza humana, que suele tributarse tanto más grande cuanto más raro es el bien que la exige, han deseado más bien que el número de tales personas fuera mayor que el destacar ellas mismas en la escasez: ni siquiera estas que son tales, si la libido bárbara comprimió también a algunas de ellas, se quejen de que esto fuera permitido; ni por eso crean que Dios descuida estas cosas, porque permite lo que nadie comete impunemente. Pues algunos pesos de malas cupididades tanto se relajan por el oculto juicio divino presente, como se reservan para el manifiesto último juicio. Pero acaso estas que son bien conscientes de sí mismas de no haber ensalzado el corazón inflado por este bien de la castidad, y sin embargo han padecido la violencia hostil en la carne, tenían algo de latente enfermedad que podría elevarse al fasto de la soberbia si hubieran evadido aquella humildad en aquella devastación. Así como, pues, algunos fueron arrebatados por la muerte para que la malicia no cambiara su entendimiento (Sab. 4, 11); así algo fue arrebatado violentamente a estas para que la prosperidad no cambiara su modestia. A unas y otras, por tanto —las que ya se ensoberbecían por su carne porque no había padecido el contacto torpe de nadie, o las que tal vez podrían ensoberbecerse si no hubieran sido tocadas por la violencia de los enemigos—, no se les quitó la castidad, sino que se les persuadió la humildad: se socorrió al tumor inmanente en aquellas, se salió al encuentro del inminente en estas.

2. Aunque tampoco debe callarse aquello: que a algunas que padecieron estas cosas pudo parecerles que el bien de la continencia debía ser computado entre los bienes corporales, y que permanecía entonces si el cuerpo no fuera tocado por la libido de nadie; y no que estaba puesto solo en el robustecimiento de la voluntad ayudado por la divinidad, para que sea santo tanto el cuerpo como el espíritu; ni que fuera un bien tal que no pudiera quitarse contra la voluntad del alma: error que tal vez les fue quitado. Pues cuando piensan con qué conciencia sirvieron a Dios, y con fe inconmovible no piensan de él que haya podido abandonar de ningún modo a los que así le sirven y así le invocan; y no pueden dudar cuánto le place a él la castidad: ven que es consecuente que de ningún modo habría permitido él que estas cosas sucedieran a sus santos si de ese modo pudiera perecer la santidad que él les confirió y ama en ellos.

Capítulo XXIX.

Qué debe responder la familia de Cristo a los infieles cuando reprochan que Cristo no la libró del furor de los enemigos.

Habet itaque omnis familia summi et veri Dei consolationem suam, non fallacem, nec in spe rerum nutantium vel labentium constitutam; vitamque etiam ipsam temporalem minime poenitendam, in qua eruditur ad aeternam, bonisque terrenis tanquam peregrina utitur, nec capitur, malis autem aut probatur, aut emendatur. Illi vero qui probationi ejus insultant, eique dicunt, cum forte in aliqua temporalia mala devenerit, Ubi est Deus tuus (Psal. XLI, 4)? ipsi dicant, ubi sint dii eorum, cum talia patiuntur, pro quibus evitandis eos vel colunt, vel colendos esse contendunt.

Nam ista respondet: Deus meus ubique praesens est, ubique totus, nusquam inclusus, qui possit adesse secretus, abesse non motus: ille cum me adversis rebus exagitat, aut merita examinat, aut peccata castigat, mercedemque mihi aeternam pro toleratis pie malis temporalibus servat: vos autem qui estis, cum quibus loqui dignum sit saltem de diis vestris, quanto minus de Deo meo, qui terribilis est super omnes deos; quoniam dii gentium daemonia, Dominus autem coelos fecit (Psal. XCV, 4, 5)?

Caput XXX.

Quam pudendis prosperitatibus affluere velint qui de christianis temporibus conqueruntur.

Si Nasica ille Scipio vester quondam pontifex viveret, quem sub terrore belli Punici in suscipiendis Phrygiis sacris, cum vir optimus quaereretur, universus senatus elegit, cujus os fortasse non auderetis aspicere, ipse vos ab hac impudentia cohiberet. Cur enim afflicti rebus adversis de temporibus querimini christianis, nisi quia vestram luxuriam cupitis habere securam, et perditissimis moribus remota omni molestiarum asperitate diffluere? Neque enim propterea cupitis habere pacem et omni genere copiarum abundare, ut his bonis honeste utamini, hoc est modeste, sobrie, temperanter, pie; sed ut infinita varietas voluptatum insanis effusionibus exquiratur, secundisque rebus ea mala oriantur in moribus, quae saevientibus pejora sint hostibus.

At ille Scipio pontifex maximus vester, ille judicio totius senatus vir optimus, istam vobis metuens calamitatem, nolebat aemulam tunc imperii Romani Carthaginem dirui, et decernenti ut diruerétur, contradicebat Catoni, timens infirmis animis hostem, securitatem; et tanquam pupillis civibus idoneum tutorem, necessarium videns esse terrorem. Nec eum sententia fefellit: re ipsa probatum est, quam verum diceret.

Tiene, pues, toda la familia del sumo y verdadero Dios su consuelo, no falaz, ni constituido en la esperanza de cosas vacilantes o caducas; y la misma vida temporal de ningún modo digna de arrepentimiento, en la cual se instruye para la eterna, y usa de los bienes terrenos como peregrina, y no es atrapada por ellos; y por los males, o es probada, o es enmendada. Pero aquellos que insultan su prueba y le dicen, cuando acaso ha caído en algunos males temporales: «¿Dónde está tu Dios?» (Sal. 41, 4), digan ellos mismos dónde están sus dioses cuando padecen tales cosas, para evitar las cuales o bien los cultivan, o bien sostienen que deben ser cultivados.

Pues ella responde: Mi Dios está presente en todas partes, todo en todas partes, en ningún lugar incluido, que puede estar presente en secreto, estar ausente sin moverse: él, cuando me agita con cosas adversas, o examina los méritos, o castiga los pecados, y me reserva una recompensa eterna por los males temporales tolerados piadosamente: pero ¿quiénes sois vosotros con quienes sea digno hablar siquiera de vuestros dioses, cuánto menos de mi Dios, que es terrible sobre todos los dioses; porque los dioses de las gentes son demonios, mas el Señor hizo los cielos (Sal. 95, 4, 5)?

Capítulo XXX.

Qué vergonzosas prosperidades desearían disfrutar los que se quejan de los tiempos cristianos.

Si aquel Nasica Escipión vuestro, en otro tiempo pontífice, a quien bajo el terror de la guerra púnica, al buscarse al hombre óptimo para recibir los ritos frigios, eligió todo el senado, y a cuyo rostro tal vez no osaríais mirar, él mismo os apartaría de esta impudencia. Pues, ¿por qué afligidos por las cosas adversas os quejáis de los tiempos cristianos, sino porque deseáis tener segura vuestra lujuria y, eliminada toda aspereza de molestias, disolveros en costumbres perdidísimas? Pues no por eso deseáis tener paz y abundar en todo género de provisiones, para usar honestamente de estos bienes, esto es, modesta, sobria, temperante y piadosamente; sino para que se busque una infinita variedad de placeres en locas efusiones, y para que en la prosperidad nazcan en las costumbres aquellos males que son peores que los enemigos enfurecidos.

Pero aquel Escipión, vuestro pontífice máximo, aquel hombre óptimo por juicio de todo el senado, temiendo para vosotros esta calamidad, no quería que Cartago, entonces émula del imperio romano, fuera destruida, y se oponía a Catón, que decretaba su destrucción, temiendo para las almas débiles al enemigo como seguridad; y viendo que el terror era necesario como un tutor idóneo para los ciudadanos pupilos. Y no le engañó su opinión: por la realidad misma se probó cuán verdadero era lo que decía.

Deleta quippe Carthagine, magno scilicet terrore Romanae reipublicae depulso et exstincto, tanta de rebus prosperis orta mala continuo subsecuta sunt, ut corrupta disruptaque concordia prius saevis cruentisque seditionibus, deinde mox malarum connexione causarum, bellis etiam civilibus tantae strages ederentur, tantus sanguis effunderetur, tanta cupiditate proscriptionum ac rapinarum ferveret immanitas, ut Romani illi qui vita integriore mala metuebant ab hostibus, perdita integritate vitae crudeliora paterentur a civibus: eaque ipsa libido dominandi, quae inter alia vitia generis humani meracior inerat universo populo Romano, posteaquam in paucis potentioribus vicit, obtritos fatigatosque caeteros etiam jugo servitutis oppressit.

Caput XXXI.

Quibus vitiorum gradibus aucta sit in Romanis cupido regnandi.

Nam quando illa quiesceret in superbissimis mentibus, donec continuatis honoribus ad potestatem regiam perveniret? Honorum porro continuandorum facultas non esset, nisi ambitio praevaleret. Minime autem praevaleret ambitio, nisi in populo avaritia luxuriaque corrupto. Avarus vero luxuriosusque populus secundis rebus effectus est, quas Nasica ille providentissime cavendas esse censebat, quando civitatem hostium maximam, fortissimam, opulentissimam nolebat auferri; ut timore libido premeretur, libido pressa non luxuriaretur, luxuriaque cohibita nec avaritia grassaretur: quibus vitiis obseratis, civitati utilis virtus floreret et cresceret, eique virtuti libertas congrua permaneret.

Hinc etiam erat, et ex hac providentissima patriae charitate veniebat, quod idem ipse vester pontifex maximus, a senatu temporis illius (quod saepe dicendum est) electus sine ulla sententiarum discrepantia vir optimus, caveam theatri senatum construere molientem, ab hac dispositione et cupiditate compescuit; persuasitque oratione gravissima, ne Graecam luxuriam virilibus patriae moribus paterentur obrepere, et ad virtutem labefactandam enervandamque Romanam peregrinae consentire nequitiae: tantumque auctoritate valuit, ut ejus verbis commota senatoria providentia, etiam subsellia, quibus ad horam congestis in ludorum spectaculo jam uti civitas coeperat, deinceps prohiberet apponi.

Pues una vez destruida Cartago, esto es, expulsado y extinguido el gran terror de la república romana, siguieron continuamente tan grandes males nacidos de la prosperidad que, corrompida y rota la concordia, primero por sediciones crueles y sangrientas, luego pronto por la conexión de malas causas, se produjeron también en guerras civiles tan grandes estragos, se derramó tanta sangre, hirvió la immanidad con tanta codicia de proscripciones y rapiñas, que aquellos romanos que con vida más íntegra temían los males de los enemigos, perdida la integridad de la vida padecieron cosas más crueles de sus conciudadanos: y aquella misma libido de dominar, que entre otros vicios del género humano se hallaba más pura en todo el pueblo romano, después de que venció en unos pocos más potentes, oprimió también con el yugo de la servidumbre a los demás, triturados y fatigados.

Capítulo XXXI.

Por qué grados de vicios creció en los romanos el deseo de reinar.

Pues, ¿cuándo descansaría aquella en mentes superbísimas hasta que, por honores continuados, llegara a la potestad regia? Además, no habría facultad de continuar los honores si no prevaleciera la ambición. Y de ningún modo prevalecería la ambición si no fuera en un pueblo corrompido por la avaricia y la lujuria. Pues un pueblo avaro y lujurioso se formó en las cosas prósperas, las cuales aquel Nasica juzgaba providentísimamente que debían ser evitadas cuando no quería que la ciudad de los enemigos, la máxima, la más fuerte, la más opulenta, fuera eliminada; para que por el temor se reprimiera la libido, la libido reprimida no se entregara al lujo, y cohibido el lujo no se extendiera la avaricia: cerrados estos vicios, la virtud útil a la ciudad florecería y crecería, y a esa virtud permanecería congruente la libertad.

De aquí también era, y de esta providentísima caridad hacia la patria venía, que aquel mismo vuestro pontífice máximo, elegido por el senado de aquel tiempo (lo cual debe decirse a menudo) como el hombre óptimo sin ninguna discrepancia de pareceres, contuviera al senado que intentaba construir la cávea de un teatro de esta disposición y deseo; y persuadió con una oración gravísima que no permitieran que la lujuria griega se deslizara en las viriles costumbres de la patria, ni que para debilitar y enervar la virtud romana consintieran con la maldad extranjera: y tanto valió por su autoridad que, conmovida por sus palabras la providencia senatorial, prohibió que en adelante se pusieran incluso los asientos que la ciudad ya había empezado a usar, amontonados provisionalmente para el espectáculo de los juegos.

Quanto studio iste ab urbe Roma ludos ipsos scenicos abstulisset, si auctoritati eorum, quos deos putabat, resistere auderet; quos esse noxios daemones non intelligebat, aut si intelligebat, placandos etiam ipse potius quam contemnendos existimabat. Nondum enim fuerat declarata Gentibus superna doctrina, quae fide cor mundans, ad coelestia vel supercoelestia capessenda, humili pietate humanum mutaret affectum, et a dominatu superborum daemonum liberaret.

Caput XXXII.

De scenicorum institutione ludorum.

Verumtamen scitote, qui ista nescitis; et qui vos scrire dissimulatis, advertite, qui adversus liberatorem a talibus dominis murmuratis: ludi scenici, spectacula turpitudinum et licentia vanitatum, non hominum vitiis, sed deorum vestrorum jussis Romae instituti sunt. Tolerabilius divinos honores deferretis illi Scipioni, quam deos ejusmodi coleretis: neque enim erant illi dii suo pontifice meliores. Ecce attendite, si mens tamdiu potatis erroribus ebria, vos aliquid sanum considerare permittit. Dii propter sedandam corporum pestilentiam ludos sibi scenicos exhiberi jubebant; pontifex autem propter animorum cavendam pestilentiam, ipsam scenam construi prohibebat. Si aliqua luce mentis animum corpori praeponitis, eligite quem colatis.

Neque enim et illa corporum pestilentia ideo conquievit, quia populo bellicoso et solis antea ludis circensibus assueto ludorum scenicorum delicata subintravit insania: sed astutia spirituum nefandorum praevidens illam pestilentiam jam fine debito cessaturam, aliam longe graviorem, qua plurimum gaudet, ex hac occasione non corporibus, sed moribus curavit immittere; quae animos miserorum tantis obcaecavit tenebris, tanta deformitate foedavit, ut etiam modo (quod incredibile forsitan erit, si a nostris posteris audietur), Romana urbe vastata, quos pestilentia ista possedit, atque inde fugientes Carthaginem pervenire potuerunt, in theatris quotidie certatim pro histrionibus insanirent.

Caput XXXIII.

De vitiis Romanorum, quos patriae non correxit eversio.

¡Con cuánto celo habría quitado este de la ciudad de Roma los mismos juegos escénicos si osara resistir a la autoridad de aquellos que pensaba que eran dioses!; a los cuales no entendía que eran demonios nocivos, o si lo entendía, juzgaba él mismo que debían ser aplacados más bien que despreciados. Pues aún no había sido declarada a las gentes la doctrina suprema que, limpiando el corazón por la fe, para alcanzar las cosas celestiales o supracelestiales, cambiara el afecto humano con humilde piedad y lo liberara del dominio de los soberbios demonios.

Capítulo XXXII.

Sobre la institución de los juegos escénicos.

Sin embargo, sabedlo los que lo ignoráis; y los que disimuláis saberlo, advertid, vosotros que murmuráis contra el libertador de tales señores: los juegos escénicos, espectáculos de torpezas y licencia de vanidades, no fueron instituidos en Roma por los vicios de los hombres, sino por mandatos de vuestros dioses. Más tolerablemente tributaríais honores divinos a aquel Escipión que cultivar a dioses de esa clase; pues no eran aquellos dioses mejores que su pontífice. He aquí, atended, si la mente ebria por errores bebidos durante tanto tiempo os permite considerar algo sano. Los dioses, para calmar la pestilencia de los cuerpos, mandaban que se les exhibieran juegos escénicos; pero el pontífice, para evitar la pestilencia de las almas, prohibía que se construyera la escena misma. Si con alguna luz de la mente anteponéis el alma al cuerpo, elegid a quién cultivar.

Pues ni aquella pestilencia de los cuerpos descansó por eso, porque al pueblo belicoso y acostumbrado antes solo a los juegos circenses le entró la delicada locura de los juegos escénicos; sino que la astucia de los espíritus nefandos, previendo que aquella pestilencia cesaría ya por su debido fin, procuró con esta ocasión introducir otra mucho más grave, con la cual se goza muchísimo, no en los cuerpos sino en las costumbres; la cual cegó los ánimos de los miserables con tantas tinieblas, los afeó con tanta deformidad, que aun ahora (lo cual será tal vez increíble si llega a oídos de nuestros pósteros), devastada la ciudad de Roma, aquellos a quienes poseyó esta pestilencia y que pudieron llegar huyendo de allí a Cartago, deliraban cada día en los teatros compitiendo a favor de los histriones.

Capítulo XXXIII.

Sobre los vicios de los romanos, a quienes no corrigió la destrucción de la patria.

O mentes amentes! quis est hic tantus, non error, sed furor, ut exitium vestrum (sicut audivimus) plangentibus orientalibus populis, et maximis civitatibus in remotissimis terris publicum luctum moeroremque ducentibus, vos theatra quaereretis, intraretis, impleretis, et multo insaniora, quam fuerant antea, faceretis? Hanc animorum labem ac pestem hanc probitatis et honestatis eversionem vobis Scipio ille metuebat, quando construi theatra prohibebat, quando rebus prosperis vos facile corrumpi atque everti posse cernebat, quando vos ab hostili terrore securos esse nolebat. Neque enim censebat ille felicem esse rempublicam stantibus moenibus, ruentibus moribus. Sed in vobis plus valuit quod daemones impii seduxerunt, quam quod homines providi praecaverunt. Hinc est quod mala quae facitis, vobis imputari non vultis; mala vero quae patimini, christianis temporibus imputatis. Neque enim in vestra securitate pacatam rempublicam, sed luxuriam quaeritis impunitam, qui depravati rebus prosperis, nec corrigi potuistis adversis. Volebat vos ille Scipio terreri ab hoste, ne in luxuriam flueretis; vos nec contriti ab hoste luxuriam repressistis: perdidistis utilitatem calamitatis, et miserrimi facti estis, et pessimi permansistis.

Caput XXXIV.

De clementia Dei, quae Urbis excidium temperavit.

Et tamen quod vivitis, Dei est; qui vobis parcendo admonet, ut corrigamini poenitendo; qui vobis etiam ingratis praestitit, ut vel sub nomine servorum ejus, vel in locis martyrum ejus hostiles manus evaderetis. [XXXIV.] Romulus et Remus asylum constituisse perhibentur, quo quisquis confugeret, ab omni noxa liber esset, augere quaerentes creandae multitudinem civitatis. Mirandum in honorem Christi praecessit exemplum. Hoc constituerunt eversores Urbis, quod constituerant antea conditores. Quid autem magnum, si hoc fecerunt illi, ut civium suorum numerus suppleretur, quod fecerunt isti, ut suorum hostium numerositas servaretur?

Caput XXXV.

De latentibus inter impios Ecclesiae filiis, et de falsis intra Ecclesiam christianis.

Haec et talia, si qua uberius et commodius potuerit, respondeat inimicis suis redempta familia Domini Christi, et peregrina civitas regis Christi.

¡Oh mentes dementes! ¿Qué error tan grande es este, o mejor dicho, qué furor, que mientras los pueblos orientales lloraban vuestra destrucción (según hemos oído), y las máximas ciudades en las tierras más remotas guardaban luto y dolor público, vosotros buscabais los teatros, entrabais, los llenabais, y hacíais cosas mucho más insanas de lo que habían sido antes? Esta mancha de las almas y esta peste, esta subversión de la probidad y la honestidad, temía para vosotros aquel Escipión cuando prohibía construir teatros, cuando veía que en la prosperidad podíais ser fácilmente corrompidos y subvertidos, cuando no quería que estuvierais seguros del terror hostil. Pues él no juzgaba que la república fuera feliz por estar en pie las murallas, mientras caían las costumbres. Pero en vosotros valió más lo que los impíos demonios sedujeron que lo que los hombres próvidos precavieron. De aquí viene que los males que hacéis no queréis que se os imputen a vosotros; pero los males que padecéis los imputáis a los tiempos cristianos. Pues en vuestra seguridad no buscáis una república pacificada, sino una lujuria impune, vosotros que, depravados por la prosperidad, no pudisteis ser corregidos por la adversidad. Aquel Escipión quería que fuerais aterrorizados por el enemigo para que no os deslizarais hacia la lujuria; vosotros, ni aun triturados por el enemigo, reprimisteis la lujuria: perdistis la utilidad de la calamidad, y habéis sido hechos misérrimos, y habéis permanecido pésimos.

Capítulo XXXIV.

Sobre la clemencia de Dios, que templó la destrucción de la Ciudad.

Y, sin embargo, el hecho de que viváis es de Dios, quien perdonándoos os amonesta a que os corrijáis arrepintiéndoos; quien, aun siendo vosotros ingratos, os concedió que, ya fuera bajo el nombre de sus siervos o en los lugares de sus mártires, escaparais de las manos hostiles. [XXXIV.] Se dice que Rómulo y Remo constituyeron un asilo al cual quienquiera que se refugiara quedara libre de toda culpa, buscando aumentar la multitud de la ciudad que se iba a fundar. Un admirable ejemplo precedió en honor de Cristo. Esto constituyeron los destructores de la Ciudad, lo que antes habían constituido los fundadores. Pero, ¿qué tiene de grande si aquello lo hicieron aquellos para que el número de sus ciudadanos se completara, y esto lo hicieron estos para que la numerosidad de sus enemigos se conservara?

Capítulo XXXV.

Sobre los hijos de la Iglesia que se ocultan entre los impíos, y sobre los falsos cristianos dentro de la Iglesia.

Estas cosas y otras tales, si pudiera darlas más abundantes y cómodas, responda a sus enemigos la redimida familia del Señor Cristo y la ciudad peregrina del rey Cristo.

[XXXV.] Meminerit sane, in ipsis inimicis latere cives futuros, ne infructuosum vel apud ipsos putet quod, donec perveniat ad confessos, portat infensos sicut ex illorum numero etiam Dei civitas habet secum, quamdiu peregrinatur in mundo, connexos communione Sacramentorum, nec secum futuros in aeterna sorte sanctorum; qui partim in occulto, partim in aperto sunt; qui etiam cum ipsis inimicis adversus Deum, cujus sacramentum gerunt, murmurare non dubitant, modo cum illis theatra, modo ecclesias nobiscum replentes. De correctione autem quorumdam etiam talium multo minus est desperandum, si apud apertissimos adversarios praedestinati amici latitant, adhuc ignoti etiam sibi. Perplexae quippe sunt istae duae civitates in hoc saeculo, invicemque permixtae, donec ultimo judicio dirimantur: de quarum exortu et procursu et debitis finibus, quod dicendum arbitror, quantum divinitus adjuvabor, expediam, propter gloriam civitatis Dei, quae alienis a contrario comparatis clarius eminebit.

Caput XXXVI.

De quibus causis sequenti disputatione sit disserendum.

Sed adhuc quaedam mihi dicenda sunt adversus eos, qui Romanae reipublicae clades in religionem nostram referunt, qua diis suis sacrificare prohibentur. Commemoranda enim sunt quae et quanta occurrere potuerint, vel satis esse videbuntur, mala quae illa civitas pertulit, vel ad ejus imperium pertinentes provinciae, antequam eorum sacrificia prohibita fuissent: quae omnia procul dubio nobis tribuerent, si jam vel illis clareret nostra religio, vel ita eos a sacris sacrilegis prohiberet. Deinde monstrandum est, quos eorum mores, et quam ob causam verus Deus ad augendum imperium adjuvare dignatus est, in cujus potestate sunt regna omnia; quamque nihil eos adjuverint hi, quos deos putant, quin potius quantum decipiendo et fallendo nocuerint. Postremo adversus eos dicetur, qui manifestissimis documentis confutati atque convicti conantur asserere, non propter vitae praesentis utilitatem, sed propter eam, quae post mortem futura est, colendos deos. Quae, nisi fallor, quaestio multo erit operosior, et sublimiore disputatione dignior; ut et contra philosophos in ea disseratur, non quoslibet, sed qui apud illos excellentissima gloria clari sunt, et nobiscum multa sentiunt, scilicet de animae immortalitate, et quod verus Deus mundum condiderit, et de providentia ejus, qua universum, quod condidit, regit.

[XXXV.] Recuerde ciertamente que entre los mismos enemigos se ocultan futuros ciudadanos, para que no piense que es infructuoso incluso entre ellos lo que soporta de los hostiles hasta que llegue a los que confiesan; así como de aquel número también la ciudad de Dios tiene consigo, mientras peregrina en el mundo, a algunos conectados por la comunión de los sacramentos que no habrán de estar con ella en la suerte eterna de los santos; los cuales en parte están en lo oculto, en parte en lo abierto; los cuales incluso con los mismos enemigos no dudan en murmurar contra Dios, cuyo sacramento portan, llenando ya con ellos los teatros, ya con nosotros las iglesias. Pero sobre la corrección de algunos de tales personas mucho menos debe desesperarse, si entre los más abiertos adversarios se ocultan amigos predestinados, todavía desconocidos incluso para sí mismos. Pues intrincadas están estas dos ciudades en este siglo, y mezcladas entre sí hasta que sean separadas en el último juicio: sobre cuyo origen y decurso y debidos fines, lo que juzgo que debe decirse, en cuanto sea ayudado divinamente, lo expondré para gloria de la ciudad de Dios, la cual brillará más claramente comparada con las ajenas por el contrario.

Capítulo XXXVI.

Sobre qué causas se ha de disertar en la siguiente discusión.

Pero todavía me quedan algunas cosas que decir contra aquellos que atribuyen las calamidades de la república romana a nuestra religión, por la cual se les prohíbe sacrificar a sus dioses. Pues se han de recordar qué y cuántos males pudo sufrir aquella ciudad, o las provincias pertenecientes a su imperio, antes de que sus sacrificios hubieran sido prohibidos: todos los cuales, sin duda, nos atribuirían a nosotros si ya nuestra religión les fuera manifiesta, o si de tal modo les prohibiera sus ritos sacrílegos. Luego se ha de mostrar qué costumbres tenían ellos, y por qué causa el verdadero Dios, en cuya potestad están todos los reinos, se dignó ayudar a aumentar su imperio; y cuán poco les ayudaron estos a quienes consideran dioses, sino más bien cuánto les dañaron engañándolos y burlándolos. Por último, se dirá contra aquellos que, refutados y convictos por los documentos más manifiestos, intentan afirmar que los dioses deben ser adorados no por la utilidad de la vida presente, sino por aquella que ha de venir tras la muerte. Cuestión que, si no me equivoco, será mucho más laboriosa y digna de una disertación más sublime; de modo que también se dispute en ella contra los filósofos, no unos cualesquiera, sino aquellos que brillan entre ellos con la más excelente gloria, y que sienten con nosotros muchas cosas, a saber, sobre la inmortalidad del alma, y que el verdadero Dios fundó el mundo, y sobre su providencia, por la cual rige el universo que fundó.

Sed quoniam et ipsi in illis quae contra nos sentiunt, refellendi sunt; deesse huic officio non debemus: ut refutatis impiis contradictionibus pro viribus, quas Deus impertiet, asseramus civitatem Dei, veramque pietatem, et Dei cultum, in quo uno veraciter sempiterna beatitudo promittitur. Hic itaque modus sit hujus voluminis, ut deinceps disposita ab alio sumamus exordio.

Pero puesto que también ellos mismos han de ser refutados en aquello que sienten contra nosotros, no debemos faltar a este oficio: para que, refutadas las impías contradicciones según las fuerzas que Dios nos imparta, afirmemos la ciudad de Dios, y la verdadera piedad, y el culto de Dios, en el cual solo se promete verdaderamente la bienaventuranza eterna. Sea, pues, este el límite de este volumen, para que en adelante tomemos lo dispuesto desde otro exordio.

LIBER SECUNDUS.

In quo disputatione instituta de malis quae ante Christum, vigente deorum falsorum cultu, perpessi sunt Romam, demonstratur primum eos morum malis et animi vitiis, quae mala vel sola vel maxima deputanda sunt, cumulatos procurantibus diis falsis, nedum liberatos fuisse.

Caput Primum.

De modo, qui necessitati disputationis adhibendus est.

Si rationi perspicuae veritatis infirmus humanae consuetudinis sensus non auderet obsistere, sed doctrinae salubri languorem suum tanquam medicinae subderet, donec divino adjutorio fide pietatis impetrante sanaretur; non multo sermone opus esset ad convincendum quemlibet vanae opinationis errorem, his qui recte sentiunt, et sensa verbis sufficientibus explicant. Nunc vero quoniam ille est major et tetrior insipientium morbus animorum, quo irratio nabiles motus suos, etiam post rationem plene redditam, quanta homini ab homine debetur, sive nimia caecitate, qua nec aperta cernuntur, sive obstinatissima pervicacia, qua et ea quae cernuntur, non feruntur, tanquam ipsam rationem veritatemque defendunt: fit necessitas copiosius dicendi plerumque res claras, velut eas non spectantibus intuendas, sed quodammodo tangendas palpantibus et conniventibus offeramus. Et tamen quis disceptandi finis erit et loquendi modus, si respondendum esse respondentibus semper existimemus? Nam qui vel non possunt intelligere quod dicitur, vel tam duri sunt adversitate mentis, ut, etiamsi intellexerint, non obediant; respondent, ut scriptum est, et loquuntur iniquitatem (Psal. XCIII, 4), atque infatigabiliter vani sunt. Quorum dicta contraria si toties velimus refellere, quoties obnixa fronte statuerint non curare quid dicant, dum quocumque modo nostris disputationibus contradicant; quam sit infinitum, et aerumnosum, et infructuosum, vides.

LIBRO SEGUNDO.

En el cual, instituida la discusión sobre los males que en Roma padecieron antes de Cristo, mientras florecía el culto de los falsos dioses, se demuestra primero que fueron colmados de males de las costumbres y vicios del ánimo —males que han de ser reputados como los únicos o los mayores— bajo la procuración de los falsos dioses, lejos de haber sido librados de ellos.

Capítulo I.

Sobre el modo que se ha de emplear ante la necesidad de la discusión.

Si el débil sentido de la costumbre humana no se atreviera a resistirse a la razón de la verdad manifiesta, sino que sometiera su flaqueza a la doctrina saludable como a una medicina, hasta que fuera sanado por el auxilio divino mediante la fe de la piedad; no habría necesidad de mucho discurso para convencer a cualquier error de opinión vana ante aquellos que sienten rectamente y explican sus sentimientos con palabras suficientes. Pero ahora, puesto que es aquella una enfermedad mayor y más torpe de los ánimos insipientes, por la cual defienden sus movimientos irracionales como si fueran la misma razón y verdad —incluso después de haber dado plena razón, cuanta un hombre debe a otro hombre— ya sea por una excesiva ceguera por la cual ni lo patente se ve, ya por una obstinadísima pervicacia por la cual ni lo que se ve se soporta; se hace necesario hablar más copiosamente de cosas que son mayormente claras, como si las ofreciéramos para ser miradas por quienes no ven, sino de algún modo para ser tocadas por quienes palpan y guiñan los ojos. Y sin embargo, ¿qué fin habrá para la disputa y qué medida para el hablar, si juzgamos que siempre se debe responder a los que responden? Pues los que o no pueden entender lo que se dice, o son tan duros por la adversidad de su mente que, aunque lo entiendan, no obedecen; responden, como está escrito, y hablan iniquidad (Sal. 93, 4), y son infatigablemente vanos. Si quisiéramos refutar sus dichos contrarios tantas veces cuantas hayan determinado con frente obstinada no cuidar lo que dicen, con tal de que contradigan de cualquier modo nuestras disertaciones; ya ves cuán infinito, y penoso, e infructuoso sería.

Quamobrem nec te ipsum, mi fili Marcelline, nec alios, quibus hic labor noster in Christi charitate utiliter ac liberaliter servit, tales meorum scriptorum velim judices, qui responsionem semper desiderent, cum his quae leguntur, audierint aliquid contradici; ne fiant similes earum muliercularum, quas commemorat Apostolus, semper discentes, et ad veritatis scientiam nunquam pervenientes (II Tim. III, 7).

Caput II.

De his quae primo volumine expedita sunt.

Superiore itaque libro, cum de civitate Dei dicere instituissem, unde hoc universum opus, illo adjuvante, in manus sumptum est; occurrit mihi respondendum esse primitus eis qui haec bella, quibus mundus iste conteritur, maximeque Romanae urbis recentem a Barbaris vastationem christianae religioni tribuunt, qua prohibentur nefandis sacrificiis servire daemonibus: cum potius hoc deberent tribuere Christo, quod propter ejus nomen, contra institutum moremque bellorum, eis, quo confugerent, religiosa et amplissima loca Barbari libera praebuerunt; atque in multis famulatum deditum Christo non solum verum, sed etiam timore confictum sic honoraverunt, ut quod in eos belli jure fieri licuisset, illicitum sibi esse judicarent. Inde incidit quaestio, cur haec divina beneficia etiam ad impios ingratosque pervenerint; et cur illa itidem dura, quae hostiliter facta sunt, pios cum impiis pariter afflixerint. Quam quaestionem per multa diffusam (in omnibus enim quotidianis vel Dei muneribus vel hominum cladibus, quorum utraque bene ac male viventibus permixte atque indiscrete saepe accidunt, solet multos movere) ut pro suscepti operis necessitate dissolverem, aliquantum immoratus sum; maxime ad consolandas sanctas feminas et pie castas, in quibus ab hoste aliquid perpetratum est, quod intulit verecundiae dolorem, etsi non abstulit pudicitiae firmitatem; ne poeniteat eas vitae, quas non est unde possit poenitere nequitiae. Deinde pauca dixi in eos qui Christianos adversis illis rebus affectos, et praecipue pudorem humiliatarum feminarum, quamvis castarum atque sanctarum, protervitate impudentissima exagitant, cum sint nequissimi et irreverentissimi, longe ab eis ipsis Romanis degeneres, quorum praeclara multa laudantur et litterarum memoria celebrantur, imo illorum gloriae vehementer adversi.

Por lo cual, ni quisiera que tú mismo, hijo mío Marcelino, ni otros a quienes este trabajo nuestro sirve útil y liberalmente en la caridad de Cristo, fueran tales jueces de mis escritos que siempre desearan una respuesta cuando hayan oído que se contradice algo de lo que se lee; para que no se vuelvan semejantes a aquellas mujercillas que menciona el Apóstol, siempre aprendiendo y nunca llegando al conocimiento de la verdad (2 Tim. 3, 7).

Capítulo II.

Sobre lo que se despachó en el primer volumen.

En el libro anterior, pues, habiendo comenzado a hablar de la ciudad de Dios —de donde todo este trabajo, con su ayuda, fue tomado entre manos—, se me ocurrió que debía responder primeramente a aquellos que atribuyen estas guerras por las que este mundo es desgastado, y especialmente la reciente devastación de la ciudad de Roma por los bárbaros, a la religión cristiana, por la cual se les prohíbe servir a los demonios con sacrificios nefandos: cuando más bien deberían atribuir esto a Cristo: que por su nombre, contra la costumbre e institución de las guerras, los bárbaros les ofrecieron lugares religiosos y amplísimos donde refugiarse; y en muchos casos honraron de tal modo el servicio dedicado a Cristo, no solo el verdadero sino también el fingido por temor, que juzgaron ilícito para sí lo que les habría sido permitido hacer por derecho de guerra. De ahí surgió la cuestión de por qué estos beneficios divinos llegaron también a los impíos e ingratos; y por qué, asimismo, aquellas durezas que se hicieron hostilmente afligieron a los piadosos junto con los impíos. Para disolver esta cuestión difundida por muchos temas (pues en todos los sucesos cotidianos, ya sean dones de Dios o calamidades de los hombres, ambos de los cuales ocurren a menudo de forma mezclada e indiscriminada a los que viven bien y mal, suele inquietar a muchos), me detuve algún tiempo según la necesidad de la obra emprendida; especialmente para consolar a las santas mujeres y piadosamente castas, en quienes el enemigo perpetró algo que les causó dolor de vergüenza, aunque no les quitó la firmeza de la pudicicia; para que no se arrepientan de una vida en la cual no hay de qué arrepentirse de maldad. Después dije unas pocas cosas contra aquellos que con impudentísima insolencia hostigan a los cristianos afectados por aquellas adversidades, y especialmente el pudor de las mujeres humilladas, aunque castas y santas, siendo ellos mismos nequísimos e irreverentísimos, degenerados lejos de aquellos mismos romanos cuyas muchas preclaras acciones son alabadas y celebradas por la memoria de las letras, o mejor dicho, vehementemente contrarios a su gloria.

Romam quippe partam veterum auctamque laboribus, foediorem stantem fecerant quam ruentem: quandoquidem in ruina ejus lapides et ligna, in istorum autem vita omnia, non murorum, sed morum munimenta atque ornamenta ceciderunt; cum funestioribus eorum corda cupiditatibus, quam ignibus tecta illius urbis arderent. Quibus dictis, primum terminavi librum. Deinceps itaque dicere institui, quae mala civitas illa perpessa sit ab origine sua, sive apud se ipsam, sive in provinciis sibi jam subditis: quae omnia christianae religioni tribuerent, si jam tunc evangeli ea doctrina adversus falsos et fallaces eorum deos testificatione liberrima personaret.

Caput III.

De assumenda historia, qua ostendatur quae mala acciderint Romanis, cum deos colerent, antequam religio christiana obcresceret.

Memento autem, me ista commemorantem, adhuc contra imperitos agere, ex quorum imperitia illud quoque ortum est vulgare proverbium: Pluvia defit , causa Christiani . Sunt namque qui eorum studiis liberalibus instituti amant historiam, qua facillime ista noverunt: sed ut nobis ineruditorum turbas infestissimas reddant, se nosse dissimulant; atque hoc apud vulgus confirmare nituntur, clades quibus per certa intervalla locorum et temporum genus humanum oportet affligi, causa accidere nominis christiani, quod contra deos suos ingenti fama et praeclarissima celebritate per cuncta diffunditur . Recolant ergo nobiscum, antequam Christus venisset in carne, antequam ejus nomen ea, cui frustra invident, gloria populis innotesceret, quibus calamitatibus res Romanae multipliciter varieque contritae sint; et in his defendant, si possunt, deos suos, si propterea coluntur, ne ista mala patiantur cultores eorum, quorum si quid nunc passi fuerint, nobis imputandum esse contendunt. Cur enim ea quae dicturus sum, permiserunt accidere cultoribus suis, antequam eos declaratum Christi nomen offenderet, eorumque sacrificia prohiberet?

Caput IV.

Quod cultores deorum nulla unquam a diis suis praecepta probitatis acceperint, et in sacris eorum turpia quaeque celebraverint.

Pues a Roma, engendrada por los trabajos de los antiguos y aumentada por ellos, la habían hecho más fea estando en pie que cayendo: puesto que en su ruina cayeron piedras y maderas, pero en la vida de estos cayeron todos los baluartes y ornamentos, no de los muros, sino de las costumbres; cuando sus corazones ardían con deseos más funestos que los techos de aquella ciudad con los incendios. Dicho esto, terminé el primer libro. En adelante, pues, me he propuesto decir qué males sufrió aquella ciudad desde su origen, ya sea en sí misma, ya en las provincias que ya le estaban sometidas: todos los cuales atribuirían a la religión cristiana si ya entonces resonara con libérrimo testimonio aquella doctrina del Evangelio contra sus falsos y falaces dioses.

Capítulo III.

Sobre la historia que se ha de asumir, por la cual se muestre qué males acontecieron a los romanos cuando adoraban a los dioses, antes de que la religión cristiana creciera.

Recuerda, además, que al recordar yo estas cosas, todavía trato contra los ignorantes, de cuya ignorancia nació también aquel proverbio vulgar: «Falta la lluvia, la causa es el cristiano». Pues hay algunos de ellos que, instruidos en estudios liberales, aman la historia, por la cual han conocido estas cosas muy fácilmente: pero para volvernos infestísimas las turbas de los incultos, disimulan saberlo; e intentan confirmar ante el vulgo que las calamidades con que el género humano suele ser afligido por ciertos intervalos de lugares y tiempos ocurren por causa del nombre cristiano, que se difunde por todas partes contra sus dioses con ingente fama y preclarísima celebridad. Recuerden, pues, con nosotros, antes de que Cristo hubiera venido en la carne, antes de que su nombre se hiciera notar a los pueblos con aquella gloria que en vano envidian, por qué calamidades las cosas romanas fueron múltiple y variadamente quebrantadas; y en estas defiendan, si pueden, a sus dioses, si es que se les adora para que sus cultivadores no padezcan estos males, de los cuales, si han padecido algo ahora, pretenden que se nos debe imputar a nosotros. ¿Pues por qué permitieron que aquellas cosas que voy a decir ocurrieran a sus adoradores antes de que el nombre de Cristo declarado los ofendiera y prohibiera sus sacrificios?

Capítulo IV.

Que los adoradores de los dioses nunca recibieron de sus dioses preceptos de probidad, y celebraron toda clase de torpezas en sus ritos.

Primo ipsos mores ne pessimos haberent, quare dii eorum curare noluerunt? Deus enim verus eos, a quibus non colebatur, merito neglexit; dii autem illi, a quorum cultu se prohiberi homines ingratissimi conqueruntur, cultores suos ad bene vivendum quare nullis legibus adjuverunt? Utique dignum erat ut quomodo isti illorum sacra, ita illi istorum facta curarent. Sed respondetur, quod voluntate propria quisque malus est. Quis hoc negaverit? Verumtamen pertinebat ad consultores deos, vitae bonae praecepta non occultare populis cultoribus suis, sed clara praedicatione praebere; per vates etiam convenire, atque arguere peccantes; palam minari poenas male agentibus, praemia recte viventibus polliceri. Quid unquam tale in deorum illorum templis prompta et eminenti voce concrepuit? Veniebamus etiam nos aliquando adolescentes ad spectacula ludibriaque sacrilegiorum ; spectabamus arreptitios, audiebamus symphoniacos; ludis turpissimis, qui diis deabusque exhibebantur, oblectabamur, Coelesti virgini , et Berecynthiae matri omnium: ante cujus lecticam die solemni lavationis ejus , talia per publicum cantitabantur a nequissimis scenicis, qualia, non dico matrem deorum, sed matrem qualiumcumque senatorum vel quorumlibet honestorum virorum, imo vero qualia nec matrem ipsorum scenicorum deceret audire. Habet enim quiddam erga parentes humana verecundia, quod nec ipsa nequitia possit auferre. Illam proinde turpitudinem obscenorum dictorum atque factorum, scenicos ipsos domi suae proludendi causa coram matribus suis agere puderet, quam per publicum agebant, coram deûm matre, spectante et audiente utriusque sexus frequentissima multitudine. Quae si illecta curiositate adesse potuit circumfusa, saltem offensa castitate debuit abire confusa. Quae sunt sacrilegia, si illa sunt sacra? aut quae inquinatio, si illa lavatio? Et haec Fercula appellabantur, quasi celebraretur convivium, quo velut suis epulis immunda daemonia pascerentur. Quis enim non sentiat cujusmodi spiritus talibus obscenitatibus delectentur, nisi vel nesciens utrum omnino sint ulli immundi spiritus deorum nomine decipientes, vel talem agens vitam, in qua istos potius quam Deum verum et optet propitios, et formidet iratos?

Caput V.

De obscenitalibus, quibus Mater deûm a cultoribus suis honorabatur.

En primer lugar, ¿por qué sus dioses no quisieron cuidar que sus mismas costumbres no fueran pésimas? Pues el verdadero Dios merecidamente descuidó a aquellos por quienes no era adorado; pero aquellos dioses, de cuya prohibición de culto se quejan hombres ingratísimos, ¿por qué no ayudaron con ninguna ley a sus adoradores para vivir bien? Ciertamente era digno que, así como estos cuidaban sus ritos, así aquellos cuidaban los hechos de estos. Pero se responde que cada cual es malo por su propia voluntad. ¿Quién negará esto? Sin embargo, pertenecía a los dioses consultores el no ocultar a los pueblos que los adoraban los preceptos de la vida buena, sino ofrecerlos mediante una clara predicación; incluso reunirse y reprender a los pecadores a través de los vates; amenazar públicamente con penas a los que obraban mal y prometer premios a los que vivían rectamente. ¿Qué cosa semejante resonó jamás en los templos de aquellos dioses con voz pronta y eminente? Veníamos también nosotros alguna vez, siendo jóvenes, a los espectáculos y burlas de los sacrilegios; mirábamos a los arrebatados, oíamos a los sinfónicos; nos deleitábamos con los juegos torpísimos que se ofrecían a los dioses y diosas, a la Virgen Celestial y a Berecintia, la madre de todos: ante cuya litera, el día solemne de su lavatorio, nequísimos comediantes canturreaban públicamente tales cosas que, no digo a la madre de los dioses, sino a la madre de cualesquiera senadores o de cualquier hombre honesto, es más, ni a la madre de los mismos comediantes les convendría oír. Pues la vergüenza humana tiene algo para con los padres que ni la misma maldad puede quitar. Por tanto, aquella torpeza de dichos y hechos obscenos que los mismos comediantes se avergonzarían de ensayar en su casa ante sus madres, la realizaban públicamente ante la madre de los dioses, viéndolo y oyéndolo una frecuentísima multitud de ambos sexos. La cual, si atraída por la curiosidad pudo estar presente rodeándola, al menos ofendida en su castidad debió retirarse confusa. ¿Qué son sacrilegios si aquello son cosas sagradas? ¿O qué es inmundicia si aquello es lavatorio? Y a esto llamaban Fercula (platos), como si se celebrara un convite en el que los inmundos demonios se alimentaran como con sus propios manjares. ¿Pues quién no sentirá qué clase de espíritus se deleitan con tales obscenidades, a no ser que ignore totalmente si existen espíritus inmundos que engañan con el nombre de dioses, o que lleve tal vida en la que desee tener a estos propicios antes que al Dios verdadero, y los tema airados?

Capítulo V.

Sobre las obscenidades con que la Madre de los dioses era honrada por sus adoradores.

Nequaquam istos, qui flagitiosissimae consuetudinis vitiis oblectari magis quam obluctari student, sed illum ipsum Nasicam Scipionem, qui vir optimus a senatu electus est, cujus manibus ejusdem daemonis simulacrum susceptum est, in Urbemque pervectum, habere de hac re judicem vellem. Diceret nobis, utrum matrem suam tam optime de republica vellet mereri, ut ei divini honores decernerentur: sicut et Graecos et Romanos aliasque gentes constat quibusdam decrevisse mortalibus, quorum erga se beneficia magnipenderant, eosque immortales factos, atque in deorum numerum receptos esse crediderant. Profecto ille tantam felicitatem suae matri, si fieri posset, optaret. Porro si ab illo dende quaereremus, utrum inter ejus divinos honores vellet illa turpia celebrari; nonne se malle clamaret, ut sua mater sine ullo sensu mortua jaceret, quam ad hoc dea viveret, ut illa libenter audiret? Absit ut senator populi Romani ea mente praeditus, qua theatrum aedificari in urbe fortium virorum prohibuit, sic vellet coli matrem suam, ut talibus dea sacris propitiaretur, qualibus matrona verbis offenderetur. Nec ullo modo crederet verecundiam laudabilis feminae ita in contrarium divinitate mutari, ut honoribus eam talibus advocarent cultores sui, qualibus conviciis in quempiam jaculatis, cum inter homines viveret, nisi aures clauderet seseque subtraheret, erubescerent pro illa et propinqui, et maritus, et liberi. Proinde talis mater deûm, qualem habere matrem puderet quemlibet etiam pessimum virum, Romanas occupatura mentes quaesivit optimum virum, non quem monendo et adjuvando faceret, sed quem fallendo deciperet, ei similis de qua scriptum est, Mulier autem virorum pretiosas animas captat (Prov. VI, 26): ut ille magnae indolis animus hoc velut divino testimonio sublimatus, et vere se optimum existimans, veram pietatem religionemque non quaereret, sine qua omne quamvis laudabile ingenium superbia vanescit et decidit. Quomodo igitur nisi insidiose quaereret dea illa optimum virum, cum talia quaerat in suis sacris, qualia viri optimi abhorrent suis adhiberi conviviis?

Caput VI.

Deos Paganorum nunquam bene vivendi sanxisse doctrinam.

De ninguna manera quisiera tener por juez en este asunto a aquellos que se esfuerzan en deleitarse con los vicios de una costumbre flagiciosísima más que en luchar contra ellos, sino a aquel mismo Escipión Nasica, que fue elegido como el hombre óptimo por el senado, por cuyas manos fue recibida y trasladada a la Ciudad la imagen de ese mismo demonio. Él nos diría si querría que su madre hubiera merecido tan excelentemente de la república que se le decretaran honores divinos: así como consta que tanto los griegos como los romanos y otras naciones decretaron a ciertos mortales, cuyos beneficios para con ellos habían estimado en mucho, y habían creído que se habían hecho inmortales y habían sido recibidos en el número de los dioses. Sin duda, él desearía tal felicidad para su madre, si fuera posible. Además, si luego le preguntáramos si querría que entre sus honores divinos se celebraran aquellas torpezas, ¿no exclamaría que preferiría que su madre yaciera muerta sin sentido alguno, antes que viviera como diosa para esto, para oír aquello con gusto? Lejos de un senador del pueblo romano, dotado de tal mente que prohibió que se edificara un teatro en una ciudad de hombres fuertes, el querer que su madre fuera adorada de tal modo que la diosa fuera propiciada con tales ritos con cuyas palabras la matrona sería ofendida. Ni creería de ningún modo que la vergüenza de una mujer loable se cambiara tanto en lo contrario por la divinidad, que sus adoradores la invocaran con tales honores que, si se lanzaran como insultos contra alguien mientras vivía entre los hombres, a no ser que cerrara los oídos y se retirara, se avergonzarían por ella tanto sus parientes, como su marido y sus hijos. Por tanto, tal madre de los dioses, cual se avergonzaría de tener por madre cualquier hombre, incluso el peor, disponiéndose a ocupar las mentes romanas, buscó al hombre óptimo; no a uno a quien hiciera tal amonestándolo y ayudándolo, sino a uno a quien engañara burlándolo, semejante a aquella de quien está escrito: «La mujer, empero, caza las almas preciosas de los hombres» (Prov. 6, 26): para que aquel ánimo de gran índole, sublimado por esto como por un testimonio divino, y creyéndose verdaderamente el óptimo, no buscara la verdadera piedad y religión, sin la cual todo ingenio, por loable que sea, se desvanece y cae por la soberbia. ¿Cómo, pues, si no es insidiosamente, buscaría aquella diosa al hombre óptimo, cuando busca tales cosas en sus ritos cuales los hombres óptimos aborrecen que se empleen en sus convites?

Capítulo VI.

Que los dioses de los paganos nunca sancionaron una doctrina de vivir bien.

Hinc est quod de vita et moribus civitatum atque populorum, a quibus colebantur illa numina, non curarunt, ut tam horrendis et detestabilibus malis, non in agro et vitibus, non in domo atque pecunia, non denique in ipso corpore, quod menti subditur, sed in ipsa mente, in ipso rectore carnis animo, eos impleri ac pessimos fieri sine ulla sua terribili prohibitione permitterent. Aut si prohibebant, hoc ostendatur potius, hoc probetur. Nec nobis nescio quos susurros paucissimorum auribus anhelatos et arcana velut religione traditos jactent, quibus vitae probitas castitasque discatur: sed demonstrentur vel commemorentur loca talibus aliquando conventiculis consecrata; non ubi ludi agerentur obscenis vocibus et motibus histrionum, nec ubi Fugalia celebrarentur effusa omni licentia turpitudinum (et vere Fugalia, sed pudoris et honestatis); sed ubi populi audirent quid dii praeciperent de cohibenda avaritia, ambitione frangenda, luxuria refrenanda; ubi discerent miseri, quod discendum Persius increpavit, dicens: Disciteque, o miseri, et causas agnoscite rerum, Quid sumus, aut quidnam victuri gignimur; ordo Quis datus, aut metae qua mollis flexus, et unde; Quis modus argenti, quid fas optare, quid asper Utile nummus habet; patriae charisque propinquis Quantum elargiri deceat; quem te Deus esse Jussit, et humana qua parte locatus es in re. (Satira 3, vers. 66-72.) (Satira 3, vers. 66-72.) Dicatur in quibus locis haec docentium deorum solebant praecepta recitari, et a cultoribus eorum populis frequenter audiri, sicut nos ostendimus ad hoc ecclesias institutas, quaquaversum religio christiana diffunditur.

Caput VII.

Inutilia esse inventa philosophica sine auctoritate divina, ubi quemquam ad vitia pronam magis movet quod dii fecerint, quam quod homines disputarint.

An forte nobis philosophorum scholas disputationesque memorabunt? Primo haec non Romana, sed Graeca sunt; aut si propterea jam Romana, quia et Graecia facta est Romana provincia; non deorum praecepta sunt, sed hominum inventa, qui utcumque conati sunt ingeniis acutissimis praediti ratiocinando vestigare, quid in rerum natura latitaret, quid in moribus appetendum esset atque fugiendum, quid in ipsis ratiocinandi regulis certa connexione traheretur, aut quid non esset consequens, vel etiam repugnaret.

De aquí es que no cuidaron de la vida y las costumbres de las ciudades y pueblos por quienes eran adoradas aquellas deidades, de modo que permitieron que se llenaran de males tan horrendos y detestables —no en el campo y las vides, no en la casa y el dinero, no finalmente en el mismo cuerpo que está sometido a la mente, sino en la misma mente, en el mismo ánimo rector de la carne— y que se volvieran pésimos sin ninguna terrible prohibición de su parte. O si lo prohibían, muéstrese esto más bien, pruébese esto. Ni nos jacten no sé qué susurros jadeados a los oídos de poquísimos y transmitidos como por una religión secreta, por los cuales se aprenda la probidad de vida y la castidad: sino que se muestren o se recuerden lugares consagrados alguna vez para tales conciliábulos; no donde se realizaran juegos con voces y movimientos obscenos de los comediantes, ni donde se celebraran las Fugalia con toda licencia de torpezas derramada (y verdaderamente Fugalia, pero de la vergüenza y de la honestidad); sino donde los pueblos oyeran qué mandaban los dioses sobre contener la avaricia, quebrantar la ambición, refrenar la lujuria; donde aprendieran los míseros lo que Persio reprendió que se debía aprender, diciendo: «Aprended, oh míseros, y conoced las causas de las cosas: qué somos o para qué vida somos engendrados; qué orden nos ha sido dado, o por dónde está el suave giro de la meta, y desde dónde; qué medida para el dinero, qué es lícito desear, qué utilidad tiene la moneda áspera; cuánto conviene repartir a la patria y a los queridos parientes; quién mandó Dios que fueras tú, y en qué parte de la realidad humana estás colocado». (Sátira 3, vv. 66-72). Dígase en qué lugares solían recitarse estos preceptos de los dioses que enseñan, y ser oídos frecuentemente por los pueblos que los adoran, así como nosotros mostramos que las iglesias han sido instituidas para esto por dondequiera que se difunde la religión cristiana.

Capítulo VII.

Que los inventos filosóficos son inútiles sin la autoridad divina, donde a quien es propenso a los vicios le mueve más lo que hicieron los dioses que lo que disputaron los hombres.

¿O acaso nos recordarán las escuelas y disputas de los filósofos? En primer lugar, estas no son romanas, sino griegas; o si ya son romanas porque también Grecia se ha hecho provincia romana, no son preceptos de los dioses, sino inventos de los hombres, quienes, dotados de agudísimos ingenios, intentaron de cualquier modo investigar razonando qué se ocultaba en la naturaleza de las cosas, qué se debía buscar y qué evitar en las costumbres, qué se deducía con conexión cierta en las mismas reglas del razonamiento, o qué no era consecuente o incluso repugnante.

Et quidam eorum quaedam magna, quantum divinitus adjuti sunt, invenerunt; quantum autem humanitus impediti sunt, erraverunt: maxime cum eorum superbiae juste providentia divina resisteret, ut viam pietatis ab humilitate in superna surgentem, etiam istorum comparatione monstraret: unde postea nobis erit in Dei veri Domini voluntate disquirendi ac disserendi locus. Verumtamen si philosophi aliquid invenerunt, quod agendae bonae vitae beataeque adipiscendae satis esse possit; quanto justius talibus divini honores decernerentur? Quanto melius et honestius in Platonis templo libri ejus legerentur, quam in templis daemonum Galli absciderentur, molles consecrarentur, insani secarentur, et quidquid aliud vel crudele, vel turpe, vel turpiter crudele, vel crudeliter turpe in sacris talium deorum celebrari solet? Quanto satius erat, ad erudiendum justitiam juventutem, publice recitari leges deorum, quam laudari inaniter leges atque instituta majorum? Omnes enim cultores talium deorum, mox ut eos libido perpulerit, «ferventi» ut ait Persius, «tincta veneno,» (Satira 3, vers. 37) magis intuentur quid Jupiter fecerit, quam quid docuerit Plato, vel censuerit Cato. Hinc apud Terentium flagitiosus adolescens spectat Tabulam quamdam pictam in pariete, ubi inerat pictura haec, Jovem Quo pacto Danaae misisse aiunt in gremium quondam imbrem aurem: atque ab hac tanta auctoritate adhibet patrocinum turpitudini suae, cum in ea se jactat imitari deum.

At quem deum? (inquit) Qui templa coeli summo sonitu concutit. Ego homuncio hoc non facerem? Ego vero illud feci, ac libens. (Terent. Eunuch. act. 3, sc. 5, vers. 36, 37, et 42, 43.)

Caput VIII.

De ludis scenicis, in quibus dii non offenduntur editione suarum turpitudinum, sed placantur.

At enim non traduntur ista sacris deorum, sed fabulis poetarum. Nolo dicere illa mystica quam ista theatrica esse turpiora: hoc dico, quod negantes convincit historia, eosdem illos ludos, in quibus regnant figmenta poetarum, non per imperitum obsequium sacris deorum suorum intulisse Romanos; sed ipsos deos, ut sibi solemniter, ederentur et honori suo consecrarentur, acerbe imperando, et quodammodo extorquendo fecisse: quod in primo libro (Cap. 32) brevi commemoratione perstrinxi. Nam ingravescente pestilentia, ludi scenici auctoritate pontificum Romae primitus instituti sunt.

Y algunos de ellos encontraron algunas cosas grandes, en cuanto fueron ayudados divinamente; pero en cuanto fueron impedidos humanamente, erraron: sobre todo porque la divina providencia resistió justamente a su soberbia, para mostrar el camino de la piedad que surge desde la humildad hacia lo alto, incluso por comparación con ellos: de donde después tendremos lugar para inquirir y disertar según la voluntad del verdadero Señor Dios. Sin embargo, si los filósofos encontraron algo que pudiera ser suficiente para llevar una vida buena y alcanzar la bienaventuranza, ¿cuánto más justamente se les decretarían honores divinos a tales hombres? Cuánto mejor y más honesto sería que en el templo de Platón se leyeran sus libros, que el que en los templos de los demonios los Galos se castraran, los afeminados se consagraran, los locos se hirieran, y cualquier otra cosa ya cruel, ya torpe, ya torpemente cruel, ya cruelmente torpe que suele celebrarse en los ritos de tales dioses? Cuánto más satisfactorio era, para instruir a la juventud en la justicia, que se recitaran públicamente las leyes de los dioses, que alabar en vano las leyes e instituciones de los antepasados? Pues todos los adoradores de tales dioses, tan pronto como la libido los impulsa, «teñida de ferviente veneno», como dice Persio (Sátira 3, v. 37), miran más lo que hizo Júpiter que lo que enseñó Platón o juzgó Catón. De aquí que en Terencio, un joven flagicioso mira una tabla pintada en la pared, donde estaba esta pintura: de qué modo dicen que Júpiter envió una vez en el regazo de Dánae una lluvia de oro: y de esta autoridad tan grande toma patrocinio para su propia torpeza, cuando en ella se jacta de imitar a un dios.

«¿Pero a qué dios? (dice). Al que sacude los templos del cielo con el mayor estruendo. ¿Yo, un hombrecillo, no haría esto? Yo en verdad lo hice, y de buena gana». (Terencio, Eunuco, acto 3, esc. 5, vv. 36, 37 y 42, 43).

Capítulo VIII.

Sobre los juegos escénicos, en los cuales los dioses no se ofenden por la edición de sus propias torpezas, sino que se aplacan.

Pero se dirá que esas cosas no se transmiten en los ritos de los dioses, sino en las fábulas de los poetas. No quiero decir que aquellas cosas místicas sean más torpes que estas teatrales: digo esto —lo cual la historia convence a quienes lo niegan— que los mismos juegos en los que reinan los fingimientos de los poetas, no los introdujeron los romanos por un obsequio ignorante en los ritos de sus dioses; sino que los mismos dioses, para que se les representaran solemnemente y se consagraran a su honor, mandándolo acerbamente y en cierto modo extorsionándolos, hicieron que se realizaran: lo cual toqué brevemente en el primer libro (Cap. 32). Pues al agravarse una peste, los juegos escénicos fueron instituidos primeramente en Roma por autoridad de los pontífices.

Quis igitur in agenda vita non ea sibi potius sectanda arbitretur, quae actitantur ludis auctoritate divina institutis, quam ea quae scriptitantur legibus humano consilio promulgatis? Adulterum Jovem si poetae fallaciter prodiderunt, dii utique casti, quia tantum nefas per humanos ludos confictum est, non quia neglectum, irasci ac vindicare debuerunt. Et haec sunt scenicorum tolerabiliora ludorum, comoediae scilicet et tragoediae, hoc est fabulae poetarum agendae in spectaculis, multa rerum turpitudine, sed nulla saltem, sicut alia multa, verborum obscenitate compositae: quas etiam inter studia, quae honesta ac liberalia vocantur, pueri legere et discere coguntur a senibus.

Caput IX.

Quid Romani veteres de cohibenda poetica licentia senserint, quam Graeci deorum secuti judicium, liberam esse voluerunt.

Quid autem hinc senserint Romani veteres, Cicero testatur in libris quos de Republica scripsit, ubi Scipio disputans ait: «Nunquam comoediae, nisi consuetudo vitae pateretur, probare sua theatris flagitia potuissent.» Et Graeci quidem antiquiores vitiosae suae opinionis quamdam convenientiam servaverunt, apud quos fuit etiam lege concessum, ut quod vellet comoedia, de quo vellet, nominatim diceret. Itaque, sicut in eisdem libris loquitur Africanus, «Quem illa non attigit? vel potius quem non vexavit? cui pepercit? Esto, populares homines improbos, in republica seditiosos, Cleonem, Cleophontem, Hyperbolum laesit. Patiamur, inquit, etsi ejusmodi cives a censore melius est quam a poeta notari: sed Periclem, cum jam suae civitati maxima auctoritate plurimos annos domi et belli praefuisset, violari versibus; et eos agi in scena, non plus decuit, quam si Plautus, inquit, noster voluisset, aut Naevius Publio et Cneo Scipioni aut Caecilius Marco Catoni malediceret.» Deinde paulo post: «Nostrae,» inquit, «contra duodecim Tabulae cum perpaucas res capite sanxissent, in his hanc quoque sanciendam putaverunt, si quis occentavisset, sive carmen condidisset, quod infamiam faceret flagitiumve alteri. Praeclare. Judiciis enim magistratuum, disceptationibus legitimis propositam vitam, non poetarum ingeniis habere debemus; nec probrum audire, nisi ea lege ut respondere liceat, et judicio defendere.» Haec ex Ciceronis quarto de Republica libro ad verbum excerpenda arbitratus sum, nonnullis, propter faciliorem intellectum, vel praetermissis, vel paululum commutatis.

¿Quién, pues, al llevar su vida, no juzgaría que se debe seguir más bien lo que se practica en los juegos instituidos por autoridad divina, que lo que se escribe en las leyes promulgadas por consejo humano? Si los poetas presentaron falazmente a un Júpiter adúltero, los dioses ciertamente castos, puesto que se fingió tal necedad en juegos humanos, debieron airarse y vengarse, no por haber sido descuidados. Y estas son las cosas más tolerables de los juegos escénicos, a saber, las comedias y tragedias, esto es, las fábulas de los poetas que se han de representar en los espectáculos, compuestas con mucha torpeza de las cosas, pero al menos sin ninguna obscenidad de palabras, como muchas otras cosas: las cuales incluso entre los estudios que se llaman honestos y liberales, los niños son obligados a leer y aprender por los ancianos.

Capítulo IX.

Qué sintieron los antiguos romanos sobre la restricción de la licencia poética, la cual los griegos, siguiendo el juicio de los dioses, quisieron que fuera libre.

Pero qué sintieron los antiguos romanos sobre esto, lo testifica Cicerón en los libros que escribió Sobre la República, donde Escipión, disputando, dice: «Nunca las comedias, si la costumbre de la vida no lo permitiera, habrían podido probar sus torpezas en los teatros». Y ciertamente los griegos más antiguos guardaron una cierta conveniencia de su viciosa opinión, entre los cuales estuvo incluso concedido por ley que la comedia dijera lo que quisiera, de quien quisiera, nominalmente. Por lo tanto, como habla el Africano en los mismos libros: «¿A quién no tocó ella? ¿o más bien a quién no vejó? ¿a quién perdonó? Sea, hirió a hombres populares malvados, sediciosos en la república, a Cleón, Cleofonte, Hipérbolo. Permitámoslo», dice, «aunque es mejor que los ciudadanos de esa clase sean señalados por un censor que por un poeta: pero que Pericles, cuando ya había presidido su ciudad con la máxima autoridad por muchísimos años en la paz y en la guerra, fuera violado por versos; y que estos se representaran en la escena, no fue más decoroso que si nuestro Plauto», dice, «o Nevio hubieran querido maldecir a Publio y Gneo Escipión o Cecilio a Marco Catón». Después, un poco más adelante: «Nuestras doce Tablas, por el contrario», dice, «puesto que habían sancionado muy pocas cosas con la pena capital, pensaron que en estas también se debía sancionar esta: si alguien hubiera cantado contra otro, o hubiera compuesto un poema que causara infamia o torpeza a otro. Preclaramente. Pues debemos tener nuestra vida propuesta a los juicios de los magistrados y a las discusiones legítimas, no a los ingenios de los poetas; ni oír un oprobio, sino bajo la condición de que sea lícito responder y defenderse en juicio». He pensado que estas cosas debían ser extractadas palabra por palabra del cuarto libro de Cicerón Sobre la República, habiendo omitido algunas por un entendimiento más fácil, o cambiado un poquito.

Multum enim ad rem pertinent, quam molior explicare, si potero. Dicit deinde alia, et sic concludit hunc locum, ut ostendat veteribus displicuisse Romanis, vel laudari quemquam in scena vivum hominem, vel vituperari. Sed, ut dixi, hoc Graeci quanquam inverecundius, tamen convenientius licere voluerunt, cum viderent diis suis accepta et grata esse opprobria, non tantum hominum, verum et ipsorum deorum in scenicis fabulis; sive a poetis essent illa conficta, sive flagitia eorum vera commemorarentur et agerentur in theatris, atque ab eorum cultoribus utinam solo risu, ac non etiam imitatione digna viderentur. Nimis enim superbum fuit, famae parcere principum civitatis et civium, ubi suae famae parci numina noluerunt.

Caput X.

Qua nocendi arte daemones velint vel falsa de se crimina, vel vera narrari.

Nam quod affertur pro defensione, non illa vera in deos dici, sed falsa atque conficta, idipsum est scelestius, si pietatem consulas religionis; si autem malitiam daemonum cogites, quid astutius ad decipiendum atque callidius? Cum enim probrum jacitur in principem patriae bonum atque utilem, nonne tanto est indignius, quanto a veritate remotius, et a vita illius alienius? Quae igitur supplicia sufficiunt, cum Deo fit ista tam nefaria, tam insignis injuria? [X.] Sed maligni spiritus, quos isti deos putant, etiam flagitia quae non admiserunt, de se dici volunt, dum tamen humanas mentes his opinionibus velut retibus inducant, et ad praedestinatum supplicium secum trahant: sive homines ista commiserint, quos deos haberi gaudent qui humanis erroribus gaudent, pro quibus se etiam colendos mille nocendi fallendique artibus interponunt; sive etiam non ullorum hominum illa crimina vera sint, quae tamen de numinibus fingi libenter accipiunt fallacissimi spiritus, ut ad scelesta ac turpia perpetranda, velut ab ipso coelo traduci in terras satis idonea videatur auctoritas. Cum igitur Graeci talium numinum servos se esse sentirent, inter tot et tanta eorum theatrica opprobria parcendum sibi a poetis nullo modo putaverunt, vel diis suis etiam sic consimilari appetentes, vel metuentes ne honestiorem famam ipsi requirendo, et eis se hoc modo praeferendo, illos ad iracundiam provocarent.

Pues pertenecen mucho al asunto que me esfuerzo por explicar, si puedo. Dice después otras cosas, y así concluye este pasaje, para mostrar que desagradó a los antiguos romanos que cualquier hombre vivo fuera alabado o vituperado en la escena. Pero, como dije, los griegos, aunque con más desvergenza, sin embargo con más consecuencia quisieron que esto fuera lícito, al ver que a sus dioses les eran aceptos y gratos los oprobios, no solo de los hombres, sino también de los mismos dioses en las fábulas escénicas; ya fuera que aquellas cosas hubieran sido fingidas por los poetas, ya fuera que se conmemoraran y representaran sus verdaderas torpezas en los teatros, y ojalá parecieran dignas a sus cultores solo de risa, y no también de imitación. Pues fue demasiado soberbio perdonar la fama de los príncipes de la ciudad y de los ciudadanos, donde las deidades no quisieron que se perdonara su propia fama.

Capítulo X.

Con qué arte de dañar quieren los demonios que se narren o bien falsos crímenes sobre ellos, o bien verdaderos.

Pues lo que se alega para la defensa, de que aquellas cosas no se dicen verdaderas contra los dioses, sino falsas y fingidas, eso mismo es más criminal, si consideras la piedad de la religión; pero si piensas en la malicia de los demonios, ¿qué hay más astuto para engañar y más sagaz? Pues cuando se lanza un oprobio contra un príncipe de la patria bueno y útil, ¿no es tanto más indigno cuanto más remoto es de la verdad y más ajeno a la vida de aquel? ¿Qué suplicios, pues, bastan cuando se hace a Dios esa injuria tan nefaria, tan señalada? [X.] Pero los espíritus malignos, a quienes estos creen dioses, incluso quieren que se digan de ellos las torpezas que no cometieron, con tal que induzcan a las mentes humanas a estas opiniones como a redes, y las arrastren consigo al suplicio predestinado: ya sea que los hombres hayan cometido esas cosas, a quienes se gozan de tener por dioses los que se gozan de los errores humanos, por los cuales se interponen también para ser adorados por mil artes de dañar y engañar; o incluso si no son verdaderos de ningún hombre aquellos crímenes, que sin embargo los espíritus falacísimos aceptan de buen grado que se finjan de las deidades, para que para perpetrar hechos criminales y torpes, parezca una autoridad bastante idónea traducida, por así decirlo, desde el mismo cielo a las tierras. Por lo tanto, cuando los griegos sintieron que eran siervos de tales deidades, entre tantos y tan grandes oprobios teatrales de aquellos, de ninguna manera pensaron que los poetas debían perdonarlos a ellos, o bien deseando ser así asimilados a sus dioses, o bien temiendo que al buscar ellos mismos una fama más honesta, y prefiriéndose de este modo a ellos, los provocaran a la ira.

Caput XI.

De scenicis apud Graecos in reipublicae administrationem receptis, eo quod placatores deorum injuste ab hominibus spernerentur.

Ad hanc convenientiam pertinet, quod etiam scenicos actores earumdem fabularum non parvo civitatis honore dignos existimarunt. Siquidem, quod in eo quoque de Republica libro commemoratur, et Aeschines Atheniensis, vir eloquentissimus, cum adolescens tragoedias actitavisset, rempublicam capessivit; et Aristodemum, tragicum item actorem, maximis de rebus pacis ac belli legatum ad Philippum Athenienses saepe miserunt. Non enim consentaneum putabatur, cum easdem artes eosdemque scenicos ludos etiam diis suis acceptos viderent, illos, per quos agerentur, infamium loco ac numero deputare. [XI.] Haec Graeci turpiter quidem, sed sane diis suis omnino congruenter, qui nec vitam civium lacerandam linguis poetarum et histrionum subtrahere ausi sunt, a quibus cernebant deorum vitam eisdem ipsis diis volentibus et libentibus carpi; et ipsos homines, per quos ista in theatris agebantur, quae numinibus, quibus subditi erant, grata esse cognoverant, non solum minime spernendos in civitate, verum etiam maxime honorandos putarunt. Quid enim causae reperire possent, cur sacerdotes honorarent, quia per eos victimas diis acceptabiles offerebant; et scenicos probrosos haberent, per quos illam voluptatem sive honorem diis exhiberi, petentibus, et, nisi fieret, irascentibus, eorum admonitione didicerant? Cum praesertim Labeo, quem hujuscemodi rerum peritissimum praedicant, numina bona a numinibus malis ista etiam cultus diversitate distinguat, ut malos deos propitiari caedibus et tristibus supplicationibus asserat; bonos autem obsequiis laetis atque jucundis: qualia sunt, ut ipse ait, ludi, convivia, lectisternia. Quod totum quale sit, postea, si Deus juverit, diligentius disseremus. Nunc ad rem praesentem quod attinet, sive omnibus omnia tanquam bonis permixte tribuantur (neque enim esse decet deos malos, cum potius isti, quia immundi sunt spiritus, omnes sint mali), sive certa discretione, sicut Labeoni visum est, illis illa, istis ista distribuantur obsequia: competentissime Graeci utrosque honore dignos ducunt, et sacerdotes, per quos victimae ministrantur, et scenicos, per quos ludi exhibentur; ne vel omnibus diis suis, si et ludi omnibus grati sunt, vel, quod est indignius, his quos bonos putant, si ludi ab eis solis amantur, facere convincantur injuriam.

Capítulo XI.

Sobre los actores escénicos entre los griegos recibidos en la administración de la república, por cuanto los aplacadores de los dioses eran injustamente despreciados por los hombres.

A esta consecuencia pertenece que incluso consideraran a los actores escénicos de esas mismas fábulas dignos de no pequeño honor de la ciudad. Puesto que, según se conmemora también en aquel libro Sobre la República, tanto Esquines el ateniense, varón elocuentísimo, habiendo representado tragedias cuando joven, se encargó de la república; como los atenienses enviaron a menudo a Aristodemo, asimismo actor trágico, como legado ante Filipo para los más grandes asuntos de la paz y de la guerra. Pues no se pensaba que fuera consecuente, al ver que esas mismas artes y esos mismos juegos escénicos eran también gratos a sus dioses, considerar a aquellos por quienes se representaban en el lugar y número de los infames. [XI.] Estas cosas hicieron los griegos torpemente, por cierto, pero ciertamente de modo del todo congruente con sus dioses, los cuales no se atrevieron a sustraer la vida de los ciudadanos para ser lacerada por las lenguas de los poetas e histriones, por quienes veían que la vida de los dioses era criticada, queriéndolo y gustándole a los mismos dioses; y pensaron que los mismos hombres por quienes se representaban aquellas cosas en los teatros, que habían conocido que eran gratas a las deidades a las que estaban sometidos, no solo no debían ser despreciados en la ciudad, sino que incluso debían ser sumamente honrados. Pues, ¿qué causa podrían hallar para honrar a los sacerdotes, porque por ellos ofrecían víctimas aceptables a los dioses, y tener por vergonzosos a los actores escénicos, por quienes habían aprendido por amonestación de ellos que se exhibía aquel placer u honor a los dioses, pidiéndolo ellos y, si no se hacía, airándose? Máxime cuando Labeón, a quien proclaman peritísimo en asuntos de esta clase, distingue las deidades buenas de las malas incluso por esta diversidad de culto, al afirmar que los dioses malos han de ser propiciados con matanzas y tristes súplicas, pero los buenos con obsequios alegres y joviales: cuales son, como él mismo dice, los juegos, convites y lectisternios. Todo lo cual, cómo sea, lo discutiremos después más diligentemente, si Dios ayuda. Ahora, por lo que toca al asunto presente, ya sea que se atribuyan todas las cosas mezcladamente a todos como a buenos (pues no conviene que haya dioses malos, siendo así que más bien estos, porque son espíritus inmundos, son todos malos), o bien con una cierta discreción, como le pareció a Labeón, se distribuyan aquellos obsequios a unos y estos a otros: muy competentemente los griegos juzgan a ambos dignos de honor, tanto a los sacerdotes por quienes se suministran las víctimas, como a los actores escénicos por quienes se exhiben los juegos; para no ser convictos de hacer injuria o bien a todos sus dioses, si los juegos son gratos a todos, o bien, lo que es más indigno, a aquellos que consideran buenos, si los juegos son amados solo por ellos.

Caput XII.

Quod Romani auferendo libertatem poetis in homines, quam dederunt in deos, melius de se, quam de diis suis senserint.

At Romani, sicut in illa de republica disputatione Scipio gloriatur, probris et injuriis poetarum subjectam vitam famamque habere noluerunt, capite etiam plectendum sancientes, tale carmen condere si quis auderet. Quod erga se quidem satis honeste constituerunt, sed erga deos suos superbe et irreligiose: quos cum scirent non solum patienter, verum etiam libenter poetarum probris maledictisque lacerari; se potius quam illos hujuscemodi injuriis indignos esse duxerunt, seque ab eis etiam lege munierunt, illorum autem ista etiam sacris solemnitatibus miscuerunt. Itane tandem, Scipio, laudas hanc poetis Romanis negatam esse licentiam, ut cuiquam opprobrium infligerent Romanorum, cum videas eos nulli deorum pepercisse vestrorum? Itane pluris tibi habenda visa est existimatio curiae vestrae quam Capitolii, imo Romae unius quam coeli totius; ut linguam maledicam in cives tuos exercere poetae etiam lege prohiberentur, et in deos tuos securi tanta convicia, nullo senatore, nullo censore, nullo principe, nullo pontifice prohibente, jacularentur? Indignum videlicet fuit, ut Plautus, aut Naevius Publio et Cneo Scipioni, aut Caecilius M. Catoni malediceret; et dignum fuit, ut Terentius vester flagitio Jovis optimi maximi adolescentium nequitiam concitaret?

Caput XIII.

Debuisse intelligere Romanos, quod dii eorum, qui se turpibus ludis coli expetebant, indigni essent honore divino.

Sed responderet mihi fortasse, si viveret: Quomodo nos ista impunita esse nollemus, quae ipsi dii sacra esse voluerunt, cum ludos scenicos, ubi talia celebrantur, dictitantur, actitantur, et Romanis moribus invexerunt, et suis honoribus dicari exhiberique jusserunt? Cur ergo non hinc magis ipsi intellecti sunt non esse dii veri, nec omnino digni quibus divinos honores deferret illa respublica? Quos enim coli minime deceret, minimeque oporteret, si ludos expeterent agendos conviciis Romanorum; quomodo, quaeso, colendi putati sunt, quomodo non detestandi spiritus intellecti, qui cupiditate fallendi inter suos honores sua celebrari crimina poposcerunt?

Capítulo XII.

Que los romanos, al quitar la libertad a los poetas contra los hombres, la cual dieron contra los dioses, sintieron mejor de sí mismos que de sus dioses.

Pero los romanos, como se gloria Escipión en aquella disputa Sobre la república, no quisieron tener la vida y la fama sujetas a los oprobios e injurias de los poetas, sancionando que debía ser castigado incluso con la pena capital si alguien osara componer tal poema. Lo cual establecieron ciertamente de modo bastante honesto para con ellos, pero para con sus dioses de modo soberbio e irreligioso: a quienes, sabiendo que no solo con paciencia, sino incluso de buen grado eran lacerados por los oprobios y maldiciones de los poetas, juzgaron que ellos mismos más bien que aquellos eran indignos de injurias de esta clase, y se protegieron a sí mismos de ellas incluso por ley, pero mezclaron aquellas mismas cosas de ellos incluso en las solemnidades sagradas. ¿Así pues, Escipión, alabas que se haya negado esta licencia a los poetas romanos de infligir oprobio a cualquiera de los romanos, cuando ves que no perdonaron a ninguno de vuestros dioses? ¿Así te pareció que debía tenerse en más la estimación de vuestra curia que la del Capitolio, o más bien la de una sola Roma que la de todo el cielo; de modo que los poetas fueran prohibidos incluso por ley de ejercitar la lengua maldiciente contra tus ciudadanos, y contra tus dioses lanzaran seguros tan grandes insultos, sin que lo prohibiera ningún senador, ningún censor, ningún príncipe, ningún pontífice? Fue indigno, por lo visto, que Plauto o Nevio maldijeran a Publio y Gneo Escipión, o Cecilio a M. Catón; ¿y fue digno que vuestro Terencio incitara la maldad de los jóvenes con la torpeza de Júpiter óptimo máximo?

Capítulo XIII.

Que debieron entender los romanos que sus dioses, que pretendían ser cultivados con torpes juegos, eran indignos de honor divino.

Pero me respondería tal vez, si viviera: ¿Cómo querríamos nosotros que quedara impune lo que los mismos dioses quisieron que fuera sagrado, cuando tanto introdujeron en las costumbres romanas los juegos escénicos, donde tales cosas se celebran, se dictan y se representan, como mandaron que se dedicaran y exhibieran a sus honores? ¿Por qué, pues, no se entendió más bien por esto que ellos mismos no son dioses verdaderos, ni dignos en modo alguno de que aquella república les tributara honores divinos? Pues a quienes menos convendría y menos importaría cultivar, si pretendieran que se representaran juegos con oprobios de los romanos; ¿cómo, pregunto, se pensó que debían ser cultivados, cómo no se entendió que eran espíritus detestables, los cuales, por deseo de engañar, pidieron que se celebraran sus crímenes entre sus honores?

Itemque Romani, quamvis jam superstitione noxia premerentur, ut illos deos colerent, quos videbant sibi voluisse scenicas turpitudines consecrari, suae tamen dignitatis memores ac pudoris, actores talium fabularum nequaquam honoraverunt more Graecorum, sed sicut apud Ciceronem idem Scipio loquitur, Cum artem ludicram scenamque totam probro ducerent, genus id hominum non modo honore civium reliquorum carere, sed etiam tribu moveri notatione censoria voluerunt. Praeclara sane, et Romanis laudibus annumeranda prudentia: sed vellem se ipsa sequeretur, se imitaretur. Ecce enim recte, quisquis civium Romanorum esse scenicus elegisset, non solum ei nullus ad honorem dabatur locus, verum etiam censoris nota tribum tenere propriam minime sinebatur. O animum civitatis laudis avidum, germaneque Romanum! Sed respondeatur mihi, qua consentanea ratione homines scenici ab omni honore repelluntur, et ludi scenici deorum honoribus admiscentur? Illas theatricas artes diu virtus Romana non noverat: quae si ad oblectamentum voluptatis humanae quaererentur, vitio morum irreperent humanorum. Dii eas sibi exhiberi petiverunt: quomodo ergo abjicitur scenicus, per quem colitur Deus? et theatricae illius turpitudinis qua fronte notatur actor, si adoratur exactor? In hac controversia Graeci Romanique concertant. Graeci putant recte se honorare homines scenicos, quia colunt ludorum scenicorum flagitatores deos: Romani vero hominibus scenicis nec plebeiam tribum, quanto minus senatoriam curiam dehonestari sinunt? In hac disceptatione hujuscemodi ratiocinatio summam quaestionis absolvit. Proponunt Graeci: Si dii tales colendi sunt, profecto etiam tales homines honorandi. Assumunt Romani: Sed nullo modo tales homines honorandi sunt. Concludunt Christiani: Nullo modo igitur dii tales colendi sunt.

Caput XIV.

Meliorem fuisse Platonem, qui poetis locum in bene morata urbe non dederit, quam hos deos, qui se ludis scenicis voluerint honorari.

E igualmente los romanos, aunque ya estaban oprimidos por una superstición nociva para cultivar a aquellos dioses que veían que habían querido que se les consagraran torpezas escénicas, sin embargo, acordándose de su dignidad y pudor, de ninguna manera honraron a los actores de tales fábulas al modo de los griegos, sino que, como habla el mismo Escipión en Cicerón, puesto que tenían por vergonzoso el arte lúdico y toda la escena, quisieron que ese género de hombres no solo careciera del honor de los demás ciudadanos, sino que incluso fuera movido de su tribu por la nota censoria. Preclara ciertamente, y prudencia que debe numerarse entre las alabanzas romanas; pero querría que se siguiera a sí misma, que se imitara a sí misma. Pues he aquí que rectamente, cualquiera de los ciudadanos romanos que hubiera elegido ser actor escénico, no solo no se le daba lugar alguno para el honor, sino que incluso por la nota del censor no se le permitía en modo alguno mantener su propia tribu. ¡Oh ánimo de una ciudad ávido de alabanza, y genuinamente romano! Pero respóndaseme: ¿con qué razón consecuente son rechazados los hombres escénicos de todo honor, y los juegos escénicos se mezclan con los honores de los dioses? Durante mucho tiempo la virtud romana no conoció esas artes teatrales; las cuales, si se buscaran para el deleite del placer humano, se introducirían por vicio de las costumbres humanas. Los dioses pidieron que se les exhibieran: ¿cómo, pues, se rechaza al actor escénico, por quien se cultiva al dios? ¿Y con qué cara se nota al actor de aquella torpeza teatral, si se adora al exactor? En esta controversia conciertan griegos y romanos. Los griegos piensan que honran rectamente a los hombres escénicos, porque cultivan a los dioses demandantes de los juegos escénicos; pero los romanos de ninguna manera permiten que ni la tribu plebeya, cuanto menos la curia senatorial, sea deshonrada por los hombres escénicos. En esta disputa, un razonamiento de esta clase absuelve la suma de la cuestión. Proponen los griegos: si tales dioses han de ser cultivados, ciertamente también tales hombres han de ser honrados. Asumen los romanos: pero de ninguna manera tales hombres han de ser honrados. Concluyen los cristianos: de ninguna manera, por lo tanto, tales dioses han de ser cultivados.

Capítulo XIV.

Que fue mejor Platón, que no dio lugar a los poetas en una ciudad bien morigerada, que estos dioses que quisieron ser honrados con juegos escénicos.

1. Deinde quaerimus, ipsi poetae, talium fabularum compositores, qui duodecim Tabularum lege prohibentur famam laedere civium, tam probrosa in deos convicia jaculantes, cur non ut scenici habeantur inhonesti. Qua ratione rectum est, ut poeticorum figmentorum et ignominiosorum deorum infamentur actores, honorentur auctores? an forte Graeco Platoni potius palma danda est, qui cum ratione formaret, qualis esse civitas debeat, tanquam adversarios veritatis, poetas censuit urbe pellendos? Iste vero et deorum injurias indigne tulit, et fucari corrumpique figmentis animos civium noluit. Confer nunc Platonis humanitatem a civibus decipiendis poetas urbe pellentem, cum deorum divinitate honori suo ludos scenicos expetente. Ille, ne talia vel scriberentur, etsi non persuasit disputando, tamen suasit levitati lasciviaeque Graecorum: isti, ut talia etiam agerentur, jubendo extorserunt gravitati et modestiae Romanorum. Nec tantum haec agi voluerunt, sed sibi dicari, sibi sacrari, sibi solemniter exhiberi. Cui tandem honestius divinos honores decerneret civitas? utrum Platoni haec turpia et nefanda prohibenti; an daemonibus hac hominum deceptione gaudentibus, quibus ille vera persuadere non potuit?

2. Hunc Platonem Labeo inter semideos commemorandum putavit, sicut Herculem, sicut Romulum: semideos autem heroibus anteponit, sed utrosque inter numina collocat. Verumtamen istum, quem appellat semideum, non heroibus tantum, sed etiam diis ipsis praeferendum esse non dubito. Propinquant autem Romanorum leges disputationibus Platonis, quando ille cuncta poetica figmenta condemnat, isti autem poetis adimunt saltem in homines maledicendi licentiam; ille poetas ab urbis ipsius habitatione, isti saltem actores poeticarum fabularum removent a societate civitatis, et, si contra deos ludorum scenicorum expetitores aliquid auderent, forte undique removerent. Nequaquam igitur leges ad instituendos bonos aut corrigendos malos mores, a diis suis possent accipere seu sperare Romani, quos legibus suis vincunt atque convincunt. Illi enim honori suo deposcunt ludos scenicos, isti ab honoribus omnibus repellunt homines scenicos: illi celebrari sibi jubent figmentis poeticis opprobria deorum, isti ab opprobriis hominum deterrent impudentiam poetarum. Semideus autem ille Plato et talium deorum libidini restitit, et ab indole Romanorum quid perficiendum esset, ostendit; qui poetas ipsos vel pro arbitrio mentientes, vel hominibus miseris quasi deorum facta pessima imitanda proponentes, omnino in civitate bene instituta vivere noluit.

1. Después preguntamos: los mismos poetas, compositores de tales fábulas, que por la ley de las doce Tablas son prohibidos de herir la fama de los ciudadanos, lanzando tan oprobiosos insultos contra los dioses, ¿por qué no son tenidos por deshonestos como los actores escénicos? ¿Por qué razón es justo que sean infamados los actores de los fingimientos poéticos y de los ignominiosos dioses, y sean honrados los autores? ¿O acaso se debe dar la palma más bien al griego Platón, quien, al formar con la razón cómo debe ser la ciudad, juzgó que los poetas debían ser expulsados de la urbe como adversarios de la verdad? Este verdaderamente llevó con indignación las injurias de los dioses, y no quiso que los ánimos de los ciudadanos fueran teñidos y corrompidos por los fingimientos. Compara ahora la humanidad de Platón, que expulsa a los poetas de la urbe para que los ciudadanos no sean engaños, con la divinidad de los dioses, que exige juegos escénicos para su honor. Aquel, para que no se escribieran tales cosas, aunque no persuadió disputando, sin embargo lo aconsejó a la ligereza y lascivia de los griegos; estos, para que incluso se representaran tales cosas, mandándolo lo extorsionaron de la gravedad y modestia de los romanos. Y no solo quisieron que estas cosas se representaran, sino que se les dedicaran, se les consagraran, se les exhibieran solemnemente. ¿A quién, por fin, decretaría la ciudad más honestamente honores divinos? ¿A Platón, que prohibía estas cosas torpes y nefarias, o a los demonios, que se gozaban con este engaño de los hombres, a los cuales aquel no pudo persuadir de la verdad?

2. A este Platón, Labeón pensó que debía ser conmemorado entre los semidioses, como Hércules, como Rómulo; pero antepone los semidioses a los héroes, aunque coloca a ambos entre las numinas. Sin embargo, no dudo que este, a quien llama semidiós, ha de ser preferido no solo a los héroes, sino incluso a los mismos dioses. Pero las leyes de los romanos se acercan a las disputas de Platón, cuando él condena todos los fingimientos poéticos, y estos quitan a los poetas al menos la licencia de maldecir a los hombres; aquel expulsa a los poetas de la habitación misma de la urbe, estos al menos remueven a los actores de las fábulas poéticas de la sociedad de la ciudad, y si osaran algo contra los dioses demandantes de los juegos escénicos, tal vez los removerían de todas partes. De ninguna manera, por lo tanto, podrían los romanos recibir o esperar leyes para instituir buenas costumbres o corregir las malas de sus dioses, a los cuales vencen y convencen con sus leyes. Pues aquellos piden para su honor juegos escénicos, estos rechazan de todos los honores a los hombres escénicos; aquellos mandan que se les celebren con fingimientos poéticos los oprobios de los dioses, estos disuaden de los oprobios de los hombres la impudencia de los poetas. Pero aquel semidiós Platón tanto resistió a la libido de tales dioses, como mostró lo que debía perfeccionarse por la índole de los romanos; el cual de ninguna manera quiso que vivieran en una ciudad bien instituida los poetas mismos, ya fuera mintiendo a su arbitrio, ya fuera proponiendo a los hombres míseros los peores hechos de los dioses para ser imitados como si fueran tales.

Nos quidem Platonem nec deum, nec semideum perhibemus; nec ulli sancto angelo summi Dei, nec veridico prophetae, nec apostolo alicui, nec cuilibet Christi martyri, nec cuiquam christiano homini comparamus; cujus nostrae sententiae ratio, Deo prosperante, suo loco explicabitur: sed eum tamen, quandoquidem ipsi volunt fuisse semideum, praeferendum esse censemus, si non Romulo et Herculi (quamvis istum nec fratrem occidisse, nec aliquod perpetrasse flagitium quisquam historicorum vel poetarum dixit aut finxit), certe vel Priapo, vel alicui Cynocephalo, postremo vel Febri, quae Romani numina partim peregrina receperunt, partim sua propria sacraverunt. Quomodo igitur tanta animi et morum mala bonis praeceptis et legibus vel imminentia prohiberent, vel insita exstirpanda curarent dii tales, qui etiam seminanda et augenda flagitia curaverunt, talia vel sua vel quasi sua facta per theatricas celebritates populis innotescere cupientes, ut tanquam auctoritate divina, sua sponte nequissima libido accenderetur humana: frustra hoc exclamante Cicerone, qui cum de poetis ageret, Ad quos cum accessit, inquit, clamor et approbatio populi, quasi magni cujusdam et sapientis magistri, quas illi obducunt tenebras! quos invehunt metus! quas inflammant cupiditates!

Caput XV.

Quod Romani quosdam sibi deos non ratione, sed adulatione instituerint.

Quae autem illic eligendorum deorum etiam ipsorum falsorum ratio, ac non potius adulatio est? quando istum Platonem, quem semideum volunt, tantis disputationibus laborantem ne animi malis, quae praecipue cavenda sunt, mores corrumperentur humani, nulla sacra aedicula dignum putarunt; et Romulum suum diis multis praetulerunt, quamvis et ipsum semideum potius quam deum velut secretior eorum doctrina commendet. Nam etiam flaminem illi instituerunt, quod sacerdotii genus adeo in Romanis sacris testante apice excelluit, ut tres solos flamines haberent tribus numinibus institutos. Dialem Jovi, Martialem Marti, Quirinalem Romulo. Nam benevolentia civium velut receptus in coelum, Quirinus est postea nominatus. Ac per hoc et Neptuno et Plutoni, fratribus Jovis, et ipsi Saturno, patri eorum, isto Romulus honore praelatus est, ut pro magno sacerdotium, quod Jovi tribuerunt, hoc etiam huic tribuerent, et Marti tanquam patri ejus, fortisan propter ipsum.

Nosotros ciertamente no tenemos a Platón ni por dios ni por semidiós; ni lo comparamos con ningún ángel santo del Dios sumo, ni con un profeta verídico, ni con algún apóstol, ni con cualquier mártir de Cristo, ni con cualquier hombre cristiano; la razón de esta sentencia nuestra, prosperando Dios, se explicará en su lugar: pero sin embargo juzgamos que él, puesto que ellos mismos quieren que haya sido semidiós, ha de ser preferido, si no a Rómulo y Hércules (aunque nadie de los historiadores o poetas dijo o fingió que este matara a su hermano, ni que perpetrara alguna torpeza), ciertamente al menos a Priapo, o a algún Cinocéfalo, finalmente incluso a la Fiebre, deidades que los romanos en parte recibieron como extranjeras, en parte consagraron como propias. ¿Cómo, pues, prohibirían males tan grandes del ánimo y de las costumbres, o bien inminentes o bien insitos para ser extirpados, tales dioses, que incluso cuidaron de que se sembraran y aumentaran las torpezas, deseando que tales hechos suyos o casi suyos se conocieran por los pueblos mediante las celebridades teatrales, para que, como por autoridad divina, se encendiera por sí sola la nequísima libido humana: exclamando en vano esto Cicerón, quien cuando trataba de los poetas, dijo: «A los cuales, cuando ha accedido el clamor y aprobación del pueblo, como de un gran y sabio maestro, ¡qué tinieblas introducen! ¡qué miedos acarrean!, ¡qué codicias inflaman!»?

Capítulo XV.

Que los romanos se instituyeron algunos dioses no por razón, sino por adulación.

¿Qué razón hay en la elección de esos mismos dioses falsos, y no más bien adulación? Cuando a aquel Platón, a quien quieren que sea semidiós, trabajando en tan grandes disputas para que no se corrompieran las costumbres humanas por los males del ánimo, que son los que principalmente han de evitarse, no lo juzgaron digno de ninguna capilla sagrada; y prefirieron a su Rómulo a muchos dioses, aunque su doctrina más secreta lo recomiende también más como semidiós que como dios. Pues incluso le instituyeron un flamen, cuyo género de sacerdocio tanto sobresalió en los ritos romanos (atestiguándolo el ápice) que tenían solo tres flamines instituidos para tres numinas. El Dial para Júpiter, el Marcial para Marte, el Quirinal para Rómulo. Pues por la benevolencia de los ciudadanos, como recibido en el cielo, fue llamado después Quirino. Y por esto Rómulo fue preferido con ese honor incluso a Neptuno y Plutón, hermanos de Júpiter, y al mismo Saturno, padre de ellos, de modo que por gran cosa le dieron también a este aquel sacerdocio que dieron a Júpiter, y a Marte como a su padre, tal vez por causa de él mismo.

Caput XVI.

Quod si diis ulla esset cura justitiae, ab eis Romani accipere debuerint praecepta vivendi potius, quam leges ab aliis hominibus mutuari.

Si autem a diis suis Romani vivendi leges accipere potuissent, non aliquot annos post Romam conditam ab Atheniensibus mutuarentur leges Solonis: quas tamen non ut acceperunt tenuerunt , sed meliores et emendatiores facere conati sunt. Quamvis Lycurgus Lacedaemoniis leges ex Apollinis auctoritate se instituisse confinxerit: quod prudenter Romani credere noluerunt, propterea non inde acceperunt. Numa Pompilius, qui Romulo successit in regnum, quasdam leges, quae quidem regendae civitati nequaquam sufficerent, condidisse fertur; qui eis multa etiam sacra constituit: non tamen perhibetur easdem leges a numinibus accepisse. Mala igitur animi, mala vitae, mala morum, quae ita magna sunt, ut his doctissimi eorum viri etiam stantibus urbibus respublicas perire confirment , dii eorum, ne suis cultoribus acciderent, minime curarunt; imo vero ut augerentur, sicut supra disputatum est, omni modo curaverunt.

Caput XVII.

De raptu Sabinarum, aliisque iniquitatibus, quae in civitate Romana etiam laudatis viguere temporibus.

An forte populo Romano propterea leges non sunt a numinibus constitutae, quia, sicut Sallustius ait, «jus bonumque apud eos non legibus magis quam natura valebat» (Sallust. de conjurat Catilinae, cap. 9)? Ex hoc jure ac bono credo raptas esse Sabinas. Quid enim justius et melius, quam filias alienas fraude spectaculi inductas, non a parentibus accipi, sed vi, ut quisque poterat, auferri? Nam si inique facerent Sabini negare postulatas, quanto fuit iniquius rapere non datas? Justius autem bellum cum ea gente geri potuit, quae filias suas ad matrimonium conregionalibus et confinalibus suis negasset petitas, quam cum ea quae repetebat ablatas. Illud ergo potius fieret: ibi Mars filium suum pugnantem juvaret, ut conjugiorum negatorum armis ulcisceretur injuriam, et eo modo ad feminas quas voluerat, perveniret. Aliquo enim fortasse jure belli, injuste negatas, juste victor auferret; nullo autem jure pacis non datas rapuit, et injustum bellum cum earum parentibus juste succensentibus gessit.

Capítulo XVI.

Que si los dioses tuvieran algún cuidado de la justicia, los romanos debieran haber recibido de ellos preceptos para vivir, antes que tomar prestadas las leyes de otros hombres.

Si los romanos hubieran podido recibir leyes para vivir de sus propios dioses, no habrían tomado prestadas las leyes de Solón de los atenienses algunos años después de la fundación de Roma; leyes que, sin embargo, no mantuvieron tal como las recibieron, sino que intentaron hacerlas mejores y más corregidas. Aunque Licurgo fingió haber instituido leyes para los lacedemonios por la autoridad de Apolo: lo cual los romanos prudentemente no quisieron creer, y por eso no las recibieron de allí. Se dice que Numa Pompilio, que sucedió a Rómulo en el reino, estableció ciertas leyes, las cuales por cierto de ningún modo eran suficientes para gobernar la ciudad; él también les instituyó muchos ritos sagrados: pero no se afirma que recibiera esas mismas leyes de las divinidades. Por lo tanto, sus dioses no se cuidaron lo más mínimo de que no les sucedieran a sus cultivadores los males del ánimo, los males de la vida y los males de las costumbres, que son tan grandes que sus hombres más doctos confirman que las repúblicas perecen por ellos incluso permaneciendo las ciudades; al contrario, como se ha disputado arriba, cuidaron por todos los medios de que aumentaran.

Capítulo XVII.

Del rapto de las sabinas, y de otras iniquidades que florecieron en la ciudad romana incluso en los tiempos alabados.

¿O fue tal vez por esta razón que los dioses no establecieron leyes para el pueblo romano, porque, como dice Salustio, «lo justo y lo bueno valía entre ellos no más por las leyes que por la naturaleza» (Salustio, *La conjuración de Catilina*, cap. 9)? Creo que de este derecho y bien fueron raptadas las sabinas. Pues, ¿qué hay más justo y mejor que las hijas ajenas, atraídas por el engaño de un espectáculo, no fueran recibidas de sus padres, sino arrebatadas por la fuerza, según cada uno podía? Pues si los sabinos obraban injustamente al negar a las que se les pedían, ¿cuánto más injusto fue raptar a las que no se daban? Pero más justamente pudo hacerse la guerra con aquella nación que hubiera negado sus hijas para el matrimonio a sus conregionales y confinantes cuando se las pedían, que con aquella que reclamaba a las que le habían quitado. Por tanto, que se hiciera más bien aquello: que Marte ayudara allí a su hijo en la lucha, para que vengara con las armas la injuria de los matrimonios negados, y de ese modo llegara a las mujeres que había querido. Pues tal vez por algún derecho de guerra, el vencedor se llevaría justamente a las injustamente negadas; pero por ningún derecho de paz raptó a las no dadas, y gestionó una guerra injusta con sus padres, que estaban justamente indignados.

Hoc sane utilius feliciusque successit, quod etsi ad memoriam fraudis illius circensium spectaculum mansit , facinoris tamen in illa civitate et imperio non placuit exemplum: faciliusque Romani in hoc erraverunt, ut post illam iniquitatem deum sibi Romulum consecrarent, quam ut in feminis rapiendis factum ejus imitandum lege ulla vel more permitterent. Ex hoc jure ac bono post expulsum cum liberis suis regem Tarquinium, cujus filius Lucretiam stupro violenter oppresserat, Junius Brutus consul Lucium Tarquinium Collatinum , maritum ejusdem Lucretiae, collegam suum, bonum atque innocentem virum, propter nomen et propinquitatem Tarquiniorum coegit magistratu se abdicare, nec vivere in civitate permisit. Quod scelus favente vel patiente populo fecit, a quo populo consulatum idem Collatinus, sicut etiam ipse Brutus, acceperat. Ex hoc jure ac bono Marcus Camillus, illius temporis vir egregius, qui veientes, gravissimos hostes populi romani, post decennale bellum, quo Romanus exercitus toties male pugnando graviter afflictus est, jam ipsa Roma de salute dubitante atque trepidante, facillime superavit, eorumque urbem opulentissimam cepit; invidia obtrectatorum virtutis suae et insolentia tribunorum plebis reus factus est, tamque ingratam sensit quam liberaverat civitatem, ut de sua damnatione certissimus in exsilium sponte discederet, et decem millibus aeris absens etiam damnaretur; mox iterum a Gallis vindex patriae futurus ingratae . Multa commemorare jam piget foeda et injusta, quibus agitabatur illa civitas, cum potentes plebem sibi subdere conarentur, plebsque illis subdi recusaret; et utriusque partis defensores magis studiis agerent amore vincendi, quam aequam et bonum quidquam cogitarent.

Caput XVIII.

Quae de moribus Romanorum, aut metu compressis, aut securitate resolutis, Sallustii prodat historia.

1. Itaque habebo modum, et ipsum Sallustium testem potius adhibebo, qui cum in laude Romanorum dixisset, unde nobis iste sermo ortus est, «Jus bonumque apud eos non legibus magis quam natura valebat;» praedicans illud tempus, quo expulsis regibus incredibiliter civitas brevi aetatis spatio plurimum crevit: idem tamen in primo Historiae suae libro atque ipso ejus exordio fatetur, etiam tunc, cum ad consules a regibus esset translata respublica, post parvum intervallum , injurias validiorum, et ob eas discessionem plebis a patribus, aliasque in Urbe dissensiones fuisse.

Esto, por cierto, sucedió más útil y felizmente, que aunque para memoria de aquel fraude permaneció el espectáculo de los juegos circenses, sin embargo no plugo el ejemplo del crimen en aquella ciudad e imperio: y los romanos erraron más fácilmente en esto, en consagrar para sí a Rómulo como dios después de aquella iniquidad, que en permitir que su hecho fuera imitado en el rapto de mujeres por ley alguna o costumbre. De este derecho y bien, después de expulsado con sus hijos el rey Tarquino, cuyo hijo había oprimido violentamente a Lucrecia con el estupro, el cónsul Junio Bruto obligó a Lucio Tarquino Colatino, marido de la misma Lucrecia, colega suyo, hombre bueno e inocente, a abdicar de su magistratura por causa del nombre y el parentesco de los Tarquinos, ni le permitió vivir en la ciudad. Realizó este crimen con el favor o la paciencia del pueblo, del cual pueblo el mismo Colatino, como también el mismo Bruto, había recibido el consulado. De este derecho y bien, Marco Camilo, varón egregio de aquel tiempo —que superó muy fácilmente a los veyentes, gravísimos enemigos del pueblo romano, después de una guerra decenal en la que el ejército romano fue afligido gravemente tantas veces por luchar mal, cuando ya la misma Roma dudaba y temblaba por su salvación, y tomó su ciudad opulentísima—; fue hecho reo por la envidia de los detractores de su virtud y la insolencia de los tribunos de la plebe, y sintió tan ingrata a la ciudad que había liberado, que certísimo de su condenación marchó espontáneamente al exilio, y ausente fue incluso condenado a diez mil ases de cobre; pronto sería de nuevo el vengador de su patria ingrata contra los galos. Ya da pesadumbre conmemorar muchas cosas feas e injustas por las que era agitada aquella ciudad, cuando los poderosos intentaban someter a la plebe para sí, y la plebe rehusaba ser sometida a ellos; y los defensores de ambas partes actuaban más por el afán del amor de vencer que pensaban nada justo y bueno.

Capítulo XVIII.

Lo que la historia de Salustio revela sobre las costumbres de los romanos, o bien reprimidas por el miedo, o bien relajadas por la seguridad.

Por tanto, guardaré la medida, y emplearé más bien como testigo al mismo Salustio, quien, habiendo dicho en alabanza de los romanos —de donde surgió para nosotros este discurso—: «lo justo y lo bueno valía entre ellos no más por las leyes que por la naturaleza», predicando aquel tiempo en el que, expulsados los reyes, la ciudad creció increíblemente en un breve espacio de tiempo, confiesa sin embargo en el primer libro de su Historia, y en su mismo comienzo, que incluso entonces, cuando la república había sido trasladada de los reyes a los cónsules, después de un pequeño intervalo, hubo injurias de los más poderosos y, a causa de ellas, la secesión de la plebe de los padres, y otras disensiones en la Ciudad.

Nam cum optimis moribus et maxima concordia populum Romanum inter secundum et postremum bellum Carthaginense commemorasset egisse, causamque hujus boni, non amorem justitiae, sed stante Carthagine metum pacis infidae fuisse dixisset; unde et Nasica ille ad reprimendam nequitiam, servandosque istos mores optimos, ut metu vitia cohiberentur, Carthaginem nolebat everti: continuo subjecit idem Sallustius, et ait: «At discordia, et avaritia, atque ambitio, et caetera secundis rebus oriri sueta mala, post Carthaginis excidium maxime aucta sunt.» Ut intelligeremus etiam antea et oriri solere, et augeri. Unde subnectens cur hoc dixerit, «Nam injuriae,» inquit, «validiorum, et ob eas discessio plebis a patribus, aliaeque dissensiones domi fuere jam inde a principio, neque amplius quam regibus exactis, dum metus a Tarquinio et bellum grave cum Etruria positum est, aequo et modesto jure agitatum.» Vides quemadmodum illo etiam brevi tempore, ut regibus exactis, id est ejectis, aliquantum aequo et modesto jure ageretur, metum dixit fuisse causam; quoniam metuebatur bellum, quod rex Tarquinius regno atque Urbe pulsus, Etruscis sociatus, contra Romanos gerebat. Attende itaque quid deinde contexat: «Dein,» inquit, «servili imperio patres plebem exercere, de vita atque tergo regio more consulere, agro pellere, et caeteris expertibus soli in imperio agere. Quibus saevitiis et maxime fenore oppressa plebs cum assiduis bellis tributum et simul militiam toleraret, armata montem Sacrum atque Aventinum insedit : tumque tribunos plebis et alia sibi jura paravit. Discordiarum et certaminis utrimque finis fuit secundum bellum Punicum.» Cernis ex quo tempore, id est parvo intervallo post reges exactos, quales Romani fuerint, de quibus ait, «Jus bonumque apud eos non legibus magis quam natura valebat.»

2. Porro si illa tempora talia reperiuntur, quibus pulcherrima atque optima fuisse praedicatur Romana respublica; quid jam de consequenti aetate dicendum aut cogitandum arbitramur, «cum paulatim mutata» ut ejusdem historici verbis utar, «ex pulcherrima atque optima, pessima ac flagitiosissima facta est» (Sallust. de Conjuratione Catilinae, cap. 5); post Carthaginis videlicet, ut commemoravit, excidium?

Pues habiendo conmemorado que el pueblo romano actuó con las mejores costumbres y la máxima concordia entre la segunda y la última guerra cartaginesa, y habiendo dicho que la causa de este bien no fue el amor a la justicia, sino el miedo a una paz infiel mientras Cartago estaba en pie —por lo cual aquel Nasica, para reprimir la maldad y conservar aquellas costumbres óptimas, a fin de que los vicios fueran contenidos por el miedo, no quería que Cartago fuera destruida—, inmediatamente el mismo Salustio añadió y dijo: «Pero la discordia, y la avaricia, y la ambición, y los demás males que suelen surgir en la prosperidad, aumentaron al máximo después de la destrucción de Cartago». Para que entendiéramos que también antes solían tanto surgir como aumentar. Por lo cual, añadiendo por qué dijo esto, dice: «Pues las injurias de los más poderosos y, por ellas, la secesión de la plebe de los padres, y otras disensiones en casa, estuvieron allí ya desde el principio; ni se actuó con un derecho equitativo y modesto más tiempo que cuando fueron expulsados los reyes, mientras se mantuvo el miedo a Tarquino y la guerra grave con Etruria». Ves cómo incluso en aquel breve tiempo, expulsados los reyes, esto es, echados, dijo que el miedo fue la causa de que se actuara un tanto con derecho equitativo y modesto; ya que se temía la guerra que el rey Tarquino, expulsado del reino y de la Ciudad, aliado con los etruscos, gestionaba contra los romanos. Atiende, pues, a lo que teje a continuación: «Luego —dice— los padres ejercieron sobre la plebe un mando servil, decidieron sobre la vida y la espalda al modo regio, la expulsaron del campo, y actuaron solos en el mando, excluidos los demás del suelo. Oprimida por estas sevicias y sobre todo por el interés del dinero, mientras la plebe toleraba el tributo y simultáneamente la milicia en asiduas guerras, armada ocupó el Monte Sacro y el Aventino; y entonces se preparó los tribunos de la plebe y otros derechos para sí. El fin de las discordias y del certamen por ambas partes fue la segunda guerra púnica». Ves desde qué tiempo, esto es, un pequeño intervalo después de expulsados los reyes, cuáles fueron los romanos de los que dice: «lo justo y lo bueno valía entre ellos no más por las leyes que por la naturaleza».

Además, si aquellos tiempos se encuentran tales, en los que se predica que la república romana fue hermosísima y óptima, ¿qué creemos que debe decirse o pensarse ya de la edad subsiguiente, «cuando habiéndose mudado paulatinamente», para usar las palabras del mismo historiador, «de hermosísima y óptima se hizo la peor y la más flagitiosa» (Salustio, *La conjuración de Catilina*, cap. 5), a saber, después de la destrucción de Cartago, como conmemoró?

Quae tempora ipse Sallustius quemadmodum breviter recolat et describat, in ejus Historia legi potest, quantis malis morum, quae secundis rebus exorta sunt, usque ad bella civilia demonstret esse perventum . «Ex quo tempore,» ut ait, «majorum mores non paulatim, ut antea, sed torrentis modo praecipitati; adeo juventus luxu atque avaritia corrupta, ut merito dicatur genitos esse qui neque ipsi habere possent res familiares, neque alios pati» . Dicit deinde plura Sallustius de Syllae vitiis caeteraque foeditate reipublicae: et alii scriptores in haec consentiunt, quamvis eloquio multum impari.

3. Cernis tamen, ut opinor, et quisquis adverterit facillime perspicit colluvie morum pessimorum quo illa civitas prolapsa fuerit, ante nostri superni Regis adventum. Haec enim gesta sunt non solum antequam Christus in carne praesens docere coepisset, verum etiam antequam de Virgine natus esset. Cum igitur tot et tanta mala temporum illorum vel tolerabiliora superius, vel post eversam Carthaginem intoleranda et horrenda diis suis imputare non audeant, opiniones humanis mentibus, unde talia vitia silvescerent, maligna astutia inserentibus; cur mala praesentia Christo imputant, qui doctrina saluberrima et falsos ac fallaces deos coli vetat, et istas hominum noxias flagitiosasque cupiditates divina auctoritate detestans atque condemnans, his malis tabescenti ac labenti mundo ubique familiam suam sensim subtrahit, qua condat aeternam, et non plausu vanitatis, sed judicio veritatis gloriosissimam civitatem?

Caput XIX.

De corruptione Romanae reipublicae, priusquam cultum deorum Christus auferret.

Ecce Romana respublica (quod non ego primus dico, sed auctores eorum, unde haec mercede didicimus, tanto ante dixerunt ante Christi adventum) «paulatim mutata, ex pulcherrima atque optima, pessima ac flagitiosissima facta est.» Ecce ante Christi adventum, post deletam Carthaginem, «majorum mores, non paulatim, ut antea, sed torrentis modo praecipitati; adeo juventus luxu atque avaritia corrupta est.» Legant nobis contra luxum et avaritiam praecepta deorum suorum populo Romano data.

Tiempos que puede leerse cómo los recuerda y describe brevemente el mismo Salustio en su Historia, donde demuestra que se llegó hasta las guerras civiles por los grandes males de las costumbres que surgieron en la prosperidad. «Desde cuyo tiempo —dice — las costumbres de los mayores se precipitaron no poco a poco, como antes, sino a modo de torrente; de tal modo fue corrompida la juventud por el lujo y la avaricia, que merecidamente se dice que nacieron quienes ni ellos mismos podían tener bienes familiares ni permitir que otros los tuvieran». Dice luego más Salustio sobre los vicios de Sila y la demás fealdad de la república; y otros escritores consienten en esto, aunque con elocuencia muy dispar.

3. Sin embargo, ves, según opino, y cualquiera que advierta percibe muy fácilmente a qué sumidero de las peores costumbres se había deslizado aquella ciudad antes del advenimiento de nuestro Rey supremo. Pues estas cosas se gestionaron no solo antes de que Cristo hubiera comenzado a enseñar presente en la carne, sino incluso antes de que hubiera nacido de la Virgen. Siendo, pues, que no se atreven a imputar a sus dioses tantos y tan grandes males de aquellos tiempos —ya los más tolerables de arriba, ya los intolerables y horrendos después de la destrucción de Cartago—, quienes con maligna astucia insertaron en las mentes humanas opiniones de donde tales vicios crecieran silvestres; ¿por qué imputan los males presentes a Cristo, que con doctrina salubérrima prohíbe que se cultiven dioses falsos y falaces, y detestando y condenando con autoridad divina esas nocivas y flagitiosas codicias de los hombres, sustrae paulatinamente de todas partes a su familia de este mundo que se consume y cae con estos males, para fundar una ciudad eterna y gloriosísima, no por el aplauso de la vanidad, sino por el juicio de la verdad?

Capítulo XIX.

De la corrupción de la república romana, antes de que Cristo quitara el culto a los dioses.

He aquí la república romana (lo cual no soy yo el primero en decir, sino que sus autores, de quienes aprendimos estas cosas por un precio, lo dijeron tanto tiempo antes del advenimiento de Cristo) «mudada paulatinamente, de hermosísima y óptima se hizo la peor y la más flagitiosa». He aquí que antes del advenimiento de Cristo, después de destruida Cartago, «las costumbres de los mayores se precipitaron no poco a poco, como antes, sino a modo de torrente; de tal modo fue corrompida la juventud por el lujo y la avaricia». Que nos lean los preceptos de sus dioses dados al pueblo romano contra el lujo y la avaricia.

Cui utinam tantum casta et modesta reticerent, ac non etiam ab illo probrosa et ignominiosa deposcerent, quibus per falsam divinitatem perniciosam conciliarent auctoritatem. Legant nostra, et per Prophetas, et per sanctum Evangelium, et per apostolicos Actus, et per Epistolas, tam multa contra avaritiam atque luxuriam, ubique populis ad hoc congregatis, quam excellenter, quam divine, non tanquam ex philosophorum concertationibus strepere, sed tanquam ex oraculis et Dei nubibus intonare. Et tamen luxu atque avaritia saevisque ac turpibus moribus ante adventum Christi rempublicam pessimam ac flagitiosissimam factam, non imputant diis suis: afflictionem vero ejus, quamcumque isto tempore superbia deliciaeque eorum perpessae fuerint, religioni increpitant christianae. Cujus praecepta de justis probisque moribus, si simul audirent atque curarent reges terrae et omnes populi, principes et omnes judices terrae, juvenes et virgines, seniores cum junioribus (Psal. CXLVIII, 11, 12), aetas omnis capax et uterque sexus, et quos Baptista Joannes alloquitur, exactores ipsi atque milites (Luc. III, 12-14); et terras vitae praesentis ornaret sua felicitate respublica, et vitae aeternae culmen beatissime regnatura conscenderet. Sed quia iste audit, ille contemnit, pluresque vitiis male blandientibus quam utili virtutum asperitati sunt amiciores ; tolerare Christi famuli jubentur, sive sint reges, sive principes, sive judices, sive milites, sive provinciales, sive divites, sive pauperes, sive liberi, sive servi utriuslibet sexus, pessimam etiam, si ita necesse est, flagitiosissimamque rempublicam; et in illa Angelorum quadam sanctissima atque augustissima curia coelestique republica, ubi Dei voluntas lex est, clarissimum sibi locum etiam ista tolerantia comparare.

Caput XX.

Quali velint felicitate gaudere, et quibus moribus vivere, qui tempora christianae religionis incusant.

Verum tales cultores et dilectores deorum istorum, quorum etiam imitatores in sceleribus et flagitis se esse laetantur, nullo modo curant pessimam ac flagitiosissimam non esse rempublicam. Tantum stet, inquiunt, tantum floreat copiis referta, victoriis gloriosa; vel, quod est felicius, pace secura sit. Et quid ad nos? imo id ad nos magis pertinet, si divitias quisque semper augeat, quae quotidianis effusionibus suppetant, per quas sibi etiam infirmiores subdat quisque potentior.

Ojalá que solo callaran las cosas castas y modestas, y no exigieran también de él cosas probrosas e ignominiosas, para las cuales conciliaran una perniciosa autoridad a través de una falsa divinidad. Lean lo nuestro, tanto por los Profetas como por el santo Evangelio, y por los Hechos apostólicos, y por las Epístolas, tantas cosas contra la avaricia y el lujo, en todas partes a los pueblos congregados para esto, cuán excelentemente, cuán divinamente, no como resonando por las concertaciones de los filósofos, sino como tronando desde los oráculos y las nubes de Dios. Y, sin embargo, no imputan a sus dioses que la república se hiciera la peor y la más flagitiosa por el lujo y la avaricia y por las crueles y torpes costumbres antes del advenimiento de Cristo; pero cualquier aflicción que en este tiempo hayan padecido su soberbia y sus delicias, se la echan en cara a la religión cristiana. Si los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra, los jóvenes y las vírgenes, los ancianos con los más jóvenes (Salmo CXLVIII, 11, 12), toda edad capaz y ambos sexos, y aquellos a quienes Juan el Bautista se dirige, los mismos cobradores y los soldados (Lucas III, 12-14), escucharan y cuidaran simultáneamente sus preceptos sobre las costumbres justas y probas; la república adornaría las tierras de la vida presente con su felicidad, y ascendería a la cumbre de la vida eterna para reinar beatísimamente. Pero porque este escucha, aquel desprecia, y más son amigos de los vicios que halagan mal que de la útil aspereza de las virtudes; se manda a los siervos de Cristo que toleren —ya sean reyes, ya príncipes, ya jueces, ya soldados, ya provinciales, ya ricos, ya pobres, ya libres, ya siervos de cualquier sexo— incluso la peor y la más flagitiosa república, si así es necesario; y que se preparen un lugar clarísimo incluso por esa tolerancia en aquella santísima y augustísima corte de los Ángeles y república celestial, donde la voluntad de Dios es ley.

Capítulo XX.

De qué tipo de felicidad quieren gozar, y con qué costumbres vivir, aquellos que acusan a los tiempos de la religión cristiana.

Pero tales cultivadores y amantes de esos dioses —de quienes también se alegran de ser imitadores en los crímenes y flagicios— de ningún modo se cuidan de que la república no sea la peor y la más flagitiosa. Con tal que permanezca, dicen, con tal que florezca llena de abundancia, gloriosa por las victorias o, lo que es más feliz, esté segura por la paz. ¿Y qué nos importa a nosotros? Más bien, eso nos pertenece más a nosotros si cada uno aumenta siempre sus riquezas, que sufraguen los gastos cotidianos, por las cuales cada uno más poderoso someta también a sí a los más débiles.

Obsequantur divitibus pauperes causa saturitatis; atque ut eorum patrociniis quieta inertia perfruantur, divites pauperibus ad clientelas et ad ministerium sui fastus abutantur. Populi plaudant, non consultoribus utilitatum suarum, sed largitoribus voluptatum. Non jubeantur dura, non prohibeantur impura. Reges non curent quam bonis, sed quam subditis regnent. Provinciae regibus non tanquam rectoribus morum, sed tanquam rerum dominatoribus et deliciarum suarum provisoribus serviant; eosque non sinceriter honorent, sed nequiter ac serviliter timeant. Quid alienae viti potius quam quid suae vitae quisque noceat, legibus advertatur. Nullus ducatur ad judices, nisi qui alienae rei, domui, saluti, vel cuiquam invito fuerit importunus, aut noxius: caeterum de suis, vel cum suis, vel cum quibusque volentibus faciat quisque quod libet. Abundent publica scorta, vel propter omnes quibus frui placuerit, vel propter eos maxime, qui privata habere non possunt. Exstruantur amplissimae atque ornatissimae domus, opipara convivia frequententur; ubi cuique libuerit et potuerit, die noctuque ludatur, bibatur, vomatur, diffluatur. Saltationes undique concrepent, theatra inhonestae laetitiae vocibus atque omni genere sive crudelissimae sive turpissimae voluptatis exaestuent. Ille sit publicus inimicus, cui haec felicitas displicet; quisquis eam mutare vel auferre tentaverit, eum libera multitudo avertat ab auribus, evertat a sedibus, auferat a viventibus. Illi habeantur dii veri, qui hanc adipiscendam populis procuraverint, adeptamque servaverint. Colantur ut voluerint, ludos exposcant quales voluerint, quos cum suis vel de suis possint habere cultoribus: tantum efficiant ut tali felicitati nihil ab hoste, nihil a peste, nihil ab ulla clade timeatur. Quis hanc rempublicam sanus, non dicam Romano imperio, sed domui Sardanapali comparaverit? qui quondam rex ita fuit voluptatibus deditus, ut in sepulcro suo scribi fecerit, ea sola se habere mortuum, quae libido ejus etiam cum viveret, hauriendo, consumpserat . Quem regem isti si haberent sibi in talibus indulgentem, nec in eis cuiquam ulla severitate adversantem; huic libentius, quam Romani veteres Romulo, templum et flaminem consecrarent.

Caput XXI.

Quae sententia fuerit Ciceronis de Romana republica.

Obedezcan los pobres a los ricos por causa de la saciedad, y para que disfruten con sus patrocinios de una quieta inercia, abusen los ricos de los pobres para sus clientelas y para el ministerio de su propio fasto. Aplaudan los pueblos no a los consultores de sus utilidades, sino a los dadores de placeres. No se manden cosas duras, no se prohíban las impuras. No cuiden los reyes qué tan buenos sean los súbditos sobre los que reinan, sino qué tan sumisos. Sirvan las provincias a los reyes no como a rectores de las costumbres, sino como a dominadores de las cosas y provisores de sus delicias; y no los honren sinceramente, sino témanlos inicua y servilmente. Adviértase por las leyes qué daña cada uno a la vida ajena antes que a la propia. Nadie sea llevado ante los jueces, sino aquel que haya sido importuno o nocivo para la cosa, casa, salud ajena, o para cualquiera contra su voluntad; por lo demás, sobre sus cosas, o con los suyos, o con quienes quieran, haga cada uno lo que le plazca. Abunden las prostitutas públicas, ya sea por todos los que han querido disfrutar de ellas, o especialmente por aquellos que no pueden tener las privadas. Constrúyanse casas amplísimas yornatísimas, frecuéntense banquetes opíparos; donde a cada uno le plazca y pueda, juéguese, bébase, vomítese, discúrrase en el lujo día y noche. Resuenen danzas por todas partes, hiervan los teatros con voces de deshonesta alegría y con todo género de placer ya sea crudelísimo ya torpísimo. Sea aquel enemigo público a quien esta felicidad disguste; cualquiera que haya intentado mudarla o quitarla, la multitud libre lo aparte de sus oídos, lo eche de sus asientos, lo quite de entre los vivientes. Ténganse por dioses verdaderos aquellos que hayan procurado alcanzar esto para los pueblos y lo hayan conservado una vez alcanzado. Cultívense como hayan querido, exijan los juegos que hayan querido, los cuales puedan tener con sus cultivadores o de sus cultivadores; solo efectúen que por tal felicidad nada se tema del enemigo, nada de la peste, nada de ninguna calamidad. ¿Qué hombre sano compararía esta república —no digo al imperio romano, sino a la casa de Sardanápalo—? Quien fue una vez un rey tan dedicado a los placeres que hizo escribir en su sepulcro que tenía él solo de muerto aquello que su libido, incluso viviendo, había consumido absorbiendo. Si estos tuvieran un rey tal que les fuera indulgente en tales cosas y no se opusiera a nadie en ellas con severidad alguna, le consagrarían a este un templo y un flamen más gustosamente que los antiguos romanos a Rómulo.

Capítulo XXI.

Cuál fue la sentencia de Cicerón sobre la república romana.

1. Sed si contemnitur qui Romanam rempublicam pessimam ac flagitiosissimam dixit, nec curant isti quanta morum pessimorum ac flagitiosorum labe ac dedecore impleatur, sed tantummodo ut consistat et maneat; audiant eam, non, ut Sallustius narrat, pessimam ac flagitiosissimam factam, sed, sicut Cicero disputat, jam tunc prorsus perisse, et nullam omnino remansisse rempublicam. Inducit enim Scipionem, eum ipsum qui Carthaginem exstinxerat, de republica disputantem, quando praesentiebatur ea corruptione, quam describit Sallustius, jam jamque peritura. Eo quippe tempore disputatur, quo jam unus Gracchorum occisus fuit, a quo scribit seditiones graves coepisse Sallustius . Nam mortis ejus fit in eisdem libris commemoratio. Cum autem Scipio in secundi libri fine dixisset, Ut in fidibus ac tibiis atque cantu ipso ac vocibus concentus est quidam tenendus ex distinctis sonis, quem immutatum aut discrepantem aures eruditae ferre non possunt; isque concentus ex dissimillimarum vocum moderatione concors tamen efficitur et congruens: sic ex summis et infimis et mediis interjectis ordinibus, ut sonis, moderata ratione civitatem consensu dissimillimorum concinere; et quae harmonia a musicis dicitur in cantu, eam esse in civitate concordiam, arctissimum atque optimum omni in republica vinculum incolumitatis, eamque sine justitia nullo pacto esse posse: ac deinde cum aliquanto latius et uberius disseruisset, quantum prodesset justitia civitati, quantumque obesset, si abfuisset; suscepit deinde Philus , unus eorum qui disputationi aderant, et poposcit ut haec ipsa quaestio diligentius tractaretur, ac de justitia plura dicerentur, propter illud, quod jam vulgo ferebatur, rempublicam regi sine injuria non posse. Hanc proinde quaestionem discutiendam et enodandam esse, assensus est Scipio, responditque nihil esse, quod adhuc de republica dictum putaret, et quo possent longius progredi, nisi esset confirmatum, non modo falsum esse illud, sine injuria non posse; sed hoc verissimum esse, sine summa justitia rempublicam regi non posse (Libro 2, cap. 43). Cujus quaestionis explicatio cum in diem consequentem dilata esset, in tertio libro magna conflictatione res acta est. Suscepit enim Philus ipse disputationem eorum qui sentirent sine injustitia regi non posse rempublicam purgans, praecipue, ne hoc ipse sentire crederetur. Egitque sedulo pro injustitia contra justitiam, ut hanc esse utilem reipublicae, illam vero inutilem, verisimilibus rationibus et exemplis velut conaretur ostendere. Tum Laelius rogantibus omnibus, justitiam defendere aggressus est; asseruitque quantum potuit, nihil tam inimicum quam injustitiam civitati, nec omnino nisi magna justitia geri aut stare posse rempublicam .

Pero si se desprecia a quien dijo que la república romana era la peor y la más flagitiosa, y no les importa a estos con cuánta mancha y deshonor de las peores y flagitiosas costumbres se llenara, sino solamente que consista y permanezca; oigan que ella —no como Salustio narra, que se hizo la peor y la más flagitiosa— sino, según Cicerón disputa, ya entonces pereció del todo, y no quedó república alguna. Pues introduce a Escipión —aquel mismo que había extinguido Cartago— disputando sobre la república, cuando ya se presentía que por aquella corrupción que describe Salustio, estaba ya a punto de perecer. En efecto, se disputa en aquel tiempo en que ya uno de los Gracos fue muerto, por quien escribe Salustio que comenzaron sediciones graves. Pues en esos mismos libros se hace conmemoración de su muerte. Pero habiendo dicho Escipión al final del segundo libro que, así como en las cuerdas y en las tibias y en el mismo canto y en las voces se ha de mantener un cierto concierto de sonidos distintos, el cual mudado o discrepante no pueden soportar los oídos eruditos; y ese concierto se hace concorde sin embargo y congruente por la moderación de voces disidimilísimas: así la ciudad, con el consenso de los órdenes más disímiles entreyectados, desde los sumos a los ínfimos y medios, como con sonidos, canta por una moderada razón; y lo que los músicos llaman armonía en el canto, eso es la concordia en la ciudad, el vínculo más estrecho y mejor de incolumidad en toda república, y que sin justicia de ningún modo puede ser: y luego, habiendo disertado algo más larga y exuberantemente cuánto aprovechaba la justicia a la ciudad y cuánto dañaba si faltaba; asumió luego Filo, uno de los que asistían a la disputa, y pidió que esta misma cuestión se tratara más diligentemente y se dijeran más cosas sobre la justicia, por aquello que ya comúnmente se decía, que la república no puede ser regida sin injuria. Escipión asintió que, por consiguiente, esta cuestión debía ser discutida y desatada, y respondió que pensaba que nada se había dicho hasta ahora sobre la república, y por lo cual pudieran progresar más lejos, si no se hubiera confirmado no solo que es falso aquello de que no puede ser sin injuria; sino que esto es veridiquísimo, que la república no puede ser regida sin suma justicia (Libro 2, cap. 43). Cuya explicación de la cuestión, habiendo sido dilatada para el día siguiente, en el tercer libro se trató la cosa con gran conflicto. Pues el mismo Filo asumió la disputa de aquellos que sentían que la república no puede ser regida sin injusticia, purgándose, principalmente para que no se creyera que él mismo sentía esto. Y actuó con diligencia por la injusticia contra la justicia, como si intentara mostrar con razones verosímiles y ejemplos que esta es útil a la república, pero aquella inútil. Entonces Lelio, pidiéndolo todos, se aprestó a defender la justicia; y aseró cuanto pudo que nada es tan enemigo para la ciudad como la injusticia, ni absolutamente puede gestionarse o permanecer la república sino con gran justicia.

2. Qua quaestione, quantum satis visum est, pertractata, Scipio ad intermissa revertitur, recolitque suam atque commendat brevem reipublicae definitionem, qua dixerat eam esse rem populi (Libro 1, cap. 25). Populum autem non omnem coetum multitudinis, sed coetum juris consensu et utilitatis communione sociatum esse determinat. Docet deinde quanta sit in disputando definitionis utilitas: atque ex illis suis definitionibus colligit tunc esse rempublicam, id est rem populi, cum bene ac juste geritur, sive ab uno rege, sive a paucis optimatibus, sive ab universo populo. Cum vero injustus est rex, quem tyrannum, more graeco, appellavit; aut injusti optimates, quorum consensum dixit esse factionem; aut injustus ipse populus, cui nomen usitatum non reperit, nisi ut etiam ipsum tyrannum vocaret: non jam vitiosam, sicut pridie fuerat disputatum; sed, sicut ratio ex illis definitionibus connexa docuisset, omnino nullam esse rempublicam: quoniam non esset res populi, cum tyrannus eam factiove capesseret; nec ipse populus jam populus esset, si esset injustus, quoniam non esset multitudo juris consensu et utilitatis communione sociata, sicut populus fuerat definitus.

3. Quando ergo respublica Romana talis erat, qualem illam describit Sallustius; non jam pessima ac flagitiosissima, sicut ipse ait, sed omnino nulla erat, secundum istam rationem, quam disputatio de republica inter magnos ejus tum principes habita patefecit. Sicut etiam ipse Tullius, non Scipionis, nec cujusquam alterius, sed suo sermone loquens , in principio quinti libri, commemorato prius Ennii poetae versu, quo dixerat, Moribus antiquis res stat Romana virisque. Quem quidem ille versum, inquit, vel brevitate vel veritate tanquam ex oraculo mihi quodam esse effatus videtur. Nam neque viri, nisi ita morata civitas fuisset, neque mores, nisi hi viri praefuissent, aut fundare, aut tam diu tenere potuissent tantam et tam juste lateque imperantem rempublicam. Itaque ante nostram memoriam et mos ipse patrius praestantes viros adhibebat, et veterem morem ac majorum instituta retinebant excellentes viri. Nostra vero aetas cum rempublicam sicut picturam accepisset egregiam, sed evanescentem vetustate, non modo eam coloribus iisdem, quibus fuerat, renovare neglexit; sed ne id quidem curavit, ut formam saltem ejus et extrema tanquam lineamenta servaret.

2. Tratada esta cuestión cuanto pareció suficiente, Escipión vuelve a lo interrumpido, y recuerda y encomienda su breve definición de la república, por la cual había dicho que ella es la «cosa del pueblo» (rem populi) (Libro 1, cap. 25). Pero determina que el pueblo no es toda reunión de multitud, sino la reunión asociada por el consenso del derecho y la comunión de la utilidad. Enseña luego cuánta sea la utilidad de la definición al disputar; y de aquellas definiciones suyas colige que entonces es república, esto es, cosa del pueblo, cuando se gestiona bien y justamente, ya sea por un solo rey, ya por unos pocos optimates, ya por el universo pueblo. Pero cuando es injusto el rey, al que llamó tirano al modo griego; o los optimates injustos, cuyo consenso dijo que era una facción; o injusto el mismo pueblo, para quien no encontró nombre acostumbrado, sino que también llamara a él mismo tirano: ya no es viciosa, como se había disputado el día anterior; sino que, como la razón conectada de aquellas definiciones hubiera enseñado, absolutamente no hay república alguna; ya que no sería cosa del pueblo cuando el tirano o la facción se apoderara de ella; ni el mismo pueblo ya sería pueblo si fuera injusto, ya que no sería multitud asociada por el consenso del derecho y la comunión de la utilidad, según el pueblo había sido definido.

3. Por tanto, cuando la república romana era tal cual la describe Salustio, ya no era «la peor y la más flagitiosa», como él mismo dice, sino que no era absolutamente nada, según esa razón que la disputa sobre la república mantenida entre sus grandes próceres de entonces puso de manifiesto. Como también el mismo Tulio, hablando en su propio discurso —no en el de Escipión ni en el de ningún otro—, dice al principio del quinto libro, conmemorando antes un verso del poeta Ennio, en el que había dicho: «Sobre las antiguas costumbres y sobre los varones permanece la cosa romana». Cuyo verso por cierto, dice, me parece haber sido proferido como desde un oráculo, ya por su brevedad ya por su verdad. Pues ni los varones, si la ciudad no hubiera tenido tales costumbres, ni las costumbres, si estos varones no hubieran estado al frente, habrían podido fundar o mantener por tanto tiempo tan gran república y que mandaba tan justa y ampliamente. Y así, antes de nuestra memoria, tanto la misma costumbre patria empleaba varones prestantes, como los varones excelentes retenían la antigua costumbre y las instituciones de los mayores. Pero nuestra edad, habiendo recibido la república como una pintura egregia, pero que se desvanece por la antigüedad, no solo descuidó renovarla con los mismos colores con que había sido, sino que ni siquiera cuidó esto, que al menos conservara su forma y sus extremos lineamentos.

Quid enim manet ex antiquis moribus, quibus ille dixit rem stare Romanam, quos ita oblivione obsoletos videmus, ut non modo non colantur, sed etiam ignorentur ? Nam de viris quid dicam? Mores enim ipsi interierunt virorum penuria, cujus tanti mali non modo reddenda ratio nobis, sed etiam tanquam reis capitis quodammodo dicenda causa est. Nostris enim vitiis, non casu aliquo, rempublicam verbo retinemus; reipsa vero jam pridem amisimus.

4. Haec Cicero fatebatur longe quidem post mortem Africani quem in suis libris fecit de republica disputare, adhuc tamen ante adventum Christi : quae si diffamata et praevalescente religione christiana sentirentur atque dicerentur, quis non istorum ea Christianis imputanda esse censeret? Quamobrem cur non curarunt dii eorum, ne tunc periret atque amitteretur illa respublica, quam Cicero longe antequam Christus in carne venisset, tam lugubriter deplorat amissam? Viderint laudatores ejus, etiam illis antiquis viris et moribus qualis fuerit, utrum in ea viguerit vera justitia; an forte nec tunc fuerit viva moribus, sed picta coloribus. Quod et ipse Cicero nesciens, cum eam praeferret, expressit. Sed alias, si Deus voluerit, hoc videbimus. Enitar enim suo loco, ut ostendam secundum definitiones ipsius Ciceronis, quibus quid sit respublica, et quid sit populus, loquente Scipione, breviter posuit (attestantibus etiam multis, sive ipsius, sive eorum, quos loqui fecit in eadem disputatione, sententiis), nunquam illam fuisse rempublicam, quia nunquam in ea fuit vera justitia . Secundum probabiliores autem definitiones, pro suo modo quodam respublica fuit: et melius ab antiquioribus Romanis, quam a posterioribus administrata est. Vera autem justitia non est, nisi in ea republica, cujus conditor rectorque Christus est; si et ipsam rempublicam placet dicere, quoniam eam rem populi esse negare non possumus. Si autem hoc nomen, quod alibi aliterque vulgatum est, ab usu nostrae locutionis est forte remotius; in ea certe civitate est vera justitia, de qua Scriptura sancta dicit, Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei (Psal. LXXXVI, 3).

Caput XXII.

Quod diis Romanorum nulla unquam cura fuerit, ne malis moribus respublica deperiret.

1. Sed quod pertinet ad praesentem quaestionem, quamlibet laudabilem dicant istam fuisse vel esse rempublicam, secundum eorum auctores doctissimos jam longe ante Christi adventum pessima ac flagitiosissima facta erat: imo vero nulla erat, atque omnino perierat perditissimis moribus.

¿Qué queda de las antiguas costumbres, sobre las cuales él dijo que permanecía la cosa romana, las cuales vemos tan obsoletas por el olvido que no solo no se cultivan, sino que incluso se ignoran? Pues ¿qué diré de los varones? Pues las costumbres mismas perecieron por la penuria de varones, de cuyo mal tan grande no solo hemos de rendir cuenta nosotros, sino que incluso se ha de defender la causa en cierto modo como reos de muerte. Pues por nuestros vicios, y no por algún caso fortuito, retenemos la república de palabra; pero en realidad ya hace tiempo que la perdimos.

Estas cosas confesaba Cicerón mucho tiempo después de la muerte del Africano, a quien en sus libros hizo disputar sobre la república, todavía sin embargo antes del advenimiento de Cristo; las cuales cosas, si se sintieran y se dijeran cuando ya la religión cristiana está difundida y prevalece, ¿quién de aquellos no juzgaría que debían imputarse a los cristianos? Por lo cual, ¿por qué no cuidaron sus dioses que no pereciera entonces y se perdiera aquella república que Cicerón, mucho antes de que Cristo viniera en la carne, deplora tan lúgubremente como perdida? Vean sus alabadores qué tal fue ella incluso con aquellos antiguos varones y costumbres, si en ella floreció la verdadera justicia; o tal vez ni entonces estuvo viva en las costumbres, sino pintada con colores. Lo cual el mismo Cicerón, sin saberlo, expresó cuando la prefería. Pero en otro lugar, si Dios quiere, veremos esto. Pues me esforzaré en su lugar por mostrar, según las definiciones del mismo Cicerón por las cuales puso brevemente qué sea la república y qué sea el pueblo hablando Escipión (atestiguándolo también muchas sentencias, ya sea de él mismo o de aquellos a quienes hizo hablar en la misma disputa), que aquella nunca fue república, porque nunca hubo en ella verdadera justicia. Según definiciones más probables, sin embargo, fue república a su cierto modo; y fue mejor administrada por los antiguos romanos que por los posteriores. Pero la verdadera justicia no existe sino en aquella república cuyo fundador y rector es Cristo; si es que place llamar también a ella república, ya que no podemos negar que sea cosa del pueblo. Pero si este nombre, que en otro lugar y de otro modo se ha divulgado, está tal vez más remoto del uso de nuestra locución; ciertamente en aquella ciudad hay verdadera justicia, de la cual la sagrada Escritura dice: «Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios» (Salmo LXXXVI, 3).

Capítulo XXII.

Que los dioses de los romanos nunca tuvieron cuidado alguno de que la república no pereciera por las malas costumbres.

1. Pero por lo que pertenece a la presente cuestión, por muy laudable que digan que fue o es aquella república, según sus autores más doctos ya mucho antes del advenimiento de Cristo se había hecho la peor y la más flagitiosa; más aún, no era nada, y había perecido del todo por las costumbres más perdidas.

Ut ergo non periret, dii custodes ejus populo cultori suo dare praecipuae vitae ac morum praecepta debuerunt, a quo tot templis, tot sacerdotibus et sacrificiorum generibus, tam multiplicibus variisque sacris, tot festis solemnitatibus, tot tantorumque ludorum celebritatibus colebantur: ubi nihil daemones nisi negotium suum egerunt, non curantes quemadmodum illi viverent, imo curantes ut etiam perdite viverent, dum tamen honori suo illa omnia metu subditi ministrarent. Aut si dederunt, proferatur, ostendatur, legatur, quas deorum leges illi civitati datas contempserint Gracchi , ut seditionibus cuncta turbarent; quas Marius , et Cinna , et Carbo , ut in bella etiam progrederentur civilia, causis iniquissimis suscepta, et crudeliter gesta crudeliusque finita; quas denique Sylla ipse , cujus vitam, mores, facta, describente Sallustio aliisque historiae scriptoribus, quis non exhorreat? Quis illam rempublicam non tunc perisse fateatur?

2. An forte propter hujuscemodi civium mores Virgilianam illam sententiam, sicut solent, pro defensione suorum deorum opponere audebunt, Discessere omnes adytis arisque relictis Dî, quibus imperium hoc steterat? (Aeneid. lib. 2, vers. 351, 352.) Primum si ita est, non habent cur querantur de religione christiana, quod hac offensi eos dii sui deseruerint: quoniam quidem majores eorum jam pridem moribus suis ab Urbis altaribus tam multos ac minutos deos, tanquam muscas abegerunt. Sed tamen haec numinum turba ubi erat, cum longe antequam mores corrumperentui antiqui, a Gallis Roma capta et incensa est? an praesentes forte dormiebant? Tunc enim tota Urbe in hostium potestatem redacta, solus collis Capitolinus remanserat; qui etiam ipse caperetur, nisi saltem anseres diis dormientibus vigilarent . Unde pene in superstitionem Aegyptiorum bestias avesque colentium Roma deciderat, cum anseri solemnia celebrabant. Verum de his adventitiis, et corporis potius quam animi malis, quae vel ab hostibus vel alia clade accidunt, nondum interim disputo: nunc ago de labe morum, quibus primum paulatim decoloratis, deinde torrentis modo praecipitatis, tanta, quamvis integris tectis moenibusque, facta est ruina reipublicae, ut magni auctores eorum eam tunc amissam non dubitent dicere. Recte autem abscesserant, ut amitteretur, omnes adytis arisque relictis dii, si eorum de bona vita atque justitia civitas praecepta contempserat. Nunc vero quales, quaeso, dii fuerunt, si noluerunt cum populo cultore suo vivere, quem male viventem non docuerant bene vivere?

Para que, pues, no pereciera, los dioses sus custodios debieron dar al pueblo su cultivador preceptos de vida y de costumbres excelentes, por quien eran cultivados con tantos templos, tantos sacerdotes y géneros de sacrificios, con ritos sagrados tan múltiples y variados, con tantas solemnidades festivas, con las celebraciones de tantos y tan grandes juegos; donde los demonios no hicieron nada sino tratar su propio negocio, no cuidando de cómo vivieran aquellos, sino más bien cuidando de que vivieran incluso perdidamente, con tal que, súbditos por el miedo, administraran todas aquellas cosas para su honor. O si los dieron, que se profiera, se muestre, se lea qué leyes de los dioses dadas a aquella ciudad despreciaron los Gracos para perturbarlo todo con sediciones; qué leyes Mario, y Cinna, y Carbón, para que progresaran incluso hacia guerras civiles, emprendidas por causas injustísimas, y gestionadas cruelmente y terminadas más cruelmente; qué leyes, en fin, el mismo Sila, cuya vida, costumbres y hechos, describiéndolos Salustio y otros escritores de la historia, ¿quién no aborrecería? ¿Quién no confesaría que la república había perecido entonces?

2. ¿O tal vez por causa de las costumbres de tales ciudadanos se atreverán a oponer, como suelen, para defensa de sus dioses, aquella sentencia virgiliana: «Se marcharon todos los dioses, abandonados los santuarios y las aras, por quienes este imperio había permanecido» (Eneida, lib. 2, vv. 351, 352)? Primero, si es así, no tienen por qué quejarse de la religión cristiana de que, ofendidos por ella, sus dioses los hayan desamparado; ya que por cierto sus mayores hace ya mucho tiempo que con sus costumbres ahuyentaron de las aras de la Ciudad a tantos y tan menudos dioses, como a moscas. Pero, sin embargo, ¿dónde estaba esta turba de numina cuando, mucho antes de que se corrompieran las antiguas costumbres, Roma fue tomada e incendiada por los galos? ¿Acaso estando presentes dormían? Pues entonces, reducida toda la Ciudad al poder de los enemigos, solo había quedado la colina del Capitolio; la cual también ella misma sería tomada si al menos los gansos no vigilaran mientras los dioses dormían. Por lo cual casi en la superstición de los egipcios que cultivan bestias y aves había caído Roma, cuando celebraban solemnidades al ganso. Pero de estos males adventicios, y del cuerpo más que del ánimo, que suceden ya sea por los enemigos o por otra calamidad, todavía no disputo por el momento; ahora trato de la mancha de las costumbres por las que, primero decoloradas paulatinamente, luego precipitadas a modo de torrente, se hizo tan gran ruina de la república, aunque estuvieran íntegros los techos y las murallas, que sus grandes autores no dudan en decir que entonces se perdió. Con razón se habían marchado para que se perdiera, «abandonados todos los santuarios y las aras los dioses», si la ciudad había despreciado sus preceptos sobre la buena vida y la justicia. Pero ahora, pregunto, ¿qué tales dioses fueron si no quisieron vivir con su pueblo cultivador, a quien, viviendo mal, no habían enseñado a vivir bien?

Caput XXIII.

Varietates rerum temporalium, non ex favore aut impugnatione daemonum, sed ex veri Dei pendere judicio.

1. Quid, quod etiam videntur eorum adfuisse cupiditatibus implendis, et ostenduntur non praefuisse refrenandis? Qui enim Marium, novum hominem et ignobilem, cruentissimum auctorem bellorum civilium atque gestorem, ut septies consul fieret adjuverunt, atque ut in septimo suo consulatu moreretur senex, nec in manus Syllae futuri mox victoris irrueret ? Si enim ad haec eum dii eorum non juverunt, non parum est quod fatentur etiam non propitiis diis suis posse accidere homini istam temporalem, quam nimis diligunt, tantam felicitatem; et posse homines, sicut fuit Marius, salute, viribus, opibus, honoribus, dignitate, longaevitate cumulari et perfrui, diis iratis: posse etiam homines, sicut fuit Regulus, captivitate, servitute, inopia, vigiliis, doloribus excruciari et emori, diis amicis. Quod si ita esse concedunt, compendio, nihil eos prodesse, et coli superfluo, confitentur. Nam si virtutibus animi et probitati vitae, cujus praemia post mortem speranda sunt, magis contraria ut populus disceret institerunt; si nihil etiam in his transeuntibus et temporalibus bonis, vel eis quos oderunt nocent, vel eis quos diligunt prosunt: utquid coluntur? utquid tanto studio colendi requiruntur? Cur laboriosis tristibusque temporibus, tanquam offensi abscesserint, murmuratur; et propter eos christiana religio conviciis indignissimis laeditur? Si autem habent in his rebus, vel beneficii, vel maleficii potestatem; cur in eis adfuerunt pessimo viro Mario, et optimo Regulo defuerunt? An ex hoc ipsi intelliguntur injustissimi et pessimi? Quod si propterea magis timendi et colendi putantur, neque hoc putentur: neque enim minus eos invenitur Regulus coluisse, quam Marius. Nec ideo vita pessima eligenda videatur, quia magis Mario quam Regulo dii favisse existimantur. Metellus enim, Romanorum laudatissimus, qui habuit quinque filios consulares , etiam rerum temporalium felix fuit; et Catilina pessimus, oppressus inopia et in bello sui sceleris prostratus infelix: et verissima atque certissima felicitate praepollent boni Deum colentes, a quo solo conferri potest.

Capítulo XXIII.

Que las variedades de las cosas temporales dependen no del favor o de la impugnación de los demonios, sino del juicio del verdadero Dios.

1. ¿Qué decir de que incluso parecen haber asistido para cumplir sus codicias, y se muestra que no presidieron para refrenarlas? Pues ¿quiénes ayudaron a Mario —hombre nuevo e innoble, crudelísimo autor y gestor de las guerras civiles— para que fuera cónsul siete veces, y para que muriera anciano en su séptimo consulado, ni cayera en manos de Sila, futuro vencedor pronto? Pues si sus dioses no lo ayudaron en esto, no es poco lo que confiesan: que incluso sin sus dioses propicios puede sucederle al hombre esa felicidad temporal, que tanto aman; y que los hombres, como fue Mario, pueden ser colmados y disfrutar de salud, fuerzas, riquezas, honores, dignidad, longevidad, estando los dioses airados; y que pueden también los hombres, como fue Régulo, ser atormentados y morir en cautividad, servidumbre, penuria, vigilias, dolores, siendo los dioses amigos. Si conceden que esto es así, confiesan en resumen que ellos no aprovechan nada y que se los cultiva superfluamente. Pues si insistieron en que el pueblo aprendiera cosas más bien contrarias a las virtudes del ánimo y a la probidad de la vida, cuyos premios han de esperarse después de la muerte; si nada aprovechan tampoco en estos bienes transitorios y temporales, ni dañan a los que odian ni aprovechan a los que aman: ¿para qué se los cultiva? ¿Para qué se los busca con tanto afán de cultivar? ¿Por qué en los tiempos laboriosos y tristes se murmura, como si se hubieran marchado ofendidos; y por causa de ellos la religión cristiana es herida con vituperios indignísimos? Pero si tienen en estas cosas potestad ya sea de beneficio ya de maleficio, ¿por qué asistieron en ellas al pésimo varón Mario, y faltaron al óptimo Régulo? ¿Acaso por esto se entiende que ellos mismos son injustísimos y pésimos? Que si por eso se piensa que deben ser más temidos y cultivados, ni siquiera se piense esto: pues no se encuentra que Régulo los haya cultivado menos que Mario. Ni por eso debe parecer que se ha de elegir la vida pésima, porque se estime que los dioses favorecieron más a Mario que a Régulo. Pues Metelo, el más alabado de los romanos, que tuvo cinco hijos consulares, fue también feliz en las cosas temporales; y Catilina, pésimo, oprimido por la penuria y postrado en la guerra de su propio crimen, fue infeliz; y en la verísima y certísima felicidad sobresalen los buenos que cultivan a Dios, por quien solo puede ser conferida.

2. Illa igitur respublica malis moribus cum periret, nihil dii eorum pro dirigendis vel pro corrigendis egerunt moribus, ne periret, imo depravandis et corrumpendis addiderunt moribus, ut periret. Nec se bonos fingant, quod velut offensi civium iniquitate discesserint. Prorsus ibi erant; produntur, convincuntur: nec subvenire praecipiendo, nec latere tacendo potuerunt. Omitto quod Marius a miserantibus Minturnensibus Maricae deae in luco ejus commendatus est, ut ei omnia prosperaret ; et ex summa desperatione reversus incolumis, in Urbem duxit crudelem crudelis exercitum: ubi quam cruenta, quam incivilis, hostilique immanior ejus victoria fuerit; eos qui scripserunt, legant qui volunt . Sed hoc, ut dixi, omitto: nec Maricae nescio cui tribuo Marii sanguineam felicitatem, sed occultae potius providentiae Dei ad istorum ora claudenda, eosque ab errore liberandos qui non studiis agunt, sed haec prudenter advertunt. Quia et si aliquid in his rebus daemones possunt, tantum possunt, quantum secreto Omnipotentis arbitrio permittuntur; ne magnipendamus terrenam felicitatem, quae, sicut Mario, malis etiam plerumque conceditur; nec eam rursus quasi malam arbitremur, cum ea multos etiam pios et bonos unius Dei veri cultores, invitis daemonibus praepolluisse videamus; nec eosdem immundissimos spiritus vel propter haec ipsa bona malave terrena propitiandos aut timendos existimemus. Quia sicut ipsi mali homines in terra, sic etiam illi non omnia quae volunt facere possunt, nisi quantum illius ordinatione sinuntur , cujus plene judicia nemo comprehendit, juste nemo reprehendit.

Caput XXIV.

De Syllanis actibus, quorum se daemones ostentaverunt adjutores.

1. Sylla certe ipse, cujus tempora talia fuerunt, ut superiora, quorum vindex esse videbatur illorum comparatione quaererentur, cum primum ad Urbem contra Marium castra movisset, adeo laeta exta immolanti fuisse scribit Livius, ut custodiri se Postumius aruspex voluerit capitis supplicium subiturus, nisi ea quae in animo Sylla haberet, diis juvantibus implevisset. Ecce non discesserant adytis arisque relictis dii, quando de rerum eventu praedicebant, nihilque de ipsius Syllae correctione curabant. Promittebant praesagiendo felicitatem magnam, nec malam cupiditatem minando frangebant.

2. Aquella república, pues, cuando perecía por las malas costumbres, nada hicieron sus dioses para dirigir o corregir las costumbres, para que no pereciera; más bien añadieron a depravar y corromper las costumbres para que pereciera. Ni se finjan buenos porque se marcharon como ofendidos por la iniquidad de los ciudadanos. Claramente estaban allí; son delatados, son convictos: ni pudieron subvenir preceptuando, ni ocultarse callando. Omito que Mario fue encomendado por los compasivos minturnenses a la diosa Marica en su bosque, para que le prosperara todo; y vuelto incólume de la suma desesperación, condujo a la Ciudad un ejército cruel siendo él cruel; donde cuán cruenta, cuán incivil, y más monstruosa que una victoria hostil fuera su victoria, léanlo quienes quieran en los que lo escribieron. Pero esto, como dije, lo omito; ni atribuyo a no sé qué Marica la felicidad sanguinaria de Mario, sino más bien a la oculta providencia de Dios para cerrar la boca de estos, y para librar del error a aquellos que no actúan por afán, sino que advierten estas cosas prudentemente. Porque aunque algo puedan los demonios en estas cosas, solo pueden tanto cuanto se les permite por el secreto arbitrio del Omnipotente; para que no valoremos en mucho la felicidad terrena, la cual, como a Mario, también se concede frecuentemente a los malos; ni de nuevo la juzguemos como mala, cuando vemos que en ella han sobresalido muchos incluso piadosos y buenos cultivadores del único Dios verdadero, a pesar de los demonios; ni estimemos que esos mismos espíritus inmundísimos deben ser aplacados o temidos por causa de estos mismos bienes o males terrenos. Porque así como los mismos hombres malos en la tierra, así también aquellos no pueden hacer todo lo que quieren, sino cuanto se les permite por la ordenación de aquel cuyos juicios nadie comprende plenamente, y nadie reprende justamente.

Capítulo XXIV.

De los actos de Sila, de los cuales los demonios se mostraron ayudadores.

1. Ciertamente el mismo Sila, cuyos tiempos fueron tales que los anteriores, de los cuales parecía ser vengador, eran buscados en comparación con ellos, cuando primero movió su campamento contra la Ciudad contra Mario, escribe Livio que las entrañas le fueron tan alegres al inmolar, que Postumio el arúspice quiso ser custodiado para sufrir la pena capital, si no cumplía Sila con ayuda de los dioses aquello que tenía en el ánimo. He aquí que los dioses no se habían marchado dejando los santuarios y los altares, cuando predecían el suceso de las cosas, y nada se cuidaban de la corrección del mismo Sila. Prometían por presagio una gran felicidad, ni quebrantaban la mala codicia con amenazas.

Deinde cum esset in Asia bellum Mithridaticum gerens, per Lucium Titium ei mandatum est a Jove, quod esset Mithridatem superaturus: et factum est. Ac postea molienti redire in Urbem, et suas amicorumque injurias civili sanguine ulcisci, iterum mandatum est ab eodem Jove per militem quemdam legionis sextae, prius se de Mithridate praenuntiasse victoriam, et tunc promittere daturum se potestatem, qua recuperaret ab inimicis rempublicam non sine multo sanguine. Tunc percontatus Sylla, quae forma militi visa fuerit; cum ille indicasset, eam recordatus est quam prius ab illo audierat, qui de Mithridatica victoria ab eodem mandata pertulerat. Quid hic responderi potest, quare dii curaverint velut felicia ista nuntiare, et nullus eorum curaverit Syllam monendo corrigere, mala tanta facturum scelestis armis civilibus, qualia non foedarent, sed auferrent omnino rempublicam? Nempe intelliguntur daemones, sicut saepe dixi, notumque nobis est in Litteris sacris, resque ipsae satis indicant, negotium suum agere, ut pro diis habeantur et colantur, et ea illis exhibeantur, quibus ii qui exhibent sociati, unam pessimam causam cum eis habeant in judicio Dei.

2. Deinde cum venisset Tarentum Sylla, atque ibi sacrificasset, vidit in capite vitulini jecoris similitudinem coronae aureae. Tunc Postumius aruspex ille respondit, praeclaram ei significare victoriam, jussitque ut extis illis solus vesceretur. Postea parvo intervallo servus cujusdam Lucii Pontii vaticinando clamavit: A Bellona nuntius venio; victoria tua est, Sylla. Deinde adjecit, arsurum esse Capitolium. Hoc cum dixisset, continuo egressus e castris, postera die concitatior reversus est, et Capitolium arsisse clamavit. Arserat autem revera Capitolium. Quod quidem daemoni et praevidere facile fuit, et celerrime nuntiare. Illud sane intende, quod ad causam maxime pertinet, sub qualibus diis esse cupiant qui blasphemant Salvatorem voluntates fidelium a dominatu daemonum liberantem. Clamavit homo vaticinando, Victoria tua est, Sylla; atque ut id divino spiritu clamare crederetur, nuntiavit etiam aliquid et prope futurum et mox factum, unde longe aberat per quem ille spiritus loquebatur: non tamen clamavit, Ab sceleribus parce, Sylla; quae illic victor tam horrenda commisit, cui corona aurea ipsius victoriae illustrissimum signum in vitulino jecore apparuit. Qualia signa si dii justi dare solerent, ac non daemones impii, profecto illis extis nefaria potius atque ipsi Syllae graviter noxia mala futura monstrarent.

Luego, cuando estaba en Asia haciendo la guerra mitridática, se le mandó por Júpiter a través de Lucio Ticio que vencería a Mitrídates; y se hizo. Y después, intentando volver a la Ciudad y vengar sus injurias y las de sus amigos con sangre civil, de nuevo se le mandó por el mismo Júpiter a través de cierto soldado de la legión sexta, que antes le había prenunciado la victoria sobre Mitrídates, y entonces prometía que le daría potestad con la que recuperaría de sus enemigos la república, no sin mucha sangre. Entonces Sila, preguntado qué forma se le había aparecido al soldado, habiéndola indicado él, recordó aquella que antes había oído de aquel que había traído los mandatos de parte del mismo sobre la victoria mitridática. ¿Qué puede responderse aquí, por qué los dioses se cuidaron de anunciar estas cosas como felices, y ninguno de ellos se cuidó de corregir a Sila amonestándolo, cuando iba a hacer males tan grandes con las criminales armas civiles, tales que no mancharían, sino que quitarían del todo la república? Por cierto se entiende que los demonios, como a menudo he dicho, y nos es conocido en las Letras Sagradas, y las cosas mismas indican bastante, hacen su propio negocio, para ser tenidos por dioses y ser cultivados, y que se les exhiban aquellas cosas por las cuales los que las exhiben, asociados a ellos, tengan una misma causa pésima con ellos en el juicio de Dios.

2. Después, cuando Sila llegó a Tarento y sacrificó allí, vio en la cabeza de un hígado de ternero la semejanza de una corona de oro. Entonces aquel arúspice Postumio respondió que le significaba una preclara victoria, y mandó que él solo comiera aquellas entrañas. Después, por un pequeño intervalo, un siervo de cierto Lucio Poncio gritó vaticinando: Vengo como mensajero de Belona; la victoria es tuya, Sila. Luego añadió que ardería el Capitolio. Habiendo dicho esto, saliendo inmediatamente del campamento, volvió al día siguiente más excitado y gritó que el Capitolio había ardido. Pues en verdad había ardido el Capitolio. Lo cual ciertamente para un demonio fue fácil tanto prever como anunciar muy rápidamente. Atiende bien a aquello que más pertenece a la causa, bajo qué clase de dioses desean estar los que blasfeman del Salvador que libra las voluntades de los fieles del dominio de los demonios. Gritó el hombre vaticinando: La victoria es tuya, Sila; y para que se creyera que gritaba aquello por espíritu divino, anunció también algo tanto próximo a suceder como pronto hecho, de donde estaba lejos aquel por quien hablaba aquel espíritu; sin embargo no gritó: Abstente de los crímenes, Sila; los cuales el vencedor cometió allí tan horrendamente, a quien la corona de oro, signo ilustrísimo de su misma victoria, apareció en el hígado del ternero. Si los dioses justos solieran dar tales signos, y no los demonios impíos, por cierto mostrarían en aquellas entrañas los males futuros nefandos y gravemente nocivos para el mismo Sila.

Neque enim ejus dignitati tantum profuit illa victoria, quantum nocuit cupiditati; qua factum est ut immoderatis inhians, et secundis rebus elatus ac praecipitatus, magis ipse periret in moribus, quam inimicos in corporibus perderet. Haec illi dii vere tristia vereque lugenda, non extis, non auguriis, non cujusquam somnio vel vaticinio praenuntiabant. Magis enim timebant ne corrigeretur, quam ne vinceretur. Imo satis agebant, ut victor civium gloriosus, victus atque captivus nefandis vitiis, et per haec ipsis etiam daemonibus multo obstrictius subderetur.

Caput XXV.

Quantum maligni spiritus ad flagitia incitent homines, cum in committendis sceleribus quasi divinam exempli sui interponunt auctoritatem.

1. Illinc vero quis non intelligat, quis non videat, nisi qui tales deos imitari magis elegit, quam divina gratia ab eorum societate separari, quantum moliantur maligni isti spiritus exemplo suo velut divinam auctoritatem praebere sceleribus, quod etiam in quadam Campaniae lata planitie, ubi non multo post civiles acies nefario praelio conflixerunt, ipsi inter se prius pugnare visi sunt ? Namque ibi auditi sunt primum ingentes fragores: moxque multi se vidisse nuntiarunt per aliquot dies duas acies praeliari. Quae pugna ubi destitit, vestigia quoque velut hominum et equorum, quanta de illa conflictatione exprimi poterant, invenerunt. Si ergo veraciter inter se numina pugnaverunt, jam bella civilia excusantur humana ; consideretur tamen quae sit talium deorum vel malitia, vel miseria: si autem se pugnasse finxerunt, quid aliud egerunt, nisi ut sibi Romani bellando civiliter, tanquam deorum exemplo nullum nefas admittere viderentur? Jam enim coeperant bella civilia, et aliquot nefandorum praeliorum strages exsecranda praecesserat: jam multos moverat quod miles quidam, dum occiso spolia detraheret, fratrem nudato cadavere agnovit, ac detestatus bella civilia, se ipsum ibi perimens fraterno corpori adjunxit . Ut ergo tanti hujus mali minime taederet, sed armorum scelestorum magis magisque ardor incresceret, noxii daemones , quos illi deos putantes colendos et venerandos arbitrabantur, inter se pugnantes hominibus apparere voluerunt; ne imitari tales pugnas civica trepidaret affectio, sed potius humanum scelus divino excusaretur exemplo.

Pues ni a su dignidad aprovechó tanto aquella victoria, cuanto dañó a su codicia; por la cual se hizo que, anhelando cosas inmoderadas, y elado y precipitado por la prosperidad, pereciera más él mismo en las costumbres que perdiera a sus enemigos en los cuerpos. Estas cosas verdaderamente tristes y verdaderamente lamentables, aquellos dioses no las prenunciaban, ni por entrañas, ni por augurios, ni por sueño o vaticinio de nadie. Pues temían más que fuera corregido que que fuera vencido. Más bien, se ocupaban bastante de que el glorioso vencedor de ciudadanos, vencido y cautivo por vicios nefandos, y por estos quedara mucho más estrechamente sometido a los mismos demonios.

Capítulo XXV.

Cuánto incitan los espíritus malignos a los hombres a las maldades, cuando al cometer crímenes interponen como una autoridad divina de su propio ejemplo.

1. De allí, pues, ¿quién no entenderá, quién no verá, sino aquel que eligió más bien imitar a tales dioses que ser separado de su sociedad por la gracia divina, cuánto se esfuerzan esos espíritus malignos en ofrecer con su ejemplo como una autoridad divina a los crímenes, puesto que incluso en cierta ancha llanura de Campania, donde no mucho después las líneas civiles chocaron en nefario combate, ellos mismos fueron vistos antes pelear entre sí? Pues allí se oyeron primero grandes estrépitos: y pronto muchos anunciaron haber visto durante algunos días a dos líneas de batalla pelear. Donde cesó aquella lucha, encontraron también huellas como de hombres y caballos, cuantas pudieron expresarse de aquel conflicto. Si, pues, verdaderamente los númenes pelearon entre sí, ya se excusan las guerras civiles humanas; considérese, sin embargo, cuál sea o la malicia o la miseria de tales dioses: pero si fingieron que habían peleado, ¿qué otra cosa hicieron sino que los romanos, al pelear civilmente, parecieran no admitir ninguna maldad, como siguiendo el ejemplo de los dioses? Pues ya habían comenzado las guerras civiles, y la execrable matanza de algunos nefarios combates había precedido: ya había conmovido a muchos el que cierto soldado, mientras quitaba los despojos al muerto, reconoció a su hermano por el cadáver desnudo, y detestando las guerras civiles, dándose muerte allí mismo se unió al cuerpo fraterno. Para que, pues, de ningún modo hastiara este mal tan grande, sino que el ardor de las armas criminales creciera más y más, los nocivos demonios, a quienes ellos, pensando que eran dioses, estimaban que debían ser cultivados y venerados, quisieron aparecer ante los hombres peleando entre sí; para que el afecto ciudadano no temiera imitar tales luchas, sino que más bien el crimen humano se excusara con el ejemplo divino.

Hac astutia maligni spiritus etiam ludos, unde multa jam dixi, scenicos sibi dicari sacrarique jusserunt: ubi deorum tanta flagitia theatricis canticis atque fabularum actionibus celebrata, et quisquis eos talia fecisse crederet, et quisquis non crederet, sed tamen illos libentissime sibi talia velle exhiberi cerneret, securus imitaretur. Ne quis itaque existimaret in deos convicia potius, quam eis dignum aliquid scriptitasse, ubicumque illos inter se pugnasse poetae commemorarunt; ipsi ad decipiendos homines poetarum carmina firmaverunt, pugnas videlicet suas non solum per scenicos in theatro, verum etiam per se ipsos in campo humanis oculis exhibentes.

2. Haec dicere compulsi sumus, quoniam pessimis moribus civium Romanam rempublicam jam antea perditam fuisse, nullamque remansisse ante adventum Domini nostri Jesu Christi, auctores eorum dicere et scribere minime dubitarunt. Quam perditionem diis suis non imputant, qui mala transitoria, quibus boni, seu vivant, seu moriantur, perire non possunt, Christo nostro imputant: cum Christus noster tanta frequentet pro moribus optimis praecepta contra perditos mores; dii vero ipsorum nullis talibus praeceptis egerint aliquid cum suo cultore populo, pro illa republica, ne periret; imo eosdem mores velut suis exemplis auctoritate noxia corrumpendo, egerunt potius ut periret. Quam non ideo tunc periisse quisquam, ut arbitror, jam dicere audebit, quia Discessere omnes adytis arisque relictis Di, velut amici virtutibus, cum vitiis hominum offenderentur; quia tot signis extorum, auguriorum, vaticiniorum quibus se tanquam praescios futurorum adjutoresque praeliorum jactare et commendare gestiebant, convincuntur fuisse praesentes: qui si vere abscessissent, mitius Romani in bella civilia suis cupiditatibus quam illorum instigationibus exarsissent.

Caput XXVI.

De secretis daemonum monitis, quae pertinebant ad bonos mores, cum palam in sacris eorum omnis nequitia disceretur.

1. Quae cum ita sint, cum palam aperteque turpitudines crudelitatibus mixtae, opprobria numinum et crimina, sive prodita, sive conficta, ipsis exposcentibus, et nisi fieret irascentibus, etiam certis et statis solemnitatibus consecrata illis et dedicata clarueriint, atque ad omnium oculos, ut imitanda proponerentur, spectanda processerint:

Con esta astucia los espíritus malignos mandaron también que se les dedicaran y consaran los juegos escénicos, de los cuales ya he dicho muchas cosas: donde se celebraban tantas maldades de los dioses con cantos teatrales y acciones de fábulas, para que quienquiera que creyera que ellos habían hecho tales cosas, y quienquiera que no lo creyera, pero viera sin embargo que ellos querían muy de buena gana que se les exhibieran tales cosas, las imitara con seguridad. Para que nadie, pues, pensara que se habían escrito injurias a los dioses más bien que algo digno de ellos, dondequiera que los poetas conmemoraron que ellos habían peleado entre sí; ellos mismos, para engañar a los hombres, confirmaron los cantos de los poetas, exhibiendo sus propias luchas a los ojos humanos no solo a través de los actores escénicos en el teatro, sino también por sí mismos en el campo.

2. Nos hemos visto obligados a decir estas cosas, puesto que sus mismos autores no dudaron lo más mínimo en decir y escribir que la república romana ya antes había perecido por las pésimas costumbres de los ciudadanos, y que ninguna había quedado antes del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo. Perdición que no imputan a sus dioses, quienes imputan a nuestro Cristo los males transitorios, por los cuales los buenos, ya sea que vivan o mueran, no pueden perecer: cuando nuestro Cristo frecuenta tantos preceptos a favor de las mejores costumbres contra las costumbres perdidas; pero los dioses de ellos con ninguno de tales preceptos hicieron nada con su pueblo cultivador, a favor de aquella república, para que no pereciera; más bien, corrompiendo las mismas costumbres con la autoridad nociva como de sus propios ejemplos, hicieron más bien que pereciera. La cual república nadie, según pienso, se atreverá ya a decir que pereció entonces porque todos los dioses se marcharon dejando los santuarios y los altares, como siendo amigos de las virtudes cuando se ofendían por los vicios de los hombres; porque son convictos de haber estado presentes por tantos signos de entrañas, augurios, vaticinios con los cuales se jactaban y deseaban recomendarse como conocedores de los futuros y ayudadores de las batallas: quienes, si verdaderamente se hubieran marchado, los romanos habrían ardido más levemente en las guerras civiles por sus propias codicias que por las instigaciones de ellos.

Capítulo XXVI.

De las secretas amonestaciones de los demonios, que pertenecían a las buenas costumbres, cuando abiertamente en sus sagrados ritos se aprendía toda maldad.

1. Siendo esto así, cuando pública y abiertamente las torpezas mezcladas con crueldades, los oprobrios y crímenes de los númenes, ya fueran delatados ya fingidos, por exigencia de ellos mismos, y airándose si no se hacía, han brillado como consagradas y dedicadas a ellos incluso en solemnidades ciertas y fijas, y han salido a ser vistas por los ojos de todos para que se propusieran para ser imitadas:

quid est, quod iidem ipsi daemones, qui se hujuscemodi voluptatibus immundos spiritus esse confitentur, qui suis flagitiis et facinoribus, sive indicatis, sive simulatis, eorumque sibi celebratione petita ab impudentibus, extorta a pudentibus, auctores se vitae scelestae immundaeque testantur; perhibentur tamen in adytis suis secretisque penetralibus dare quaedam bona praecepta de moribus, quibusdam velut electis sacratis suis? Quod si ita est, hoc ipso callidior advertenda est et convincenda malitia spirituum noxiorum. Tanta enim vis est probitatis et castitatis, ut omnis vel pene omnis ejus laude moveatur humana natura, nec usque adeo sit turpitudine vitiosa, ut totum amittat sensum honestatis. Proinde malignitas daemonum, nisi alicubi se, quemadmodum scriptum in nostris Litteris novimus, transfiguret in angelos lucis (II Cor. XI, 14), non implet negotium deceptionis. Foris itaque populis celeberrimo strepitu impietas impura circumsonat, et intus paucis castitas simulata vix sonat: praebentur propatula pudendis, et secreta laudandis: decus latet, et dedecus patet: quod malum geritur, omnes convocat spectatores; quod bonum dicitur, vix aliquos invenit auditores: tanquam honesta erubescenda sint, et inhonesta glorianda. Sed ubi hoc, nisi in daemonum templis? ubi, nisi in fallaciae diversoriis ? Illud enim fit, ut honestiores, qui pauci sunt, capiantur; hoc autem, ne plures, qui sunt turpissimi, corrigantur.

2. Ubi et quando sacrati Coelestis audiebant castitatis praecepta, nescimus: ante ipsum tamen delubrum, ubi simulacrum illud locatum conspiciebamus, universi undique confluentes, et ubi quisque poterat stantes, ludos qui agebantur intentissimi spectabamus, intuentes alternante conspectu, hinc meretriciam pompam, illinc virginem deam; illam suppliciter adorari, ante illam turpia celebrari: non ibi pudibundos mimos, nullam verecundiorem scenicam vidimus; cuncta obscenitatis implebantur officia. Sciebatur virginali numini quid placeret, et exhibebatur quod de templo domum matrona doctior reportaret. Nonnullae pudentiores avertebant faciem ab impuris motibus scenicorum, et artem flagitii furtiva intentione discebant. Hominibus namque verecundabantur, ne auderent impudicos gestus ore libero cernere; sed multo minus audebant sacra ejus, quam venerabantur, casto corde damnare. Hoc tamen palam discendum praebebatur in templo, ad quod perpetrandum saltem secretum quaerebatur in domo: mirante nimium (si ullus ibi erat) pudore mortalium, quod humana flagitia non libere homines committerent, quae apud deos etiam religiose discerent, iratos habituri, nisi etiam exhibere curarent.

¿qué es esto de que esos mismos demonios, que se confiesan espíritus inmundos por tales placeres, que por sus maldades y crímenes, ya indicados ya simulados, y por la celebración de los mismos pedida para sí a los impúdicos y extorsionada a los púdicos, se testifican autores de una vida criminal e inmunda; se diga sin embargo que en sus santuarios y secretos penetrales dan algunos buenos preceptos sobre las costumbres a algunos como elegidos consagrados suyos? Que si es así, por esto mismo debe advertirse y ser convicta su malicia más astuta de espíritus nocivos. Pues tanta es la fuerza de la probidad y de la castidad, que toda o casi toda la naturaleza humana se mueve por su alabanza, ni es hasta tal punto viciosa por la torpeza que pierda todo el sentido de la honestidad. Por tanto, la malignidad de los demonios, a no ser que en algún lugar, como sabemos que está escrito en nuestras Letras, se transfigure en ángeles de luz, no cumple el negocio del engaño. Por fuera, pues, para los pueblos, suena la impiedad impura con ruidoso estrépito, y por dentro para pocos, apenas suena la castidad simulada: se ofrecen cosas públicas para lo vergonzoso, y secretas para lo loable: el honor se esconde y el deshonor se manifiesta: lo que se hace mal convoca a todos los espectadores; lo que se dice bien apenas encuentra algunos oyentes: como si las cosas honestas debieran avergonzar, y las deshonestas gloriar. Pero ¿đónde sucede esto sino en los templos de los demonios? ¿đónde sino en los albergues de la falacia? Pues aquello se hace para que los más honestos, que son pocos, sean capturados; esto, en cambio, para que los más, que son torpísimos, no sean corregidos.

2. Dónde y cuándo los consagrados de la diosa Celeste oían los preceptos de castidad, no lo sabemos; sin embargo, ante el mismo delubro donde veíamos colocado aquel simulacro, todos confluyendo de todas partes y de pie donde cada uno podía, mirábamos atentamente los juegos que se representaban, mirando con vista alterna, aquí la pompa de las meretrices, allá a la diosa virgen; que aquella era suplicantemente adorada y ante ella se celebraban cosas torpes: no vimos allí mimos pudibundos, ni ninguna actriz escénica más decorosa; todos los oficios de la obscenidad se cumplían. Se sabía qué agradaría al numen virginal, y se exhibía aquello que la matrona, más instruida, se llevaría del templo a casa. Algunas más púdicas apartaban la cara de los impuros movimientos de los actores, y aprendían el arte de la maldad con furtiva intención. Pues ante los hombres se avergonzaban, para no atreverse a mirar los gestos impúdicos con rostro libre; pero mucho menos se atrevían a condenar con corazón casto los ritos sagrados de aquella a quien veneraban. Esto, sin embargo, se ofrecía para ser aprendido públicamente en el templo, para cuya perpetración al menos se buscaba el secreto en casa: admirándose demasiado (si es que había allí alguna) la vergüenza de los mortales, de que los hombres no cometieran libremente los crímenes humanos que entre los dioses incluso religiosamente aprendían, a quienes tendrían airados si no se cuidaran además de exhibirlos.

Quis enim alius spiritus occulto instinctu nequissimas agitans mentes, et instat faciendis adulteriis, et pascitur factis, nisi qui etiam sacris talibus oblectatur, constituens in templis simulacra daemonum, amans in ludis simulacra vitiorum; susurrans in occulto verba justitiae ad decipiendos etiam paucos bonos, frequentans in aperto invitamenta nequitiae ad possidendos innumerabiles malos?

Caput XXVII.

Quanta eversione publicae disciplinae Romani diis suis placandis sacraverint obscena ludorum.

Vir gravis et philosophaster Tullius aedilis futurus, clamabat in auribus civitatis, inter caetera sui magistratus officia sibi Floram matrem ludorum celebritate placandam : qui ludi tanto devotius, quanto turpius celebrari solent. Dicit alio loco jam consul in extremis periculis civitatis, et ludos per decem dies factos, neque rem ullam quae ad placandos deos pertineret, praetermissam : quasi non satius erat tales deos irritare temperantia, quam placare luxuria; et eos honestate etiam ad inimicitias provocare, quam tanta deformitate lenire. Neque enim gravius fuerant quamlibet crudelissima immanitate nocituri homines, propter quos placabantur, quam nocebant ipsi, cum vitiositate foedissima placarentur: quandoquidem ut averteretur quod metuebatur ab hoste in corporibus, eo modo dii conciliabantur, quo virtus debellaretur in mentibus; qui non opponerentur defensores oppugnatoribus moenium, nisi prius fierent expugnatores morum bonorum. Hanc talium numinum placationem petulantissimam, impurissimam, impudentissimam, nequissimam, immundissimam, cujus actores laudanda Romanae virtutis indoles honore privavit, tribu movit, agnovit turpes, fecit infames; hanc, inquam, pudendam, veraeque religioni aversandam et detestandam talium numinum placationem, has fabulas in deos illecebrosas atque criminosas, haec ignominiosa deorum facta vel scelerate tupiterque commissa , vel sceleratius turpiusque conficta, oculis et auribus publicis civitas tota discebat: haec commissa numinibus placere cernebat; et ideo non solum illis exhibenda, sed sibi quoque imitanda credebat: non illud nescio quid velut bonum et honestum, quod tam paucis et tam occulte dicebatur (si tamen dicebatur), ut magis ne innotesceret, quam ne non fieret, timeretur.

Caput XXVIII.

De Christianae religionis salubritate.

Pues ¿qué otro espíritu, agitando las mentes nequísimas con oculto instinto, e insta para que se cometan adulterios, y se alimenta de ellos una vez hechos, sino el que también se deleita con tales ritos sagrados, constituyendo en los templos los simulacros de los demonios, amando en los juegos los simulacros de los vicios; susurrando en lo oculto palabras de justicia para engañar incluso a unos pocos buenos, frecuentando en lo abierto las invitaciones a la maldad para poseer a innumerables malos?

Capítulo XXVII.

Con cuánta eversión de la disciplina pública consagraron los romanos las obscenidades de los juegos para aplacar a sus dioses.

Varón grave y como filósofo, Tulio, siendo futuro edil, clamaba a los oídos de la ciudad que, entre los demás oficios de su magistratura, debía aplacar a la madre Flora con la celebridad de los juegos: los cuales juegos suelen celebrarse tanto más devotamente cuanto más torpemente. Dice en otro lugar, siendo ya cónsul en los extremos peligros de la ciudad, que se hicieron juegos durante diez días, y que no se omitió ninguna cosa que perteneciera a aplacar a los dioses: como si no fuera mejor irritar a tales dioses con la templanza que aplacarlos con el lujo; y provocarlos incluso a enemistades con la honestidad que suavizarlos con tanta deformidad. Pues no iban a dañar los hombres con cualquier crudelísima monstruosidad, por cuya causa eran aplacados, más gravemente de lo que dañaban ellos mismos, cuando eran aplacados con feísima viciosidad: puesto que de aquel modo se conciliaba a los dioses para que se apartara lo que se temía del enemigo en los cuerpos, por el cual modo se derrotaba la virtud en las mentes; los cuales no se opondrían como defensores a los atacantes de los muros, si antes no se hicieran expugnadores de las buenas costumbres. Esta aplacación de tales númenes, petulantísima, impurísima, impudentísima, nequísima, inmundísima, a cuyos actores la laudable índole de la virtud romana privó de honor, movió de la tribu, reconoció como torpes y los hizo infames; esta, digo, aplacación de tales númenes vergonzosa y que la verdadera religión debe rechazar y detestar, estas fábulas seductoras y criminales contra los dioses, estos hechos ignominiosos de los dioses, ya fuera cometidos criminal y torpemente, ya más criminal y torpemente fingidos, toda la ciudad los aprendía con ojos y oídos públicos: veía que tales cosas cometidas agradaban a los númenes; y por eso creía que no solo debían exhibírseles a ellos, sino también ser imitadas por ella misma: no aquel no sé qué como bueno y honesto, que se decía a tan pocos y tan ocultamente, que se temía más que llegara a conocerse que el que no se hiciera.

Capítulo XXVIII.

De la salubridad de la religión cristiana.

Ab istarum immundissimarum potestatum tartareo jugo et societate poenali erui per Christi nomen homines, et in lucem saluberrimae pietatis ab illa perniciosissimae impietatis nocte transferri, queruntur et murmurant iniqui et ingrati, et illo nefario spiritu altius obstrictiusque possessi , quia populi confluunt ad ecclesias casta celebritate, honesta utriusque sexus discretione: ubi audiant quam bene hic ad tempus vivere debeant, ut post hanc vitam beate semperque vivere mereantur; ubi sancta Scriptura justitiaeque doctrina de superiore loco in conspectu omnium personante, et qui faciunt, audiant ad praemium; et qui non faciunt, audiant ad judicium. Quo etsi veniunt quidam talium praeceptorum irrisores, omnis eorum petulantia aut repentina immutatione deponitur, aut timore vel pudore comprimitur. Nihil enim eis turpe ac flagitiosum spectandum imitandumque proponitur, ubi veri Dei aut praecepta insinuantur, aut miracula narrantur, aut dona laudantur, aut beneficia postulantur.

Caput XXIX.

De abjiciendo cultu deorum cohortatio ad Romanos.

1. Haec potius concupisce, o indoles Romana laudabilis, o progenies Regulorum, Scaevolarum, Scipionum, Fabriciorum: haec potius concupisce, haec ab illa turpissima vanitate et fallacissima daemonum malignitate discerne. Si quid in te laudabile naturaliter eminet, nonnisi vera pietate purgatur atque perficitur; impietate autem disperditur et punitur. Nunc jam elige quid sequaris, ut non in te, sed in Deo vero sine ullo errore lauderis. Tunc enim tibi gloria popularis adfuit, sed occulto judicio divinae providentiae vera religio, quam eligeres, defuit. Expergiscere, dies est; sicut experrecta es in quibusdam, de quorum virtute perfecta, et pro fide vera etiam passionibus gloriamur, qui usquequaque adversus potestates inimicissimas confligentes, easque fortiter moriendo vincentes, sanguine nobis hanc patriam peperere suo. Ad quam patriam te invitamus, et exhortamur ut ejus adjiciaris numero civium, cujus quodammodo asylum est vera remissio peccatorum. Non audias degeneres tuos Christo Christianisve detrahentes, et accusantes velut tempora mala, cum quaerant tempora quibus non sit quieta vita, sed potius secura nequitia. Haec tibi nunquam nec pro terrena patria placuerunt. Nunc jam coelestem arripe, pro qua minimum laborabis, et in ea veraciter semperque regnabis. Illic enim tibi non Vestalis focus , non lapis Capitolinus , sed Deus unus et verus Nec metas rerum, nec tempora ponet, Imperium sine fine dabit.

De que los hombres sean arrancados por el nombre de Cristo del yugo tartáreo y de la sociedad penal de esas inmundísimas potestades, y sean trasladados a la luz de la salubérrima piedad desde aquella noche de la perniciosísima impiedad, se quejan y murmuran los inicuos e ingratos, poseídos más profunda y estrechamente por aquel espíritu nefario, porque los pueblos confluyen a las iglesias con casta celebridad, con una honesta separación de ambos sexos: donde oigan cuán bien deben vivir aquí por un tiempo, para que después de esta vida merezcan vivir bienaventurada y siempre; donde la Sagrada Escritura y la doctrina de la justicia suenan desde un lugar superior a la vista de todos, y los que la cumplen oyen para el premio, y los que no la cumplen oyen para el juicio. A donde aunque vengan algunos burladores de tales preceptos, toda su petulancia o es depuesta por una repentina mudanza, o es reprimida por el temor o la vergüenza. Pues nada torpe y criminal se les propone para ser visto e imitado, donde o se insinúan los preceptos del verdadero Dios, o se narran los milagros, o se alaban los dones, o se piden los beneficios.

Capítulo XXIX.

Exhortación a los romanos para que abandonen el culto de los dioses.

1. Desea más bien esto, oh laudable índole romana, oh progenie de los Régulos, de los Escévolas, de los Escipiones, de los Fabricios: desea más bien esto, distingue esto de aquella torpísima vanidad y falacíssima malignidad de los demonios. Si algo laudable sobresale en ti naturalmente, no se purga ni se perfecciona sino con la verdadera piedad; pero con la impiedad se pierde y se castiga. Elige ya ahora qué has de seguir, para que seas alabada no en ti, sino en el Dios verdadero sin error alguno. Pues entonces te asistió la gloria popular, pero por el oculto juicio de la divina providencia, te faltó la verdadera religión que eligieras. Despierta, es de día; como has despertado en algunos, de cuya virtud perfecta, e incluso por la verdadera fe en sus pasiones, nos gloriamos; quienes, luchando por doquier contra las potestades enemiguísimas, y venciéndolas valientemente al morir, nos engendraron esta patria con su propia sangre. A la cual patria te invitamos, y te exhortamos a que te sumes al número de sus ciudadanos, de la cual la verdadera remisión de los pecados es en cierto modo el asilo. No oigas a tus degenerados que vituperan a Cristo o a los cristianos, y acusan como si fueran malos tiempos, cuando buscan tiempos en los que la vida no sea quieta, sino más bien segura la maldad. Estas cosas nunca te agradaron ni siquiera por la patria terrena. Arrebata ya ahora la celestial, por la cual trabajarás muy poco, y en ella reinarás verdaderamente y para siempre. Pues allí no tendrás el foco de Vesta, ni la piedra del Capitolio, sino al Dios único y verdadero, el cual «no pondrá metas a las cosas, ni tiempos; dará un imperio sin fin».

2. Noli deos falsos fallacesque requirere; abjice potius atque contemne, in veram emicans libertatem. Non sunt dii, maligni sunt spiritus, quibus aeterna tua felicitas poena est. Non tam Juno Trojanis, a quibus carnalem originem ducis, arces videtur invidisse Romanas, quam isti daemones, quos adhuc deos putas, omni generi hominum sedes invident sempiternas. Et tu ipsa non parva ex parte de talibus judicasti, quando ludis eos placasti, et per quos homines eosdem ludos fecisti, infames esse voluisti. Patere asseri libertatem tuam adversus immundos spiritus, qui tuis cervicibus imposuerant sacrandam sibi et celebrandam ignominiam suam. Actores criminum divinorum removisti ab honoribus tuis: supplica Deo vero, ut a te removeat illos deos, qui delectantur criminibus suis, seu veris, quod ignominiosissimum est; seu falsis, quod malitiosissimum est. Bene, quod tua sponte histrionibus et scenicis societatem civitatis patere noluisti; evigila plenius: nullo modo his artibus placatur divina majestas, quibus humana dignitas inquinatur. Quo igitur pacto deos, qui talibus delectantur obsequiis, haberi putas in numero sanctarum coelestium potestatum; cum homines per quos eadem aguntur obsequia, non putasti habendos in numero qualiumcumque civium Romanorum? Incomparabiliter superna est civitas clarior, ubi victoria, veritas; ubi dignitas, sanctitas; ubi pax, felicitas; ubi vita, aeternitas. Multo minus habet in sua societate tales deos, si tu in tua tales homines habere erubuisti. Proinde si ad beatam pervenire desideras civitatem, devita daemonum societatem. Indigne ab honestis coluntur, qui per turpes placantur. Sic isti a tua pietate removeantur purgatione christiana, quomodo illi a tua dignitate remoti sunt notatione censoria. De bonis autem carnalibus, quibus solis mali perfrui volunt, et de malis carnalibus, quae sola perpeti nolunt, quod neque in his habeant, quam putantur habere isti daemones, potestatem; quanquam si haberent, deberemus potius etiam ista contemnere, quam propter ista illos colere, et eos colendo ad illa, quae nobis invident, pervenire non posse: tamen nec in istis eos hoc valere, quod hi putant, qui propter haec eos coli oportere contendunt, deinceps videbimus, ut hic sit hujus voluminis modus.

2. No busques dioses falsos y falaces; antes bien recházalos y desprécialos, saltando hacia la verdadera libertad. No son dioses, son espíritus malignos, para quienes tu felicidad eterna es un castigo. No tanto parece que Juno envidió las ciudadelas romanas a los troyanos, de quienes traes el origen carnal, cuanto estos demonios, a los que todavía crees dioses, envidian a todo el género humano las sedes sempiternas. Y tú misma no en pequeña parte juzgaste sobre tales seres, cuando los aplacaste con juegos, y quisiste que fueran infames los hombres por quienes hiciste esos mismos juegos. Permite que sea reivindicada tu libertad contra los espíritus inmundos, que habían impuesto sobre tus cervices su propia ignominia para que fuera consagrada y celebrada por ti. Removiste de tus honores a los actores de los crímenes divinos: suplica al Dios verdadero que remueva de ti a esos dioses que se deleitan con sus propios crímenes, ya sean verdaderos, lo cual es ignominiosísimo; ya falsos, lo cual es maliciosísimo. Bien está que por tu propia voluntad no quisieras que la sociedad de la ciudad estuviera abierta a los histriones y actores escénicos; despierta más plenamente: de ningún modo se aplaca la majestad divina con esas artes con las que se mancha la dignidad humana. ¿De qué modo, pues, piensas que los dioses que se deleitan con tales obsequios han de ser tenidos en el número de las santas potestades celestiales, cuando no pensaste que debían ser tenidos en el número de cualquier clase de ciudadanos romanos los hombres por quienes se hacen esos mismos obsequios? Incomparablemente más esclarecida es la ciudad superna, donde la victoria es la verdad; donde la dignidad es la santidad; donde la paz es la felicidad; donde la vida es la eternidad. Mucho menos tiene en su sociedad a tales dioses, si tú te avergonzaste de tener en la tuya a tales hombres. Por tanto, si deseas llegar a la ciudad bienaventurada, evita la sociedad de los demonios. Indignamente son cultivados por los honestos quienes son aplacados a través de los torpes. Así sean removidos estos de tu piedad por la purgación cristiana, como aquellos fueron removidos de tu dignidad por la nota censoria. Pero sobre los bienes carnales, de los cuales solos los malos quieren disfrutar, y sobre los males carnales, que solos no quieren padecer, de que ni en estos tengan la potestad que se piensa que tienen estos demonios; aunque si la tuvieran, deberíamos más bien incluso despreciar estas cosas que cultivarlos a ellos por causa de ellas, y por cultivarlos no poder llegar a aquello que nos envidian: sin embargo, que ni en estas cosas valen ellos lo que piensan estos que sostienen que por esto conviene cultivarlos, lo veremos a continuación, para que este sea el límite de este volumen.

LIBER TERTIUS.

Ut in superiori libro de malis morum et animi, sic in praesenti de corporis externarumque rerum incommodis ostendit Augustinus, Romanos a condita Urbe his assidue vexatos fuisse, atque ad avertenda id genus mala deos falsos, cum ante Christi adventum libere colerentur, nihil praestitisse.

Caput Primum.

De adversitatibus quas soli mali metuunt, et quas semper passus est mundus, cum deos coleret.

Jam satis dictum arbitror de morum malis et animorum, quae praecipue cavenda sunt, nihil deos falsos populo cultori suo, quominus eorum malorum aggere premeretur, subvenire curasse; sed potius, ut maxime premeretur, egisse. Nunc de illis malis video dicendum, quae sola isti perpeti nolunt, qualia sunt fames, morbus, bellum, exspoliatio, captivitas, trucidatio, et si qua similia jam in primo libro commemoravimus. Haec enim sola mali deputant mala, quae non faciunt malos, nec erubescunt inter bona quae laudant, ipsi mali esse qui laudant; magisque stomachantur, si villam malam habeant, quam si vitam: quasi hoc sit hominis maximum bonum, habere bona omnia, praeter se ipsum. Sed neque talia mala, quae isti sola formidant, dii eorum, quando ab eis libere colebantur, ne illis acciderent, obstiterunt. Cum enim variis per diversa loca temporibus ante adventum Redemptoris nostri innumerabilibus nonnullisque etiam incredibilibus cladibus genus contereretur humanum; quos alios quam istos deos mundus colebat, excepto uno populo Hebraeo, et quibusdam extra ipsum populum, ubicumque gratia divina digni occultissimo atque justissimo Dei judicio fuerunt ? Verum ne nimium longum faciam, tacebo aliarum usquequaque gentium mala gravissima: quod ad Romam pertinet Romanumque imperium, tantum loquar; id est, ad ipsam proprie civitatem, et quaecumque illi terrarum vel societate conjunctae, vel conditione subjectae sunt, quae sint perpessae ante adventum Christi, cum jam ad ejus quasi corpus reipublicae pertinerent.

LIBRO TERCERO.

Así como en el libro anterior mostró sobre los males de las costumbres y del alma, así en el presente muestra Agustín sobre las incomodidades del cuerpo y de las cosas externas, que los romanos desde la fundación de la Ciudad fueron asiduamente vejados por estas, y que los falsos dioses, aunque eran cultivados libremente antes del advenimiento de Cristo, nada prestaron para apartar ese género de males.

Capítulo I.

Sobre las adversidades que solo los malos temen, y que siempre ha padecido el mundo cuando cultivaba a los dioses.

Creo que ya se ha dicho suficiente sobre los males de las costumbres y de las almas, que principalmente deben evitarse, de que nada se cuidaron los falsos dioses de socorrer a su pueblo cultivador para que no fuera oprimido por el montón de aquellos males; sino que más bien actuaron para que fuera oprimido al máximo. Ahora veo que se debe hablar de aquellos males que solos estos no quieren padecer, cuales son el hambre, la enfermedad, la guerra, la depredación, la cautividad, la matanza, y si algunas cosas semejantes ya mencionamos en el primer libro. Pues solo los malos consideran estos como males, los cuales no hacen malos a los hombres, ni se avergüenzan entre los bienes que alaban de ser ellos mismos malos quienes alaban; y más se indignan si tienen una villa mala que si tienen una vida mala: como si este fuera el máximo bien del hombre, tener todos los bienes excepto a sí mismo. Pero ni tales males, que estos solos temen, sus dioses, cuando eran cultivados libremente por ellos, impidieron que les sucedieran. Pues cuando en varios tiempos por diversos lugares antes del advenimiento de nuestro Redentor el género humano era triturado por innumerables y algunas incluso increíbles calamidades; ¿a qué otros dioses que a estos cultivaba el mundo, excepto al único pueblo hebreo, y a algunos fuera de ese mismo pueblo, dondequiera que fueron dignos de la gracia divina por el ocultísimo y justísimo juicio de Dios? Pero para no hacerlo demasiado largo, callaré los males gravísimos de otras naciones en todas partes: hablaré solo de lo que pertenece a Roma y al imperio romano; es decir, a la misma ciudad propiamente, e inclusive de cualesquiera tierras que a ella estuvieran unidas por sociedad o sujetas por condición, qué cosas hayan padecido antes del advenimiento de Cristo, cuando ya pertenecían casi a su cuerpo de la república.

Caput II.

An dii, qui et a Romanis et a Graecis similiter colebantur, causas habuerint quibus Ilium paterentur exscindi.

Primum ipsa Troja vel Ilium, unde origo est populi Romani (neque enim praetereundum aut dissimulandum est, quod et in primo libro attigi [Cap. 4], eosdem habens deos et colens, cur a Graecis victum, captum atque deletum est? Priamo, inquiunt, sunt reddita Laomedontea paterna perjuria . Ergo verum est, quod Apollo atque Neptunus eidem Laomedonti mercenariis operibus servierunt; illis quippe promisisse mercedem falsumque jurasse perhibetur. Miror, Apollinem, nominatum divinatorem, in tanto opificio laborasse, nescientem quod Laomedon fuerat promissa negaturus. Quanquam nec ipsum Neptunum patruum ejus, fratrem Jovis, regem maris, decuit ignarum esse futurorum. Nam hunc Homerus de stirpe Aeneae, a cujus posteris condita Roma est, cum ante illam urbem conditam idem poeta fuisse dicatur , inducit magnum aliquid divinantem (Iliad. Υ, vers. 302-305): quem etiam nube rapuit, ut dicit, ne ab Achille occideretur, cuperet cum vertere ab imo (Quod apud Virgilium confitetur.) Structa suis manibus perjurae moenia Trojae. (Aeneid. lib. 5, vers. 810, 811.) Nescientes igitur tanti dii, Neptunus et Apollo, Laomedontem sibi negaturum esse mercedem, structores moenium Trojanorum gratis, et ingratis fuerunt. Videant ne gravius sit tales deos credere, quam diis talibus pejerare. Hoc enim nec ipse Homerus facile credidit, qui Neptunum quidem contra Trojanos, Apollinem autem pro Trojanis pugnantem facit, cum illo perjurio ambos fabula narret offensos. Si igitur fabulis credunt, erubescant talia colere numina; si fabulis non credunt, non obtendant Trojana perjuria, aut mirentur deos perjuria punisse Trojana, amasse Romana. Unde enim conjuratio Catilinae in tanta tamque corrupta civitate habuit etiam eorum grandem copiam, quos manus atque lingua perjurio aut sanguine civili alebat ? Quid enim aliud toties senatores corrupti in judiciis, toties populus in suffragiis vel in quibusque causis, quae apud eum concionibus agebantur, nisi etiam pejerando peccabant ? Namque corruptissimis moribus ad hoc mos jurandi servabatur antiquus, non ut ab sceleribus metu religionis prohiberentur, sed ut perjuria quoque sceleribus caeteris adderentur.

Caput III.

Non potuisse offendi deos Paridis adulteterio, quod inter ipsos traditur frequentatum.

Capítulo II.

Si los dioses, que tanto por los romanos como por los griegos eran cultivados de igual manera, tuvieron causas por las cuales permitieran que Ilión fuera destruida.

Primero, la misma Troya o Ilión, de donde es el origen del pueblo romano (pues no debe pasarse por alto ni disimularse lo que también toqué en el primer libro [Cap. 4]), teniendo y cultivando los mismos dioses, ¿por qué fue vencida, capturada y destruida por los griegos? A Príamo, dicen, le fueron devueltos los perjurios paternos laomedonteos. Por tanto es verdad que Apolo y Neptuno sirvieron al mismo Laomedonte en obras mercenarias; pues se dice que les prometió una recompensa y juró falsamente. Me maravillo de que Apolo, llamado adivino, trabajara en tan gran obra, no sabiendo que Laomedonte iba a negar lo prometido. Aunque tampoco le decantaba al mismo Neptuno su tío, hermano de Júpiter, rey del mar, ser ignorante de los futuros. Pues Homero lo introduce adivinando algo grande sobre la estirpe de Eneas, por cuyos descendientes fue fundada Roma, ya que se dice que el mismo poeta existió antes de que aquella ciudad fuera fundada: a quien incluso arrebató en una nube, según dice, para que no fuera muerto por Aquiles, cuando deseaba trastornar desde el fondo (lo cual confiesa en Virgilio) los muros de la perjura Troya construidos por sus propias manos. (Aeneid. lib. 5, vers. 810, 811.) No sabiendo, pues, tan grandes dioses, Neptuno y Apolo, que Laomedonte les negaría la recompensa, fueron constructores de los muros troyanos gratis, y para un ingrato. Vean si no es más grave creer en tales dioses que perjurar por tales dioses. Pues esto ni el mismo Homero lo creyó fácilmente, quien hace a Neptuno luchar contra los troyanos, y a Apolo a favor de los troyanos, aunque la fábula narra que ambos estaban ofendidos por aquel perjurio. Si, por tanto, creen en las fábulas, avergüéncense de cultivar tales numenes; si no creen en las fábulas, no aleguen los perjurios troyanos, ni se maravillen de que los dioses castigaran los perjurios troyanos y amaran los romanos. Pues, ¿de dónde la conjuración de Catilina en tan grande y tan corrupta ciudad tuvo incluso una gran abundancia de aquellos a quienes la mano y la lengua alimentaban por el perjurio o por la sangre civil? Pues, ¿qué otra cosa hacían tantas veces los senadores corrompidos en los juicios, tantas veces el pueblo en los sufragios o en cualesquiera causas que ante él se trataban en asambleas, sino pecar incluso perjurando? Pues con las costumbres más corrompidas para esto se conservaba la antigua costumbre de jurar, no para que fueran prohibidos de los crímenes por el miedo de la religión, sino para que también los perjurios se añadieran a los demás crímenes.

Capítulo III.

Que no pudieron ofenderse los dioses por el adulterio de Paris, el cual se relata que fue frecuentado entre ellos mismos.

Nulla itaque causa est, quare dii, quibus, ut dicunt, steterat illud imperium (Virgil. Aeneid. lib. 2, vers. 352), cum a Graecis praevalentibus probentur victi, Trojanis pejerantibus fingantur irati. Nec adulterio paridis, ut rursus a quibusdam defenduntur, ut Trojam desererent, succensuerunt. Auctores enim doctoresque peccatorum esse assolent, non ultores. Urbem Romam, inquit Sallustius, sicuti ego accepi, condidere atque habuere initio Trojani, qui Aenea duce profugi sedibus incertis vagabantur (De Catilinae Conjuratione, cap. 6). Si ergo adulterium Paridis vindicandum numina censuerunt, aut magis in Romanis , aut certe etiam in Romanis puniendum fuit; quia Aeneae mater hoc fecit. Sed quomodo in illo illud flagitium oderant, qui in sua socia Venere non oderant (ut alia omittam) quod cum Anchise commiserat, ex quo Aenean pepererat? An quia illud factum est indignante Menelao, illud autem concedente Vulcano ? Dii enim, credo, non zelant conjuges suas, usque adeo ut eas etiam cum hominibus dignentur habere communes. Irridere fabulas fortassis existimor, nec graviter agere tanti ponderis causam. Non ergo credamus, si placet, Aenean esse Veneris filium: ecce concedo, si nec Romulum Martis . Si autem illud, cur non et illud? An deos fas est hominibus feminis, mares autem homines deabus misceri nefas? Dura, vel potius non credenda conditio, quod ex jure Veneris in concubitu Marti licuit, hoc in jure suo ipsi Veneri non licere. At utrumque firmatum est auctoritate Romana. Neque enim minus credidit recentior Caesar aviam Venerem , quam patrem antiquior Romulus Martem.

Caput IV.

De sententia Varronis, qua utile esse dixit ut se homines diis genitos mentiantur.

Dixerit aliquis: Itane tu ista credis? Ego vero ista non credo. Nam et vir doctissimus eorum Varro falsa haec esse, quamvis non audacter, neque fidenter, pene tamen fatetur. Sed utile esse civitatibus dicit, ut se viri fortes, etiamsi falsum sit, diis genitos esse credant: ut eo modo animus humanus velut divinae stirpis fiduciam gerens, res magnas aggrediendas praesumat audacius, agat vehementius, et ob hoc impleat ipsa securitate felicius. Quae Varronis sententia expressa, ut potui, meis verbis, cernis quam latum locum aperiat falsitati; ut ibi intelligamus plura jam sacra et quasi religiosa potuisse confingi, ubi putata sunt civibus etiam de ipsis diis prodesse mendacia.

No hay, pues, ninguna causa por la cual los dioses, por quienes, según dicen, había permanecido aquel imperio (Virgilio, Eneida, lib. 2, v. 352), cuando se prueba que fueron vencidos por los griegos prevalecientes, se finjan airados con los troyanos perjuros. Ni se indignaron por el adulterio de Paris, como rursus son defendidos por algunos, para desertar de Troya. Pues suelen ser autores y maestros de los pecados, no vengadores. La ciudad de Roma, dice Salustio, según yo he recibido, la fundaron y tuvieron al inicio los troyanos, que bajo la guía de Eneas prófugos vagaban con sedes inciertas (Sobre la Conjuración de Catilina, cap. 6). Si, por tanto, los numenes censuraron que el adulterio de Paris debía ser vengado, o más en los romanos, o ciertamente incluso en los romanos debió ser castigado; porque la madre de Eneas hizo esto. Pero, ¿cómo odiaban en aquel aquel flagelo, quienes en su socia Venus no odiaban (por omitir otras cosas) lo que había cometido con Anquises, de quien había parido a Eneas? ¿O porque aquello se hizo indignándose Menelao, pero esto concediéndolo Vulcano? Pues los dioses, creo, no celan a sus cónyuges, hasta tal punto que incluso se dignan tenerlas comunes con los hombres. Quizás se piensa que me río de las fábulas, y que no trato con gravedad una causa de tanto peso. No creamos, pues, si place, que Eneas es hijo de Venus: he aquí que lo concedo, si tampoco que Rómulo lo sea de Marte. Pero si aquello, ¿por qué no también esto? ¿O es lícito que los dioses se mezclen con mujeres humanas, pero que los hombres varones se mezclen con diosas es ilícito? Dura, o más bien no creíble condición, que lo que por el derecho de Venus fue lícito a Marte en el concúbito, esto no le sea lícito a la misma Venus en su propio derecho. Pero ambos han sido confirmados por la autoridad romana. Pues no creyó menos el más reciente César que su abuela era Venus, que el más antiguo Rómulo que su padre era Marte.

Capítulo IV.

Sobre la sentencia de Varrón, en la cual dijo que es útil que los hombres mientan sobre ser engendrados por los dioses.

Dirá alguien: ¿Así crees tú esas cosas? Yo verdaderamente no creo esas cosas. Pues incluso el varón más docto de ellos, Varrón, casi confiesa que estas cosas son falsas, aunque no audazmente ni con confianza. Pero dice que es útil para las ciudades que los varones fuertes, aunque sea falso, crean que son engendrados por los dioses: para que de ese modo el ánimo humano, llevando como la confianza de una estirpe divina, presuma con más audacia emprender cosas grandes, actúe con más vehemencia, y por esto las cumpla con más felicidad por esa misma seguridad. Cuya sentencia de Varrón, expresada, como pude, con mis palabras, ves qué ancho lugar abre a la falsedad; para que allí entendamos que ya pudieron fingirse más cosas sagradas y como religiosas, donde se pensó que las mentiras incluso sobre los mismos dioses eran provechosas para los ciudadanos.

Caput V.

Non probari quod dii adulterium Paridis punierint, quod in Romuli matre non ulti sunt.

Sed utrum potuerit Venus ex concubitu Anchisae Aenean parere, vel Mars ex concubitu filiae Numitoris Romulum gignere, in medio relinquamus. Nam pene talis quaestio etiam de Scripturis nostris oboritur, qua quaeritur utrum praevaricatores angeli cum filiabus hominum concubuerint; unde natis gigantibus, id est nimium grandibus ac fortibus viris, tunc terra completa est (Gen. VI, 4). Proinde ad utrumque interim modo nostra disputatio referatur. Si enim vera sunt, quae apud illos de matre Aeneae et de patre Romuli lectitantur; quomodo possunt diis adulteria displicere hominum, quae in se ipsis concorditer ferunt? Si autem falsa sunt; nec sic quidem possunt irasci veris adulteriis humanis, qui etiam falsis delectantur suis. Huc accedit, quoniam si illud de Marte non creditur, ut hoc quoque de Venere non credatur, nullo divini concubitus obtentu matris Romuli causa defenditur. Fuit autem sacerdos Sylvia vestalis, et ideo dii magis in Romanos sacrilegum illud flagitium, quam in Trojanos Paridis adulterium, vindicare debuerunt. Nam et ipsi Romani antiqui in stupro detectas Vestae sacerdotes, vivas etiam defodiebant adulteras autem feminas, quamvis aliqua damnatione, nulla tamen morte plectebant : usque adeo gravius quae putabant adyta divina, quam humana cubilia vindicabant.

Caput VI.

De parricidio Romuli, quod dii non vindicarunt.

Aliud adjicio, quia si eo usque peccata hominum illis numinibus displicerent, ut offensi Paridis facto desertam Trojam ferro ignibusque donarent; magis eos contra Romanos moveret Romuli frater occisus, quam contra Trojanos Graecus maritus illusus; magis irritaret parricidium nascentis, quam regnantis adulterium civitatis. Nec ad causam, quam nunc agimus, interest, utrum hoc fieri Romulus jusserit, aut Romulus fecerit, quod multi impudentia negant, multi pudore dubitant, multi dolore dissimulant.

Capítulo V.

Que no se prueba que los dioses castigaran el adulterio de Paris, el cual no vengaron en la madre de Rómulo.

Pero si pudo Venus por el concúbito con Anquises parir a Eneas, o Marte por el concúbito con la hija de Numitor engendrar a Rómulo, dejémoslo en medio. Pues casi tal cuestión surge también de nuestras Escrituras, por la cual se pregunta si los ángeles prevaricadores concubieron con las hijas de los hombres; de donde nacidos los gigantes, esto es, varones excesivamente grandes y fuertes, entonces se llenó la tierra (Gén. VI, 4). Por tanto, a ambos refiérase por ahora nuestra disputa. Pues si son verdaderas las cosas que entre ellos se leen frecuentemente sobre la madre de Eneas y sobre el padre de Rómulo; ¿cómo pueden a los dioses desplacerles los adulterios de los hombres, que en sí mismos toleran concordemente? Pero si son falsas; ni aun así pueden airarse por los verdaderos adulterios humanos, quienes incluso por los suyos falsos se deleitan. A esto se añade que si aquello de Marte no se cree, para que esto también de Venus no se crea, con ningún pretexto de concúbito divino se defiende la causa de la madre de Rómulo. Fue además Silvia sacerdotisa vestal, y por eso los dioses debieron vengar más en los romanos aquel flagelo sacrílego que en los troyanos el adulterio de Paris. Pues incluso los mismos romanos antiguos a las sacerdotisas de Vesta detectadas en estupro, incluso vivas las enterraban; pero a las mujeres adúlteras, aunque con alguna condenación, sin embargo con ninguna muerte las castigaban: hasta tal punto más gravemente vengaban lo que pensaban que eran aditamentos divinos que los cubiles humanos.

Capítulo VI.

Sobre el parricidio de Rómulo, que los dioses no vengaron.

Añado otra cosa, porque si hasta tal punto los pecados de los hombres desplacieran a aquellos numenes, que ofendidos por el hecho de Paris entregaran la desierta Troya al hierro y a los incendios; más debiera moverlos contra los romanos el hermano de Rómulo muerto, que contra los troyanos el marido griego burlado; más irritaría el parricidio de la ciudad naciente que el adulterio de la ciudad reinante. Ni para la causa que ahora tratamos interesa si Rómulo mandó que esto se hiciera, o Rómulo lo hizo, lo cual muchos niegan por impudencia, muchos dudan por pudor, muchos disimulan por dolor.

Nec nos itaque in ea re diligentius requirenda per multorum scriptorum perpensa testimonia demoremur: Romuli fratrem palam constat occisum, non ab hostibus, non ab alienis. Si aut perpetravit aut imperavit hoc Romulus; magis ipse fuit Romanorum, quam Paris Trojanorum caput : cur igitur Trojanis iram deorum provocavit ille alienae conjugis raptor, et eorumdem deorum tutelam Romanis invitavit iste sui fratris exstinctor ? Si autem illud scelus a facto imperioque Romuli alienum est; quoniam debuit utique vindicari, tota hoc illa civitas fecit, quod tota contempsit ; et non jam fratrem, sed patrem, quod est pejus, occidit. Uterque enim fuit conditor, ubi alter scelere ablatus non permissus est esse regnator. Non est, ut arbitror, quod dicatur quid mali Troja meruerit, ut eam dii desererent, quo posset exstingui; et quid boni Roma, ut eam dii inhabitarent, quo posset augeri: nisi quod victi inde fugerunt, et se ad istos, quos pariter deciperent, contulerunt. Imo vero et illic manserunt, ad eos more suo decipiendos, qui rursus easdem terras habitarent; et hic easdem artes fallaciae suae magis etiam exercendo, majoribus honoribus gloriati sunt.

Caput VII.

De eversione Ilii, quod dux Marii Fimbria excidit.

Certe enim civilibus jam bellis scatentibus, quid miserum commiserat Ilium, ut a Fimbria, Marianarum partium homine pessimo, everteretur, multo ferocius atque crudelius, quam olim a Graecis ? Nam tunc et multi inde fugerunt, et multi captivati saltem in servitute vixerunt. Porro autem Fimbria prius edictum proposuit, ne cui parceretur; atque urbem totam cunctosque in ea homines incendio concremavit. Hoc meruit Ilium, non a Graecis, quos sua irritaverat iniquitate, sed a Romanis, quos sua calamitate propagaverat; diis illis communibus ad haec repellenda nihil juvantibus, seu, quod verum est, nihil valentibus. Numquid et tunc Abscessere omnes adytis arisque relictis dii, quibus illud oppidum steterat, post antiquos Graecorum ignes ruinasques reparatum? Si autem abscesserant, causam requiro; et oppidanorum quidem quanto invenio meliorem, tanto deteriorem deorum.

No nos demoremos, pues, en requerir esa cosa más diligentemente por los testimonios pesados de muchos escritores: consta claramente que el hermano de Rómulo fue muerto, no por enemigos, no por extraños. Si o perpetró o imperó esto Rómulo, más fue él mismo cabeza de los romanos que Paris de los troyanos: ¿por qué, pues, a los troyanos provocó la ira de los dioses aquel raptor de la cónyuge ajena, y a los romanos invitó la tutela de los mismos dioses este extintor de su propio hermano? Pero si aquel crimen es ajeno al hecho e imperio de Rómulo; puesto que debió ciertamente ser vengado, toda aquella ciudad hizo esto, porque toda lo despreció; y no ya a un hermano, sino a un padre, que es peor, mató. Pues ambos fueron fundadores, donde el uno, quitado por el crimen, no fue permitido ser regnante. No hay, según estimo, que decir qué mal mereció Troya para que los dioses la desertaran, por lo cual pudiera extinguirse; y qué bien Roma para que los dioses la habitaran, por lo cual pudiera aumentarse: sino que vencidos huyeron de allí, y se trasladaron a estos, a quienes igualmente engañaran. Más bien, también allí permanecieron, para engañar a su modo a aquellos que rursus habitaran las mismas tierras; y aquí, ejercitando más incluso las mismas artes de su falacia, se gloriaron con mayores honores.

Capítulo VII.

Sobre la eversión de Ilión, que el jefe de Mario, Fimbria, destruyó.

Ciertamente, bullendo ya las guerras civiles, ¿qué había cometido la mísera Ilión para que por Fimbria, el peor hombre de las facciones marianas, fuera evertida mucho más feroz y cruelmente que antaño por los griegos? Pues entonces tanto muchos huyeron de allí, como muchos capturados al menos vivieron en servidumbre. Pero además Fimbria propuso primero un edicto, de que a nadie se perdonara; e incendió toda la ciudad y a todos los hombres en ella con fuego. Esto mereció Ilión, no de los griegos, a quienes había irritado con su iniquidad, sino de los romanos, a quienes había propagado con su calamidad; no ayudando nada aquellos dioses comunes para repeler estas cosas, o, lo que es verdad, no pudiendo nada. ¿Acaso también entonces se marcharon todos los dioses, dejando los aditamentos y aras, por quienes aquel pueblo había permanecido, reparado tras los antiguos incendios y ruinas de los griegos? Pero si se habían marchado, requiero la causa; y cuanto encuentro mejor la de los ciudadanos, tanto encuentro peor la de los dioses.

Illi enim contra Fimbriam portas clauserant, ut Syllae servarent integram civitatem: hinc eos iratus incendit, vel potius penitus exstinxit. Adhuc autem meliorum partium civilium Sylla dux fuit , adhuc armis rempublicam recuperare moliebatur: horum bonorum initiorum nondum malos eventus habuit. Quid ergo melius cives illius urbis facere potuerunt? quid honestius? quid fidelius? quid Romana parentela dignius, quam meliori causae Romanorum civitatem servare, et contra parricidam Romanae reipublicae portas claudere? At hoc eis in quantum exitium verterit, attendant defensores deorum. Deseruerint dii adulteros, Iliumque flammis Graecorum reliquerint, ut ex ejus cineribus Roma castior nasceretur: cur et postea deseruerunt eamdem civitatem Romanis cognatam, non rebellantem adversus Romam nobilem filiam, sed justioribus ejus partibus fidem constantissimam piissimamque servantem; eamque delendam reliquerunt, non Graecorum viris fortibus, sed viro spurcissimo Romanorum? Aut si displicebat diis causa partium Syllanarum, cui servantes urbem miseri portas clauserant; cur eidem Syllae tanta bona promittebant et praenuntiabant? An et hinc agnoscuntur adulatores felicium potius quam infelicium defensores? Non ergo Ilium etiam tunc, ab eis cum desereretur, eversum est. Nam daemones ad decipiendum semper vigilantissimi, quod potuerunt, fecerunt. Eversis quippe et incensis omnibus cum oppido simulacris, solum Minervae sub tanta ruina templi illius, ut scribit Livius, integrum stetisse perhibetur : non ut diceretur, Dî patrii, quorum semper sub numine Troja est, (Virgil. Aeneid. lib. 1, vers. 702, 703.) ad eorum laudem; sed ne diceretur, Excessere omnes adytis arisque relictis dii, ad eorum defensionem. Illud enim posse permissi sunt, non unde probarentur potentes, sed unde praesentes convincerentur.

Caput VIII.

An debuerit diis Iliacis Roma committi.

Diis itaque Iliacis, post Trojae ipsius documentum, qua tandem prudentia Roma custodienda commissa est? Dixerit quispiam, jam eos Romae habitare solitos, quando expugnante Fimbria cecidit Ilium. Unde ergo stetit Minervae simulacrum? Deinde, si apud Romam erant, quando Fimbria delevit Ilium - fortasse apud Ilium erant, quando a Gallis ipsa Roma capta et incensa est: sed ut sunt auditu acutissimi motuque celerrimi, ad vocem anseris cito redierunt, ut saltem Capitolinum collem, qui remanserat, tuerentur: caeterum ad alia defendenda serius sunt redire commoniti.

Caput IX.

An illam pacem, quae sub Numae regno fuit, deos praestitisse credendum sit.

Pues ellos contra Fimbria habían cerrado las puertas, para conservar íntegra la ciudad para Sila: de aquí los incendió airado, o más bien los extinguió totalmente. Todavía además Sila fue jefe de las mejores facciones civiles, todavía se esforzaba por recuperar la república con las armas: de estos buenos inicios todavía no tuvo malos eventos. ¿Qué, pues, mejor pudieron hacer los ciudadanos de aquella ciudad? ¿qué más honesto? ¿qué más fiel? ¿qué más digno del parentesco romano que conservar la ciudad para la mejor causa de los romanos, y contra el parricida de la república romana cerrar las puertas? Pero en cuánto exterminio se les convirtió esto, atiéndanlo los defensores de los dioses. Desertaron los dioses a los adúlteros, y dejaron a Ilión a las llamas de los griegos para que de sus cenizas naciera una Roma más casta: ¿por qué también después desertaron de la misma ciudad pariente de los romanos, no rebelándose contra Roma, su noble hija, sino guardando la más constante y piadosa fe a sus facciones más justas; y la dejaron para ser destruida, no por los varones fuertes de los griegos, sino por el hombre más sucio de los romanos? O si desplacía a los dioses la causa de las facciones silanas, para la cual los míseros habían cerrado las puertas conservando la ciudad; ¿por qué al mismo Sila le prometían y prenunciaban tantos bienes? ¿O también por esto se reconocen aduladores de los felices más bien que defensores de los infelices? No, pues, Ilión incluso entonces, cuando era desertada por ellos, fue evertida. Pues los demonios, siempre vigilantísimos para engañar, hicieron lo que pudieron. Evertidos ciertamente e incendiados todos los simulacros junto con el pueblo, solo el de Minerva bajo tanta ruina de aquel templo, según escribe Livio, se relata que permaneció íntegro: no para que se dijera, 'Dioses patrios, bajo cuyo numen siempre está Troya', (Virgilio, Eneida, lib. 1, v. 702, 703) para su alabanza; sino para que no se dijera, 'Se marcharon todos los dioses dejando los aditamentos y aras', para su defensa. Pues se les permitió poder aquello, no de donde se probaran potentes, sino de donde se convencieran de estar presentes.

Capítulo VIII.

Si debió encomendarse Roma a los dioses ilíacos.

A los dioses ilíacos, pues, tras el documento de la misma Troya, ¿con qué prudencia finalmente se encomendó la custodia de Roma? Diría alguien que ya solían habitar en Roma cuando al expugnarla Fimbria cayó Ilión. ¿De dónde, pues, permaneció el simulacro de Minerva? Luego, si estaban en Roma cuando Fimbria destruyó Ilión - quizás estaban en Ilión cuando la misma Roma fue capturada e incendiada por los galos: pero como son agudísimos de oído y celérrimos de movimiento, a la voz del ganso regresaron pronto, para que al menos defendieran la colina Capitolina, que había quedado: pero para defender otras cosas fueron avisados más tarde para regresar.

Capítulo IX.

Si ha de creerse que los dioses prestaron aquella paz que hubo bajo el reino de Numa.

Hi etiam Numam Pompilium, successorem Romuli, adjuvisse creduntur, ut toto regni sui tempore pacem haberet, et Jani portas, quae bellis patere assolent, clauderet : eo merito scilicet, quia Romanis multa sacra constituit. Illi vero homini pro tanto otio gratulandum fuit, si modo id rebus salubribus scisset impendere, et perniciosissima curiositate neglecta, Deum verum vera pietate perquirere. Nunc autem non ei dii contulerunt illud otium; sed eum minus fortasse decepissent, si otiosum minime reperissent. Quanto enim minus eum occupatum invenerunt, tanto magis ipsi occupaverunt. Nam quid ille molitus sit, et quibus artibus deos tales sibi, vel illi civitati consociare potuerit, Varro prodit: quod si Domino placuerit, suo diligentius disseretur loco. Modo autem quia de beneficiis eorum quaestio est, magnum beneficium est pax: sed Dei veri beneficium est, plerumque etiam sicut sol, sicut pluvia vitaeque alia subsidia, super ingratos et nequam. Sed si hoc tam magnum bonum dii illi Romae vel Pompilio contulerunt, cur imperio Romano per ipsa tempora laudabiliora id nunquam postea praestiterunt? an utiliora erant sacra, cum instituerentur, quam cum instituta celebrarentur? Atqui tunc nondum erant, sed ut essent addebantur; postea vero jam erant, quae ut prodessent custodiebantur. Quid ergo est quod illi quadraginta tres, vel, ut alii volunt, triginta et novem anni in tam longa pace transacti sunt regnante Numa , et postea sacris institutis, diisque ipsis, qui eisdem sacris fuerant invitati, jam praesidibus atque tutoribus, vix post tam multos annos ab Urbe condita usque ad Augustum, unus pro magno miraculo commemoratur annus post primum bellum Punicum, quo belli portas Romani claudere potuerunt?

Caput X.

An optandum fuerit quod tanta bellorum rabie Romanorum augeretur imperium, cum eo studio, quo sub Numa auctum est, et quietum esse potuisset et tutum.

An respondent quod nisi assiduis sibique continuo succedentibus bellis Romanum imperium tam longe lateque non posset augeri, et tam grandi gloria diffamari? Idonea vero causa: ut magnum esset imperium, cur esse deberet inquietum? Nonne in corporibus hominum satius est modicum staturam cum sanitate habere, quam ad molem aliquam giganteam perpetuis afflictionibus pervenire, nec cum perveneris, requiescere, sed quanto grandioribus membris, tanto majoribus agitari malis?

A estos también se cree que ayudaron a Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, para que en todo el tiempo de su reino tuviera paz, y cerrara las puertas de Jano, que suelen estar abiertas en las guerras: por ese mérito a saber, porque constituyó muchos sacros para los romanos. Aquel hombre verdaderamente fue digno de congratulación por tanto ocio, si tan solo hubiera sabido emplearlo en cosas salubres, y, pospuesta la perniciosísima curiosidad, buscar al Dios verdadero con verdadera piedad. Ahora bien, no le confirieron los dioses aquel ocio; sino que quizás lo habrían engañado menos si mínimamente lo hubieran hallado ocioso. Pues cuanto menos ocupado lo hallaron, tanto más ellos mismos lo ocuparon. Pues qué haya intentado él, y con qué artes haya podido asociar a tales dioses para sí o para aquella ciudad, Varrón lo revela: lo cual, si pluguiera al Señor, se tratará más diligentemente en su lugar. Ahora bien, porque se trata de sus beneficios, gran beneficio es la paz: pero es beneficio del Dios verdadero, la mayoría de las veces incluso como el sol, como la lluvia y otros subsidios de la vida, sobre los ingratos y malvados. Pero si este bien tan grande aquellos dioses lo confirieron a Roma o a Pompilio, ¿por qué al imperio romano por los mismos tiempos más loables nunca después lo prestaron? ¿acaso eran más útiles los sacros cuando se instituían que cuando ya instituidos se celebraban? Y sin embargo entonces todavía no eran, sino que se añadían para que fueran; después verdaderamente ya eran, los cuales se custodiaban para que aprovecharan. ¿Qué es, pues, que aquellos cuarenta y tres, o, como otros quieren, treinta y nueve años se pasaron en tan larga paz reinando Numa, y después instituidos los sacros, y los mismos dioses, que por los mismos sacros habían sido invitados, ya presidentes y tutores, apenas tras tantos años desde la fundación de la Ciudad hasta Augusto, uno solo se conmemora como un gran milagro tras la primera guerra Púnica, en el cual los romanos pudieron cerrar las puertas de la guerra?

Capítulo X.

Si fue deseable que por tanta rabia de guerras se aumentara el imperio de los romanos, cuando con aquel estudio con que fue aumentado bajo Numa, también hubiera podido estar quieto y seguro.

¿O responden que si no fuera por asiduas y continuamente sucesivas guerras el imperio romano no podría aumentarse tan a lo largo y ancho, y difamarse con tan grande gloria? Causa idónea por cierto: ¿por qué debía estar inquieto el imperio para que fuera grande? ¿Acaso no es mejor en los cuerpos de los hombres tener una estatura módica con salud, que llegar a alguna mole gigante por perpetuas aflicciones, y no descansar cuando hayas llegado, sino ser agitado por males tanto mayores cuanto más grandes sean los miembros?

Quid autem mali esset, ac non potius plurimum boni, si ea tempora perdurarent, quae perstrinxit Sallustius, ubi ait, «Igitur initio reges (nam in terris nomen imperii id primum fuit) diversi; pars ingenium, alii corpus exercebant: etiam tum vita hominum sine cupiditate agitabatur, sua cuique satis placebant» (Sallust. in Conjuratione Catilinae, cap. 2)? An ut tam multum augeretur imperium, debuit fieri quod Virgilius detestatur, dicens: Deterior donec paulatim ac decolor aetas, Et belli rabies, et amor successit habendi? (Aeneid. lib. 8, vers. 326, 327). Sed plane pro tantis bellis susceptis et gestis justa defensio Romanorum est, quod irruentibus sibi importune inimicis resistere cogebat, non aviditas adipiscendae laudis humanae, sed necessitas tuendae salutis et libertatis. Ita sit plane. Nam postquam res eorum, sicut scribit ipse Sallustius, legibus, moribus, agris aucta, satis prospera, satisque pollens videbatur, sicuti pleraque mortalium habentur, invidia ex opulentia orta est. Igitur reges populique finitimi bello tentare, pauci ex amicis auxilio esse: nam caeteri metu perculsi a periculis aberant. At Romani domi militiaeque intenti festinare, parare, alius alium hortari, hostibus obviam ire; libertatem, patriam, parentesque armis tegere. Post ubi pericula virtute propulerant, sociis atque amicis auxilia portabant, magisque dandis quam accipiendis beneficiis amicitias parabant (Sallust. in Conjuratione Catilinae, cap. 6). Decenter his artibus Roma crevit. Sed regnante Numa, ut tam longa pax esset, utrum irruebant improbi belloque tentabant; an nihil eorum fiebat, ut posset pax illa persistere? Si enim bellis etiam tum Roma lacessebatur, nec armis arma obvia ferebantur: quibus modis agebatur, ut nulla pugna superati, nullo martio impetu territi sedarentur inimici; his modis semper ageretur, et semper Roma clausis Jani portis pacata regnaret. Quod si in potestate non fuit, non ergo Roma pacem habuit quamdiu dii eorum, sed quamdiu homines finitimi circumquaque voluerunt, qui eam nullo bello provocaverunt: nisi forte dii tales etiam id homini vendere audebunt, quod alius homo voluit sive noluit. Interest quidem jam vitio proprio, malas mentes quatenus sinantur isti daemones vel terrere vel excitare: sed si semper hoc possent, nec aliud secretiore ac superiore potestate contra eorum conatum saepe aliter ageretur, semper in potestate haberent paces bellicasque victorias, quae semper fere per humanorum animorum motus accidunt: quas tamen plerumque contra eorum fieri voluntatem, non solum fabulae multa mentientes, et vix veri aliquid vel indicantes vel significantes, sed etiam ipsa Romana confitetur historia.

¿Pero qué mal habría, y no más bien muchísimo bien, si perduraran aquellos tiempos que esbozó Salustio, donde dice: «Por tanto, al principio los reyes (pues en las tierras ese fue el primer nombre del imperio) fueron diversos; unos ejercitaban el ingenio, otros el cuerpo: incluso entonces la vida de los hombres se agitaba sin codicia, a cada uno le bastaban sus propias cosas» (Salustio, En la Conjuración de Catilina, cap. 2)? ¿O para que tanto se aumentara el imperio, debió hacerse lo que Virgilio detesta, diciendo: «Hasta que poco a poco una edad peor y descolorida, y la rabia de la guerra, y el amor de poseer sucedieron» (Eneida, lib. 8, vers. 326, 327)? Pero plenamente para tantas guerras emprendidas y gestadas, justa defensa de los romanos es que los obligaba a resistir a los enemigos que irrumpían importunamente sobre ellos, no la avidez de alcanzar la alabanza humana, sino la necesidad de proteger la salud y la libertad. Sea así plenamente. Pues después que sus cosas, como escribe el mismo Salustio, aumentadas por leyes, costumbres y campos, parecían bastante prósperas y bastante potentes, como se consideran la mayoría de las cosas mortales, nació la envidia de la opulencia. Por tanto, los reyes y pueblos limítrofes los tentaron con la guerra, pocos de los amigos fueron de auxilio: pues los demás, heridos por el miedo, estaban lejos de los peligros. Pero los romanos, intentos en casa y en la milicia, se apresuraban, preparaban, se exhortaban unos a otros, iban al encuentro de los enemigos; protegían con las armas la libertad, la patria y a los padres. Después, cuando habían repelido los peligros con su virtud, llevaban auxilios a los socios y amigos, y preparaban las amistades más dando que recibiendo beneficios (Salustio, En la Conjuración de Catilina, cap. 6). Decentemente con estas artes creció Roma. Pero reinando Numa, para que hubiera tan larga paz, ¿acaso irrumpían los réprobos y los tentaban con la guerra; o no se hacía nada de eso, para que pudiera persistir aquella paz? Pues si incluso entonces Roma era provocada por guerras, y no se llevaban armas al encuentro de las armas: ¿por qué modos se hacía, que sin ser vencidos en ninguna batalla, ni aterrados por ningún ímpetu marciano se sosegaran los enemigos? Por estos modos siempre se hiciera, y siempre reinara Roma pacificada con las puertas de Jano cerradas. Que si no estuvo en su potestad, no tuvo por tanto Roma paz mientras sus dioses quisieron, sino mientras los hombres limítrofes de alrededor quisieron, quienes con ninguna guerra la provocaron: a no ser que por ventura tales dioses se atrevan incluso a vender al hombre aquello que otro hombre quiso o no quiso. Interesa ciertamente ya por vicio propio, hasta qué punto se permita a estos demonios o aterrar o excitar las mentes malas: pero si siempre pudieran esto, y no se hiciera a menudo de otro modo contra su intento por otra potestad más secreta y superior, siempre tendrían en su potestad las paces y las victorias bélicas, las cuales ocurren casi siempre por los movimientos de los ánimos humanos: las cuales, sin embargo, la misma historia romana confiesa que se hicieron la mayoría de las veces contra la voluntad de ellos, no solo las fábulas que mienten mucho, y apenas indican o significan algo de verdad.

Caput XI.

De simulacro Cumani Apollinis, cujus fletus creditus est cladem Graecorum, quibus opitulari non poterat, indicare.

Neque enim aliunde Apollo ille Cumanus, cum adversus Achaeos regemque Aristonicum bellaretur, quatriduo flevisse nuntiatus est : quo prodigio aruspices territi, cum id simulacrum in mare putavissent esse projiciendum, Cumani senes intercesserunt, atque retulerunt tale prodigium et Antiochi et Persae bello in eodem apparuisse figmento: et quia Romanis feliciter provenisset, ex senatusconsulto eidem Apollini suo dona esse missa testati sunt. Tunc velut peritiores acciti aruspices responderunt, simulacri Apollinis fletum ideo prosperum esse Romanis, quoniam Cumana colonia Graeca esset , suisque terris, unde accitus esset, id est ipsi Graeciae, luctum et cladem Apollinem significasse plorantem. Deinde mox regem Aristonicum victum et captum esse, nuntiatum est; quem vinci utique Apollo nolebat et dolebat, et hoc sui lapidis etiam lacrymis indicabat. Unde non usquequaque incongrue, quamvis fabulosis, tamen veritati similibus, mores daemonum describuntur carminibus poetarum. Nam Camillam Diana doluit apud Virgilium, et Pallantem moriturum Hercules flevit . Hinc fortassis et Numa Pompilius pace abundans, sed quo donante nesciens, nec requirens; cum cogitaret otiosus, quibusnam diis tuendam Romanam salutem regnumque committeret, nec verum illum atque omnipotentem summum Deum curare opinaretur ista terrena, atque recoleret Trojanos deos, quos Aeneas advexerat, neque Trojanum, neque Laviniense ab ipso Aenea conditum regnum diu conservare potuisse, alios providendos existimavit, quos illis prioribus (sive qui cum Romulo jam Romam transierant, sive quandoque Alba eversa fuerant transituri) vel tanquam fugitivis custodes adhiberet, vel tanquam invalidis adjutores.

Caput XII.

Quantos sibi deos Romani praeter constitutionem Numae adjecerint, quorum eos numerositas nihil juverit.

Capítulo XI.

Del simulacro del Apolo Cumano, cuyo llanto se creyó que indicaba la derrota de los griegos, a quienes no podía auxiliar.

Pues no de otra parte aquel Apolo Cumano, cuando se guerreaba contra los aqueos y el rey Aristónico, se anunció que había llorado durante cuatro días: por cuyo prodigio aterrados los arúspices (aruspices), habiendo pensado que aquel simulacro debía ser arrojado al mar, los ancianos cumanos intercedieron, y refirieron que tal prodigio había aparecido en el mismo simulacro tanto en la guerra de Antíoco como en la del Persa: y porque para los romanos había resultado felizmente, testificaron que por decreto del senado se habían enviado dones al mismo Apolo suyo. Entonces, llamados los arúspices como más peritos, respondieron que el llanto del simulacro de Apolo era por eso próspero para los romanos, porque la colonia cumana era griega, y que Apolo llorando había significado luto y derrota a sus propias tierras de donde había sido llamado, esto es, a la misma Grecia. Después pronto se anunció que el rey Aristónico había sido vencido y capturado; a quien ciertamente Apolo no quería que fuera vencido y le dolía, y esto lo indicaba incluso con las lágrimas de su piedra. De donde no del todo incongruentemente, aunque fabulosas, sin embargo semejantes a la verdad, se describen las costumbres de los demonios en los cantos de los poetas. Pues Diana dolió por Camila en Virgilio, y Hércules lloró a Palante que iba a morir. De aquí tal vez también Numa Pompilio, abundando en paz, pero no sabiendo por don de quién, ni requiriendo; cuando pensaba ocioso a qué dioses encomendaría la protección de la salud romana y el reino, y no opinaba que aquel verdadero y omnipotente sumo Dios cuidara estas cosas terrenas, y recordaba que los dioses troyanos, que Eneas había traído, no habían podido conservar por mucho tiempo ni el reino troyano, ni el laviniense fundado por el mismo Eneas, juzgó que debían proveerse otros, a los cuales empleara, o bien como custodios de aquellos primeros (ya fueran los que con Rómulo ya habían pasado a Roma, o los que alguna vez destruida Alba habían de pasar), como si de fugitivos se tratara, o bien como ayudantes como si de inválidos.

Capítulo XII.

Cuántos dioses se añadieron los romanos además de la constitución de Numa, cuya numerosidad nada les aprovechó.

Nec his sacris tamen Roma dignata est esse contenta, quae tam multa illic Pompilius constituerat: nam ipsius summum templum nondum habebat Jovis. Rex quippe Tarquinius ibi Capitolium fabricavit. Aesculapius autem ab Epidauro ambivit Romam , ut peritissimus medicus in urbe nobilissima artem gloriosius exerceret . Mater etiam deûm nescio unde, a Pessinunte . Indignum enim erat, ut cum ejus filius jam colli Capitolino praesideret, adhuc ipsa in loco ignobili latitaret. Quae tamen si omnium deorum mater est, non solum secuta est Romam quosdam filios suos, verum et alios praecessit etiam secuturos. Miror sane, si ipsa peperit Cynocephalum, qui longe postea venit ex Aegypto. Utrum etiam dea Febris ex illa nata sit, viderit Aesculapius pronepos ejus. sed undecumque nata sit, non (opinor) audebunt eam ignobilem dicere dii peregrini deam civem Romanam. Sub hoc tot deorum praesidio, quos numerare quis potest, indigenas et alienigenas, coelites, terrestres, infernos, marinos, fontanos, fluviales ; et, ut Varro dicit, certos atque incertos, in omnibusque generibus deorum, sicut in animalibus, mares et feminas? sub hoc ergo tot deorum praesidio constituta Roma, non tam magnis et horrendis cladibus, quales ex multis paucas commemorabo, agitari affligique debuit. Nimis enim multos deos grandi fumo suo , tanquam signo dato, ad tuitionem congregaverat; quibus templa, altaria, sacrificia, sacerdotes instituendo atque praebendo, summum verum Deum, cui uni haec rite gesta debentur, offenderet. Et felicior quidem cum paucioribus vixit: sed quanto major facta est, sicut navis nautas, tanto plures adhibendos putavit; credo, desperans pauciores illos, sub quibus in comparatione pejoris vitae melius vixerat, non sufficere ad opitulandum granditati suae. Primo enim sub ipsis regibus, excepto Numa Pompilio, de quo jam supra locutus sum, quantum malum discordiosi certaminis fuit, quod fratrem Romuli coegit occidi?

Caput XIII.

Quo Jure, quo foedere Romani obtinuerint prima conjugia.

Ni con estos sacros, sin embargo, se dignó Roma estar contenta, que tantos allí Pompilio había constituido: pues aún no tenía el sumo templo del mismo Júpiter. Pues el rey Tarquino fabricó allí el Capitolio. Esculapio (Aesculapius), además, anduvo de Epidauro a Roma, para que como peritísimo médico en la ciudad nobilísima ejerciera su arte más gloriosamente. También la Madre de los dioses (Mater deûm), no sé de dónde, de Pesinunte. Pues era indigno que cuando su hijo ya presidía el collado Capitolino, todavía ella misma estuviera oculta en un lugar innoble. La cual, sin embargo, si es la madre de todos los dioses, no solo siguió a Roma a algunos hijos suyos, sino que incluso precedió a otros que habían de seguirla. Me maravillo por cierto, si ella misma parió a Cinocéfalo (Cynocephalum), que mucho después vino de Egipto. Si también la diosa Fiebre (dea Febris) nació de ella, lo vea Esculapio su bisnieto. Pero de dondequiera que haya nacido, no (pienso) se atreverán a decir que es innoble los dioses peregrinos a una diosa ciudadana romana. ¿Bajo este patrocinio de tantos dioses, que quién los puede numerar, indígenas y ajenos, celestes, terrestres, infernales, marinos, de las fuentes, de los ríos; y, como dice Varrón, ciertos e inciertos, y en todos los géneros de dioses, al igual que en los animales, machos y hembras? Bajo este patrocinio, pues, de tantos dioses constituida Roma, no debió ser agitada y afligida por tan grandes y horrendas derrotas, de las cuales conmemoraré unas pocas de muchas. Pues demasiados dioses con su gran humo, como por una señal dada, había congregado para su protección; a los cuales instituyendo y ofreciendo templos, aras, sacrificios, sacerdotes, ofendería al sumo Dios verdadero, a quien solo se deben estas cosas rectamente hechas. Y más feliz ciertamente vivió con menos: pero cuanto más grande se hizo, como una nave a los marineros, tanto más pensó que debían emplearse; creo, desesperando que aquellos menos, bajo los cuales en comparación de una vida peor había vivido mejor, no fueran suficientes para auxiliar a su grandeza. Pues primero bajo los mismos reyes, exceptuado Numa Pompilio, de quien ya arriba he hablado, ¿cuán grande mal fue la discordiosa contienda, que obligó a que el hermano de Rómulo fuera muerto?

Capítulo XIII.

Por qué derecho, por qué pacto los romanos obtuvieron sus primeros matrimonios.

Quomodo nec Juno, quae cum Jove suo jam fovebat Romanos rerum dominos, gentemque togatam, (Aeneid. lib. 1, vers. 281, 282.) nec Venus ipsa Aeneidas suos potuit adjuvare, ut bono et aequo more conjugia mererentur, cladesque tanta irruit hujus inopiae, ut ea dolo raperent, moxque compellerentur pugnare cum soceris; ut miserae feminae nondum ex injuria maritis conciliatae, jam parentum sanguine dotarentur? At enim vicerunt in hac conflictione Romani vicinos suos. Quantis et quam multis utrimque vulneribus et funeribus tam propinquorum et confinium istae victoriae constiterunt? Propter unum Caesarem socerum et unum generum ejus Pompeium, jam mortua Caesaris filia, uxore Pompeii, quanto et quam justo doloris instinctu Lucanus exclamat, Bella per Emathios plus quam civilia campos, Jusque datum sceleri canimus! (Lucan. lib. 1, vers. 1, 2.) Vicerunt ergo Romani, ut strage socerorum manibus cruentis ab eorum filiabus amplexus miserabiles extorquerent; nec illae auderent flere patres occisos, ne offenderent victores maritos; quae adhuc illis pugnantibus, pro quibus facerent vota nesciebant . Talibus nuptiis populum Romanum non Venus, sed Bellona donavit : aut fortassis Alecto illa infernalis furia , jam eis favente Junone, plus in illos habuit licentiae, quam cum ejus precibus contra Aenean fuerat excitata . Andromacha felicius captivata est, quam illa conjugia Romana nupserunt : licet serviles, tamen post ejus amplexus nullum Trojanorum Pyrrhus occidit. Romani autem soceros interficiebant in praeliis, quorum jam filias amplexabantur in thalamis. Illa victori subdita, dolere tantum suorum mortem potuit, non timere: illae sociatae bellantibus, parentum suorum mortes procedentibus viris timebant, redeuntibus dolebant, nec timorem habentes liberum, nec dolorem. Nam propter interitum civium, propinquorum, fratrum, parentum, aut pie cruciabantur, aut crudeliter laetabantur victoriis maritorum. Huc accedebat quod, ut sunt alterna bellorum, aliquae parentum ferro amiserunt viros, aliquae utrorumque ferro et parentes et viros: neque enim et apud Romanos parva fuerunt illa discrimina. Siquidem ad obsidionem quoque perventum est civitatis, clausisque portis se tuebantur: quibus dolo apertis, admissisque hostibus intra moenia, in ipso foro scelerata et nimis atrox inter generos socerosque pugna commissa est . Et raptores illi etiam superabantur; et crebro fugientes intra domos suas, gravius foedabant pristinas, quamvis et ipsas pudendas lugendasque victorias . Hic tamen Romulus de suorum jam virtute desperans, Jovem rogavit ut starent: atque ille hac occasione nomen Statoris invenit.

¿Cómo ni Juno, que con su Júpiter ya fomentaba a los romanos, señores de las cosas y gente togada (Eneida, lib. 1, vers. 281, 282), ni la misma Venus pudo ayudar a sus Enéadas, para que merecieran matrimonios por buena y equitativa costumbre, e irrumpió tanta derrota por esta penuria, que las raptaran con dolo, y pronto fueran compelidos a luchar con sus suegros; de modo que las míseras mujeres aún no conciliadas con sus maridos por la injuria, ya fueran dotadas con la sangre de sus padres? Pero por cierto vencieron en esta conflictiva los romanos a sus vecinos. ¿Con cuántas y cuán muchas heridas y funerales de tan allegados y limítrofes constaron aquellas victorias? Por causa de un solo suegro César y un solo yerno suyo Pompeyo, muerta ya la hija de César, esposa de Pompeyo, ¿con cuánto y cuán justo instinto de dolor exclama Lucano: «¡Guerras más que civiles por los campos Ematios, y el derecho dado al crimen cantamos!» (Lucano, lib. 1, vers. 1, 2.) Vencieron, pues, los romanos, para que con manos cruentas de la matanza de los suegros extorsionaran abrazos miserables de sus hijas; ni osaran aquellas llorar a los padres muertos, por no ofender a los maridos vencedores; las cuales aún luchando aquellos, no sabían por quiénes hicieran sus votos. Con tales nupcias no Venus, sino Belona (Bellona) dotó al pueblo romano: o tal vez aquella Alecto (Alecto) infernal furia, ya favoreciéndolos Juno, tuvo más licencia en ellos, que cuando con sus preces contra Eneas había sido excitada. Andrómaca (Andromacha) más felizmente fue cautivada, que aquellas nupcias romanas se casaron: aunque serviles, sin embargo tras sus abrazos Pirro no mató a ninguno de los troyanos. Pero los romanos mataban a los suegros en las batallas, cuyas hijas ya abrazaban en los tálamos. Aquella súbdita al vencedor, solo pudo doler la muerte de los suyos, no temerla: ellas asociadas a los que guerreaban, temían las muertes de sus padres al marchar los varones, dolían al regresar, no teniendo ni temor libre, ni dolor. Pues por el exterminio de ciudadanos, parientes, hermanos, padres, o piadosamente se atormentaban, o cruelmente se alegraban con las victorias de sus maridos. A esto se añadía que, como son las alternancias de las guerras, algunas por el hierro de los padres perdieron a los varones, algunas por el hierro de ambos perdieron tanto a los padres como a los varones: por cuanto tampoco en los romanos fueron pequeños aquellos riesgos. Por cuanto incluso se llegó al asedio de la ciudad, y con las puertas cerradas se protegían: las cuales abiertas por dolo, y admitidos los enemigos dentro de los muros, en el mismo foro se cometió una malvada y demasiado atroz lucha entre yernos y suegros. E incluso aquellos raptores eran superados; y frecuentemente huyendo dentro de sus casas, afeaban sus antiguas victorias más gravemente, aunque también ellas fueran vergonzosas y lamentables. Aquí, sin embargo, Rómulo desesperando ya de la virtud de los suyos, rogó a Júpiter que se detuvieran: y él por esta ocasión halló el nombre de Estator (Stator).

Nec finis esset tanti mali, nisi raptae illae laceratis crinibus emicarent, et provolutae parentibus, iram eorum justissimam, non armis victricibus, sed supplici pietate sedarent . Deinde Titum Tatium, regem Sabinorum, socium regni Romulus ferre compulsus est, Germani consortis impatiens: sed quando et istum diu toleraret, qui fratrem geminumque non pertulit? Unde et ipso interfecto, ut major deus esset, regnum solus obtinuit . Quae sunt ista jura nuptiarum, quae irritamenta bellorum, quae foedera germanitatis, affinitatis, societatis, divinitatis? quae postremo sub tot diis tutoribus vita civitatis? Vides quanta hinc dici et quam multa possent, nisi quae supersunt nostra curaret intentio, et sermo in alia festinaret.

Caput XIV.

De impietate belli quod Albanis Romani intulerunt, et de victoria dominandi libidine adepta.

1. Quid deinde post Numam sub aliis regibus? Quanto malo, non solum suo, sed etiam Romanorum, in bellum Albani provocati sunt! quia videlicet pax Numae tam longa viluerat. Quam crebrae strages Romani Albanique exercitus fuerunt, et utriusque comminutio civitatis! Alba namque illa, quam filius Aeneae creavit Ascanius, Romae mater propior ipsa quam Troja, a Tullo Hostilio rege provocata conflixit: confligens autem et afflicta est, et afflixit, donec multorum taederet pari defectione certaminum. Tunc eventum belli de tergeminis hinc atque inde fratribus placuit experiri: a Romanis tres Horatii, ab Albanis autem tres Curiatii processerunt; a Curiatiis tribus Horatii duo, ab uno autem Horatio tres Curiatii superati et exstincti sunt . Ita Roma exstitit victrix, ea clade etiam in certamine extremo, ut de sex vivis unus rediret domum. Cui damnum in utrisque? cui luctus, nisi Aeneae stirpi, nisi Ascanii posteris, nisi proli Veneris, nisi nepotibus Jovis ? nam et hoc plus quam civile bellum fuit, quando filia civitas cum civitate matre pugnavit. Accessit aliud huic tergeminorum pugnae ultimae atrox atque horrendum malum. Nam ut erant ambo populi prius amici (vicini quippe atque cognati), uni Curiatiorum desponsata fuerat Horatiorum soror: haec posteaquam sponsi spolia in victore fratre conspexit, ab eodem fratre, quoniam flevit, occisa est. Humanior hujus unius feminae, quam universi populi Romani, mihi fuisse videtur affectus. Illa quem virum jam fide media retinebat, aut forte etiam ipsum fratrem dolens qui eum occiderat cui sororem promiserat, puto quod non culpabiliter fleverit.

Ni habría fin de tanto mal, si aquellas raptadas con los cabellos desgarrados no saltaran en medio, y prostradas ante sus padres, calmaran su ira justísima, no con armas victoriosas, sino con suplicante piedad. Después a Tito Tacio, rey de los sabinos, Rómulo fue compelido a tener como socio del reino, impaciente de un hermano como consorte: ¿pero cuándo toleraría a este por mucho tiempo, quien no soportó a un hermano y gemelo? De donde muerto también este, para que fuera un dios mayor, obtuvo él solo el reino. ¿Qué derechos son esos de nupcias, qué incitamentos de guerras, qué pactos de hermandad, afinidad, sociedad, divinidad? ¿qué vida de la ciudad, por último, bajo tantos dioses tutores? Ves cuántas cosas de aquí y cuán muchas podrían decirse, si no cuidara nuestra intención lo que resta, y el sermón se apresurara a otras cosas.

Capítulo XIV.

De la impiedad de la guerra que los romanos llevaron contra los albanos, y de la victoria alcanzada por la libido de dominar.

1. ¿Qué pues después de Numa bajo los otros reyes? ¡Con cuánta maldad, no solo suya, sino también de los romanos, fueron provocados los albanos a la guerra! porque a saber la paz de Numa tan larga se había envilecido. ¡Cuán frecuentes fueron las matanzas del ejército romano y albano, y el quebrantamiento de ambas ciudades! Pues aquella Alba, que Ascanio el hijo de Eneas creó, madre para Roma más cercana ella misma que Troya, provocada por el rey Tulio Hostilio entró en conflicto: y en conflicto tanto fue afligida, como afligió, hasta que a muchos cansara por la par defección de los certámenes. Entonces plugo experimentar el evento de la guerra por tres hermanos de aquí y de allá: por los romanos tres Horacios (Horatii), y por los albanos tres Curiacios (Curiatii) salieron; de los tres Curiacios dos Horacios fueron vencidos y extinguidos, pero por un solo Horacio los tres Curiacios fueron vencidos y extinguidos. Así Roma resultó vencedora, con aquella derrota incluso en el certamen extremo, que de seis vivos uno solo volviera a casa. ¿Para quién el daño en ambos? ¿para quién el luto, sino para la estirpe de Eneas, sino para los pósteros de Ascanio, sino para la prole de Venus, sino para los nietos de Júpiter? Pues incluso esta fue más que una guerra civil, cuando la ciudad hija luchó con la ciudad madre. Se añadió otro mal atroz y horrendo a esta última lucha de los tres hermanos. Pues como eran ambos pueblos antes amigos (vecinos por cierto y parientes), a uno de los Curiacios había sido desposada la hermana de los Horacios: esta, después que vio los despojos del esposo en su hermano vencedor, por el mismo hermano, porque lloró, fue muerta. Más humano me parece haber sido el afecto de esta sola mujer, que el de todo el pueblo romano. Aquel a quien ya por una fe mediada retenía como varón, o tal vez doliendo también por el mismo hermano que había matado a aquel a quien había prometido a su hermana, pienso que no culpablemente lloró.

Unde enim apud Virgilium pius Aeneas laudabiliter dolet hostem etiam sua peremptum manu ? unde Marcellus Syracusanam civitatem, recolens ejus paulo ante culmen et gloriam sub manus suas subito concidisse, communem cogitans conditionem flendo miseratus est ? Quaeso ab humano impetremus affectu, ut femina sponsum suum a fratre suo peremptum sine crimine fleverit, si viri hostes a se victos etiam cum laude fleverunt. Ergo sponso a fratre illatam mortem quando femina illa flebat, tunc se contra matrem civitatem tanta strage bellasse, et tanta hinc et inde cognati cruoris effusione vicisse, Roma gaudebat.

2. Quid mihi obtenditur nomen laudis, nomenque victoriae? Remotis obstaculis insanae opinionis facinora nuda cernantur, nuda pensentur, nuda judicentur. Causa dicatur Albae, sicut Trojae adulterium dicebatur. Nulla talis, nulla similis invenitur: tantum ut resides moveret Tullus in arma viros, et jam desueta triumphis Agmina (Aeneid. lib. 6, vers. 814, 815.) Illo itaque vitio tantum scelus perpetratum est socialis belli atque cognati. Quod vitium Sallustius magnum transeunter attingit. Cum enim laudans breviter antiquiora commemorasset tempora, quando vita hominum sine cupiditate agitabatur, et sua cuique satis placebant: «Postea vero,» inquit, «quam in Asia Cyrus, in Graecia Lacaedemonii atque Athenienses coepere urbes atque nationes subigere, libidinem dominandi causam belli habere, maximam gloriam in maximo imperio putare» (Sallust. in Catil. cap. 2): et caetera quae ipse instituerat dicere. Mihi hucusque satis sit ejus verba posuisse. Libido ista dominandi magnis malis agitat et conterit humanum genus. Hac libidine Roma tunc victa Albam se vicisse triumphabat, et sui sceleris laudem gloriam nominabat. Quoniam laudatur, inquit Scriptura nostra, peccator in desideriis animae suae; et qui iniqua gerit, benedicitur (Psal. X, 3). Fallacia igitur tegmina, et deceptoriae dealbationes auferantur a rebus, ut sincero inspiciantur examine. Nemo mihi dicat, Magnus ille atque ille, quia cum illo et illo pugnavit, et vicit. Pugnant etiam gladiatores, vincunt et ipsi: habet praemia laudis et illa crudelitas. Sed puto esse satius cujuslibet inertiae poenas luere, quam illorum armorum gloriam quaerere. Et tamen si in arenam procederent pugnaturi inter se gladiatores, quorum alter filius, alter pater esset, tale spectaculum quis ferret? quis non auferret? Quomodo ergo gloriosum alterius matris, alterius filiae civitatis, inter se armorum potuit esse certamen? An ideo diversum fuit, quod arena illa non fuit, et latiores campi non duorum gladiatorum, sed in duobus populis multorum funeribus implebantur; nec amphitheatro cingebantur illa certamina, sed universo orbe, et tunc vivis, et posteris, quousque ista fama porrigitur, impium spectaculum praebebatur?

Pues ¿de dónde en Virgilio el piadoso Eneas laudablemente duele al enemigo incluso muerto por su mano? ¿de dónde Marcelo, recordando que la ciudad siracusana, su cumbre y gloria poco antes, había caído súbitamente bajo sus manos, pensando la condición común, llorando se compadeció? Ruego que alcancemos del afecto humano, que una mujer haya llorado a su esposo muerto por su hermano sin crimen, si varones lloraron a los enemigos por ellos vencidos incluso con alabanza. Por tanto, cuando aquella mujer lloraba la muerte inferida a su esposo por su hermano, Roma se alegraba de haber guerreado contra su madre ciudad con tanta matanza, y de haber vencido con tanta efusión de sangre pariente de aquí y de allá.

2. ¿Por qué se me pretende el nombre de la alabanza, y el nombre de la victoria? Removidos los obstáculos de la insana opinión, véanse los facinerosos actos desnudos, sopesense desnudos, júzguense desnudos. Dígase la causa de Alba, como se decía el adulterio de Troya. Ninguna tal, ninguna semejante se encuentra: solo para que Tulio moviera «a los hombres residentes a las armas, y a las filas desacostumbradas a los triunfos» (Eneida, lib. 6, vers. 814, 815). Por aquel vicio, pues, tanto escándalo se perpetró de guerra social y de parientes. Vicio que Salustio toca de paso como grande. Pues habiendo conmemorado brevemente, alabando, los tiempos más antiguos, cuando la vida de los hombres se agitaba sin codicia, y a cada uno le bastaban sus cosas: «Pero después», dice, «que en Asia Ciro, en Grecia los lacedemonios y atenienses empezaron a subyugar ciudades y naciones, a tener la libido de dominar (libido dominandi) como causa de guerra, a poner la máxima gloria en el máximo imperio» (Salustio, En Catilina, cap. 2): y lo demás que él mismo había instituido decir. Básteme hasta aquí haber puesto sus palabras. Esa libido de dominar agita y desgasta con grandes males al género humano. Por esta libido Roma, entonces vencida, triunfaba de haber vencido a Alba, y llamaba gloria a la alabanza de su propio crimen. «Puesto que es alabado», dice nuestra Escritura, «el pecador en los deseos de su alma; y el que obra iniquidades es bendecido» (Salmo X, 3). Por tanto, quítense los falaces velos y los engañosos blanqueos de las cosas, para que sean inspeccionadas con sincero examen. Nadie me diga: Grande aquel y aquel, porque con aquel y aquel luchó, y venció. Luchan también los gladiadores, vencen también ellos: tiene premios de alabanza también aquella crueldad. Pero pienso que es mejor sufrir las penas de cualquier inercia, que buscar la gloria de aquellas armas. Y sin embargo, si salieran a la arena a luchar entre sí gladiadores, de los cuales uno fuera hijo y el otro padre, ¿quién soportaría tal espectáculo? ¿quién no lo quitaría? ¿Cómo, pues, pudo ser glorioso el certamen de armas entre una ciudad madre y otra hija? ¿O acaso fue diferente porque aquello no fue una arena, y campos más anchos se llenaban con los funerales no de dos gladiadores, sino de muchos en dos pueblos; ni se ceñían por un anfiteatro aquellos certámenes, sino por el universo orbe, y entonces se ofrecía un impío espectáculo a los vivos y a los pósteros, hasta donde se extiende aquella fama?

3. Vim tamen patiebantur studii sui dii illi praesides imperii Romani, et talium certaminum tanquam theatrici spectatores, donec Horatiorum soror propter Curiatios tres peremptos etiam ipsa tertia ex altera parte fraterno ferro duobus fratribus adderetur, ne minus haberet mortium etiam Roma quae vicerat. Deinde ad fructum victoriae Alba subversa est: ubi post Ilium, quod Graeci everterunt, et post Lavinium, ubi Aeneas regnum peregrinum atque fugitivum constituerat , tertio loco habitaverant numina illa Trojana. Sed more suo etiam inde jam fortasse migraverant; ideo deleta est. Discesserant videlicet «omnes adytis arisque relictis dii, quibus imperium illud steterat.» Discesserant sane ecce jam tertio, ut eis quarta Roma providentissime crederetur. Displicuerat enim et Alba, ubi Amulius expulso fratre , et Roma placuerat, ubi Romulus occiso fratre regnaverat. Sed antequam Alba dirueretur, transfusus est, inquiunt, populus ejus in Romam, ut ex utraque una civitas fieret. Esto, ita factum sit: urbs tamen illa, Ascanii regnum et tertium domicilium Trojanorum deorum, ab urbe filia mater eversa est. Ut autem belli reliquiae e duobus populis unum facerent miserabile coagulum, multus ante fusus utriusque sanguis fuit. Quid jam singillatim dicam sub caeteris regibus toties eadem bella renovata, quae victoriis finita videbantur, et tantis stragibus iterum iterumque confecta, iterum iterumque post foedus et pacem inter generos et soceros et eorum stirpem posterosque repetita? Non parvum indicium calamitatis hujus fuit, quod portas belli nullus clausit illorum. Nullus ergo illorum sub tot diis praesidibus in pace regnavit.

Caput XV.

Qualis Romanorum regum vita atque exitus fuerit.

1. Ipsorum autem regum qui exitus fuerunt? De Romulo viderit adulatio fabulosa, qua perhibetur receptus in coelum: viderint quidam scriptores eorum, qui eum propter ferocitatem a senatu discerptum esse dixerunt, subornatumque nescio quem Julium Proculum, qui eum sibi apparuisse diceret, eumque per se populo mandasse Romano, ut inter numina coleretur; eoque modo populum, qui contra senatum intumescere coeperat, repressum atque sedatum . Acciderat enim et solis defectio, quam certa ratione sui cursus effectam imperita nesciens multitudo meritis Romuli tribuebat.

3. Sin embargo, padecían la fuerza de su propio estudio aquellos dioses presidentes del imperio romano, y como espectadores teatrales de tales certámenes, hasta que la hermana de los Horacios, por causa de los tres Curiacios muertos, también ella misma fuera añadida como tercera por la otra parte por el hierro fraterno a los dos hermanos, para que no tuviera menos muertes incluso Roma que había vencido. Después para fruto de la victoria Alba fue destruida: donde después de Ilión, que los griegos destruyeron, y después de Lavinio, donde Eneas había constituido un reino peregrino y fugitivo, en tercer lugar habían habitado aquellos numenes troyanos. Pero por su costumbre también de allí tal vez ya habían emigrado; por eso fue borrada. Se habían marchado a saber «todos los dioses, dejados los santuarios y las aras, por los cuales aquel imperio se había mantenido». Se habían marchado ciertamente, he aquí ya por tercera vez, para que se les confiara providencialísimamente la cuarta Roma. Pues les había disgustado también Alba, donde Amulio reinó expulsado su hermano, y les había pluguierdo Roma, donde Rómulo reinó muerto su hermano. Pero antes de que Alba fuera derruida, fue trasvasado, dicen, su pueblo a Roma, para que de ambas se hiciera una sola ciudad. Sea, así se haya hecho: sin embargo aquella ciudad, reino de Ascanio y tercer domicilio de los dioses troyanos, por la ciudad hija la madre fue destruida. Pero para que las reliquias de la guerra de dos pueblos hicieran un solo miserable coágulo, mucha sangre de ambos fue derramada antes. ¿Qué diré ya singularmente bajo los otros reyes tantas veces renovadas las mismas guerras, que parecían terminadas por las victorias, y otra vez y otra vez concluidas con tales matanzas, otra vez y otra vez tras el pacto y la paz entre yernos y suegros y su estirpe y pósteros repetidas? No pequeño indicio de esta calamidad fue que ninguno de ellos cerró las puertas de la guerra. Ninguno de ellos, pues, bajo tantos dioses presidentes reinó en paz.

Capítulo XV.

Cuál fue la vida y el fin de los reyes romanos.

1. ¿Y de los mismos reyes cuáles fueron los fines? De Rómulo véalo la adulación fabulosa, por la cual se pretende que fue recibido en el cielo: véanlo ciertos escritores suyos, que dijeron que él por su ferocidad fue despedazado por el senado, y que se sobornó a un tal Julio Próculo (Julius Proculus), que dijera que se le había aparecido, y que por él había mandado al pueblo romano que fuera cultivado entre los númenes; y de ese modo el pueblo, que contra el senado había empezado a hincharse, fue reprimido y sosegado. Pues había ocurrido también un eclipse de sol, que la multitud ignorante e inexperta, no sabiendo que se había efectuado por cierta razón de su curso, atribuía a los méritos de Rómulo.

Quasi vero si luctus ille solis fuisset, non magis ideo credi deberet occisus, ipsumque scelus aversione etiam diurni luminis indicatum: sicut revera factum est, cum Dominus crucifixus est crudelitate atque impietate Judaeorum (Luc. XXIII, 45). Quam solis obscurationem non ex canonico siderum cursu accidisse, satis ostendit, quod tunc erat pascha Judaeorum; nam plena luna solemniter agitur: regularis autem solis defectio non nisi lunae fine contingit. Satis et Cicero illam inter deos Romuli receptionem putatam magis significat esse, quam factam, quando et laudans eum in libris de Republica (L. 2, c. 10), Scipionisque sermone: «Tantum est,» inquit, «consecutus, ut cum subito sole obscurato non comparuisset, deorum in numero collocatus putaretur: quam opinionem nemo unquam mortalis assequi potuit sine eximia virtutis gloria.» Quod autem dicit, eum subito non comparuisset, profecto ibi intelligitur aut violentia tempestatis, aut caedis facinorisque secretum. Nam et alii scriptores eorum defectioni solis addunt etiam subitam tempestatem, quae profecto aut occasionem sceleri praebuit, aut Romulum ipsa consumpsit. De Tullo quippe etiam Hostilio, qui tertius a Romulo rex fuit, qui et ipse fulmine absumptus est, dicit in eisdem libris idem Cicero, propterea et istum non creditum in deos receptum tali morte, quia fortasse quod erat in Romulo probatum (id est persuasum) Romani vulgare noluerunt, id est vile facere, si hoc et alteri facile tribueretur . Dicit etiam aperte in Invectivis, «Illum qui hanc urbem condidit, Romulum ad deos immortales benevolentia famaque sustulimus» (Orat. 3 in Catilinam, cap. 1): ut non vere factum sed propter merita virtutis ejus benevolentia jactatum diffamatumque monstraret. In Hortensio vero dialogo cum de solis canonicis defectionibus loqueretur, «Ut easdem,» inquit, «tenebras efficiat, quas effecit in interitu Romuli, qui obscuratione solis est factus.» Certe hic minime timuit hominis interitum dicere, quia disputator magis quam laudator fuit.

2. Caeteri autem reges populi Romani, excepto Numa Pompilio et Anco Martio, qui morbo interierunt, quam horrendos exitus habuerunt? Tullus, ut dixi, Hostilius, victor et eversor Albae, cum tota domo sua fulmine concrematus est. Priscus Tarquinius per sui decessoris filios interemptus est. Servius Tullius generi sui Tarquinii Superbi, qui ei successit in regnum, nefario scelere occisus est. Nec «discessere adytis arisque relictis dii,» tanto in optimum illius populi regem parricidio perpetrato, quos dicunt, ut hoc miserae Trojae facerent, eamque Graecis diruendam exurendamque relinquerent, adulterio Paridis fuisse commotos. Sed insuper interfecto a se socero Tarquinius ipse successit.

Como si verdaderamente si aquel hubiera sido el luto del sol, no más bien por eso debiera creerse que fue muerto, y el mismo crimen indicado por la aversión incluso de la luz diurna: como verdaderamente se hizo cuando el Señor fue crucificado por la crueldad e impiedad de los judíos (Lucas XXIII, 45). La cual oscurecimiento del sol no haber ocurrido por el curso canónico de los astros, bastante lo muestra que entonces era la pascua de los judíos; pues se celebra solemnemente con la luna llena: pero el regular eclipse de sol no acontece sino al fin de la luna. Bastante también Cicerón significa que aquella recepción de Rómulo entre los dioses fue más pensada que hecha, cuando también alabándolo en los libros Sobre la República (Lib. 2, cap. 10), y en el sermón de Escipión: «Tanto», dice, «alcanzó, que habiendo desaparecido súbitamente oscurecido el sol, se pensara que estaba colocado en el número de los dioses: cuya opinión ningún mortal pudo nunca alcanzar sin eximia gloria de su virtud». Pero lo que dice, que súbitamente no apareció, por cierto allí se entiende o la violencia de la tempestad, o el secreto de la matanza y del crimen. Pues también otros escritores suyos añaden al eclipse del sol también una súbita tempestad, la cual por cierto o dio ocasión al crimen, o la misma tempestad consumió a Rómulo. De Tulio Hostilio por cierto, que fue el tercer rey después de Rómulo, que también él mismo fue consumido por un rayo, dice en los mismos libros el mismo Cicerón que por eso no fue creído recibido entre los dioses por tal muerte, porque tal vez lo que en Rómulo había sido aprobado (esto es, persuadido) los romanos no quisieron vulgarizarlo, esto es, hacerlo vil, si esto también a otro fácilmente se le atribuyera. Dice también abiertamente en las Invectivas: «A aquel que fundó esta ciudad, Rómulo, lo hemos elevado a los dioses inmortales por benevolencia y fama» (Orat. 3 En Catilina, cap. 1): para que mostrara que no verdaderamente se hizo, sino que por los méritos de su virtud por benevolencia se jactó y difamó. Pero en el diálogo Hortensio, cuando hablaba de los eclipses canónicos del sol: «Para que efectúe las mismas tinieblas», dice, «que efectuó en la muerte de Rómulo, quien fue hecho por la oscurecimiento del sol». Ciertamente aquí mínimamente temió decir la muerte del hombre, porque fue más disputador que alabador.

2. Pero en cuanto a los demás reyes del pueblo romano, a excepción de Numa Pompilio y Anco Marcio, que murieron de enfermedad, ¿qué horrendos fines tuvieron? Tulio Hostilio, como dije, vencedor y destructor de Alba, fue consumido por un rayo con toda su casa. Prisco Tarquino fue muerto por los hijos de su predecesor. Servio Tulio fue asesinado por el nefario crimen de su yerno Tarquino el Soberbio, que le sucedió en el reino. Y no «se marcharon los dioses, abandonados sus adoratorios y aras», a pesar de haberse perpetrado tan gran parricidio contra el mejor rey de aquel pueblo; aquellos de quienes dicen que, para hacer esto a la miserable Troya y dejarla para ser destruida e incendiada por los griegos, se sintieron conmovidos por el adulterio de Paris. Pero además, habiendo matado a su suegro, el propio Tarquino le sucedió.

Hunc illi dii nefarium parricidam soceri interfectione regnantem, insuper multis bellis victoriisque gloriantem, et de manubiis Capitolium fabricantem, non abscedentes, sed praesentes manentesque viderunt, et regem suum Jovem in illo altissimo templo, hoc est in opere parricidae, sibi praesidere atque regnare perpessi sunt. Neque enim adhuc innocens Capitolium struxit, et postea malis meritis Urbe pulsus est: sed ad ipsum regnum, in quo Capitolium fabricaret, immanissimi sceleris perpetratione pervenit. Quod vero eum Romani regno postea depulerunt, ac secluserunt moenibus civitatis, non ipsius de Lucretiae stupro, sed filii peccatum fuit, illo non solum nesciente, sed etiam absente commissum. Ardeam civitatem tunc oppugnabat, et pro populo Romano bellum gerebat: nescimus quid faceret, si ad ejus notitiam flagitium filii deferretur. Et tamen inexplorato ejus judicio et inexperto, ei populus ademit imperium; et recepto exercitu, a quo deseri jussus est, clausis deinde portis non sivit intrare redeuntem. At ille post bella gravissima, quibus eosdem Romanos concitatis finitimis attrivit, posteaquam desertus ab eis quorum fidebat auxilio, regnum recipere non evaluit, in oppido Tusculo Romae vicino quatuordecim, ut fertur, annos privatam vitam quietus habuit, et cum uxore consenuit, optabiliore fortassis exitu, quam socer ejus generi sui facinore, nec ignorante filia, sicut perhibetur, exstinctus. Nec tamen istum Tarquinium Romani crudelem aut sceleratum, sed superbum appellaverunt, fortassis regios ejus fastus alia superbia non ferentes. Nam scelus occisi ab eo soceri optimi regis sui usque adeo contempserunt, ut eum regem suum facerent: ubi miror si non scelere graviore mercedem tantam tanto sceleri reddiderunt. Nec «discessere adytis arisque relictis dii.» Nisi forte quispiam sic defendat istos deos, ut dicat eos ideo mansisse Romae, quo possent Romanos magis punire suppliciis, quam beneficiis adjuvare, seducentes eos vanis victoriis et bellis gravissimis conterentes. Haec fuit Romanorum vita sub regibus laudabili tempore illius reipublicae usque ad expulsionem Tarquinii Superbi per ducentos ferme et quadraginta et tres annos, cum illae omnes victoriae tam multo sanguine et tantis emptae calamitatibus, vix illud imperium intra viginti ab Urbe millia dilataverint: quantum spatium absit ut saltem alicujus Getulae civitatis nunc territorio comparetur!

Caput XVI.

De primis apud Romanos consulibus, quorum alter alterum patria pepulit, moxque Romae post atrocissima parricidia a vulnerato hoste vulneratus interiit.

A este hombre, parricida nefario que reinaba por la muerte de su suegro, y que además se jactaba de muchas guerras y victorias, y fabricaba el Capitolio con los despojos, aquellos dioses, no alejándose sino presentes y permaneciendo, lo vieron, y permitieron que su rey Júpiter presidiera y reinara para ellos en aquel altísimo templo, es decir, en la obra de un parricida. Pues no edificó el Capitolio siendo aún inocente y después fue expulsado de la Ciudad por malos méritos: sino que llegó al mismo reino en el que habría de fabricar el Capitolio por la perpetración de un crimen immanísimo. Pero el que los romanos lo expulsaran después del reino y lo excluyeran de las murallas de la ciudad, no fue pecado suyo por el estupro de Lucrecia, sino pecado de su hijo, cometido no solo sin saberlo él, sino estando además ausente. Estaba entonces asediando la ciudad de Ardea y hacía la guerra por el pueblo romano: no sabemos qué habría hecho si se hubiera puesto en su noticia la infamia de su hijo. Y sin embargo, sin haber explorado ni probado su juicio, el pueblo le quitó el mando; y recibido el ejército, por el cual se ordenó que fuera abandonado, cerradas después las puertas no le permitieron entrar cuando regresaba. Pero él, después de gravísimas guerras con las que desgastó a esos mismos romanos habiendo incitado a los vecinos, después de que, abandonado por aquellos en cuya ayuda confiaba, no pudo recuperar el reino, tuvo en la ciudad de Túsculo, vecina de Roma, catorce años, según se dice, una vida privada tranquila, y envejeció con su mujer, con un fin tal vez más deseable que el de su suegro, extinguido por el crimen de su yerno, no ignorándolo su hija, según se cuenta. Y sin embargo, los romanos no llamaron a este Tarquino cruel o malvado, sino soberbio, tal vez no tolerando sus fastos reales por otra soberbia propia. Pues hasta tal punto despreciaron el crimen del asesinato de su suegro, su mejor rey, que lo hicieron su rey: donde me maravillo si no devolvieron con un crimen más grave tan gran recompensa a tan gran crimen. Y no «se marcharon los dioses, abandonados sus adoratorios y aras». A menos que tal vez alguien defienda así a estos dioses que diga que permanecieron en Roma para poder castigar a los romanos más con suplicios que ayudarlos con beneficios, seduciéndolos con vanas victorias y desgastándolos con gravísimas guerras. Esta fue la vida de los romanos bajo los reyes en aquel tiempo loable de la república hasta la expulsión de Tarquino el Soberbio por casi doscientos cuarenta y tres años, cuando todas aquellas victorias, compradas con tanta sangre y tantas calamidades, apenas extendieron aquel imperio a menos de veinte millas de la Ciudad: ¡cuánto dista ese espacio de ser comparado siquiera con el territorio de alguna ciudad getula actual!

Capítulo XVI.

De los primeros cónsules entre los romanos, de los cuales uno expulsó al otro de la patria, y poco después en Roma, tras atrocísimos parricidios, murió herido por un enemigo herido.

Huic tempori adjiciamus etiam tempus illud, quousque dicit Sallustius (Vide supra, lib. 2, cap. 18) aequo et modesto jure agitatum, dum metus a Tarquinio et grave bellum cum Etruria positum est. Quamdiu enim Etrusci Tarquinio redire in regnum conanti opitulati sunt, gravi bello Roma concussa est. Ideo dicit aequo et modesto jure gestam rempublicam metu premente, non persuadente justitia. In quo brevissimo tempore quam funestus ille annus fuit, quo primi consules creati sunt, expulsa regia potestate? Annum quippe suum non compleverunt. Nam Junius Brutus exhonoratum ejecit Urbe collegam Lucium Tarquinium Collatinum; deinde mox ipse in bello cecidit mutuis cum hoste vulneribus, occisis a se ipso primitus filiis suis et uxoris suae fratribus, quod eos pro restituendo Tarquinio conjurasse cognoverat. Quod factum Virgilius posteaquam laudabiliter commemoravit, continuo clementer exhorruit. Cum enim dixisset, Natosque pater nova bella moventes Ad poenam pulchra pro libertate vocabit; mox deinde exclamavit, et ait Infelix! utcumque ferent ea facta minores. Quomodolibet, inquit, ea facta posteri ferant, id est praeferant et extollant; qui filios occidit, infelix est. Et tanquam ad consolandum infelicem, subjunxit: Vicit amor patriae, laudumque immensa cupido. (Aeneid. lib. 6, vers. 820-823.) Nonne in hoc Bruto, qui et filios occidit, et a se percusso hosti filio Tarquinii mutuo percussus supervivere non potuit, eique potius ipse Tarquinius supervixit, Collatini collegae videtur innocentia vindicata, qui bonus civis hoc Tarquinio pulso passus est quod tyrannus ipse Tarquinius? Nam et idem Brutus consanguineus Tarquinii fuisse perhibetur. Sed Collatinum videlicet similitudo nominis pressit, quia etiam Tarquinius vocabatur. Mutare ergo nomen, non patriam cogeretur: postremo in ejus nomine hoc vocabulum minus esset, L. Collatinus tantummodo vocaretur. Sed ideo non amisit quod sine ullo detrimento posset amittere, ut et honore primus consul et civitate bonus civis carere juberetur. Etiamne ista est gloria Junii Bruti detestanda iniquitas et nihilo utilis reipublicae? Etiamne ad hanc perpetrandam, Vincit amor patriae, laudumque immensa cupido?

A este tiempo añadamos también aquel tiempo que Salustio dice (Véase arriba, lib. 2, cap. 18) que fue conducido con ley equitativa y modesta, mientras duró el miedo a Tarquino y la grave guerra con Etruria estuvo planteada. Pues mientras los etruscos ayudaron a Tarquino, que intentaba regresar al reino, Roma fue sacudida por una grave guerra. Por eso dice que la república fue gestionada con ley equitativa y modesta por la presión del miedo, no por la persuasión de la justicia. En el cual brevísimo tiempo, ¿cuán funesto fue aquel año en que se crearon los primeros cónsules, tras la expulsión de la potestad regia? Pues no completaron su año. Porque Junio Bruto expulsó de la Ciudad a su colega Lucio Tarquino Colatino, habiéndolo despojado de su honor; después, pronto él mismo cayó en la guerra por heridas mutuas con el enemigo, habiendo matado primero a sus propios hijos y a los hermanos de su mujer, porque había sabido que habían conspirado para restaurar a Tarquino. El cual hecho Virgilio, después de haberlo conmemorado laudablemente, inmediatamente se horrorizó con clemencia. Pues habiendo dicho: «Y el padre llamará a sus hijos, que movían nuevas guerras, al castigo por la hermosa libertad»; poco después exclamó y dijo: «¡Infeliz! de cualquier modo que los menores lleven esos hechos». De cualquier modo, dice, que la posteridad lleve esos hechos, esto es, los prefiera y los ensalce; el que mata a sus hijos es infeliz. Y como para consolar al infeliz, añadió: «Venció el amor a la patria, y el inmenso deseo de alabanzas». (Eneida, lib. 6, vers. 820-823.) ¿Acaso en este Bruto, que mató a sus hijos y, herido por el enemigo hijo de Tarquino a quien él mismo hirió, no pudo sobrevivirle, y más bien el mismo Tarquino le sobrevivió, no parece vindicada la inocencia de su colega Colatino, quien, siendo buen ciudadano, sufrió esto tras la expulsión de Tarquino lo mismo que el propio tirano Tarquino? Pues también se cuenta que el mismo Bruto fue pariente de Tarquino. Pero evidentemente la similitud del nombre oprimió a Colatino, porque también se llamaba Tarquino. Se le debiera obligar, pues, a cambiar el nombre, no la patria: finalmente, en su nombre faltaría este vocablo, se llamaría solamente L. Colatino. Pero no perdió lo que podía perder sin ningún detrimento, sino que se le ordenó carecer tanto del honor de primer cónsul como de la ciudadanía de buen ciudadano. ¿Acaso también esa gloria de Junio Bruto es una detestable iniquidad y en nada útil para la república? Para perpetrar esto también, «¿venció el amor a la patria y el inmenso deseo de alabanzas?».

Jam expulso utique Tarquinio tyranno, consul cum Bruto creatus est maritus Lucretiae L. Tarquinius Collatinus. Quam juste populus mores in cive, non nomen attendit! quam injuste Brutus collegam primae ac novae illius potestatis, quem posset, si hoc offendebatur, nomine tantum privare, et patria privavit et honore? Haec mala facta sunt, haec adversa acciderunt, quando in illa republica aequo et modesto jure agitatum est. Lucretius quoque, qui in locum Bruti fuerat subrogatus, morbo, antequam idem annus terminaretur, absumptus est. Ita P. Valerius, qui successerat Collatino, et M. Horatius, qui pro defuncto Lucretio suffectus fuerat, annum illum funereum atque tartareum, qui consules quinque habuit, compleverunt: quo anno consulatus ipsius novum honorem ac potestatem auspicata est Romana respublica.

Caput XVII.

Post initia consularis imperii, quibus malis vexata fuerit Romana respublica, diis non opitulantibus quos colebat.

1. Tunc jam diminuto paululum metu, non quia bella conquieverant, sed quia non tam gravi pondere urgebant, finito scilicet tempore quo aequo et modesto jure agitatum est, secuta sunt quae idem Sallustius (Histor. lib. 1) breviter explicat: Dein servili imperio patres plebem exercere, de vita atque tergo regio more consulere, agro pellere, et caeteris expertibus soli in imperio agere. Quibus saevitiis, et maxime fenore oppressa plebes, cum assiduis bellis tributum et militiam simul toleraret, armata montem Sacrum atque Aventinum insedit: tumque tribunos plebis et alia sibi jura paravit. Discordiarum et certaminis utrimque finis fuit secundum bellum Punicum. [XVII.] Quid itaque ego tantas moras vel scribens patiar, vel lecturis afferam? Quam misera fuerit illa respublica tam longa aetate per tot annos usque ad secundum bellum Punicum, bellis forinsecus inquietare non desistentibus et intus discordiis seditionibusque civilibus, a Sallustio breviter intimatum est. Proinde victoriae illae non solida beatorum gaudia fuerunt, sed inania solatia miserorum, et ad alia atque alia sterilia mala subeunda illecebrosa incitamenta minime quietorum. Nec nobis, quia haec dicimus, boni Romani prudentesque succenseant: quanquam de hac re nec petendi sint, nec monendi, quando eos minime succensuros esse certissimum est. Neque enim gravius vel graviora dicimus auctoribus eorum, et stilo et otio multum impares: quibus tamen ediscendis et ipsi elaboraverunt, et filios suos elaborare compellunt. Qui autem succensent, quando me ferrent, si ego dicerem, quod Sallustius (Ibid.) ait?

Ya expulsado por cierto el tirano Tarquino, fue creado cónsul con Bruto el marido de Lucrecia, L. Tarquino Colatino. ¡Cuán justamente el pueblo atendió a las costumbres en el ciudadano, no al nombre! ¡Cuán injustamente Bruto privó de la patria y del honor a su colega de aquella primera y nueva potestad, a quien podía, si esto le ofendía, privar solo del nombre! Estos males se hicieron, estas adversidades ocurrieron, cuando en aquella república se gestionó con ley equitativa y modesta. Lucrecio también, que había sido subrogado en lugar de Bruto, fue consumido por la enfermedad antes de que terminara el mismo año. Así, P. Valerio, que había sucedido a Colatino, y M. Horacio, que había sido sustituido por el difunto Lucrecio, completaron aquel año funéreo y tartáreo, que tuvo cinco cónsules: en cuyo año la república romana inauguró el nuevo honor y potestad del mismo consulado.

Capítulo XVII.

Tras los inicios del imperio consular, por qué males fue vejada la república romana, no ayudándola los dioses que cultivaba.

1. Entonces ya, disminuido un poco el miedo, no porque las guerras hubieran cesado, sino porque no urgían con peso tan grave —terminado por cierto el tiempo en que se gestionó con ley equitativa y modesta—, siguieron aquellas cosas que el mismo Salustio (Historias, lib. 1) explica brevemente: «Desde entonces los padres comenzaron a ejercer un imperio servil sobre la plebe, a decidir sobre la vida y la espalda al modo regio, a expulsar del campo, y, excluidos los demás, a actuar solos en el imperio». Por cuyas sevicias, y máximo por la usura oprimida la plebe, cuando toleraba al mismo tiempo el tributo y la milicia con asiduas guerras, armada ocupó el monte Sacro y el Aventino: y entonces se procuró para sí tribunos de la plebe y otras leyes. El fin de las discordias y del certamen por ambas partes fue la segunda guerra púnica. [XVII.] ¿Por qué, pues, he de soportar yo tantas demoras ya sea escribiendo, o las he de traer a los lectores? Cuán miserable fuera aquella república en tan larga edad por tantos años hasta la segunda guerra púnica, no desistiendo de inquietar por fuera las guerras e interiormente las discordias y sediciones civiles, ha sido brevemente intimado por Salustio. Por lo cual aquellas victorias no fueron sólidos gozos de los bienaventurados, sino vanos consuelos de los miserables, e incitamentos engañosos para los que en nada estaban quietos para sufrir otros y otros males estériles. Ni se enojen con nosotros, porque decimos estas cosas, los buenos y prudentes romanos: aunque sobre este asunto ni se ha de pedir ni se ha de advertir, siendo certísimo que ellos mínimamente se han de enojar. Pues no decimos cosas más graves ni más gravemente que sus propios autores, y somos muy desiguales a ellos en estilo y en ocio: para cuyo aprendizaje también ellos mismos trabajaron, y compelen a sus hijos a trabajar. Pero los que se enojan, ¿cuándo me soportarían si yo dijera lo que Salustio (Ibíd.) dice?

Plurimae turbae, seditiones, et ad postremum bella civilia orta sunt, dum pauci potentes, quorum in gratiam plerique concesserant, sub honesto patrum aut plebis nomine dominationes affectabant; bonique et mali cives appellati, non ob merita in rempublicam, omnibus pariter corruptis, sed uti quisque locupletissimus et injuria validior, quia praesentia defendebat, pro bono ducebatur Porro si illi scriptores historiae ad honestam libertatem pertinere arbitrati sunt, mala civitatis propriae non tacere, quam multis locis magno praeconio laudare compulsi sunt, cum aliam veriorem, quo cives aeterni legendi sunt, non haberent: quid nos facere convenit, quorum spes quanto in Deo melior et certior, tanto major debet esse libertas, cum mala praesentia Christo nostro imputant, ut infirmiores imperitioresque mentes alienentur ab ea civitate, in qua sola jugiter feliciterque vivendum est? Nec in deos eorum horribilora nos dicimus, quam eorum identidem auctores, quos legunt et praedicant: quandoquidem et ex ipsis quae diceremus accepimus, et nullo modo dicere vel talia, vel cuncta sufficimus.

Caput XVII.

Post initia consularis imperii, quibus malis vexata fuerit Romana respublica, diis non opitulantibus quos colebat.

2. Ubi erant ergo illi dii, qui propter exiguam fallacemque hujus mundi felicitatem colendi existimantur; cum Romani, quibus se colendos mendacissima astutia venditabant, tantis calamitatibus vexarentur? Ubi erant, quando Valerius consul ab exsulibus et servis incensum Capitolium cum defensaret, occisus est? Faciliusque ipse prodesse potuit aedi Jovis, quam illi turba tot numinum cum suo maximo atque optimo rege, cujus templum liberaverat, subvenire Ubi erant, quando densissimis fatigata civitas seditionum malis, cum legatos Athenas missos ad leges mutuandas paululum quieta opperiretur, gravi fame pestilentiaque vastata est? Ubi erant, quando rursus populus, cum fame laboraret, praefectum annonae primum creavit; atque illa fame invalescente, Spurius Melius, qui esurienti multitudini frumenta largitus est, regni affectati crimen incurrit, et ejusdem praefecti instantia per dictatorem L. Quintium aetate decrepitum, a Quinto Servilio magistro equitum cum maximo et periculosissimo tumultu civitatis occisus est?

«Muchísimas turbulencias, sediciones, y al final surgieron guerras civiles, mientras pocos potentes, en cuya gracia la mayoría había cedido, bajo el nombre honesto de los padres o de la plebe afectaban dominaciones; y ciudadanos buenos y malos fueron llamados así no por los méritos en la república —estando todos igualmente corruptos —, sino según cada cual fuera más rico y más válido en la injuria, porque defendía las cosas presentes, era tenido por bueno». Por lo demás, si aquellos escritores de la historia arbitraron que pertenecía a la libertad honesta no callar los males de la propia ciudad, a la que en muchos lugares se vieron compelidos a alabar con gran encomio, no teniendo otra más verdadera, donde han de ser leídos los ciudadanos eternos: ¿qué nos conviene hacer a nosotros, cuya esperanza es tanto mejor y más cierta en Dios, cuanta mayor debe ser la libertad, cuando imputan los males presentes a nuestro Cristo, para que las mentes más débiles e inexpertas sean alienadas de aquella ciudad, en la cual sola se ha de vivir perpetua y felizmente? Ni contra sus dioses decimos nosotros cosas más horribles que sus mismos autores, a quienes leen y predican: puesto que incluso de ellos mismos recibimos lo que habríamos de decir, y de ningún modo somos suficientes para decir o tales cosas, o todas ellas.

Capítulo XVII.

Tras los inicios del imperio consular, por qué males fue vejada la república romana, no ayudándola los dioses que cultivaba.

2. ¿Dónde estaban, pues, aquellos dioses, que se estiman dignos de culto por la exigua y falaz felicidad de este mundo; cuando los romanos, a quienes se vendían para ser cultivados con mentirosísima astucia, eran vejados por tantas calamidades? ¿Dónde estaban cuando el cónsul Valerio, mientras defendía el Capitolio incendiado por los exiliados y esclavos, fue muerto? Y más fácilmente pudo él mismo aprovechar al templo de Júpiter, que aquella turba de tantos númenes con su máximo y óptimo rey, cuyo templo había liberado, socorrerle a él. ¿Dónde estaban cuando la ciudad, fatigada por los densísimos males de las sediciones, mientras esperaba un poco de quietud a los legados enviados a Atenas para tomar prestadas las leyes, fue devastada por una grave hambre y pestilencia? ¿Dónde estaban cuando de nuevo el pueblo, trabajando con el hambre, creó por primera vez un prefecto de la provisión; y al aumentar aquella hambre, Espurio Melio, que repartió trigo a la multitud hambrienta, incurrió en el crimen de afectación del reino, y por instancia del mismo prefecto, a través del dictador L. Quincio, decrépito por la edad, fue muerto por Quinto Servilio, maestro de la caballería, con un máximo y peligrosísimo tumulto de la ciudad?

Ubi erant, quando pestilentia maxima exorta, diis inutilibus sine remedio populus diu multumque fatigatus nova lectisternia, quod nunquam antea fecerat, exhibenda arbitratus est? Lecti autem sternebantur in honorem deorum, unde hoc sacrum vel potius sacrilegium nomen accepit. Ubi erant, quando per decem continuos annos male pugnando crebras et magnas clades apud Veios exercitus Romanus acceperat, nisi per Furium Camillum tandem subveniretur, quem postea civitas ingrata damnavit? Ubi erant, quando Galli Romam ceperunt, spoliaverunt, incenderunt, caedibus impleverunt? Ubi erant, cum illa insignis pestilentia tam ingentem stragem dedit, qua et ille Furius Camillus exstinctus est, qui rempublicam ingratam et a Veientibus ante defendit, et de Gallis postea vindicavit? In hac pestilentia scenicos ludos, aliam novam pestem, non corporibus Romanorum, sed, quod est multo perniciosius, moribus intulerunt. Ubi erant, quando alia pestilentia gravis de venenis matronarum exorta credita est, quarum supra fidem multarum atque nobilium mores deprehensi sunt omni pestilentia graviores? Vel quando in Caudinas furculas a Samnitibus obsessi ambo cum exercitu consules foedus cum eis foedum facere coacti sunt; ita ut equitibus Romanis sexcentis obsidibus datis, caeteri amissis armis aliisque spoliati privatique tegminibus, sub jugum hostium cum vestimentis singulis mitterentur? Vel quando gravi pestilentia caeteris laborantibus multi etiam in exercitu icti fulmine perierunt? Vel quando item alia intolerabili pestilentia Aesculapium ab Epidauro quasi medicum deum Roma advocare atque adhibere compulsa est? quoniam regem omnium Jovem, qui jam diu in Capitolio sedebat, multa stupra, quibus adolescens vacaverat, non permiserant fortasse discere medicinam. Vel cum conspirantibus uno tempore hostibus, Lucanis, Brutiis, Samnitibus, Etruscis et Senonibus Gallis, primo ab eis legati perempti sunt, deinde cum praetore oppressus exercitus, septem tribunis cum illo pereuntibus et militum tredecim millibus? Vel quando post graves et longas Romae seditiones, quibus ad ultimum plebs in Janiculum hostili direptione secesserat, hujus mali tam dira calamitas erat, ut ejus rei causa, quod in extremis periculis fieri solebat, dictator crearetur Hortensius, qui, plebe revocata, in eodem magistratu exspiravit, quod nulli dictatori ante contigerat, et quod illis diis jam praesente Aesculapio gravius crimen fuit.

¿Dónde estaban cuando, surgida una máxima pestilencia, el pueblo, larga y mucho tiempo fatigado sin remedio por los dioses inútiles, arbitró que debían exhibirse nuevos lectisternios, lo que nunca antes había hecho? Pues se extendían lechos en honor de los dioses, de donde este nombre sagrado o más bien sacrílego fue tomado. ¿Dónde estaban cuando por diez años continuos, combatiendo mal, el ejército romano había recibido frecuentes y grandes estragos en Veyes, a no ser que finalmente se socorriera por Furio Camilo, a quien después la ciudad ingrata condenó? ¿Dónde estaban cuando los galos tomaron Roma, la despojaron, la incendiaron y la llenaron de matanzas? ¿Dónde estaban cuando aquella insigne pestilencia dio tan ingente estrago, por la que también aquel Furio Camilo fue extinguido, quien antes defendió a la república ingrata de los veyentes y después la vindicó de los galos? En esta pestilencia introdujeron los juegos escénicos, otra nueva peste, no para los cuerpos de los romanos, sino, lo que es mucho más pernicioso, para sus costumbres. ¿Dónde estaban cuando se creyó que otra grave pestilencia había surgido de los venenos de las matronas, cuyas costumbres de muchas y nobles más allá de toda fe fueron descubiertas más graves que toda pestilencia? ¿O cuando en las Horcas Caudinas, sitiados por los samnitas, ambos cónsules con el ejército fueron compelidos a hacer un tratado torpe con ellos; de modo que, dados seiscientos caballeros romanos como rehenes, los demás, perdidas las armas y despojados y privados de otras coberturas, fueran enviados bajo el yugo de los enemigos con una sola vestidura cada uno? ¿O cuando, trabajando los demás con una grave pestilencia, muchos también en el ejército perecieron heridos por el rayo? ¿O cuando asimismo en otra intolerable pestilencia Roma fue compelida a convocar y aplicar a Esculapio de Epidauro como dios médico? Puesto que a Júpiter, rey de todos, que ya desde hacía tiempo se sentaba en el Capitolio, los muchos estupros en los que de joven se había vaciado, no le habían permitido tal vez aprender medicina. ¿O cuando, conspirando al mismo tiempo los enemigos —lucanos, brutios, samnitas, etruscos y galos senones—, primero fueron muertos por ellos los legados, después el ejército fue oprimido con el pretor, pereciendo con él siete tribunos y trece mil soldados? ¿O cuando, tras graves y largas sediciones en Roma, por las cuales al final la plebe se había retirado al Janículo por el pillaje hostil, la calamidad tan funesta de este mal era tal que, por causa de este asunto, lo que solía hacerse en los peligros extremos, se creaba al dictador Hortensio, quien, revocada la plebe, expiró en el mismo magistrado, lo que a ningún dictador antes había acontecido, y lo que para aquellos dioses fue un crimen más grave, estando ya presente Esculapio.

3. Tum vero tam multa bella ubique crebruerunt, ut inopia militum proletarii illi, qui eo quod proli gignendae vacabant, ob egestatem militare non valentes, hoc nomen acceperant, militiae conscriberentur. Accitus etiam a Tarentinis Pyrrhus, rex Graeciae, tunc ingenti gloria celebratus, Romanorum hostis effectus est. Cui sane de rerum futuro eventu consulenti, satis urbane Apollo sic ambiguum oraculum edidit, ut e duobus quidquid accidisset, ipse divinus haberetur. Ait enim: Dico te, Pyrrhe, vincere posse Romanos. Atque ita sive Pyrrhus a Romanis, sive Romani a Pyrrho vincerentur, securus fatidicus utrumlibet exspectaret eventum. Quae tunc et quam horrenda utriusque exercitus clades? In qua tamen superior Pyrrhus exstitit, ut jam posset Apollinem pro suo intellectu praedicare divinum; nisi proxime alio praelio Romani abscederent superiores. Atque in tanta strage bellorum etiam pestilentia gravis exorta est mulierum: nam priusquam maturos partus ederent, gravidae moriebantur. Ubi se, credo, Aesculapius excusabat, quod archiatrum, non obstetricem profitebatur. Pecudes quoque similiter interibant, ita ut jam defecturum genus animalium crederetur. Quid hiems illa memorabilis tam incredibili immanitate saeviens, ut nivibus horrenda altitudine etiam in foro per dies quadraginta manentibus, Tiberis quoque glacie duraretur, si nostris temporibus accidisset, quae isti et quanta dixissent? Quid illa itidem ingens pestilentia, quamdiu saevivit, quam multos peremit? Quae cum in annum alium multo gravius tenderetur, frustra praesente Aesculapio, aditum est ad libros Sibyllinos. In quo genere oraculorum, sicut Cicero in libris de Divinatione commemorat, magis interpretibus, ut possunt seu volunt, dubia conjectantibus, credi solet (Libro 2, cap. 54). Tunc ergo dictum est eam esse causam pestilentiae, quod plurimas aedes sacras multi occupatas privatim tenerent: sic interim a magno imperitiae vel desidiae crimine Aesculapius liberatus est. Unde autem a multis aedes illae fuerant occupatae, nemine prohibente, nisi quia tantae numinum turbae diu frustra fuerat supplicatum; atque ita paulatim loca deserebantur a cultoribus, ut tanquam vacua sine ullius offensione possent humanis saltem usibus vindicari? Nam quae tunc velut ad sedandam pestilentiam diligenter repetita atque reparata, nisi postea eodem modo neglecta atque usurpata latitarent, non utique magnae peritiae Varronis tribueretur, quod scribens de aedibus sacris tam multa ignorata commemorat. Sed tunc interim elegans, non pestilentiae depulsio, sed deorum excusatio procurata est.

3. Entonces verdaderamente tantas guerras crecieron por todas partes, que por la penuria de soldados fueron inscritos en la milicia aquellos proletarios, que, por el hecho de que estaban vacantes para engendrar prole y no eran válidos para militar por su indigencia, habían recibido este nombre. También Pirro, rey de Grecia, entonces celebrado con ingente gloria, llamado por los tarentinos, se hizo enemigo de los romanos. Al cual por cierto, consultando sobre el futuro evento de las cosas, Apolo le dio un oráculo tan ambiguo que, sucediera lo que sucediera de las dos cosas, él mismo fuera tenido por divino. Pues dice: «Digo que tú, Pirro, puedes vencer a los romanos». Y así, ya fuera Pirro vencido por los romanos, o los romanos por Pirro, el vaticinador seguro esperaba cualquiera de los dos eventos. ¿Cuál entonces y cuán horrenda fue la matanza de ambos ejércitos? En la cual sin embargo Pirro resultó superior, de modo que ya podía predicar a Apolo por divino según su entendimiento; a no ser que próximamente en otra batalla los romanos se retiraran superiores. Y en tanta mortandad de guerras también surgió una grave pestilencia de las mujeres: pues antes de que dieran a luz partos maduros, morían embarazadas. Donde, creo, Esculapio se excusaba porque se profesaba médico jefe, no partera. Los ganados también morían de modo similar, de modo que ya se creía que el género de los animales faltaría. ¿Qué decir de aquel invierno memorable, que sañó con tan increíble inmanidad que, permaneciendo las nieves de horrenda altura incluso en el foro por cuarenta días, el Tíber también se endureció con el hielo; si hubiera ocurrido en nuestros tiempos, qué y cuántas cosas dirían ellos? ¿Qué de aquella asimismo ingente pestilencia, cuánto tiempo sañó, a cuántos mató? La cual, como se extendiera a otro año mucho más gravemente, estando presente en vano Esculapio, se acudió a los libros Sibilinos. En cuyo género de oráculos, como Cicerón conmemora en los libros Sobre la Adivinación, se suele creer más a los intérpretes que conjeturan cosas dudas según pueden o quieren. (Libro 2, cap. 54). Entonces, pues, se dijo que aquella era la causa de la pestilencia: que muchos tenían ocupados privadamente muchísimos edificios sagrados; así entretanto Esculapio fue liberado de un gran crimen de impericia o de desidia. ¿Por qué razón habían sido ocupados por muchos aquellos edificios, no prohibiéndolo nadie, sino porque a tanta turba de númenes se había suplicado largamente en vano; y así poco a poco los lugares eran desertados por los cultivadores, para que, como vacíos, pudieran ser vindicados al menos para los usos humanos sin ofensa de nadie? Pues las cosas que entonces fueron diligentemente repetidas y reparadas como para sosegar la pestilencia, a no ser que después del mismo modo descuidadas y usurpadas quedaran ocultas, no por cierto se atribuiría a la gran pericia de Varrón el que escribiendo sobre los edificios sagrados conmemore tantas cosas ignoradas. Pero entonces entretanto se procuró una elegante excusa, no de la expulsión de la pestilencia, sino de los dioses.

Caput XVIII.

Quantae clades Romanos sub bellis Punicis triverint, frustra deorum praesidiis expetitis.

1. Jam vero Punicis bellis, cum inter utrumque imperium victoria diu anceps atque incerta penderet, populique duo praevalidi impetus in alterutrum fortissimos et opulentissimos agerent, quot minutiora regna contrita sunt? quae urbes amplae nobilesque deletae? quot afflictae, quot perditae civitates? quam longe lateque tot regiones terraeque vastatae sunt? quoties victi hinc atque inde victores? quid hominum consumptum est, vel pugnantium militum, vel ab armis vacantium populorum? quanta vis navium marinis etiam praeliis oppressa, et diversarum tempestatum varietate submersa est? Si enarrare vel commemorare conemur, nihil aliud quam scriptores etiam nos erimus historiae. Tunc magno metu perturbata Romana civitas ad remedia vana et ridenda currebat. Instaurati sunt ex auctoritate librorum Sibyllinorum ludi saeculares, quorum celebritas inter centum annos fuerat instituta, felicioribusque temporibus memoria negligente perierat. Renovarunt etiam pontifices ludos sacros inferis, et ipsos abolitos annis retrorsum melioribus. Nimirum enim quando renovati sunt, tanta copia morientium ditatos inferos etiam ludere delectabat: cum profecto miseri homines ipsa rabida bella et cruentas animositates funereasque hinc atque inde victorias, magnos agerent ludos daemonum et opimas epulas inferorum. Nihil sane miserabilius primo bello Punico accidit, quam quod ita Romani victi sunt, ut etiam Regulus ille caperetur, cujus in primo et in altero libro mentionem fecimus (Lib. 1, capp. 15 et 24; et lib. 2, cap. 23), vir plane magnus et victor antea domitorque Poenorum: qui etiam ipsum primum bellum Punicum confecisset, nisi aviditate nimia laudis et gloriae duriores conditiones, quam ferre possent, fessis Carthaginensibus imperasset. Illius viri et captivitas inopinatissima, et servitus indignissima, et juratio fidelissima, et mors crudelissima si deos illos non cogit erubescere, verum est quod aerei sunt, et non habent sanguinem.

Capítulo XVIII.

Cuántas matanzas desgastaron a los romanos bajo las guerras púnicas, habiéndose buscado en vano los auxilios de los dioses.

1. Ya verdaderamente en las guerras púnicas, cuando entre ambos imperios la victoria pendió por mucho tiempo dudosa e incierta, y dos pueblos muy potentes lanzaban impulsos fortísimos y opulentísimos el uno contra el otro, ¿cuántos reinos menores fueron triturados? ¿qué ciudades amplias y nobles borradas? ¿cuántas afligidas, cuántas ciudades perdidas? ¿cuán a lo largo y a lo ancho tantas regiones y tierras fueron devastadas? ¿cuántas veces vencidos por aquí y por allá vencedores? ¿qué cantidad de hombres fue consumida, ya de soldados combatientes, ya de pueblos vacantes de las armas? ¡cuánta fuerza de naves oprimida incluso en batallas marinas, y sumergida por la variedad de diversas tempestades! Si intentáramos enarrar o conmemorar estas cosas, nada más que escritores de historia seremos también nosotros. Entonces la ciudad romana, perturbada por gran miedo, corría a remedios vanos y ridículos. Se instauraron por autoridad de los libros sibilinos los juegos seculares, cuya celebración se había instituido entre cien años, y en tiempos más felices por la memoria negligente se había perdido. Renovaron también los pontífices los juegos sacros a los dioses del infierno, y estos mismos abolidos en los años pasados mejores. Pues por cierto cuando fueron renovados, a los enriquecidos dioses del infierno por tanta copia de moribundos les deleitaba incluso jugar: cuando por cierto los hombres miserables en aquellas mismas rabiosas guerras y cruentas animosidades y funéreas victorias por una y otra parte, celebraban los grandes juegos de los demonios y los opulentos banquetes de los dioses del infierno. Nada ciertamente más miserable aconteció en la primera guerra púnica que el que los romanos fueran de tal modo vencidos, que incluso fuera capturado aquel Régulo, de quien hicimos mención en el primero y en el segundo libro (Lib. 1, caps. 15 y 24; y lib. 2, cap. 23), varón plenamente grande y antes vencedor y domador de los cartagineses: quien también habría terminado la misma primera guerra púnica, si por una avidez excesiva de alabanza y gloria no hubiera impuesto condiciones más duras de las que podían soportar a los fatigados cartagineses. Si la captividad inopinadísima y la servidumbre indignísima y el juramento fidelísimo y la muerte crudelísima de aquel varón no obliga a aquellos dioses a avergonzarse, es verdad que son de bronce y no tienen sangre.

2. Nec mala illo tempore gravissima intra moenia defuerunt. Nam exundante nimis ultra morem fluvio Tiberino pene omnia urbis plana subversa sunt; allis impetu quasi torrentis impulsis, aliis velut stagno diuturno madefactis atque sublapsis. Istam deinde pestem ignis perniciosior subsecutus est, qui correptis circa forum quibusque celsioribus, etiam templo Vestae suo familiarissimo non pepercit, ubi ei veluti vitam perpetuam diligentissima substitutione lignorum, non tam honoratae quam damnatae virgines donare consueverant. Tunc vero illic ignis, non tantum vivebat, sed etiam saeviebat. Cujus impetu exterritae virgines, sacra illa fatalia, quae jam tres, in quibus fuerant, presserant civitates, cum ab illo incendio liberare non possent, Metellus pontifex suae quodam modo salutis oblitus irruens ea semiustulatus abripuit. Neque enim vel ipsum ignis agnovit: aut vero erat ibi numen, quod non etiam, si fuisset, fugisset. Homo igitur potius sacris Vestae, quam illa homini prodesse potuerunt. Si autem a se ipsis ignem non repellebant, civitatem, cujus salutem tueri putabantur, quid contra illas aquas flammasque poterant adjuvare? sicut etiam res ipsa nihil ea prorsus potuisse patefecit. Haec istis nequaquam objicerentur a nobis, si illa sacra dicerent, non tuendis his bonis temporalibus instituta, sed significandis aeternis; et ideo, cum ea quod corporalia visibiliaque essent, perire contingeret, nihil his rebus minui, propter quas fuerant instituta, et posse ad eosdem usus denuo reparari. Nunc vero caecitate mirabili, eis sacris quae perire possint, fieri potuisse existimant, ut salus terrena et temporalis felicitas civitatis perire non posset. Proinde cum illis etiam manentibus sacris, vel salutis contritio, vel infelicitas irruisse monstratur, mutare sententiam, quam defendere nequeunt, erubescunt.

Caput XIX.

De afflictione belli Punici secundi, qua vires partis utriusque consumptae sunt.

2. Ni faltaron males gravísimos dentro de los muros en aquel tiempo. Pues desbordándose demasiado fuera de lo acostumbrado el río Tíber, casi todas las llanuras de la ciudad fueron subvertidas; unas impulsadas por el ímpetu como de un torrente, otras como por un estanque diario humedecidas y hundidas. Siguió después a esa peste otra de fuego más perniciosa, que habiendo arrebatado todas las cosas más altas alrededor del foro, ni siquiera perdonó al templo de Vesta, su más familiar, donde vírgenes no tanto honradas como condenadas solían darle como una vida perpetua por la diligentísima sustitución de leña. Pero entonces allí el fuego no solo vivía, sino que también sañaba. Por cuyo ímpetu aterrorizadas las vírgenes, como no pudieran liberar de aquel incendio aquellas cosas sagradas fatales, que ya habían oprimido a tres ciudades en las que habían estado, el pontífice Metelo, olvidado en cierto modo de su propia salud, irrumpiendo las arrebató semiquemado. Pues ni a él mismo lo reconoció el fuego: o verdaderamente había allí un numen, que no hubiera huido también si hubiera existido. Un hombre, pues, más bien pudo aprovechar a las cosas sagradas de Vesta, que aquellas cosas al hombre. Pero si de sí mismas no repelían el fuego, ¿qué podían ayudar contra aquellas aguas y llamas a la ciudad, cuya salud se pensaba que custodiaban? como también la cosa misma patentizó que nada absolutamente habían podido. Estas cosas de ningún modo se les objetarían por nosotros, si dijeran que aquellas cosas sagradas fueron instituidas no para custodiar estos bienes temporales, sino para significar los eternos; y por eso, cuando aconteciera que perecieran por ser cosas corporales y visibles, nada se disminuía de estas cosas por las cuales habían sido instituidas, y podían ser reparadas de nuevo para los mismos usos. Pero ahora, por una ceguera admirable, piensan que pudo hacerse por aquellas cosas sagradas que pueden perecer, que la salud terrena y la felicidad temporal de la ciudad no pudiera perecer. Por lo cual, cuando incluso permaneciendo aquellas cosas sagradas, se muestra que ha irrumpido o el quebranto de la salud o la infelicidad, se avergüenzan de cambiar la sentencia que no pueden defender.

Capítulo XIX.

De la aflicción de la segunda guerra púnica, por la cual se consumieron las fuerzas de ambas partes.

Secundo autem bello Punico nimis longum est commemorare clades duorum populorum, tam longe secum lateque pugnantium; ita ut his quoque fatentibus, qui non tam narrare bella Romana, quam Romanum imperium laudare instituerunt, similior victo fuerit ille qui vicit. Annibale quippe ab Hispania surgente, et Pyrenaeis montibus superatis, Gallia transcursa, Alpibusque disruptis, tam longo circuitu auctis viribus, cuncta vastando aut subigendo, torrentis modo Italiae faucibus irruente, quam cruenta bella gesta sunt, quam multa praelia! Quoties Romani superati! quam multa ad hostem oppida defecerunt, quam multa capta et oppressa! quam dirae pugnae, et toties Annibali Romana clade gloriosae! De Cannensi autem mirabiliter horrendo malo quid dicam, ubi Annibal cum esset crudelissimus, tamen tanta inimicorum atrocissimorum caede satiatus, parci jussisse perhibetur? Unde tres modios annulorum aureorum Carthaginem misit: quo intelligerent tantam in illo praelio dignitatem cecidisse Romanam, ut facilius eam caperet mensura quam numerus; atque hinc strages turbae caeterae, tanto utique numerosioris, quanto infimioris, quae sine annulis jacebat, conjicienda potius quam nuntianda putaretur. Denique tanta militum inopia secuta est, ut Romani reos facinorum proposita impunitate colligerent, servitia libertate donarent, atque ex illis pudendus non tam suppleretur quam institueretur exercitus. Servis itaque, imo ne faciamus injuriam, jam libertis pro Romana republica pugnaturis arma defuerunt. Detracta sunt templis, tanquam Romani diis suis dicerent, Ponite quae tam diu inaniter habuistis, ne forte aliquid utile inde facere possint nostra mancipia, unde vos, nostra numina, nihil facere potuistis. Tunc etiam stipendiis sufficiendis cum defecisset aerarium, in usus publicos opes venere privatae, adeo unoquoque id quod habuit conferente, ut praeter singulos annulos aureos singulasque bullas, miserabilia dignitatis insignia, nihil sibi auri senatus ipse, quanto magis caeteri ordines tribusque relinquerent! Quis ferret istos, si nostris temporibus ad hanc inopiam cogerentur, cum eos modo vix feramus, quando pro superflua voluptate plura donantur histrionibus, quam tunc legionibus pro extrema salute collata sunt?

Caput XX.

De exitio Saguntinorum, quibus propter Romanorum amicitiam pereuntibus dii Romani auxilium non tulerunt.

En la segunda guerra púnica por cierto es demasiado largo conmemorar las matanzas de los dos pueblos, que combatieron tanto tiempo y a lo largo y ancho entre sí; de modo que, confesándolo incluso aquellos que instituyeron no tanto narrar las guerras romanas como alabar el imperio romano, fue más semejante al vencido el que venció. Pues surgiendo Aníbal de España y, superados los montes Pirineos, atravesada la Galia y rotos los Alpes, aumentadas sus fuerzas por tan largo circuito, devastándolo o subyugándolo todo, irrumpiendo a modo de torrente por las fauces de Italia, ¡cuán cruentas guerras se gestionaron, cuántas batallas! ¡Cuántas veces fueron superados los romanos! ¡cuántas plazas desertaron al enemigo, cuántas capturadas y oprimidas! ¡cuán diras las luchas, y tantas veces gloriosas para Aníbal por la matanza romana! Pero del mal maravillosamente horrendo de Cannas, ¿qué diré?, donde Aníbal, siendo crudelísimo, sin embargo, saciado por tan gran matanza de enemigos atrocísimos, se cuenta que mandó perdonar. De donde envió tres modios de anillos de oro a Cartago: para que entendieran que en aquella batalla había caído tanta dignidad romana, que más fácilmente la captaría la medida que el número; y de aquí la mortandad de la demás turba, tanto más numerosa cuanto más ínfima, que yacía sin anillos, se arbitrara que debía ser conjeturada más que anunciada. Finalmente, siguió tal penuria de soldados, que los romanos recogieron a los reos de crímenes propuesta la impunidad, dieron la libertad a los esclavos, y con ellos no tanto se suplió cuanto se instituyó un ejército vergonzoso. A los esclavos, pues, o mejor, para no hacerles injuria, ya libertos que habían de luchar por la república romana, les faltaron las armas. Fueron quitadas de los templos, como si los romanos dijeran a sus dioses: «Deponed lo que por tanto tiempo habéis tenido vanamente, no sea que tal vez nuestros siervos puedan hacer algo útil de ahí, de donde vosotros, nuestros númenes, nada pudisteis hacer». Entonces también, habiendo fallado el erario para que los estipendios fueran suficientes, las riquezas privadas pasaron a usos públicos, confiriendo cada uno de tal modo lo que tuvo, que excepto cada uno de los anillos de oro y cada una de las bullas, miserables insignias de dignidad, nada de oro dejó para sí el mismo senado, ¡cuánto más los otros órdenes y tribus! ¿Quién soportaría a estos, si en nuestros tiempos fueran compelidos a esta penuria, cuando apenas los soportamos ahora, cuando para el placer superfluo se dan más cosas a los histriones de las que entonces se reunieron para las legiones por la extrema salud?

Capítulo XX.

Del exterminio de los saguntinos, a quienes pereciendo por la amistad de los romanos, los dioses romanos no les trajeron auxilio.

Sed in his omnibus belli Punici secundi malis, nihil miserabilius ac miserabili querela dignius, quam exitium Saguntinorum fuit. Haec quippe Hispaniae civitas amicissima populi Romani, dum eidem populo fidem servat, eversa est. Hinc enim Annibal fracto foedere Romanorum, causas quaesivit quibus eos irritaret ad bellum. Saguntum ergo ferociter obsidebat: quod ubi Romae auditum est, missi legati ad Annibalem, ut ab ejus obsidione discederet. Contempti Carthaginem pergunt, querimoniamque deponunt foederis rupti, infectoque negotio Romam redeunt. Dum hae morae aguntur, misera illa civitas opulentissima, suae reipublicae Romanaeque charissima, octavo vel nono a Poenis mense deleta est. Cujus interitum legere, quanto magis scribere, horroris est. Breviter tamen eum commemorabo: ad rem quippe quae agitur, multum pertinet. Primo fame contabuit: nam etiam suorum cadaveribus a nonnullis pasta perhibetur. Deinde omnium fessa rerum, ne saltem captiva in manus Annibalis perveniret, ingentem rogum publice struxit, in quem ardentem ferro etiam trucidatos omnes se suosque miserunt. Hic aliquid agerent dii helluones atque nebulones, sacrificiorum adipibus inhiantes, et fallacium divinationum caligine decipientes: hic aliquid agerent, civitati populi Romani amicissimae subvenirent, fidei conservatione pereuntem perire non sinerent. Ipsi utique medii praefuerunt, cum Romanae reipublicae interjecto foedere copulata est. Custodiens itaque fideliter quod ipsis praesidibus placito junxerat, fide vinxerat, juratione constrinxerat, a perfido obsessa, oppressa, consumpta est. Si ipsi dii tempestate atque fulminibus Annibalem postea Romanis proximum moenibus terruerunt, longeque miserunt; tunc primum tale aliquid facerent. Audeo quippe dicere, honestius illos pro amicis Romanorum, ideo periclitantibus ne Romanis frangerent fidem, et nullam opem tunc habentibus, quam pro ipsis Romanis, qui pro se pugnabant, atque adversus Annibalem opulenti erant, potuisse tempestate saevire. Si ergo tutores essent Romanae felicitatis et gloriae, tam grave ab ea crimen Saguntinae calamitatis averterent: nunc vero quam stulte creditur diis illis defensoribus Romam victore Annibale non perisse, qui Saguntinae urbi non potuerunt, ne pro ejus periret amicitia, subvenire? Si Saguntinorum christianus populus esset, et hujusmodi aliquid pro fide evangelica pateretur, quanquam se ipse nec ferro, nec ignibus corrupisset; sed tamen si pro fide evangelica excidium pateretur, ea spe pateretur qua in Christum crediderat, non mercede brevissimi temporis, sed aeternitatis interminae.

Pero en todos estos males de la segunda guerra púnica, nada fue más miserable ni más digno de una queja miserable que el exterminio de los saguntinos. Pues esta ciudad de España, amiguísima del pueblo romano, mientras guarda la fe a ese mismo pueblo, fue subvertida. Pues de aquí Aníbal, roto el tratado de los romanos, buscó causas con que irritarlos a la guerra. Por tanto, asediaba ferozmente a Sagunto: lo cual, oído en Roma, se enviaron legados a Aníbal para que desistiera de su asedio. Despreciados, van a Cartago y exponen la queja del tratado roto, e infecto el negocio regresan a Roma. Mientras se producen estas demoras, aquella miserable ciudad opulentísima, carísima a su propia república y a la romana, fue destruida al octavo o noveno mes por los cartagineses. Cuyo exterminio leer, cuánto más escribirlo, es de horror. Sin embargo, lo conmemoraré brevemente: pues pertenece mucho al asunto que se trata. Primero se consumió por el hambre: pues se cuenta que incluso se alimentaron con los cadáveres de los suyos por algunos. Luego, cansada de todas las cosas, para que al menos no llegara cautiva a las manos de Aníbal, construyó públicamente una ingente pira, en la cual ardiendo se lanzaron todos ellos y los suyos, incluso degollados por el hierro. Aquí hicieran algo los dioses glotones y holgazanes, anhelantes por las grasas de los sacrificios, y engañando con la calina de las falsas adivinaciones: aquí hicieran algo, subvinieran a la ciudad amiguísima del pueblo romano, no permitieran perecer a la que perecía por la conservación de la fe. Ellos ciertamente presidieron como mediadores cuando se unió a la república romana interpuesto el tratado. Custodiando, pues, fielmente lo que por el beneplácito de esos mismos presidentes había unido, ligado por la fe, constreñido por el juramento, por el pérfido fue asediada, oprimida, consumida. Si los mismos dioses con la tempestad y los rayos aterrorizaron después a Aníbal próximo a los muros romanos y lo alejaron; entonces primero hicieran algo tal. Pues me atrevo a decir que más honestamente pudieron ensañarse con la tempestad por los amigos de los romanos, por tanto peligrando para no romper la fe a los romanos, y no teniendo entonces ningún auxilio, que por los mismos romanos, que luchaban por sí mismos y eran opulentos contra Aníbal. Si, por tanto, fueran tutores de la felicidad y gloria romana, apartarían de ella tan grave crimen de la calamidad saguntina: pero ahora, ¿cuán estúpidamente se cree que Roma no pereció por aquellos dioses defensores siendo vencedor Aníbal, quienes no pudieron subvenir a la ciudad saguntina para que no pereciera por su amistad? Si el pueblo de los saguntinos fuera cristiano, y sufriera algo de este género por la fe evangélica, aunque él mismo no se hubiera corrompido ni por el hierro ni por los fuegos; pero si sufriera el exterminio por la fe evangélica, lo sufriera con aquella esperanza con la que había creído en Cristo, no por la recompensa de un tiempo brevísimo, sino de la eternidad interminable.

Pro istis autem diis, qui propterea coli perhibentur, qui propterea colendi requiruntur, ut harum labentium atque transeuntium rerum felicitas tuta sit, quid nobis defensores et excusatores eorum de Saguntinis pereuntibus respondebunt, nisi quod de illo Regulo exstincto? Hoc quippe interest, quod ille unus homo, haec tota civitas; utriusque tamen interitus causa conservatio fidei fuit. Propter hanc enim ad hostes et redire ille voluit, et noluit ista transire. Conservata ergo provocat deorum iram fides? an possunt et diis propitiis perire non solum quique homines, verum etiam integrae civitates? Utrum volunt, eligant. Si enim fidei servatae irascuntur illi dii, quaerant perfidos a quibus colantur: si autem etiam illis propitiis multis gravibusque cruciatibus afflicti, interire homines civitatesque possunt, nullo fructu felicitatis hujus coluntur. Desinant igitur succensere, qui sacris deorum suorum perditis se infelices esse factos putant. Possent enim illis non solum manentibus, verum etiam faventibus, non, sicut modo, de miseria murmurare, sed sicut tunc Regulus et Saguntini, excruciati horribiliter etiam penitus interire.

Caput XXI.

Quam ingrata fuerit Romana civitatis Scipioni liberatori suo, et in quibus moribus egerit, quando eam Sallustius optimam fuisse describit.

Porro inter secundum et postremum bellum Carthaginense, quando Sallustius optimis moribus et maxima concordia dixit egisse Romanos (multa enim praetereo, suscepti operis modum cogitans): eodem ergo ipso tempore morum optimorum maximaeque concordiae, Scipio ille Romae Italiaeque liberator, ejusdemque belli Punici secundi tam horrendi, tam exitiosi, tam periculosi praeclarus mirabilisque confector, victor Annibalis domitorque Carthaginis, cujus ab adolescentia vita describitur diis dedita templisque nutrita, inimicorum accusationibus cessit, carensque patria, quam sua virtute salvam et liberam reddidit, in oppido Linternensi egit reliquam complevitque vitam, post insignem suum triumphum nullo illius urbis captus desiderio, ita ut jussisse perhibeatur, ne saltem mortuo in ingrata patria funus fieret. Deinde tunc primum per Cneum Manlium proconsulem de Gallograecis triumphantem, Asiatica luxuria Romam omni hoste pejor irrepsit. Tunc enim primum lecti aerati, et pretiosa stragula visa perhibentur: tunc inductae in convivia psaltriae, et alia licentiosa nequitia.

Pero por estos dioses, que por eso se cuenta que son cultivados, que por eso se requiere que sean cultivados, para que la felicidad de estas cosas que caen y pasan esté segura, ¿qué nos responderán sus defensores y excusadores sobre los saguntinos que perecen, sino lo que sobre aquel Régulo extinguido? Pues esto interesa, que aquel fue un solo hombre, esta toda una ciudad; sin embargo, la causa del exterminio de ambos fue la conservación de la fe. Pues por esta quiso él regresar a los enemigos, y ella no quiso pasarse. ¿Acaso, por tanto, la fe conservada provoca la ira de los dioses? ¿o pueden, incluso siendo propicios los dioses, perecer no solo cualesquiera hombres, sino incluso ciudades íntegras? Lo que quieran, elijan. Pues si por la fe guardada se irritan aquellos dioses, busquen pérfidos por quienes sean cultivados: pero si también siendo ellos propicios pueden los hombres y las ciudades ser afligidos con muchos y graves tormentos e interir, con ningún fruto de esta felicidad son cultivados. Dejen, pues, de indignarse los que, perdidos los sacros de sus dioses, piensan que se han vuelto infelices. Pues podrían, no solo permaneciendo aquellos, sino incluso favoreciendo, no como ahora, murmurar por la miseria, sino como entonces Régulo y los saguntinos, martirizados horriblemente, incluso perecer totalmente.

Capítulo XXI.

Cuán ingrata fue la ciudad romana con su libertador Escipión, y en qué costumbres actuó cuando Salustio la describe como habiendo sido la mejor.

Además, entre la segunda y la última guerra cartaginesa, cuando Salustio dijo que los romanos habían actuado con las mejores costumbres y la máxima concordia (pues paso por alto muchas cosas, pensando en el límite de la obra emprendida): en aquel mismo tiempo, pues, de las mejores costumbres y de la máxima concordia, aquel Escipión, libertador de Roma y de Italia, e ilustre y maravilloso consumador de aquella segunda guerra púnica tan horrenda, tan ruinosa, tan peligrosa, vencedor de Aníbal y domador de Cartago, cuya vida desde la adolescencia se describe dedicada a los dioses y nutrida en los templos, cedió a las acusaciones de sus enemigos y, careciendo de la patria que por su virtud restituyó salva y libre, en la plaza de Literno pasó y completó el resto de su vida, después de su insigne triunfo no prendido por ningún deseo de aquella ciudad, de modo que se cuenta que mandó que al menos al morir no se le hicieran funerales en su patria ingrata. Luego entonces por primera vez, por medio de Cneo Manlio proconsul triunfante sobre los galogrecos, la lujuria asiática, peor que cualquier enemigo, se infiltró en Roma. Pues entonces por primera vez se cuenta que se vieron lechos broncíneos y mantas preciosas: entonces se introdujeron en los convites las psaltrias y otra maldad licenciosa.

Sed nunc de his malis quae intolerabiliter homines patiuntur, non de his quae libenter faciunt, dicere institui. Unde illud magis quod de Scipione commemoravi, quod cedens inimicis extra patriam, quam liberavit, mortuus est, ad praesentem pertinet disputationem, quod ei Romana numina a quorum templis avertit Annibalem, non reddiderunt vicem, quae propter istam tantummodo coluntur felicitatem. Sed quia Sallustius eo tempore ibi dixit mores optimos fuisse, propterea hoc de Asiana luxuria commemorandum putavi, ut intelligatur etiam illud a Sallustio in comparatione aliorum temporum dictum, quibus temporibus pejores utique in gravissimis discordiis mores fuerunt. Nam tunc, id est inter secundum et postremum bellum Carthaginense, lata est etiam illa lex Voconia, ne quis haeredem feminam faceret, nec unicam filiam. Qua lege quid iniquius dici aut cogitari possit, ignoro. Verumtamen toto illo intervallo duorum bellorum Punicorum tolerabilior infelicitas fuit. Bellis tantummodo foris conterebatur exercitus, sed victoriis consolabatur: domi autem nullae, sicut alias, discordiae saeviebant. Sed ultimo bello Punico uno impetu alterius Scipionis, qui ob hoc etiam ipse Africani cognomen invenit, aemula imperii Romani ab stirpe deleta est: ac deinde tantis malorum aggeribus oppressa Romana respublica, ut prosperitate ac securitate rerum, unde nimium corruptis moribus mala illa congesta sunt, plus nocuisse monstretur tam cito eversa, quam prius nocuerat tam diu adversa Carthago. Hoc toto tempore usque ad Caesarem Augustum, qui videtur non adhuc vel ipsorum opinione gloriosam, sed contentiosam et exitiosam et plane jam enervem ac languidam libertatem omni modo extorsisse Romanis, et ad regale arbitrium cuncta revocasse, et quasi morbida vetustate collapsam veluti instaurasse ac renovasse rempublicam: toto ergo isto tempore, omitto ex aliis atque aliis causis etiam atque etiam bellicas clades, et Numantinum foedus horrenda ignominia maculosum: volaverant enim pulli de cavea, et Mancino consuli, ut aiunt, augurium malum fecerant; quasi per tot annos, quibus illa exigua civitas Romanum circumsessa exercitum afflixerat, ipsique Romanae reipublicae terrori esse jam coeperat, alii contra eam malo augurio processerint.

Caput XXII.

De Mithridatis edicto, quo omnes cives Romanos, qui intra Asiam invenirentur, jussit occidi.

Pero ahora he instituido hablar de estos males que los hombres sufren intolerable mente, no de aquellos que hacen voluntariamente. De donde aquello más bien que conmemoré sobre Escipión, que cediendo a sus enemigos murió fuera de la patria que liberó, pertenece a la presente disputa, porque los númenes romanos de cuyos templos apartó a Aníbal no le devolvieron el favor, los cuales son cultivados solamente por esta felicidad. Pero porque Salustio dijo que en aquel tiempo hubo las mejores costumbres, por eso pensé que esto de la lujuria asiática debía conmemorarse, para que se entienda que aquello fue dicho también por Salustio en comparación con otros tiempos, en los cuales ciertamente las costumbres fueron peores en gravísimas discordias. Pues entonces, esto es entre la segunda y la última guerra cartaginesa, se dio también aquella ley Voconia, para que nadie hiciera heredera a una mujer, ni siquiera a una hija única. Sobre la cual ley ignoro qué pueda decirse o pensarse más inicuo. Sin embargo, en todo aquel intervalo de las dos guerras púnicas la infelicidad fue más tolerable. Solamente por las guerras exteriores se desgastaba el ejército, pero se consolaba con las victorias: en casa sin embargo no rugían discordias, como en otras ocasiones. Pero en la última guerra púnica, por un solo ímpetu del otro Escipión, que por esto también encontró él mismo el sobrenombre de Africano, la émula del imperio romano fue borrada desde la raíz: y luego la república romana fue oprimida por tales montones de males, que por la prosperidad y seguridad de las cosas, de donde por costumbres excesivamente corruptas se amontonaron aquellos males, se muestra que dañó más habiendo sido tan pronto subvertiva, que lo que antes había dañado siendo tan largo tiempo adversa Cartago. En todo este tiempo hasta el César Augusto, quien parece haber extorsionado a los romanos por todos los medios una libertad no todavía gloriosa incluso en opinión de ellos mismos, sino contenciosa y ruinosa y plenamente ya enervada y lánguida, y haber revocado todo al arbitrio real, y haber como instaurado y renovado la república colapsada por una morbosa vetustez: en todo aquel tiempo, pues, omito una y otra vez las matanzas bélicas por otras y otras causas, y el tratado numantino manchado con horrenda ignominia: pues habían volado los pollos de la jaula, y al cónsul Mancino, según dicen, le habían hecho un mal augurio; como si por tantos años en que aquella exigua ciudad había afligido al ejército romano sitiado, y ya había empezado a ser un terror para la misma república romana, otros hubieran procedido contra ella con mal augurio.

Capítulo XXII.

Del edicto de Mitrídates, por el cual mandó matar a todos los ciudadanos romanos que se encontraran dentro de Asia.

Sed haec, inquam, omitto, quamvis illud nequaquam tacuerim, quod Mithridates rex Asiae ubique in Asia peregrinantes cives Romanos, atque innumerabili copia suis negotiis intentos, uno die occidi jussit: et factum est. Quam illa miserabilis rerum facies erat, subito quemque, ubicumque fuisset inventus, in agro, in via, in oppido, in domo, in vico, in foro, in templo, in lecto, in convivio, inopinate atque impie fuisse trucidatum? Quis gemitus morientium, quae lacrymae spectantium, fortasse etiam ferientium fuerunt? Quam dura necessitas hospitum, non solum videndi nefarias illas caedes domi suae, verum etiam perpetrandi; ab illa blanda comitate humanitatis repente mutatis vultibus ad hostile negotium in pace peragendum, mutuis dicam omnino vulneribus, cum percussus in corpore, et percussor in animo feriretur? Num et isti omnes auguria contempserant? num deos et domesticos et publicos, cum de sedibus suis ad illam irremeabilem peregrinationem profecti sunt, quos consulerent, non habebant? Hoc si ita est, non habent cur isti in hac causa de nostris temporibus conquerantur. Olim Romani haec vana contemnunt. Si autem consuluerunt, respondeatur quid ista profuerunt, quando per humanas duntaxat leges, nemine prohibente, licuerunt.

Caput XXIII.

De interioribus malis, quibus Romana respublica exagitata est, praecedente prodigio, quod in rabie omnium animalium, quae hominibus serviunt, fuit.

Sed jam illa mala breviter, quantum possumus, commemoremus, quae quanto interiora, tanto miseriora exstiterunt: discordiae civiles, vel potius inciviles; nec jam seditiones, sed etiam ipsa bella urbana, ubi tantus sanguis effusus est, ubi partium studia, non concionum dissensionibus variisque vocibus in alterutrum, sed plane jam ferro armisque saeviebant: bella socialia, bella servilia, bella civilia quantum Romanum cruorem fuderunt, quantam Italiae vastationem desertionemque fecerunt? Namque antequam se adversus Romam sociale Latium commoveret, cuncta animalia humanis usibus subdita, canes, equi, asini, boves, et quaeque alia pecora sub hominum dominio fuerunt, subito efferata et domesticae lenitatis oblita, relictis tectis libera vagabantur, et omnem non solum aliorum, verum etiam dominorum aversabantur accessum, non sine exitio vel periculo audentis, si quis de proximo urgeret. Quanti mali signum fuit, si hoc signum fuit quod tantum malum fuit, si etiam signum non fuit? Hoc si nostris temporibus accidisset, rabidiores istos quam illi sua animalia pateremur.

Pero estas cosas, digo, las omito, aunque de ningún modo callaría aquello, que Mitrídates rey de Asia mandó matar en un solo día a los ciudadanos romanos que peregrinaban por todas partes en Asia, e intentaban sus negocios en innumerable copia: y se hizo. ¡Cuán miserable era aquella faz de las cosas, que de repente cada uno, dondequiera que hubiera sido hallado, en el campo, en el camino, en la plaza, en la casa, en la aldea, en el foro, en el templo, en el lecho, en el convite, fuera degollado inesperada e impíamente! ¿Qué gemidos de los moribundos, qué lágrimas de los espectadores, tal vez incluso de los que herían, hubo? ¡Cuán dura necesidad de los huéspedes, no solo de ver aquellas nefarias matanzas en su propia casa, sino incluso de perpetrarlas; de aquella blanda afabilidad de la humanidad, cambiados de repente los rostros para llevar a cabo un negocio hostil en paz, con mutuas heridas diré totalmente, cuando el herido en el cuerpo y el heridor en el ánimo eran golpeados! ¿Acaso también todos estos habían despreciado los augurios? ¿acaso no tenían dioses domésticos y públicos a quienes consultar cuando partieron de sus sedes para aquella peregrinación sin retorno? Si esto es así, no tienen por qué quejarse estos en esta causa de nuestros tiempos. Hace mucho que los romanos desprecian estas vanidades. Si, por el contrario, los consultaron, respóndase qué aprovecharon aquellas cosas, cuando por las leyes humanas al menos, no prohibiéndolo nadie, fueron lícitas.

Capítulo XXIII.

De los males interiores con que fue agitada la república romana, precediendo el prodigio que consistió en la rabia de todos los animales que sirven a los hombres.

Pero conmemoremos ya brevemente, en cuanto podemos, aquellos males que, cuanto más interiores, tanto más miserables resultaron: las discordias civiles, o más bien inciviles; y ya no sediciones, sino incluso las mismas guerras urbanas, donde tanta sangre se derramó, donde los estudios de las facciones ya no sañaban con las disensiones de las asambleas y voces variadas de unos contra otros, sino claramente ya con el hierro y las armas: las guerras sociales, las guerras serviles, las guerras civiles, ¡cuánta sangre romana derramaron, cuánta vastación y desierto hicieron de Italia! Pues antes de que el Lacio social se conmoviera contra Roma, todos los animales sometidos a los usos humanos, perros, caballos, asnos, bueyes y cualesquiera otras bestias que estuvieron bajo el dominio de los hombres, de repente embravecidos y olvidados de la mansedumbre doméstica, abandonados los techos vagaban libres, y rehuían todo acceso no solo de otros, sino incluso de sus dueños, no sin muerte o peligro del que lo intentaba, si alguno los apremiaba de cerca. ¿De qué tamaño mal fue signo, si esto fue signo de lo que fue tan gran mal, incluso si no fue signo? Si esto hubiera sucedido en nuestros tiempos, padeceríamos a estos más rabiosos de lo que ellos padecieron a sus animales.

Caput XXIV.

De discordia civili, quam Gracchiae seditiones excitaverunt.

Initium autem civilium bellorum fuit, seditiones Gracchorum agrariis legibus excitatae. Volebant enim agros populo dividere, quos nobilitas perperam possidebat. Sed tam vetustam iniquitatem audere convellere, periculosissimum; imo vero, ut ipsa res docuit, perniciosissimum fuit. Quae funera facta sunt, cum prior Gracchus occisus est? quae etiam, cum alius frater ejus non longo interposito tempore? Neque enim legibus et ordine potestatum, sed turbis armorumque conflictibus nobiles ignobilesque necabantur. Post Gracchi alterius interfectionem, Lucius Opimius consul, qui adversus eum intra Urbem arma commoverat, eoque cum sociis oppresso et exstincto ingentem civium stragem fecerat, cum quaestionem haberet jam judiciaria inquisitione caeteros persequens, tria millia hominum occidisse perhibetur. Ex quo intelligi potest, quantam multitudinem mortium habere potuerit turbidus conflictus armorum, quando tantam habuit judiciorum velut examinata cognitio. Percussor Gracchi ipsius caput quantum grave erat, tanto auri pondere consuli vendidit: haec enim pactio caedem praecesserat. In qua etiam occisus est cum liberis Marcus Fulvius consularis.

Caput XXV.

De aede Concordiae ex senatusconsulto in loco seditionum et caedium condita.

Eleganti sane senatusconsulto eo ipso loco, ubi funereus tumultus ille commissus est, ubi tot cives ordinis cujusque ceciderunt, aedes Concordiae facta est, ut Gracchorum poenae testis concionantium oculos feriret, memoriamque compungeret. Sed hoc quid aliud fuit, quam irrisio deorum, illi deae templum construere, quae si esset in civitate, non tantis dissensionibus dilacerata corrueret? nisi forte sceleris hujus rea Concordia, quia deseruerat animos civium, meruit in illa aede tanquam in carcere includi. Cur enim, si rebus gestis congruere voluerunt, non ibi potius aedem Discordiae fabricaverunt? an ulla ratio redditur, cur Concordia dea sit, et Discordia dea non sit; ut secundum Labeonis distinctionem, bona sit ista, illa vero mala? Nec ipse aliud secutus videtur, quam quod advertit Romae etiam Febri, sicut Saluti, templum constitutum. Eo igitur modo non tantum Concordiae, verum etiam Discordiae constitui debuit. Periculose itaque Romani tam mala dea irata vivere voluerunt, nec Trojanum excidium recoluerunt originem ab ejus offensione sumpsisse.

Capítulo XXIV.

De la discordia civil que excitaron las sediciones de los Gracos.

Pero el inicio de las guerras civiles fueron las sediciones de los Gracos excitadas por las leyes agrarias. Pues querían dividir al pueblo los campos que la nobleza poseía indebidamente. Pero atreverse a arrancar una iniquidad tan antigua era peligrosísimo; más aún, como la misma cosa enseñó, fue perniciosísimo. ¿Qué funerales se hicieron cuando el primer Graco fue muerto? ¿qué también cuando el otro hermano suyo no mucho tiempo después? Pues no por las leyes y el orden de las potestades, sino por las turbas y los conflictos de las armas eran asesinados nobles e innobles. Después de la muerte del otro Graco, el cónsul Lucio Opimio, que había conmovido las armas contra él dentro de la Ciudad, y oprimido y extinguido aquel con sus socios había hecho una ingente matanza de ciudadanos, cuando tenía la cuestión persiguiendo ya a los demás por inquisición judiciaria, se cuenta que mató a tres mil hombres. Por lo cual puede entenderse qué gran multitud de muertes pudo tener el turbio conflicto de las armas, cuando tanta tuvo el conocimiento como examinado de los juicios. El matador del mismo Graco vendió su cabeza al cónsul por tanto peso de oro cuanto pesaba: pues este pacto había precedido a la matanza. En la cual también fue muerto con sus hijos Marco Fulvio el consular.

Capítulo XXV.

Del templo de la Concordia fundado por senadoconsulto en el lugar de las sediciones y matanzas.

Por un elegante senadoconsulto ciertamente, en aquel mismo lugar donde se cometió aquel tumulto funesto, donde cayeron tantos ciudadanos de cada orden, se hizo el templo de la Concordia, para que como testigo de la pena de los Gracos hiriera los ojos de los que hablaban en las asambleas y punzara la memoria. Pero ¿qué otra cosa fue esto que una burla de los dioses, construir un templo a aquella diosa que, si estuviera en la ciudad, no se derrumbaría dilacerada por tantas disensiones? a no ser que tal vez la Concordia, rea de este crimen porque había desertado de los ánimos de los ciudadanos, mereciera ser incluida en aquel templo como en una cárcel. Pues ¿por qué, si quisieron ser congruentes con los hechos, no fabricaron allí más bien un templo a la Discordia? ¿o acaso se da alguna razón de por qué la Concordia sea diosa y la Discordia no sea diosa; para que, según la distinción de Labeón, aquella sea buena y esta mala? Ni él mismo parece haber seguido otra cosa que lo que advirtió, que en Roma se constituyó un templo incluso a la Fiebre, al igual que a la Salud. De aquel modo, por tanto, no solo a la Concordia, sino también a la Discordia debió constituirse. Peligrosamente, pues, los romanos quisieron vivir estando airada una diosa tan mala, ni recordaron que el exterminio troyano tomó su origen de su ofensa.

Ipsa quippe quia inter deos non fuerat invitata, trium dearum litem aurei mali suppositione commenta est: unde rixa numinum, et Venus victrix, et rapta Helena, et Troja deleta. Quapropter, si forte indignata quod inter deos in Urbe nullum templum habere meruit, ideo jam turbabat tantis tumultibus civitatem; quanto atrocius potuit irritari, cum in loco illius caedis, hoc est in loco sui operis, adversariae suae constitutam aedem videret? Haec vana ridentibus nobis illi docti sapientesque stomachantur, et tamen numinum bonorum malorumque cultores de hac quaestione Concordiae Discordiaeque non exeunt, sive praetermiserint harum dearum cultum, eisque Febrem Bellonamque praetulerint, quibus antiqua fana fecerunt; sive et istas coluerint, cum sic eos, discedente Concordia, Discordia saeviens usque ad civilia bella perduxerit.

Caput XXVI.

De diversis generibus belli, quae post conditam aedem Concordiae sunt secuta.

Praeclarum vero seditionibus obstaculum, aedem Concordiae testem caedis suppliciique Gracchorum concionantibus opponendam putarunt. Quantum ex hoc profecerint, indicant secuta pejora. Laborarunt enim deinceps concionatores, non exemplum devitare Gracchorum, sed superare propositum, Lucius Saturninus tribunus plebis, et Caius Servilius praetor, et multo post Marcus Drusus, quorum omnium seditionibus caedes primo jam tunc gravissimae, deinde socialia bella exarserunt: quibus Italia vehementer afflicta, et ad vastitatem mirabilem desertionemque perducta est. Bellum deinde servile successit, et bella civilia: in quibus quae praelia commissa sunt, quid sanguinis fusum? ut omnes fere Italae gentes, quibus Romanum maxime praepollebat imperium, tanquam saeva barbaries domarentur. Jam ex paucissimis, hoc est minus quam septuaginta, gladiato ribus quemadmodum bellum servile contractum sit, ad quantum numerum et quam acrem ferocemque pervenerit: quos ille numerus imperatores populi Romani superaverit: quas et quomodo civitates regionesque vastaverit, vix qui historiam conscripserunt, satis explicare potuerunt. Neque id solum fuit servile bellum; sed et Macedoniam provinciam prius servitia depopulata sunt, et deinde Siciliam oramque maritimam. Quanta etiam et quam horrenda commiserint primo latrocinia, deinde valida bella piratarum, quis pro magnitudine rerum valeat eloqui?

Caput XXVII.

De bello civili Mariano atque Syllano.

Pues ella misma, porque no había sido invitada entre los dioses, ideó el pleito de las tres diosas por la suposición de la manzana de oro: de donde la riña de los númenes, y Venus victoriosa, y la robada Helena, y Troya destruida. Por lo cual, si tal vez indignada porque no mereció tener ningún templo entre los dioses en la Ciudad, por eso ya turbaba con tantos tumultos la ciudad; ¿cuánto más atrozmente pudo ser irritada cuando en el lugar de aquella matanza, esto es en el lugar de su obra, veía constituido el templo de su adversaria? De estas vanidades riéndonos nosotros, se indignan aquellos doctos y sabios, y sin embargo los cultivadores de númenes buenos y malos no salen de esta cuestión de la Concordia y la Discordia, ya hayan omitido el culto de estas diosas y les hayan preferido a la Fiebre y a Belona, a quienes hicieron antiguos templos; ya hayan cultivado también a estas, cuando así, retirándose la Concordia, la Discordia sañuda los haya conducido hasta las guerras civiles.

Capítulo XXVI.

De los diversos géneros de guerra que siguieron tras la fundación del templo de la Concordia.

Pensaron ciertamente que el templo de la Concordia, como testigo de la matanza y del suplicio de los Gracos, debía oponerse a los que hablaban en las asambleas como un notable obstáculo a las sediciones. Cuánto provecho sacaron de esto, lo indican las peores cosas que siguieron. Pues en adelante los oradores trabajaron, no por evitar el ejemplo de los Gracos, sino por superar su propósito: Lucio Saturnino, tribuno de la plebe, y Cayo Servilio, pretor, y mucho después Marco Druso; de cuyas sediciones de todos ellos estallaron primero ya entonces gravísimas matanzas, y luego las guerras sociales: por las cuales Italia fue vehementemente afligida, y conducida a una admirable vastedad y desolación. Sucedió luego la guerra servil, y las guerras civiles: en las cuales ¿qué batallas se cometieron, qué sangre se derramó? de modo que casi todas las gentes italianas, por quienes el imperio romano más prevalecía, fueron domadas como una bárbara ferocidad. Ya de poquísimos, esto es, menos de septuenta gladiadores, de qué modo se contrajo la guerra servil, a qué número y cuán acre y feroz llegó: a qué generales del pueblo romano superó aquel número: qué y cómo devastó ciudades y regiones, apenas pudieron explicarlo suficientemente los que escribieron la historia. Ni fue aquella la sola guerra servil; sino que también las servidumbres despoblaron primero la provincia de Macedonia, y luego Sicilia y la costa marítima. ¿cuán grandes y cuán horrendos latrocinios cometieron también primero, y luego las potentes guerras de los piratas, quién podría expresar según la magnitud de las cosas?

Capítulo XXVII.

De la guerra civil mariana y silana.

Cum vero Marius civili sanguine jam cruentus, multis adversarum sibi partium peremptis, victus Urbe profugisset, vix paululum respirante civitate, ut verbis Tullianis utar, superavit postea Cinna cum Mario. Tum vero clarissimis viris interfectis, lumina civitatis exstincta sunt. Ultus est hujus victoriae crudelitatem postea Sylla, ne dici quidem opus est quanta diminutione civium et quanta calamitate reipublicae. De hac enim vindicta, quae perniciosior fuit, quam si scelera quae puniebantur, impunita relinquerentur, ait et Lucanus: Excessit medicina modum; nimiumque secuta est, Qua morbi duxere manum; periere nocentes. Sed cum jam soli possent superesse nocentes, Tunc data libertas odiis, resolutaque legum Frenis ira ruit. Illo bello Mariano atque Syllano, exceptis his qui foris in acie ceciderunt, in ipsa quoque Urbe cadaveribus vici, plateae, fora, theatra, templa completa sunt; ut difficile judicaretur quando victores plus funerum ediderint, utrum prius ut vincerent, an postea quia vicissent: cum primum victoria Mariana, quando de exsilio se ipse restituit, exceptis passim quaquaversum caedibus factis, caput Octavii consulis poneretur in rostris, Caesar et Fimbria in domibus trucidarentur suis, duo Crassi, pater et filius, in conspectu mutuo mactarentur, Bebius et Numitorius unco tracti sparsis visceribus interirent, Catulus hausto veneno se manibus inimicorum subtraheret, Merula, flamen Dialis, praecisis venis Jovi etiam suo sanguine litaret. In ipsius autem Marii oculis continuo feriebantur, quibus salutantibus dexteram porrigere noluisset.

Caput XXVIII.

Qualis fuerit Syllana victoria vindex Marianae crudelitatis.

Syllana vero victoria secuta, hujus videlicet vindex crudelitatis, post tantum sanguinem civium, quo fuso comparata fuerat, finito jam bello inimicitiis viventibus, crudelius in pace grassata est. Jam etiam post Marii majoris pristinas ac recentissimas caedes additae fuerant aliae graviores a Mario juvene, atque Carbone earumdem partium Marianarum: qui Sylla imminente, non solum victoriam, verum etiam ipsam desperantes salutem, cuncta suis alienisque caedibus impleverunt.

Pero cuando Mario, ya cruento por la sangre civil, habiendo perecido muchos de las partes adversas a él, vencido había huido de la Ciudad, apenas respirando un poquito la ciudad, para usar las palabras tulianas, superó después Cinna con Mario. Entonces verdaderamente, habiendo sido muertos los hombres más esclarecidos, se extinguieron las lumbreras de la ciudad. Vengó la crueldad de esta victoria después Sila, ni siquiera es necesario decir con cuánta disminución de ciudadanos y con cuánta calamidad de la república. Pues sobre esta venganza, que fue más perniciosa que si los crímenes que se castigaban quedaran impunes, dice también Lucano: La medicina excedió la medida; y demasiado siguió por donde las enfermedades llevaron la mano; perecieron los inocentes. Pero cuando ya solo los culpables podían sobrevivir, entonces se dio libertad a los odios, y la ira, desatada de los frenos de las leyes, se precipitó. En aquella guerra mariana y silana, exceptuando a estos que cayeron fuera en el frente de batalla, en la misma Ciudad también los barrios, las plazas, los foros, los teatros, los templos se llenaron de cadáveres; de modo que difícilmente se juzgaba cuándo los vencedores dieron más funerales, si antes para vencer, o después porque habían vencido: cuando primero en la victoria mariana, cuando él mismo se restituyó del exilio, exceptuando las matanzas hechas por todas partes, se ponía la cabeza del cónsul Octavio en los rostros, César y Fimbria eran degollados en sus casas, los dos Cracos, padre e hijo, eran sacrificados a la vista mutua, Bebio y Numitorio arrastrados por un gancho morían con las vísceras esparcidas, Cátulo habiendo bebido veneno se sustraía de las manos de los enemigos, Mérula, flamen Dial, cortadas las venas hacía un sacrificio a su Júpiter incluso con su sangre. En los ojos del mismo Mario eran heridos continuamente aquellos a quienes, al saludarle, no hubiese querido alargar la mano derecha.

Capítulo XXVIII.

Cuál fue la victoria silana, vengadora de la crueldad mariana.

Pero habiendo seguido la victoria silana, vengadora ciertamente de esta crueldad, después de tanta sangre de los ciudadanos, por cuyo derramamiento se había comparado, terminado ya el guerra mientras las enemistades vivían, se ensañó más cruelmente en la paz. Pues ya también después de las antiguas y más recientes matanzas de Mario el mayor, se habían añadido otras más graves por el joven Mario y por Carbón de las mismas partes marianas: quienes, inminente Sila, desesperando no solo de la victoria, sino incluso de la misma salvación, llenaron todas las cosas con sus propias matanzas y las ajenas.

Nam praeter stragem late per diversa diffusam, obsesso etiam senatu, de ipsa curia, tanquam de carcere, producebantur ad gladium. Mucius Scaevola pontifex, quoniam nihil apud Romanos templo Vestae sanctius habebatur, aram ipsam amplexus, occisus est; ignemque illum, qui perpetua cura virginum semper ardebat, suo pene sanguine exstinxit. Urbem deinde Sylla victor intravit, qui in villa publica, non jam bello, sed ipsa pace saeviente, septem millia deditorum (unde utique inermia) non pugnando, sed jubendo prostraverat. In Urbe autem tota quem vellet Syllanus quisque feriebat: unde tot funera numerari omnino non poterant, donec Syllae suggereretur, sinendos esse aliquos vivere, ut essent quibus possent imperare qui vicerant. Tunc jam cohibita, quae hac atque hac passim furibunda ferebatur licentia jugulandi, tabula illa cum magna gratulatione proposita est, quae hominum ex utroque ordine splendido, equestri scilicet atque senatorio, occidendorum ac proscribendorum duo millia continebat. Contristabat numerus, sed consolabatur modus; nec quia tot cadebant tantum erat moeroris, quantum laetitiae, quia caeteri non timebant. Sed in quibusdam eorum, qui mori jussi erant, etiam ipsa licet crudelis caeterorum securitas, genera mortium exquisita congemuit. Quemdam enim sine ferro laniantium manus diripuerunt, immanius homines hominem vivum, quam bestiae solent discerpere cadaver abjectum. Alius oculis effossis et particulatim membris amputatis in tantis cruciatibus diu vivere, vel potius diu mori coactus est. Subhastatae sunt etiam, tanquam villae, quaedam nobiles civitates. Una vero, velut unus reus duci juberetur, sic tota jussa est trucidari. Haec facta sunt in pace post bellum, non ut acceleraretur obtinenda victoria, sed ne contemneretur obtenta. Pax cum bello de crudelitate certavit, et vicit. Illud enim prostravit armatos, ista nudatos. Bellum erat, ut qui feriebatur, si posset, feriret: pax autem, non ut qui evaserat, viveret, sed ut moriens non repugnaret.

Caput XXIX.

De comparatione Gothicae irruptionis cum eis cladibus quas Romani vel a Gallis, vel a bellorum civilium auctoribus exceperunt.

Quae rabies exterarum gentium, quae saevitia barbarorum huic de civibus victoriae civium comparari potest? Quid Roma funestius, tetrius, amariusque vidit, utrum olim Gallorum et paulo ante Gothorum irruptionem, an Marii et Syllae aliorumque in eorum partibus virorum clarissimorum tanquam suorum luminum in sua membra ferocitatem?

Pues además de la carnicería difundida extensamente por diversos lugares, sitiado también el senado, eran sacados de la misma curia, como de una cárcel, hacia la espada. Mucio Escévola, pontífice, como nada se tenía por más sagrado entre los romanos que el templo de Vesta, abrazando el ara misma, fue muerto; y aquel fuego, que por el perpetuo cuidado de las vírgenes siempre ardía, casi lo extinguió con su propia sangre. Entró luego Sila vencedor en la Ciudad, quien en la villa pública, no ya arreciando la guerra, sino la misma paz, había postrado a siete mil de los entregados (de donde ciertamente inermes) no peleando, sino mandando. En toda la Ciudad, además, cada partidario de Sila hería a quien quería: de donde tantos funerales no podían en absoluto numerarse, hasta que se sugirió a Sila que se debía dejar vivir a algunos, para que hubiera a quienes pudieran mandar los que habían vencido. Entonces ya refrenada aquella licencia de degollar que furibunda se llevaba aquí y allá por todas partes, se propuso con gran congratulación aquella tabla que contenía dos mil hombres de cada orden espléndido, a saber, el ecuestre y el senatorio, para ser muertos y proscritos. El número entristecía, pero el modo consolaba; ni porque tantos caían había tanto de luto, cuanto de alegría porque los demás no temían. Pero en algunos de aquellos que habían sido mandados morir, incluso aquella seguridad de los demás, aunque cruel, gimió por los géneros de muertes exquisitos. Pues las manos de los que desgarraban sin hierro despedazaron a alguien; más monstruosamente los hombres despedazaron a un hombre vivo que las bestias suelen despedazar un cadáver arrojado. Otro, sacados los ojos y amputados los miembros pieza por pieza en tantos tormentos, fue obligado a vivir mucho tiempo, o mejor dicho, a morir mucho tiempo. Se vendieron también en pública subasta, como villas, algunas nobles ciudades. Una verdaderamente, como si se mandara llevar a un solo reo, así fue mandada degollar toda entera. Estas cosas se hicieron en la paz después de la guerra, no para que se acelerara la victoria que debía obtenerse, sino para que no se despreciara la obtenida. La paz compitió con la guerra sobre la crueldad, y venció. Aquella, pues, postró a los armados, esta a los desnudos. Guerra era para que el que era herido, si podía, hiriera: la paz, en cambio, no para que el que había escapado viviera, sino para que muriendo no se resistiera.

Capítulo XXIX.

De la comparación de la irrupción gótica con aquellas calamidades que los romanos recibieron o de los galos, o de los autores de las guerras civiles.

¿Qué rabia de las naciones extranjeras, qué saña de los bárbaros puede compararse a esta victoria de los ciudadanos sobre los ciudadanos? ¿Qué vio Roma más funesto, más tétrico y más amargo, si antes la irrupción de los galos y hace poco la de los godos, o la ferocidad de Mario y de Sila y de otros hombres esclarecidísimos en sus bandos contra sus propios miembros como contra sus propias lumbreras?

Galli quidem trucidaverunt senatum, quidquid ejus in Urbe tota, praeter arcem Capitolinam, quae sola utcumque defensa est, reperire potuerunt; sed in illo colle constitutis auro vitam saltem vendiderunt, quam etsi ferro rapere non possent, possent tamen obsidione consumere: Gothi vero tam multis senatoribus pepercerunt, ut magis mirum sit quod aliquos peremerunt. At vero Sylla, vivo adhuc Mario, ipsum Capitolium, quod a Gallis tutum fuit, ad decernendas caedes victor insedit; et cum fuga Marius esset elapsus, ferocior cruentiorque rediturus, iste in Capitolio per senatus etiam consultum tam multos vita rebusque privavit. Marianis autem partibus, Sylla absente, quid sanctum cui parcerent fuit, quando Mucio civi, senatori, pontifici, aram ipsam, ubi erant, ut aiunt, fata Romana, miseris ambienti amplexibus non pepercerunt? Syllana porro tabula illa postrema, ut omittamus alias innumerabiles mortes, plures jugulavit senatores, quam Gothi vel spoliare potuerunt.

Caput XXX.

De connexione bellorum, quae adventum Christi plurima et gravissima praecesserunt.

Qua igitur fronte, quo corde, qua impudentia, qua insipientia, vel potius amentia, illa diis suis non imputant, et haec nostro imputant Christo? Crudelia bella civilia omnibus bellis hostilibus, auctoribus etiam eorum fatentibus, amariora, quibus illa respublica nec afflicta, sed perdita omnino judicata est, longe ante adventum Christi exorta sunt, et sceleratarum concatenatione causarum a bello Mariano atque Syllano ad bella Sertorii et Catilinae, quorum a Sylla fuerat ille proscriptus, ille nutritus: inde ad Lepidi et Catuli bellum, quorum alter gesta Syllana rescindere, alter defendere cupiebat: inde ad Pompeii et Caesaris, quorum Pompeius sectator Syllae fuerat, ejusque potentiam vel aequaverat, vel jam etiam superaverat; Caesar autem Pompeii potentiam non ferebat, sed quia non habebat, quam tamen illo victo interfectoque transcendit. Hinc ad alium Caesarem, qui post Augustus appellatus est, pervenerunt, quo imperante natus est Christus. Nam et ipse Augustus cum multis gessit bella civilia: et in eis etiam multi clarissimi viri perierunt, inter quos et Cicero, disertus ille artifex regendae reipublicae. Pompeii quippe victorem Caium Caesarem (qui victoriam civilem elementer exercuit, suisque adversariis vitam dignitatemque donavit) tanquam regni appetitorem quorumdam nobilium conjuratio senatorum velut pro reipublicae libertate in ipsa curia trucidavit.

Los galos ciertamente degollaron al senado, todo lo que de él pudieron hallar en toda la Ciudad, excepto la ciudadela del Capitolio, que sola como quiera que sea fue defendida; pero a los constituidos en aquel collado les vendieron al menos la vida por oro, la cual, aunque no pudieran arrebatarla por la espada, pudieran sin embargo consumirla por el sitio: los godos verdaderamente perdonaron a tantos senadores, que es más de admirar que a algunos mataran. Pero en verdad Sila, viviendo aún Mario, el mismo Capitolio, que estuvo seguro de los galos, se sentó vencedor para decretar las matanzas; y habiendo escapado Mario por la huida, para volver más feroz y más cruento, aquel en el Capitolio, incluso por senadoconsulto, privó a tantos de la vida y de sus bienes. En las partes marianas, además, ausente Sila, ¿qué hubo sagrado a lo que perdonaran, cuando a Mucio el ciudadano, el senador, el pontífice, no perdonaron mientras rodeaba con miserables abrazos el ara misma, donde están, según dicen, los fados romanos? Además, aquella última tabla silana, para que omitamos otras innumerables muertes, degolló a más senadores de los que los godos pudieron siquiera despojar.

Capítulo XXX.

De la conexión de las guerras, muchísimas y gravísimas, que precedieron al advenimiento de Cristo.

¿Con qué frente, pues, con qué corazón, con qué impudencia, con qué insapiencia, o mejor dicho demencia, no imputan aquellas cosas a sus dioses, e imputan estas a nuestro Cristo? Las crueles guerras civiles, más amargas que todas las guerras hostiles, confesándolo incluso los autores de ellas, por las cuales aquella república fue juzgada no afligida, sino perdida del todo, surgieron mucho antes del advenimiento de Cristo, y por la concatenación de causas criminales desde la guerra mariana y silana hasta las guerras de Sertorio y de Catilina, de los cuales aquel había sido proscrito por Sila, este nutrido: de allí a la guerra de Lépido y de Cátulo, de los cuales uno deseaba rescindir las actas silanas, el otro defenderlas: de allí a la de Pompeyo y César, de los cuales Pompeyo había sido seguidor de Sila, y o había igualado o ya incluso superado su potencia; pero César no toleraba la potencia de Pompeyo, sino porque no la tenía, la cual sin embargo trascendió vencido e interfecto aquel. De aquí llegaron a otro César, que después fue llamado Augusto, imperando el cual nació Cristo. Pues también el mismo Augusto gestó guerras civiles con muchos: y en ellas también perecieron muchos hombres esclarecidísimos, entre los cuales también Cicerón, aquel elocuente artífice de regir la república. Pues al vencedor de Pompeyo, Cayo César (quien ejerció la victoria civil clementemente, y dio a sus adversarios la vida y la dignidad), como apetecedor del reino, la conjuración de algunos nobles senadores, como por la libertad de la república, lo degolló en la misma curia.

Hujus deinde potentiam, multum moribus dispar, vitiisque omnibus inquinatus atque corruptus, affectare videbatur Antonius, cui vehementer pro eadem illa velut patriae libertate Cicero resistebat. Tunc emerserat mirabilis indolis adolescens ille alius Caesar, illius Caii Caesaris filius adoptivus: qui, ut dixi, postea appellatus est Augustus. Huic adolescenti Caesari, ut ejus potentia contra Antonium nutriretur, Cicero favebat; sperans eum depulsa et oppressa Antonii dominatione instauraturum reipublicae libertatem, usque adeo caecus atque improvidus futurorum, ut ille ipse juvenis, cujus dignitatem ac potestatem fovebat, et eumdem Ciceronem occidendum Antonio quadam quasi concordiae pactione permitteret, et ipsam libertatem reipublicae, pro qua multum ille clamaverat, ditioni propriae subjugaret.

Caput XXXI.

Quod impudenter praesentia incommoda Christo imputent qui deos colere non sinuntur, cum tantae clades eo tempore, quo colebantur, exstiterint.

Deos suos accusent de tantis malis, qui nostro Christo ingrati sunt de tantis bonis. Certe quando illa mala fiebant, calebant arae numinum, Sabaeo thure sertisque recentibus halabant, clarebant sacerdotia, fana renidebant; sacrificabatur, ludebatur, furebatur in templis, quando passim tantus civium sanguis a civibus, non modo in caeteris locis, verum inter ipsa quoque deorum altaria fundebatur. Non elegit templum, quo confugeret Tullius; quia frustra elegerat Mucius. Hi vero qui multo indignius insultant christianis temporibus, aut ad loca Christo dicatissima confugerunt, aut illuc eos ut viverent, etiam ipsi Barbari deduxerunt. Illud scio, et hoc mecum quisquis sine studio partium judicat, facillime agnoscit (ut omittam caetera quae multa commemoravi, et alia multo plura quae commemorare longum putavi), si humanum genus ante bella Punica christianam reciperet disciplinam, et consequeretur rerum tanta vastatio, quarta illis bellis Europam Africamque contrivit; nullus talium, quales nunc patimur, nisi christianae religioni mala illa tribuisset. Multo autem minus eorum voces tolerarentur, quantum attinet ad Romanos, si christianae religionis receptionem et diffamationem, vel irruptio illa Gallorum, vel Tiberini fluminis igniumque illa depopulatio, vel quod cuncta mala praecedit, bella illa civilia sequerentur. Mala etiam alia, quae usque adeo incredibilia acciderunt, ut inter prodigia numerarentur, si christianis temporibus accidissent, quibus ea, nisi christianis hominibus, tanquam crimina objicerent?

De este, luego, la potencia parecía afectarla Antonio, muy dispar en las costumbres, y manchado y corrompido por todos los vicios, al cual vehementemente, por aquella misma como libertad de la patria, resistía Cicerón. Entonces había emergido aquel otro César, joven de admirable índole, hijo adoptivo de aquel Cayo César: el cual, como dije, después fue llamado Augusto. A este joven César, para que su potencia se nutriera contra Antonio, favorecía Cicerón; esperando que él, depuesta y oprimida la dominación de Antonio, instauraría la libertad de la república, hasta tal punto ciego e improvidente de las cosas futuras, que aquel mismo joven, cuya dignidad y potestad fomentaba, y permitió al mismo Cicerón ser muerto por Antonio por una cierta como pacto de concordia, y sujetó a la dación propia aquella misma libertad de la república, por la cual él mucho había clamado.

Capítulo XXXI.

Que impudentemente imputan los presentes inconvenientes a Cristo quienes no son permitidos cultivar a los dioses, cuando tantas matanzas existieron en aquel tiempo en que eran cultivados.

Acusen a sus dioses de tantos males quienes son ingratos a nuestro Cristo por tantos bienes. Ciertamente cuando aquellos males se hacían, caldeaban las aras de los númenes, exhalaban incienso sabeo y guirnaldas recientes, brillaban los sacerdocios, resplandecían los templos; se sacrificaba, se jugaba, se deliraba en los templos, cuando por todas partes tanta sangre de ciudadanos por los ciudadanos, no solo en los demás lugares, sino entre las mismas aras de los dioses se derramaba. No eligió un templo al cual refugiarse Tulio; porque en vano lo había elegido Mucio. Estos, en cambio, que mucho más indignamente insultan a los tiempos cristianos, o se refugiaron en los lugares dedicadísimos a Cristo, o incluso los mismos bárbaros los conducjeron allí para que vivieran. Eso sé, y esto conmigo quienquiera que juzgue sin estudio de bandos facilísimamente lo reconoce (para que omita lo demás que he conmemorado mucho, y otras cosas mucho más numerosas que pensé largo conmemorar), si el género humano antes de las guerras púnicas recibiera la disciplina cristiana, y se siguiera una vastedad de cosas tan grande, cual trituró a Europa y África en aquellas guerras; ninguno de tales, cuales ahora padecemos, sino que a la religión cristiana hubiera atribuido aquellos males. Pero mucho menos se tolerarían sus voces, en cuanto atañe a los romanos, si a la recepción y difamación de la religión cristiana, o aquella irrupción de los galos, o aquella despoblación del río Tíber y de los incendios, o lo que precede a todos los males, aquellas guerras civiles se siguieran. Otros males también, que hasta tal punto increíbles sucedieron que entre los prodigios se numeraban, si en los tiempos cristianos hubieran sucedido, ¿a quiénes los objetarían sino a los hombres cristianos como crímenes?

Omitto quippe illa, quae magis fuerunt mira quam noxia, boves locutos, infantes nondum natos de uteris matrum quaedam verba clamasse, volasse serpentes, feminas et gallinas et homines in masculinum sexum fuisse conversas: et caetera hujusmodi; quae in eorum libris, non fabulosis, sed historicis, seu vera seu falsa sint, non inferunt hominibus perniciem, sed stuporem. Sed cum pluit terra, cum pluit creta, cum pluit lapidibus, non ut grando appellari solet hoc nomine, sed omnino lapidibus; haec profecto etiam graviter laedere potuerunt. Legimus apud eos Aetnaeis ignibus ab ipso montis vertice usque ad littus proximum decurrentibus ita mare ferbuisse, ut rupes exurerentur, et pices navium solverentur. Hoc utique non leviter noxium fuit, quamvis incredibiliter mirum. Eodem rursus aestu ignium tanta vi favillae scripserunt oppletam esse Siciliam, ut Catinensis urbis tecta obruta et oppressa dirueret: qua calamitate permoti, misericorditer ejusdem anni tributum ei relaxavere Romani. Locustarum etiam in Africa multitudinem prodigii similem fuisse, cum jam esset populi Romani provincia, litteris mandaverunt: consumptis enim fructibus foliisque lignorum, ingenti atque inaestimabili nube in mare dicunt esse dejectam: qua mortua redditaque littoribus, atque hinc aere corrupto, tantam ortam pestilentiam, ut in solo regno Masinissae octingenta hominum millia perisse referantur, et multo amplius in terris littoribus proximis. Tunc Uticae ex triginta millibus juniorum, quae ibi erant, decem remansisse confirmant. Talis itaque vanitas, qualem ferimus, eique respondere compellimur, quid horum non christianae religioni tribueret, si temporibus christianis videret? Et tamen diis suis non ista tribuunt: quorum ideo cultum requirunt, ne ista vel minora patiantur, cum ea majora pertulerint a quibus antea colebantur.

Omito ciertamente aquellas cosas que fueron más admirables que nocivas, bueyes hablando, infantes aún no nacidos de los úteros de las madres haber clamado ciertas palabras, haber volado serpientes, mujeres y gallinas y hombres haber sido convertidos al sexo masculino: y lo demás de este género; que en sus libros, no fabulosos, sino históricos, ya sean verdaderas o falsas, no infieren a los hombres pernición, sino estupor. Pero cuando llovió tierra, cuando llovió creta, cuando llovió con piedras, no como el granizo suele llamarse con este nombre, sino del todo piedras; estas ciertamente pudieron herir incluso gravemente. Leemos entre ellos que con los fuegos etneos desde el mismo vértice del monte hasta el litoral próximo decurriendo hirvió de tal modo el mar que las rocas se abrasaron, y se soltaron las peces de las naves. Esto ciertamente no fue levemente nocivo, aunque increíblemente admirable. Por el mismo calor de los fuegos escribieron de nuevo que con tanta fuerza de ceniza fue colmada Sicilia que derruyó los techos de la ciudad de Catina sepultados y oprimidos: por cuya calamidad conmovidos, misericordiosamente le relajaron los romanos el tributo de aquel mismo año. Que la multitud de langostas en África fue también similar a un prodigio cuando ya era provincia del pueblo romano, lo mandaron a las letras: pues consumidos los frutos y las hojas de los leños, dicen que fue arrojada al mar en una ingente e inestimable nube: la cual muerta y devuelta a los litorales, y de aquí corrompido el aire, surgió tanta pestilencia que en solo el reino de Masinisa refieren haber perecido ochocientos mil hombres, y mucho más en las tierras próximas a los litorales. Entonces en Útica confirman que de treinta mil jóvenes que allí había, diez quedaron. Tal vanidad, por tanto, cual soportamos, y somos compelidos a responderle, ¿qué de esto no atribuiría a la religión cristiana si lo viera en los tiempos cristianos? Y sin embargo no atribuyen aquellas cosas a sus dioses: cuyo culto por eso requieren para no padecer aquellas o menores cosas, cuando soportaron aquellas mayores de quienes antes era cultivados.

LIBER QUARTUS.

In quo probatur amplitudinem Romani imperii ac diuturnitatem adscribendam esse, non Jovi diisve Paganorum, quibus singulis vix singulae res et infima quaeque committenda credebantur officia, sed uni vero Deo felicitatis auctori, cujus potestate ac judicio regna terrena constituuntur atque servantur.

Caput Primum.

De his quae primo volumine disputata sunt.

De civitate Dei dicere exorsus, prius respondendum putavi ejus inimicis, qui terrena gaudia consectantes, rebusque fugacibus inhiantes, quidquid in eis triste, misericordia potius admonentis Dei, quam punientis severitate patiuntur, religioni increpitant christianae, quae una est salubris et vera religio. Et quoniam, cum sit in eis etiam vulgus indoctum, velut doctorum auctoritate in odium nostrum gravius irritantur, existimantibus imperitis ea, quae suis temporibus insolite acciderunt, per alia retro tempora accidere non solere; eorumque opinionem, etiam iis qui eam falsam esse noverunt, ut adversum nos justa murmura habere videantur, suae scientiae dissimulatione firmantibus: de libris quos auctores eorum ad cognoscendam praeteritorum temporum historiam memoriae mandaverunt, longe aliter esse quam putant, demonstrandum fuit; et simul docendum, deos falsos, quos vel palam colebant, vel occulte adhuc colunt, eos esse immundissimos spiritus et malignissimos ac fallacissimos daemones; usque adeo ut aut veris, aut fictis etiam, suis tamen criminibus delectentur, quae sibi celebrari per sua festa voluerunt; ut a perpetrandis damnabilibus factis humana revocari non possit infirmitas, dum ad haec imitanda velut divina praebetur auctoritas. Haec non ex nostra conjectura probavimus, sed partim ex recenti memoria, quia et ipsi vidimus talia ac talibus numinibus exhiberi; partim ex litteris eorum, qui non tanquam in contumeliam, sed tanquam in honorem deorum suorum ista conscripta posteris reliquerunt:

Libro C

UARTO.

En el cual se prueba que la magnitud y la larga duración del imperio romano deben adscribirse, no a Júpiter o a los dioses de los paganos, a cada uno de los cuales apenas si se creía que debían encomendarse cosas individuales e incluso cada oficio ínfimo, sino al único Dios verdadero, autor de la felicidad, por cuya potestad y juicio los reinos terrenales son constituidos y conservados.

Capítulo I.

De aquellas cosas que fueron disputadas en el primer volumen.

Habiendo comenzado a hablar de la Ciudad de Dios, primero pensé que debía responderse a sus enemigos, quienes siguiendo los goces terrenales y anhelando las cosas fugaces, cualquier cosa triste que en ellas padecen, más bien por la misericordia de Dios que amonesta que por la severidad de quien castiga, increpan a la religión cristiana, que es la única religión saludable y verdadera. Y puesto que, habiendo entre ellos también un vulgo indocto, son irritados más gravemente al odio contra nosotros como por la autoridad de los doctos, estimando los inexpertos que aquellas cosas que sucedieron inusitadamente en sus tiempos no solían suceder por otros tiempos antiguos; y confirmando su opinión incluso aquellos que sabían que era falsa, para que parezca que tienen justos murmullos contra nosotros, por la disimulación de su ciencia: debió demostrarse por los libros que sus autores mandaron a la memoria para conocer la historia de los tiempos pasados, que es muy de otro modo de lo que piensan; y al mismo tiempo debió enseñarse que los dioses falsos, a quienes o públicamente cultivaban o secretamente cultivan aún, son los espíritus más inmundos y los demonios más malignos y falacísimos; hasta tal punto que se deleitan o con los crímenes verdaderos o incluso con los fingidos, pero suyos sin embargo, que quisieron que se les celebraran por sus fiestas; para que de perpetrar hechos condenables no pueda ser revocada la humana flaqueza, mientras para imitar estos se ofrece como autoridad divina. Estas cosas no las probamos por nuestra conjetura, sino en parte por la reciente memoria, porque nosotros mismos vimos tales cosas exhibirse a tales númenes; en parte por las letras de ellos, que no como en contumelia, sino como en honor de sus dioses, dejaron estas cosas escritas a la posteridad:

ita ut vir doctissimus apud eos, Varro, et gravissimae auctoritatis, cum rerum humanarum atque divinarum dispertitos faceret libros, alios humanis, alios divinis, pro sua cujusque rei dignitate distribuens, non saltem in rebus humanis, sed in rebus divinis ludos scenicos poneret: cum utique, si tantummodo boni et honesti homines in civitate essent, nec in rebus humanis ludi scenici esse debuissent. Quod profecto non auctoritate sua fecit, sed quoniam eos Romae natus et educatus in divinis rebus invenit. Et quoniam in fine primi libri, quae deinceps dicenda essent, breviter posuimus, et ex his quaedam in duobus consequentibus diximus, exspectationi legentium quae restant reddenda cognoscimus.

Caput II.

De his quae libro secundo et tertio continentur.

Promiseramus ergo quaedam nos esse dicturos adversus eos, qui Romanae reipublicae clades in religionem nostram referunt, et commemoraturos quaecumque et quantacumque occurrere potuissent, vel satis esse viderentur, mala, quae illa civitas pertulit, vel ad ejus imperium provinciae pertinentes, antequam eorum sacrificia prohibita fuissent: quae omnia procul dubio nobis tribuerent, si jam vel illis clareret nostra religio, vel ita eos a sacris sacrilegis prohiberet. Haec in secundo et tertio libro satis, quantum existimo, absolvimus: in secundo agentes de malis morum, quae mala vel sola, vel maxima deputanda sunt; in tertio autem de his quae stulti sola perpeti exhorrent, corporis videlicet externarumque rerum, quae plerumque patiuntur et boni. Illa vero mala non dico patienter, sed libenter habent, quibus ipsi fiunt mali. Et quam pauca dixi de sola ipsa civitate atque ejus imperio? nec inde omnia usque ad Caesarem Augustum. Quid, si commemorare voluissem, et exaggerare illa mala, quae non sibi invicem homines faciunt, sicut sunt vastationes eversionesque bellantium, sed ex ipsius mundi elementis terrenis accidunt rebus? quae uno loco Apuleius breviter stringit in eo libro quem de Mundo scripsit, terrena omnia dicens mutationes, conversiones atque interitus habere.

de modo que el varón más docto entre ellos, Varón, y de gravísima autoridad, cuando hizo los libros distribuidos de las cosas humanas y divinas, distribuyendo unos a las humanas, otros a las divinas, según la dignidad de cada cosa, no puso al menos en las cosas humanas los juegos escénicos, sino en las cosas divinas: cuando ciertamente, si solamente hombres buenos y honestos hubiera en la ciudad, ni en las cosas humanas debieron estar los juegos escénicos. Lo cual ciertamente no hizo por su autoridad, sino porque nacido y educado en Roma los halló en las cosas divinas. Y puesto que al fin del primer libro pusimos brevemente las cosas que de allí en adelante debían decirse, y de estas algunas dijimos en los dos subsiguientes, reconocemos que lo que resta debe ser devuelto a la expectación de los lectores.

Capítulo II.

De aquellas cosas que se contienen en el libro segundo y tercero.

Habíamos prometido, pues, que íbamos a decir algunas cosas contra aquellos que refieren las calamidades de la república romana a nuestra religión, y a conmemorar cualesquiera y cuán grandes cosas hubiesen podido ocurrir, o pareciesen ser bastantes, los males que aquella ciudad padeció, o las provincias pertenecientes a su imperio, antes de que sus sacrificios hubieran sido prohibidos: todas las cuales cosas sin duda nos atribuirían si ya o les fuera clara nuestra religión, o así les prohibiera los ritos sacrílegos. Estas cosas en el segundo y tercer libro suficientemente, según estimo, las absolvimos: en el segundo tratando de los males de las costumbres, males que o solos, o deben reputarse como los máximos; en el tercero, en cambio, de estos que los necios temen solos padecer, a saber, del cuerpo y de las cosas externas, que muchísimas veces padecen también los buenos. Aquellos males verdaderamente no digo pacientemente, sino gustosamente los tienen, por los cuales ellos mismos se hacen malos. ¿Y cuán pocas cosas dije de solo la misma ciudad y de su imperio? ni de allí todas las cosas hasta el César Augusto. ¿Qué, si hubiese querido conmemorar y exagerar aquellos males que no se hacen los hombres mutuamente unos a otros, como son las vastaciones y subversiones de los que guerrean, sino que a las cosas terrenales les suceden de los elementos del mismo mundo? las cuales en un lugar Apuleyo brevemente roza en aquel libro que escribió sobre el Mundo, diciendo que todas las cosas terrenales tienen mutaciones, conversiones y exterminios.

Namque immodicis tremoribus terrarum, ut verbis ejus utar, dissiluisse humum, et interceptas urbes cum populis dicit: abruptis etiam imbribus prolutas totas esse regiones: illas etiam quae prius fuerant continentes, hospitibus atque advenis fluctibus insulatas, aliasque desidia maris pedestri accessu pervias factas: ventis ac procellis eversas esse civitates: incendia de nubibus emicasse, quibus Orientis regiones conflagratae perierunt; et in Occidentis plagis scaturigines quasdam ac proluviones easdem strages dedisse. Sic ex Aetnae verticibus quondam effusis crateribus, divino incendio per declivia, torrentis vice flammarum flumina cucurrisse. Si haec atque hujusmodi, quae habet historia, unde possem, colligere voluissem, quando finissem quae illis temporibus evenerunt, antequam Christi nomen illa istorum vana et verae saluti perniciosa comprimeret? Promiseram etiam me demonstraturum, quos eorum mores, et quam ob causam Deus verus ad augendum imperium adjuvare dignatus est, in cujus potestate sunt regna omnia; quamque nihil eos adjuverint hi quos deos putant, et potius quantum decipiendo et fallendo nocuerint: unde nunc mihi video esse dicendum, et magis de incrementis imperii Romani. Nam de noxia fallacia daemonum, quos velut deos colebant, quantum malorum invexerit moribus eorum, in secundo maxime libro non pauca jam dicta sunt. Per omnes autem absolutos tres libros, ubi opportunum visum est, commendavimus etiam in ipsis bellicis malis quantum solatiorum Deus per Christi nomen, cui tantum honoris, Barbari detulerunt praeter bellorum morem, bonis malisque contulerit, quomodo qui facit solem suum oriri super bonos et malos, et pluit super justos et injustos.

Caput III.

An lalitudo imperii, quae nonnisi bellis acquiritur, in bonis sive sapientium habenda sit, sive felicium.

Jam itaque videamus quale sit, quod tantam latitudinem ac diuturnitatem imperii Romani illis diis audent tribuere: quos etiam per turpium ludorum obsequia et per turpium hominum ministeria se honeste coluisse contendunt. Quanquam prius vellem paululum inquirere, quae sit ratio, quae prudentia, cum hominum felicitatem non possis ostendere, semper in bellicis cladibus et in sanguine civili, vel hostili, tamen humano, cum tenebroso timore et cruenta cupiditate versantium, ut vitrea laetitia comparetur fragiliter splendida, cui timeatur horribilius ne repente frangatur, de imperii magnitudine ac latitudine velle gloriari.

Pues por inmoderados temblores de tierras, para usar sus palabras, dice haber saltado el suelo, e interceptadas ciudades con sus pueblos: por abruptas lluvias también haber sido anegadas regiones enteras: aquellas también que antes habían sido continentes, haber sido insuladas por huéspedes y advenedizas olas, y otras por la desidia del mar haber sido hechas transitables por acceso pedestre: por vientos y tormentas haber sido subvertidas ciudades: incendios haber brotado de las nubes, por los cuales las regiones del Oriente perecieron conflagradas; y en las plagas del Occidente ciertos manantiales y proluviones haber dado las mismas matanzas. Así de los vértices del Etna en otro tiempo derramados los cráteres, por divino incendio por las laderas, en vez de torrente corrieron ríos de llamas. Si estas cosas y las de este género que tiene la historia, de donde pudiese, hubiera querido colectar, ¿cuándo hubiera acabado las cosas que en aquellos tiempos sucedieron, antes de que el nombre de Cristo aquellas vanidades de ellos y perniciosas a la verdadera salud comprimiera? Había prometido también que iba a demostrar qué costumbres de ellos y por qué causa el Dios verdadero se dignó ayudar para aumentar el imperio, en cuya potestad están todos los reinos; y cuán nada les ayudaron estos que piensan ser dioses, y más bien cuánto dañaron engañando y falseando: de donde ahora veo que debe decirse por mí, y más sobre los incrementos del imperio romano. Pues de la nociva falacia de los demonios, a quienes cultivaban como dioses, cuánto de males haya introducido en sus costumbres, en el segundo libro especialmente no pocas cosas ya se han dicho. Por todos los tres libros concluidos, además, donde pareció oportuno, recomendamos también en los mismos males bélicos cuánto de consuelos Dios, por el nombre de Cristo, al cual tanto honor los bárbaros difirieron fuera de la costumbre de las guerras, confirió a los buenos y a los malos, al modo del que hace su sol salir sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos.

Capítulo III.

Si la latitud del imperio, que no se adquiere sino por las guerras, ha de tenerse entre los bienes ya de los sabios, ya de los felices.

Ya pues veamos qué clase de cosa es que se atrevan a atribuir a aquellos dioses tan gran latitud y larga duración del imperio romano: a quienes incluso por los obsequios de torpes juegos y por los ministerios de hombres torpes contienden haber cultivado honestamente. Aunque antes querría inquirir un poco cuál es la razón, cuál la prudencia, cuando no puedes mostrar la felicidad de los hombres, siempre en las calamidades bélicas y en la sangre civil, u hostil, pero humana sin embargo, con el tenebroso temor y la cruenta codicia de los que en ellas andan, para que se compare una alegría vítrea, frágilmente espléndida, por la cual se tema más horriblemente que de repente se rompa, querer gloriarse de la magnitud y latitud del imperio.

Hoc ut facilius dijudicetur, non vanescamus inani ventositate jactati, atque obtundamus intentionis aciem altisonis vocabulis rerum, cum audimus populos, regna, provincias: sed duos constituamus homines (nam singulus quisque homo, ut in sermone una littera, ita quasi elementum est civitatis et regni, quantalibet terrarum occupatione latissimi), quorum duorum hominum, pauperem unum, vel potius mediocrem; alium praedivitem cogitemus: sed divitem timoribus anxium, moeroribus tabescentem, cupiditate flagrantem, nunquam securum, semper inquietum, perpetuis inimicitiarum contentionibus anhelantem, augentem sane his miseriis patrimonium suum in immensum modum, atque illis augmentis curas quoque amarissimas aggerantem; mediocrem vero illum re familiari parva atque succincta sibi sufficientem, charissimum suis, cum cognatis, vicinis, amicis dulcissima pace gaudentem, pietate religiosum, benignum mente, sanum corpore, vita parcum, moribus castum, conscientia securum. Nescio utrum quisquam ita desipiat, ut audeat dubitare quem praeferat. Ut ergo in his duobus hominibus, ita in duabus familiis, ita in duobus populis, ita in duobus regnis regula sequitur aequitatis: qua vigilanter adhibita, si nostra intentio corrigatur, facillime videbimus ubi habitet vanitas, et ubi felicitas. Quapropter si verus Deus colatur, eique sacris veracibus et bonis moribus serviatur, utile est ut boni longe lateque diu regnent. Neque hoc tam ipsis, quam illis utile est, quibus regnant. Nam quantum ad ipsos pertinet, pietas et probitas eorum, quae magna dona Dei sunt, sufficit eis ad veram felicitatem, qua et ista vita bene agatur, et postea percipiatur aeterna. In hac ergo terra regnum bonorum non tam illis praestatur, quam rebus humanis: malorum vero regnum magis regnantibus nocet, qui suos animos vastant scelerum majore licentia; his autem qui eis serviendo subduntur, non nocet nisi iniquitas propria. Nam justis quidquid malorum ab iniquis dominis irrogatur, non est poena criminis, sed virtutis examen. Proinde bonus etiamsi serviat, liber est: malus autem etiamsi regnet, servus est; nec unius hominis, sed quod est gravius, tot dominorum, quot vitiorum. De quibus vitiis cum ageret Scriptura divina, A quo enim quis, inquit, devictus est, huic et servus addictus est (II Petr. II, 19).

Caput IV.

Quam similia sint latrociniis regna absque justitia.

Para que esto más fácilmente se dijudique, no nos desvanezcamos sacudidos por la vana ventosidad, y embotemos el filo de la intención con altisonantes vocablos de cosas cuando oímos pueblos, reinos, provincias: sino constituyamos a dos hombres (pues cada hombre individual, como en el habla una letra, así es como un elemento de la ciudad y del reino, por cualquier gran ocupación de tierras muy dilatado), de los cuales dos hombres, pensemos a uno pobre, o mejor dicho mediocre; a otro riquísimo: pero al rico ansioso por los temores, consumiéndose por los lutos, ardiendo en codicia, nunca seguro, siempre inquieto, anhelando por perpetuas contiendas de enemistades, aumentando ciertamente por estas miserias su patrimonio de un modo inmenso, y por aquellos aumentos amontonando también amarguísimas preocupaciones; al mediocre en cambio, con su hacienda pequeña y sucinta suficiente para sí, carísimo a los suyos, gozando con sus parientes, vecinos, amigos de una dulcísima paz, religioso en la piedad, benigno de mente, sano de cuerpo, sobrio en la vida, casto en las costumbres, seguro en la conciencia. No sé si alguien sea tan insipiente que se atreva a dudar a quién prefiera. Como pues en estos dos hombres, así en dos familias, así en dos pueblos, así en dos reinos sigue la regla de la equidad: la cual vigilante aplicada, si nuestra intención se corrige, facilísimamente veremos dónde habita la vanidad y dónde la felicidad. Por lo cual, si el Dios verdadero fuera cultivado, y a Él con sacrificios veraces y buenas costumbres se le sirviera, útil es que los buenos por largo y ancho tiempo reinen. Ni esto es tan útil para ellos mismos como para aquellos sobre quienes reinan. Pues en cuanto a ellos mismos pertenece, la piedad y la probidad de ellos, que son grandes dones de Dios, les basta para la verdadera felicidad, por la cual tanto esta vida se pase bien, como después se perciba la eterna. En esta tierra, por tanto, el reino de los buenos no tanto se les presta a ellos cuanto a las cosas humanas: el reino de los malos en cambio daña más a los que reinan, que devastan sus ánimos con mayor licencia de crímenes; a estos en cambio que sirviéndoles les son súbditos, no les daña sino la iniquidad propia. Pues a los justos cualquier cosa de males que se les irroga por los señores inicuos, no es pena de crimen, sino examen de virtud. Por lo cual el bueno, aunque sirva, es libre: el malo en cambio, aunque reine, es siervo; ni de un solo hombre, sino lo que es más grave, de tantos señores cuantos vicios. Sobre cuyos vicios cuando trataba la divina Escritura, Pues por quien alguien, dijo, ha sido vencido, a este también como siervo ha sido adscrito (II Ped. II, 19).

Capítulo IV.

Cuán semejantes sean a los latrocinios los reinos sin justicia.

Remota itaque justitia, quid sunt regna, nisi magna latrocinia? quia et ipsa latrocinia quid sunt, nisi parva regna? Manus et ipsa hominum est, imperio principis regitur, pacto societatis astringitur, placiti lege praeda dividitur. Hoc malum si in tantum perditorum hominum accessibus crescit, ut et loca teneat, sedes constituat, civitates occupet, populos subjuget, evidentius regni nomen assumit, quod ei jam in manifesto confert non adempta cupiditas, sed addita impunitas. Eleganter enim et veraciter Alexandro illi Magno quidam comprehensus pirata respondit. Nam cum idem rex hominem interrogasset, quid ei videretur, ut mare haberet infestum: ille libera contumacia, Quod tibi, inquit, ut orbem terrarum: sed quia id ego exiguo navigio facio, latro vocor, quia tu magna classe, imperator.

Caput V.

De fugitivis gladiatoribus, quorum potentia similis fuerit regiae dignitatis.

Proinde omitto quaerere quales Romulus congregaverit, quoniam multum eis consultum est, ut ex illa vita, dato sibi consortio civitatis, poenas debitas cogitare desisterent, quarum metus eos in majora facinora propellebat; ut deinceps pacatiores essent rebus humanis. Hoc dico, quod ipsum Romanum imperium, jam magnum multis gentibus subjugatis caeterisque terribile, acerbe sensit, graviter timuit, non parvo negotio devitandae ingentis cladis oppressis; quando paucissimi gladiatores in Campania de ludo fugientes, exercitum magnum compararunt, tres duces habuerunt, Italiam latissime et crudelissime vastaverunt. Dicant quis istos deus adjuverit, ut ex parvo et contemptibili latrocinio pervenirent ad regnum, tantis jam Romanis viribus arcibusque metuendum. An quia non diu fuerunt, ideo divinitus negabuntur adjuti? Quasi vero ipsa cujuslibet hominis vita diuturna est. Isto ergo pacto neminem dii adjuvant ad regnandum, quoniam singuli quique cito moriuntur; nec beneficium deputandum est, quod exiguo tempore in unoquoque homine, ac per hoc singillatim utique in omnibus vice vaporis evanescit. Quid enim interest eorum qui sub Romulo deos coluerunt, et olim sunt mortui, quod post eorum mortem Romanum tantum crevit imperium? cum illi apud inferos causas suas agant: utrum bonas, an malas, ad rem praesentem non pertinet. Hoc autem de omnibus intelligendum est, qui per ipsum imperium (quamvis decedentibus succedentibusque mortalibus in longa spatia protendatur) paucis diebus vitae suae cursim raptimque transierunt, actuum suorum sarcinas bajulantes.

Removida, pues, la justicia, ¿qué son los reinos sino grandes latrocinios? porque los mismos latrocinios ¿qué son sino pequeños reinos? La banda misma es de hombres, se rige por el mando de un príncipe, se ata por el pacto de sociedad, por la ley de lo acordado se divide la presa. Este mal, si crece tanto por los accesos de hombres perdidos que ocupe lugares, constituya sedes, ocupe ciudades, subyugue pueblos, asume más evidentemente el nombre de reino, el cual ya se le confiere en manifiesto no por la codicia quitada, sino por la impunidad añadida. Pues elegante y verazmente respondió a aquel Alejandro el Grande cierto pirata capturado. Pues habiendo preguntado el mismo rey al hombre qué le parecía que tuviera el mar infestado: él, con libre contumacia: "Lo que a ti," dijo, "que [tengas] el orbe de la tierra: pero porque yo lo hago con un pequeño navío, soy llamado ladrón; porque tú con una gran flota, emperador."

Capítulo V.

Sobre los gladiadores fugitivos, cuya potencia fue semejante a la dignidad regia.

Por lo cual omito inquirir qué clase de hombres congregó Rómulo, puesto que mucho se proveyó para ellos, para que de aquella vida, dándoseles el consorcio de la ciudad, dejaran de pensar en las penas debidas, cuyo miedo los impelía a mayores facinerosos; para que en adelante fueran más pacíficos con las cosas humanas. Digo esto, que el mismo imperio romano, ya grande subyugadas muchas naciones y terrible para las demás, amargamente sintió, gravemente temió, no con pequeño negocio de evitar una ingente calamidad fue oprimido; cuando poquísimos gladiadores en Campania huyendo de la escuela, prepararon un gran ejército, tuvieron tres jefes, y devastaron Italia muy amplia y cruelísimamente. Digan qué dios ayudó a estos, para que de un pequeño y despreciable latrocinio llegaran al reino, ya de temer por tan grandes fuerzas y alcázares romanos. ¿O acaso porque no fueron por mucho tiempo, por eso se negará que fueron ayudados divinamente? Como si en verdad la vida misma de cualquier hombre fuera duradera. Por este pacto, por tanto, los dioses a nadie ayudan a reinar, puesto que cada uno muere pronto; ni debe reputarse como beneficio lo que en un breve tiempo en cada hombre, y por esto individualmente en verdad en todos, se desvanece a manera de vapor. Pues ¿qué les interesa a aquellos que bajo Rómulo cultivaron a los dioses, y hace tiempo están muertos, que después de su muerte el imperio romano creciera tanto? puesto que ellos allá abajo traten sus propias causas: si buenas o malas, no pertenece al asunto presente. Pero esto ha de entenderse de todos los que por el imperio mismo (aunque por los mortales que se van y los que suceden se extienda por largos espacios) en pocos días de su vida pasaron de corrido y rápidamente, cargando los fardos de sus actos.

Sin vero etiam ipsa brevissimi temporis beneficia deorum adjutorio tribuenda sunt, non parum adjuti sunt illi gladiatores, qui servilis conditionis vincula ruperunt, fugerunt, evaserunt, exercitum magnum et fortissimum collegerunt, obedientes regum suorum consiliis et jussis, multum Romanae celsitudini metuendi, et aliquot Romanis imperatoribus insuperabiles multa ceperunt: potiti sunt victoriis plurimis, usi voluptatibus quibus voluerunt; quod suggessit libido, fecerunt: postremo donec vincerentur, quod difficillime est factum, sublimes regnantesque vixerunt. Sed ad majora veniamus.

Caput VI.

De cupiditate Nini regis, qui, ut latius dominaretur, primus intulit bella finitimis.

Justinus qui graecam, vel potius peregrinam, Trogum Pompeium secutus, non latine tantum, sicut ille, verum etiam breviter scripsit historiam, opus librorum suorum sic incipit: «Principio rerum gentium nationumque imperium penes reges erat, quos ad fastigium hujus majestatis non ambitio popularis, sed spectata inter bonos moderatio provehebat. Populi nullis legibus tenebantur: arbitria principum pro legibus erant. Fines imperii tueri magis quam proferre mos erat: intra suam cuique Patriam regna finiebantur. Primus omnium Ninus, rex Assyriorum, veterem et quasi avitum gentibus morem nova imperii cupiditate mutavit. Hic primus intulit bella finitimis, et rudes adhuc ad resistendum populos ad terminos usque Libyae perdomuit.» Et paulo post: «Ninus, inquit, magnitudinem quaesitae dominationis continua possessione firmavit. Domitis igitur proximis, cum accessione virium fortior ad alios transiret, et proxima quaeque victoria instrumentum sequentis esset, totius Orientis populos subegit.» Qualibet autem fide rerum, vel iste vel Trogus scripserit (nam quaedam illos fuisse mentitos, aliae fideliores litterae ostendunt), constat tamen et inter alios scriptores, regnum Assyriorum a Nino rege fuisse longe lateque porrectum. Tam diu autem perseveravit, ut Romanum nondum sit ejus aetatis. Nam sicut scribunt qui chronicam historiam persecuti sunt, mille ducentos et quadraginta annos ab anno primo quo Ninus regnare coepit, permansit hoc regnum, donec transferretur ad Medos. Inferre autem bella finitimis, et inde in caetera procedere, ac populos sibi non molestos sola regni cupiditate conterere et subdere, quid aliud quam grande latrocinium nominandum est?

Pero si en verdad incluso estos beneficios de brevísimo tiempo han de atribuirse al auxilio de los dioses, no poco fueron ayudados aquellos gladiadores que rompieron los vínculos de la condición servil, huyeron, escaparon, reunieron un ejército grande y fortísimo, obedientes a los consejos y mandatos de sus reyes, de temer mucho para la alteza romana, e insuperables para algunos generales romanos tomaron muchas cosas: poseyeron muchísimas victorias, usaron de los placeres que quisieron; lo que la libido sugirió, hicieron: finalmente hasta que fueran vencidos, lo cual se hizo dificilísimamente, vivieron sublimes y reinando. Pero vengamos a cosas mayores.

Capítulo VI.

Sobre la codicia del rey Nino, quien, para que dominara más ampliamente, primero infirió guerras a los vecinos.

Justino, quien siguiendo a Trogo Pompeyo escribió una historia no sólo en latín, como aquel, sino también brevemente, así comienza la obra de sus libros: «Al principio de las cosas, el imperio de las gentes y naciones estaba en poder de los reyes, a quienes no la ambición popular, sino la moderación observada entre los buenos, promovía a la cumbre de esta majestad. Los pueblos no estaban sujetos a ningunas leyes: los arbitrios de los príncipes hacían de leyes. La costumbre era proteger los confines del imperio más que extenderlos: los reinos terminaban cada uno dentro de su propia Patria. El primero de todos, Nino, rey de los asirios, cambió la antigua y como ancestral costumbre de las gentes por una nueva codicia de imperio. Él primero infirió guerras a los vecinos, y subyugó hasta los confines de Libia a los pueblos todavía rudos para resistir». Y un poco después: «Nino —dice— afirmó la magnitud de la dominación buscada con la continua posesión. Domados, pues, los próximos, cuando con la accesión de fuerzas pasara más fuerte a otros, y cada victoria próxima fuera instrumento de la siguiente, sometió a los pueblos de todo el Oriente». Pero con cualquier fe de las cosas que escribiera este o Trogo (pues que mintieron en algunas cosas, otras letras más fieles lo muestran), consta sin embargo también entre otros escritores que el reino de los asirios fue por el rey Nino dilatado larga y anchamente. Pero tanto tiempo perseveró que el romano no es todavía de su edad. Pues, según escriben los que han seguido la historia crónica, mil doscientos cuarenta años desde el primer año en que Nino empezó a reinar, permaneció este reino, hasta que se transfiriera a los medos. Pero inferir guerras a los vecinos, y de ahí proceder a lo demás, y triturar y someter a pueblos que no le son molestos por la sola codicia de reinar, ¿qué otra cosa sino un gran latrocinio ha de denominarse?

Caput VII.

An regna terrena inter profectus suos atque defectus deorum vel juventur vel deserantur auxilio.

Si nullo deorum adjutorio tam magnum hoc regnum et prolixum fuit, quare diis Romanis tribuitur Romanum regnum locis amplum temporibusque diuturnum? Quaecumque enim causa est illa, eadem est etiam ista. Si autem et illud deorum adjutorio tribuendum esse contendunt, quaero quorum. Non enim aliae gentes, quas Ninus domuit et subegit, alios tunc colebant deos. Aut si proprios habuerunt Assyrii, quasi peritiores fabros imperii construendi atque servandi, numquidnam mortui sunt, quando et ipsi imperium perdiderunt, aut mercede non sibi reddita, vel alia promissa majore, ad Medos transire maluerunt, atque inde rursus ad Persas, Cyro invitante et aliquid commodius pollicente? Quae gens non angustis Orientis finibus, post Alexandri Macedonis regnum magnum locis, sed brevissimum tempore, in suo regno adhuc usque perdurat. Hoc si ita est, aut infideles dii sunt, qui suos deserunt, et ad hostes transeunt; quod nec homo fecit Camillus, quando victor et expugnator adversissimae civitatis, Romam, cui vicerat, sensit ingratam, quam tamen postea oblitus injuriae, memor patriae, a Gallis iterum liberavit: aut non ita fortes sunt, ut deos esse fortes decet, qui possunt humanis vel consiliis vel viribus vinci. Aut si, cum inter se belligerant, non dii ab hominibus, sed dii ab aliis diis forte vincuntur, qui sunt quarumque proprii civitatum; habent ergo et ipsi inter se inimicitias, quas pro sua quisque parte suscipiunt. Non itaque deos suos debuit colere civitas magis, quam alios, a quibus adjuvarentur sui. Postremo, quoquo modo se habeat deorum iste vel transitus, vel fuga, vel migratio, vel in pugna defectio, nondum illis temporibus atque in illis terrarum partibus Christi nomen fuerat praedicatum, quando illa regna per ingentes bellicas clades amissa atque translata sunt. Nam si post mille ducentos et quod excurrit annos, quando regnum Assyriis ablatum est, jam ibi christiana religio aliud regnum praedicaret aeternum, et deorum falsorum cultus sacrilegos inhiberet; quid aliud gentis illius vani homines dicerent, nisi regnum, quod tam diu conservatum est, nulla alia causa nisi suis religionibus desertis et illa recepta perire potuisse? In qua voce vanitatis, quae poterat esse, isti attendant speculum suum; et similia conqueri, si ullus in eis pudor est, erubescant.

Capítulo VII.

Si los reinos terrenos entre sus progresos y defectos son ayudados o desamparados por el auxilio de los dioses.

Si por ningún auxilio de los dioses fue tan grande y prolixo este reino, ¿por qué se atribuye a los dioses romanos el reino romano, amplio en lugares y duradero en tiempos? Pues cualquiera que sea aquella causa, la misma es también esta. Pero si contienden que aquello también ha de atribuirse al auxilio de los dioses, pregunto de cuáles. Pues no otras naciones, a las que Nino domó y subyugó, cultivaban entonces a otros dioses. O si los asirios tuvieron los propios, como artesanos más peritos de construir y conservar el imperio, ¿acaso murieron cuando ellos mismos también perdieron el imperio, o no habiéndoseles devuelto la merced, o prometiéndoseles otra mayor, prefirieron pasarse a los medos, y de ahí otra vez a los persas, invitándolos Ciro y prometiéndoles algo más cómodo? Cuya nación, no en los estrechos confines del Oriente, después del reino de Alejandro el Macedonio grande en lugares, pero brevísimo en tiempo, en su propio reino hasta ahora perdura. Si esto es así, o los dioses son infieles, que desamparan a los suyos y se pasan a los enemigos; lo cual ni el hombre Camilo hizo, cuando vencedor y conquistador de una ciudad adversísima, sintió a Roma, por la cual había vencido, ingrata, a la cual sin embargo después, olvidado de la injuria, acordado de la patria, liberó otra vez de los galos: o no son tan fuertes como conviene que los dioses sean fuertes, que pueden ser vencidos o por los consejos o por las fuerzas humanas. O si, cuando guerrean entre sí, no los dioses por los hombres, sino los dioses por otros dioses tal vez son vencidos, que son los propios de cada una de las ciudades; tienen por tanto también ellos entre sí enemistades, las cuales cada uno por su parte asume. No por tanto debió la ciudad cultivar a sus dioses más que a otros, por los cuales fueran ayudados los suyos. Finalmente, de cualquier modo que se tenga ese tránsito de los dioses, o fuga, o migración, o defección en el combate, todavía en aquellos tiempos y en aquellas partes de las tierras no había sido predicado el nombre de Cristo cuando aquellos reinos por ingentes calamidades bélicas fueron perdidos y traslados. Pues si después de mil doscientos y pico de años, cuando el reino fue quitado a los asirios, ya allí la religión cristiana predicara otro reino eterno, e inhibiera los cultos sacrílegos de los dioses falsos; ¿qué otra cosa dirían los hombres vanos de aquella nación, sino que el reino que por tanto tiempo se conservó, por ninguna otra causa sino por sus religiones abandonadas y aquella recibida pudo perecer? En cuya voz de vanidad, que podía ser, atiendan estos a su espejo; y de quejarse de cosas semejantes, si hay en ellos algún pudor, avergüéncense.

Quanquam Romanum imperium afflictum est potius, quam mutatum; quod et aliis ante Christi nomen temporibus ei contigit: et ab illa est afflictione recreatum; quod nec istis temporibus desperandum est. Quis enim de hac re novit voluntatem Dei?

Caput VIII.

Quorum deorum praesidio putent Romani imperium suum auctum atque servatum, cum singulis vix singularum rerum tuitionem committendam esse crediderint.

Deinde quaeramus, si placet, ex tanta deorum turba, quam Romani colebant, quem potissimum, vel quos deos credant illud imperium dilatasse atque servasse. Neque enim in hoc tam praeclaro opere et tantae plenissimo dignitatis audent aliquas partes deae Cloacinae (a) tribuere; aut Volupiae, quae a voluptate appellata est; aut Lubentinae, cui nomen est a libidine; aut Vaticano qui infantum vagitibus praesidet; aut Cuninae, quae cunas eorum administrat. Quando autem possunt uno loco libri hujus commemorari omnia nomina deorum, aut dearum, quae illi grandibus voluminibus vix comprehendere potuerunt, singulis rebus propria dispertientes officia numinum? Nec agrorum munus uni alicui deo committendum arbitrati sunt; sed rura deae Rusinae, juga montium deo Jugatino (b); collibus deam Collatinam, vallibus Valloniam praefecerunt. Nec saltem potuerunt unam Segetiam talem invenire, cui semel segetes commendarent: sed sata frumenta quamdiu sub terra essent, praepositam voluerunt habere deam Sejam; cum vero jam essent super terram et segetem facerent, deam Segetiam; frumentis vero collectis atque reconditis, ut tuto servarentur, deam Tutilinam praeposuerunt. Cui non sufficere videretur illa Segetia, quamdiu seges ab initiis herbidis usque ad aristas aridas perveniret? Non tamen satis fuit hominibus deorum multitudinem amantibus, ut anima misera daemoniorum turbae prostitueretur, unius Dei veri castum dedignata complexum. Praefecerunt ergo Proserpinam frumentis germinantibus (c), geniculis nodisque culmorum deum Nodotum, involumentis folliculorum deam Volutinam; cum folliculi patescunt, ut spica exeat, deam Patelanam; cum segetes novis aristis aequantur, quia veteres aequare hostire dixerunt, deam Hostilinam; florentibus frumentis deam Floram, lactescentibus deum Lacturnum, maturescentibus deam Matutam; cum runcantur, id est a terra auferuntur, deam Runcinam. Nec omnia commemoro, quia me piget quod illos non pudet.

Aunque el imperio romano ha sido afligido más que cambiado; lo cual también le aconteció en otros tiempos antes del nombre de Cristo: y de aquella aflicción ha sido recreado; lo cual ni en estos tiempos ha de desesperarse. Pues ¿quién conoció sobre este asunto la voluntad de Dios?

Capítulo VIII.

Bajo la protección de qué dioses piensen los romanos que su imperio fue aumentado y conservado, cuando apenas creyeron que deba encomendarse la tutela de cada cosa a cada uno.

Luego inquiramos, si place, de tan gran turba de dioses como cultivaban los romanos, a cuál preferentemente, o a qué dioses crean que dilataron y conservaron aquel imperio. Pues en esta obra tan preclara y tan llena de tanta dignidad, no se atreven a atribuir algunas partes a la diosa Cloacina; o a Volupia, que fue llamada por el placer; o a Lubentina, cuyo nombre es por la libido; o a Vaticano, que preside los vagidos de los niños; o a Cunina, que administra las cunas de ellos. Pero ¿cuándo pueden conmemorarse en un solo lugar de este libro todos los nombres de los dioses o de las diosas, que ellos apenas pudieron comprender en grandes volúmenes, distribuyendo a cada cosa los oficios propios de los númenes? Ni juzgaron que el cargo de los campos debía encomendarse a un solo dios cualquiera; sino que prefirieron los campos a la diosa Rusina, los yugos de los montes al dios Jugatino; a las colinas prefirieron la diosa Collatina, a los valles Vallonia. Ni al menos pudieron encontrar una sola Segetia tal, a quien de una vez encomendaran las mieses: sino que mientras los granos sembrados estuvieran bajo tierra, quisieron tener puesta al frente a la diosa Seja; cuando en cambio ya estuvieran sobre la tierra y formaran la mies, a la diosa Segetia; pero recolectados y guardados los granos, para que se conservaran con seguridad, pusieron al frente a la diosa Tutilina. ¿A quién no le parecería que bastaba aquella Segetia, mientras la mies desde los inicios herbáceos llegara hasta las aristas secas? No fue sin embargo bastante para los hombres amantes de la multitud de dioses que el alma mísera se prostituyera a una turba de demonios, desdeñando el casto abrazo del único Dios verdadero. Pusieron pues al frente a Proserpina de los granos que germinan, a los nudos y coyunturas de las cañas al dios Nodoto, a las envolturas de los folículos a la diosa Volutina; cuando los folículos se abren para que salga la espiga, a la diosa Patelana; cuando las mieses se igualan con nuevas aristas, porque los antiguos dijeron que igualar era hostire, a la diosa Hostilina; de los granos que florecen a la diosa Flora, de los que lactan al dios Lacturno, de los que maduran a la diosa Matuta; cuando se escardan, esto es, se quitan de la tierra, a la diosa Runcina. Ni lo conmemoro todo, porque me da asco lo que a ellos no les da vergüenza.

Haec autem paucissima ideo dixi, ut intelligeretur nullo modo eos dicere audere ista numina imperium constituisse, auxisse, conservasse Romanum, quae ita suis quaeque adhibebantur officiis, ut nihil universum uni alicui crederetur. Quando ergo Segetia curaret imperium, cui curam gerere simul et segetibus et arboribus non licebat? Quando de armis Cunina cogitaret, cujus praepositura parvulorum cunas non permittebatur excedere? Quando Nodutus adjuvaret in bello, qui nec ad folliculum spicae, sed tantum ad nodum geniculi pertinebat? Unum quisque domui suae ponit ostiarium, et quia homo est, omnino sufficit: tres deos isti posuerunt, Forculum foribus, Cardeam cardini, Limentinum limini. Ita non poterat Forculus simul et cardinem limenque servare.

Caput IX.

An imperii Romani amplitudo et diuturnitas Jovi fuerit adscribenda, quem summum deum cultores ipsius opinantur.

Omissa igitur ista turba minutorum deorum, vel aliquantum intermissa, officium majorum deorum debemus inquirere, quo Roma tam magna facta est, ut tamduis tot gentibus imperaret. Nimirum ergo Jovis hoc opus est. Ipsum enim deorum omnium dearumque regem esse volunt: hoc ejus indicat sceptrum, hoc in alto colle Capitolium. De isto deo, quamvis a poeta, dictum convenientissime praedicant, Jovis omnia plena. (Virgil. Eclog. 3, vers. 60.) Hunc Varro credit etiam ab his coli, qui unum Deum solum sine simulacro colunt, sed alio nomine nuncupari. Quod si ita est, cur tam male tractatus est Romae (sicut quidem et in caeteris gentibus), ut ei fieret simulacrum? Quod ipsi etiam Varroni ita displicet, ut cum tantae civitatis perversa consuetudine premeretur, nequaquam tamen dicere et scribere dubitaret quod hi qui populis instituerunt simulacra, et metum dempserunt, et errorem addiderunt.

Caput X.

Quas opiniones secuti sint, qui diversos deos diversis mundi partibus praefecerunt.

Estas poquísimas cosas he dicho por esto, para que se entendiera que de ningún modo se atreven a decir que aquellos númenes constituyeron, aumentaron, conservaron el imperio romano, los cuales así se aplicaban cada uno a sus propios oficios, que nada universal se encomendaba a uno solo cualquiera. ¿Cuándo pues Segetia cuidaría del imperio, a quien no le era lícito tener el cuidado a la vez tanto de las mieses como de los árboles? ¿Cuándo Cunina pensaría sobre las armas, cuya prefectura no se permitía exceder de las cunas de los párvulos? ¿Cuándo Nodoto ayudaría en la guerra, el cual ni al folículo de la espiga, sino sólo al nudo de la coyuntura pertenecía? Cada uno pone un solo portero a su casa, y porque es hombre, es del todo suficiente: estos pusieron tres dioses, a Forculo para las puertas, a Cardea para el quicio, a Limentino para el umbral. Así no podía Forculo a la vez conservar también el quicio y el umbral.

Capítulo IX.

Si la amplitud y duración del imperio romano ha de adscribirse a Júpiter, a quien sus cultivadores opinan que es el dios sumo.

Omitida, pues, esta turba de dioses menudos, o un tanto intermitida, debemos inquirir el oficio de los dioses mayores, por el cual Roma se hizo tan grande que por tanto tiempo imperara a tantas naciones. Sin duda pues esta es obra de Júpiter. Pues quieren que él mismo sea el rey de todos los dioses y diosas: esto indica su cetro, esto el Capitolio en la alta colina. De este dios, aunque por un poeta, predican muy convenientemente dicho: De Júpiter todo está lleno. (Virgilio, Écloga 3, vers. 60.) A este cree Varro que es cultivado incluso por aquellos que cultivan a un solo Dios solo sin simulacro, pero que es llamado con otro nombre. Pero si esto es así, ¿por qué fue tan mal tratado en Roma (como ciertamente también en las demás naciones), que se le hiciera un simulacro? Lo cual tanto le disgusta incluso al mismo Varro que, estando presionado por la perversa costumbre de tan gran ciudad, de ningún modo sin embargo dudó en decir y escribir que estos que instituyeron los simulacros para los pueblos, tanto quitaron el miedo como añadieron el error.

Capítulo X.

Qué opiniones siguieron quienes pusieron al frente a diversos dioses de diversas partes del mundo.

Cur illi etiam Juno uxor adjungitur, quae dicitur soror et conjux (Virgil., Aeneid. lib. 1, vers. 47)? Quia Jovem, inquiunt, in aethere accipimus, in aere Junonem; et haec duo elementa conjuncta sunt, alterum superius, alterum inferius. Non est ergo ille de quo dictum est, Jovis omnia plena; si aliquam partem implet et Juno. An uterque utrumque implet, et ambo isti conjuges et in duobus istis elementis, et in singulis simul sunt? Cur ergo aether datur Jovi, aer Junoni? Postremo ipsi duo satis essent: quid est quod mare Neptuno tribuitur, terra Plutoni? Et ne ipsi quoque sine conjugibus remanerent, additur Neptuno Salacia, Plutoni Proserpina. Nam sicut inferiorem coeli partem, id est aerem, inquiunt, Juno tenet; ita inferiorem maris Salacia, et terrae inferiorem Proserpina. Quaerunt quemadmodum sarciant fabulas, nec inveniunt. Si enim haec ita essent, tria potius elementa mundi esse, non quatuor, eorum veteres proderent, ut singula deorum conjugia singulis dividerentur elementis. Nunc vero omni modo affirmaverunt, aliud esse aetherem, aliud aerem. Aqua vero sive superior, sive inferior, utique aqua est: puta quia dissimilis, numquid in tantum ut aqua non sit? Et inferior terra, quid aliud potest esse quam terra, quantalibet diversitate distincta? Deinde ecce jam totus in his quatuor vel tribus elementis corporeus completus est mundus: Minerva ubi erit? quid tenebit? quid implebit? Simul enim cum his in Capitolio constituta est, cum ista filia non sit amborum. Aut si aetheris partem superiorem Minervam tenere dicunt, et hac occasione fingere poetas quod de Jovis capite nata sit; cur non ergo ipsa potius deorum regina deputatur, quod sit Jove superior? an quia indignum erat praeponere patri filiam? Cur non de Jove ipso erga Saturnum justitia ista servata est? an quia victus est? Ergo pugnarunt? Absit, inquiunt: fabularum est ista garrulitas. Ecce fabulis non credatur, et de diis sentiantur meliora: cur ergo non data est patri Jovis, etsi non sublimior, aequalis certe sedes honoris? Quia Saturnus, inquiunt, temporis longitudo est. Tempus igitur colunt, qui Saturnum colunt, et rex deorum Jupiter insinuatur natus ex tempore. Quid enim indignum dicitur, cum Jupiter et Juno nati dicuntur ex tempore, si coelum est ille et illa terra, cum facta sint utique coelum et terra? Nam hoc quoque in libris suis habent eorum docti atque sapientes: neque de figmentis poeticis, sed de philosophorum libris a Virgilio dictum est, Tum pater omnipotens fecundis imbribus aether, Conjugis in laetae gremium descendit, (Virgil. Georg. lib. 2, vers. 325, 326.) id est in gremium telluris aut terrae.

¿Por qué se le adjunta también Juno como esposa, de quien se dice hermana y cónyuge (Virgilio, Eneida lib. 1, v. 47)? Porque, dicen, entendemos a Júpiter en el éter, a Juno en el aire; y estos dos elementos están conjuntados, uno superior, el otro inferior. No es pues aquel de quien se dijo: De Júpiter todo está lleno; si Juno también llena alguna parte. ¿O acaso cada uno llena ambos, y ambos esposos están tanto en estos dos elementos como en cada uno a la vez? ¿Por qué pues se le da el éter a Júpiter, el aire a Juno? Finalmente bastarían ellos dos: ¿qué es eso de que el mar se atribuya a Neptuno, la tierra a Plutón? Y para que ellos mismos tampoco se quedaran sin cónyuges, se le añade a Neptuno Salacia, a Plutón Proserpina. Pues así como dicen que Juno tiene la parte inferior del cielo, esto es, el aire; así Salacia la parte inferior del mar, y Proserpina la inferior de la tierra. Buscan cómo remendar las fábulas, y no lo encuentran. Pues si esto fuera así, los antiguos de ellos dirían que los elementos del mundo son tres más bien, no cuatro, para que cada matrimonio de los dioses se dividiera para cada elemento. Pero ahora afirmaron de todos modos que una cosa es el éter, otra el aire. Pero el agua, ya superior, ya inferior, ciertamente es agua: pon que sea disímil, ¿acaso tanto que no sea agua? Y la tierra inferior, ¿qué otra cosa puede ser sino tierra, por cualquier gran diversidad que esté distinguida? Luego he aquí que ya todo el mundo corpóreo está completo en estos cuatro o tres elementos: ¿Minerva dónde estará? ¿qué tendrá? ¿qué llenará? Pues a la vez con estos fue constituida en el Capitolio, aunque esta no sea hija de ambos. O si dicen que Minerva tiene la parte superior del éter, y por esta ocasión fingen los poetas que nació de la cabeza de Júpiter; ¿por qué pues no se la reputa a ella más bien como reina de los dioses, porque sea superior a Júpiter? ¿o porque era indigno anteponer la hija al padre? ¿Por qué no se guardó esa justicia sobre el mismo Júpiter para con Saturno? ¿o porque fue vencido? ¿Luego pelearon? Lejos esté, dicen: es esa la garrulidad de las fábulas. He aquí que no se crea a las fábulas, y de los dioses se sientan cosas mejores: ¿por qué pues no se le dio al padre de Júpiter, si no una sede más sublime, ciertamente una igual de honor? Porque Saturno, dicen, es la longitud del tiempo. El tiempo pues cultivan quienes cultivan a Saturno, y el rey de los dioses Júpiter se insinúa nacido del tiempo. Pues ¿qué cosa indigna se dice, cuando Júpiter y Juno se dicen nacidos del tiempo, si él es el cielo y ella la tierra, cuando ciertamente fueron hechos el cielo y la tierra? Pues esto también tienen en sus libros sus hombres doctos y sabios: ni por los fingimientos poéticos, sino por los libros de los filósofos fue dicho por Virgilio: Entonces el padre omnipotente éter con fecundas lluvias, descendió al regazo de su alegre cónyuge (Virgilio, Geórgicas lib. 2, v. 325, 326), esto es, al regazo del suelo o de la tierra.

Quia et hic aliquas differentias volunt esse, atque in ipsa terra aliud Terram, aliud Tellurem, aliud Tellumonem putant. Et hos omnes deos habent suis nominibus appellatos, suis officiis distinctos, suis aris sacrisque veneratos. Eamdem Terram etiam matrem deorum vocant: ut jam poetae tolerabiliora confingant, si secundum istorum, non poeticos, sed sacrorum libros, non solum Juno soror et conjux, sed etiam mater est Jovis. Eamdem terram Cererem, eamdem etiam Vestam volunt: cum tamen saepius Vestam nonnisi ignem esse perhibeant, pertinentem ad focos, sine quibus civitas esse non potest; et ideo illi virgines solere servire, quod sicut ex virgine, ita nihil ex igne nascatur. Quam totam aboleri vanitatem et exstingui utique ab illo oportuit, qui est natus ex Virgine. Quis enim ferat, quod cum tantum honoris et quasi castitatis igni tribuerint, aliquando Vestam non erubescunt etiam Venerem dicere, ut vanescat in ancillis ejus honorata virginitas? Si enim Vesta Venus est, quomodo ei rite virgines a venereis operibus abstinendo servierunt? An Veneres duae sunt, una virgo, altera mulier? an potius tres, una virginum, quae etiam Vesta est, alia conjugatarum, alia meretricum? Cui etiam Phoenices donum dabant de prostitutione filiarum, antequam jungerent eas viris. Quae illarum est matrona Vulcani? Non utique virgo, quoniam habet maritum. Absit autem ut meretrix, ne filio Junonis et cooperario Minervae facere videamur injuriam. Ergo haec ad conjugatas intelligitur pertinere: sed eam nolumus imitentur in eo quod fecit illa cum Marte. Rursus, inquiunt, ad fabulas redis. Quae ista justitia est, nobis succensere, quod talia dicimus de diis eorum; et sibi non succensere, qui haec in theatris libentissime spectant crimina deorum suorum? Et quod esset incredibile, nisi contestatissime probaretur, haec ipsa theatrica crimina deorum suorum in honorem instituta sunt eorumdem deorum.

Caput XI.

De multis diis, quos doctores Paganorum unum eumdemque Jovem esse defendunt.

Quotquot libet igitur physicis rationibus et disputationibus asserant: modo sit Jupiter corporei hujus mundi animus, qui universam istam molem ex quatuor, vel quot eis placet, elementis constructam atque compactam implet et movet; modo inde suas partes sorori et fratribus cedat: modo sit aether, ut aerem Junonem subteriusam desuper amplectatur; modo totum simul cum aere sit ipse coelum, terram vero tanquam conjugem eamdemque matrem (quia hoc in divinis turpe non est) fecundis imbribus et seminibus fetet;

Porque también aquí quieren que haya algunas diferencias, y en la misma tierra piensan que una cosa es Tierra, otra Tellus, otra Tellumo. Y a todos estos dioses los tienen llamados por sus nombres, distinguidos por sus oficios, venerados por sus aras y sacrificios. A la misma Tierra también llaman madre de los dioses: para que ya los poetas finjan cosas más tolerables si, según los libros, no poéticos, sino sagrados de estos, Juno no sólo es hermana y cónyuge, sino también madre de Júpiter. A la misma tierra quieren que sea Ceres, la misma también Vesta: cuando sin embargo más a menudo aseguran que Vesta no es sino el fuego, perteneciente a los hogares, sin los cuales la ciudad no puede ser; y por eso suelen servirle vírgenes porque, como de la virgen, así nada nace del fuego. Cuya vanidad entera ciertamente convino que fuera abolida y extinguida por Aquel que nació de la Virgen. Pues ¿quién soportará que, habiendo atribuido tanto honor y como castidad al fuego, a veces no se avergüencen de decir que Vesta es también Venus, para que se desvanezca en sus esclavas la honrada virginidad? Pues si Vesta es Venus, ¿cómo le sirvieron ritualmente las vírgenes absteniéndose de las obras venéreas? ¿O acaso las Venid son dos, una virgen, la otra mujer? ¿o mejor dicho tres, una de las vírgenes, que es también Vesta, otra de las casadas, otra de las meretrices? A la cual incluso los fenicios daban un don por la prostitución de las hijas antes de unirlas a los varones. ¿Cuál de aquellas es la matrona de Vulcano? No ciertamente la virgen, puesto que tiene marido. Lejos esté en cambio que la meretriz, para que no parezcamos hacer injuria al hijo de Juno y cooperador de Minerva. Luego esta se entiende que pertenece a las casadas: pero no queremos que la imiten en lo que hizo aquella con Marte. Otra vez, dicen, vuelves a las fábulas. ¿Qué justicia es esta, indignarse contra nosotros porque decimos tales cosas de sus dioses; y no indignarse contra sí mismos, que muy de buena gana ven en los teatros estos crímenes de sus dioses? Y lo que sería increíble si no se probara muy testificadamente, estos mismos crímenes teatrales de sus dioses fueron instituidos en honor de los mismos dioses.

Capítulo XI.

Sobre los muchos dioses, a los cuales los doctores de los paganos defienden que son uno y el mismo Júpiter.

Cualesquiera razones físicas y disputas que asertaren: ya sea Júpiter el ánimo de este mundo corpóreo, que llena y mueve toda esta mole construida y compactada de cuatro, o de cuantos elementos les plazca; ya de ahí ceda sus partes a la hermana y a los hermanos: ya sea el éter, para que abrace desde arriba al aire, Juno, difundido por debajo; ya sea él mismo todo el cielo a la vez con el aire, pero fecunde a la tierra como cónyuge y a la vez madre (porque esto en las cosas divinas no es torpe) con fecundas lluvias y semillas;

modo autem (ne sit necesse per cuncta discurrere) deus unus, de quo multi a poeta nobilissimo dictum putant, Deum namque ire per omnes Terrasque, tractusque maris, coelumque profundum: (Virgil. Georg. lib. 4, vers. 221, 222.) ipse in aethere sit Jupiter, ipse in aere Juno, ipse in mari Neptunus, in inferioribus etiam maris ipse Salacia, in terra Pluto, in terra inferiore Proserpina, in focis domesticis Vesta, in fabrorum fornace Vulcanus, in sideribus sol et luna et stellae, in divinantibus Apollo, in merce Mercurius, in Jano initiator, in Termino terminator, Saturnus in tempore, Mars et Bellona in bellis, Liber in vineis, Ceres in frumentis, Diana in silvis, Minerva in ingeniis: ipse sit postremo etiam in illa turba quasi plebeiorum deorum: ipse praesit nomine Liberi virorum seminibus, et nomine Liberae feminarum: ipse sit Diespiter, qui partum perducat ad diem; ipse sit dea Mena, quam praefecerunt menstruis feminarum; ipse Lucina, quae a parturientibus invocetur: ipse opem ferat nascentibus, excipiendo eos sinu terrae, et vocetur Opis; ipse in vagitu os aperiat, et vocetur deus Vaticanus: ipse levet de terra, et vocetur dea Levana; ipse cunas tueatur, et vocetur dea Cunina: non sit alius, sed ipse in deabus illis, quae fata nascentibus canunt, et vocantur Carmentes: praesit fortuitis, voceturque Fortuna: in diva Rumina mammam parvulo immulgeat, quia rumam dixerunt veteres mammam; in diva Potina potionem ministret; in diva Educa escam praebeat: de pavore infantum Paventia nuncupetur; de spe quae venit, Venilia; de voluptate Volupia; de actu Agenoria; de stimulis, quibus ad nimium actum homo impellitur, dea Stimula nominetur, Strenia dea sit, strenuum faciendo; Numeria, quae numerare doceat; Camoena, quae canere: ipse sit et deus Consus, praebendo consilia; et dea Sentia, sententias inspirando: ipse dea Juventas, quae post praetextam excipiat juvenilis aetatis exordia: ipse sit et Fortuna Barbata, quae adultos barba induat; quos honorare noluerunt, ut hoc qualecumque numen saltem masculum deum, vel a barba Barbatum, sicut a nodis Nodutum, vel certe non Fortunam, sed quia barbas habet, Fortunium nominarent: ipse in Jugatino deo conjuges jungat; et cum virgini uxori zona solvitur, ipse invocetur, et dea Virginiensis vocetur: ipse sit Mutunus vel Tutunus, qui est apud Graecos Priapus:

ya en cambio (para que no sea necesario discurrir por todo) sea un solo dios, de quien muchos piensan que fue dicho por un poeta nobilísimo: Pues Dios va por todas las tierras, y los tractos del mar, y el cielo profundo: (Virgilio, Geórgicas lib. 4, v. 221, 222.) él mismo sea Júpiter en el éter, él mismo Juno en el aire, él mismo Neptuno en el mar, en las partes inferiores del mar él mismo Salacia, en la tierra Plutón, en la tierra inferior Proserpina, en los hogares domésticos Vesta, en la fragua de los herreros Vulcano, en los astros el sol y la luna y las estrellas, en los que adivinan Apolo, en la mercancía Mercurio, en Jano el iniciador, en Término el terminador, Saturno en el tiempo, Marte y Belona en las guerras, Líber en las viñas, Ceres en los cereales, Diana en las selvas, Minerva en los ingenios: él mismo sea finalmente también en aquella turba como de dioses plebeyos: él mismo presida con el nombre de Líber de las semillas de los varones, y con el nombre de Líbera de las de las mujeres: él mismo sea Diespiter, que conduzca el parto al día; él mismo sea la diosa Mena, a quien pusieron al frente de los menstruos de las mujeres; él mismo Lucina, que sea invocada por las parturientas: él mismo lleve auxilio a los que nacen, recibiéndolos en el regazo de la tierra, y llámese Opis; él mismo en el vagido abra la boca, y llámese dios Vaticano; él mismo levante de la tierra, y llámese diosa Levana; él mismo proteja las cunas, y llámese diosa Cunina: no sea otro, sino él mismo en aquellas diosas que cantan los fados a los que nacen y se llaman Carmentas: presida lo fortuito y llámese Fortuna: en la diva Rumina amamante al párvulo, porque los antiguos llamaron ruma a la teta; en la diva Potina suministre la poción; en la diva Educa proporcione el alimento: por el pavor de los infantes sea llamado Pavencia; por la esperanza que viene, Venilia; por el placer, Volupia; por el acto, Agenoria; por los estímulos con que el hombre es impelido al acto excesivo, la diosa Estímula sea nombrada; Estrenia sea diosa haciendo estrenuo; Numeria, que enseñe a numerar; Camoena, a cantar: él mismo sea también el dios Conso, prestando consejos; y la diosa Sencia, inspirando sentencias: él mismo la diosa Juventas, que después de la praetexta reciba los exordios de la edad juvenil: él mismo sea también Fortuna Barbata, que vista a los adultos con la barba; a quienes no quisieron honrar, para que a este numen cual sea al menos lo nombraran dios masculino, o Barbado por la barba, como Nodoto por los nudos, o ciertamente no Fortuna, sino porque tiene barbas, Fortunio: él mismo en el dios Jugatino junte a los cónyuges; y cuando se desata la zona a la virgen esposa, él mismo sea invocado y llámese diosa Virginiensis: él mismo sea Mutuno o Tutuno, que es entre los griegos Príapo:

si non pudet, haec omnia quae dixi, et quaecumque non dixi (non enim omnia dicenda arbitratus sum), hi omnes dii deaeque sit unus Jupiter: sive sint, ut quidam volunt, omnia ista partes ejus, sive virtutes ejus, sicut eis videtur, quibus eum placet esse mundi animum; quae sententia velut magnorum multumque doctorum est. Haec si ita sint (quod quale sit, nondum interim quaero), quid perderent, si unum Deum colerent prudentiore compendio? Quid enim ejus contemneretur, cum ipse coleretur? Si autem metuendum fuit, ne praetermissae sive neglectae partes ejus irascerentur: non ergo ut volunt, velut unius animantis haec tota vita est, quae omnes continet deos, quasi suas virtutes, vel membra, vel partes; sed suam quaeque pars habet vitam a caeteris separatam, si praeter alteram irasci altera potest, et alia placari, alia concitari. Si autem dicitur omnes simul, id est totum ipsum Jovem potuisse offendi, si partes ejus non etiam singillatim minutatimque colerentur, stulle dicitur. Nulla quippe earum praetermitteretur, cum ipse unus qui habet omnia, coleretur. Nam ut alia omittam, quae sunt innumerabilia, cum dicunt omnia sidera partes Jovis esse, et omnia vivere atque rationales animas habere, et ideo sine controversia deos esse, non vident quam multos non colant, quam multis aedes non construant, aras non statuant, quas tamen paucissimis siderum statuendas esse putaverunt, et singillatim sacrificandum. Si igitur, irascuntur qui non singillatim coluntur, non metuunt, paucis placatis, toto coelo irato vivere? Si autem stellas omnes ideo colunt, quia in Jove sunt quem colunt, isto compendio possent in illo uno omnibus supplicare. Sic enim nemo irasceretur, cum in illo uno nemo contemneretur, potius quam, cultis quibusdam, justa irascendi causa illis, qui praetermissi essent, multum numerosioribus praeberetur: praesertim cum eis de superna sede fulgentibus, turpi nuditate distentus praeponeretur Priapus.

Caput XII.

De opinione eorum qui Deum animam mundi, et mundum corpus Dei esse putaverunt.

Quid illud, nonne debet movere acutos homines, vel qualescumque homines? Non enim ad hoc ingenii opus est excellentia, ut deposito studio contentionis attendant, si mundi animus Deus est, eique animo mundus ut corpus est, ut sit unum animal constans ex animo et corpore, atque iste Deus est sinu quodam naturae in se ipso continens omnia, ut ex ipsius anima, qua vivificatur tota ista moles, vitae atque animae cunctorum viventium pro cujusque nascentis sorte sumantur, nihil omnino remanere, quod non sit pars Dei.

si no avergüenza, todas estas cosas que he dicho, y cualesquiera que no he dicho (pues no juzgué que todo debiera decirse), todos estos dioses y diosas sean un solo Júpiter: ya sean, como algunos quieren, todas estas partes suyas, o virtudes suyas, según les parece a quienes les place que él sea el ánimo del mundo; cuya sentencia es como de grandes y muchos doctores. Si estas cosas fueran así (lo cual cómo sea, no lo inquiero mientras tanto), ¿qué perderían si cultivaran a un solo Dios por un compendio más prudente? ¿Qué pues de él se despreciaría cuando él mismo fuera cultivado? Pero si había de temerse no sea que las partes de él pretermitidas o descuidadas se airaran: no es por tanto, como quieren, como la vida de un solo viviente esta que contiene a todos los dioses como sus propias virtudes, o miembros, o partes; sino que cada parte tiene su propia vida separada de las demás, si además de una puede airarse la otra, y una aplacarse, otra concitarse. Si en cambio se dice que todo a la vez, esto es, todo el mismo Júpiter pudo ofenderse si sus partes no fueran también cultivada individual y menudamente, se dice neciamente. Pues ninguna de ellas se pretermitiría cuando él solo, que tiene todas las cosas, fuera cultivado. Pues para omitir otras cosas, que son innumerables, cuando dicen que todos los astros son partes de Júpiter, y que todos viven y tienen almas racionales, y por eso sin controversia son dioses, no ven a cuántos no cultivan, para cuántos no construyen templos, no establecen aras, las cuales sin embargo juzgaron que debían establecerse para poquísimos de los astros, y sacrificar individualmente. Si por tanto se airan los que no son cultivados individualmente, ¿no temen, aplacados unos pocos, vivir con todo el cielo airado? Si en cambio cultivan a todas las estrellas por esto, porque están en Júpiter a quien cultivan, por este compendio podrían en aquel solo suplicar a todos. Pues así nadie se airaría, cuando en aquel solo nadie fuera despreciado, más bien que, cultivados algunos, se ofreciera justa causa de airarse a aquellos que hubieran sido pretermitidos, mucho más numerosos: sobre todo cuando, brillando ellos desde la sede superna, se les antepusiera Príapo, distendido por su torpe desnudez.

Capítulo XII.

De la opinión de aquellos que pensaron que Dios es el alma del mundo, y el mundo el cuerpo de Dios.

¿Qué decir de aquello? ¿Acaso no debe mover a los hombres agudos, o a hombres de cualquier clase? Pues no es necesaria para esto la excelencia del ingenio, para que, depuesto el afán de contienda, atiendan a si Dios es el ánimo del mundo, y para ese ánimo el mundo es como el cuerpo, de modo que sea un solo animal constante de ánimo y cuerpo, y este Dios sea continente de todas las cosas en sí mismo en cierto seno de la naturaleza, de modo que de su misma alma, por la cual es vivificada toda esta mole, se tomen las vidas y almas de todos los vivientes según la suerte de cada uno que nace, de modo que nada en absoluto reste que no sea parte de Dios.

Quod si ita est, quis non videat quanta impietas et irreligiositas consequatur, ut quod calcaverit quisque, partem Dei calcet, et in omni animante occidendo, pars Dei trucidetur? Nolo omnia dicere quae possunt occurrere cogitantibus, dici autem sine verecundia non possunt.

Caput XIII.

De his qui sola rationalia animantia partes esse unius Dei asserunt.

Si autem sola animalia rationalia, sicut sunt homines, partes Dei esse contendunt; non video quidem, si totus mundus est Deus, quomodo bestias ab ejus partibus separent. Sed obluctari quid opus est? De ipso rationali animante, id est homine, quid infelicius credi potest, quam Dei partem vapulare, cum puer vapulat? Jam vero partes Dei fieri lascivas, iniquas, impias, atque omnino damnabiles, quis ferre possit, nisi qui prorsus insanit? Postremo quid irascitur eis a quibus non colitur, cum a suis partibus non colatur? Restat ergo ut dicant, omnes deos suas habere vitas, sibi quemque vivere, nullum eorum esse partem cujusquam; sed omnes colendos, qui cognosci et coli possunt; quia tam multi sunt, ut omnes non possint. Quorum Jupiter, quia rex praesidet, ipsum credo ab eis putari regnum constituisse, vel auxisse Romanum. Nam si hoc ipse non fecit, quem alium deum opus tam magnum potuisse aggredi credant, cum omnes occupati sint officiis et operibus propriis, nec alter irruat in alterius? A rege igitur deorum regnum hominum potuit propagari et augeri.

Caput XIV.

Augmenta regnorum Jovi incongruenter adscribi: cum, si Victoria, ut volunt, dea est, ipsa huic negotio sola sufficeret.

Hic primum quaero, cur non etiam ipsum regnum aliquis deus est? Cur enim non ita sit, si Victoria dea est? Aut quid ipso Jove in hac causa opus est, si Victoria faveat sitque propitia, et semper eat ad illos, quos vult esse victores? Hac dea favente et propitia, etiam Jove vacante vel aliud agente, quae gentes non subditae remanerent? quae regna non cederent? An forte displicet bonis, iniquissima improbitate pugnare, et finitimos quietos nullamque injuriam facientes ad dilatandum regnum bello spontaneo provocare? Plane si ita sentiunt, approbo et laudo.

Caput XV.

An congruat bonis latius velle regnare.

Lo cual, si es así, ¿quién no verá cuánta impiedad e irreligiosidad se sigue, de modo que lo que cualquiera pisare, pise una parte de Dios, y en la matanza de todo viviente, una parte de Dios sea trucidada? No quiero decir todas las cosas que pueden ocurrir a los que piensan; pues no pueden decirse sin vergüenza.

Capítulo XIII.

De aquellos que asertan que solo los animales racionales son partes del único Dios.

Pero si contienden que solo los animales racionales, como son los hombres, son partes de Dios; no veo por cierto, si todo el mundo es Dios, de qué modo separan a las bestias de sus partes. Pero, ¿qué necesidad hay de luchar? Acerca del mismo viviente racional, esto es, el hombre, ¿qué cosa más infeliz puede creerse que una parte de Dios sea azotada cuando un niño es azotado? Ya pues, ¿quién podría soportar que partes de Dios se vuelvan lascivas, inicuas, impías y del todo condenables, sino quien está totalmente loco? Finalmente, ¿por qué se aíra con aquellos por quienes no es cultivado, cuando no es cultivado por sus partes? Resta, pues, que digan que todos los dioses tienen sus propias vidas, que cada uno vive para sí, que ninguno de ellos es parte de nadie; sino que todos deben ser cultivados, los que pueden ser conocidos y cultivados; porque son tantos que no todos pueden serlo. De los cuales Júpiter, porque preside como rey, creo que por ellos es pensado que constituyó o aumentó el reino romano. Pues si él mismo no hizo esto, ¿a qué otro dios creerían que pudo acometer obra tan grande, cuando todos están ocupados en sus propios oficios y obras, ni uno irrumpe en las del otro? Por el rey de los dioses, por tanto, el reino de los hombres pudo ser propagado y aumentado.

Capítulo XIV.

Que los aumentos de los reinos se adscriben incongruentemente a Júpiter: cuando, si Victoria, como quieren, es diosa, ella sola bastaría para este negocio.

Aquí primero inquiero, ¿por qué no también el reino mismo es algún dios? Pues, ¿por qué no habría de ser así, si Victoria es diosa? ¿O qué necesidad hay del mismo Júpiter en esta causa, si Victoria favorece y es propicia, y siempre va hacia aquellos que quiere que sean vencedores? Favoreciendo esta diosa y siendo propicia, incluso estando Júpiter vacante o haciendo otra cosa, ¿qué gentes quedarían no sometidas? ¿qué reinos no cederían? ¿O acaso disgusta a los buenos luchar con iniquísima improbidad, y provocar a los vecinos quietos y que no hacen ninguna injuria a una guerra espontánea para dilatar el reino? Claramente si así lo sienten, lo apruebo y lo alabo.

Capítulo XV.

Si conviene a los buenos querer reinar más largamente.

Videant ergo ne forte non pertineat ad viros bonos, gaudere de regni latitudine. Iniquitas enim eorum, cum quibus justa bella gesta sunt, regnum adjuvit ut cresceret: quod utique parvum esset, si quies et justitia finitimorum contra se bellum geri nulla provocaret injuria: ac sic felicioribus rebus humanis omnia regna parva essent concordi vicinitate laetantia; et ita essent in mundo regna plurima gentium, ut sunt in urbe domus plurimae civium. Proinde belligerare et perdomitis gentibus dilatare regnum, malis videtur felicitas, bonis necessitas. Sed quia pejus esset, ut injuriosi justioribus dominarentur, ideo non incongrue dicitur etiam ista felicitas. Sed procul dubio felicitas major est, vicinum bonum habere concordem, quam vicinum malum subjugare bellantem. Mala vota sunt, optare habere quem oderis, vel quem timeas, ut possit esse quem vincas. Si ergo justa gerendo bella, non impia, non iniqua, Romani imperium tam magnum acquirere potuerunt, numquid tanquam aliqua dea colenda est eis etiam iniquitas aliena? Multum enim ad istam latitudinem imperii eam cooperatam videmus, quae faciebat injuriosos, ut essent cum quibus justa bella gererentur, et augeretur imperium. Cur autem et iniquitas dea non sit, vel externarum gentium, si Pavor et Pallor et Febris dii Romani esse meruerunt? His igitur duabus, id est aliena iniquitate et dea Victoria, dum bellorum causas iniquitas excitat, Victoria eadem bella feliciter terminat, etiam feriato Jove crevit imperium. Quas enim hic partes Jupiter haberet; cum ea quae possent beneficia ejus putari, dii habentur, dii vocantur, dii coluntur, ipsi pro suis partibus invocantur? Haberet autem hic etiam ille aliquam partem, si regnum etiam ipse appellaretur, sicut appellatur illa Victoria. Aut si regnum munus est Jovis, cur non et victoria munus ejus habeatur? Quod profecto haberetur, si non lapis in Capitolio, sed verus Rex regum et Dominus dominantium (Apoc. XIX, 16) cognosceretur atque coleretur.

Caput XVI.

Quid fuerit quod Romani omnibus rebus et omnibus motibus deos singulos deputantes, aedem Quietis extra portas esse voluerunt.

Vean, pues, no sea que tal vez no pertenezca a los varones buenos gozarse de la latitud del reino. Pues la iniquidad de aquellos con quienes se han gestado guerras justas, ayudó al reino para que creciera; el cual ciertamente sería pequeño si la quietud y la justicia de los vecinos no provocara ninguna guerra para ser gestada contra sí por alguna injuria; y así, con más felices cosas humanas, todos los reinos serían pequeños, gozándose en una concordia de vecindad; y así habría en el mundo muchísimos reinos de gentes, como hay en la ciudad muchísimas casas de ciudadanos. Por lo tanto, guerrear y dilatar el reino por las gentes perdomadas, a los malos les parece felicidad, a los buenos necesidad. Pero porque sería peor que los injuriosos dominaran a los más justos, por eso no incongruentemente se dice también que esto es felicidad. Pero sin duda alguna mayor felicidad es tener un vecino bueno concorde, que subyugar a un vecino malo beligerante. Malos votos son desear tener a quien odies o a quien temas, para que pueda haber a quien venzas. Si, pues, gestando guerras justas, no impías, no inicuas, los romanos pudieron adquirir imperio tan grande, ¿acaso debe ser cultivada por ellos también la iniquidad ajena como alguna diosa? Pues vemos que ella cooperó mucho para esa latitud del imperio, la cual hacía injuriosos, para que hubiera con quienes se gestaran guerras justas y se aumentara el imperio. ¿Por qué, además, la iniquidad no habría de ser diosa, incluso de las gentes externas, si el Pavor y el Palor y la Fiebre merecieron ser dioses romanos? Por estas dos, pues, esto es, por la iniquidad ajena y la diosa Victoria, mientras la iniquidad excita las causas de las guerras, Victoria termina felizmente las mismas guerras, e incluso estando Júpiter de vacaciones, creció el imperio. ¿Qué partes tendría aquí Júpiter, cuando aquellas cosas que podrían pensarse beneficios suyos, son tenidos por dioses, son llamados dioses, son cultivados como dioses, y ellos mismos son invocados por sus propias partes? Tendría, además, aquí también él alguna parte, si el reino también se llamara él mismo, como se llama aquella Victoria. O si el reino es don de Júpiter, ¿por qué no se tiene también la victoria como don suyo? Lo cual profusamente se tendría, si no una piedra en el Capitolio, sino el verdadero Rey de reyes y Señor de los señores (Apoc. 19, 16) fuera conocido y cultivado.

Capítulo XVI.

Qué fue aquello de que los romanos, disputando dioses singulares para todas las cosas y todos los movimientos, quisieran que el templo de la Quietud estuviera fuera de las puertas.

Miror autem plurimum, quod cum deos singulos singulis rebus et pene singulis motibus attribuerent, vocaverunt deam Agenoriam, quae ad agendum excitaret; deam Stimulam, quae ad agendum ultra modum stimularet; deam Murciam, quae praeter modum non moveret, ac faceret hominem, ut ait Pomponius, murcidum, id est nimis desidiosum et inactuosum; deam Streniam, quae faceret strenuum; his omnibus diis et deabus publica sacra facere susceperunt: Quietem vero appellantes, quae faceret quietum, cum aedem haberet extra portam Collinam, publice illam suscipere noluerunt. Utrum indicium fuit animi inquieti, an potius ita significatum est, qui illam turbam colere perseveraret, non plane deorum, sed daemoniorum, eum quietem habere non posse? ad quam vocat verus Medicus, dicens: Discite a me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris (Matth. XI, 29).

Caput XVII.

An, si Jovis summa potestas est, etiam Victoria dea debuerit aestimari.

An forte dicunt, quod deam Victoriam Jupiter mittat, atque illa tanquam regi deorum obtemperans, ad quos jusserit veniat, et in eorum parte considat? Hoc vere dicitur, non de illo Jove, quem deorum regem pro sua opinione confingunt; sed de illo vero Rege saeculorum, quod mittat non Victoriam, quae nulla substantia est, sed angelum suum, et faciat vincere quem voluerit; cujus consilium occultum esse potest, iniquum non potest. Nam si victoria dea est, cur non deus est et triumphus, et victoriae jungitur vel maritus, vel frater, vel filius? Talia quippe isti de diis opinati sunt, qualia si poetae fingerent, atque a nobis exagitarentur; responderent isti, ridenda esse figmenta poetarum, non veris attribuenda numinibus: et tamen se ipsi non ridebant cum talia deliramenta non apud poetas legebant, sed in templis colebant. Jovem igitur de omnibus rogarent, ei uni tantummodo supplicarent. Non enim, quo misisset Victoriam, si dea est et sub illo rege est, posset ei audere resistere, et suam potius facere voluntatem.

Caput XVIII.

Felicitatem et Fortunam qui deas putant, qua ratione secernunt.

Me admiro muchísimo, además, de que, cuando atribuían dioses singulares a las cosas singulares y casi a los movimientos singulares, llamaron a la diosa Agenoria, que excitara a obrar; a la diosa Estímula, que estimulara a obrar más allá del modo; a la diosa Murcia, que no moviera más allá del modo y hiciera al hombre, como dice Pomponio, murcido, esto es, demasiado desidioso e inactuoso; a la diosa Estrenia, que hiciera estrenuo; para todos estos dioses y diosas se encargaron de hacer sacros públicos: pero llamando Quietud a la que hiciera quieto, teniendo ella un templo fuera de la puerta Colina, no quisieron recibirla públicamente. ¿Acaso fue indicio de un ánimo inquieto, o más bien así se significó que quien perseverara en cultivar aquella turba, no claramente de dioses, sino de demonios, ese no puede tener quietud? a la cual llama el verdadero Médico, diciendo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mat. 11, 29).

Capítulo XVII.

Si, siendo de Júpiter la suma potestad, también Victoria debió ser estimada diosa.

¿O acaso dicen que Júpiter envía a la diosa Victoria, y que ella, obedeciendo como al rey de los dioses, viene a los que él mandare y se asienta de su parte? Esto se dice verdaderamente, no de aquel Júpiter a quien fingen rey de los dioses según su opinión; sino de aquel verdadero Rey de los siglos, que envía no a Victoria, que no es ninguna sustancia, sino a su ángel, y hace vencer a quien quisiere; cuyo consejo puede ser oculto, pero no puede ser inicuo. Pues si la victoria es diosa, ¿por qué no es dios también el triunfo, y se une a la victoria o el marido, o el hermano, o el hijo? Tales cosas por cierto opinaron estos de los dioses, cuales si los poetas las fingieran y fueran por nosotros agitadas, responderían estos que son de reír los fingimientos de los poetas, no atribuibles a los verdaderos númenes: y sin embargo ellos mismos no se reían cuando tales delirios no los leían en los poetas, sino que los cultivaban en los templos. A Júpiter, pues, rogarían de todas las cosas, a él solo únicamente suplicarían. Pues no, a donde él hubiera enviado a Victoria, si es diosa y está bajo aquel rey, podría ella osar resistirle y hacer más bien su propia voluntad.

Capítulo XVIII.

Por qué razón distinguen a Felicidad y Fortuna quienes las consideran diosas.

Quid quod et Felicitas dea est? aedem accepit, aram meruit, sacra ei congrua persoluta sunt. Ipsa ergo sola coleretur: ubi enim ipsa esset, quid boni non esset? Sed quid sibi vult, quod et Fortuna dea putatur, et colitur? An aliud est felicitas, aliud fortuna? Quia fortuna potest esse et mala: felicitas autem si mala fuerit, felicitas non erit. Certe omnes deos utriusque sexus (si et sexum habent) nonnisi bonos existimare debemus. Hoc Plato dicit (De Republica, lib. 2), hoc alii philosophi, hoc excellentes reipublicae populorumque rectores. Quomodo ergo dea Fortuna aliquando bona est, aliquando mala? An forte quando mala est, dea non est, sed in malignum daemonem repente convertitur? Quot sunt ergo deae istae? Profecto quotquot homines fortunati, hoc est bonae fortunae. Nam cum sint et alii plurimi simul, hoc est uno tempore, malae fortunae, numquid, si ipsa esset, simul et mala et bona; his aliud, iliis aliud? An illa quae dea est, semper bona est? Ipsa est ergo Felicitas: cur adhibentur duo nomina? Sed hoc ferendum est: solet enim et una res duobus nominibus appellari. Quid diversae aedes, diversae arae, diversa sacra? Est causa, inquiunt: quia felicitas illa est, quam boni habent praecedentibus meritis; fortuna vero quae dicitur bona, sine ullo examine meritorum fortuitu accidit hominibus et bonis et malis, unde etiam fortuna nominatur. Quomodo ergo bona est, quae sine ullo judicio venit et ad bonos et ad malos? Utquid autem colitur, quae ita caeca est, passim in quoslibet incurrens, ut suos cultores plerumque praetereat, et suis contemptoribus haereat? Aut si aliquid proficiunt cultores ejus, ut ab illa videantur et amentur, jam merita sequitur, non fortuitu venit. Ubi est ergo definitio illa fortunae? ubi est quod a fortuitis etiam nomen accepit? Nihil enim prodest eam colere, si fortuna est. Si autem suos cultores discernit, ut prosit, fortuna non est. An et ipsam, quo voluerit, Jupiter mittat? Colatur ergo ipse solus: non enim potest ei jubenti et eam quo voluerit mittenti Fortuna resistere. Aut certe istam mali colant, qui nolunt habere merita, quibus possit Dea Felicitas invitari.

Caput XIX.

De Fortuna muliebri.

¿Qué decir de que también Felicidad es diosa? Recibió templo, mereció ara, se le pagaron sacros congruos. Ella sola, pues, fuera cultivada: pues donde ella misma estuviera, ¿qué habría que no fuera bueno? Pero, ¿qué quiere decir que también Fortuna es pensada diosa y es cultivada? ¿Acaso una cosa es la felicidad y otra la fortuna? Porque la fortuna puede ser también mala: la felicidad en cambio, si fuera mala, no será felicidad. Ciertamente debemos estimar a todos los dioses de ambos sexos (si es que tienen sexo) como nada sino buenos. Esto dice Platón (La República, lib. 2), esto otros filósofos, esto los excelentes rectores de la república y de los pueblos. ¿Cómo pues la diosa Fortuna es a veces buena, a veces mala? ¿O acaso cuando es mala no es diosa, sino que de repente se convierte en un demonio maligno? ¿Cuántas son pues esas diosas? Por cierto, cuantas sean los hombres afortunados, esto es, de buena fortuna. Pues como haya también otros muchísimos a la vez, esto es, en un mismo tiempo, de mala fortuna, ¿acaso ella, si fuera la misma, sería a la vez mala y buena; para estos una cosa, para aquellos otra? ¿O es que la que es diosa es siempre buena? Ella misma es pues Felicidad: ¿por qué se emplean dos nombres? Pero esto es de llevar: pues suele una sola cosa ser llamada con dos nombres. ¿Por qué diversos templos, diversas aras, diversos sacros? Hay una causa, dicen: porque aquella felicidad es la que tienen los buenos por méritos precedentes; la fortuna en cambio, que se dice buena, sucede fortuitamente a los hombres tanto buenos como malos sin ningún examen de méritos, de donde también es nombrada fortuna. ¿Cómo pues es buena la que viene sin ningún juicio tanto a los buenos como a los malos? ¿Y para qué es cultivada la que es tan ciega, incurriendo por todas partes en cualesquiera, de modo que la mayoría de las veces pasa de largo de sus cultivadores y se adhiere a sus despreciadores? O si algo aprovechan sus cultivadores para que sean vistos y amados por ella, ya sigue a los méritos, no viene fortuitamente. ¿Dónde está pues aquella definición de la fortuna? ¿Dónde está que de lo fortuito recibió también el nombre? Pues nada aprovecha cultivarla si es fortuna. Si en cambio discierne a sus cultivadores para aprovecharles, no es fortuna. ¿O también a ella la envía Júpiter a donde quisiere? Sea cultivado pues él solo: pues no puede la Fortuna resistir a él cuando manda y la envía a donde quisiere. O ciertamente cultiven a esta los malos, que no quieren tener méritos por los cuales pueda ser invitada la diosa Felicidad.

Capítulo XIX.

De la Fortuna mujeril.

Tantum sane huic, velut numini tribuunt, quam Fortunam vocant, ut simulacrum ejus, quod a matronis dedicatum est (et appellata est Fortuna muliebris [Liv. l. 2]), etiam locutum esse memoriae commendaverint (Plutarch. in Coriolano et lib. de Fortuna Romam.), atque dixisse non semel, sed iterum, quod eam rite matronae dedicaverint. Quod quidem si verum sit, mirari nos non oportet. Non enim malignis daemonibus etiam sic difficile est fallere, quorum artes atque versutias hinc potius isti advertere debuerunt, quod illa dea locuta est, quae fortuitu accidit, non quae meritis venit. Fuit enim Fortuna loquax, et muta Felicitas; utquid aliud, nisi ut homines recte vivere non curarent, conciliata sibi Fortuna, quae illos sine ullis bonis meritis faceret fortunatos? Et certe si Fortuna loquitur, non saltem muliebris, sed virilis potius loqueretur, ut non ipsae, quae simulacrum dedicaverunt, putarentur tantum miraculum muliebri loquacitate finxisse.

Caput XX.

De Virtute et Fide, quas Romani inter deos coluerunt, nec eas in Joviana parte posuerunt.

Virtutem quoque deam fecerunt; quae quidem si dea esset, multis praeferretur. Et nunc quia dea non est, sed donum Dei est, ab ipso impetretur, a quo solo dari potest, et omnis deorum turba evanescet. Sed cur et Fides dea credita est, et accepit etiam ipsa templum et aram? Quam quisquis prudenter agnoscit, semetipsum ei templum facit. Quomodo autem sciunt quid sit fides, cujus primum et maximum officium est, ut in verum Deum credatur? Sed cur virtuti non suffecit fides? siquidem virtus ab eis quatuor partibus definitur: prudentia, justitia, fortitudine, temperantia. Quoniam vero et istae singulae suas habent deas, cur fides adeo virtuti adjuncta est, ut in illis quatuor nullum locum haberet, nec earum alicui jungeretur? quae fides est, nisi quam nos in eodem regesto reperimus, cum justitia ex fide vivere dicitur? Miror autem quod isti, qui tantae deorum turbae dediti fuerunt, virtutem et fidem deas esse voluerunt, quarum in animo esse sedem non dubitaverunt; cum tamen aede careat animus ipse, in quo sedere possint.

Caput XXI.

Quod his qui non intelligunt unum Deum, sufficere debuerit Felicitas.

Tanto por cierto atribuyen a este como numen, a quien llaman Fortuna, que incluso encomendaron a la memoria que su simulacro, que fue dedicado por las matronas (y fue llamada Fortuna mujeril [Liv. l. 2]), también habló (Plutarco en Coriolano y en el lib. de la Fortuna de los Romanos), y dijo no una vez, sino otra vez, que las matronas la dedicaron ritualmente. Lo cual ciertamente, si fuera verdad, no debe admirarnos. Pues no es difícil incluso así para los demonios malignos engañar, cuyas artes y versucias de aquí más bien debieron advertir estos, de que habló aquella diosa que sucede fortuitamente, no la que viene por los méritos. Fue pues la Fortuna locuaz, y muda la Felicidad; ¿para qué otra cosa, sino para que los hombres no cuidaran de vivir rectamente, conciliada para sí la Fortuna, que los hiciera afortunados sin ningún buen mérito? Y ciertamente si la Fortuna habla, no al menos la mujeril, sino la viril más bien hablaría, para que no ellas mismas, que dedicaron el simulacro, fueran pensadas haber fingido tan gran milagro por la locuacidad mujeril.

Capítulo XX.

De la Virtud y la Fe, que los romanos cultivaron entre los dioses, ni las pusieron en la parte joviana.

También a la Virtud hicieron diosa; la cual ciertamente si fuera diosa, sería antepuesta a muchos. Y ahora, porque no es diosa, sino que es don de Dios, sea impetrada de aquel por quien solo puede ser dada, y toda la turba de los dioses evanescerá. Pero ¿por qué también la Fe fue creída diosa, y recibió ella misma también templo y ara? A quien cualquiera que prudentemente reconoce, se hace a sí mismo templo para ella. ¿Cómo además saben qué sea la fe, cuyo primero y máximo oficio es que se crea en el verdadero Dios? Pero ¿por qué no bastó la fe para la virtud? si es que la virtud es definida por ellos en cuatro partes: prudencia, justicia, fortaleza, templanza. Puesto que en verdad también estas singulares tienen sus propias diosas, ¿por qué la fe fue tan adjunta a la virtud que en aquellas cuatro no tuviera ningún lugar, ni se uniera a alguna de ellas? ¿qué fe es sino la que nosotros encontramos en el mismo registro, cuando se dice que la justicia vive de la fe? Me admiro además de que estos, que estuvieron entregados a tanta turba de dioses, quisieran que la virtud y la fe fueran diosas, cuya sede no dudaron que estaba en el ánimo; cuando sin embargo carezca de templo el ánimo mismo en que puedan sentarse.

Capítulo XXI.

Que para aquellos que no entienden al único Dios, debió bastar la Felicidad.

Cum vero et Felicitatem deam fecerint, aedemque illi et aram et sacra constituerint, si hanc solam colerent, omnino sufficeret. Quid enim colendum est ab eo qui vult esse felix, nisi Felicitas? Cur igitur ad illam quaerendam, qui colit Jovem, it ad Apollinem, it ad Mars, it ad singulos deos, qui sibi pro suis quique partibus adhibendos putaverunt? Et hinc jam omittenda est multitudo ista numinum, quae velut singulis rebus pro cujusque eorum officio deputata est. Nam si fieri potest, ut quoniam Deus est, cujus munus est felicitas, ipsam deam fecerint quam vocant Felicitatem, et eam colendo cetera munera ejus pariter habeant: cur non etiam ipsum regnum deam fecerunt, ut eam colendo per eam ceteri deae Victoriae, vel cuilibet alteri in ea causa numini non egerent? Sed si regnum munus est Jovis, cur non et ipsa felicitas munus ejus putatur? Si autem munus ejus putatur, quid opus erat deas illas pro donis ejus colere, cum ipse qui dat, et solus coleretur, et cuncta pariter daret? Cur enim non et regnum deam fecerunt, si Victoria dea est? Aut si ipsa Victoria non est dea, sed munus est Dei, cur non et ipsa felicitas munus ejus habeatur? Postremo, si et regnum munus est Jovis, et Victoria munus ejus est, et Felicitas munus ejus est: cur non ipse solus colatur, a quo haec omnia dantur? Quae si singillatim colenda sunt, cur non et regnum singillatim coleretur? Cur non et ipsa Iniquitas, quae ad dilatandum imperium causas praebet, singillatim coleretur? Quae si dea non est, quia malum est; cur non et ipsa Victoria munus Dei habeatur, sicut regnum munus ejus est? Certe si Victoria dea est, cur non et triumphus deus sit? Quid triumphus, nisi victoriae finis est? Si autem et ipse triumphus deus non est, sed munus est Dei, cur non et ipsa Victoria munus ejus habeatur? Nam si Victoria dea est, et sub illo rege est, quo missa fuerit, illi favebit: cur ergo non ipse solus colatur, a quo haec omnia dantur?

Caput XXII.

De scientia colendorum deorum, quam a se Varro gloriatur collatam esse Romanis.

Quid ergo est, quod pro ingenti beneficio Varro jactat praestare se civibus suis, quia non solum commemorat deos, quos coli oporteat a Romanis, verum etiam dicit quid ad quemque pertineat? Quoniam nihil prodest, inquit, hominis alicujus medici nomen formamque nosse, et quod sit medicus ignorare: ita dicit nihil prodesse scire, deum esse Aesculapium, si nescias eum valetudini opitulari, atque ita ignores cur ei debeas supplicare.

Mas cuando también hicieron diosa a la Felicidad, y le constituyeron templo y ara y sacros, si a esta sola cultivaran, del todo bastaría. ¿Qué pues debe ser cultivado por quien quiere ser feliz, sino la Felicidad? ¿Por qué pues para buscarla, quien cultiva a Júpiter, va a Apolo, va a Marte, va a los dioses singulares, que cada uno para sus partes juzgaron que debían ser adhibidos? Y de aquí ya debe omitirse esa multitud de númenes que como a cosas singulares fue diputada para el oficio de cada una de ellas. Pues si puede hacerse que, puesto que es Dios aquel cuyo munus es la felicidad, hayan hecho diosa a ella misma que llaman Felicidad, y cultivándola tengan paritariamente sus otros dones: ¿por qué no hicieron también diosa al reino, para que cultivándola no carecieran de la otra diosa Victoria, o de cualquier otro numen en esa causa? Pero si el reino es munus de Júpiter, ¿por qué no también la misma felicidad es pensada munus suyo? Si en cambio es pensada munus suyo, ¿qué necesidad había de cultivar a aquellas diosas por sus dones, cuando él mismo que da fuera solo cultivado, y diera todas las cosas paritariamente? ¿Por qué pues no hicieron también diosa al reino, si Victoria es diosa? O si la misma Victoria no es diosa, sino que es munus de Dios, ¿por qué no también la misma felicidad sea tenida como munus suyo? Finalmente, si tanto el reino es munus de Júpiter, como la Victoria es munus suyo, y la Felicidad es munus suyo: ¿por qué no sea cultivado él solo, por quien todas estas cosas son dadas? Las cuales si deben ser cultivadas singladamente, ¿por qué no también el reino sería cultivado singladamente? ¿Por qué no también la misma Iniquidad, que para dilatar el imperio ofrece causas, fuera cultivada singladamente? La cual si no es diosa, porque es un mal; ¿por qué no también la misma Victoria sea tenida como munus de Dios, así como el reino es munus suyo? Ciertamente si Victoria es diosa, ¿por qué no también el triunfo sea dios? ¿Qué es el triunfo sino el fin de la victoria? Si en cambio también el mismo triunfo no es dios, sino que es munus de Dios, ¿por qué no también la misma Victoria sea tenida como munus suyo? Pues si Victoria es diosa, y está bajo aquel rey, a donde fuera enviada, a aquel favorecerá: ¿por qué pues no sea cultivado él solo, por quien todas estas cosas son dadas?

Capítulo XXII.

De la ciencia de cultivar a los dioses, que Varro se jacta de haber conferido a los romanos.

¿Qué es, pues, lo que Varro se jacta de prestar a sus ciudadanos como un gran beneficio, porque no sólo conmemora a los dioses que conviene que sean cultivados por los romanos, sino que también dice qué pertenece a cada uno? "Puesto que nada aprovecha", dice, "conocer el nombre y la forma de algún médico, e ignorar que es médico: así dice que nada aprovecha saber que Esculapio es dios, si ignoras que él auxilia a la salud, y así ignoras por qué debes suplicarle".

Hoc etiam alia similitudine affirmat, dicens, non modo bene vivere, sed vivere omnino neminem posse, si ignoret quisnam sit faber, quis pistor, quis tector, a quo quid utensile petere possit: quem adjutorem assumere, quem ducem, quem doctorem: eo modo nulli dubium esse asserens, ita esse utilem cognitionem deorum, si sciatur quam quisque deus vim et facultatem ac potestatem cujusque rei habeat. Ex eo enim poterimus, inquit, scire quem cujusque causa deum advocare atque invocare debeamus: ne faciamus, ut mimi solent, et optemus a Libero aquam, a Lymphis vinum. Magna sane utilitas. Quis non huic gratias ageret, si vera monstraret; et si unum verum Deum, a quo essent omnia bona, hominibus colendum doceret?

Caput XXIII.

De Felicitate, quam Romani, multorum veneratores deorum, diu non coluerunt honore divino, cum pro omnibus sola sufficeret.

1. Sed unde nunc agitur, si libri et sacra eorum vera sunt, et Felicitas dea est, cur non ipsa una quae coleretur constituta est, quae posset universa conferre, et compendio facere felicem? Quis enim optat aliquid propter aliud quam ut felix fiat? Cur denique tam sero huic tantae deae post tot Romanos principes Lucullus aedem constituit? Cur ipse Romulus felicem cupiens condere civitatem, non huic templum potissimum struxit? Nec propter aliquid diis caeteris supplicavit, quando nihil deesset, sic haec adesset. Nam et ipse nec prius rex, nec, ut putant, postea deus fieret, si hanc deam propitiam non haberet. Utquid ergo constituit Romanis deos, Janum, Jovem, Martem, Picum, Faunum, Tiberinum, Herculem, et si quos alios? utquid Titus Tatius addidit Saturnum, Opem, Solem, Lunam, Vulcanum, Lucem, et quoscumque alios addidit, inter quos etiam deam Cloacinam, Felicitate neglecta? utquid Numa tot deos et tot deas sine ista? an eam forte in tanta turba videre non potuit? Hostilius certe rex deos et ipse novos Pavorem atque Pallorem propitiandos non introduceret, si deam istam nosset aut colerer. Praesente quippe Felicitate omnis pavor et pallor, non propitiatus abscederet, sed pulsus aufugeret.

2. Deinde quid est hoc, quod jam Romanum imperium longe lateque crescebat, et adhuc nemo Felicitatem colebat? An ideo grandius imperium, quam felicius fuit? Nam quomodo ibi esset vera felicitas, ubi vera non erat pietas? Pietas enim est verax veri Dei cultus, non cultus falsorum tot deorum, quot daemoniorum. Sed et postea jam in deorum numerum Felicitate suscepta, magna bellorum civilium infelicitas subsecuta est.

Esto mismo afirma con otra similitud, diciendo que no sólo vivir bien, sino que absolutamente nadie puede vivir, si ignora quién sea el herrero, quién el panadero, quién el estucador, a quien pueda pedir cada utensilio: a quién tomar como ayudante, a quién como guía, a quién como maestro: de ese modo aseverando que a nadie es dudoso que así es útil el conocimiento de los dioses, si se sabe qué fuerza y facultad y potestad de cada cosa tenga cada dios. "Pues por eso podremos", dice, "saber a qué dios debamos convocar e invocar por causa de cada cosa: para que no hagamos como suelen los mimos, y pidamos agua a Líber, vino a las Linfas". Gran utilidad, por cierto. ¿Quién no daría gracias a este hombre, si mostrara cosas verdaderas; y si enseñara que el único Dios verdadero, de quien proceden todos los bienes, debe ser cultivado por los hombres?

Capítulo XXIII.

De la Felicidad, a quien los romanos, veneradores de muchos dioses, por mucho tiempo no cultivaron con honor divino, cuando ella sola bastaba para todos.

1. Pero de donde ahora se trata, si sus libros y cosas sagradas son verdaderas, y la Felicidad es diosa, ¿por qué no fue ella sola constituida para ser cultivada, que pudiera conferir todas las cosas, y por un atajo hacer feliz? ¿Pues quién desea algo por causa de otra cosa sino para que se haga feliz? ¿Por qué, en fin, tan tarde a esta tan gran diosa, después de tantos príncipes romanos, Lúculo le constituyó un templo? ¿Por qué el mismo Rómulo, deseando fundar una ciudad feliz, no le construyó un templo principalmente a ella? Ni por causa de algo hubiera suplicado a los demás dioses, cuando nada faltaría si ella estuviera presente. Pues ni él mismo se haría primero rey, ni, como piensan, después dios, si no tuviera propicia a esta diosa. ¿Para qué, pues, constituyó para los romanos a los dioses Jano, Júpiter, Marte, Pico, Fauno, Tiberino, Hércules, y si hay algunos otros? ¿Para qué Tito Tacio añadió a Saturno, Ops, el Sol, la Luna, Vulcano, la Luz, y a cualesquiera otros que añadió, entre los cuales también a la diosa Cloacina, descuidada la Felicidad? ¿Para qué Numa tantos dioses y tantas diosas sin ella? ¿O acaso no pudo verla en tan gran turba? Hostilio ciertamente, el rey, no introduciría él mismo nuevos dioses, el Pavor y la Palidez, para ser propiciados, si conociera o cultivara a esta diosa. Pues estando presente la Felicidad, todo pavor y palidez, no propiciado se iría, sino que expelido huiría.

2. Después, ¿qué es esto de que ya el imperio romano crecía a lo largo y a lo ancho, y todavía nadie cultivaba a la Felicidad? ¿Acaso por eso el imperio fue más grande que feliz? Pues ¿cómo habría allí verdadera felicidad, donde no había verdadera piedad? Pues la piedad es el veraz culto del Dios verdadero, no el culto de tantos falsos dioses cuantos son los demonios. Pero también después, recibida ya la Felicidad en el número de los dioses, sobrevino la gran infelicidad de las guerras civiles.

An forte juste est indignata Felicitas, quod et tam sero, et non ad honorem, sed ad contumeliam potius invitata est, ut cum ea coleretur Priapus, et Cloacina, et Pavor, et Pallor, et Febris, et caetera non numina colendorum, sed crimina colentium?

3. Ad extremum, si cum turba indignissima tanta dea colenda visa est, cur non vel illustrius caeteris colebatur? Quis enim ferat, quod neque inter deos Consentes quos dicunt in consilium Jovis adhiberi, nec inter deos quos Selectos vocant, Felicitas constituta est? Templum aliquod ei fieret, quod et loci sublimitate et operis dignitate praeemineret. Cur enim non aliquid melius, quam ipsi Jovi? Nam quae etiam Jovi regnum nisi Felicitas dedit? si tamen cum regnaret, felix fuit. Et potior est felicitas regno. Nemo enim dubitat, facile inveniri hominem qui timeat se fieri regem: nullus autem invenitur qui se nolit esse felicem. Ipsi ergo dii, si per auguria vel quolibet modo eos poss consuli putant, de hac re consulerentur, utrum vellent Felicitati loco cedere: si forte aliorum aedibus vel altaribus jam fuisset locus occupatus, ubi aedes major atque sublimior Felicitati construeretur, etiam ipse Jupiter cederet, ut ipsum verticem collis Capitolini Felicitas potius obtineret. Non enim quispiam resisteret Felicitati, nisi, quod fieri non potest, qui esse vellet infelix. Nullo modo omnino si consuleretur, faceret Jupiter, quod ei fecerunt tres dii, Mars, Terminus, et Juventas, qui majori et regi suo nullo modo cedere loco voluerunt. Nam sicut habent eorum litterae, cum rex Tarquinius Capitolium fabricare vellet, eumque locum qui ei dignior aptiorque videbatur, ab diis aliis cerneret praeoccupatum, non audens aliquid contra eorum facere arbitrium et credens eos tanto numini suoque principi voluntate cessuros; quia multi erant illic ubi Capitolium constitutum est, per augurium quaesivit, utrum concedere locum vellent Jovi: atque ipsi inde cedere omnes voluerunt, praeter illos quos commemoravi, Martem, Terminum, Juventatem: atque ideo Capitolium ita constructum est, ut etiam isti tres intus essent tam obscuris signis, ut hoc vix homines doctissimi scirent. Nullo modo igitur Felicitatem Jupiter ipse contemneret, sicut a Termino, Marte, Juventate contemptus est. Sed ipsi etiam qui non cesserant Jovi, profecto cederent Felicitati, quae illis regem fecerat Jovem. Aut si non cederent, non id contemptu ejus facerent, sed quod in domo Felicitatis obscuri esse mallent, quam sine illa in locis propriis eminere.

¿O acaso justamente se indignó la Felicidad, porque fue invitada tanto tan tarde, como no para el honor, sino más bien para la contumelia, de modo que con ella fuera cultivado Príapo, y Cloacina, y el Pavor, y la Palidez, y la Fiebre, y las demás cosas no númenes de quienes deben ser cultivados, sino crímenes de quienes los cultivan?

3. Al final, si con turba tan indignísima pareció que debía ser cultivada tan gran diosa, ¿por qué no al menos era cultivada más ilustremente que los demás? ¿Pues quién soportará que ni entre los dioses Consentes, que dicen que son adhibidos al consejo de Júpiter, ni entre los dioses que llaman Selectos, fue constituida la Felicidad? Algún templo se le hiciera, que preeminiera tanto por la sublimidad del lugar como por la dignidad de la obra. ¿Pues por qué no algo mejor que para el mismo Júpiter? ¿Pues qué dio también el reino a Júpiter sino la Felicidad? si es que, cuando reinaba, fue feliz. Y más potente es la felicidad que el reino. Pues nadie duda que fácilmente se encuentra un hombre que tema hacerse rey: pero ninguno se encuentra que no quiera ser feliz. Los mismos dioses, pues, si piensan que pueden ser consultados por los augurios o de cualquier modo, fueran consultados sobre este asunto, si querían ceder el lugar a la Felicidad: si por acaso el lugar ya hubiera sido ocupado por los templos o aras de otros, donde se construyera un templo mayor y más sublime para la Felicidad, aun el mismo Júpiter cedería, para que la Felicidad más bien obtuviera el mismo vértice de la colina Capitolina. Pues nadie en absoluto resistiría a la Felicidad, sino, lo que no puede ser, quien quisiera ser infeliz. De ningún modo en absoluto, si fuera consultado, haría Júpiter lo que le hicieron tres dioses, Marte, Término y Juventas, que de ningún modo quisieron ceder el lugar a su mayor y rey. Pues como tienen sus letras, cuando el rey Tarquinio quería fabricar el Capitolio, y divisara que aquel lugar que le parecía más digno y apto estaba preocupado por otros dioses, no atreviéndose a hacer algo contra el arbitrio de ellos y creyendo que cederían de su voluntad a tan gran numen y a su príncipe; porque eran muchos allí donde el Capitolio fue constituido, buscó por el augurio si querían conceder el lugar a Júpiter: y todos quisieron ceder de allí, excepto aquellos que conmemoré, Marte, Término, Juventas: y por eso el Capitolio fue así construido, que también estos tres estuvieran dentro con signos tan oscuros, que esto apenas lo supieran los hombres doctísimos. De ningún modo, por tanto, el mismo Júpiter despreciaría a la Felicidad, como fue despreciado por Término, Marte y Juventas. Pero ellos mismos también que no habían cedido a Júpiter, de seguro cederían a la Felicidad, que les había hecho rey a Júpiter. O si no cedieran, no por desprecio de ella lo harían, sino porque en la casa de la Felicidad preferirían ser oscuros que sin ella sobresalir en sus lugares propios.

4. Ita dea Felicitate in loco amplissimo et celsissimo constituta, discerent cives unde omnis boni voti petendum esset auxilium. Ac sic ipsa suadente natura, aliorum deorum superflua multitudine derelicta, coleretur una Felicitas, uni supplicaretur, unius templum frequentaretur a civibus qui felices esse vellent, quorum esset nemo qui nollet: atque ita ipsa a se ipsa peteretur, quae ab omnibus petebatur. Quis enim aliquid ab aliquo deo, nisi felicitatem, velit accipere, vel quod ad felicitatem existimat pertinere? Proinde si felicitas habet in potestate cum quo homine sit (habet autem, si dea est), quae tandem stultitia est, ab aliquo eam deo petere, quam possis a se ipsa impetrare? Hanc ergo deam super deos caeteros honorare etiam loci dignitate debuerunt. Sicut enim apud ipsos legitur, Romani veteres nescio quem Summanum, cui nocturna fulmina tribuebant, coluerunt magis quam Jovem, ad quem diurna fulmina pertinerent. Sed postquam Jovi templum insigne ac sublime constructum est, propter aedis dignitatem sic ad eum multitudo confluxit, ut vix inveniatur qui Summani nomen, quod audire jam non potest, se saltem legisse meminerit. Si autem felicitas dea non est, quoniam, quod verum est, munus est Dei; ille Deus quaeratur, qui eam dare possit, et deorum falsorum multitudo noxia relinquatur, quam stultorum hominum multitudo vana sectatur, dona Dei deos sibi faciens, et ipsum, cujus ea dona sunt, obstinatione superbae voluntatis offendens. Sic enim carere non potest infelicitate, qui tanquam deam felicitatem colit, et Deum datorem felicitatis relinquit: sicut carere non potest fame, qui panem pictum lingit, et ab homine qui verum habet, non petit.

Caput XXIV.

Qua ratione defendant Pagani, quod inter deos colant ipsa dona divina.

Libet autem eorum considerare rationes. Usque adeone, inquiunt, majores nostros insipientes fuisse credendum est, ut haec nescirent munera divina esse, non deos? Sed quoniam sciebant nemini talia nisi aliquo deo largiente concedi, quorum deorum nomina non inveniebant, earum rerum nominibus appellabant deos, quas ab eis sentiebant dari, aliqua vocabula inde flectentes, sicut a bello Bellonam nuncupaverunt, non bellum; sicut a cunis Cuninam, non cuna; sicut a segetibus Segetiam, non segetem; sicut a pomis Pomonam, non pomum; sicut a bubus Bubonam, non bovem;

4. Así, constituida la diosa Felicidad en un lugar amplísimo y altísimo, aprenderían los ciudadanos de dónde debía ser pedido el auxilio de todo buen voto. Y así, persuadiendo la misma naturaleza, abandonada la superflua multitud de los otros dioses, se cultivaría una sola Felicidad, a una sola se suplicaría, el templo de una sola sería frecuentado por los ciudadanos que quisieran ser felices, de los cuales no habría ninguno que no lo quisiera: y así ella misma sería pedida a sí misma, la cual era pedida por todos. ¿Pues quién querría recibir algo de algún dios, sino la felicidad, o lo que juzga que pertenece a la felicidad? Por tanto, si la felicidad tiene en su potestad con qué hombre esté (y la tiene, si es diosa), ¿qué estulticia es, en fin, pedirla a algún dios, cuando puedes impetrarla de ella misma? A esta diosa, pues, debieron honrar sobre los demás dioses incluso por la dignidad del lugar. Pues así como se lee entre ellos mismos, los antiguos romanos cultivaron a no sé qué Sumano, a quien atribuían los rayos nocturnos, más que a Júpiter, a quien pertenecían los rayos diurnos. Pero después que a Júpiter le fue construido un templo insigne y sublime, por la dignidad de la casa, de tal modo fluyó a él la multitud, que apenas se encuentra quien el nombre de Sumano, que ya no puede oír, al menos recuerde haberlo leído. Pero si la felicidad no es diosa, puesto que, lo que es verdad, es munus de Dios; búsquese aquel Dios que pueda darla, y abandónese la nociva multitud de los falsos dioses, a la cual sigue la vana multitud de los hombres estultos, haciendo dioses para sí los dones de Dios, y ofendiendo a él mismo, de quien son esos dones, por la obstinación de una soberbia voluntad. Pues así no puede carecer de infelicidad quien como a diosa cultiva a la felicidad, y deja a Dios dador de la felicidad: como no puede carecer de hambre quien lame el pan pintado, y no pide al hombre que tiene el verdadero.

Capítulo XXIV.

Por qué razón defienden los paganos que entre los dioses cultivan los mismos dones divinos.

Pero place considerar sus razones. ¿Hasta tal punto, dicen, ha de creerse que nuestros mayores fueron tan insipientes que no supieran que estos eran dones divinos, no dioses? Pero puesto que sabían que tales cosas no eran concedidas a nadie sino por algún dios que las largueaba, de cuyos dioses no encontraban los nombres, llamaban a los dioses con los nombres de aquellas cosas que sentían que eran dadas por ellos, flectando de allí algunos vocablos, así como de la guerra (*bellum*) denominaron a Belona, no a la guerra; así como de las cunas (*cunae*) a Cunina, no a la cuna; así como de las mieses (*segetes*) a Segetia, no a la mies; así como de los pomos (*poma*) a Pomona, no al pomo; así como de los bueyes (*boves*) a Bubona, no al buey:

aut certe nulla vocabuli declinatione, sicut res ipsae nominantur, ut Pecunia dicta est dea, quae dat pecuniam, non omnino pecunia dea ipsa putata est: ita Virtus, quae dat virtutem; Honor, qui honorem; Concordia, quae concordiam; Victoria, quae dat victoriam. Ita, inquiunt, cum Felicitas dea dicitur, non ipsa quae datur, sed numen illud attenditur a quo felicitas datur.

Caput XXV.

De uno tantum colendo Deo, qui, licet nomine ignoretur, tamen felicitatis dator esse sentitur.

Ista nobis reddita ratione, multo facilius eis, quorum cor non nimis obduruit, persuadebimus fortasse quod volumus. Si enim jam humana infirmitas sensit, nonnisi ab aliquo Deo dari posse felicitatem; et hoc senserunt homines qui tam multos colebant deos, in quibus et ipsum eorum regem Jovem; quia ejus nomen, a quo daretur felicitas, ignorabant, ideo ipsius rei nomine, quam credebant ab illo dari, eum appellare voluerunt: satis ergo judicarunt, nec ab ipso Jove dari posse felicitatem, quem jam colebant; sed utique ab illo quem nomine ipsius felicitatis colendum esse censebant. Confirmo prorsus a quodam Deo, quem nesciebant, eos credidisse dari felicitatem: ipse ergo quaeratur, ipse colatur, et sufficit. Repudietur strepitus innumerabilium daemoniorum: illi non sufficiat hic Deus, cui non sufficit munus ejus. Illi, inquam, non sufficiat ad colendum Deus dator felicitatis, cui non sufficit ab accipiendum ipsa felicitas. Cui autem sufficit (non enim habet homo quid amplius optare debeat), serviat uni Deo datori felicitatis. Non est ipse quem nominant Jovem. Nam si eum datorem felicitatis agnoscerent, non utique alium, vel aliam, a qua daretur felicitas, nomine ipsius Felicitatis inquirerent; neque ipsum Jovem cum tantis injuriis colendum putarent. Iste alienarum dicitur adulter uxorum, iste pueri pulchri impudicus amator et raptor.

Caput XXVI.

De ludis scenicis, quos sibi dii celebrari a suis cultoribus exegerunt.

o ciertamente con ninguna declinación del vocablo, tal como las cosas mismas son nombradas, como Pecunia es llamada diosa, la cual da la pecunia, no en absoluto la pecunia misma fue pensada diosa: así la Virtud (*Virtus*), que da la virtud; el Honor, que da el honor; la Concordia (*Concordia*), que da la concordia; la Victoria (*Victoria*), que da la victoria. Así, dicen, cuando la Felicidad es llamada diosa, no se atiende a ella misma que es dada, sino a aquel numen por quien la felicidad es dada.

Capítulo XXV.

De un solo Dios que debe ser cultivado, el cual, aunque sea ignorado por el nombre, sin embargo se siente que es el dador de la felicidad.

Dada a nosotros esta razón, mucho más fácilmente persuadiremos tal vez lo que queremos a aquellos cuyo corazón no se ha endurecido demasiado. Pues si ya la humana enfermedad sintió que la felicidad no puede ser dada sino por algún Dios; y esto lo sintieron hombres que cultivaban tantos dioses, entre los cuales incluso a su mismo rey Júpiter; porque ignoraban el nombre de aquel por quien se diera la felicidad, por eso quisieron llamarle con el nombre de la misma cosa que creían que era dada por él: juzgaron pues suficientemente que ni por el mismo Júpiter podía ser dada la felicidad, a quien ya cultivaban; sino ciertamente por aquel que juzgaban que debía ser cultivado con el nombre de la misma felicidad. Confirmo del todo que ellos creyeron que la felicidad era dada por cierto Dios que no conocían: búsquese pues él mismo, cultívese él mismo, y basta. Repúdiese el estrépito de innumerables demonios: no le baste este Dios a aquel a quien no le basta su don. A aquel, digo, no le baste para cultivar Dios dador de la felicidad, a quien no le basta para recibir la misma felicidad. A quien en cambio le basta (pues no tiene el hombre qué más deba desear), sirva al único Dios dador de la felicidad. No es él mismo a quien nombran Júpiter. Pues si le reconocieran como dador de la felicidad, no por cierto inquirirían a otro, o a otra, por quien fuera dada la felicidad, con el nombre de la misma Felicidad; ni pensarían que el mismo Júpiter debía ser cultivado con tantas injurias. Éste es dicho adúltero de esposas ajenas, éste impúdico amador y raptor de un niño hermoso.

Capítulo XXVI.

De los juegos escénicos, que los dioses exigieron que se les celebraran por sus cultivadores.

Sed fingebat haec Homerus, ait Tullius, et humana ad deos transferebat: divina mallem ad nos. Merito displicuit viro gravi divinorum criminum poeta confictor. Cur ergo ludi scenici, ubi haec dictitantur, cantitantur, actitantur, deorum honoribus exhibentur, inter res divinas a doctissimis conscribuntur? Hic exclamet Cicero, non contra figmenta poetarum, sed contra instituta majorum. Annon exclamarent et illi, Quid nos fecimus? Ipsi dii ista suis honoribus exhibenda flagitaverunt, atrociter imperarunt, cladem nisi fieret praenuntiarunt; quia neglectum est aliquid, severissime vindicarunt; quia id quod neglectum fuerat factum est, placatos se esse monstrarunt. Inter eorum commemoratur virtutes et miranda facta quod dicam. Tito Latinio, rustico Romano patrifamilias, dictum est in somnis, in senatum nuntiaret, ut ludi Romani instaurarentur, quod primo eorum die in quodam scelerato, qui populo spectante ad supplicium duci jussus est, numinibus videlicet ex ludis hilaritatem quaerentibus, triste displicuisset imperium. Cum ergo ille, qui somnio commonitus erat, postero die jussa facere non ausus esset, secunda nocte hoc idem rursus severius imperatum est: amisit filium, quia non fecit. Tertia nocte dictum est homini, quod major ei poena, si non faceret, immineret. Cum etiam sic non auderet, in morbum incidit acrem et horribilem. Tum vero ex amicorum sententia ad magistratus rem detulit, atque in lectica allatus est in senatum: expositoque somnio, recepta continuo valetudine, pedibus suis sanus abscessit. Tanto stupefactus miraculo senatus quadruplicata pecunia ludos censuit instaurari. Quis non videat, qui sanum sapit, subditos homines malignis daemonibus, a quorum dominatione non liberat nisi gratia Dei per Jesum Christum Dominum nostrum, vi compulsos esse exhibere talibus diis, quae recto consilio poterant turpia judicari? In illis certe ludis poetica numinum crimina frequentantur, qui ludi cogentibus numinibus jussu senatus instaurabantur. In illis ludis corruptorem pudicitiae Jovem turpissimi histriones cantabant, agebant, placebant. Si illud fingebatur, ille irasceretur: si autem suis criminibus etiam fictis delectabatur, quando coleretur, nis idiabolo serviretur? Itane iste Romanum conderet, dilataret, conservaret imperium, quovis Romano, cui displicebant talia, homine abjectior? iste daret felicitatem, qui tam infeliciter colebatur; et nisi ita coleretur, infelicius irascebatur?

Caput XXVII.

De tribus generibus deorum, de quibus Scaevola pontifex disputavit.

Pero fingía estas cosas Homero, dice Tulio, y transfería lo humano a los dioses: yo hubiera preferido lo divino a nosotros. Con mérito desplugo a un varón grave el poeta fictor de crímenes divinos. ¿Por qué pues los juegos escénicos, donde estas cosas se dicen, se cantan, se actúan frecuentemente, se exhiben en honor de los dioses, y son escritos entre las cosas divinas por los más doctos? Aquí exclame Cicerón, no contra los fingimientos de los poetas, sino contra los institutos de los mayores. ¿Acaso no exclamarían también ellos: "¿Qué hemos hecho nosotros?"? Los mismos dioses exigieron que estas cosas fueran exhibidas en su honor, las mandaron atrozmente, prenunciaron la calamidad si no se hacía; porque se descuidó algo, lo vindicaron severísimamente; porque se hizo aquello que había sido descuidado, mostraron que estaban aplacados. Entre sus virtudes y hechos admirables se conmemora lo que diré. A Tito Latinio, rústico romano padre de familia, se le dijo en sueños que anunciara al senado que se instauraran los juegos romanos, porque en su primer día, en cierto criminal que fue mandado llevar al suplicio a vista del pueblo, un triste imperio había desplugo a los númenes que buscaban hilaridad de los juegos. Como pues él, que había sido amonestado por el sueño, al día siguiente no se hubiera atrevido a cumplir lo mandado, la segunda noche esto mismo otra vez fue mandado más severamente: perdió a su hijo porque no lo hizo. La tercera noche se le dijo al hombre que una pena mayor le amenazaría si no lo hacía. Como ni aun así se atreviera, incidió en una enfermedad aguda y horrible. Entonces verdaderamente, por parecer de sus amigos, llevó el asunto a los magistrados, y fue llevado en litera al senado: y expuesto el sueño, recobrada de continuo la salud, se retiró sano por su propio pie. Estupefacto el senado por tan gran milagro, censó que los juegos fueran instaurados con el dinero cuadruplicado. ¿Quién no ve, quien tiene sano juicio, que hombres súbditos de malignos demonios, de cuya dominación no libera sino la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, fueron compelidos por la fuerza a exhibir a tales dioses cosas que por recto consejo podían ser juzgadas torpes? En aquellos juegos ciertamente se frecuentan los crímenes poéticos de los númenes, juegos que, por compulsión de los númenes, se instauraban por mando del senado. En aquellos juegos los más torpes histriones cantaban, actuaban, placían con Júpiter corruptor de la pudicicia. Si aquello se fingía, él se irritaría; pero si se deleitaba con sus crímenes aun fingidos, ¿cuándo sería cultivado sino sirviendo al diablo? ¿Acaso él así fundaría, dilataría, conservaría el imperio romano, siendo más abyecto que cualquier hombre romano a quien desplacían tales cosas? ¿Acaso él daría la felicidad, que tan infelizmente era cultivado; y si no era así cultivado, más infelizmente se irritaba?

Capítulo XXVII.

De los tres géneros de dioses, de los cuales disputó el pontífice Escévola.

Relatum est in litteras, doctissimum pontificem Scaevolam disputasse tria genera tradita deorum: unum a poetis, alterum a philosophis, tertium a principibus civitatis. Primum genus nugatorium dicit esse, quod multa de diis fingantur indigna; secundum non congruere civitatibus, quod habeat aliqua supervacua, aliqua etiam quae obsit populis nosse. De supervacuis non magna causa est: solet enim et a jurisperitis dici, Superflua non nocent. Quae sunt autem illa quae prolata in multitudinem nocent? Haec, inquit, non esse deos Herculem, Aesculapium, Castorem, Pollucem: proditur enim a doctis, quod homines fuerint, et humana conditione defecerint. Quid aliud? Quod eorum qui sint dii non habeant civitates vera simulacra; quod verus Deus nec sexum habeat, nec aetatem, nec definita corporis membra. Haec pontifex nosse populos non vult: nam falsa esse non putat. Expedire igitur existimat, falli in religione civitates. Quod dicere etiam in libris Rerum divinarum ipse Varro non dubitat. Praeclara religio, quo confugiat liberandus infirmus, et cum veritatem qua liberetur inquirat, credatur ei expedire quod fallitur. Poeticum sane deorum genus cur Scaevola respuat, eisdem litteris non tacetur: quia sic videlicet deos deformant, ut nec bonis hominibus comparentur, cum alium faciunt furari, alium adulterare; sic item aliquid aliter, turpiter, atque inepte dicere ac facere; tres inter se deas certasse de praemio pulchritudinis, victas duas a Venere Trojam evertisse; Jovem ipsum converti in bovem aut cycnum, ut cum aliqua concumbat; deam homini nubere, Saturnum liberos devorare: nihil denique posse confingi miraculorum atque vitiorum, quod non ibi reperiatur, atque ab deorum natura longe absit. O Scaevola pontifex maxime, ludos tolle, si potes: praecipe populis, ne tales honores diis immortalibus deferant, ubi crimina deorum libeat mirari, et quae fieri possunt placeat imitari. Si autem tibi responderit populus, Vos nobis importastis ista, pontifices: deos ipsos roga, quibus instigantibus ista jussisitis, ne talia sibi jubeant exhiberi. Quae si mala sunt, et propterea nullo modo de deorum majestate credenda, major est deorum injuria, de quibus impune finguntur. Sed non te audiunt, daemones sunt, prava docent, turpibus gaudent: non solum non deputant injuriam, si de illis ista fingantur; sed eam potius injuriam ferre non possunt, si per eorum solemnia non agantur. Jam vero si adversus eos Jovem interpelles, maxime ob eam causam, quia ejus plura crimina ludis scenicis actitantur; nonne etiamsi Deum Jovem nuncupatis, a quo regitur totus atque administratur hic mundus, eo illi fit a vobis maxima injuria, quod eum cum istis colendum putatis, eorumque regem esse perhibetis?

Se ha relatado en las letras que el doctísimo pontífice Escévola disputó que se han transmitido tres géneros de dioses: uno por los poetas, otro por los filósofos, el tercero por los príncipes de la ciudad. El primer género dice que es nugatorio, porque se fingen muchas cosas de los dioses que son indignas; el segundo no congruye con las ciudades, porque tiene algunas cosas superfluas, y algunas que incluso obsta a los pueblos conocer. Sobre las superfluas no hay gran causa: pues suele decirse también por los jurisperitos: "Las cosas superfluas no dañan". ¿Cuáles son en cambio aquellas que, prolatadas a la multitud, dañan? "Éstas", dice, "que Hércules, Esculapio, Cástor, Pólux no son dioses: pues es traicionado por los doctos que fueron hombres, y que decayeron por la humana condición". ¿Qué más? "Que las ciudades de aquellos que son dioses no tienen verdaderos simulacros; que el Dios verdadero ni tiene sexo, ni edad, ni definidos miembros del cuerpo". Estas cosas el pontífice no quiere que los pueblos las conozcan: pues no piensa que sean falsas. Juzga pues que conviene que las ciudades sean engañadas en la religión. Lo cual el mismo Varro no duda decir incluso en sus libros de las Cosas divinas. ¡Preclara religión!, a la que se acoja el enfermo para ser liberado, y cuando inquiera la verdad por la cual sea liberado, se crea que le conviene ser engañado. Por qué ciertamente Escévola repudie el género poético de los dioses, no se calla en las mismas letras: porque a saber así deforman a los dioses, que ni con los hombres buenos son comparados, cuando hacen a uno hurtar, a otro adulterar; así también decir o hacer algo de otro modo, torpe e ineptamente; que tres diosas certaron entre sí por el premio de la hermosura, y las dos vencidas por Venus subvirtieron Troya; que el mismo Júpiter se convirtió en buey o cisne, para yacer con alguna; que una diosa se casó con un hombre, que Saturno devoró a sus hijos: en fin, que nada de milagros y de vicios puede fingirse que no se encuentre allí, y que diste mucho de la naturaleza de los dioses. Oh Escévola, pontífice máximo, quita los juegos si puedes: manda a los pueblos que no defieran tales honores a los dioses inmortales, donde pluga admirar los crímenes de los dioses, y plazca imitar las cosas que pueden hacerse. Pero si te respondiera el pueblo: "Vosotros nos importasteis esas cosas, pontífices": ruega a los mismos dioses, por instigación de los cuales mandasteis esas cosas, que no manden que se les exhiban tales cosas. Las cuales si son malas, y por eso de ningún modo deben creerse sobre la majestad de los dioses, mayor es la injuria de los dioses, sobre los cuales estas cosas se fingen impunemente. Pero no te oyen, son demonios, enseñan cosas pravas, se gozan en las torpes: no sólo no imputan como injuria si de ellos se fingen estas cosas; sino que más bien no pueden soportar esa injuria si no se actúan por sus solemnidades. Ya verdaderamente si contra ellos interpelaras a Júpiter, máxime por esa causa, porque más crímenes suyos se actúan frecuentemente en los juegos escénicos; ¿acaso aunque nombréis Dios a Júpiter, por quien es regido y administrado todo este mundo, no se le hace por vosotros la máxima injuria porque juzgáis que debe ser cultivado con éstos, y aseguráis que es su rey?

Caput XXVIII.

An ad obtinendum dilatandumque regnum profuerit Romanis cultus deorum.

Nullo igitur modo dii tales, qui talibus placantur, vel potius accusantur honoribus, ut majus sit crimen quod eis falsis oblectantur, quam si de illis vera dicerentur, Romanum imperium augere et conservare potuissent. Hoc enim si possent, Graecis potius donum tam grande conferrent, qui eos in hujuscemodi rebus divinis, hoc est ludis scenicis, honorabilius digniusque coluerunt, quando et a morsibus poetarum, quibus deos dilacerari videbant, se non subtraxerunt, dando eis licentiam male tractandi homines quos liberet, et ipsos scenicos non turpes judicaverunt, sed dignos etiam praeclaris honoribus habuerunt. Sicut autem potuerunt auream pecuniam habere Romani, quamvis deum Aurinum non colerent: sic et argenteam habere potuerunt, et aeream, si nec Argentinum, nec ejus patrem colerent Aesculanum: et sic omnia, quae retexere piget. Sic ergo et regnum invito quidem Deo vero nullo modo habere possent; diis vero istis falsis et multis ignoratis sive contemptis, atque illo uno cognito et fide sincera ac moribus culto, et melius hic regnum haberent, quantumcumque haberent, et post haec acciperent sempiternum, sive hic haberent, sive non haberent.

Caput XXIX.

De falsitate auspicii, quo Romani regni fortitudo et stabilitas visa est indicari.

Nam illud quale est quod pulcherrimum auspicium fuisse dixerunt, quod paulo ante commemoravi, Martem et Terminum et Juventatem nec Jovi regi deorum loco cedere voluisse? Sic enim, inquiunt, significatum est, Martiam gentem, id est Romanam, nemini locum quem teneret daturam; Romanos quoque terminos propter deum Terminum neminem commoturum; juventutem etiam Romanam propter deam Juventatem nemini esse cessuram. Videant ergo quomodo habeant istum regem deorum suorum et datorem regni sui, ut eum auspicia ista pro adversario ponerent, cui non cedere pulchrum esset. Quanquam haec si vera sunt, non habent omnino quid timeant. Non enim confessuri sunt quod dii cesserint Christo, qui Jovi cedere noluerunt. Salvis quippe imperii finibus Christo cedere potuerunt, et de sedibus locorum et maxime de corde credentium.

Capítulo XXVIII.

Si para obtener y dilatar el reino aprovechó a los romanos el culto de los dioses.

De ningún modo, por tanto, tales dioses, que con tales honores se aplacan, o más bien son acusados, de modo que sea mayor crimen que se deleiten con esos falsos honores que si se dijeran de ellos cosas verdaderas, hubieran podido aumentar y conservar el imperio romano. Pues si esto pudieran, más bien conferirían don tan grande a los griegos, que los cultivaron en esta suerte de cosas divinas, esto es, en juegos escénicos, más honorable y dignamente, cuando ni se sustrajeron de las mordeduras de los poetas, por las cuales veían que los dioses eran dilacerados, dándoles licencia de maltratar a los hombres que les placiera, y a los mismos escénicos no los juzgaron torpes, sino que incluso los tuvieron por dignos de preclaros honores. Pero así como pudieron tener moneda de oro los romanos, aunque no cultivaran al dios Aurino, así pudieron tenerla de plata y de bronce, si ni a Argentino ni a su padre Esculano cultivaran; y así todas las cosas que da pereza retejer. Así pues, de ningún modo podrían tener el reino invito ciertamente el Dios verdadero; pero con estos dioses falsos y muchos ignorados o despreciados, y conocido aquel solo y cultivado con fe sincera y con buenas costumbres, y mejor tendrían aquí el reino, cuanto quiera que tuvieran, y después de esto recibirían el sempiterno, ya lo tuvieran aquí, ya no lo tuvieran.

Capítulo XXIX.

De la falsedad del auspicio, por el cual pareció indicarse la fortaleza y estabilidad del reino romano.

¿Pues qué tal es aquello que dijeron que fue un hermosísimo auspicio, que poco antes conmemoré, de que Marte y Término y Juventas no quisieron ceder el lugar ni al rey de los dioses Júpiter? Pues así, dicen, se significó que la nación marciana, esto es, la romana, a nadie daría el lugar que tuviera; que nadie movería los términos romanos por causa del dios Término; que también la juventud romana por causa de la diosa Juventas a nadie cedería. Vean pues cómo tienen a ese rey de sus dioses y dador de su reino, que esos auspicios le pusieran por adversario, a quien no ceder fuera hermoso. Aunque si estas cosas son verdaderas, no tienen en absoluto qué temer. Pues no van a confesar que los dioses cedieron a Cristo, los que no quisieron ceder a Júpiter. Salvos por cierto los fines del imperio, pudieron ceder a Cristo, tanto de las sedes de los lugares como máxime del corazón de los creyentes.

Sed antequam Christus veniret in carne, antequam denique ista scriberentur, quae de libris eorum proferimus; sed tamen posteaquam factum est sub rege Tarquinio illud auspicium, aliquoties Romanus exercitus fusus est, hoc est versus in fugam, falsumque ostendit auspicium, quo Juventas illa non cesserat Jovi; et gens Martia, superantibus atque irrumpentibus Gallis, in ipsa Urbe contrita est; et termini imperii, deficientibus multis ad Annibalem civitatibus, in angustum fuerant coarctati. Ita evacuata est pulchritudo auspiciorum, remansit contra Jovem contumacia, non deorum, sed daemoniorum. Aliud est enim non cessisse; aliud unde cesseras redisse. Quanquam et postea in Orientalibus partibus Hadriani voluntate mutati sunt termini imperii Romani. Ille namque tres provincias nobiles, Armeniam, Mesopotamiam, Assyriam, Persarum concessit imperio: ut deus ille Terminus, qui Romanos terminos secundum istos tuebatur, et per illud pulcherrimum auspicium loco non cesserat Jovi, plus Hadrianum regem hominum, quam regem deorum timuisse videatur. Receptis quoque alio tempore provinciis memoratis, nostra pene memoria retrorsus Terminus cessit, quando Julianus, deorum illorum oraculis deditus, immoderato ausu naves jussit incendi, quibus alimonia portabatur: qua exercitus destitutus, mox etiam ipso hostili vulnere exstincto, in tantam est redactus inopiam, ut inde nullus evaderet, undique hostibus incursantibus militem imperatoris morte turbatum, nisi placito pacis illic imperii fines constituerentur, ubi hodieque persistunt; non quidem tanto detrimento, quantum concesserat Hadrianus, sed media tamen compositione defixi. Vano igitur augurio deus Terminus non cessit Jovi, qui cessit Hadriani voluntati, cessit etiam Juliani temeritati, et Joviani necessitati. Viderunt haec intelligentiores gravioresque Romani; sed contra consuetudinem civitatis, quae daemoniacis ritibus fuerat obligata, parum valebant: quia et ipsi etiamsi illa vana esse sentiebant, naturae tamen rerum sub unius veri Dei regimine atque imperio constitutae, religiosum cultum, qui Deo debetur, exhibendum putabant: servientes, ut ait Apostolus, creaturae potius quam Creatori, qui est benedictus in saecula (Rom. I, 25). Hujus Dei veri erat auxilium necessarium, a quo mitterentur sancti viri et veraciter pii, qui pro vera religione morerentur, ut falsae a viventibus tollerentur.

Caput XXXI.

De opinionibus Varronis, qui reprobata persuasione populari, licet ad notitiam veri Dei non pervenerit, unum tamen deum colendum esse censuerit.

Pero antes que Cristo viniera en carne, antes en fin que se escribieran estas cosas que proferimos de sus libros; pero sin embargo después que se hizo bajo el rey Tarquinio aquel auspicio, algunas veces el ejército romano fue deshecho, esto es, vuelto en fuga, y mostró falso el auspicio por el cual aquella Juventas no había cedido a Júpiter; y la nación marciana, superando e irrumpiendo los galos, fue contrita en la misma Ciudad; y los términos del imperio, desertando muchas ciudades a Aníbal, habían sido coartados a lo estrecho. Así fue evacuada la hermosura de los auspicios, permaneció contra Júpiter la contumacia, no de los dioses, sino de los demonios. Pues una cosa es no haber cedido; otra haber vuelto de donde habías cedido. Aunque también después en las partes orientales por voluntad de Adriano fueron mudados los términos del imperio romano. Aquel pues concedió tres provincias nobles, Armenia, Mesopotamia, Asiria, al imperio de los persas: de modo que aquel dios Término, que protegía los términos romanos según ellos, y por aquel hermosísimo auspicio no había cedido el lugar a Júpiter, parezca haber temido más al rey Adriano, hombre, que al rey de los dioses. Recuperadas también en otro tiempo las provincias memoradas, casi en nuestra memoria Término cedió hacia atrás, cuando Juliano, entregado a los oráculos de aquellos dioses, con inmoderada audacia mandó incendiar las naves con las que se portaba el alimento: con lo cual destituido el ejército, pronto incluso extinguido él mismo por herida hostil, fue reducido a tan gran penuria que nadie escapara de allí, por todas partes incursionando los enemigos al soldado turbado por la muerte del emperador, a no ser que por un pacto de paz se constituyeran los fines del imperio allí donde hoy persisten; no ciertamente con tanto detrimento cuanto había concedido Adriano, pero fijados sin embargo por una composición media. Por un vano augurio pues el dios Término no cedió a Júpiter, el cual cedió a la voluntad de Adriano, cedió también a la temeridad de Juliano, y a la necesidad de Joviano. Vieron estas cosas los romanos más inteligentes y graves; pero contra la costumbre de la ciudad, que había sido obligada a los ritos demoníacos, poco podían: porque también ellos, aunque sentían que aquellas cosas eran vanas, sin embargo pensaban que a la naturaleza de las cosas constituida bajo el régimen e imperio del único Dios verdadero, debía exhibirse el culto religioso que se debe a Dios: "sirviendo", como dice el Apóstol, "a la criatura más bien que al Creador, que es bendito por los siglos" (Rom. I, 25). De este Dios verdadero era necesario el auxilio, por quien fueran enviados varones santos y verdaderamente piadosos, que murieran por la verdadera religión, para que las falsas fueran quitadas de los vivientes.

Capítulo XXXI.

De las opiniones de Varrón, quien, reprobada la persuasión popular, aunque no llegó a la noticia del Dios verdadero, juzgó sin embargo que debía ser colado un solo dios.

1. Quid ipse Varro, quem dolemus in rebus divinis ludos scenicos, quamvis non judicio proprio, posuisse, cum ad deos colendos multis locis velut religiosus hortetur, nonne ita confitetur, non se illa judicio suo sequi, quae civitatem Romanam instituisse commemorat, ut si eam civitatem, novam constitueret, ex naturae potius formula deos nominaque eorum se fuisse dedicaturum non dubitet confiteri? Sed jam quoniam in vetere populo esset, acceptam ab antiquis nominum et cognominum historiam tenere, ut tradita est, debere se dicit, et ad eum finem illa scribere ac perscrutari, ut potius eos magis colere, quam despicere vulgus velit. Quibus verbis homo acutissimus satis indicat, non se aperire omnia, quae non sibi contemptui essent, sed etiam ipsi vulgo despicienda viderentur, nisi tacerentur. Ego ista conjicere putari debui, nisi evidenter alio loco ipse diceret de religionibus loquens, multa esse vera, quae non modo vulgo scire non sit utile, sed etiam, tametsi falsa sunt, aliter existimare populum expediat, et ideo Graecos teletas ac mysteria taciturnitate parietibusque clausisse. Hic certe totum consilium prodidit velut sapientium, per quos civitates et populi regerentur. Hac tamen fallacia miris modis maligni daemones delectantur, qui et deceptores et deceptos pariter possident, a quorum dominatione non liberat nisi gratia Dei per Jesum Christum Dominum nostrum.

2. Dicit etiam idem auctor acutissimus atque doctissimus, quod hi soli ei videantur animadvertisse quid esset Deus, qui crediderunt eum esse animam motu ac ratione mundum gubernantem. Ac per hoc, etsi nondum tenebat quod veritas habet; Deus enim verus, non anima, sed animae quoque est effector et conditor: tamen si contra praejudicia consuetudinis liber esse posset, unum Deum colendum fateretur atque suaderet, motu ac ratione mundum gubernantem: ut ea cum illo de hac re quaestio remaneret, quod eum diceret esse animam, non potius et animae creatorem. Dicit etiam antiquos Romanos plus annos centum et septuaginta deos sine simulacro coluisse «Quod si adhuc,» inquit, «mansisset, castius dii observarentur.» Cui sententiae suae testem adhibet inter caetera etiam gentem Judaeam: nec dubitat eum locum ita concludere, ut dicat, qui primi simulacra deorum populis posuerunt, eos civitatibus suis et metum dempsisse, et errorem addidisse; prudenter existimans deos facile posse in simulacrorum stoliditate contemni. Quod vero non ait, Errorem tradiderunt; sed, addiderunt; jam utique fuisse etiam sine simulacris intelligi vult errorem.

1. ¿Qué [dice] el mismo Varrón, de quien nos dolemos que haya puesto juegos escénicos en las cosas divinas, aunque no por juicio propio, cuando en muchos lugares exhorta a coler a los dioses como si fuera religioso, acaso no confiesa así que él no sigue por su propio juicio aquellas cosas que conmemora que la ciudad romana instituyó, de modo que si constituyera de nuevo esa ciudad, no duda confesar que habría dedicado los dioses y los nombres de ellos más bien según la fórmula de la naturaleza? Pero como ya estaba en un pueblo antiguo, dice que debe mantener la historia de los nombres y sobrenombres recibida de los antiguos, tal como fue entregada, y escribir y escudriñar aquellas cosas para este fin: que el vulgo quiera más bien colerlos que despreciarlos. Con cuyas palabras este hombre agudísimo indica suficientemente que él no abre todas las cosas que no le eran a él despreciables, pero que incluso al mismo vulgo le parecerían dignas de ser despreciadas si no se callaran. Yo debí ser pensado que conjeturaba estas cosas, si él mismo no dijera evidentemente en otro lugar, hablando de las religiones, que muchas cosas son verdaderas que no solo no es útil que el vulgo sepa, sino que incluso, aunque sean falsas, conviene que el pueblo piense de otra manera, y por eso los griegos cerraron sus ritos sagrados y misterios en el silencio y entre paredes. Aquí ciertamente delató todo el consejo como de sabios, por quienes se rigieran las ciudades y los pueblos. Sin embargo, con esta falacia se deleitan de modos admirables los demonios malignos, que poseen por igual a los engañadores y a los engañados, de cuya dominación no libera sino la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

2. Dice también el mismo autor agudísimo y doctísimo, que aquellos solos le parecen haber advertido qué era Dios, los que creyeron que Él era un alma que gobierna el mundo por el movimiento y la razón. Y por esto, aunque aún no tenía lo que tiene la verdad; pues el Dios verdadero no es alma, sino que es también el efector y fundador del alma: sin embargo, si pudiera ser libre contra los prejuicios de la costumbre, confesaría y persuadiría que se debe coler un solo Dios, que gobierna el mundo por el movimiento y la razón: de modo que permaneciera con él esta cuestión sobre este asunto, de que dijera que Él era un alma, y no más bien el creador también del alma. Dice también que los antiguos romanos colaron a los dioses por más de ciento setenta años sin simulacro. «Lo cual si aún hubiera permanecido», dice, «se observaría a los dioses más castamente». De cuya sentencia suya aduce como testigo, entre otros, también a la nación judía: ni duda concluir aquel lugar de modo que diga que los que primero pusieron simulacros de los dioses a los pueblos, quitaron el miedo a sus ciudades y añadieron el error; juzgando prudentemente que los dioses pueden ser fácilmente despreciados en la estupidez de los simulacros. Pero el hecho de que no dice: Entregaron el error; sino: añadieron; quiere ciertamente que se entienda que ya existía el error incluso sin simulacros.

Quapropter cum solos dicit animadvertisse quid esset Deus, qui eum crederent animam mundum gubernantem, castiusque existimat sine simulacris observari religionem, quis non videat quantum propinquaverit veritati? Si enim aliquid contra vetustatem tanti posset erroris, profecto et unum Deum, a quo mundum crederet gubernari, et sine simulacro colendum esse censeret; atque in tam proximo inventus facile fortasse de animae mutabilitate commoneretur, ut naturam potius incommutabilem, quae ipsam quoque animam condidisset, Deum verum esse sentiret. Haec cum ita sint, quaecumque tales viri in suis litteris multorum deorum ludibria posuerunt, confiteri ea potius occulta Dei voluntate compulsi sunt, quam persuadere conati. Si qua igitur a nobis inde testimonia proferuntur, ad eos redarguendos proferuntur, qui nolunt advertere de quanta et quam maligna daemonum potestate nos liberet singulare sacrificium tam sancti sanguinis fusi et donum Spiritus impertiti.

Caput XXXII.

Ob quam speciem utilitatis principes Gentium apud subjectos sibi populos falsas religiones voluerunt permanere.

Dicit etiam de generationibus deorum magis ad poetas, quam ad physicos fuisse populos inclinatos; et ideo et sexum et generationes deorum majores suos, id est veteres credidisse Romanos, et eorum constituisse conjugia. Quod utique non aliam ob causam factum videtur, nisi quia hominum velut prudentium et sapientium negotium fuit populum in religionibus fallere, et in eo ipso non solum colere, sed imitari etiam daemones, quibus maxima est fallendi cupiditas. Sicut enim daemones nisi eos quos fallendo deceperint, possidere non possunt; sic et homines principes, non sane justi, sed daemonum similes, ea, quae vana esse noverant, religionis nomine populis tanquam vera suadebant, hoc modo eos civili societati velut arctius alligantes, quo similiter subditos possiderent. Quis autem infirmus et indoctus evaderet simul fallaces et principes civitatis et daemones?

Caput XXXIII.

Quod judicio et potestate Dei veri omnium regum atque regnorum ordinata sint tempora.

Por lo cual, cuando dice que solo aquellos advirtieron qué era Dios, los que lo creían alma que gobierna el mundo, y estima que la religión se observa más castamente sin simulacros, ¿quién no ve cuánto se aproximó a la verdad? Pues si pudiera algo contra la antigüedad de tan gran error, por cierto juzgaría tanto que un solo Dios, por quien creía que el mundo era gobernado, debía ser colado sin simulacro; y hallado en tal proximidad, tal vez fácilmente sería amonestado sobre la mutabilidad del alma, para que sintiera que la naturaleza inconmutable, que había fundado también la misma alma, era el Dios verdadero. Siendo esto así, cualesquiera burlas de muchos dioses que tales varones pusieron en sus letras, fueron compelidos a confesarlas más bien por la oculta voluntad de Dios, que por haber intentado persuadirlas. Si pues se profieren por nosotros algunos testimonios de allí, se profieren para redarguir a aquellos que no quieren advertir de cuán grande y cuán maligna potestad de los demonios nos libera el singular sacrificio de tan santa sangre derramada y el don del Espíritu impartido.

Capítulo XXXII.

Por qué especie de utilidad los príncipes de las Gentes quisieron que las falsas religiones permanecieran entre los pueblos sujetos a ellos.

Dice también que los pueblos estuvieron más inclinados a los poetas que a los físicos sobre las generaciones de los dioses; y por eso sus mayores, esto es, los antiguos romanos, creyeron tanto el sexo como las generaciones de los dioses, y constituyeron sus matrimonios. Lo cual ciertamente parece haber sido hecho por ninguna otra causa, sino porque fue negocio de hombres como si fueran prudentes y sabios engañar al pueblo en las religiones, y en eso mismo no solo coler, sino también imitar a los demonios, a quienes es máxima la codicia de engañar. Pues así como los demonios no pueden poseer sino a aquellos a quienes hayan engañado engañando; así también los hombres príncipes, no ciertamente justos, sino semejantes a los demonios, persuadían a los pueblos como verdaderas aquellas cosas que sabían que eran vanas, bajo el nombre de religión, ligándolos de este modo más estrechamente como a la sociedad civil, para poseer de modo similar a sus súbditos. ¿Qué hombre enfermo e indocto escaparía a la vez a los príncipes engañosos de la ciudad y a los demonios?

Capítulo XXXIII.

Que por el juicio y potestad del Dios verdadero están ordenados los tiempos de todos los reyes y reinos.

Deus igitur ille felicitatis auctor et dator, quia solus est verus Deus, ipse dat regna terrena et bonis et malis. Neque hoc temere et quasi fortuitu, quia Deus est, non fortuna; sed pro rerum ordine ac temporum occulto nobis, notissimo sibi: cui tamen ordini temporum non subditus servit, sed cum ipse tanquam dominus regit, moderatorque disponit. Felicitatem vero non dat nisi bonis. Hanc enim possunt et non habere et habere servientes, possunt et non habere et habere regnantes. Quae tamen plena in ea vita erit, ubi nemo jam serviet. Et ideo regna terrena et bonis ab illo dantur, et malis; ne ejus cultores adhuc in provectu animi parvuli haec ab eo munera quasi magnum aliquid concupiscant. Et hoc est sacramentum veteris Testamenti, ubi occultum erat novum, quod illic promissa et dona terrena sunt: intelligentibus et tunc spiritualibus quamvis nondum in manifestatione praedicantibus, et quae illis temporalibus rebus significaretur aeternitas, et in quibus Dei donis esset vera felicitas.

Caput XXXIV.

De regno Judaeorum, quod ab uno et vero Deo institutum atque servatum est, donec in vera religione manserunt.

Itaque ut cognoscerentur etiam illa terrena bona, quibus solis inhiant qui meliora cogitare non possunt, in ipsius unius Dei esse posita potestate, non in multorum falsorum, quos colendos Romani antea crediderunt, populum suum in Aegypto de paucissimis multiplicavit, et inde signis mirabilibus liberavit. Nec Lucinam mulieres illae invocaverunt, quando earum partus, ut miris modis multiplicarentur, et gens illa incredibiliter cresceret, ab Aegyptiorum persequentium et infantes omnes necare volentium manibus ipse liberavit, ipse servavit. Sine dea Rumina suxerunt; sine Cunina in cunis fuerunt; sine Educa et Potina escam potumque sumpserunt: sine tot diis puerilibus educati sunt; sine diis conjugalibus conjugati; sine cultu Priapi conjugibus mixti. Sine invocatione Neptuni mare transeuntibus divisum patuit, et sequentes eorum inimicos fluctibus in se redeuntibus obruit. Nec consecraverunt aliquam deam Manniam, quando de coelo manna sumpserunt; nec quando sitientibus aquam percussa petra profudit, Nymphas Lymphasque coluerunt.

Aquel Dios pues, autor y dador de la felicidad, porque Él solo es el Dios verdadero, Él mismo da los reinos terrenales tanto a los buenos como a los malos. Y no esto temerariamente y como por azar, porque es Dios, no la fortuna; sino según el orden de las cosas y de los tiempos, oculto para nosotros, pero muy conocido para Él: al cual orden de los tiempos sin embargo no sirve como súbdito, sino que Él mismo lo rige como señor, y como moderador lo dispone. Pero la felicidad no la da sino a los buenos. Pues esta pueden tanto no tenerla como tenerla los que sirven, pueden tanto no tenerla como tenerla los que reinan. La cual sin embargo será plena en aquella vida donde ya nadie servirá. Y por eso los reinos terrenales son dados por Él tanto a los buenos como a los malos; para que sus coltores, todavía párvulos en el progreso del ánimo, no concupiscan estos dones de Él como si fueran algo grande. Y este es el sacramento del Antiguo Testamento, donde estaba oculto el Nuevo, de que allí las promesas y dones son terrenales: entendiendo ya entonces los espirituales, aunque todavía no predicando en manifestación, tanto qué eternidad se significaba por aquellas cosas temporales, como en qué dones de Dios estaba la verdadera felicidad.

Capítulo XXXIV.

Del reino de los judíos, que fue instituido y preservado por el único y verdadero Dios, mientras permanecieron en la verdadera religión.

Por tanto, para que se conociera que también aquellos bienes terrenales, por los que solo boquean los que no pueden pensar cosas mejores, están puestos en la potestad del mismo único Dios verdadero, no en la de los muchos falsos que los romanos creyeron antes que debían ser colados, multiplicó a su pueblo en Egipto de poquísimos, y de allí lo libró con señales admirables. Ni aquellas mujeres invocaron a Lucina cuando Él mismo libró, Él mismo preservó sus partos de las manos de los egipcios perseguidores y de los que querían matar a todos los infantes, para que se multiplicaran de modos admirables y aquella nación creciera increíblemente. Sin la diosa Rumina mamaron; sin Cunina estuvieron en las cunas; sin Educa y Potina tomaron la comida y la bebida: sin tantos dioses pueriles fueron educados; sin dioses conyugales se desposaron; sin el culto de Príapo se mezclaron con sus cónyuges. Sin la invocación de Neptuno el mar se abrió dividido para los que pasaban, y abrumó con las olas volviendo sobre sí a sus enemigos que los seguían. Ni consagraron a alguna diosa Mania cuando tomaron el maná del cielo; ni cuando la roca golpeada brotó agua para los sedientos colaron a las Ninfas y Linfas.

Sine insanis sacris Martis et Bellonae bella gesserunt, et sine victoria quidem non vicerunt, non eam tamen deam, sed Dei sui munus habuerunt. Sine Segetia segetes, sine Bubona boves, mella sine Mellona, poma sine Pomona; et prorsus omnia, pro quibus tantae falsorum deorum turbae Romani supplicandum putaverunt, ab uno vero Deo multo felicius acceperunt. Et si non in eum peccassent impia curiositate, tanquam magicis artibus seducti, ad alienos deos et ad idola defluendo, et postremo Christum occidendo, in eodem regno, etsi non spatiosiore, tamen feliciore mansissent. Et nunc quod per omnes fere terras gentesque dispersi sunt, illius unius veri Dei providentia est: ut quod deorum falsorum usquequaque simulacra, arae, luci, templa evertuntur, et sacrificia prohibentur, de codicibus eorum probetur quemadmodum hoc fuerit tanto ante prophetatum; ne forte, cum legeretur in nostris, a nobis putaretur esse confictum. Jam quod sequitur, in volumine sequenti videndum est, et hic dandus hujus prolixitatis modus.

Sin los insanos ritos de Marte y Belona hicieron las guerras, y por cierto no vencieron sin victoria, pero no la tuvieron a ella como diosa, sino como don de su Dios. Mieses sin Segetia, bueyes sin Bubona, miel sin Melona, manzanas sin Pomona; y en fin todas las cosas por las que los romanos pensaron que debía suplicarse a tan grandes turbas de falsos dioses, las recibieron mucho más felizmente del único Dios verdadero. Y si no hubieran pecado contra Él con impía curiosidad, como seducidos por artes mágicas, fluyendo hacia dioses ajenos y hacia los ídolos, y finalmente matando a Cristo, en el mismo reino, aunque no más espacioso, sin embargo más feliz habrían permanecido. Y ahora que están dispersos por casi todas las tierras y naciones, es por la providencia de aquel único Dios verdadero: para que, al ser derribados por todas partes los simulacros, aras, bosquecillos y templos de los dioses falsos, y prohibirse los sacrificios, se pruebe por los códices de ellos de qué modo esto fue profetizado tanto tiempo antes; no sea que acaso, cuando se leyera en los nuestros, se pensara por nosotros que había sido fingido. Ya lo que sigue debe verse en el volumen siguiente, y aquí debe darse un límite a esta prolixidad.

LIBER QUINTUS.

Initio de tollenda fati opinione agit, ne demum existant qui Romani imperii vires et incrementa, quae non posse diis talsis adscribi superiore libro monstravit, referre in fatum velint. Inde ad quaestionem de praescientia Dei delapsus, probat liberum nostrae voluntatis arbitrium per eam non auferri. Postea de moribus Romanorum antiquis dicit, et quo eorum merito, sive quo Dei judicio factum sit, ut illis ad augendum imperium Deus ipse verus, quem non colebant, adjutor fuerit. Docet postremo quae vera ducenda sit felicitas Christianorum imperatorum.

PRAEFATIO.

Quoniam constat omnium rerum optandarum plenitudinem esse felicitatem, quae non est dea, sed donum Dei, et ideo nullum deum colendum esse ab hominibus, nisi qui potest eos facere felices; unde si illa dea esset, sola colenda merito diceretur: jam consequenter videamus, qua causa Deus, qui potest et illa bona dare, quae habere possunt etiam non boni, ac per hoc etiam non felices, Romanum imperium tam magnum tamque diuturnum esse voluerit. Quia enim hoc deorum falsorum illa, quam colebant, multitudo non fecit, et multa jam diximus, et ubi visum fuerit opportunum esse, dicemus.

CAPUT PRIMUM.

Causam Romani imperii omniumque regnorum nec fortuitam esse, nec in stellarum positione consistere.

Causa ergo magnitudinis imperii Romani nec fortuita est, nec fatalis, secundum eorum sententiam sive opinionem, qui ea dicunt esse fortuita, quae vel nullas causas habent, vel non ex aliquo rationabili ordine venientes; et ea fatalia, quae praeter Dei et hominum voluntatem cujusdam ordinis necessitate contingunt. Prorsus divina providentia regna constituuntur humana. Quae si propterea quisquam fato tribuit, quia ipsam Dei voluntatem vel potestatem fati nomine appellat, sententiam teneat, linguam corrigat.

LIBRO QUINTO.

Al principio trata de eliminar la opinión del hado, no sea que finalmente existan quienes quieran referir al hado las fuerzas e incrementos del imperio romano, los cuales mostró en el libro anterior que no pueden adscribirse a los dioses falsos. De allí, descendiendo a la cuestión sobre la presciencia de Dios, prueba que el libre albedrío de nuestra voluntad no es quitado por ella. Después habla de las antiguas costumbres de los romanos, y por qué mérito de ellos, o por qué juicio de Dios se hizo que el mismo Dios verdadero, a quien no colaban, fuera su ayudador para aumentar el imperio. Enseña finalmente qué debe considerarse la verdadera felicidad de los emperadores cristianos.

PREFACIO.

Puesto que consta que la plenitud de todas las cosas deseables es la felicidad, la cual no es una diosa, sino un don de Dios, y por eso ningún dios debe ser colado por los hombres sino aquel que puede hacerlos felices; de donde si ella fuera diosa, se diría merecidamente que ella sola debe ser colada: veamos ahora consecuentemente por qué causa Dios, que puede dar también aquellos bienes que pueden tener incluso los no buenos, y por esto también los no felices, quiso que el imperio romano fuera tan grande y tan duradero. Pues porque aquella multitud de falsos dioses que colaban no hizo esto, ya hemos dicho muchas cosas, y donde parezca ser oportuno, las diremos.

Capítulo Primero.

Que la causa del imperio romano y de todos los reinos ni es fortuita, ni consiste en la posición de las estrellas.

La causa pues de la magnitud del imperio romano ni es fortuita ni es fatal, según la sentencia u opinión de aquellos que dicen que son fortuitas aquellas cosas que o no tienen causas, o no vienen de algún orden racional; y fatales aquellas que suceden más allá de la voluntad de Dios y de los hombres por la necesidad de cierto orden. Enteramente por la divina providencia se constituyen los reinos humanos. Los cuales si alguien los atribuye al hado por esta razón, porque llama al nombre de hado a la misma voluntad o potestad de Dios, mantenga su sentencia, corrija su lengua.

Cur enim non hoc primum dicit, quod postea dicturus est, cum ab illo quisquam quaesierit quid dixerit fatum? Nam id homines quando audiunt, usitata loquendi consuetudine non intelligunt nisi vim positionis siderum, qualis est quando quis nascitur, sive concipitur: quod aliqui alienant a Dei voluntate, aliqui ex illa etiam hoc pendere confirmant. Sed illi, qui sine Dei voluntate decernere opinantur sidera quid agamus, vel quid bonorum habeamus malorumve patiamur, ab auribus omnium repellendi sunt; non solum eorum qui veram religionem tenent, sed qui deorum qualiumcumque, licet falsorum, volunt esse cultores. Haec enim opinio quid aliud agit, nisi ut nullus omnino colatur aut rogetur Deus? Contra quos modo nobis disputatio non est instituta, sed contra eos qui pro defensione eorum quos deos putant, christianae religioni adversantur. Illi vero, qui positionem stellarum quodammodo decernentium qualis quisque sit, et quid ei proveniat boni quidve mali accidat, ex Dei voluntate suspendunt, si easdem stellas putant habere hanc potestatem traditam sibi a summa illius potestate, ut volentes ista decernant; magnam coelo faciunt injuriam, in cujus velut clarissimo senatu ac splendidissima curia opinantur scelera facienda decerni; qualia si aliqua terrena civitas decrevisset genere humano decernente fuerat evertenda. Quale deinde judicium de hominum factis Deo relinquitur, quibus coelestis necessitas adhibetur, cum Dominus ille sit et siderum et hominum? Aut si non dicunt stellas, accepta quidem potestate a summo Deo, arbitrio suo ista decernere, sed in talibus necessitatibus ingerendis illius omnino jussa complere: itane de ipso Deo sentiendum est, quod indignissimum visum est de stellarum voluntate sentire? Quod si dicuntur stellae significare potius ista quam facere; ut quasi locutio quaedam sit illa positio, praedicens futura, non agens (non enim mediocriter doctorum hominum fuit ista sententia): non quidem ita solent loqui mathematici, ut, verbi gratia, dicant, Mars ita positus homicidam significat; sed, Homicidam facit : verumtamen ut concedamus non eos ut debent loqui, et a philosophis accipere oportere sermonis regulam ad ea praenuntianda, quae in siderum positione se reperire putant: qui fit , quod nihil unquam dicere potuerunt, cur in vita geminorum, in actionibus, in eventis, in professionibus, artibs, honoribus, caeterisque rebus ad humanam vitam pertinentibus, atque in ipsa morte sit plerumque tanta diversitas, ut similiores eis sint, quantum ad haec attinet, multi extranei, quam ipsi inter se gemini, perexiguo temporis intervallo in nascendo separati, in conceptu autem per unum concubitum uno etiam momento seminati?

¿Pues por qué no dice esto primero, lo que ha de decir después, cuando alguien le haya preguntado qué llamó hado? Pues cuando los hombres oyen eso, por la usada costumbre de hablar no entienden sino la fuerza de la posición de las estrellas, tal como es cuando alguien nace o es concebido: lo cual algunos alejan de la voluntad de Dios, otros confirman que incluso esto pende de ella. Pero aquellos que opinan que las estrellas, sin la voluntad de Dios, decretan qué hagamos, o qué de los bienes tengamos o de los males padezcamos, deben ser repelidos de los oídos de todos; no solo de los que mantienen la verdadera religión, sino de los que quieren ser coltores de cualesquiera dioses, aunque sean falsos. Pues ¿qué otra cosa hace esta opinión sino que ningún Dios en absoluto sea colado ni rogado? Contra los cuales no se ha instituido ahora por nosotros la disputa, sino contra los que, por la defensa de los que piensan que son dioses, se oponen a la religión cristiana. Aquellos en verdad que suspenden de la voluntad de Dios la posición de las estrellas, que decretan de cierto modo cómo es cada uno, y qué de bien le provenga o qué de mal le suceda, si piensan que las mismas estrellas tienen esta potestad entregada a ellas por la suma potestad de Aquel, para que queriendo decreten estas cosas; hacen una gran injuria al cielo, en cuyo como clarísimo senado y esplendidísima curia opinan que se decretan los crímenes que han de hacerse; cuales si alguna ciudad terrena los hubiera decretado, decretándolo el género humano, habría debido ser derribada. ¿Qué juicio después se le deja a Dios sobre los hechos de los hombres, a quienes se les aplica la necesidad celestial, siendo Aquel el Señor tanto de las estrellas como de los hombres? O si no dicen que las estrellas, recibida por cierto la potestad del Dios sumo, decretan estas cosas por su arbitrio, sino que al ingerir tales necesidades cumplen enteramente los mandatos de Aquel: ¿así ha de sentirse de Dios mismo, lo cual pareció indignísimo sentirse de la voluntad de las estrellas? Pero si se dice que las estrellas significan más bien estas cosas que las hacen; de modo que aquella posición sea como cierta locución, que predice lo futuro, no que lo hace (pues no fue mediocremente de hombres doctos esta sentencia): por cierto no suelen hablar así los matemáticos, de modo que, por ejemplo, digan: Marte así puesto significa un homicida; sino: Hace un homicida: pero sin embargo, para que concedamos que ellos no hablan como deben, y que conviene recibir de los filósofos la regla del lenguaje para prenunciar aquellas cosas que piensan hallar en la posición de las estrellas: ¿cómo sucede que nada pudieron decir nunca por qué en la vida de los gemelos, en las acciones, en los sucesos, en las profesiones, artes, honores y demás cosas pertenecientes a la vida humana, y en la misma muerte hay por lo general tan gran diversidad, que muchos extraños les son más similares, en cuanto a esto toca, que los mismos gemelos entre sí, separados por un pequeñísimo intervalo de tiempo al nacer, pero en el concepto sembrados por un solo coito en un mismo momento?

Caput II.

De geminorum simili dissimilique valetudine.

Cicero dicit, Hippocratem, nobilissimum medicum, scriptum reliquisse quosdam fratres, cum simul aegrotare coepissent, et eorum morbus eodem tempore ingravesceret, eodem levaretur, geminos suspicatum. Quos Posidonius Stoicus, multum astrologiae deditus, eadem constitutione astrorum natos eademque conceptos solebat asserere. ita quod medicus pertinere credebat ad simillimam temperiem valetudinis, hoc philosophus astrologus ad vim constitutionemque siderum, quae fuerat quo tempore concepti natique sunt. In hac causa multo est acceptabilior et de proximo credibilior conjectura medicinalis: quoniam parentes ut erant corpore affecti, dum concumberent, ita primordia conceptorum affici potuerunt, ut consecutis ex materno corpore prioribus incrementis paris valetudinis nascerentur; deinde in una domo eisdem alimentis nutriti, ubi aerem et loci positionem et vim aquarum plurimum valere ad corpus vel bene vel male afficiendum, medicina testatur; eisdem etiam exercitationibus assuefacti tam similia corpora gererent, ut etiam ad aegrotandum uno tempore eisdem causis similiter moverentur. Constitutionem vero coeli ac siderum, quae fuit quando concepti sive nati sunt, velle trahere ad istam aegrotandi parilitatem, cum tam multa diversissimi generis diversissimorum affectuum et eventorum eodem tempore in unius regionis terra eidem coelo subdita potuerint concipi et nasci, nescio cujus sit insolentiae. Nos autem novimus geminos, non solum actus et peregrinationes habere diversas, verum etiam dispares aegritudines perpeti. De qua re facillimam, quantum mihi videtur, rationem redderet Hippocrates, diversis alimentis et exercitationibus, quae non de corporis temperatione, sed de animi voluntate veniunt, dissimiles eis accidere potuisse valetudines. Porro autem Posidonius, vel quilibet fatalium siderum assertor, mirum si potest hic invenire quid dicat, si nolit imperitorum mentibus in eis, quas nesciunt, rebus illudere. Quod enim conantur efficere de intervallo exiguo temporis, quod inter se gemini, dum nascerentur, habuerunt, propter coeli particulam, ubi ponitur horae notatio, quem horoscopum vocant; aut non tantum valet, quanta invenitur in geminorum voluntatibus, actibus, moribus, casibusque diversitas; aut plus etiam valet, quam est geminorum vel humilitas generis eadem, vel nobilitas, cujus maximam diversitatem nonnisi in hora, qua quisque nascitur, ponunt. Ac per hoc, si tam celeriter alter post alterum nascitur, ut eadem pars horoscopi maneat, cuncta paria quaero, quae in nullis possunt geminis inveniri: si autem sequentis tarditas horoscopum mutat, parentes diversos quaero, quos gemini habere non possunt.

Capítulo II.

De la similar y disímil salud de los gemelos.

Dice Cicerón que Hipócrates, un muy noble médico, dejó escrito que sospechó que ciertos hermanos eran gemelos cuando habían comenzado a enfermar al mismo tiempo, y su enfermedad se agravaba al mismo tiempo y se aliviaba al mismo tiempo. A los cuales Posidonio el estoico, muy entregado a la astrología, solía asegurar que habían nacido bajo la misma constitución de los astros y concebidos bajo la misma. Así, lo que el médico creía que pertenecía a un muy similar temple de la salud, esto el filósofo astrólogo lo [refería] a la fuerza y constitución de las estrellas que había habido en el tiempo en que fueron concebidos y nacidos. En esta causa es mucho más aceptable y desde la proximidad más creíble la conjetura medicinal: puesto que como los padres estaban afectados en el cuerpo mientras cohabitaban, así pudieron ser afectados los primordios de los concebidos, de modo que, seguidos los primeros incrementos del cuerpo materno, nacieran de igual salud; luego nutridos en una sola casa con los mismos alimentos, donde la medicina testifica que el aire y la posición del lugar y la fuerza de las aguas valen muchísimo para que el cuerpo sea afectado bien o mal; acostumbrados también a los mismos ejercicios, llevaran cuerpos tan similares que incluso para enfermar en un solo tiempo fueran movidos similarmente por las mismas causas. Pero querer traer a esa paridad de enfermar la constitución del cielo y de las estrellas, que hubo cuando fueron concebidos o nacidos, cuando tantas cosas de muy diverso género, de muy diversos afectos y sucesos pudieron ser concebidas y nacer al mismo tiempo en la tierra de una sola región sujeta al mismo cielo, no sé de qué insolencia sea. Pero nosotros hemos conocido gemelos que no solo tienen actos y peregrinaciones diversas, sino que incluso padecen enfermedades dispares. Sobre lo cual Hipócrates, según me parece, daría una razón facilísima: que por diversos alimentos y ejercicios, que no vienen de la temperación del cuerpo sino de la voluntad del ánimo, pudieron sucederles constituciones disímiles. Pero además, maravilla es si Posidonio, o cualquier asertor de las estrellas fatales, puede hallar aquí qué decir si no quiere ilusionar las mentes de los inexpertos en aquellas cosas que no saben. Pues lo que intentan efectuar sobre el intervalo exiguo de tiempo que tuvieron entre sí los gemelos mientras nacían, por causa de la partícula del cielo donde se pone la notación de la hora, que llaman horóscopo; o no vale tanto cuanto se halla de diversidad en las voluntades, actos, costumbres y casos de los gemelos; o vale incluso más de lo que es o la misma humildad de linaje de los gemelos, o la nobleza, cuya máxima diversidad no ponen sino en la hora en que cada uno nace. Y por esto, si uno nace tan rápido tras el otro que permanece la misma parte del horóscopo, busco todas las cosas iguales, las cuales en ningunos gemelos pueden hallarse: pero si la tardanza del siguiente muda el horóscopo, busco padres diversos, los cuales los gemelos no pueden tener.

Caput III.

De argumento quod ex rota figuli Nigidius mathematicus assumpsit in quaestione geminorum.

Frustra itaque affertur nobile illud commentum de figuli rota, quod respondisse ferunt Nigidium hac quaestione turbatum, unde et Figulus appellatus est. Dum enim rotam figuli vi quanta potuit intorsisset, currente illa bis numero de atramento tanquam uno ejus loco summa celeritate percussit; deinde inventa sunt signa, quae fixerat, desistente motu, non parvo intervallo in rotae illius extremitate distantia. Sic, inquit, in tanta rapacitate coeli, etiamsi alter post alterum tanta celeritate nascatur, quanta rotam bis ipse percussi, in coeli spatio plurimum est: hinc sunt, inquit, quaecumque dissimillima perhibentur in moribus casibusque geminorum. Hoc figmentum fragilius est, quam vasa, quae illa rotatione finguntur. Nam si tam multum in coelo interest, quod constellationibus comprehendi non potest, ut alteri geminorum haereditas obveniat, alteri non obveniat; cur audent caeteris, qui gemini non sunt, cum inspexerint eorum constellationes, talia pronuntiare, quae ad illud secretum pertinent, quod nemo potest comprehendere, et momentis annotare nascentium? Si autem propterea talia dicunt in aliorum genituris, quia haec ad productiora spatia temporum pertinent; momenta vero illa partium minutarum, quae inter se gemini possunt habere nascentes, rebus minimis tribuuntur, de qualibus mathematici non solent consuli: (quis enim consulat quando sedeat, quando deambulet, quando vel quid prandeat?) numquid ista dicimus, quando in moribus, operibus, casibusque geminorum plurima plurimumque diversa monstramus?

Caput IV.

De Esau et Jacob geminis, multum inter se morum et actionum qualitate disparibus.

Nati sunt duo gemini antiqua patrum memoria (ut de insignibus loquar) sic alter post alterum, ut posterior plantam prioris teneret. Tanta in eorum vita fuerunt moribusque diversa, tanta in actibus disparilitas, tanta in parentum amore dissimilitudo, ut etiam inimicos eos inter se faceret ipsa distantia (Gen. XXV, 24-34).

Capítulo III.

Del argumento que el matemático Nigidio tomó de la rueda del alfarero en la cuestión de los gemelos.

En vano, por tanto, se aduce aquel noble comentario sobre la rueda del alfarero, que dicen que respondió Nigidio turbado por esta cuestión, de donde también fue llamado Fígulo (el Alfarero). Pues habiendo hecho girar la rueda del alfarero con cuanta fuerza pudo, mientras ella corría la hirvió con tinta dos veces como en un solo lugar de ella con suma celeridad; luego se hallaron las señales que había fijado, cesando el movimiento, distantes por un intervalo no pequeño en la extremidad de aquella rueda. Así, dice, en tanta rapacidad del cielo, aunque uno nazca tras otro con tanta celeridad como yo mismo herí la rueda dos veces, en el espacio del cielo hay muchísimo: de aquí son, dice, cualesquiera cosas que se refieren muy disímiles en las costumbres y casos de los gemelos. Esta ficción es más frágil que las vasijas que se forman por aquella rotación. Pues si tanto interesa en el cielo lo que no puede ser comprendido por las constelaciones, que a uno de los gemelos le sobrevenga la herencia y al otro no le sobrevenga; ¿por qué se atreven a otros, que no son gemelos, cuando han inspeccionado sus constelaciones, a pronunciar tales cosas que pertenecen a aquel secreto que nadie puede comprender, y a anotar los momentos de los que nacen? Pero si por eso dicen tales cosas en los nacimientos de otros, porque estas pertenecen a espacios de tiempo más prolongados; pero aquellos momentos de partes minutas, que pueden tener entre sí los gemelos al nacer, se atribuyen a cosas mínimas, sobre las cuales no suelen ser consultados los matemáticos: (¿pues quién consultaría cuándo sentarse, cuándo pasear, cuándo o qué comer?) ¿acaso decimos aquellas cosas cuando mostramos muchísimas y muy diversas cosas en las costumbres, obras y casos de los gemelos?

Capítulo IV.

De los gemelos Esaú y Jacob, muy dispares entre sí en la calidad de sus costumbres y acciones.

Nacieron dos gemelos en la antigua memoria de los padres (para que hable de los notables) uno tan tras el otro, que el posterior tenía el talón del anterior. Tantas fueron en su vida y costumbres las cosas diversas, tanta en los actos la disparidad, tanta en el amor de los padres la disimilitud, que aun la misma distancia los hacía enemigos entre sí (Gén. XXV, 24-34).

Numquid hoc dicitur, quia uno ambulante alius sedebat, et alio dormiente alius vigilabat, alio loquente alius tacebat; quae pertinent ad illas minutias, quae non possunt ab eis comprehendi, qui constitutionem siderum, qua quisque nascitur, scribunt, unde mathematici consulantur? Unus duxit mercenariam servitutem, alius non servivit; unus a matre diligebatur, alius non diligebatur; unus honorem, qui magnus apud eos habebatur, amisit, alter indeptus est. Quid de uxoribus, quid de filiis, quid de rebus, quanta diversitas? Si ergo haec ad illas pertinent minutias temporum, quae inter se habent gemini, et constellationibus non adscribuntur; quare aliorum constellationibus inspectis ista dicuntur? Si autem ideo dicuntur, quia non ad minuta incomprehensibilia, sed ad temporum spatia pertinent, quae observari notarique possunt; quid hic agit rota illa figuli, nisi ut homines luteum cor habentes in gyrum mittantur, ne mathematicorum vaniloquia convincantur?

Caput V.

Quibus modis convincantur mathematici vanam scientiam profiteri.

Quid iidem ipsi, quorum morbum, quod eodem tempore gravior leviorque apparebat amborum, medicinaliter inspiciens Hippocrates, geminos suspicatus est, nonne satis istos redarguunt, qui volunt sideribus dare, quod de corporum simili temperatione veniebat? Cur enim similiter eodemque tempore, non alter prior, alter posterior aegrotabant, sicut nati fuerant, quia utique simul nasci ambo non poterant? Aut si nihil momenti attulit, ut diversis temporibus aegrotarent, quod diversis temporibus nati sunt; quare tempus in nascendo diversum ad aliarum rerum diversitates valere contendunt? Cur potuerunt diversis temporibus peregrinari, diversis temporibus ducere uxores, diversis temporibus filios procreare, et multa alia, propterea quia diversis temporibus nati sunt, et non potuerunt eadem causa diversis etiam temporibus aegrotare? Si enim dispar nascendi mora mutavit horoscopum, et disparilitatem intulit caeteris rebus; cur illud in aegritudinibus mansit, quod habebat in temporis aequalitate conceptus?

¿Acaso se dice esto porque mientras uno caminaba el otro estaba sentado, y mientras uno dormía el otro velaba, mientras uno hablaba el otro callaba; cosas que pertenecen a aquellas minucias que no pueden ser comprendidas por aquellos que escriben la constitución de las estrellas por la que cada uno nace, de donde los matemáticos son consultados? Uno llevó una servidumbre mercenaria, el otro no sirvió; uno era amado por la madre, el otro no era amado; uno perdió el honor, que se tenía por grande entre ellos, el otro lo obtuvo. ¿Qué de las esposas, qué de los hijos, qué de las cosas, cuánta diversidad? Si, pues, estas pertenecen a aquellas minucias de los tiempos que tienen entre sí los gemelos, y no se adscriben a las constelaciones; ¿por qué se dicen estas cosas habiendo inspeccionado las constelaciones de otros? Pero si por eso se dicen, porque no pertenecen a los minutos incomprensibles, sino a los espacios de los tiempos que pueden ser observados y anotados; ¿qué hace aquí aquella rueda del alfarero, sino que los hombres que tienen corazón de lodo sean puestos en giro, para que las vanilocuencias de los matemáticos no sean convencidas?

Capítulo V.

De qué modos los matemáticos sean convencidos de profesar una ciencia vana.

¿Qué hay de estos mismos hombres, cuya enfermedad, porque aparecía más grave y más leve en ambos al mismo tiempo, inspeccionándola médicamente Hipócrates, sospechó que eran gemelos, no refutan suficientemente a aquellos que quieren dar a las estrellas lo que venía de una similar complexión de los cuerpos? ¿Pues por qué enfermaban similarmente y al mismo tiempo, no uno antes y otro después, según habían nacido, ya que ciertamente ambos no podían nacer a la vez? O si nada importó para que enfermaran en diversos tiempos el que hubieran nacido en diversos tiempos; ¿por qué sostienen que el tiempo diverso en el nacer vale para las diversidades de otras cosas? ¿Por qué pudieron peregrinar en diversos tiempos, tomar esposas en diversos tiempos, procrear hijos en diversos tiempos, y muchas otras cosas, por el hecho de haber nacido en diversos tiempos, y no pudieron por la misma causa enfermar también en diversos tiempos? Pues si la dispar demora del nacer mudó el horóscopo e introdujo disparidad en las demás cosas; ¿por qué permaneció en las enfermedades lo que tenía el concepto en la igualdad del tiempo?

Aut si fata valetudinis in conceptu sunt, aliarum vero rerum in ortu esse dicuntur, non deberent inspectis natalium constellationibus de valetudine aliquid dicere, quando eis inspicienda conceptionalis hora non datur. Si autem ideo praenuntiant aegritudines, non inspecto conceptionis horoscopo, quia indicant eas momenta nascentium; quomodo dicerent cuilibet eorum geminorum ex nativitatis hora, quando aegrotaturus esset, cum et alter qui non habebat eamdem horam nativitatis, necesse haberet pariter aegrotare? Deinde quaero, si tanta distantia est temporis in nativitate geminorum, ut per hanc oporteat eis constellationes fieri diversas, propter diversum horoscopum, et ob hoc diversos omnes cardines, ubi tanta vis ponitur, ut hinc etiam diversa sint fata; unde hoc accidere potuit, cum eorum conceptus diversum tempus habere non possit? Aut si duorum uno momento temporis conceptorum potuerunt esse ad nascendum fata disparia, cur non et duorum uno momento temporis natorum possint esse ad vivendum atque moriendum fata disparia? Nam si unum momentum, quo ambo concepti sunt, non impedivit, ut alter prior, alter posterior nasceretur; cur, uno momento si duo nascuntur, impediat aliquid, ut alter prior, alter posterior moriatur? Si conceptio momenti unius diversos casus in utero geminos habere permittit; cur nativitas momenti unius non etiam quoslibet duos in terra diversos casus habere permittat, ac sic omnia hujus artis vel potius vanitatis commenta tollantur? Quid est hoc quod uno tempore, uno momento, sub una eademque coeli positione concepti diversa habent fata, quae illos perducant ad diversarum horarum nativitatem, et uno momento temporis sub una eademque coeli positione de duabus matribus duo pariter nati, diversa fata habere non possunt, quae illos perducant ad diversam vivendi vel moriendi necessitatem? An concepti nondum habent fata, quae, nisi nascantur, habere non poterunt? Quid est ergo quod dicunt, si hora conceptionalis inveniatur, multa ab istis dici posse divinis? Unde etiam illud a nonnullis praedicatur, quod quidam sapiens horam elegit, qua cum uxore concumberet, unde filium mirabilem gigneret. Unde postremo et hoc est, quod de illis pariter aegrotantibus geminis Posidonius, magnus astrologus idemque philosophus, respondebat, ideo fieri, quod eodem tempore fuissent nati, eodemque concepti.

O si los hados de la salud están en el concepto, pero los de las otras cosas se dice que están en el parto, no deberían decir nada sobre la salud habiendo inspeccionado las constelaciones de los nacimientos, cuando no se les da a inspeccionar la hora concepcional. Pero si por eso anuncian enfermedades, sin haber inspeccionado el horóscopo de la concepción, porque los momentos de los que nacen las indican; ¿cómo dirían a cualquiera de aquellos gemelos por la hora del nacimiento cuándo habría de enfermar, cuando también el otro, que no tenía la misma hora de nacimiento, tendría necesidad de enfermar igualmente? Luego pregunto: si tanta distancia de tiempo hay en el nacimiento de los gemelos que por ésta sea necesario que se les hagan constelaciones diversas, por causa del horóscopo diverso, y por esto todos los quicios diversos, donde se pone tanta fuerza que de aquí también sean diversos los hados; ¿de dónde pudo suceder esto, cuando su concepción no pudo tener tiempo diverso? O si de dos concebidos en un momento de tiempo pudieron ser disparar los hados para nacer, ¿por qué no pueden ser disparar los hados para vivir y morir de dos nacidos en un momento de tiempo? Pues si un momento, en el que ambos fueron concebidos, no impidió que uno naciera antes y otro después; ¿por qué, si dos nacen en un momento, impediría algo que uno muera antes y otro después? Si la concepción de un momento permite que los gemelos tengan diversos casos en el útero; ¿por qué el nacimiento de un momento no permitiría también que cualesquiera dos en la tierra tengan diversos casos, y así se quiten todos los comentarios de este arte, o más bien vanidad? ¿Qué es esto de que concebidos en un tiempo, en un momento, bajo una misma posición del cielo, tengan diversos hados que los conduzcan al nacimiento de diversas horas, y dos nacidos igualmente de dos madres en un momento de tiempo bajo una misma posición del cielo, no puedan tener diversos hados que los conduzcan a una diversa necesidad de vivir o de morir? ¿O acaso los concebidos no tienen aún hados, los cuales, si no nacen, no podrán tener? ¿Qué es, pues, lo que dicen de que si se halla la hora concepcional, muchas cosas pueden decirse por estos adivinos? De donde también se predica por algunos que cierto sabio eligió la hora en que cohabitaría con su esposa, para engendrar de ahí un hijo admirable. De donde finalmente es también esto que sobre aquellos gemelos que enfermaban igualmente respondía Posidonio, gran astrólogo y el mismo filósofo, que sucedía por eso, porque habían nacido al mismo tiempo y concebido al mismo tiempo.

Nam utique propter hoc addebat conceptionem, ne diceretur ei non ad liquidum eodem tempore potuisse nasci, quos constabat omnino eodem tempore fuisse conceptos; ut hoc, quod similiter simulque aegrotabant, non daret de proximo pari corporis temperamento, sed eamdem quoque valetudinis parilitatem sidereis nexibus alligaret. Si igitur in conceptu tanta vis est ad aequalitatem fatorum, non debuerunt nascendo eadem fata mutari. Aut si propterea mutantur fata geminorum, quia temporibus diversis nascuntur, cur non potius intelligamus jam fuisse mutata, ut diversis temporibus nascerentur? Itane non mutat fata nativitatis voluntas viventium, cum mutet fata conceptionis ordo nascentium?

Caput VI.

De geminis disparis sexus.

Quanquam et in ipsis geminorum conceptibus, ubi certe amborum eadem momenta sunt temporum, unde fit ut sub eadem constellatione fatali alter concipiatur masculus, altera femina? Novimus geminos diversi sexus, ambo adhuc vivunt, ambo aetate vigent adhuc; quorum cum sint inter se similes corporum species, quantum in diverso sexu potest; instituto tamen et proposito vitae ita sunt dispares, ut, praeter actus, quos necesse est a virilibus distare, femineos, quod ille in officio Comitis militat et a sua domo pene semper peregrinatur, illa de solo patrio et de rure proprio non recedit: insuper (quod est incredibilius, si astralia fata credantur; non autem mirum, si voluntates hominum et Dei munera cogitentur), ille conjugatus, illa virgo sacra est; ille numerosam prolem genuit, illa nec nupsit. At enim plurimum vis horoscopi valet? Hoc quam nihil sit, jam satis disserui. Sed qualecumque sit, in ortu valere dicunt: numquid et in conceptu? ubi et unum concubitum esse manifestum est; et tanta naturae vis est, ut cum conceperit femina, deinde alterum concipere omnino non possit: unde necesse est, eadem esse in geminis momenta conceptus. An forte, quia diverso horoscopo nati sunt, aut ille in masculum, dum nascerentur, aut illa in feminam commutata est?

Pues ciertamente por esto añadía la concepción, para que no se le dijera que no pudieron nacer claramente al mismo tiempo los que constaba que habían sido concebidos totalmente al mismo tiempo; para que esto de que enfermaban similarmente y a la vez, no lo diera por la próxima igual complexión del cuerpo, sino que ligara también la misma paridad de salud por nexos siderales. Si, pues, en la concepción hay tanta fuerza para la igualdad de los hados, no debieron mudarse los mismos hados al nacer. O si por eso se mudan los hados de los gemelos, porque nacen en tiempos diversos, ¿por qué no entendemos más bien que ya habían sido mudados para que nacieran en tiempos diversos? ¿Acaso no muda los hados del nacimiento la voluntad de los vivientes, cuando muda los hados de la concepción el orden de los que nacen?

Capítulo VI.

De los gemelos de sexo dispar.

Aunque aun en los mismos conceptos de los gemelos, donde ciertamente son los mismos momentos de los tiempos para ambos, ¿de dónde sucede que bajo la misma constelación fatal uno sea concebido varón y otra mujer? Conocemos gemelos de diverso sexo, ambos viven aún, ambos están aún vigorosos en edad; cuyas especies de cuerpos son entre sí similares, cuanto en diverso sexo es posible; sin embargo, en el instituto y propósito de vida son tan dispares que, además de los actos que es necesario que disten de los viriles, los femeninos, porque aquél milita en el oficio de Conde y casi siempre peregrina fuera de su casa, ella no se retira del suelo patrio y de su propio campo: además (lo que es más increíble, si se creen los hados astrales; pero no maravilla si se piensan las voluntades de los hombres y los dones de Dios), él es casado, ella es virgen sagrada; él engendró una numerosa prole, ella ni siquiera se casó. ¿Pero es que vale muchísimo la fuerza del horóscopo? Cuán nada sea esto, ya suficientemente lo he disertado. Pero sea lo que fuere, dicen que vale en el nacimiento: ¿acaso también en el concepto? donde es manifiesto que hay un solo coito; y tanta es la fuerza de la naturaleza que, cuando la mujer ha concebido, luego no puede en absoluto concebir otro: de donde es necesario que sean los mismos momentos del concepto en los gemelos. ¿O acaso, porque nacieron con diverso horóscopo, o aquél se conmutó en varón mientras nacían, o aquélla en mujer?

Cum igitur non usquequaque absurde dici posset, ad solas corporum differentias afflatus quosdam valere sidereos, sicut in solaribus accessibus et decessibus videmus etiam ipsius anni tempora variari, et lunaribus incrementis atque decrementis augeri et minui quaedam genera rerum, sicut echinos, et conchas, et mirabiles aestus oceani; non autem et animi voluntates positionibus siderum subdi: nunc isti, cum etiam nostros actus inde religare conantur, admonent ut quaeramus, unde ne in ipsis quidem corporibus eis possit ratio ista constare. Quid enim tam ad corpus pertinens, quam corporis sexus? et tamen sub eadem positione siderum diversi sexus gemini concipi potuerunt. Unde quid insipientius dici aut credi potest, quam siderum positionem, quae ad horam conceptionis eadem ambobus fuit, facere non potuisse, ut, cum quo habebat eamdem constellationem, sexum diversum a fratre non haberet; et positionem siderum, quae fuit ad horam nascentium, facere potuisse, ut ab eo tam multum virginali sanctitate distaret?

Caput VII.

De electione diei quo uxor ducitur, quove in agro aliquid plantatur aut seritur.

Jam illud quis ferat, quod in eligendis diebus nova quaedam suis actibus fata moliuntur? Non erat videlicet ille ita natus, ut haberet admirabilem filium; sed ita potius, ut contemptibilem gigneret: et ideo vir doctus elegit horam qua misceretur uxori. Fecit ergo fatum, quod non habebat, et ex ipsius facto coepit esse fatale, quod in ejus nativitate non fuerat. O stultitiam singularem! Eligitur dies ut ducatur uxor: credo, propterea quia potest in diem non bonum, nisi exigatur, incurri, et infeliciter duci. Ubi est ergo quod nascenti jam sidera decreverunt? an potest homo, quod ei jam constitutum est, diei electione mutare, et quod ipse in eligendo die constituerit, non poterit ab alia potestate mutari? Deinde si soli homines, non autem omnia quae sub coelo sunt, constellationibus subjacent, cur alios eligunt dies accommodatos ponendis vitibus, vel arboribus, vel segetibus; alios dies pecoribus vel domandis, vel admittendis maribus, quibus equarum vel boum fetentur armenta, et caetera hujusmodi? Si autem propterea valent ad has res dies electi, quia terrenis omnibus corporibus, sive animantibus, sive non animantibus, secundum diversitates temporalium momentorum, siderum positio dominatur; considerent quam innumerabilia sub uno temporis puncto vel nascantur, vel oriantur, vel inchoentur, et tam diversos exitus habeant, ut istas observationes cuivis puero ridendas esse persuadeant. Quis enim est tam excors, ut audeat dicere, omnes arbores, omnes herbas, omnes bestias, serpentes, aves, pisces, vermiculos, momenta nascendi singillatim habere diversa?

Puesto que, por tanto, no podría decirse del todo absurdamente que ciertos influjos siderales valen para las solas diferencias de los cuerpos, como vemos en los accesos y decesos solares variarse también los tiempos del mismo año, y en los incrementos y decrementos lunares aumentarse y disminuirse ciertos géneros de cosas, como los equinos, y las conchas, y los admirables flujos del océano; pero no que las voluntades del ánimo estén sujetas a las posiciones de las estrellas: ahora éstos, cuando intentan ligar también nuestros actos desde allí, nos amonestan a que busquemos de dónde ni siquiera en esos mismos cuerpos pueda constarles aquella razón. ¿Pues qué pertenece tanto al cuerpo como el sexo del cuerpo? y sin embargo bajo la misma posición de las estrellas pudieron ser concebidos gemelos de diverso sexo. De donde, ¿qué puede decirse o creerse más insipiente que la posición de las estrellas, que a la hora de la concepción fue la misma para ambos, no pudo hacer que, con quien tenía la misma constelación, no tuviera sexo diverso de su hermano; y la posición de las estrellas, que fue a la hora de los que nacían, pudo hacer que distara tanto de él en santidad virginal?

Capítulo VII.

De la elección del día en que se toma esposa, o en que en el campo se planta o siembra algo.

Ya aquello, ¿quién lo soportará, que en la elección de los días fragüen ciertos nuevos hados para sus propios actos? No nació aquél, por lo visto, de modo que tuviera un hijo admirable; sino más bien de modo que engendrara uno despreciable: y por eso el hombre docto eligió la hora en que se uniría a su esposa. Hizo, pues, un hado que no tenía, y de su mismo hecho empezó a ser fatal lo que en su nacimiento no había sido. ¡Oh estulticia singular! Se elige el día para que se tome esposa: creo que por eso, porque puede incurrirse en un día no bueno, si no se evita, y casarse infelizmente. ¿Dónde está, pues, lo que las estrellas ya decretaron para el que nacía? ¿O puede el hombre, por la elección del día, mudar lo que ya le está constituido, y lo que él mismo constituyere al elegir el día no podrá ser mudado por otra potestad? Luego si solos los hombres, y no todas las cosas que están bajo el cielo, están sujetas a las constelaciones, ¿por qué eligen unos días acomodados para plantar vides, o árboles, o mieses; otros días para los ganados, sea para domarlos, sea para admitir a los machos, con los que se fecundan las vacadas de yeguas o de bueyes, y otras cosas de esta clase? Pero si por eso valen para estas cosas los días elegidos, porque sobre todos los cuerpos terrenos, sean animados o no animados, según las diversidades de los momentos temporales, domina la posición de las estrellas; consideren cuántas innumerables cosas o nacen, o surgen, o se inician bajo un solo punto de tiempo, y tienen tan diversos éxitos que persuadan que estas observaciones son de reír para cualquier niño. ¿Pues quién es tan descorazonado que se atreva a decir que todos los árboles, todas las hierbas, todas las bestias, serpientes, aves, peces, gusanillos, tienen diversos momentos de nacer individualmente?

Solent tamen homines ad tentandam peritiam mathematicorum afferre ad eos constellationes mutorum animalium, quorum ortus propter hanc explorationem domi suae diligenter observant, eosque mathematicos praeferunt caeteris, qui constellationibus inspectis dicunt non esse hominem natum, sed pecus. Audent etiam dicere quale pecus, utrum aptum lanicio, an vectationi, an aratro, an custodiae domus. Nam et ad canina fata tentantur, et cum magnis admirantium clamoribus ista respondent. Sic desipiunt homines, ut existiment, cum homo nascitur, caeteros rerum ortus ita inhiberi, ut cum illo sub eadem coeli plaga nec musca nascatur. Nam si hanc admiserint, procedit ratiocinatio, quae gradatim accessibus modicis eos a muscis ad camelos elephantosque perducat. Nec illud volunt advertere, quod electo ad seminandum agrum die, tam multa grana in terram simul veniunt, simul germinant, exorta segete simul herbescunt, pubescunt, flavescunt; et tamen inde spicas caeteris coaevas, atque, ut ita dixerim, congerminales, alias rubigo interimit, alias aves depopulantur, alias homines avellunt. Quomodo istis alias constellationes fuisse dicturi sunt, quas tam diversos exitus habere conspiciunt? an eos poenitebit his rebus dies eligere, easque ad coeleste negabunt pertinere decretum, et solos sideribus subdent homines, quibus solis in terra Deus dedit liberas voluntates? His omnibus consideratis, non immerito creditur, cum astrologi mirabiliter multa vera respondent, occulto instinctu fieri spirituum non bonorum, quorum cura est has falsas et noxias opiniones de astralibus fatis inserere humanis mentibus atque firmare, non horoscopi notati et inspecti aliqua arte, quae nulla est.

Caput VIII.

De his qui non astrorum positionem, sed connexionem causarum ex Dei voluntate pendentem fati nomine appellant.

Qui vero non astrorum constitutionem, sicuti est cum quidque concipitur, vel nascitur, vel inchoatur, sed omnium connexionem seriemque causarum, qua fit omne quod fit, fati nomine appellant; non multum cum eis de verbi controversia laborandum atque certandum est: quandoquidem ipsum causarum ordinem et quandam connexionem Dei summi tribuunt voluntati et potestati, qui optime et veracissime creditur et cuncta scire antequam fiant, et nihil inordinatum relinquere; a quo sunt omnes potestates, quamvis ab illo non sint omnium voluntates.

Suelen, sin embargo, los hombres, para tentar la pericia de los matemáticos, llevarles las constelaciones de animales mudos, cuyos nacimientos observan diligentemente en su casa por causa de esta exploración, y prefieren a aquellos matemáticos antes que a los demás, que habiendo inspeccionado las constelaciones dicen que no ha nacido un hombre, sino una bestia. Se atreven incluso a decir qué clase de bestia, si apta para la lana, o para la carga, o para el arado, o para la custodia de la casa. Pues también para los hados caninos son tentados, y con grandes clamores de los que se admiran responden estas cosas. Así desvarían los hombres, que piensan que cuando nace un hombre, los demás nacimientos de las cosas se inhiben de tal modo que con él, bajo la misma región del cielo, ni una mosca nazca. Pues si admiten esto, procede el raciocinio que gradualmente, por accesos módicos, los conduzca desde las moscas hasta los camellos y elefantes. Ni quieren advertir aquello de que, elegido el día para sembrar el campo, tantos granos vienen a la tierra a la vez, germinan a la vez, surgida la mies verdecen a la vez, maduran, amarillean a la vez; y sin embargo de allí, de las espigas coetáneas de las demás, y, por así decirlo, congerminales, el tizón mata a unas, las aves deprendan otras, los hombres arrancan otras. ¿Cómo han de decir que hubo otras constelaciones para estas, que ven que tienen tan diversos éxitos? ¿O acaso les pesará elegir días para estas cosas, y negarán que pertenecen al decreto celestial, y sujetarán a las estrellas solos a los hombres, a quienes solos en la tierra dio Dios voluntades libres? Consideradas todas estas cosas, no sin razón se cree que cuando los astrólogos responden maravillosamente muchas verdades, sucede por un oculto instinto de espíritus no buenos, cuyo cuidado es insertar y afirmar estas falsas y nocivas opiniones sobre los hados astrales en las mentes humanas, no por algún arte del horóscopo notado e inspeccionado, que no es ninguno.

Capítulo VIII.

De aquellos que llaman con el nombre de hado no a la posición de los astros, sino a la conexión de las causas que pende de la voluntad de Dios.

Pero los que llaman con el nombre de hado no a la constitución de los astros, como es cuando cada cosa se concibe, o nace, o se inicia, sino a la conexión y serie de todas las causas por la que se hace todo lo que se hace; no se debe trabajar ni contender mucho con ellos sobre la controversia de la palabra: puesto que atribuyen ese mismo orden de las causas y cierta conexión a la voluntad y potestad del Dios sumo, de quien muy excelente y veracísimamente se cree que conoce todas las cosas antes de que se hagan, y que no deja nada inordinado; de quien son todas las potestades, aunque de Él no sean las voluntades de todos.

Ipsam itaque praecipue Dei summi voluntatem, cujus potestas insuperabiliter per cuncta porrigitur, eos appellare fatum sic probatur. Annaei Senecae sunt, nisi fallor, hi versus: Duc, summe pater, altique dominator poli, Quocumque placuit, nulla parendi mora est. Adsum impiger: fac nolle, comitabor gemens, Malusque patiar facere quod licuit bono. Ducunt volentem fata, nolentem trahunt. Nempe evidentissime hoc ultimo versu ea fata appellavit, quam supra dixerat summi patris voluntatem: cui se paratum obedire dicit, ut volens ducatur, ne nolens trahatur; quoniam scilicet Ducunt volentem fata, nolentem trahunt. Illi quoque versus Homerici huic sententiae suffragantur, quos Cicero in latinum vertit: Tales sunt hominum mentes, quali pater ipse Juppiter auctiferas lustravit lumine terras. Nec in hac quaestione auctoritatem haberet poetica sententia: sed quoniam Stoicos dicit, vim fati asserentes, istos ex Homero versus solere usurpare, non de illius poetae, sed de istorum philosophorum opinione tractatur, cum per istos versus, quos disputationi adhibent, quam de fato habent, quid sentiant esse fatum, apertissime declaratur, quoniam Jovem appellant, quem summum deum putant, a quo connexionem dicunt pendere fatorum.

Caput IX.

De praescientia Dei et libera hominis voluntate, contra Ciceronis definitionem.

1. Hos Cicero ita redarguere nititur, ut non existimet aliquid se adversus eos valere, nisi auferat divinationem. Quam sic conatur auferre, ut neget esse scientiam futurorum, eamque omnibus viribus nullam esse omnino contendat, vel in Deo, vel in homine, nullamque rerum praedictionem. Ita et Dei praescientiam negat, et omnem prophetiam luce clariorem conatur evertere vanis argumentationibus, et opponendo sibi quaedam oracula, quae facile possunt refelli: quae tamen nec ipsa convincit. In his autem mathematicorum conjecturis refutandis ejus regnat oratio; quia vere tales sunt, ut se ipsae destruant et refellant. Multo sunt autem tolerabiliores qui vel siderea fata constituunt, quam iste, qui tollit praescientiam futurorum. Nam et confiteri esse Deum et negare praescium futurorum, apertissima insania est. Quod et ipse cum videret, etiam illud tentavit asserere, quod scriptum est, Dixit insipiens in corde suo, Non est Deus (Psal. XIII, 1): sed non ex sua persona.

Que ellos llaman hado especialmente a esa misma voluntad del Dios sumo, cuya potestad se extiende insuperablemente por todas las cosas, se prueba así. De Anneo Séneca son, si no me engaño, estos versos: Guía, padre sumo y dominador del alto polo, a dondequiera que plugo, no hay ninguna demora en obedecer. Aquí estoy impávido: haz que no quiera, acompañaré gimiendo, y como malo sufriré hacer lo que le fue lícito al bueno. Los hados guían al que quiere, al que no quiere lo arrastran. Ciertamente muy evidentemente en este último verso llamó hados a lo que arriba había dicho voluntad del sumo padre: a la cual dice estar preparado para obedecer, para que sea guiado queriendo, no sea arrastrado no queriendo; puesto que ciertamente los hados guían al que quiere, al que no quiere lo arrastran. También aquellos versos homéricos sufragan esta sentencia, los cuales Cicerón vertió al latín: Tales son las mentes de los hombres, cual el mismo padre Júpiter ilustró con luz las tierras dadoras de frutos. Ni en esta cuestión tendría autoridad la sentencia poética: sino porque dice que los estoicos, asertores de la fuerza del hado, suelen usar estos versos de Homero, se trata no sobre la opinión de aquel poeta, sino sobre la de aquellos filósofos, puesto que por medio de estos versos que aplican a la disputa que tienen sobre el hado, se declara muy abiertamente qué piensan que es el hado, puesto que llaman Júpiter a quien piensan que es el dios sumo, de quien dicen que pende la conexión de los hados.

Capítulo IX.

De la presciencia de Dios y el libre albedrío del hombre, contra la definición de Cicerón.

1. A éstos intenta Cicerón refutarlos de tal modo que no piensa que vale algo contra ellos si no quita la adivinación. La cual intenta quitar de tal modo que niega que haya ciencia de las cosas futuras, y con todas sus fuerzas sostiene que no es ninguna en absoluto, ni en Dios ni en el hombre, y que no hay ninguna predicción de las cosas. Así, niega la presciencia de Dios e intenta subvertir toda profecía más clara que la luz con vanas argumentaciones y oponiéndose a sí mismo ciertos oráculos que fácilmente pueden ser refutados: los cuales, sin embargo, ni él mismo convence. Pero en refutar estas conjeturas de los matemáticos reina su oración; porque verdaderamente son tales que ellas mismas se destruyen y refutan. Pero son mucho más tolerables los que incluso constituyen los hados siderales que éste, que quita la presciencia de las cosas futuras. Pues confesar que hay Dios y negar que sea presviente de las cosas futuras es una abierta locura. Lo cual, viendo él mismo, intentó también asertar aquello que está escrito: 'Dijo el necio en su corazón: No hay Dios' (Salmo XIII, 1): pero no desde su propia persona.

Vidit enim quam esset invidiosum et molestum: ideoque Cottam fecit disputantem de hac re adversum Stoicos in libris de deorum Natura (Libro 3), et pro Lucilio Balbo, cui Stoicorum partes defendendas dedit, maluit ferre sententiam, quam pro Cotta, qui nullam naturam divinam esse contendit. In libris vero de Divinatione ex se ipso apertissime oppugnat praescientiam futurorum. Hoc autem totum facere videtur, ne fatum esse consentiat, et perdat liberam voluntatem. Putat enim, concessa scientia futurorum, ita esse consequens fatum, ut negari omnino non possit. Sed quoquo modo se habeant tortuosissimae concertationes et disputationes philosophorum, nos ut confitemur summum et verum Deum, ita voluntatem summamque potestatem ac praescientiam ejus confitemur. Nec timemus ne ideo non voluntate faciamus, quod voluntate facimus, quia id nos facturos ille praescivit, cujus praescientia falli non potest. Quod Cicero timuit, ut oppugnaret praescientiam; et Stoici, ut non omnia necessitate fieri dicerent, quamvis omnia fato fieri contenderent.

2. Quid est ergo quod Cicero timuit in praescientia futurorum, ut eam labefactare disputatione detestabili niteretur? Videlicet quia si praescita sunt omnia futura, hoc ordine venient, quo ventura esse praescita sunt: et si hoc ordine venient, certus est ordo rerum praescienti Deo: et si certus est ordo rerum, certus est ordo causarum; non enim aliquid fieri potest, quod non aliqua efficiens causa praecesserit: si autem certus est ordo causarum, quo fit omne quod fit; fato, inquit, fiunt omnia quae fiunt. Quod si ita est, nihil est in nostra potestate, nullumque est arbitrium voluntatis: quod si concedimus, inquit, omnis humana vita subvertitur; frustra leges dantur; frustra objurgationes, laudes, vituperationes, exhortationes adhibentur; neque ulla justitia bonis praemia, et malis supplicia constituta sunt. Haec ergo ne consequantur indigna et absurda et perniciosa rebus humanis, non vult esse praescientiam futurorum: atque in has angustias coarctat animum religiosum, ut unum eligat e duobus, aut esse aliquid in nostra voluntate, aut esse praescientiam futurorum: quoniam utrumque arbitratur esse non posse, sed si alterum confirmabitur, alterum tolli; si elegerimus praescientiam futurorum, tolli voluntatis arbitrium; si elegerimus voluntatis arbitrium, tolli praescientiam futurorum. Ipse itaque ut vir magnus et doctus, et vitae humanae plurimum ac peritissime consulens, ex his duobus elegit liberum voluntatis arbitrium: quod ut confirmaretur, negavit praescientiam futurorum: atque ita, dum vult facere liberos, fecit sacrilegos. Religiosus autem animus utrumque eligit, utrumque confitetur, et fide pietatis utrumque confirmat.

Vio, en efecto, cuán invidioso y molesto sería: y por eso hizo a Cotta disputando sobre esta cosa contra los estoicos en los libros de la Naturaleza de los dioses (Libro 3), y prefirió dar la sentencia por Lucilio Balbo, a quien dio a defender las partes de los estoicos, que por Cotta, que sostiene que no hay ninguna naturaleza divina. Pero en los libros de la Adivinación, desde sí mismo, se opone muy abiertamente a la presciencia de las cosas futuras. Todo esto parece hacerlo para no consentir que haya hado y perder el libre albedrío. Piensa, en efecto, que concedida la ciencia de las cosas futuras, el hado es tan consecuente que no puede negarse en absoluto. Pero de cualquier modo que se tengan las tortuosísimas concertaciones y disputas de los filósofos, nosotros, así como confesamos al sumo y verdadero Dios, así confesamos su voluntad y suma potestad y presciencia. Ni tememos que por eso no hagamos por voluntad lo que hacemos por voluntad, porque Él presupo que lo habríamos de hacer, cuya presciencia no puede ser engañada. Lo cual temió Cicerón para oponerse a la presciencia; y los estoicos, para no decir que todas las cosas se hacían por necesidad, aunque sostenían que todas se hacían por el hado.

2. ¿Qué es, pues, lo que temió Cicerón en la presciencia de las cosas futuras, para que se esforzara en debilitarla con una disputa detestable? Evidentemente, porque si todas las cosas futuras están prepuestas, vendrán en aquel orden en que se ha previsto que han de venir; y si vendrán en este orden, el orden de las cosas es cierto para Dios presciente; y si el orden de las cosas es cierto, el orden de las causas es cierto; pues no puede hacerse algo sin que haya precedido alguna causa eficiente. Pero si el orden de las causas es cierto, por el cual se hace todo lo que se hace, «por el hado», dice, «se hacen todas las cosas que se hacen». Lo cual, si es así, nada está en nuestra potestad, y no hay ningún albedrío de la voluntad; «lo cual, si lo concedemos», dice, «toda la vida humana se subvierte; en vano se dan las leyes; en vano se emplean las reprensiones, las alabanzas, los vituperios y las exhortaciones; ni se ha establecido justicia alguna para los premios de los buenos y los suplicios de los malos». Para que no se sigan, pues, estas cosas indignas, absurdas y perniciosas para las cosas humanas, no quiere que haya presciencia de las cosas futuras; y en estas angustias estrecha al ánimo religioso, para que elija una de las dos: o que hay algo en nuestra voluntad, o que hay presciencia de las cosas futuras; ya que estima que ambas no pueden ser, sino que si una se confirma, la otra se quita; si elegimos la presciencia de las cosas futuras, se quita el albedrío de la voluntad; si elegimos el albedrío de la voluntad, se quita la presciencia de las cosas futuras. Él mismo, por tanto, como hombre grande y docto, y consultando muchísimo y con gran pericia por la vida humana, eligió de estas dos el libre albedrío de la voluntad; el cual, para que se confirmara, negó la presciencia de las cosas futuras; y así, mientras quiere hacer a los hombres libres, los hizo sacrílegos. Pero el ánimo religioso elige ambas cosas, ambas las confiesa y, con la fe de la piedad, ambas las confirma.

Quomodo, inquit? Nam si est praescientia futurorum, sequentur illa omnia, quae connexa sunt, donec eo perveniatur, ut nihil sit in nostra voluntate. Porro si est aliquid in nostra voluntate, eisdem recursis gradibus eo pervenitur, ut non sit praescientia futurorum. Nam per illa omnia sic recurritur: Si est voluntatis arbitrium, non omnia fato fiunt: si non omnia fato fiunt, non est omnium certus ordo causarum: si certus causarum ordo non est, nec rerum certus est ordo praescienti Deo, quae fieri non possunt, nisi praecedentibus et efficientibus causis: si rerum ordo praescienti Deo certus non est, non omnia sic veniunt, ut ea ventura praescivit: porro si non omnia sic veniunt, ut ab illo ventura praescita sunt, non est, inquit, in Deo praescientia omnium futurorum.

3. Nos adversus istos sacrilegos ausus atque impios, et Deum dicimus omnia scire antequam fiant, et voluntate nos facere, quidquid a nobis nonnisi volentibus fieri sentimus et novimus. Omnia vero fato fieri non dicimus, imo nulla fieri fato dicimus: quoniam fati nomen ubi solet a loquentibus poni, id est in constitutione siderum cum quisque conceptus aut natus est (quoniam res ipsa inaniter asseritur), nihil valere monstramus. Ordinem autem causarum, ubi voluntas Dei plurimum potest, neque negamus, neque fati vocabulo nuncupamus, nisi forte ut fatum a fando dictum intelligamus, id est a loquendo : non enim abnuere possumus esse scriptum in Litteris sanctis, Semel locutus est Deus, duo haec audivi; quoniam potestas Dei est, et tibi, Domine, misericordia, quia tu reddes unicuique secundum opera ejus (Psal. LXI, 12, 13). Quod enim dictum est, Semel locutus est, intelligitur, Immobiliter, hoc est incommutabiliter, est locutus, sicut novit incommutabiliter omnia quae futura sunt, et quae ipse facturus est. Hac itaque ratione possemus a fando fatum appellare, nisi hoc nomen jam in alia re soleret intelligi, quo corda hominum nolumus inclinari. Non est autem consequens, ut, si Deo certus est omnium ordo causarum, ideo nihil sit in nostrae voluntatis arbitrio. Et ipsae quippe nostrae voluntates in causarum ordine sunt, qui certus est Deo ejusque praescientia continetur; quoniam et humanae voluntates humanorum operum causae sunt. Atque ita qui omnes rerum causas praescivit, profecto in eis causis etiam nostras voluntates ignorare non potuit, quas nostrorum operum causas esse praescivit.

«¿Cómo?», dice. Pues si hay presciencia de las cosas futuras, se seguirán todas aquellas cosas que están conectadas, hasta llegar a que nada haya en nuestra voluntad. Por lo demás, si hay algo en nuestra voluntad, por los mismos grados recorridos en sentido inverso se llega a que no haya presciencia de las cosas futuras. Pues por todas ellas se retrocede así: Si hay albedrío de la voluntad, no todas las cosas se hacen por el hado; si no todas las cosas se hacen por el hado, no hay un orden cierto de todas las causas; si no hay un orden cierto de las causas, tampoco el orden de las cosas es cierto para Dios presciente, las cuales cosas no pueden hacerse sino por causas precedentes y eficientes; si el orden de las cosas no es cierto para Dios presciente, no todas las cosas vienen así como Él previó que vendrían; por lo demás, si no todas las cosas vienen como por Él fueron previstas que vendrían, no hay, dice, en Dios presciencia de todas las cosas futuras.

3. Nosotros, contra estos sacrílegos e impíos intentos, decimos tanto que Dios sabe todas las cosas antes de que se hagan, como que nosotros hacemos por voluntad lo que sentimos y conocemos que no se hace por nosotros sino queriéndolo. Pero no decimos que todas las cosas se hacen por el hado; más bien decimos que ninguna se hace por el hado: ya que mostramos que el nombre del hado, donde suele ponerse por los que hablan, esto es, en la constitución de los astros cuando cada uno es concebido o nacido (puesto que la cosa misma se aserta vanamente), nada vale. Pero el orden de las causas, donde la voluntad de Dios puede muchísimo, ni lo negamos, ni lo llamamos con el vocablo del hado, a no ser acaso que entendamos que el hado se dice de *fando*, esto es, de hablar; pues no podemos negar que está escrito en las Sagradas Letras: «Una vez habló Dios, estas dos cosas oí: que la potestad es de Dios, y para ti, Señor, la misericordia, porque tú pagarás a cada uno según sus obras» (Salmo LXI, 12, 13). Pues lo que se dijo, «Una vez habló», se entiende: Inmóvilmente, esto es, inmutablemente ha hablado, así como conoce inmutablemente todas las cosas que han de ser y las que Él mismo ha de hacer. Por esta razón podríamos llamar hado a lo que viene de *fando*, si este nombre no soliera entenderse ya en otra cosa, a la cual no queremos que se inclinen los corazones de los hombres. No es, sin embargo, consecuencia que, si para Dios es cierto el orden de todas las causas, por eso nada haya en el albedrío de nuestra voluntad. Pues incluso nuestras mismas voluntades están en el orden de las causas, el cual es cierto para Dios y está contenido por su presciencia; ya que también las voluntades humanas son causas de las obras humanas. Y así, quien previó todas las causas de las cosas, ciertamente en esas causas no pudo ignorar tampoco nuestras voluntades, las cuales previó que eran causas de nuestras obras.

4. Nam et illud quod idem Cicero concedit nihil fieri si causa efficiens non praecedat (Libro de Fato, cap. 10, et seqq.), satis est ad eum in hac quaestione redarguendum. Quid enim eum adjuvat, quod dicit, nihil quidem fieri sine causa, sed non omnem causam esse fatalem; quia est causa fortuita, est naturalis, est voluntaria? Sufficit quia omne quod fit, nonnisi causa praecedente fieri confitetur. Nos enim eas causas, quae dicuntur fortuitae, unde etiam fortuna nomen accepit, non esse dicimus nullas, sed latentes; easque tribuimus vel Dei veri, vel quorumlibet spirituum voluntati: ipsasque naturales nequaquam ab illius voluntate sejungimus, qui est auctor omnis conditorque naturae. Jam vero causae voluntariae aut Dei sunt, aut Angelorum, aut hominum, aut quorumque animalium: si tamen appellandae sunt voluntates animalium rationis expertium motus illi, quibus aliqua faciunt secundum naturam suam, cum quid vel appetunt , vel evitant. Angelorum autem voluntates dico, sive bonorum, quos Angelos Dei dicimus; sive malorum, quos angelos diaboli vel etiam daemones appellamus: sic et hominum bonorum scilicet et malorum. Ac per hoc colligitur, non esse causas efficientes omnium quae fiunt, nisi voluntarias, illius naturae scilicet quae spiritus vitae est. Nam et aer iste seu ventus, dicitur spiritus: sed quoniam corpus est, non est spiritus vitae. Spiritus ergo vitae, qui vivificat omnia, creatorque est omnis corporis et omnis creati spiritus, ipse est Deus, spiritus utique non creatus. In ejus voluntate summa potestas est, quae creatorum spirituum voluntates bonas adjuvat, malas judicat, omnes ordinat; et quibusdam tribuit potestates , quibusdam non tribuit. Sicut enim omnium naturarum creator est, ita omnium potestatum dator, non voluntatum. Malae quippe voluntates ab illo non sunt; quoniam contra naturam sunt, quae ab illo est. Corpora igitur magis subjacent voluntatibus; quaedam nostris, id est omnium animantium mortalium, et magis hominum quam bestiarum; quaedam vero angelorum: sed omnia maxime Dei voluntati subdita sunt; cui etiam voluntates omnes subjiciuntur, quia non habent potestatem nisi quam ille concedit. Causa itaque rerum quae facit, nec fit, Deus est. Aliae vero causae et faciunt, et fiunt; sicut sunt omnes creati spiritus, maxime rationales. Corporales autem causae, quae magis fiunt, quam faciunt, non sunt inter causas efficientes annumerandae; quoniam hoc possunt, quod ex ipsis faciunt spirituum voluntates. Quomodo igitur ordo causarum, qui praescienti certus est Deo, id efficit, ut nihil sit in nostra voluntate, cum in ipso causarum ordine magnum habeant locum nostrae voluntates? Contendat ergo Cicero cum eis, qui hunc causarum ordinem dicunt esse fatalem, vel potius ipsum fati nomine appellant (Libro de Fato, capp. 11, 12); quod nos abhorremus, praecipue propter vocabulum, quod non in re vera consuevit intelligi.

4. Pues incluso aquello que el mismo Cicerón concede, que nada se hace si no precede una causa eficiente, es suficiente para refutarlo en esta cuestión. ¿De qué le ayuda, en efecto, que diga que nada se hace ciertamente sin causa, pero que no toda causa es fatal; porque hay causa fortuita, hay natural, hay voluntaria? Basta con que confiese que todo lo que se hace no se hace sino precediendo una causa. Pues nosotros decimos que aquellas causas que se llaman fortuitas, de donde también la fortuna recibió el nombre, no es que no sean ninguna, sino que están latentes; y las atribuimos o a la voluntad del Dios verdadero, o de cualesquiera espíritus; y las mismas naturales de ningún modo las separamos de la voluntad de Aquel que es autor y fundador de toda la naturaleza. Ya en verdad las causas voluntarias o son de Dios, o de los Ángeles, o de los hombres, o de cualesquiera animales: si es que han de llamarse voluntades de los animales carentes de razón aquellos movimientos por los que hacen algo según su naturaleza, cuando o apetecen o evitan algo. Pero digo las voluntades de los Ángeles, ya sean de los buenos, a los que llamamos Ángeles de Dios; ya de los malos, a los que llamamos ángeles del diablo o incluso demonios: así también de los hombres, a saber, de los buenos y de los malos. Y por esto se colige que no hay causas eficientes de todo lo que se hace sino las voluntarias, de aquella naturaleza, a saber, que es espíritu de vida. Pues incluso este aire o viento se llama espíritu; pero puesto que es cuerpo, no es espíritu de vida. El espíritu de vida, pues, que vivifica todas las cosas, y es creador de todo cuerpo y de todo espíritu creado, es Dios mismo, espíritu ciertamente no creado. En su voluntad está la suma potestad, que ayuda a las voluntades buenas de los espíritus creados, juzga las malas, ordena todas; y a algunas concede potestades, a otras no las concede. Pues así como es creador de todas las naturalezas, así es dador de todas las potestades, no de las voluntades. Pues las malas voluntades no son de Él; porque son contra la naturaleza, que es de Él. Los cuerpos, por tanto, están más sujetos a las voluntades; algunos a las nuestras, esto es, de todos los seres animados mortales, y más de los hombres que de las bestias; algunos, en verdad, de los ángeles: pero todos están máximamente sometidos a la voluntad de Dios; al cual también todas las voluntades se sujetan, porque no tienen potestad sino la que Él concede. La causa, por tanto, de las cosas, que hace y no es hecha, es Dios. Pero otras causas tanto hacen como son hechas; como son todos los espíritus creados, máximamente los racionales. Pero las causas corporales, que más son hechas que hacen, no han de ser numeradas entre las causas eficientes; ya que esto pueden, lo que de ellas hacen las voluntades de los espíritus. ¿Cómo, pues, el orden de las causas, que es cierto para Dios presciente, hace que nada haya en nuestra voluntad, cuando en ese mismo orden de las causas tienen un gran lugar nuestras voluntades? Contienda, pues, Cicerón con los que dicen que este orden de las causas es fatal, o más bien lo llaman con el nombre del hado; lo cual nosotros aborrecemos, principalmente por el vocablo, que no suele entenderse en la realidad verdadera.

Quod vero negat ordinem omnium causarum esse certissimum et Dei praescientiae notissimum, plus eum quam Stoici detestamur. Aut enim Deum esse negat, quod quidem inducta alterius persona in libris de Deorum Natura facere molitus est: aut si esse confitetur Deum, quem negat praescium futurorum, etiam sic dicit nihil aliud, quam quod ille dixit insipiens in corde suo, Non est Deus (Psal. XIII, 1). Qui enim non est praescius omnium futurorum, non est utique Deus. Quapropter et voluntates nostrae tantum valent, quantum Deus eas valere voluit atque praescivit: et ideo quidquid valent, certissime valent; et quod facturae sunt, ipsae omnino facturae sunt: quia valituras atque facturas ille praescivit, cujus praescientia falli non potest. Quapropter si mihi fati nomen alicui rei adhibendum placeret, magis dicerem fatum esse infirmioris, potentioris voluntatem, qui eum habet in potestate, quam illo causarum ordine, quem non usitato, sed suo more Stoici fatum appellant, arbitrium nostrae voluntatis auferri.

Caput X.

An voluntatibus hominum aliqua dominetur necessitas.

1. Unde nec illa necessitas formidanda est, quam formidando Stoici laboraverunt causas rerum ita distinguere, ut quasdam subtraherent necessitati, quasdam subderent: atque in his quas esse sub necessitate noluerunt, posuerunt etiam nostras voluntates, ne videlicet non essent liberae, si subderentur necessitati. Si enim necessitas nostra illa dicenda est, quae non est in nostra potestate, sed, etiamsi nolimus, efficit quod potest, sicut est necessitas mortis; manifestum est voluntates nostras, quibus recte vel perperam vivitur, sub tali necessitate non esse. Multa enim facimus, quae, si nolemus, non utique faceremus. Quo primitus pertinet ipsum velle: nam, si volumus, est; si nolumus, non est: non enim vellemus, si nolemus. Si autem illa definitur esse necessitas, secundum quam dicimus necesse esse ut ita sit aliquid, vel ita fiat; nescio cur eam timeamus, ne nobis libertatem auferat voluntatis. Neque enim et vitam Dei et praescientiam Dei sub necessitate ponimus, si dicamus necesse esse Deum semper vivere, et cuncta praescire: sicut nec potestas ejus minuitur, cum dicitur mori fallique non posse.

Pero en cuanto a que niega que el orden de todas las causas sea certísimo y muy conocido por la presciencia de Dios, lo detestamos más que los estoicos. Pues o niega que Dios existe —lo cual ciertamente intentó hacer introduciendo la persona de otro en los libros de la Naturaleza de los dioses— o si confiesa que Dios existe, a quien niega presciente de las cosas futuras, aun así no dice otra cosa que lo que aquel necio dijo en su corazón: «No hay Dios» (Salmo XIII, 1). Pues quien no es presciente de todas las cosas futuras, no es ciertamente Dios. Por lo cual también nuestras voluntades tanto valen cuanto Dios quiso y previó que valieran; y por eso, cuanto valen, certísimamente valen; y lo que han de hacer, ellas mismas lo han de hacer por completo: porque previó que habrían de valer y de actuar Aquel cuya presciencia no puede ser engañada. Por lo cual, si me pluguiera aplicar a alguna cosa el nombre del hado, más bien diría que el hado es la voluntad del más fuerte para con el más débil, que lo tiene en su potestad, que no que por aquel orden de las causas, al que los estoicos llaman hado no al modo usual sino al suyo propio, se quita el albedrío de nuestra voluntad.

Capítulo X.

Si alguna necesidad domina las voluntades de los hombres.

1. Por lo cual ni ha de temerse aquella necesidad por la cual, temiéndola, los estoicos trabajaron en distinguir las causas de las cosas de tal modo que sustrajeran algunas a la necesidad y sometieran otras; y entre estas que no quisieron que estuvieran bajo la necesidad, pusieron también nuestras voluntades, para que, evidentemente, no dejaran de ser libres si se sometían a la necesidad. Pues si ha de decirse que es necesidad nuestra aquella que no está en nuestra potestad, sino que, aunque no queramos, efectúa lo que puede, como es la necesidad de la muerte; es manifiesto que nuestras voluntades, por las que se vive recta o perversamente, no están bajo tal necesidad. Pues muchas cosas hacemos que, si no quisiéramos, no las haríamos ciertamente. A lo cual pertenece primariamente el mismo querer; pues si queremos, es; si no queremos, no es: pues no querríamos si no quisiéramos. Pero si se define que es necesidad aquella según la cual decimos que es necesario que algo sea así, o así se haga; no sé por qué habríamos de temerla, por si nos quita la libertad de la voluntad. Pues ni ponemos bajo la necesidad tanto la vida de Dios como la presciencia de Dios, si decimos que es necesario que Dios siempre viva y lo prevea todo; así como tampoco su potestad disminuye cuando se dice que no puede morir ni engañarse.

Sic enim hoc non potest, ut potius, si posset, minoris esset utique potestatis. Recte quippe omnipotens dicitur, qui tamen mori et falli non potest. Dicitur enim omnipotens faciendo quod vult, non patiendo quod non vult: quod ei si accideret, nequaquam esset omnipotens. Unde propterea quaedam non potest, quia omnipotens est. Sic etiam, cum dicimus necesse esse ut, cum volumus, libero velimus arbitrio; et verum procul dubio dicimus, et non ideo ipsum liberum arbitrium necessitati subjicimus, quae adimit libertatem. Sunt igitur nostrae voluntates, et ipsae faciunt quidquid volendo facimus, quod non fieret, si nollemus. Quidquid autem aliorum hominum voluntate nolens quisque patitur, etiam sic voluntas valet; etsi non illius tamen hominis voluntas, sed potestas Dei . Nam si voluntas tantum esset, nec posset quod vellet, potentiore voluntate impediretur: nec sic tamen voluntas, nisi voluntas esset; nec alterius, sed ejus esset, qui vellet, etsi non posset implere quod vellet. Unde quidquid praeter suam voluntatem patitur homo, non debet tribuere humanis vel angelicis vel cujusquam creati spiritus voluntatibus, sed ejus potius, qui dat potestatem volentibus.

2. Non ergo propterea nihil est in nostra voluntate, quia Deus praescivit quid futurum esset in nostra voluntate: non enim qui hoc praescivit, nihil praescivit. Porro si ille, qui praescivit quid futurum esset in nostra voluntate, non utique nihil, sed aliquid praescivit; profecto et illo praesciente est aliquid in notra voluntate. Quocirca nullo modo cogimur, aut retenta praescientia Dei tollere voluntatis arbitrium, aut retento voluntatis arbitrio Deum (quod nefas est) negare praescium futurorum: sed utrumque amplectimur, utrumque fideliter et veraciter confitemur; illud, ut bene credamus; hoc, ut bene vivamus. Male autem vivitur, si de Deo non bene creditur. Unde absit a nobis ejus negare praescientiam, ut liberi esse velimus , quo adjuvante sumus liberi, vel erimus. Proinde non frustra sunt leges, objurgationes, exhortationes, laudes et vituperationes: quia et ipsas futuras esse praescivit, et valent plurimum, quantum eas valituras esse praescivit; et preces valent ad ea impetranda, quae se precantibus concessurum esse praescivit: et juste praemia bonis factis, et peccatis supplicia constituta sunt. Neque enim ideo peccat homo , quia Deus illum peccaturum esse praescivit: imo ideo non dubitatur ipsum peccare, cum peccat, quia ille, cujus praescientia falli non potest, non fatum, non fortunam, non aliquid aliud, sed ipsum peccaturum esse praescivit. Qui si nolit, utique non peccat: sed si peccare noluerit, etiam hoc ille praescivit.

Pues esto no lo puede de tal modo que más bien, si pudiera, sería ciertamente de menor potestad. Con razón, en efecto, se llama omnipotente el que, sin embargo, no puede morir ni engañarse. Pues se llama omnipotente haciendo lo que quiere, no padeciendo lo que no quiere; lo cual, si le sucediera, de ningún modo sería omnipotente. Por lo cual, por eso mismo no puede algunas cosas, porque es omnipotente. Así también, cuando decimos que es necesario que, cuando queremos, queramos con libre albedrío; tanto decimos una verdad sin duda alguna, como no por eso sujetamos ese mismo libre albedrío a una necesidad que quita la libertad. Son, por tanto, nuestras voluntades, y ellas mismas hacen todo lo que hacemos queriendo, lo cual no se haría si no quisiéramos. Pero lo que cualquiera padece contra su voluntad por la voluntad de otros hombres, incluso así prevalece una voluntad; aunque no la voluntad de aquel hombre, sino la potestad de Dios. Pues si sólo fuera voluntad, y no pudiera lo que quisiera, sería impedida por una voluntad más potente; ni aun así dejaría de ser voluntad si fuera voluntad; ni sería de otro, sino de aquel que quisiera, aunque no pudiera cumplir lo que quisiera. Por lo cual, todo lo que padece un hombre fuera de su voluntad, no debe atribuirlo a las voluntades humanas o angélicas o de cualquier espíritu creado, sino más bien de Aquel que da potestad a los que quieren.

2. No, por tanto, por eso nada hay en nuestra voluntad porque Dios previó qué habría de haber en nuestra voluntad; pues quien previó esto, no previó nada. Por lo demás, si Aquel que previó qué habría de haber en nuestra voluntad no previó ciertamente nada, sino algo; ciertamente, aun previendo Él, hay algo en nuestra voluntad. Por lo cual de ningún modo nos vemos obligados, o a quitar el albedrío de la voluntad reteniendo la presciencia de Dios, o a negar (lo cual es un nefas) que Dios sea presciente de las cosas futuras reteniendo el albedrío de la voluntad; sino que abrazamos ambas cosas, ambas las confesamos fiel y verazmente; aquélla para que creamos bien, ésta para que vivamos bien. Pero se vive mal si no se cree bien acerca de Dios. Por lo cual, lejos de nosotros negar su presciencia para querer ser libres, con cuya ayuda somos libres o lo seremos. Por consiguiente, no en vano existen las leyes, las reprensiones, las exhortaciones, las alabanzas y los vituperios: porque también previó que habrían de existir, y valen muchísimo, cuanto Él previó que habrían de valer; y las súplicas valen para alcanzar aquellas cosas que Él previó que habría de conceder a los que le suplican; y justamente se han establecido premios para las buenas acciones y suplicios para los pecados. Pues no por eso peca el hombre porque Dios previó que habría de pecar; al contrario, por eso no se duda que él mismo peca cuando peca, porque Aquel, cuya presciencia no puede ser engañada, previó no el hado, no la fortuna, no otra cosa alguna, sino que él mismo habría de pecar. El cual, si no quiere, ciertamente no peca; pero si no quisiere pecar, también esto lo previó Él.

Caput XI.

De universali providentia Dei, cujus legibus omnia continentur.

Deus itaque summus et verus cum Verbo suo et Spiritu sancto, quae tria unum sunt, Deus unus omnipotens, creator et factor omnis animae atque omnis corporis: cujus sunt participatione felices, quicumque sunt veritate, non vanitate felices: qui fecit hominem rationale animal ex anima et corpore; qui eum peccantem nec impunitum esse permisit, nec sine misericordia dereliquit; qui bonis et malis essentiam etiam cum lapidibus, vitam seminalem etiam cum arboribus, vitam sensualem etiam cum pecoribus, vitam intellectualem cum solis Angelis dedit: a quo est omnis modus, omnis species, omnis ordo; a quo est mensura, numerus, pondus; a quo est quidquid naturaliter est, cujuscumque generis est, cujuslibet aestimationis est; a quo sunt semina formarum, formae seminum, motus seminum atque formarum: qui dedit et carni originem, pulchritudinem, valetudinem, propagationis fecunditatem, membrorum dispositionem, salutem concordiae: qui et animae irrationali dedit memoriam, sensum, appetitum; rationali autem insuper mentem, intelligentiam, voluntatem: qui non solum coelum et terram, nec solum angelum et hominem; sed nec exigui et contemptibilis animantis viscera, nec avis pennulam , nec herbae flosculum, nec arboris folium sine suarum partium convenientia, et quadam veluti pace dereliquit: nullo modo est credendus regna hominum eorumque dominationes et servitutes a suae providentiae legibus alienas esse voluisse.

Caput XII.

Quibus moribus antiqui Romani meruerint ut Deus verus, quamvis non eum colerent, eorum augeret imperium.

1. Proinde videamus quos Romanorum mores, et quam ob causam Deus verus ad augendum imperium adjuvare dignatus est, in cujus potestate sunt etiam regna terrena. Quod ut absolutius disserere possemus, ad hoc pertinentem et superiorem librum conscripsimus, quod in hac re potestas nulla sit eorum deorum, quos etiam rebus nugatoriis colendos putarunt; et praesentis voluminis partes superiores, quas huc usque perduximus, de fati quaestione tollenda: ne quisquam, cui jam persuasum esset non illorum deorum cultu Romanum imperium propagatum atque servatum, nescio cui fato potius id tribueret, quam Dei summi potentissimae voluntati.

Capítulo XI.

De la universal providencia de Dios, por cuyas leyes todas las cosas se contienen.

El Dios sumo y verdadero, por tanto, con su Verbo y el Espíritu Santo, las cuales tres cosas son uno solo, Dios uno omnipotente, creador y hacedor de toda alma y de todo cuerpo: por cuya participación son felices todos los que lo son por la verdad, no por la vanidad: que hizo al hombre animal racional de alma y cuerpo; que ni permitió que quedara impune al pecar, ni lo abandonó sin misericordia; que dio a los buenos y a los malos la esencia incluso con las piedras, la vida seminal incluso con los árboles, la vida sensual incluso con las bestias, la vida intelectual sólo con los Ángeles: de quien es todo modo, toda especie, todo orden; de quien es la medida, el número, el peso; de quien es todo lo que naturalmente existe, de cualquier género que sea, de cualquier estimación que sea; de quien son las semillas de las formas, las formas de las semillas, los movimientos de las semillas y de las formas: que dio también a la carne el origen, la hermosura, la salud, la fecundidad de la propagación, la disposición de los miembros, la salud de la concordia: que dio también al alma irracional la memoria, el sentido, el apetito; y a la racional, además, la mente, la inteligencia, la voluntad: que no dejó solo el cielo y la tierra, ni solo al ángel y al hombre; pero ni siquiera las entrañas del más pequeño y despreciable animalito, ni la plumilla del ave, ni la florecilla de la hierba, ni la hoja del árbol sin la conveniencia de sus partes y una como cierta paz: de ningún modo se ha de creer que haya querido que los reinos de los hombres y sus dominaciones y servidumbres sean ajenos a las leyes de su providencia.

Capítulo XII.

Por qué costumbres los antiguos romanos merecieron que el Dios verdadero, aunque no lo adoraban, aumentara su imperio.

1. Por tanto, veamos qué costumbres de los romanos, y por qué causa, el Dios verdadero, en cuya potestad están también los reinos terrenos, se dignó ayudar para aumentar su imperio. Para que pudiéramos disertar esto más plenamente, escribimos el libro anterior perteneciente a esto, mostrando que en este asunto no hay potestad alguna de aquellos dioses que pensaron que debían ser adorados incluso por cosas insignificantes; y las partes superiores del presente volumen, que hasta aquí hemos conducido, sobre la eliminación de la cuestión del hado: para que nadie, que ya estuviera persuadido de que el imperio romano no fue propagado ni conservado por el culto de aquellos dioses, lo atribuyera más bien a no sé qué hado, que a la poderosísima voluntad del Dios sumo.

Veteres igitur primique Romani, quantum eorum docet et commendat historia, quamvis ut aliae gentes, excepta una populi Hebraeorum, deos falsos colerent, et non Deo victimas, sed daemoniis immolarent. tamen laudis avidi, pecuniae liberales erant, gloriam ingentem, divitias honestas volebant (Sallust. in Catil., cap. 7): hanc ardentissime dilexerunt, propter hanc vivere voluerunt, pro hac emori non dubitaverunt . Caeteras cupiditates hujus unius ingenti cupiditate presserunt. Ipsam denique patriam suam, quoniam servire videbatur inglorium, dominari vero atque imperare gloriosum, prius omni studio liberam, deinde dominam esse concupierunt. Hinc est quod regalem dominationem non ferentes, annua imperia binosque imperatores sibi fecerunt, qui consules appellati sunt a consulendo, non reges aut domini a regnando atque dominando: cum et reges utique a regendo dicti melius videantur, ut regnum a regibus, reges autem, ut dictum est, a regendo; sed fastus regius non disciplina putata est regentis, vel benevolentia consulentis, sed superbia dominantis. Expulso itaque rege Tarquinio, et consulibus institutis, secutum est quod idem auctor in Romanorum laudibus posuit, quod civitas, incredibile memoratu est, adepta libertate quantum brevi creverit, tanta cupido gloriae incesserat (Sallust. in Catil. cap. 7). Ista ergo laudis aviditas et cupido gloriae multa illa miranda fecit, laudabilia scilicet atque gloriosa secundum hominum existimationem.

2. Laudat idem Sallustius temporibus suis magnos et praeclaros viros, Marcum Catonem et Caium Caesarem, dicens quod diu illa respublica non habuit quemquam virtute magnum, sed sua memoria fuisse illos duos ingenti virtute, diversis moribus. In laudibus autem Caesaris posuit, quod sibi magnum imperium, exercitum, bellum novum exoptabat, ubi virtus enitescere posset (Ibid., capp. 53, 54). Ita fiebat in votis virorum virtute magnorum, ut excitaret in bellum miseras gentes, et flagello agitaret Bellona sanguineo, ut esset ubi virtus eorum enitesceret. Hoc illa profecto laudis aviditas et gloriae cupido faciebat. Amore itaque primitus libertatis, post etiam dominationis, et cupiditate laudis et gloriae, multa magna fecerunt. Reddit eis utriusque rei testimonium etiam poeta insignis illorum: inde quippe ait, Necnon Tarquinium ejectum Porsenna jubebat, Accipere, ingentique urbem obsidione premebat: Aeneadae in ferrum pro libertate ruebant. (Virgil. Aeneid. lib. 8, vers. 646-648.) Tunc itaque magnum illis fuit aut fortiter emori, aut liberos vivere.

Los antiguos y primeros romanos, pues, según enseña y encomienda su historia, aunque como las demás naciones, exceptuando la sola del pueblo de los hebreos, adoraban a dioses falsos y no inmolaban víctimas a Dios, sino a los demonios, sin embargo eran «ávidos de alabanza, liberales con el dinero, querían gloria inmensa y riquezas honestas» (Salustio, In Catil., cap. 7): a esta amaron ardientemente, por esta quisieron vivir, por esta no dudaron en morir. Las demás concupiscencias las reprimieron con la ingente codicia de esta sola cosa. Finalmente, a su misma patria, puesto que les parecía inglorioso servir, pero glorioso dominar e imperar, desearon primero con todo estudio que fuera libre, y después señora. De aquí es que, no tolerando la dominación real, se hicieron mandos anuales y sendos jefes, que fueron llamados cónsules por el consultar, no reyes ni señores por el reinar y dominar: puesto que los reyes ciertamente parecen mejor llamados por el regir, como el reino de los reyes, y los reyes, como se ha dicho, por el regir; pero la altivez regia no fue considerada como disciplina del que rige, o benevolencia del que consulta, sino soberbia del que domina. Expulsado, pues, el rey Tarquinio e instituidos los cónsules, siguió lo que el mismo autor puso en las alabanzas de los romanos: que «es increíble de recordar cuánto creció la ciudad en breve tiempo una vez alcanzada la libertad, tan grande deseo de gloria les había invadido» (Salustio, In Catil., cap. 7). Aquella avidez de alabanza, pues, y deseo de gloria, hizo muchas de aquellas cosas admirables, loables ciertamente y gloriosas según la estimación de los hombres.

2. El mismo Salustio alaba en sus tiempos a hombres grandes y preclaros, Marco Catón y Cayo César, diciendo que por mucho tiempo aquella república no tuvo a nadie grande en virtud, pero que en su memoria aquellos dos fueron de ingente virtud, aunque de diversas costumbres. En las alabanzas de César puso que deseaba para sí un gran imperio, un ejército y una guerra nueva, donde su virtud pudiera resplandecer (Salustio, In Catil., capp. 53, 54). Así sucedía en los votos de los hombres grandes en virtud, que incitaran a la guerra a las miserables naciones, y Belona las agitara con su látigo sangriento, para que hubiera donde su virtud resplandeciera. Esto ciertamente lo hacía aquella avidez de alabanza y deseo de gloria. Por amor, pues, primeramente a la libertad, y después también a la dominación, y por la codicia de alabanza y gloria, hicieron muchas cosas grandes. Da testimonio de ellos en ambas cosas también su insigne poeta: de donde dice, «Asimismo Porsena mandaba recibir al expulsado Tarquinio, y oprimía la ciudad con un ingente asedio: los descendientes de Eneas se lanzaban al hierro por la libertad» (Virgilio, Eneida, lib. 8, vers. 646-648). Entonces, pues, fue para ellos cosa grande o morir valerosamente o vivir libres.

Sed cum esset adepta libertas, tanta cupido gloriae incesserat, ut parum esset sola libertas, nisi et dominatio quaereretur, dum pro magno haberetur quod, velut loquente Jove, idem poeta dicit, Quin aspera Juno, Quae mare nunc terrasque metu coelumque fatigat, Consilia in melius referet, mecumque fovebit Romanos rerum dominos gentemque togatam. Sic placitum. Veniet lustris labentibus aetas, Cum domus Assaraci Phthiam clarasque Mycenas Servitio premet, ac victis dominabitur Argis. (Aeneid. lib. 1, vers. 279-285.) Quae quidem Virgilius, Jovem inducens tanquam futura praedicentem, ipse jam facta recolebat, cernebatque praesentia: verum propterea commemorare illa volui, ut ostenderem dominationem post libertatem sic habuisse Romanos, ut in eorum magnis laudibus poneretur. Hinc est et illud ejusdem poetae, quod, cum aliarum gentium artibus eas ipsas proprias Romanorum artes regnandi atque imperandi et subigendi ac debellandi populos anteponeret, ait, Excudent alii spirantia mollius aera: Credo equidem, vivos ducent de marmore vultus: Orabunt causas melius; coelique meatus Describent radio, et surgentia sidera dicent. Tu regere imperio populos, Romane, memento. Hae tibi erunt artes, pacique imponere morem, Parcere subjectis, et debellare superbos. (Aeneid. lib. 6, vers. 847-853.)

3. Has artes illi tanto peritius exercebant, quanto minus se voluptatibus dabant, et enervationi animi et corporis in concupiscendis et augendis divitiis, et per illas moribus corrumpendis, rapiendo miseris civibus, largiendo scenicis turpibus. Unde qui tales jam morum labes superabant atque abundabant, quando scribebat ista Sallustius, canebatque Virgilius, non illis artibus ad honores et gloriam, sed dolis atque fallaciis ambiebant. Unde idem dicit: Sed primo magis ambitio quam avaritia animos hominum exercebat, quod tamen vitium propius virtutem erat. Nam gloriam, honorem, imperium bonus et ignavus aeque sibi exoptant: sed ille, inquit, vera via nititur; huic quia bonae artes desunt, dolis atque fallaciis contendit (Sallust. in Catil., c. 11). Hae sunt illae bonae artes, per virtutem scilicet, non per fallacem ambitionem ad honorem et gloriam et imperium pervenire; quae tamen bonus et ignavus aeque sibi exoptant: sed ille, id est bonus, vera via nititur. Via virtus est, qua nititur tanquam ad possessionis finem, id est ad gloriam, honorem, imperium.

Pero una vez alcanzada la libertad, les había invadido tan grande deseo de gloria, que era poco la sola libertad si no se buscaba también la dominación, mientras se tenía por gran cosa lo que, como si hablara Júpiter, dice el mismo poeta: «Incluso la áspera Juno, que ahora fatiga con miedo el mar, las tierras y el cielo, volverá sus consejos para mejor, y conmigo favorecerá a los romanos, señores de las cosas y nación togada. Así plugo. Vendrá con el paso de los lustros una edad en que la casa de Asáraco oprima con servidumbre a Fitia y a la clara Micenas, y domine sobre la vencida Argos» (Virgilio, Eneida, lib. 1, vers. 279-285). Estas cosas Virgilio ciertamente, introduciendo a Júpiter como prediciendo cosas futuras, él mismo ya las recordaba como hechas y las veía presentes; pero quise conmemorarlas por eso, para mostrar que los romanos, después de la libertad, tuvieron la dominación de tal modo que se ponía entre sus grandes alabanzas. De aquí es también aquello del mismo poeta, que, prefiriendo aquellas mismas artes propias de los romanos de reinar, imperar, subyugar y debelar pueblos a las artes de otras naciones, dice: «Otros forjarán más blandamente bronces que respiran: lo creo ciertamente, sacarán del mármol rostros vivos; defenderán mejor las causas; y describirán con el radio los movimientos del cielo, y dirán las estrellas que nacen. Tú, romano, acuérdate de regir a los pueblos con tu imperio. Estas serán tus artes: imponer la costumbre a la paz, perdonar a los sometidos y debelar a los soberbios» (Virgilio, Eneida, lib. 6, vers. 847-853).

3. Estas artes las ejercitaban ellos tanto más peritamente cuanto menos se daban a los placeres y al enervamiento del ánimo y del cuerpo en codiciar y aumentar las riquezas, y por ellas corromper las costumbres, robando a los miserables ciudadanos y repartiendo a los torpes histriones. De donde los que ya superaban y abundaban en tales manchas de las costumbres, cuando escribía estas cosas Salustio y las cantaba Virgilio, no pretendían los honores y la gloria por aquellas artes, sino por dolo y falacias. De donde el mismo dice: «Pero al principio la ambición más que la avaricia ejercitaba los ánimos de los hombres, el cual vicio, sin embargo, estaba más cerca de la virtud. Pues la gloria, el honor y el imperio los desean para sí igualmente el bueno y el ignavo; pero aquel», dice, «se esfuerza por el camino verdadero; a este, porque le faltan las buenas artes, contiende con dolo y falacias» (Salustio, In Catil., c. 11). Estas son aquellas buenas artes: llegar al honor, a la gloria y al imperio por la virtud, no por la falaz ambición; las cuales, sin embargo, desean para sí igualmente el bueno y el ignavo; pero aquel, esto es el bueno, se esfuerza por el camino verdadero. El camino es la virtud, por la cual se esfuerza como hacia el fin de la posesión, esto es, hacia la gloria, el honor y el imperio.

Hoc insitum habuisse Romanos, etiam deorum apud illos aedes indicant, quas conjunctissimas constituerunt, Virtutis et Honoris , pro diis habentes quae dantur a Deo. Unde intelligi potest quem finem volebant esse virtutis, et quo eam referebant, qui boni erant, ad honorem scilicet: nam mali nec habebant eam, quamvis honorem habere cuperent, quem malis artibus conabantur adipisci, id est dolis atque fallaciis.

4. Melius laudatus est Cato. De illo quippe ait, Quo minus petebat gloriam, eo illum magis sequebatur (Ibid., cap. 54). Quandoquidem gloria est, cujus illi cupiditate flagrabant, judicium hominum bene de hominibus opinantium. Et ideo melior est virtus, quae humano testimonio contenta non est, nisi conscientiae suae. Unde dicit Apostolus, Nam gloria nostra haec est, testimonium conscientiae nostrae (II Cor. I, 12). Et alio loco, Opus autem suum probet unusquisque, et tunc in semetipso tantum gloriam habebit, et non in altero (Galat. VI, 4). Gloriam ergo et honorem et imperium, quae sibi exoptant, et quo bonis artibus pervenire nitebantur boni, non debet sequi virtus, sed ipsa virtutem. Neque enim est vera virtus, nisi quae ad eum finem tendit, ubi est bonum hominis, quo melius non est. Unde et honores quos petivit Cato, petere non debuit, sed eos civitas ob ejus virtutem non petenti dare .

5. Sed cum illa memoria duo Romani essent virtute magni, Caesar et Cato, longe virtus Catonis veritati videtur propinquior fuisse, quam Caesaris. Proinde qualis esset illo tempore civitas, et antea qualis fuisset, videamus in ipsa sententia Catonis: Nolite, inquit, existimare, majores nostros armis rempublicam ex parva magnam fecisse. Si ita esset, multo pulcherrimam eam nos haberemus. Quippe sociorum atque civium, praeterea armorum et equorum major copia nobis quam illis est. Sed alia fuere quae illos magnos fecerunt, quae nobis nulla sunt; domi industria, foris justum imperium, animus in consulendo liber, neque delicto neque libidini obnoxius. Pro his nos habemus luxuriam atque avaritiam, publice egestatem, privatim opulentiam: laudamus divitias, sequimur inertiam: inter bonos et malos discrimen nullum; omnia virtutis praemia ambitio possidet. Neque mirum: ubi vos separatim sibi quisque consilium capitis, ubi domi voluptatibus, hic pecuniae aut gratiae servitis, eo fit ut impetus fiat in vacuam rempublicam (Sallust. in Catilin., c. 52).

Que los romanos tuvieron esto ínsito lo indican también entre ellos los templos de los dioses, que constituyeron muy unidos, los de la Virtud y el Honor, teniendo por dioses lo que es dado por Dios. De donde se puede entender qué fin querían que fuera el de la virtud y a qué la referían los que eran buenos: al honor ciertamente; pues los malos ni siquiera la tenían, aunque desearon tener el honor, que intentaban alcanzar con malas artes, esto es, con dolo y falacias.

4. Mejor fue alabado Catón. Pues de él dice ciertamente: «Cuanto menos buscaba la gloria, tanto más le seguía» (Salustio, In Catil., cap. 54). Puesto que la gloria es, por cuyo deseo ellos ardían, el juicio de los hombres que opinan bien de los hombres. Y por eso es mejor la virtud que no se contenta con el testimonio humano, sino con el de su propia conciencia. De donde dice el Apóstol: «Pues nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia» (2 Cor 1, 12). Y en otro lugar: «Pruebe cada uno su propia obra, y entonces tendrá gloria sólo en sí mismo, y no en otro» (Gál 6, 4). La gloria, pues, el honor y el imperio, que deseaban para sí, y a los que los buenos se esforzaban por llegar con buenas artes, no deben ser seguidos por la virtud, sino ellos a la virtud. Pues no hay verdadera virtud sino la que tiende a aquel fin donde está el bien del hombre, mejor que el cual nada hay. De donde también los honores que buscó Catón, no debió buscarlos, sino que la ciudad debió dárselos por su virtud al que no los buscaba.

5. Pero habiendo en aquella memoria dos romanos grandes en virtud, César y Catón, la virtud de Catón parece haber estado mucho más cerca de la verdad que la de César. Por tanto, veamos qué tal era en aquel tiempo la ciudad, y qué tal había sido antes, en la misma sentencia de Catón: «No queráis», dice, «pensar que nuestros mayores hicieron la república grande de pequeña por las armas. Si así fuera, nosotros la tendríamos mucho más hermosa. Pues nosotros tenemos mayor abundancia de aliados y ciudadanos, además de armas y caballos, que ellos. Pero hubo otras cosas que los hicieron grandes, que para nosotros son nulas: la industria en casa, el imperio justo fuera, el ánimo libre en el consultar, no sujeto ni al delito ni a la libido. En lugar de estas nosotros tenemos el lujo y la avaricia, públicamente la indigencia, privadamente la opulencia: alabamos las riquezas, seguimos la inercia: entre los buenos y los malos no hay distinción alguna; la ambición posee todos los premios de la virtud. Y no es de extrañar: cuando vosotros cada uno por separado tomáis consejo para sí, cuando en casa servís a los placeres, aquí al dinero o al favor, de ahí resulta que se haga el ímpetu sobre una república vacía (Salustio, In Catil., c. 52).

6. Qui audit haec Catonis verba sive Sallustii, putat quales laudantur Romani veteres, omnes eos tales tunc fuisse, vel plures. Non ita est: alioquin vera non essent quae ipse item scribit, ea quae commemoravi in secundo libro hujus operis (Cap. 18), ubi dicit, injurias validiorum, et ob eas discessionem plebis a patribus, aliasque dissensiones domi fuisse jam inde a principio, neque amplius aequo et modesto jure actum, quam expulsis regibus, quam diu metus a Tarquinio fuit, donec bellum grave, quod propter ipsum cum Etruria susceptum fuerat, finiretur: postea vero servili imperio patres exercuisse plebem, regio more verberasse, agro pepulisse, et, caeteris expertibus, solos egisse in imperio; quarum discordiarum, dum illi dominari vellent, illi servire nollent, finem fuisse bellum Punicum secundum : quia rursus gravis metus coepit urgere, atque ab illis perturbationibus, alia majore cura cohibere animos inquietos, et ad concordiam revocare civilem. Sed per quosdam paucos, qui pro suo modo boni erant, magna administrabantur, atque, illis toleratis ac temperatis malis, paucorum bonorum providentia res illa crescebat, sicut idem historicus dicit, multa sibi legenti et audienti, quae populus Romanus domi militiaeque, mari atque terra praeclara facinora fecerit, libuisse se attendere quae res maxime tanta negotia sustinuisset; quoniam sciebat saepenumero parva manu cum magnis legionibus hostium contendisse Romanos, cognoverat parvis copiis bella gesta cum opulentis regibus; sibique multa agitanti constare dixit, paucorum civium egregiam virtutem cuncta patravisse, eoque factum ut divitias paupertas, multitudinem paucitas superaret. Sea postquam luxu atque desidia, inquit, civitas corrupta est, rursus respublica magnitudine sui imperatorum atque magistratuum vitia sustentabat. Paucorum igitur virtus ad gloriam, honorem, imperium, vera via, id est virtute ipsa, nitentium, etiam a Catone laudata est. Hinc erit domi industria, quam commemoravit Cato, ut aerarium esset opulentum, tenues res privatae. Unde corruptis moribus vitium e contrario posuit, publice egestatem, privatim opulentiam.

Caput XIII.

De amore laudis, qui cum sit vitium, ob hoc virtus putatur, quia per ipsum vitia majora cohibentur.

6. Quien oye estas palabras de Catón o de Salustio, piensa que tales como son alabados los antiguos romanos, todos ellos eran entonces tales, o al menos muchos. No es así: de otro modo no serían verdad las cosas que él mismo escribe igualmente, aquellas que conmemoré en el segundo libro de esta obra (Cap. 18), donde dice que las injurias de los más poderosos, y por ellas la secesión de la plebe de los padres, y otras disensiones hubo en casa ya desde el principio, y no se actuó con derecho igual y modesto más que expulsados los reyes, mientras duró el miedo a Tarquinio, hasta que se terminara la guerra grave que por causa de él se había emprendido con Etruria: pero que después los padres ejercitaron a la plebe con imperio servil, la azotaron al modo regio, la expulsaron del campo y, excluidos los demás, ellos solos actuaron en el imperio; de cuyas discordias, mientras aquellos querían dominar e estos no querían servir, el fin fue la segunda guerra púnica: porque de nuevo empezó a apremiar un grave miedo, y a refrenar con otra mayor preocupación los ánimos inquietos de aquellas perturbaciones, y a revocarlos a la concordia civil. Pero por algunos pocos, que eran buenos a su modo, se administraban grandes cosas y, tolerados y templados aquellos males, por la providencia de unos pocos buenos crecía aquella república, como dice el mismo historiador: que habiendo leído y oído muchas cosas, qué preclaras hazañas hizo el pueblo romano en paz y en guerra, por mar y por tierra, le plugo atender qué cosa principalmente había sostenido tan grandes negocios; puesto que sabía que muchas veces los romanos habían contendido con escasa mano contra grandes legiones de enemigos, había conocido que se habían gestado guerras con pocas tropas contra reyes opulentos; y dijo que, meditando muchas cosas, le constaba que la egregia virtud de unos pocos ciudadanos lo había realizado todo, y de ahí resultó que la pobreza superara a las riquezas y la escasez a la multitud. «Pero después que la ciudad fue corrompida por el lujo y la desidia», dice, «de nuevo la república, por su misma magnitud, sostenía los vicios de los generales y de los magistrados». La virtud de unos pocos, pues, que se esforzaban hacia la gloria, el honor y el imperio por el camino verdadero, esto es, por la virtud misma, fue alabada incluso por Catón. De aquí será la industria en casa, que conmemoró Catón, para que el erario fuera opulento y las haciendas privadas tenues. De donde, corrompidas las costumbres, puso el vicio contrario: públicamente la indigencia, privadamente la opulencia.

Capítulo XIII.

Del amor de la alabanza, el cual, aunque sea un vicio, por esto es tenido por virtud, porque por él se refrenan vicios mayores.

Quamobrem cum diu fuissent regna Orientis illustria , voluit Deus et occidentale fieri, quod tempore esset posterius, sed imperii latitudine et magnitudine illustrius. Idque talibus potissimum concessit hominibus ad domanda gravia mala multarum gentium, qui causa honoris, laudis et gloriae consuluerunt patriae, in qua ipsam gloriam requirebant, salutemque ejus saluti suae praeponere non dubitaverunt, pro isto uno vitio, id est amore laudis, pecuniae cupiditatem et multa alia vitia comprimentes. [XIII.] Nam sanius videt, qui et amorem laudis vitium esse cognoscit: quod nec poetam fugit Horatium, qui ait: Laudis amore tumes, sunt certa piacula quae te Ter pure lecto poterunt recreare libello. (Epistolarum lib. 1, epist. 1, vers. 36, 37.) Idemque in carmine lyrico, ad reprimendam dominandi libidinem ita cecinit: Latius regnes avidum domando Spiritum, quam si Libyam remotis Gadibus jungas, et uterque Poenus Serviat uni (Carmin. lib. 2, carm. 2, vers. 9-12.) Verumtamen qui libidines turpiores, fide pietatis impetrato Spiritu sancto, et amore intelligibilis pulchritudinis non refrenant, melius saltem cupiditate humanae laudis et gloriae, non quidem jam sancti, sed minus turpes sunt. Etiam Tullius hinc dissimulare non potuit , in eisdem libris quos de Republica scripsit, ubi loquitur de instituendo principe civitatis, quem dicit alendum esse gloria; et consequenter commemorat majores suos multa mira atque praeclara gloriae cupiditate fecisse. Huic ergo vitio non solum non resistebant, verum etiam id excitandum et accendendum esse censebant, putantes hoc utile esse reipublicae. Quanquam nec in ipsis philosophiae libris Tullius ab hac peste dissimulet, ubi eam luce clarius confitetur. Cum enim de studiis talibus loqueretur, quae utique sectanda sunt fine veri boni, non ventositate laudis humanae, hanc intulit universalem generalemque sententiam: Honos alit artes omnesque accenduntur ad studia gloria, jacentque ea semper quae apud quosque improbantur (Tuscul. Quaest. lib. 1, cap. 2).

Caput XIV.

De resecando amore laudis humanae, quoniam justorum gloria omnis in Deo sit.

Por lo cual, habiendo sido por mucho tiempo ilustres los reinos del Oriente, quiso Dios que se hiciera también uno occidental, que fuera posterior en el tiempo, pero más ilustre por la latitud y magnitud del imperio. Y lo concedió principalmente a tales hombres para domar los graves males de muchas naciones, los cuales, por causa del honor, la alabanza y la gloria, miraron por su patria, en la cual buscaban esa misma gloria, y no dudaron en anteponer la salud de ella a la salud propia, reprimiendo por este solo vicio, esto es, el amor de la alabanza, la codicia del dinero y muchos otros vicios. [XIII.] Pues ve más sanamente quien reconoce que también el amor de la alabanza es un vicio: lo cual no escapó al poeta Horacio, que dice: «Te hinchas por amor de la alabanza; hay ciertas expiaciones que podrán restaurarte, leído puramente tres veces el librito» (Epístolas, lib. 1, ep. 1, vers. 36, 37). Y el mismo en un poema lírico, para reprimir la libido de dominar, cantó así: «Reinarías más ampliamente domando un espíritu ávido, que si juntaras Libia a las remotas Gades, y ambos cartagineses sirvieran a uno solo» (Odas, lib. 2, oda 2, vers. 9-12). Sin embargo, los que no refrenan las libidines más torpes por la fe de la piedad, impetrado el Espíritu Santo y por amor de la belleza inteligible, son al menos menos torpes por la codicia de la alabanza y gloria humana, aunque no sean ya santos. Incluso Tulio aquí no pudo disimular, en aquellos mismos libros que escribió sobre la República, donde habla de instituir al príncipe de la ciudad, de quien dice que ha de ser alimentado por la gloria; y consecuentemente conmemora que sus mayores hicieron muchas cosas admirables y preclaras por la codicia de la gloria. A este vicio, pues, no sólo no resistían, sino que incluso juzgaban que debía ser excitado y encendido, pensando que esto era útil a la república. Aunque ni siquiera en aquellos libros de filosofía disimula Tulio de esta peste, donde la confiesa más clara que la luz. Pues hablando de tales estudios, que ciertamente han de ser seguidos por el fin del verdadero bien, no por la ventosidad de la alabanza humana, introdujo esta sentencia universal y general: «El honor alimenta las artes y todos son encendidos a los estudios por la gloria, y yacen siempre aquellas cosas que son improbadas entre cada cual» (Tuscul. Quaest., lib. 1, cap. 2).

Capítulo XIV.

De cercenar el amor de la alabanza humana, puesto que toda la gloria de los justos está en Dios.

Huic igitur cupiditati melius resistitur sine dubitatione, quam ceditur. Tanto enim quisque est Deo similior, quanto est ab hac immunditia mundior. Quae in hac vita etsi non funditus eradicatur ex corde, quia etiam bene proficientes animos tentare non cessat; saltem cupiditas gloriae superetur dilectione justitiae : ut si alicubi jacent, quae apud quosque improbantur, si bona, si recta sunt, etiam ipse amor humanae laudis erubescat, et cedat amori veritatis. Tam enim est hoc vitium inimicum piae fidei, si major in corde sit cupiditas gloriae quam Dei timor vel amor, ut Dominus diceret, Quomodo potestis credere, gloriam ab invicem exspectantes, et gloriam quae a solo Deo est non quaerentes (Joan. V, 44)? Item de quibusdam, qui in eum crediderant, et verebantur palam confiteri, ait Evangelista: Dilexerunt gloriam hominum magis quam Dei (Id. XII, 43). Quod sancti Apostoli non fecerunt: qui cum in his locis praedicarent Christi nomen, ubi non solum improbabatur (sicut ille ait, Jacentque ea semper, quae apud quosque improbantur),) verum etiam summae detestationis habebatur; tenentes quod audierant a bono Magistro eodemque medico mentium, Si quis me negaverit coram hominibus, negabo eum coram Patre meo, qui in coelis est, et coram Angelis Dei (Matth. X, 33; Luc. XII, 9); inter maledicta et opprobria, inter gravissimas persecutiones crudelesque poenas non sunt deterriti a praedicatione salutis humanae tanto fremitu offensionis humanae. Et quod eos divina facientes atque dicentes divineque viventes, debellatis quodammodo cordibus duris, atque introducta pace justitiae, ingens in Ecclesia Christi gloria consecuta est; non in ea tanquam in suae virtutis fine quieverunt: sed eam quoque ipsam ad Dei gloriam referentes, cujus gratia tales erant, isto quoque fomite eos, quibus consulebant, ad amorem illius, a quo et ipsi tales fierent, accendebant. Namque ne propter humanam gloriam boni essent, docuerat eos Magister illorum, dicens: Cavete facere justitiam vestram coram hominibus, ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in coelis est (Matth. VI, 1). Sed rursus ne hoc perverse intelligentes hominibus placere metuerent, minusque prodessent latendo quod boni sunt, demonstrans quo fine innotescere deberent, Luceant, inquit, opera vestra coram hominibus, ut videant bona facta vestra, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est (Id. V, 16). Non ergo, ut videamini ab eis, id est hac intentione ut eos ad vos converti velitis, quia non per vos aliquid estis: sed ut glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est, ad quem conversi fiant quod estis . Hos secuti sunt martyres, qui Scaevolas, et Curtios, et Decios, non sibi inferendo poenas, sed illatas ferendo, et virtute vera, quoniam vera pietate, et innumerabili multitudine superarunt.

A este deseo, pues, se resiste mejor sin duda que se le cede. Pues cada cual es tanto más semejante a Dios cuanto más limpio está de esta inmundicia. La cual en esta vida, aunque no sea erradicada de raíz del corazón, porque no cesa de tentar incluso a los ánimos que progresan en el bien, al menos sea vencido el deseo de gloria por el amor de la justicia: de modo que si en alguna parte yacen las cosas que son improbadas entre cada cual, si son buenas, si son rectas, incluso el mismo amor de la alabanza humana se avergüence y ceda al amor de la verdad. Pues tanto es este vicio enemigo de la fe piadosa, si hay en el corazón mayor deseo de gloria que temor o amor de Dios, que el Señor decía: «¿Cómo podéis creer, esperando gloria unos de otros, y no buscando la gloria que es del solo Dios?» (Jn 5, 44). Asimismo, de algunos que habían creído en Él y temían confesar abiertamente, dice el Evangelista: «Amaron la gloria de los hombres más que la de Dios» (Jn 12, 43). Lo cual no hicieron los santos Apóstoles, quienes, predicando el nombre de Cristo en aquellos lugares donde no sólo era improbado (como aquel dice: «Y yacen siempre aquellas cosas que son improbadas entre cada cual»), sino que incluso era tenido en suma detestación; guardando lo que habían oído del buen Maestro y el mismo médico de las mentes: «Cualquiera que me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre que está en los cielos, y delante de los Ángeles de Dios» (Mt 10, 33; Lc 12, 9); entre maldiciones y oprobios, entre gravísimas persecuciones y crueles penas, no fueron disuadidos de la predicación de la salvación humana por tan gran estruendo de la ofensa humana. And porque haciendo y diciendo cosas divinas y viviendo divinamente, debelados en cierto modo los corazones duros e introducida la paz de la justicia, se siguió una ingente gloria en la Iglesia de Cristo; no descansaron en ella como en el fin de su virtud, sino refiriéndola también a la gloria de Dios, por cuya gracia eran tales, con ese mismo incentivo encendían a aquellos por quienes miraban al amor de Aquel por quien ellos mismos llegaran a ser tales. Pues para que no fueran buenos por causa de la gloria humana, les había enseñado su Maestro, diciendo: «Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa cerca de vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 6, 1). Pero, por otra parte, para que entendiendo esto perversamente no temieran agradar a los hombres y aprovecharan menos ocultando que son buenos, demostrando con qué fin debían darse a conocer, dijo: «Luzcan vuestras obras delante de los hombres, para que vean vuestros buenos hechos y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16). No, pues, «para ser vistos por ellos», esto es, con esta intención de que queráis que ellos se conviertan a vosotros, porque no sois nada por vosotros mismos; sino «para que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos», a quien convertidos se hagan lo que vosotros sois. A estos siguieron los mártires, que superaron a los Escévolas, los Curcios y los Decios, no infiriéndose penas a sí mismos, sino sufriendo las inferidas, y con virtud verdadera, puesto que con verdadera piedad, y en innumerable multitud.

Sed cum illi essent in civitate terrena, quibus propositus erat omnium pro illa officiorum finis, incolumitas ejus, et regnum non in coelo, sed in terra; non in vita aeterna; sed in decessione morientium et successione moriturorum: quid aliud amarent quam gloriam, qua volebant etiam post mortem tanquam vivere in ore laudantium?

Caput XV.

De mercede temporali, quam Deus reddidit bonis moribus Romanorum.

Quibus ergo non erat Deus daturus vitam aeternam cum sanctis Angelis suis in civitate sua coelesti, ad cujus societatem pietas vera perducit, quae non exhibet servitutem religionis, quam λατρείαν Graeci vocant, nisi uni vero Deo; si neque hanc eis terrenam gloriam excellentissimi imperii concederet, non redderetur merces bonis artibus eorum, id est virtutibus, quibus ad tantam gloriam pervenire nitebantur. De talibus enim, qui propter hoc boni aliquid facere videntur, ut glorificentur ab hominibus, etiam Dominus ait, Amen dico vobis, perceperunt mercedem suam (Matth. VI, 2). Sic et isti privatas res suas pro re communi, hoc est republica, et pro ejus aerario contempserunt, avaritiae restiterunt, consuluerunt patriae consilio libero; neque delicto secundum suas leges, neque libidini obnoxii: his omnibus artibus tanquam vera via nisi sunt ad honores, imperium, gloriam: honorati sunt in omnibus fere gentibus; imperii sui leges imposuerunt multis gentibus; hodieque litteris et historia gloriosi sunt pene in omnibus gentibus. Non est quod de summi et veri Dei justitia conquerantur: perceperunt mercedem suam.

Caput XVI.

De mercede sanctorum civium civitatis aeternae, quibus utilia sunt Romanorum exempla virtutum.

Merces autem sanctorum longe alia est etiam hic opprobria sustinentium pro civitate Dei, quae mundi hujus dilectoribus odiosa est. Illa civitas sempiterna est: ibi nullus oritur, quia nullus moritur: ibi est vera et plena felicitas, non dea, sed donum Dei: inde fidei pignus accepimus, quamdiu peregrinantes ejus pulchritudini suspiramus: ibi non oritur sol super bonos et malos (Matth. V, 45), sed sol justitiae solos protegit bonos: ibi non erit magna industria, ditare aerarium publicum privatis rebus angustis, ubi thesaurus communis est veritatis.

Pero estando aquellos en la ciudad terrena, a los cuales estaba propuesto como fin de todos los oficios por ella la incolumidad de la misma y un reino no en el cielo, sino en la tierra; no en la vida eterna, sino en la partida de los que mueren y la sucesión de los que han de morir: ¿qué otra cosa amarían sino la gloria, por la cual querían incluso después de la muerte como vivir en la boca de los que los alaban?

Capítulo XV.

De la recompensa temporal que Dios dio a las buenas costumbres de los romanos.

A aquellos, pues, a quienes Dios no había de dar la vida eterna con sus santos Ángeles en su ciudad celestial, a cuya sociedad conduce la verdadera piedad, la cual no exhibe la servidumbre de la religión, que los griegos llaman latreía, sino al único Dios verdadero; si ni siquiera les concediera esta gloria terrena de un imperio excelentísimo, no se les daría la recompensa a sus buenas artes, esto es, a las virtudes con las que se esforzaban por llegar a tanta gloria. Pues de tales personas, que parecen hacer algo bueno para ser glorificados por los hombres, también dice el Señor: «En verdad os digo que ya recibieron su recompensa» (Mt 6, 2). Así también estos despreciaron sus cosas privadas por la cosa común, esto es, la república, y por su erario, resistieron a la avaricia, miraron por su patria con consejo libre; no sujetos ni al delito según sus leyes, ni a la libido: con todas estas artes como por camino verdadero se esforzaron por los honores, el imperio, la gloria: han sido honrados en casi todas las naciones; impusieron las leyes de su imperio a muchas naciones; y hoy son gloriosos por las letras y la historia en casi todas las naciones. No hay por qué se quejen de la justicia del sumo y verdadero Dios: «ya recibieron su recompensa».

Capítulo XVI.

De la recompensa de los santos ciudadanos de la ciudad eterna, a quienes son útiles los ejemplos de las virtudes de los romanos.

Pero la recompensa de los santos es muy otra, incluso de los que sufren aquí oprobios por la ciudad de Dios, la cual es odiosa a los amadores de este mundo. Aquella ciudad es sempiterna: allí nadie nace, porque nadie muere: allí está la verdadera y plena felicidad, no una diosa, sino un don de Dios: de allí hemos recibido la prenda de la fe, mientras peregrinando suspiramos por su hermosura: allí no sale el sol sobre buenos y malos (Mt 5, 45), sino que el sol de justicia protege a los solos buenos: allí no habrá gran industria de enriquecer el erario público con las haciendas privadas estrechas, donde el tesoro común es el de la verdad.

Proinde non solum ut talis merces talibus hominibus redderetur, Romanum imperium ad humanam gloriam dilatatum est; verum etiam ut cives aeternae illius civitatis, quamdiu hic peregrinantur (II Cor. V, 6.), diligenter et sobrie illa intueantur exempla, et videant quanta dilectio debeatur supernae patriae propter vitam aeternam, si tantum a suis civibus terrena dilecta est propter hominum gloriam.

Caput XVII.

Quo fructu Romani bella gesserint, et quantum his quos vicere, contulerint.

1. Quantum enim pertinet ad hanc vita mortalium, quae paucis diebus ducitur et finitur, quid interest sub cujus imperio vivat homo moriturus, si illi qui imperant, ad impia et iniqua non cogant? Aut vero aliquid nocuerunt Romani gentibus, quibus subjugatis imposuerunt leges suas, nisi quia id factum est ingenti strage bellorum? Quod si concorditer fieret, idipsum fieret meliore successu: sed nulla esset gloria triumphantium. Neque enim et Romani non vivebant sub legibus suis, quas caeteris imponebant. Hoc si fieret sine Marte et Bellona , ut nec victoria locum haberet, nemine vincente ubi nemo pugnaverat, nonne Romanis et caeteris gentibus una esset eademque conditio? praesertim si mox fieret, quod postea gratissime atque humanissime factum est, ut omnes ad Romanum imperium pertinentes societatem acciperent civitatis et Romani cives essent; ac sic esset omnium, quod erat ante paucorum: tantum, quod plebs illa, quae suos agros non haberet, de publico viveret: qui pastus ejus per bonos administratores reipublicae gratius a concordibus praestaretur, quam victis extorqueretur.

2. Nam quid intersit ad incolumitatem bonosque mores, ipsas certe hominum dignitates, quod alii vicerunt, alii victi sunt, omnino non video, praeter illum gloriae humanae inanissimum fastum, in quo perceperunt mercedem suam, qui ejus ingenti cupidine arserunt, et ardentia bella gesserunt. Numquid enim illorum agri tributa non solvunt? numquid eis licet discere, quod aliis non licet? numquid non multi senatores sunt in aliis terris, qui Romam ne facie quidem norunt ? Tolle jactantiam, et omnes homines quid sunt nisi homines? Quod si perversitas saeculi admitteret, ut honoratiores essent quique meliores; nec sic pro magno habereri debuit honor humanus, quia nullius est ponderis fumus. Sed utamur etiam in his rebus beneficio Domini Dei nostri: consideremus quanta contempserint, quae pertulerint, quas cupiditates subegerint pro humana gloria, qui eam tanquam mercedem talium virtutum accipere meruerunt: et valeat nobis etiam hoc ad opprimendam superbiam;

Por tanto, no sólo para que tal recompensa se diera a tales hombres fue dilatado el imperio romano para la gloria humana; sino también para que los ciudadanos de aquella ciudad eterna, mientras aquí peregrinan (2 Cor 5, 6), intuyan diligente y sobriamente aquellos ejemplos, y vean cuánta dilección se debe a la patria superna por la vida eterna, si tanto fue amada la terrena por sus ciudadanos por la gloria de los hombres.

Capítulo XVII.

Con qué fruto los romanos gestaron guerras, y cuánto confirieron a aquellos a quienes vencieron.

1. Pues en cuanto pertenece a esta vida de los mortales, que en pocos días se lleva y se acaba, ¿qué importa bajo el imperio de quién viva el hombre que ha de morir, si aquellos que mandan no le fuerzan a cosas impías e inicuas? ¿O es que los romanos dañaron en algo a las naciones a las que, una vez subyugadas, impusieron sus leyes, sino porque eso se hizo con una ingente matanza de guerras? Lo cual, si se hiciera concordemente, eso mismo se hiciera con mejor éxito; pero no habría gloria alguna de los que triunfan. Pues ni siquiera los romanos no vivían bajo sus propias leyes, que imponían a los demás. Si esto se hiciera sin Marte y Belona, de modo que ni la victoria tuviera lugar, no venciendo nadie donde nadie hubiera peleado, ¿no sería una misma la condición de los romanos y de las demás naciones? especialmente si pronto se hiciera lo que después se hizo muy grata y humanamente: que todos los pertenecientes al imperio romano recibieran la sociedad de la ciudad y fueran ciudadanos romanos; y así fuera de todos lo que antes era de unos pocos: sólo que aquella plebe, que no tuviera sus campos, viviera de lo público; cuyo sustento sería prestado más gratamente por los concordes mediante buenos administradores de la república, que extorsionado a los vencidos.

2. Pues qué interese para la incolumidad y las buenas costumbres, ciertamente las mismas dignidades de los hombres, el que unos vencieran y otros fueran vencidos, no lo veo en absoluto, fuera de aquel vanísimo orgullo de la gloria humana, en el cual recibieron su recompensa los que ardieron con su ingente codicia y gestaron ardientes guerras. ¿Acaso sus campos no pagan tributos? ¿Acaso les es lícito aprender lo que a otros no es lícito? ¿Acaso no hay muchos senadores en otras tierras que ni siquiera conocen a Roma de rostro? Quita la jactancia, y todos los hombres ¿qué son sino hombres? Lo cual, si la perversidad del siglo admitiera que fueran más honrados los mejores, ni aun así debió tenerse por gran cosa el honor humano, porque el humo no tiene ningún peso. Pero usemos también en estas cosas del beneficio del Señor Dios nuestro: consideremos cuántas cosas despreciaron, cuáles sufrieron, qué codicias subyugaron por la gloria humana los que merecieron recibirla como recompensa de tales virtudes; y válganos también esto para oprimir la soberbia:

ut cum illa civitas, in qua nobis regnare promissum est, tantum ab hac distet, quantum distat coelum a terra, a temporali laetitia vita aeterna, ab inanibus laudibus solida gloria, a societate mortalium societas Angelorum, a lumine solis et lunae lumen ejus qui fecit solem et lunam, nihil sibi magnum fecisse videantur tantae patriae cives, si pro illa adipiscenda fecerint boni operis aliquid, vel mala aliqua sustinuerint; cum illi pro hac terrena jam adepta tanta fecerint, tanta perpessi sint. Praesertim quia remissio peccatorum, quae cives ad aeternam colligit patriam, habet aliquid, cui per umbram quamdam simile fuit asylum illud Romuleum, quo multitudinem, qua illa civitas conderetur, quorumlibet delictorum congregavit impunitas.

CAPUT XVIII.---Quam alieni a jactantia esse debeant Christiani, si aliquid fecerint pro dilectione aeternae patriae, cum tanta Romani gesserint pro humana gloria et civitate terrena.

1. Quid ergo magnum est pro illa aeterna coelestique patria, cuncta saeculi hujus quamlibet jucunda blandimenta contemnere, si pro hac temporali atque terrena filios Brutus potuit et occidere , quod illa facere neminem cogit? Sed certe difficilius est filios interimere, quam quod pro ista faciendum est, ea quae filiis congreganda videbantur atque servanda, vel donare pauperibus, vel, si existat tentatio quae id pro fide atque justitia fieri compellat, amittere. Felilices enim vel nos vel filios nostros non divitiae terrenae faciunt, aut nobis viventibus amittendae, aut, nobis mortuis, a quibus nescimus, vel forte a quibus nolumus, possidendae: sed Deus felices facit, qui est mentium vera opulentia. Bruto autem, quia filios occidit, infelicitatis perhibet testimonium etiam poeta laudator. Ait enim: Natosque pater nova bella moventes Ad poenam pulchra pro libertate vocabit, Infelix, utcumque ferent ea facta minores Sed versu sequenti consolatus est infelicem Vincit amor patriae laudumque immensa cupido. (Aeneid. lib. 6, vers. 820-823.) Haec sunt duo illa, libertas et cupiditas laudis humanae, quae ad facta compulere miranda Romanos. Si ergo pro libertate moriturorum et cupiditate laudum, quae a mortalibus expetuntur, occidi filii a patre potuerunt; quid magnum est, si pro vera libertate, quae nos ab iniquitatis et mortis et diaboli dominatu liberos facit, nec cupiditate humanarum laudum, sed charitate liberandorum hominum, non a Tarquinio rege, sed a daemonibus et daemonum principe, non filii occiduntur, sed Christi pauperes inter filios computantur?

que distando tanto aquella ciudad, en la cual se nos ha prometido reinar, de esta, cuanto dista el cielo de la tierra, la vida eterna de la alegría temporal, la gloria sólida de las vanas alabanzas, la sociedad de los Ángeles de la sociedad de los mortales, la luz de Aquel que hizo el sol y la luna de la luz del sol y de la luna, no les parezca a los ciudadanos de tan gran patria haber hecho nada grande para sí mismos si para alcanzarla hicieren algo de buena obra o sufrieren algunos males; habiendo aquellos hecho tanto y padecido tanto por esta terrena ya alcanzada. Especialmente porque la remisión de los pecados, que recoge a los ciudadanos para la patria eterna, tiene algo a lo cual fue semejante por una cierta sombra aquel asilo de Rómulo, en el cual la impunidad de cualesquiera delitos congregó la multitud por la que aquella ciudad fuera fundada.

CAPÍTULO XVIII.---Cuán ajenos a la jactancia deben estar los cristianos si hicieren algo por amor de la patria eterna, habiendo los romanos hecho tanto por la gloria humana y la ciudad terrena.

1. ¿Qué cosa grande es, pues, por aquella patria eterna y celestial, despreciar todos los halagos de este siglo, por agradables que sean, si por esta temporal y terrena pudo Bruto incluso matar a sus hijos, cosa que aquella no obliga a nadie a hacer? Pero ciertamente es más difícil matar a los hijos que lo que ha de hacerse por aquella: o dar a los pobres las cosas que parecían deber ser congregadas y guardadas para los hijos, o perderlas si sobreviniera una tentación que obligara a que eso se hiciera por la fe y la justicia. Pues ni a nosotros ni a nuestros hijos nos hacen felices las riquezas terrenas, que o se han de perder viviendo nosotros, o, una vez muertos, han de ser poseídas por quienes no sabemos, o tal vez por quienes no queremos; sino que Dios hace felices, el cual es la verdadera opulencia de las mentes. De Bruto, pues, porque mató a sus hijos, da testimonio de infelicidad incluso un poeta que lo alaba. Pues dice: «Y a los hijos que mueven nuevas guerras, el padre los llamará al suplicio por la hermosa libertad, infeliz, comoquiera que cuenten esos hechos los venideros». Pero en el verso siguiente consoló al infeliz: «Vence el amor de la patria y la inmensa codicia de alabanzas» (Virgilio, Eneida, lib. 6, vers. 820-823). Estas son aquellas dos cosas, la libertad y la codicia de la alabanza humana, que impulsaron a los romanos a hechos admirables. Si, pues, por la libertad de los que han de morir y por la codicia de las alabanzas que se pretenden de los mortales, pudieron los hijos ser muertos por el padre; ¿qué cosa grande es si por la verdadera libertad, que nos hace libres del dominio de la iniquidad y de la muerte y del diablo, y no por codicia de alabanzas humanas, sino por la caridad de liberar a los hombres, no del rey Tarquinio, sino de los demonios y del príncipe de los demonios, no se matan los hijos, sino que los pobres de Cristo son contados entre los hijos?

2. Si alius etiam Romanus princeps, cognomine Torquatus, filium, non quia contra patriam, sed etiam pro patria, tamen quia contra imperium suum, id est contra quod imperaverat pater imperator, ab hoste provocatus juvenili ardore pugnaverat, licet vicisset, occidit; ne plus mali esset in exemplo imperii contempti, quam boni in gloria hostis occisi: utquid se jactent, qui pro immortalis patriae legibus omnia, quae multo minus quam filii diliguntur, bona terrena contemnunt? Si Furius Camillus etiam ingratam patriam, a cujus cervicibus acerrimorum hostium Veientium jugum depulerat, damnatusque ab aemulis fuerat, a Gallis iterum liberavit, quia non habebat potiorem ubi posset vivere gloriosus: cur extollatur velut grande aliquid fecerit, qui forte in Ecclesia ab inimicis carnalibus gravissimam exhonorationis passus injuriam, non se ad ejus hostes haereticos transtulit, aut aliquam contra illam ipse haeresim condidit, sed eam potius quantum valuit ab haereticorum perniciosissima pravitate defendit; cum alia non sit, non ubi vivatur in hominum gloria, sed ubi vita acquiratur aeterna? Si Mucius, ut cum Porsenna rege pax fieret, qui gravissimo bello Romanos premebat, quia Porsennam ipsum occidere non potuit, et pro eo alterum deceptus occidit, in ardentem aram ante oculos ejus dexteram extendit, dicens multos tales, qualem illum videret, in ejus exitium conjurasse; cujus ille fortitudinem et conjurationem talium perhorrescens, sine ulla dilatione se ab illo bello facta pace compescuit: quis regno coelorum imputaturus est merita sua, si pro illo non unam manum, neque hoc sibi ultro faciens, sed persequente aliquo patiens, totum flammis corpus impenderit? Si Curtius armatus equo concito in abruptum hiatum terrae se praecipitem dedit, deorum suorum oraculis serviens, quoniam jusserant ut illuc id, quod Romani haberent optimum, mitteretur, nec aliud intelligere potuerunt, quam viris armisque se excellere, unde videlicet oportebat ut deorum jussis in illum interitum vir praecipitaretur armatus: quid se magnum pro aeterna patria fecisse dicturus est, qui aliquem fidei suae passus inimicum, non se ultro in talem mortem mittens, sed ab illo missus obierit; quandoquidem a Domino suo eodemque rege patriae suae certius oraculum accepit, Nolite timere eos qui corpus occidunt, animam autem non possunt occidere (Matth. X, 28)?

2. Si otro príncipe romano también, de sobrenombre Torcuato, mató a su hijo —no porque hubiera hecho algo contra la patria, sino incluso por la patria, pero porque fue contra su mando, esto es, contra lo que había mandado el padre como general— cuando, provocado por el enemigo, había luchado con ardor juvenil, aunque hubiera vencido; para que no hubiera más mal en el ejemplo del mando despreciado que bien en la gloria del enemigo muerto: ¿por qué han de jactarse los que por las leyes de la patria inmortal desprecian todos los bienes terrenos, los cuales son amados mucho menos que los hijos? Si Furio Camilo, incluso después de haber sido condenado por sus rivales, libró de los galos a aquella patria ingrata de cuyo cuello había quitado el yugo de los más feroces enemigos, los veyentes, porque no tenía un lugar mejor donde pudiera vivir gloriosamente: ¿por qué ha de ser ensalzado como si hubiera hecho algo grande quien, habiendo sufrido tal vez en la Iglesia una gravísima injuria de deshonra por parte de enemigos carnales, no se pasó a sus enemigos heréticos, ni fundó él mismo alguna heresía contra ella, sino que más bien la defendió cuanto pudo de la perniciosa depravación de los heréticos; no habiendo otra donde no se viva para la gloria de los hombres, sino donde se adquiera la vida eterna? Si Mucio, para que se hiciera la paz con el rey Porsena, que oprimía a los romanos con una guerra gravísima, porque no pudo matar al mismo Porsena, y engañado mató a otro en su lugar, extendió su mano derecha sobre un altar ardiente ante sus ojos, diciendo que muchos tales como él lo veía habían conjurado para su perdición; ante cuya fortaleza y por el miedo a la conjuración de tales hombres, él, sin ninguna dilación, se contuvo de aquella guerra hecha la paz: ¿quién ha de imputar sus méritos al reino de los cielos si por él entregare a las llamas no una mano, y esto no haciéndoselo a sí mismo espontáneamente, sino sufriéndolo por persecución de alguno, todo su cuerpo? Si Curcio, armado y sobre un caballo veloz, se lanzó de cabeza en un profundo abismo de la tierra, sirviendo a los oráculos de sus dioses, puesto que habían mandado que se enviara allí lo mejor que los romanos tuvieran, y no pudieron entender otra cosa sino que sobresalían en hombres y armas, de donde por cierto convenía que, por mandato de los dioses, se precipitara en aquella perdición un hombre armado: ¿qué cosa grande dirá haber hecho por la patria eterna quien, habiendo sufrido a algún enemigo de su fe, no enviándose él mismo espontáneamente a tal muerte, sino enviado por aquel, hubiere muerto; habiendo recibido de su mismo Señor y Rey de su patria un oráculo más cierto: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mat. X, 28)?

Si se occidendos certis verbis quodammodo consecrantes Decii devoverunt, ut illis cadentibus et iram deorum sanguine suo placantibus Romanus liberaretur exercitus; nullo modo superbient sancti martyres tanquam dignum aliquid pro illius patriae participatione fecerint, ubi aeterna est et vera felicitas, si usque ad sui sanguinis effusionem, non solum suos fratres pro quibus fundebatur, verum et ipsos inimicos, a quibus fundebatur, sicut eis praeceptum est, diligentes, charitatis fide et fidei charitate certarunt? Si Marcus Pulvillus dedicans aedem Jovis, Junonis, Minervae, falso sibi ab invidis morte filii nuntiata, ut illo nuntio perturbatus abscederet, atque ita dedicationis gloriam collega ejus consequeretur, ita contempsit, ut eum etiam projici insepultum juberet; et sic in ejus corde orbitatis dolorem gloriae cupiditas vicerat: quid magnum se pro Evangelii sancti praedicatione, qua cives supernae patriae de diversis liberantur et colliguntur erroribus, fecisse dicturus est, cui Dominus de sepultura patris sui sollicito ait, Sequere me, et sine mortuos sepelire mortuos suos (Id. VIII, 22)? Si M. Regulus, ne crudelissimos hostes jurando falleret, ad eos ab ipsa Roma reversus est, quoniam, sicut Romanis eum tenere volentibus respondisse fertur, posteaquam Afris servierat, dignitatem illic honesti civis habere non posset; eumque Carthaginenses, quoniam contra eos in Romano senatu egerat, gravissimis suppliciis necaverunt: qui cruciatus non sunt pro fide illius patriae contemnendi, ad cujus beatitudinem fides ipsa perducit? aut quid retribuetur Domino pro omnibus quae retribuit (Psal. CXV, 12), si pro fide quae illi debetur talia fuerit homo passus, qualia pro fide quam perniciosissimis inimicis debebat passus est Regulus? Quomodo autem se audebit extollere de voluntaria paupertate christianus, ut in hujus vitae peregrinatione expeditior ambulet viam, quae perducit ad patriam, ubi verae divitiae ipse Deus est, cum audiat vel legat L. Valerium, qui in suo defunctus est consulatu, usque adeo fuisse pauperem, ut nummis a populo collatis ejus sepultura curaretur? audiat vel legat Quintium Cincinnatum, cum quatuor jugera possideret, et ea suis manibus coleret, ab aratro esse abductum, ut dictator fieret, major utique honore quam consul; victisque hostibus ingentem gloriam consecutum in eadem paupertate mansisse? Aut quid se magnum fecisse praedicabit, quod nullo praemio mundi hujus fuerit ab aeternae illius patriae societate seductus, cum Fabricium didicerit tantis muneribus Pyrrhi, regis Epirotarum, promissa etiam quarta parte regni, a Romana civitate non potuisse divelli, ibique in sua paupertate privatum manere maluisse?

Si los Decios, consagrándose en cierto modo con palabras determinadas para ser muertos, se devotaron para que, cayendo ellos y aplacando la ira de los dioses con su sangre, fuera librado el ejército romano; de ningún modo se ensoberbecerán los santos mártires como si hubieran hecho algo digno por la participación de aquella patria, donde hay eterna y verdadera felicidad, si hasta la efusión de su propia sangre, amando no solo a sus hermanos por quienes se derramaba, sino incluso a los mismos enemigos por quienes se derramaba, según se les ha mandado, lucharon con la fe de la caridad y la caridad de la fe. Si Marco Pulvilo, dedicando el templo de Júpiter, Juno y Minerva, habiéndosele anunciado falsamente por envidiosos la muerte de su hijo para que, perturbado por aquel anuncio, se retirara y así su colega consiguiera la gloria de la dedicación, de tal modo la despreció que mandó incluso que fuera arrojado insepulto; y así, en su corazón, la codicia de la gloria había vencido al dolor de la pérdida del hijo: ¿qué cosa grande dirá haber hecho por la predicación del santo Evangelio, por la cual los ciudadanos de la patria superna son librados y congregados de diversos errores, aquel a quien el Señor, solícito por la sepultura de su padre, le dice: «Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos» (Id. VIII, 22)? Si M. Régulo, para no engañar jurando a enemigos crudelísimos, volvió a ellos desde la misma Roma, porque, según se dice que respondió a los romanos que querían retenerle, después de haber servido a los africanos, no podía tener allí la dignidad de ciudadano honrado; y los cartagineses, porque había actuado contra ellos en el senado romano, lo mataron con gravísimos suplicios: ¿qué tormentos no han de ser despreciados por la fe de aquella patria a cuya bienaventuranza conduce la misma fe? ¿O «qué se dará al Señor por todo lo que Él ha dado» (Sal. CXV, 12), si por la fe que se le debe a Él hubiere sufrido el hombre tales cosas como las que por la fe que debía a enemigos perniciosísimos sufrió Régulo? ¿Cómo, además, se atreverá a ensalzarse por la pobreza voluntaria el cristiano, para que en la peregrinación de esta vida camine más expedito por el camino que conduce a la patria donde las verdaderas riquezas son Dios mismo, cuando oiga o lea que L. Valerio, que murió en su consulado, fue hasta tal punto pobre que su sepultura fue costeada con monedas recogidas del pueblo? Oiga o lea que Quincio Cincinnato, poseyendo cuatro yugadas y cultivándolas con sus propias manos, fue sacado del arado para ser dictador, honor ciertamente mayor que el de cónsul; y habiendo conseguido gran gloria vencidos los enemigos, permaneció en la misma pobreza. ¿O qué cosa grande pregonará haber hecho porque por ningún premio de este mundo fue seducido de la sociedad de aquella patria eterna, cuando haya aprendido que Fabricio no pudo ser apartado del Estado romano por tan grandes dones de Pirro, rey de los epirotas, incluso con la promesa de la cuarta parte del reino, y prefirió permanecer allí en su pobreza como ciudadano privado?

Nam illud quod rempublicam, id est rem populi, rem patriae, rem communem, cum haberent opulentissimam atque ditissimam, sic ipsi in suis domibus pauperes erant, ut quidam eorum, qui jam bis consul fuisset, ex illo senatu pauperum hominum pelleretur notatione censoria, quod decem pondo argenti in vasis habere compertus est; ita iidem ipsi pauperes erant, quorum triumphis publicum ditabatur aerarium: nonne omnes Christiani, qui excellentiore proposito divitias suas communes faciunt, secundum id quod scriptum est in Actibus Apostolorum, ut distribuatur unicuique, sicut cuique opus est; et nemo dicat aliquid proprium, sed sint illis omnia communia (Act. II, 45; et IV, 32); intelligunt se nulla ob hoc ventilari oportere jactantia, id faciendo pro obtinenda societate Angelorum, cum pene tale aliquid illi fecerint pro conservanda gloria Romanorum?

3. Haec et alia, si qua hujuscemodi reperiuntur in litteris corum, quando sic innotescerent, quando tanta fama praedicarentur, nisi Romanum imperium longe lateque porrectum, magnificis successibus augeretur? Proinde per illud imperium tam latum tamque diuturnum, virorumque tantorum virtutibus praeclarum atque gloriosum, et illorum intentioni merces quam quaerebant est reddita, et nobis proposita necessariae commonitionis exempla: ut si virtutes, quarum istae utcumque sunt similes, quas isti pro civitatis terrenae gloria tenuerunt, pro Dei gloriosissima civitate non tenuerimus, pudore pungamur; si tenuerimus, superbia non extollamur: quoniam, sicut dicit Apostolus, indignae sunt passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis (Rom. VIII, 18). Ad humanam vero gloriam praesentisque temporis satis digna vita aestimabatur illorum. Unde etiam Judaei, qui Christum occiderunt, revelante Testamento Novo, quod in Vetere velatum fuit, ut non pro terrenis et temporalibus beneficis, quae divina providentia permixte bonis malisque concedit, sed pro aeterna vita muneribusque perpetuis et ipsius supernae civitatis societate colatur Deus unus et verus, rectissime istorum gloriae donati sunt; ut hi qui qualibuscumque virtutibus terrenam gloriam quaesierunt et acquisiverunt, vincerent eos qui magnis vitiis datorem verae gloriae et civitatis aeternae occiderunt atque respuerunt.

Caput XIX.

Quo inter se differant cupiditas gloriae, et cupiditas dominationis.

Pues aquello de que mientras tenían una república, esto es, una cosa del pueblo, una cosa de la patria, una cosa común, muy opulenta y riquísima, ellos mismos eran tan pobres en sus casas que uno de ellos, que ya había sido dos veces cónsul, fue expulsado de aquel senado de hombres pobres por nota censoria porque se halló que tenía diez libras de plata en vasijas; así eran de pobres aquellos mismos por cuyos triunfos se enriquecía el erario público: ¿no entienden todos los cristianos, que con un propósito más excelente hacen comunes sus riquezas, según lo que está escrito en los Hechos de los Apóstoles, que se distribuía a cada uno según su necesidad, y nadie decía que algo fuera suyo, sino que todas las cosas les eran comunes (Hech. II, 45; y IV, 32); que no deben jactarse por ello, haciendo esto para obtener la sociedad de los ángeles, cuando aquellos hicieron casi algo semejante para conservar la gloria de los romanos?

3. Estas y otras cosas, si algunas de este género se hallan en sus escritos, ¿cuándo se habrían hecho tan conocidas, cuándo se pregonarían con tan gran fama, si el imperio romano, extendido a lo largo y a lo ancho, no se hubiera aumentado con magníficos sucesos? Por tanto, a través de aquel imperio tan dilatado y tan duradero, y preclaro y glorioso por las virtudes de tan grandes hombres, tanto se les ha devuelto a su intención el premio que buscaban, como se nos proponen a nosotros ejemplos de necesaria amonestación: para que si no hubiéremos tenido las virtudes —de las cuales aquellas son en cierto modo semejantes— que ellos tuvieron por la gloria de la ciudad terrena, por la gloriosísima ciudad de Dios, nos sintamos punzados por la vergüenza; si las hubiéremos tenido, no nos ensalcemos por la soberbia: porque, como dice el Apóstol, «no son dignos los padecimientos de este tiempo de la gloria futura que se ha de revelar en nosotros» (Rom. VIII, 18). Pero para la gloria humana y del tiempo presente, su vida se estimaba suficientemente digna. Por lo cual también los judíos, que mataron a Cristo, revelando el Nuevo Testamento lo que en el Antiguo estaba velado, a fin de que el único y verdadero Dios sea colteado no por los beneficios terrenos y temporales, que la divina providencia concede mezcladamente a buenos y malos, sino por la vida eterna y los dones perpetuos y la sociedad de la misma ciudad superna, fueron muy rectamente entregados a la gloria de aquellos; para que los que con cualesquiera virtudes buscaron y adquirieron la gloria terrena, vencieran a los que con grandes vicios mataron y desecharon al dador de la verdadera gloria y de la ciudad eterna.

Capítulo XIX.

En qué se diferencian entre sí la codicia de gloria y la codicia de dominación.

Interest sane inter cupiditatem humanae gloriae, et cupiditatem dominationis. Nam licet proclive sit, ut qui humana gloria nimium delectatur, etiam dominari ardenter affectet; tamen qui veram licet humanarum laudum gloriam concupiscunt, dant operam bene judicantibus non displicere. Sunt enim multa in moribus bona, de quibus multi bene judicant, quamvis ea multi non habeant: per ea bona morum nituntur ad gloriam et imperium vel dominationem, de quibus ait Sallustius, Sed ille vera via nititur. Quisquis autem sine cupiditate gloriae, qua veretur homo bene judicantibus displicere, dominari atque imperare desiderat, etiam per a pertissima scelera quaerit plerumque obtinere quod diligit. Proinde qui gloriam concupiscit, aut vera via nititur, aut certe dolis atque fallaciis contendit, volens bonus videri esse, quod non est (Sallust. in Catil.). Et ideo virtutes habenti magna virtus est contemnere gloriam; quia contemptus ejus in conspectu Dei est, judicio autem non aperitur humano. Quidquid enim fecerit ad oculos hominum, quo gloriae contemptor appareat, ad majorem laudem, hoc est ad majorem gloriam, facere si credatur, non est unde se suspicantium sensibus aliter esse, quam suspicantur, ostendat. Sed qui contemnit judicia laudantium, contemnit etiam suspicantium temeritatem: quorum tamen, si vere bonus est, non contemnit salutem; quoniam tantae justitiae est qui de Spiritu Dei virtutes habet, ut etiam ipsos diligat inimicos; et ita diligat, ut suos osores vel detractores velit correctos habere consortes; non in terrena patria, sed superna: in laudatoribus autem suis quamvis parvipendat quod cum laudant, non tamen parvipendit quod amant; nec eos vult fallere laudantes, ne decipiat diligentes: ideoque instat ardenter, ut potius ille laudetur, a quo habet homo quidquid in eo jure laudatur. Qui autem contemptor gloriae, dominationis est avidus, bestias superat sive crudelitatis vitiis, sive luxuriae. Tales quidam Romani fuerunt: non enim, cura existimationis amissa, dominationis cupiditate caruerunt. Multos tales fuisse, prodit historia: sed hujus vitii summitatem et quasi arcem quamdam Nero Caesar primus obtinuit; cujus fuit tanta luxuries, ut nihil ab eo putaretur virile metuendum; tanta crudelitas, ut nihil molle habere crederetur, si nesciretur. Etiam talibus tamen dominandi potestas non datur nisi summi Dei providentia, quando res humanas judicat talibus dominis dignas. Aperta de hac re vox divina est, loquente Dei sapientia: Per me reges regnant, et tyranni per me tenent terram (Prov. VIII, 15).

Hay ciertamente una diferencia entre la codicia de gloria humana y la codicia de dominación. Porque aunque sea fácil que quien se deleita excesivamente con la gloria humana también desee ardientemente dominar; sin embargo, los que desean la gloria verdadera, aunque sea de alabanzas humanas, procuran no desagradar a los que juzgan bien. Pues hay muchas cosas buenas en las costumbres, de las cuales muchos juzgan bien, aunque muchos no las posean: por esos bienes de las costumbres se esfuerzan por la gloria y el mando o la dominación, de los cuales dice Salustio: «Pero aquel se esfuerza por el camino verdadero». En cambio, quien desea dominar y mandar sin la codicia de gloria, por la cual el hombre teme desagradar a los que juzgan bien, busca obtener lo que ama incluso a través de los más manifiestos crímenes. Por tanto, quien codicia la gloria o se esfuerza por el camino verdadero, o ciertamente contiende con dolo y falacias, queriendo parecer bueno siendo lo que no es (Sallust. in Catil.). Y por eso, para quien posee virtudes, es una gran virtud despreciar la gloria; porque el desprecio de ella está a la vista de Dios, pero no se abre al juicio humano. Pues cualquier cosa que hiciere ante los ojos de los hombres, por la cual parezca despreciador de la gloria, si se cree que lo hace para mayor alabanza, esto es, para mayor gloria, no tiene modo de mostrar a los sentidos de los que sospechan que es de otra manera de lo que sospechan. Pero quien desprecia los juicios de los que le alaban, desprecia también la temeridad de los que sospechan; de los cuales, sin embargo, si es verdaderamente bueno, no desprecia la salvación; porque es de tanta justicia quien tiene las virtudes por el Espíritu de Dios, que ama incluso a sus mismos enemigos; y de tal modo los ama que desea tener a sus odiadores o detractores como socios corregidos, no en la patria terrena, sino en la superna. En cambio, en sus alabadores, aunque estime en poco que le alaben, no estima sin embargo en poco que amen; ni quiere engañar a los que le alaben, para no defraudar a los que le aman: y por eso insta ardientemente para que más bien sea alabado Aquel de quien el hombre tiene lo que en él justamente se alaba. Pero quien, siendo despreciador de la gloria, es ávido de dominación, supera a las bestias ya sea por los vicios de la crueldad o de la lujuria. Tales fueron algunos romanos: pues, perdida la preocupación por la reputación, no carecieron de la codicia de dominación. La historia revela que existieron muchos tales: pero Nerón César obtuvo primero la cima y como una cierta ciudadela de este vicio; cuya lujuria fue tanta que no se pensaba que hubiera de temerse de él nada varonil; su crueldad tanta, que no se creía que tuviera nada blando si no se supiera. Sin embargo, incluso a tales no se les da la potestad de dominar sino por la providencia del sumo Dios, cuando juzga que las cosas humanas son dignas de tales señores. Abierta es la voz divina sobre este asunto, hablando la sabiduría de Dios: «Por mí los reyes reinan, y los tiranos por mí poseen la tierra» (Prov. VIII, 15).

Sed ne tyranni non pessimi atque improbi reges, sed vetere nomine fortes dicti existimentur, unde ait Virgilius, Pars mihi pacis erit, dextram tetigisse tyranni: (Aeneid. lib. 7, vers. 266.) apertissime alio loco de Deo dictum est, Qui regnare facit hominem hypocritam propter perversitatem populi (Job XXXIV, 30). Quamobrem, quamvis, ut potui, satis exposuerim qua causa Deus unus verus et justus Romanos secundum quamdam formam terrenae civitatis bonos adjuverit ad tanti imperii gloriam consequendam: potest tamen et alia causa esse latentior, propter diversa merita generis humani, Deo magis nota quam nobis; dum illud constet inter omnes veraciter pios, neminem sine vera pietate, id est veri Dei vero cultu, veram posse habere virtutem; nec eam veram esse, quando gloriae servit humanae. Eos tamen qui cives non sint civitatis aeternae, quae in sacris Litteris nostris dicitur civitas Dei (Psal. XLV, 5; et XLVII, 3 et 9, etc.), utiliores esse terrenae civitati, quando habent virtutem vel ipsam, quam si nec ipsam. Illi autem qui vera pietate praediti bene vivunt, si habent scientiam regendi populos, nihil est felicius rebus humanis, quam si Deo miserante habeant potestatem. Tales autem homines virtutes suas, quantascumque in hac vita possunt habere, non tribuunt nisi gratiae Dei, quod eas volentibus, credentibus, petentibus dederit; simulque intelligunt, quantum sibi desit ad perfectionem justitiae, qualis est in illorum sanctorum Angelorum societate, cui se nituntur aptare. Quantumlibet autem laudetur atque praedicetur virtus, quae sine vera pietate servit hominum gloriae, nequaquam sanctorum exiguis initiis comparanda est, quorum spes posita est in gratia et misericordia veri Dei.

Caput XX.

Tam turpiter servire virtutes humanae gloriae, quam corporis voluptati.

Solent philosophi, qui finem boni humani in ipsa virtute constituunt, ad ingerendum pudorem quibusdam philosophis, qui virtutes quidem probant, sed eas voluptatis corporalis fine metiuntur, et illam per se ipsam putant appetendam, istas propter ipsam, tabulam quamdam verbis pingere, ubi voluptas in sella regali quasi delicata quaedam regina considat; eique virtutes famulae subjiciantur, observantes ejus nutum, ut faciant quod illa imperaverit:

Pero para que no se piense que los tiranos no son los peores e impíos reyes, sino que se les llama fuertes por un nombre antiguo, de donde dice Virgilio: «Parte de la paz será para mí haber tocado la mano derecha del tirano» (Aeneid. lib. 7, vers. 266): muy abiertamente se dice en otro lugar de Dios: «Que hace reinar al hombre hipócrita por la perversidad del pueblo» (Job XXXIV, 30). Por lo cual, aunque he expuesto, como he podido, por qué causa el Dios único, verdadero y justo, ayudó a los romanos, buenos según una cierta forma de ciudad terrena, a conseguir la gloria de tan gran imperio, puede sin embargo haber otra causa más latente, por los diversos méritos del género humano, más conocida por Dios que por nosotros; mientras conste entre todos los verdaderamente piadosos que nadie sin la verdadera piedad, esto es, el verdadero culto del verdadero Dios, puede tener verdadera virtud; ni que sea verdadera cuando sirve a la gloria humana. Sin embargo, los que no son ciudadanos de la ciudad eterna, la cual en nuestras sagradas Letras se llama ciudad de Dios (Sal. XLV, 5; y XLVII, 3 y 9, etc.), son más útiles a la ciudad terrena cuando tienen esa misma virtud que si ni siquiera esa tuvieran. En cambio, los que dotados de verdadera piedad viven bien, si tienen la ciencia de regir a los pueblos, nada es más feliz para las cosas humanas que el que, por la misericordia de Dios, tengan la potestad. Tales hombres, sin embargo, no atribuyen sus virtudes, cuantas puedan tener en esta vida, sino a la gracia de Dios, por habérselas dado a los que quieren, creen y piden; y al mismo tiempo entienden cuánto les falta para la perfección de la justicia, cual es la que hay en la sociedad de aquellos santos ángeles a la que se esfuerzan por adaptarse. Por mucho, además, que se alabe y pregone la virtud que sin la verdadera piedad sirve a la gloria de los hombres, de ningún modo debe ser comparada con los exiguos comienzos de los santos, cuya esperanza está puesta en la gracia y la misericordia del Dios verdadero.

Capítulo XX.

Que tan torpemente sirven las virtudes a la gloria humana como a la voluntad del cuerpo.

Suelen los filósofos que constituyen el fin del bien humano en la misma virtud, para infundir vergüenza a ciertos filósofos que ciertamente aprueban las virtudes, pero las miden por el fin de la voluptuosidad corporal, y piensan que esta ha de ser apetecida por sí misma y aquellas por causa de ella, pintar con palabras una cierta tabla donde la voluptuosidad se siente en una silla real como una cierta reina delicada; y a ella le estén sujetas las virtudes como sirvientas, observando su voluntad para hacer lo que ella mandare:

quae prudentiae jubeat, ut vigilanter inquirat, quomodo voluptas regnet, et salva sit; justitiae jubeat, ut praestet beneficia quae potest ad comparandas amicitias corporalibus commodis necessarias; nulli faciat injuriam, ne offensis legibus voluptas vivere secura non possit; fortitudini jubeat, ut, si dolor corpori acciderit, qui non compellat in mortem, teneat dominam suam, id est voluptatem, fortiter in animi cogitatione, ut per pristinarum deliciarum suarum recordationem mitiget praesentis doloris aculeos; temperantiae jubeat, ut tantum capiat alimentorum, et, si qua delectant, ne per immoderationem noxium aliquid valetudinem turbet, et voluptas, quam etiam in corporis sanitate Epicurei maximam ponunt, graviter offendatur. Ita virtutes cum tota suae gloriae dignitate tanquam imperiosae cuidam et inhonestae mulierculae servient voluptati. Nihil hac pictura dicunt esse ignominiosius et deformius, et quod minus ferre bonorum possit aspectus: et verum dicunt. Sed non existimo satis debiti decoris esse picturam, si etiam talis fingatur, ubi virtutes humanae gloriae serviant. Licet enim ista gloria delicata mulier non sit, inflata tamen est, et multum inanitatis habet. Unde non ei digne servit soliditas quaedam firmitasque virtutum, ut nihil provideat prudentia, nihil distribuat justitia, nihil toleret fortitudo, nihil temperantia moderetur, nisi unde placeatur hominibus et ventosae gloriae serviatur. Nec illi se ab ista foeditate defenderint, qui, cum aliena spernant judicia velut gloriae contemptores, sibi sapientes videntur et sibi placent. Nam eorum virtus, si tamen ulla est, alio modo quodam humanae subditur laudi: neque enim ipse qui sibi placet, homo non est. Qui autem vera pietate in Deum, quem diligit, credit et sperat, plus intendit in ea, in quibus sibi displicet, quam in ea, si qua in illo sunt, quae non tam ipsi quam veritati placent: neque id tribuit, unde jam potest placere, nisi ejus misericordiae, cui metuit displicere; de his sanatis gratias agens, de illis sanandis preces fundens.

Caput XXI.

Romanum regnum a Deo vero esse dispositum, a quo est omnis potestas, et cujus providentia reguntur universa.

Quae cum ita sint, non tribuamus dandi regni atque imperii potestatem, nisi Deo vero, qui dat felicitatem in regno coelorum solis piis; regnum vero terrenum et piis et impiis, sicut ei placet, cui nihil injuste placet. Quamvis enim aliquid dixerimus, quod apertum nobis esse voluit; tamen multum est ad nos, et valde superat vires nostras, hominum occulta discutere, et liquido examine merita dijudicare regnorum.

que mande a la prudencia que vigile e inquiera cómo la voluptuosidad reine y esté a salvo; mande a la justicia que preste los beneficios que pueda para granjearse las amistades necesarias para las comodidades corporales; que no haga injuria a nadie, no sea que por ofender las leyes la voluptuosidad no pueda vivir segura; mande a la fortaleza que, si aconteciere algún dolor al cuerpo que no obligue a la muerte, mantenga a su señora, esto es, a la voluptuosidad, fuertemente en el pensamiento del ánimo, para que por el recuerdo de sus antiguas delicias mitigue los aguijones del dolor presente; mande a la templanza que tome solo el alimento necesario y, si hay algunas cosas que deleiten, para que por la inmoderación no turbe la salud algo nocivo, y la voluptuosidad, que los epicúreos ponen como la máxima incluso en la salud del cuerpo, sea gravemente ofendida. Así las virtudes, con toda la dignidad de su gloria, servirán como a una cierta mujercilla imperiosa y deshonesta a la voluptuosidad. Dicen que nada hay más ignominioso y deforme que esta pintura, y que menos pueda soportar la vista de los buenos: y dicen la verdad. Pero no pienso que sea de suficiente decoro la pintura si también se finge tal donde las virtudes humanas sirvan a la gloria humana. Pues aunque esa gloria no sea una mujer delicada, está sin embargo inflada y tiene mucha vacuidad. Por lo cual no le sirve dignamente una cierta solidez y firmeza de las virtudes, de modo que nada provea la prudencia, nada distribuya la justicia, nada tolere la fortaleza, nada modere la templanza, sino aquello por lo que se agrade a los hombres y se sirva a la ventosa gloria. Ni se habrán defendido de esta torpeza aquellos que, despreciando los juicios ajenos como despreciadores de la gloria, se tienen por sabios a sí mismos y se agradan a sí mismos. Pues su virtud, si es que hay alguna, de otro modo se somete a la alabanza humana: porque el mismo que se agrada a sí mismo, no deja de ser hombre. En cambio, quien con verdadera piedad cree y espera en el Dios a quien ama, atiende más a aquellas cosas en las que se desagrada a sí mismo que a aquellas, si es que hay algunas en él, que agradan no tanto a él como a la verdad; ni atribuye aquello por lo que ya puede agradar sino a la misericordia de Aquel a quien teme desagradar, dando gracias por las cosas sanadas y derramando preces por las que han de sanar.

Capítulo XXI.

Que el reino romano fue dispuesto por el Dios verdadero, de quien procede toda potestad, y por cuya providencia se rigen todas las cosas.

Siendo estas cosas así, no atribuyamos la potestad de dar el reino y el imperio sino al Dios verdadero, que da la felicidad en el reino de los cielos solo a los piadosos; pero el reino terreno tanto a los piadosos como a los impíos, según le place a Él, a quien nada place injustamente. Pues aunque hayamos dicho algo que Él quiso que nos fuera manifiesto, sin embargo es mucho para nosotros y supera con mucho nuestras fuerzas discutir los secretos de los hombres y juzgar con examen claro los méritos de los reinos.

Ille igitur unus verus Deus, qui nec judicio, nec adjutorio deserit genus humanum, quando voluit, et quantum voluit, Romanis regnum dedit: qui dedit Assyriis, vel etiam Persis, a quibus solos duos deos coli, unum bonum, alterum malum continent litterae istorum: ut taceam de populo Hebraeo, de quo jam dixi, quantum satis visum est, qui praeter unum Deum non coluit et quando regnavit. Qui ergo Persis dedit segetes sine cultu deae Segetiae, qui alia dona terrarum sine cultu tot deorum, quos isti rebus singulis singulos, vel etiam rebus singulis plures praeposuerunt; ipse etiam regnum dedit sine cultu eorum, per quorum cultum se isti regnasse crediderunt. Sic etiam hominibus; qui Mario, ipse Caio Caesari; qui Augusto, ipse et Neroni; qui Vespasianis, vel patri vel filio, suavissimis imperatoribus, ipse et Domitiano crudelissimo: et ne per singulos ire necesse sit, qui Constantino christiano, ipse apostatae Juliano: cujus egregiam indolem decepit amore dominandi sacrilega et detestanda curiositas, cujus vanis deditus oraculis erat, quando fretus securitate victoryae, naves, quibus victus necessarius portabatur, incendit; deinde fervide instans immodicis ausibus, et mox merito temeritatis occisus, in locis hostilibus egenum reliquit exercitum, ut aliter inde non posset evadi, nisi contra illud auspicium dei Termini, de quo superiore libro diximus (Cap. 29), Romani imperii termini moverentur. Cessit enim Terminus deus necessitati, qui non cesserat Jovi. Haec plane Deus unus et verus regit et gubernat ut placet: et si occultis causis, numquid injustis?

Caput XXII.

Tempora exitusque bellorum ex Dei pendere judicio.

Sic etiam tempora ipsa bellorum, sicut in ejus arbitrio est justoque judicio et misericordia, vel atterere, vel consolari genus humanum, ut alia citius, alia tardius finiantur. Bellum Piratarum a Pompeio, bellum Punicum tertium a Scipione incredibili celeritate et temporis brevitate confecta sunt. Bellum quoque fugitivorum gladiatorum, quamvis multis Romanis ducibus et duobus consulibus victis, Italiaque horribiliter contrita atque vastata, tertio tamen anno post multa consumpta consumptum est.

Aquel, pues, único Dios verdadero, que ni por juicio ni por auxilio desampara al género humano, cuando quiso y cuanto quiso dio el reino a los romanos: el cual lo dio a los asirios o incluso a los persas, de quienes sus escritos contienen que solo se adoran dos dioses, uno bueno y otro malo; por no hablar del pueblo hebreo, del cual ya he dicho cuanto me ha parecido suficiente, el cual no adoró sino a un solo Dios incluso cuando reinó. El que, pues, dio a los persas cosechas sin el culto de la diosa Segetia, el que dio otros dones de las tierras sin el culto de tantos dioses —a los cuales aquellos pusieron uno para cada cosa, o incluso varios para cada cosa—; Él mismo también dio el reino sin el culto de aquellos por cuyo culto aquellos creyeron haber reinado. Así también respecto a los hombres: quien lo dio a Mario, Él mismo a Cayo César; quien a Augusto, Él mismo también a Nerón; quien a los Vespasianos, padre o hijo, emperadores suavísimos, Él mismo también a Domiciano, crudelísimo: y para no tener que ir uno por uno, quien lo dio a Constantino, cristiano, Él mismo al apóstata Juliano, cuya excelente índole engañó con el amor de dominar una sacrílega y detestable curiosidad, a cuyos vanos oráculos estaba entregado cuando, confiado en la seguridad de la victoria, incendió las naves con que se transportaba el alimento necesario; luego, insistiendo fervorosamente en inmoderados atrevimientos, y pronto muerto por el mérito de su temeridad, dejó en lugares hostiles a un ejército necesitado, de modo que no se pudo salir de allí de otra manera sino moviendo los términos del imperio romano contra aquel auspicio del dios Término del cual hablamos en el libro anterior (Cap. 29). Pues el dios Término cedió a la necesidad, él que no había cedido a Júpiter. Estas cosas claramente las rige y gobierna el Dios único y verdadero como le place: y si por causas ocultas, ¿acaso injustas?

Capítulo XXII.

Que los tiempos y los desenlaces de las guerras dependen del juicio de Dios.

Así también los mismos tiempos de las guerras, como está en su arbitrio y justo juicio y misericordia, ya sea para afligir o para consolar al género humano, de modo que unas se terminen más pronto y otras más tarde. La guerra de los piratas por Pompeyo, la tercera guerra púnica por Escipión, fueron terminadas con increíble celeridad y brevedad de tiempo. También la guerra de los gladiadores fugitivos, aunque fueron vencidos muchos generales romanos y dos cónsules, e Italia fue horriblemente quebrantada y devastada, se consumó, sin embargo, al tercer año después de haber consumido muchas cosas.

Picentes, Marsi et Peligni, gentes non exterae, sed Italicae, post diuturnam et devotissimam sub Romano jugo servitutem, in libertatem caput erigere tentaverunt, jam multis nationibus Romano imperio subjugatis, deletaque Carthagine: in quo bello Italico Romanis saepissime victis, ubi et duo consules perierunt, et alii nobilissimi senatores: non diuturno tamen tempore tractum est hoc malum; nam quintus ei annus finem dedit. Sed bellum Punicum secundum cum maximis detrimentis et calamitate reipublicae per annos decem et octo Romanas vires extenuavit, et pene consumpsit: duobus praeliis ferme septuaginta Romanorum millia ceciderunt. Bellum Punicum primum per viginti et tres annos peractum est: bellum Mithridaticum quadraginta annis. Ac ne quisquam arbitretur rudimenta Romanorum fuisse fortiora ad bella citius peragenda, superioribus temporibus, multum in omni virtute laudatis, bellum Samniticum annis tractum est ferme quinquaginta: in quo bello ita Romani victi sunt, ut sub jugum etiam mitterentur. Sed quia non diligebant gloriam propter justitiam, sed justitiam propter gloriam diligere videbantur, pacem factam foedusque ruperunt. Haec ideo commemoro, quoniam multi praeteritarum rerum ignari, quidam etiam dissimulatores suae scientiae, si temporibus christianis aliquod bellum paulo diutius trahi vident, illico in nostram religionem protervissime insiliunt, exclamantes, quod, si ipsa non esset, et vetere ritu numina colerentur, jam Romana illa virtute, quae adjuvante Marte et Bellona tanta celeriter bella confecit, id quoque celerrime finiretur. Recolant igitur qui legerunt quam diuturna bella, quam variis eventis, quam luctuosis cladibus a veteribus sint gesta Romanis, sicut solet orbis terrarum velut procellosissimum pelagus varia talium malorum tempestate jactari: et, quod nolunt, aliquando fateantur, nec insanis adversus Deum linguis se interimant, et decipiant imperitos.

Caput XXIII.

De bello in quo Rhadagaisus rex Gothorum, daemonum cultor, uno die cum ingentibus copiis suis victus est.

Quod tamen nostra memoria recentissimo tempore Deus mirabiliter et misericorditer fecit, non cum gratiarum actione commemorant; sed quantum in ipsis est, omnium, si fieri potest, hominum oblivione sepelire conantur: quod a nobis si tacebitur, similiter erimus ingrati.

Los picentes, marsos y pelignos, gentes no extrañas sino itálicas, después de una larga y muy devota servidumbre bajo el yugo romano, intentaron levantar la cabeza hacia la libertad, habiendo ya muchas naciones sido subyugadas al imperio romano y destruida Cartago: en cuya guerra itálica los romanos fueron vencidos muchísimas veces, donde también perecieron dos cónsules y otros nobilísimos senadores; no se prolongó, sin embargo, por mucho tiempo este mal, pues el quinto año le dio fin. Pero la segunda guerra púnica, con grandísimos detrimentos y calamidad de la república, por dieciocho años extenuó y casi consumió las fuerzas romanas: en dos batallas cayeron casi setenta mil romanos. La primera guerra púnica se llevó a cabo durante veintitrés años; la guerra mitridática, durante cuarenta años. Y para que nadie piense que los comienzos de los romanos fueron más fuertes para terminar más pronto las guerras, en los tiempos antiguos, muy alabados en toda virtud, la guerra samnítica se prolongó por casi cincuenta años; en la cual guerra los romanos fueron de tal modo vencidos que incluso fueron enviados bajo el yugo. Pero porque no amaban la gloria por causa de la justicia, sino que parecían amar la justicia por causa de la gloria, rompieron la paz y el pacto que se había hecho. Esto lo conmemoro porque muchos, ignorantes de las cosas pasadas, y algunos incluso disimuladores de su propio conocimiento, si ven que en los tiempos cristianos alguna guerra se prolonga un poco más, al punto saltan con gran insolencia contra nuestra religión, exclamando que si ella no existiera y se diera culto a los númenes según el antiguo rito, ya con aquella virtud romana que, con la ayuda de Marte y Belona, terminó tan pronto tantas guerras, también esta se terminaría muy rápidamente. Recuerden, pues, los que han leído, cuán duraderas guerras, con qué variados sucesos, con qué luctuosos desastres fueron llevadas a cabo por los antiguos romanos, del mismo modo que el orbe de la tierra suele ser sacudido como un mar muy tempestuoso por la varia tormenta de tales males; y confiesen de una vez lo que no quieren, y no se destruyan con lenguas insanas contra Dios, ni engañen a los ignorantes.

Capítulo XXIII.

De la guerra en que Radagaiso, rey de los godos, adorador de los demonios, fue vencido en un solo día con sus ingentes tropas.

Sin embargo, lo que en nuestra memoria Dios hizo maravillosamente y misericordiosamente en tiempo muy reciente, no lo conmemoran con acción de gracias; sino que, cuanto está en ellos, procuran enterrarlo en el olvido de todos los hombres, si fuera posible; lo cual, si por nosotros se calla, seremos igualmente ingratos.

Cum Rhadagaisus rex Gothorum agmine ingenti et immani jam in Urbis vicinia constitutus, Romanis cervicibus immineret, uno die tanta celeritate sic victus est, ut ne uno quidem, non dicam exstincto, sed vulnerato Romanorum, multo amplius quam centum millium prosterneretur ejus exercitus, atque ipse cum filiis mox captus poena debita necaretur. Nam si ille tam impius cum tantis et tam impiis copiis Romam fuisset ingressus, cui pepercisset? quibus honorem locis martyrum detulisset? in qua persona Deum timeret? cujus non sanguinem fusum, cujus pudicitiam vellet intactam? Quas autem isti pro diis suis voces haberent, quanta insultatione jactarent, quod ille ideo vicisset, ideo tanta potuisset, quia quotidianis sacrificiis placabat atque invitabat deos, quod Romanos facere christiana religio non sinebat? Nam propinquante jam illo his locis, ubi nutu summae majestatis oppressus est, cum ejus fama ubique crebresceret, nobis apud Carthaginem dicebatur, hoc credere, spargere, jactare Paganos, quod ille diis amicis protegentibus et opitulantibus, quibus immolare quotidie ferebatur, vinci omnino non posset ab eis, qui talia diis Romanis sacra non facerent, nec fieri a quoquam permitterent. Et non agunt miseri gratias tantae misericordiae Dei, qui, cum statuisset irruptione barbarica graviora pati dignos mores hominum castigare, indignationem suam tanta mansuetudine temperavit, ut illum primo faceret mirabiliter vinci, ne ad infirmorum animos evertendos gloria daretur daemonibus, quibus eum supplicare constabat; deinde ab his Barbaris Roma caperetur, qui contra omnem consuetudinem bellorum ante gestorum ad loca sancta confugientes christianae religionis reverentia tuerentur, ipsisque daemonibus atque impiorum sacrificiorum ritibus, de quibus ille praesumpserat, sic adversarentur pro nomine christiano, ut longe atrocius bellum cum eis quam cum hominibus gerere viderentur: ita verus Dominus gubernatorque rerum et Romanos cum misericordia flagellavit, et tam incredibiliter victis supplicatoribus daemonum, nec saluti rerum praesentium necessaria esse sacrificia illa monstravit; ut ab his, qui non pervicaciter contendunt, sed prudenter attendunt, nec propter praesentes necessitates religio vera deseratur, et magis aeternae vitae fidelissima exspectatione teneatur.

Caput XXIV.

Quae sit christianorum imperatorum, et quam vera felicitas.

Estando ya Radagaiso, rey de los godos, con un ejército ingente e inmenso, situado en la vecindad de la Ciudad, e inminente sobre los cuellos romanos, en un solo día fue vencido con tanta celeridad que ni siquiera uno de los romanos —no digo ya muerto, sino ni siquiera herido— cayó, mientras era postrado su ejército de mucho más de cien mil hombres, y él mismo, capturado pronto con sus hijos, fue muerto con la pena debida. Pues si aquel tan impío, con tan grandes y tan impías tropas, hubiera entrado en Roma, ¿a quién habría perdonado? ¿A qué lugares de los mártires habría guardado honor? ¿En qué persona temería a Dios? ¿De quién no querría ver la sangre derramada, de quién querría ver la pudicicia intacta? ¿Y qué voces tendrían estos para con sus dioses, con cuánta jactancia e insulto alardearían de que aquel había vencido por eso, de que por eso había podido tanto, porque con sacrificios cotidianos aplacaba e invitaba a los dioses, lo cual la religión cristiana no permitía hacer a los romanos? Pues acercándose ya él a estos lugares donde fue oprimido por el mandato de la suma majestad, como su fama crecía por todas partes, se nos decía en Cartago que los paganos creían, esparcían y jactaban que él, protegiéndole y ayudándole los dioses amigos a los cuales se decía que sacrificaba diariamente, no podía de ningún modo ser vencido por aquellos que no hacían tales sacrificios a los dioses romanos ni permitían que nadie los hiciera. Y no dan gracias los miserables por tan grande misericordia de Dios, quien, habiendo determinado castigar con la irrupción barbárica las costumbres de los hombres dignos de padecer cosas más graves, templó su indignación con tanta mansedumbre que hizo primero que aquel fuera maravillosamente vencido para que, para trastornar los ánimos de los débiles, no se diera gloria a los demonios a quienes constaba que él suplicaba; y luego Roma fuera capturada por aquellos bárbaros que, contra toda costumbre de las guerras anteriormente llevadas a cabo, protegieran a los que se refugiaban en los lugares santos por la reverencia a la religión cristiana, y de tal modo se opusieran a los mismos demonios y a los ritos de los impíos sacrificios en los que aquel había presumido, por el nombre cristiano, que parecía que llevaban una guerra mucho más atroz con ellos que con los hombres: así el verdadero Señor y gobernador de las cosas tanto azotó a los romanos con misericordia, como, por los tan increíblemente vencidos suplicantes de los demonios, mostró que aquellos sacrificios no son necesarios ni siquiera para la salvación de las cosas presentes; para que por aquellos que no contienden porfíadamente sino que atienden prudentemente, no se desampare la verdadera religión por las necesidades presentes, y más bien se mantenga con la más fiel esperanza de la vida eterna.

Capítulo XXIV.

Cuál sea la felicidad de los emperadores cristianos, y cuán verdadera.

Neque enim nos christianos quosdam imperatores ideo felices dicimus, quia vel diutius imperarunt, vel imperantes filios morte placida reliquerunt, vel hostes reipublicae domuerunt, vel inimicos cives adversus se insurgentes et cavere et opprimere potuerunt. Haec et alia vitae hujus aerumnosae vel munera, vel solatia, quidam etiam cultores daemonum accipere meruerunt, qui non pertinent ad regnum Dei, quo pertinent isti: et hoc ipsius misericordia factum est, ne ab illo ista, qui in eum crederent, velut summa bona desiderarent. Sed felices eos dicimus, si juste imperant, si inter linguas sublimiter honorantium et obsequia nimis humiliter salutantium non extolluntur, sed se homines esse meminerunt; si suam potestatem ad Dei cultum maxime dilatandum majestati ejus famulam faciunt; si Deum timent, diligunt, colunt; si plus amant illud regnum, ubi non timent habere consortes; si tardius vindicant, facile ignoscunt; si eamdem vindictam pro necessitate regendae tuendaeque reipublicae, non pro saturandis inimicitiarum odiis exserunt; si eamdem veniam non ad impunitatem iniquitatis, sed ad spem correctionis indulgent; si, quod aspere coguntur plerumque decernere, misericordiae lenitate et beneficiorum largitate compensant; si luxuria tanto eis est castigatior, quanto posset esse liberior; si malunt cupiditatibus pravis, quam quibuslibet gentibus imperare: et si haec omnia faciunt, non propter ardorem inanis gloriae, sed propter charitatem felicitatis aeternae; si pro suis peccatis, humilitatis et miserationis et orationis sacrificium Deo suo vero immolare non negligunt. Tales christianos imperatores dicimus esse felices interim spe, postea re ipsa futuros, cum id, quod exspectamus, advenerit.

Caput XXV.

De prosperitatibus, quas Constantino imperatori christiano Deus contulit.

Nam bonus Deus, ne homines, qui eum crederent propter aeternam vitam colendum, has sublimitates et regna terrena existimarent possse neminem consequi, nisi daemonibus supplicet, quod hi spiritus in talibus multum valerent, Constantinum imperatorem non supplicantem daemonibus, sed ipsum verum Deum colentem, tantis terrenis implevit muneribus, quanta optare nullus auderet: cui etiam condere civitatem Romano imperio sociam, velut ipsius Romae filiam, sed sine aliquo daemonum templo simulacroque concessit.

Pues nosotros no decimos que algunos emperadores cristianos son felices porque hayan reinado más tiempo, o porque al morir hayan dejado el imperio a sus hijos con muerte apacible, o porque hayan domado a los enemigos de la república, o porque hayan podido precaver y oprimir a los ciudadanos enemigos que se levantaron contra ellos. Estos y otros dones o consuelos de esta vida laboriosa merecieron recibirlos incluso algunos adoradores de los demonios, que no pertenecen al reino de Dios, al cual pertenecen estos; y esto se hizo por su misericordia, para que los que creyesen en Él no desearan estas cosas como los sumos bienes. Pero decimos que son felices si reinan justamente; si entre las lenguas de los que les honran sublimemente y los servicios de los que les saludan con demasiada humildad, no se ensalzan, sino que se acuerdan de que son hombres; si ponen su potestad al servicio de la majestad de Dios para dilatar lo más posible su culto; si temen, aman y adoran a Dios; si aman más aquel reino donde no temen tener compañeros; si son tardos en castigar y fáciles en perdonar; si ejercen el castigo por la necesidad de regir y proteger la república, no para saciar los odios de sus enemistades; si conceden el perdón no para la impunidad de la iniquidad, sino por la esperanza de la corrección; si lo que se ven obligados a decretar ásperamente muchas veces, lo compensan con la suavidad de la misericordia y la largueza de los beneficios; si su lujuria es tanto más refrenada cuanto más libre podría ser; si prefieren mandar a sus malos deseos que a cualesquiera naciones; y si hacen todas estas cosas no por el ardor de la gloria vana, sino por la caridad de la felicidad eterna; si no descuidan ofrecer a su Dios verdadero el sacrificio de la humildad, de la compasión y de la oración por sus pecados. Tales emperadores cristianos decimos que son felices por ahora en esperanza, y que después lo serán en realidad cuando llegue lo que esperamos.

Capítulo XXV.

De las prosperidades que Dios concedió a Constantino, emperador cristiano.

Pues el buen Dios, para que los hombres que creían que Él debía ser adorado por causa de la vida eterna no pensaran que nadie podía alcanzar estas grandezas y reinos terrenos si no suplicaba a los demonios —porque estos espíritus valdrían mucho en tales cosas—, colmó al emperador Constantino —que no suplicaba a los demonios, sino que adoraba al mismo Dios verdadero— de tantos dones terrenos cuantos nadie se atrevería a desear; a quien incluso concedió fundar una ciudad aliada del imperio romano, como hija de la misma Roma, pero sin ningún templo ni simulacro de demonios.

Diu imperavit, universum orbem Romanum unus Augustus tenuit et defendit; in administrandis et gerendis bellis victoriosissimus fuit; in tyrannis opprimendis per omnia prosperatus est; grandaevus aegritudine et senectute defunctus est; filios imperantes reliquit. Sed rursus ne imperator quisquam ideo christianus esset, ut felicitatem Constantini mereretur, cum propter vitam aeternam quisque debeat esse christianus; Jovianum multo citius quam Julianum abstulit; Gratianum ferro tyrannico permisit interimi; longe quidem mitius, quam Magnum Pompeium, colentem velut Romanos deos. Nam ille vindicari a Catone non potuit, quem civilio belli quodammodo haeredem reliquerat: iste autem, quamvis piae animae solatia talia non requirant, a Theodosio vindicatus est, quem regni participem fecerat, cum parvulum haberet fratrem; avidior fidae societatis, quam nimiae potestatis.

Caput XXVI.

De fide et pietate Theodosii Augusti.

1. Unde et ille non solum vivo servavit quam debebat fidem, verum etiam post ejus mortem pulsum ab ejus interfectore Maximo Valentinianum, ejus parvulum fratrem, in sui partes imperii tanquam christianus excepit pupillum, paterno custodivit affectu, quem destitutum omnibus opibus nullo negotio posset auferre, si latius regnandi cupiditate magis quam bene faciendi charitate flagraret: unde potius eum, servata ejus imperatoria dignitate susceptum, ipsa humanitate et gratia consolatus est. Deinde cum Maximum terribilem faceret ille successus, hic in angustiis curarum suarum non est lapsus ad curiositates sacrilegas atque illicitas, sed ad Joannem in Aegypti eremo constitutum, quem Dei servum prophetandi spiritu praeditum fama crebrescente didicerat, misit; atque ab eo nuntium victoriae certissimum accepit. Mox tyranni Maximi exstinctor Valentinianum puerum imperii sui partibus, unde fugatus fuerat, cum misericordissima veneratione restituit: eoque sive per insidias, sive quo alio pacto vel casu proxime exstincto, alium tyrannum Eugenium, qui in illius imperatoris locum non legitime fuerat subrogatus, accepto rursus prophetico responso, fide certus oppressit, contra cujus robustissimum exercitum magis orando, quam feriendo pugnavit.

Reinó mucho tiempo; solo él, como único Augusto, tuvo y defendió todo el orbe romano; en la administración y dirección de las guerras fue victoriosísimo; en la opresión de los tiranos prosperó en todo; murió muy anciano de enfermedad y vejez; dejó a sus hijos reinando. Pero, por otra parte, para que ningún emperador fuera cristiano por esto, para merecer la felicidad de Constantino —puesto que cada uno debe ser cristiano por causa de la vida eterna—, se llevó a Joviano mucho más pronto que a Juliano; permitió que Graciano fuera muerto por la espada tiránica, mucho más suavemente por cierto que el Magno Pompeyo, que adoraba a los dioses romanos. Pues aquel no pudo ser vengado por Catón, a quien había dejado en cierto modo como heredero de la guerra civil; este, en cambio, aunque las almas piadosas no necesiten tales consuelos, fue vengado por Teodosio, a quien había hecho partícipe del reino teniendo un hermano pequeño, siendo más ávido de una sociedad fiel que de una potestad excesiva.

Capítulo XXVI.

De la fe y piedad de Teodosio Augusto.

1. Por lo cual él no solo guardó la fe que debía mientras aquel vivía, sino que incluso después de su muerte, habiendo sido expulsado Valentiniano, su hermano pequeño, por su matador Máximo, lo recibió como cristiano en las partes de su imperio como a un pupilo, y lo custodió con afecto paterno; a quien, destituido de todos sus recursos, podría haber quitado del medio sin ningún esfuerzo si ardiera más en el deseo de reinar ampliamente que en la caridad de obrar bien: por lo cual más bien, habiéndolo acogido conservando su dignidad imperial, lo consoló con esa misma humanidad y gracia. Luego, cuando aquel éxito hacía terrible a Máximo, este, en las angustias de sus preocupaciones, no cayó en curiosidades sacrílegas e ilícitas, sino que envió a Juan, establecido en el eremo de Egipto, de quien por la fama creciente había sabido que era un siervo de Dios dotado de espíritu de profecía; y recibió de él un anuncio de victoria certísimo. Pronto, como extintor del tirano Máximo, restituyó al niño Valentiniano con misericordiosísima veneración a las partes de su imperio de donde había sido ahuyentado: y habiendo muerto este poco después, ya fuera por insidias o por cualquier otro pacto o caso, oprimió a otro tirano, Eugenio, que no legítimamente había sido subrogado en lugar de aquel emperador, habiendo recibido de nuevo una respuesta profética, seguro por la fe, contra cuyo robustísimo ejército luchó más orando que hiriendo.

Milites nobis, qui aderant, retulerunt, extorta sibi esse de manibus quaecumque jaculabantur, cum a Theodosii partibus in adversarios vehemens ventus iret, et non solum, quaecumque in eos jaciebantur, concitatissime raperet, verum etiam ipsorum tela in eorum corpora retorqueret. Unde et poeta Claudianus, quamvis a Christi nomine alienus, in ejus tamen laudibus dixit: O nimium dilecte Deo, cui fundit ab antris Aeolus armatas hiemes ; cui militat aether, Et conjurati veniunt ad classica venti! (In Panegyrico de tertio Honorii consulatu, vers. 96-98.) Victor autem, sicut crediderat et praedixerat, Jovis simulacra, quae adversus eum fuerant nescio quibus ritibus velut consecrata, et in Alpibus constituta, deposuit: eorumque fulmina, quod aurea fuissent, jocantibus (quod illa laetitia permittebat) Cursoribus, et se ab eis fulminari velle dicentibus, hilariter benigneque donavit. Inimicorum suorum filios, quos non ipsius jussus, sed belli abstulerat impetus , etiam nondum christianos ad ecclesiam confugientes, christianos hac occasione fieri voluit, et christiana charitate dilexit; nec privavit rebus, et auxit honoribus. In neminem post victoriam privatas inimicitias valere permisit. Bella civilia, non sicut Cinna et Marius et Sylla et alii tales nec finita finire voluerunt, sed magis doluit exorta quam cuiquam nocere voluit terminata. Inter haec omnia ex ipso initio imperii sui non quievit justissimis et misericordissimis legibus adversus impios laboranti Ecclesiae subvenire, quam Valens haereticus favens Arianis vehementer afflixerat: cujus Ecclesiae se membrum esse magis quam in terris regnare gaudebat. Simulacra Gentilium ubique evertenda praecepit, satis intelligens nec terrena munera in daemoniorum, sed in Dei veri esse posita potestate. Quid autem fuit ejus religiosa humilitate mirabilius, quando in Thessalonicensium gravissimum scelus, cui jam, episcopis intercedentibus, promiserat indulgentiam, tumultu quorumdam, qui ei cohaerebant, vindicare compulsus est, et ecclesiastica coercitus disciplina, sic egit poenitentiam, ut imperatoriam celsitudinem pro illo populus orans magis fieret videndo prostratam, quam peccando timeret iratam? Haec ille secum, et si qua similia, quae commemorare longum est, bona opera tulit, ex isto temporali vapore cujuslibet culminis et sublimitatis humanae; quorum operum merces est aeterna felicitas, cujus dator est Deus solis veraciter piis. Caetera vero vitae hujus vel fastigia vel subsidia, sicut ipsum mundum, lucem, auras, terras, aquas, fructus, ipsiusque hominis animam, corpus, sensus, mentem, vitam, bonis malisque largitur: in quibus est etiam quaelibet imperii magnitudo, quam pro temporum gubernatione dispensat .

Los soldados que estaban presentes nos refirieron que les habían sido arrancadas de las manos cuantas cosas lanzaban, pues de las partes de Teodosio contra los adversarios iba un viento vehemente, y no solo arrebataba con muchísima fuerza cuanto se les lanzaba, sino que incluso volvía sus propios dardos contra sus cuerpos. Por lo cual también el poeta Claudiano, aunque ajeno al nombre de Cristo, dijo sin embargo en sus alabanzas: ¡Oh, amado en exceso por Dios, para quien Eolo derrama desde sus grutas los inviernos armados; para quien milita el éter, y los vientos conjurados acuden a las trompetas! (En el Panegírico sobre el tercer consulado de Honorio, vers. 96-98.) Victorioso, pues, como había creído y vaticinado, derribó los simulacros de Júpiter que contra él habían sido como consagrados con no sé qué ritos y colocados en los Alpes: y sus rayos, por haber sido de oro, los donó alegre y benignamente a los Correos que bromeaban (lo cual permitía aquella alegría) y decían que querían ser fulminados por ellos. A los hijos de sus enemigos, a quienes no su mandato sino el ímpetu de la guerra había arrebatado, incluso no siendo todavía cristianos y refugiándose en la iglesia, quiso que por esta ocasión se hicieran cristianos, y los amó con caridad cristiana; ni los privó de sus bienes, y los aumentó con honores. No permitió que después de la victoria valieran contra nadie las enemistades privadas. Las guerras civiles no quiso terminarlas como Cinna, Mario, Sila y otros tales, que ni siquiera terminadas quisieron darlas por finiquitadas, sino que más le dolió que hubieran surgido que quiso dañar a nadie una vez terminadas. Entre todas estas cosas, desde el mismo inicio de su imperio no cesó de socorrer con leyes justísimas y misericordiosísimas a la Iglesia que trabajaba contra los impíos, a la cual Valente, herético favorecedor de los arrianos, había afligido vehementemente; de cuya Iglesia se gozaba más de ser miembro que de reinar en la tierra. Mandó que los simulacros de los gentiles fueran destruidos en todas partes, entendiendo suficientemente que ni siquiera los dones terrenos estaban puestos en el poder de los demonios, sino en el del Dios verdadero. Pero, ¿qué hubo más admirable que su religiosa humildad cuando por el gravísimo crimen de los tesalonicenses, al cual ya, por intercesión de los obispos, había prometido indulgencia, fue compelido a castigar por el tumulto de algunos que estaban con él, y contenido por la disciplina eclesiástica, hizo tal penitencia que el pueblo, orando por aquella alteza imperial, se edificaba más viendo la majestad postrada que temía que estuviera airada por el pecado? Estas buenas obras llevó él consigo, y si hay algunas semejantes que es largo conmemorar, de aquel vapor temporal de cualquier cumbre y sublimidad humana; el premio de cuyas obras es la felicidad eterna, cuyo dador es Dios solo a los verdaderamente piadosos. Las demás cosas de esta vida, ya sean las alturas o los subsidios, como el mundo mismo, la luz, los aires, las tierras, las aguas, los frutos, y el alma misma del hombre, el cuerpo, los sentidos, la mente, la vida, los concede a buenos y malos; entre los cuales está también cualquier magnitud de imperio, que dispensa para el gobierno de los tiempos.

2.---[XXVII.] Proinde jam etiam illis respondendum esse video, qui manifestissimis documentis, quibus ostenditur quod ad ista temporalia, quae sola stulti habere concupiscunt, nihil deorum falsorum numerositas prosit, confutati atque convicti conantur asserere, non propter vitae praesentis utilitatem, sed propter eam quae post mortem futura est, colendos deos. Nam istis qui propter amicitias mundi hujus volunt vana colere, et non se permitti puerilibus sensibus conqueruntur, his quinque libris satis arbitror esse responsum. Quorum tres priores cum edidissem, et in multorum manibus esse coepissent, audivi quosdam nescio quam adversus eos responsionem scribendo praeparare. Deinde ad me perlatum est, quod jam scripserint, sed tempus quaerant, quo sine periculo possint edere. Quos admoneo, non optent quod eis non expedit. Facile est enim cuiquam videri respondisse, qui tacere noluerit. Aut quid est loquacius vanitate? quae non ideo potest quod veritas, quia, si voluerit, etiam plus potest clamare quam veritas. Sed considerent omnia diligenter: et si forte, sine studio partium judicantes, talia esse perspexerint, quae potius exagitari quam convelli possint garrulitate impudentissima et quasi satirica vel mimica levitate, cohibeant suas nugas; et potius a prudentibus emendari, quam laudari ab imprudentibus eligant. Nam si non ad libertatem vera dicendi, sed ad licentiam maledicendi tempus exspectant, absit ut eis eveniat quod ait Tullius de quodam, qui peccandi licentia felix appellabatur: O miserum, cui peccare licebat ! Unde quisquis est, qui maledicendi licentia felicem se putat, multo erit felicior, si hoc illi omnino non liceat: cum possit deposita inanitate jactantiae etiam isto tempore, tanquam studio consulendi, quidquid voluerit, contradicere; et quantum possunt , ab eis, quos consulit amica disputatione, honeste, graviter, libere quod oportet audire.

2.---[XXVII.] Por lo tanto, veo que ya también hay que responder a aquellos que, refutados y convictos por los más manifiestos documentos con los que se muestra que para estas cosas temporales —que solo los necios desean tener— en nada aprovecha la multitud de los dioses falsos, intentan asegurar que los dioses deben ser adorados no por la utilidad de la vida presente, sino por aquella que ha de venir después de la muerte. Pues a estos que por las amistades de este mundo quieren adorar vanidades, y se quejan de que no se les permiten sus sentimientos infantiles, juzgo que en estos cinco libros se les ha respondido suficientemente. Habiendo publicado los tres primeros de estos, y empezando a estar en manos de muchos, oí que algunos preparaban no sé qué respuesta escribiendo contra ellos. Después se me comunicó que ya la han escrito, pero que buscan el tiempo en que puedan publicarla sin peligro. A estos les advierto que no deseen lo que no les conviene. Pues es fácil para cualquiera parecer que ha respondido si no ha querido callar. ¿O qué hay más locuaz que la vanidad?, la cual no puede lo mismo que la verdad porque, si quiere, puede incluso gritar más que la verdad. Pero consideren todas las cosas diligentemente; y si por acaso, juzgando sin pasión de partido, percibieran que tales cosas son las que más bien pueden ser zarandeadas que arrancadas por una garrulidad impudentísima y como con una ligereza satírica o mímica, contengan sus naderías; y elijan más bien ser corregidos por los prudentes que ser alabados por los imprudentes. Pues si no esperan el tiempo para la libertad de decir verdades, sino para la licencia de maldecir, no suceda que les ocurra lo que dice Tulio de uno que por la licencia de pecar era llamado feliz: ¡Oh miserable, a quien le era lícito pecar! Por lo cual, quienquiera que sea el que se cree feliz por la licencia de maldecir, será mucho más feliz si esto no le es lícito de ningún modo; ya que puede, depuesta la inanidad de la jactancia, incluso en este tiempo, como por deseo de consultar, contradecir cuanto quiera, y oír lo que conviene, honesta, grave y libremente de aquellos a quienes consulta en amistosa disputa, en cuanto les sea posible.

LIBER SEXTUS.

Hactenus contra eos qui propter hanc temporalem vitam colendos deos putant: nunc autem adversus eos qui cultum ipsis credunt propter vitam aeternam exhibendum: quos Augustinus libris quinque sequentibus confutaturus, ostendit hic in primis epinionem de diis quam abjectam habuerit ipsemet Varro theologiae gentilis scriptor commendatissimus. Affert theologiae istius genera secundum eumdem tria, fabulosum, naturale et civile: ac mox de fabuloso et de civili demonstrat, nihil haec genera ad futurae vitae felicitatem conferre.

PRAEFATIO.

Quinque superioribus libris satis mihi adversus eos videor disputasse, qui multos deos et falsos, quos esse inutilia simulacra, vel immundos spiritus et perniciosa daemonia, vel certe creaturas, non Creatorem, veritas christiana convincit, propter vitae hujus mortalis rerumque terrenarum utilitatem, eo ritu ac servitute, quae graece λατρεία dicitur, et uni vero Deo debetur, venerandos et colendos putant. Et nimiae quidem stultitiae vel pertinaciae, nec istos quinque, nec ullos alios quanticumque numeri libros satis esse posse, quis nesciat? quando ea putatur gloria vanitatis, nullis cedere viribus veritatis; in perniciem utique ejus, cui vitium tam immane dominatur. Nam et contra omnem curantis industriam, non malo medici, sed aegroti insanabilis, morbus invictus est. Hi vero qui ea quae legunt, vel sine ulla, vel non cum magna ac nimia veteris erroris obstinatione, intellecta et considerata perpendunt, facilius nos isto numero terminatorum quinque voluminum plus, quam quaestionis ipsius necessitas postulabat, satisfecisse, quam minus disseruisse judicabunt; totamque invidiam, quam christianae religioni de hujus vitae cladibus terrenarumque contritione ac mutatione rerum imperiti facere conantur, non solum dissimulantibus, sed contra suam conscientiam faventibus etiam doctis, quos impietas vesana possedit, omnino esse inanem rectae cogitationis atque rationis, plenamque levissimae temeritatis et perniciosissimae animositatis, dubitare non poterunt.

LIBRO SEXTO.

Hasta aquí contra aquellos que piensan que los dioses deben ser adorados por causa de esta vida temporal; ahora, en cambio, contra aquellos que creen que se les debe tributar culto por causa de la vida eterna; a quienes Agustín, disponiéndose a refutar en los cinco libros siguientes, muestra aquí en primer lugar qué opinión tan abyecta tuvo de los dioses el mismo Varrón, escritor recomendadísimo de la teología gentil. Aduce, según el mismo, tres géneros de esta teología: fabuloso, natural y civil; y pronto demuestra sobre el fabuloso y el civil que estos géneros nada confieren a la felicidad de la vida futura.

PREFACIO.

En los cinco libros anteriores me parece haber disputado suficientemente contra aquellos que piensan que muchos dioses y falsos —a quienes la verdad cristiana convence de ser ídolos inútiles, o espíritus inmundos y demonios perniciosos, o ciertamente criaturas, no el Creador— deben ser venerados y adorados por la utilidad de esta vida mortal y de las cosas terrenas, con aquel rito y servidumbre que en griego se llama latreía y se debe al único Dios verdadero. ¿And quién no sabe que ni estos cinco ni otros cualesquiera libros de cualquier número pueden ser suficientes para una excesiva necedad o pertinacia? Cuando se cree que es gloria de la vanidad no ceder ante ninguna fuerza de la verdad, para perdición, ciertamente, de aquel a quien domina un vicio tan inmenso. Pues también contra toda la industria del que cura, una enfermedad es invicta no por falta del médico, sino del enfermo incurable. Pero aquellos que, entendidas y consideradas, sopesan las cosas que leen, ya sea sin ninguna o no con una gran y excesiva obstinación del antiguo error, juzgarán más fácilmente que hemos satisfecho en este número de cinco volúmenes concluidos más de lo que la necesidad de la misma cuestión postulaba, que el haber disertado menos; y no podrán dudar que toda la envidia que los ignorantes intentan hacer a la religión cristiana sobre los desastres de esta vida y la destrucción y mutación de las cosas terrenas —no solo disimulando los doctos, sino incluso favoreciéndola contra su propia conciencia aquellos a quienes ha poseído una impiedad vesánica— es totalmente vana de recto pensamiento y razón, y llena de una levísima temeridad y de una perniciosísima animosidad.

Caput Primum.

De his qui dicunt deos a se non propter praesentem vitam coli, sed propter aeternam.

1. Nunc ergo quoniam deinceps, ut promissus ordo expetit, etiam hi refellendi et docendi sunt, qui non propter istam vitam, sed propter illam quae post mortem futura est, deos Gentium, quos christiana religio destruit, colendos esse contendunt; placet a veridico oraculo sancti Psalmi sumere exordium disputationis meae: Beatus cujus est Dominus Deus spes ipsius, et non respexit in vanitates et insanias mendaces (Psal. XXXIX, 5). Verumtamen in omnibus vanitatibus insaniisque mendacibus longe tolerabilius philosophi audiendi sunt, quibus displicuerunt istae opiniones erroresque populorum: qui populi constituerunt simulacra numinibus, multaque de eis, quos deos immortales vocant, falsa atque indigna sive finxerunt, sive ficta crediderunt, et credita eorum cultui sacrorumque ritibus miscuerunt. Cum his hominibus, qui, etsi non libere praedicando, saltem utcumque in disputationibus mussitando, talia se improbare testati sunt, non usque adeo inconvenienter quaestio ista tractatur: utrum non unum Deum, qui fecit omnem spiritualem corporalemque creaturam, propter vitam quae post mortem futura est, coli oporteat; sed multos deos, quos ab illo uno factos et sublimiter collocatos quidam eorumdem philosophorum caeteris excellentiores nobilioresque senserunt .

2. Caeterum quis ferat dici atque contendi, deos illos, quorum in quarto libro quosdam commemoravi (Capp. 11 et 21), quibus rerum exiguarum singulis singula distribuuntur officia, vitam aeternam cuiquam praestare? An vero illi peritissimi et acutissimi viri, qui se pro magno beneficio conscripta docuisse gloriantur, ut sciretur quare cuique deo supplicandum esset, quid a quoque esset petendum, ne absurditate turpissima, qualis joculariter in mimo fieri solet, peteretur a Libero aqua, a Lymphis vinum ; auctores erunt cuipiam hominum diis immortalibus supplicanti, ut cum a Lymphis petierit vinum, eique responderint, Nos aquam habemus, hoc a Libero pete; possit recte dicere, Si vinum non habetis, saltem date mihi vitam aeternam? Quid hac absurditate monstrosius ?

Capítulo Primero.

De aquellos que dicen que los dioses no son adorados por ellos por la vida presente, sino por la eterna.

1. Ahora, pues, ya que a continuación, como lo exige el orden prometido, también han de ser refutados e instruidos aquellos que sostienen que los dioses de los gentiles —a quienes la religión cristiana destruye— deben ser adorados no por esta vida, sino por aquella que ha de venir después de la muerte; me place tomar el exordio de mi disputa del verídico oráculo del santo Salmo: Bienaventurado aquel cuya esperanza es el Señor Dios, y no atendió a vanidades y locuras mentirosas (Sal. XXXIX, 5). No obstante, en todas las vanidades y locuras mentirosas, a los filósofos hay que oírlos con mucha más tolerancia, pues les desagradaron esas opiniones y errores de los pueblos; los cuales pueblos establecieron simulacros para las divinidades, y fingieron o creyeron cosas fingidas sobre aquellos a quienes llaman dioses inmortales, muchas cosas falsas e indignas, y mezclaron lo creído con su culto y los ritos de sus sacrificios. Con estos hombres que, si no predicando libremente, al menos de algún modo musitando en sus disputas, han testificado que reprueban tales cosas, no se trata tan inconvenientemente esta cuestión: si por la vida que ha de venir después de la muerte no conviene adorar a un solo Dios —que hizo toda criatura espiritual y corporal—, sino a muchos dioses, a quienes algunos de esos mismos filósofos, más excelentes y nobles que los demás, sintieron que habían sido hechos por aquel único y colocados en un lugar sublime.

2. Por lo demás, ¿quién soportará que se diga y sostenga que aquellos dioses —de los cuales en el libro cuarto conmemoré a algunos (caps. 11 y 21)—, a los cuales se distribuyen funciones particulares para cada una de las cosas pequeñas, prestan a alguien la vida eterna? ¿O acaso aquellos hombres peritísimos y agutísimos, que se glorían de haber enseñado cosas escritas para un gran beneficio —para que se supiera por qué debía ser suplicado cada dios y qué debía ser pedido a cada uno, no sea que por una torpísima absurdidad, como suele hacerse jocosamente en el mimo, se pidiera agua a Líber y vino a las Linfas—, serán autores para algún hombre que suplica a los dioses inmortales de que, cuando haya pedido vino a las Linfas y estas le respondan: «Nosotras tenemos agua, pide esto a Líber», pueda decir rectamente: «Si no tenéis vino, al menos dadme la vida eterna»? ¿Qué hay más monstruoso que esta absurdidad?

Nonne illae cachinnantes (solent enim esse ad risum faciles) si non affectent fallere ut daemones, supplici respondebunt, O homo, putasne in potestate nos habere vitam, quas audis non habere vel vitem? Impudentissimae igitur stultitiae est, vitam aeternam a talibus diis petere vel sperare, qui vitae hujus aerumnosissimae atque brevissimae, et si qua ad eam pertinent adminiculandam atque fulciendam, ita singulas particulas tueri asseruntur, ut si id quod sub alterius tutela ac potestate est, petatur ab altero, tam sit inconveniens et absurdum, ut mimicae scurrilitati videatur esse simillimum. Quod cum fit a scientibus mimis, digne ridentur in theatro; cum vero a nescientibus stultis, dignius irridentur in mundo. Cui ergo deo vel deae, propter quid supplicaretur, quantum ad illos deos attinet, quos instituerunt civitates, a doctis solerter inventum memoriaeque mandatum est; quid a Libero, verbi gratia, quid a Lymphis, quid a Vulcano, ac sic a caeteris, quos partim commemoravi in quarto libro, partim praetereundos putavi. Porro si a Cerere vinum, a Libero panem, a Vulcano aquam, a Lymphis ignem petere erroris est; quanto majoris deliramenti esse intelligi debet, si cuiquam istorum pro vita supplicetur aeterna?

3. Quamobrem, si, cum de regno terreno quaereremus, quosnam illud deos vel deas hominibus credendum esset posse conferre, discussis omnibus longe alienum a veritate monstratum est, a quoquam istorum multorum numinum atque falsorum saltem regna terrena existimare constituit: nonne insanissimae impietatis est, si aeterna vita, quae terrenis omnibus regnis sine ulla dubitatione vel comparatione praeferenda est, ab istorum quoquam dari cuiquam posse credatur? Neque enim propterea dii tales vel terrenum regnum dare non posse visi sunt, quia illi magni et excelsi sunt, hoc quiddam parvum et abjectum, quod non dignarentur in tanta sublimitate curare. Sed quantumlibet consideratione fragilitatis humanae caducos apices terreni regni merito quisque contemnat; illi dii tales apparuerunt, ut indignissimi viderentur, quibus danda atque servanda deberent vel ista committi. Ac per hoc, si (ut superiora proximis duobus libris pertractata docuerunt) nullus deus ex illa turba, vel quasi plebeiorum, vel quasi procerum deorum, idoneus est regna mortalia mortalibus dare, quanto minus potest immortales ex mortalibus facere?

¿No le responderán aquellas rientes (pues suelen ser fáciles para la risa), si no fingen engañar como demonios, al suplicante: «¡Oh hombre!, ¿piensas que nosotras tenemos en nuestro poder la vida, a quienes oyes que no tenemos ni siquiera una vid?». Es, pues, de una impudentísima necedad pedir o esperar la vida eterna de tales dioses, que se afirma que protegen de tal modo cada una de las partículas de esta vida tan calamitosa y breve —y cuanto a ella pertenece para ayudarla y sostenerla— que si aquello que está bajo la tutela y potestad de uno se pide a otro, es tan inconveniente y absurdo que parece ser muy semejante a la bufonada mímica. Lo cual, cuando lo hacen los mimos expertos, con razón son celebrados con risas en el teatro; pero cuando lo hacen los necios ignorantes, con más razón son escarnecidos en el mundo. A qué dios o diosa, pues, y por qué se debía suplicar —en cuanto atañe a aquellos dioses que instituyeron las ciudades— fue hábilmente inventado y encomendado a la memoria por los doctos; qué pedir a Líber, por ejemplo, qué a las Linfas, qué a Vulcano, y así de los demás, a algunos de los cuales conmemoré en el libro cuarto y a otros juzgué que debían ser pasados por alto. Por tanto, si es error pedir vino a Ceres, pan a Líber, agua a Vulcano y fuego a las Linfas; ¿cuánto mayor delirio debe entenderse que es si a cualquiera de estos se le suplica la vida eterna?

3. Por lo cual, si cuando buscábamos sobre el reino terreno qué dioses o diosas debía creerse que podían conferirlo a los hombres, después de discutidos todos se mostró estar muy lejos de la verdad el que alguien determine que incluso los reinos terrenos se han de estimar procedentes de cualquiera de esas muchas y falsas divinidades: ¿no es de una insanísima impiedad el que se crea que la vida eterna —la cual sin ninguna duda ni comparación se ha de preferir a todos los reinos terrenos— pueda ser dada a alguien por cualquiera de ellos? Pues no por esto tales dioses parecieron no poder dar ni siquiera el reino terreno, porque ellos sean grandes y excelsos y este sea algo pequeño y abyecto que no se dignarían cuidar en tanta sublimidad. Pero, por mucho que cualquiera, considerando la fragilidad humana, desprecie con razón las caducas cumbres del reino terreno, tales dioses aparecieron de modo que parecían indignísimos de que se les debieran confiar siquiera estas cosas para ser dadas y conservadas. Y por esto, si (como enseñaron las cosas tratadas en los dos libros anteriores) ningún dios de aquella turba, ya sea como de los plebeyos o como de los próceres, es idóneo para dar reinos mortales a los mortales, ¿cuánto menos podrá hacer inmortales de los mortales?

4. Huc accedit quia, si jam cum illis agimus, qui non propter istam, sed propter vitam quae post mortem futura est, existimant colendos deos; jam nec propter illa saltem, quae deorum talium potestati tanquam dispartita et propria, non ratione veritatis, sed vanitatis opinione tribuuntur, omnino colendi sunt; sicut credunt hi qui cultum eorum vitae hujus mortalis utilitatibus necessarium esse contendunt: contra quos jam quinque praecedentibus voluminibus satis, quantum potui, disputavi. Quae cum ita sint, si eorum qui colerent deam Juventatem, aetas ipsa floreret insignius; contemptores autem ejus, vel intra annos occumberent juventutis, vel in ea tanquam senili torpore frigescerent: si malas cultorum suorum speciosius et festivius Fortuna barbata vestiret; a quibus autem sperneretur, glabros aut male barbatos videremus: etiam sic rectissime diceremus, huc usque istas deas singulas posse, suis officiis quodammodo limitatas ; ac per hoc nec a Juventate oportere peti vitam aeternam, quae non daret barbam; nec a Fortuna barbata boni aliquid post hanc vitam esse sperandum, cujus in hac vita potestas nulla esset, ut eamdem saltem aetatem, quae barba induitur, ipsa praestaret. Nunc vero, cum earum cultus nec propter ista ipsa, quae putant eis subdita, sit necessarius; quia et multi colentes Juventatem deam minime in illa aetate viguerunt, et multi non eam colentes gaudent robore juventutis; itemque multi Fortunae barbatae supplices ad nullam vel deformem barbam pervenire potuerunt, et si qui eam pro barba impetranda venerantur, a barbatis ejus contemptoribus irridentur: itane desipit cor humanum, ut, quorum deorum cultum propter ista ipsa temporalia et cito praetereuntia munera, quibus singulis singuli praeesse perhibentur, inanem ludibriosumque cognoscit, propter vitam aeternam credat esse fructuosum? Hanc dare illos posse nec hi dicere ausi sunt, qui eis, ut ab insipientibus populis colerentur, ista opera temporalia, quoniam nimis multos putaverunt, ne quisquam eorum sederet otiosus, minutatim divisa tribuerunt.

Caput II.

Quid Varronem de diis Gentium sensisse credendum sit, quorum talia et genera et sacra detexit, ut reverentius cum eis ageret, si de illis omnino reticeret.

Quis Marco Varrone curiosius ista quaesivit? quis invenit doctius? quis consideravit attentius? quis distinxit acutius? quis diligentius pleniusque conscripsit? Qui tametsi minus est suavis eloquio, doctrina tamen atque sententiis ita refertus est, ut in omni eruditione, quam nos saecularem, illi autem liberalem vocant, studiosum rerum tantum iste doceat, quantum studiosum verborum Cicero delectat.

4. A esto se añade que, si ya tratamos con aquellos que piensan que los dioses deben ser adorados no por esta vida, sino por aquella que ha de venir después de la muerte; ya ni siquiera por aquellas cosas que se atribuyen a la potestad de tales dioses como repartidas y propias —no por razón de la verdad, sino por opinión de la vanidad— deben ser adorados en absoluto; como creen estos que sostienen que su culto es necesario para las utilidades de esta vida mortal, contra los cuales ya disputé suficientemente cuanto pude en los cinco volúmenes precedentes. Siendo esto así, si la misma edad de aquellos que adoraran a la diosa Juventas floreciera más señaladamente, mientras que los despreciadores de ella o bien sucumbieran dentro de los años de la juventud o en ella se enfriaran como con un torpor senil; si la Fortuna barbada vistiera las mejillas de sus adoradores más hermosa y festivamente, mientras que viéramos lampiños o mal barbudos a aquellos por quienes fuera despreciada: incluso así diríamos muy rectamente que estas diosas particulares pueden solo hasta aquí, limitadas en cierto modo por sus oficios; y por esto, que ni a Juventas se debe pedir la vida eterna, que no daría la barba, ni de la Fortuna barbada se ha de esperar algo bueno después de esta vida, cuya potestad en esta vida fuera nula para prestar siquiera esa misma edad que se viste de barba. Pero ahora, cuando el culto de ellas ni siquiera es necesario por esas mismas cosas que se piensan estarles sometidas —porque muchos que adoran a la diosa Juventas en nada florecieron en esa edad, y muchos que no la adoran gozan del vigor de la juventud; e igualmente muchos suplicantes de la Fortuna barbada no pudieron llegar a tener ninguna barba o la tuvieron deforme, y si algunos la veneran para impetrar la barba son escarnecidos por los barbudos que la desprecian—: ¿de tal modo desvaría el corazón humano que crea ser fructuoso por causa de la vida eterna el culto de aquellos dioses cuyo culto por causa de esos mismos dones temporales y que pronto pasan —de los cuales se dice que presiden cada uno a cada uno— conoce como vano y ridículo? Que ellos puedan dar esto ni siquiera se atrevieron a decirlo aquellos que, para que fueran adorados por los pueblos insipientes, les atribuyeron estas obras temporales divididas minuciosamente, porque pensaron que eran demasiados, para que ninguno de ellos estuviera ocioso.

Capítulo II.

Qué deba creerse que sintió Varrón sobre los dioses de los gentiles, cuyos géneros y ritos sagrados descubrió de tal modo que habría tratado con ellos más reverentemente si hubiera guardado total silencio sobre ellos.

¿Quién buscó estas cosas con más curiosidad que Marco Varrón?, ¿quién las halló con más doctrina?, ¿quién las consideró con más atención?, ¿quién las distinguió con más agudeza?, ¿quién las escribió con más diligencia y plenitud? El cual, aunque sea menos suave en la elocuencia, sin embargo está tan lleno de doctrina y de sentencias que en toda la erudición —que nosotros llamamos secular y ellos liberal— tanto enseña al estudioso de las cosas cuanto Deleita al estudioso de las palabras Cicerón.

Denique et ipse Tullius huic tale testimonium perhibet, ut in libris Academicis dicat eam, quae ibi versatur, disputationem, se habuisse cum Marco Varrone, homine inquit, omnium facile acutissimo, et sine ulla dubitatione doctissimo. Non ait, Eloquentissimo, vel, facundissimo; quoniam revera in hac facultate multum impar est: sed, omnium, inquit, facile acutissimo. Et in eis libris, id est Academicis, ubi cuncta dubitanda esse contendit, addidit, sine ulla dubitatione doctissimo. Profecto de hac re sic erat certus, ut auferret dubitationem, quam solet in omnibus adhibere, tanquam de hoc uno etiam pro Academicorum dubitatione disputaturus, se Academicum fuisset oblitus. In primo autem libro cum ejusdem Varronis litteraria opera praedicaret, Nos, inquit, in nostra urbe peregrinantes errantesque, tanquam hospites, tui libri quasi domum reduxerunt, ut possemus aliquando qui et ubi essemus agnoscere. Tu aetatem patriae, tu descriptiones temporum, tu sacrorum jura, tu sacerdotum, tu domesticam, tu publicam disciplinae, tu sedem regionum, locorum, tu omnium divinarum humanarumque rerum nomina, genera, officia, causas aperuisti (Cicero lib. 1, c. 3, de Quaest. Acad.). Iste igitur vir tam insignis excellentisque peritiae, et quod de illo etiam Terentianus elegantissimo versiculo breviter ait, Vir doctissimus undecumque Varro; (De metris, in sectione de versibus phalaeciis.) qui tam multa legit, ut aliquid ei scribere vacasse miremur; tam multa scripsit, quam multa vix quemquam legere potuisse credamus: iste, inquam, vir tantus ingenio, tantusque doctrina, si rerum velut divinarum, de quibus scribit, oppugnator esset atque destructor, easque non ad religionem, sed ad superstitionem diceret pertinere, nescio utrum tam multa in eis ridenda, contemnenda, detestanda conscriberet. Cum vero Deos eosdem ita coluerit, colendosque censuerit, ut in eo ipso opere litterarum suarum dicat se timere ne pereant, non incursu hostili, sed civium negligentia, de qua illos velut ruina liberari a se dicit, et in memoria bonorum per hujusmodi libros recondi atque servari utiliore cura, quam Metellus de incendio sacra Vestalia, et Aeneas de Trojano excidio penates liberasse praedicantur; et tamen ea legenda saeculis prodit, quae a sapientibus et insipientibus merito abjicienda, et veritati religionis inimicissima judicentur: quid existimare debemus, nisi hominem acerrimum ac peritissimum, non tamen sancto Spiritu liberum, oppressum fuisse suae civitatis consuetudine ac legibus; et tamen ea, quibus movebatur, sub specie commendandae religionis tacere noluisse?

Finalmente, el mismo Tulio le rinde tal testimonio que en los libros Académicos dice que la disputa que allí se trata la tuvo con Marco Varrón, «hombre —dice— fácilmente el más agudo de todos y sin ninguna duda el más docto». No dice: «el más elocuente» o «el más facundo», porque en realidad en esta facultad es muy desigual; sino «de todos —dice— fácilmente el más agudo». Y en esos libros, es decir, los Académicos, donde sostiene que de todo se debe dudar, añadió: «sin ninguna duda el más docto». Ciertamente sobre este asunto estaba tan cierto que quitó la duda que suele aplicar en todo, como si sobre este solo punto, aun contra la duda de los Académicos, fuera a disputar habiendo olvidado que era Académico. Pero en el primer libro, cuando alababa las obras literarias del mismo Varrón, dijo: «A nosotros, que peregrinábamos y errábamos en nuestra ciudad como huéspedes, tus libros como que nos redujeron a casa, para que pudiéramos alguna vez reconocer quiénes y dónde éramos». Tú abriste la edad de la patria, tú las descripciones de los tiempos, tú los derechos de las cosas sagradas, tú los de los sacerdotes, tú la disciplina doméstica, tú la pública, tú el asiento de las regiones y lugares, tú los nombres, géneros, oficios y causas de todas las cosas divinas y humanas» (Cicerón lib. 1, c. 3, de Quaest. Acad.). Este varón, pues, de tan señalada y excelente pericia, y lo que de él dice también Terenciano brevemente en un versículo elegantísimo: «Varón doctísimo por todas partes Varrón» (De metris, en la sección de versos falecios); que leyó tantas cosas que nos admiramos de que le quedara tiempo para escribir algo; escribió tantas cosas como apenas creemos que alguien haya podido leer: este varón, digo, tan grande por su ingenio y tan grande por su doctrina, si fuera impugnador y destructor de las cosas como divinas de las que escribe, y dijera que pertenecen no a la religión sino a la superstición, no sé si escribiría en ellas tantas cosas dignas de ser reídas, despreciadas y detestadas. Pero cuando adoró a esos mismos dioses y juzgó que debían ser adorados, de tal modo que en esa misma obra de sus letras dice que teme que perezcan, no por incursión hostil sino por negligencia de los ciudadanos —de la cual dice que son librados por él como de una ruina, y depositados y conservados en la memoria de los buenos mediante libros de este tipo con un cuidado más útil que aquel con que se pregona que Metelo libró del incendio los objetos sagrados de Vesta y Eneas los penates de la destrucción troyana—; y sin embargo presenta para ser leídas por los siglos cosas que por los sabios y los necios con razón han de ser rechazadas y juzgadas como enemiguísimas de la verdad de la religión: ¿qué debemos pensar sino que un hombre agudísimo y peritísimo, aunque no libre por el Espíritu Santo, fue oprimido por la costumbre y las leyes de su ciudad, y sin embargo no quiso callar aquellas cosas por las que se sentía movido, bajo la apariencia de recomendar la religión?

Caput III.

Quae sit partitio Varronis librorum suorum, quos de Antiquitatibus rerum humanarum divinarumque composuit.

Quadraginta et unum libros scripsit Antiquitatum: hos in res humanas divinasque divisit, rebus humanis viginti quinque, divinis sedecim tribuit: istam secutus in ea partitione rationem, ut rerum humanarum libros senos quatuor partibus daret. Intendit enim qui agant, ubi agant, quando agant, quid agant. In sex itaque primis de hominibus scripsit, in secundis sex de locis, sex tertios de temporibus, sex quartos eosdemque postremos de rebus absolvit. Quater autem seni, viginti et quatuor fiunt. Sed unum singularem, qui communiter prius de omnibus loqueretur, in capite posuit. In divinis identidem rebus eadem ab illo divisionis forma servata est, quantum attinet ad ea quae diis exhibenda sunt: exhibentur enim ab hominibus in locis et temporibus sacra. Haec quatuor, quae dixi, libris complexus est ternis: nam tres priores de hominibus scripsit, sequentes de locis, tertios de temporibus, quartos de sacris; etiam hic qui exhibeant, ubi exhibeant, quando exhibeant, quid exhibeant, subtilissima distinctione commendans. Sed quia oportebat dicere, et maxime id exspectabatur, quibus exhibeant, de ipsis quoque diis tres conscripsit extremos, ut quinquies terni quindecim fierent. Sunt autem omnes, ut diximus, sedecim: quia et istorum exordio unum singularem, qui prius de omnibus loqueretur, apposuit: quo absoluto, consequenter ex illa quinquepartita distributione tres praecedentes, qui ad homines pertinent, ita subdivisit, ut primus sit de pontificibus, secundus de auguribus, tertius de quindecimviris sacrorum . Secundos tres ad loca pertinentes; ita ut in uno eorum de sacellis, altero de sacris aedibus diceret, tertio de locis religiosis. Tres porro qui istos sequuntur, et ad tempora pertinent, id est ad dies festos; ita ut unum eorum faceret de feriis, alterum de ludis circensibus, de scenicis tertium. Quartorum trium ad sacra pertinentium uni dedit consecrationes, alteri sacra privata, ultimo publica. Hanc velut pompam obsequiorum in tribus, qui restant, dii ipsi sequuntur extremi, quibus iste universus cultus impensus est: in primo dii certi, in secundo incerti, in tertio cunctorum novissimo dii praecipui atque selecti.

Caput IV.

Quod ex disputatione Varronis apud cultores deorum antiquiores res humanae quam divinae reperiantur.

Capítulo III.

Cuál sea la partición de los libros de Varrón, que compuso sobre las Antigüedades de las cosas humanas y divinas.

Escribió cuarenta y un libros de las Antigüedades; estos los dividió en cosas humanas y divinas, atribuyó veinticinco a las cosas humanas y dieciséis a las divinas, siguiendo en esa partición el criterio de dar seis libros a cada una de las cuatro partes de las cosas humanas. Pues se propone quiénes actúan, dónde actúan, cuándo actúan y qué actúan. Así pues, en los seis primeros escribió sobre los hombres; en los segundos seis, sobre los lugares; los terceros seis, sobre los tiempos; y los cuartos seis, que son los últimos, los dedicó a las cosas. Pero cuatro veces seis son veinticuatro. Mas puso a la cabeza uno singular que hablara primero de todas en común. Del mismo modo, en las cosas divinas guardó la misma forma de división en cuanto atañe a las cosas que se han de tributar a los dioses; pues los ritos sagrados son tributados por hombres, en lugares y tiempos. Estas cuatro cosas que he dicho las comprendió en grupos de tres libros; pues los tres primeros los escribió sobre los hombres, los siguientes sobre los lugares, los terceros sobre los tiempos y los cuartos sobre los ritos sagrados; recomendando también aquí con sutilísima distinción quiénes tributan, dónde tributan, cuándo tributan y qué tributan. Pero porque era necesario decir —y era lo que más se esperaba— a quiénes tributan, sobre los mismos dioses escribió también los tres últimos, para que cinco veces tres fueran quince. Son todos, como dijimos, dieciséis, porque también al comienzo de estos puso uno singular que hablara primero de todos; terminado el cual, consecuentemente de aquella distribución quíntuple subdividió los tres precedentes —que pertenecen a los hombres— de modo que el primero es sobre los pontífices, el segundo sobre los augures y el tercero sobre los quindecimviros de los ritos sagrados. Los segundos tres pertenecen a los lugares, de modo que en uno de ellos habló de las capillas, en otro de los templos sagrados y en el tercero de los lugares religiosos. Además, los tres que siguen a estos y pertenecen a los tiempos —esto es, a los días festivos— los hizo de modo que uno fuera sobre las ferias, otro sobre los juegos circenses y el tercero sobre los escénicos. A uno de los cuartos tres pertenecientes a los ritos sagrados dio las consagraciones, a otro los ritos privados y al último los públicos. A esta como pompa de obsequios siguen los dioses mismos al final en los tres que quedan, a los cuales se dedicó todo este culto: en el primero los dioses ciertos, en el segundo los inciertos y en el tercero, último de todos, los dioses principales y selectos.

Capítulo IV.

Que por la disputa de Varrón se halla que entre los cultores de los dioses las cosas humanas son más antiguas que las divinas.

1. In hac tota serie pulcherrimae ac subtilissimae distributionis et distinctionis vitam aeternam frustra quaeri et sperari impudentissime vel optari, ex his quae jam diximus, et quae deinceps dicenda sunt, cuivis hominum, qui corde obstinato sibi non fuerit inimicus, facillime apparet. Vel hominum enim sunt ista instituta, vel daemonum: non quales vocant illi daemones bonos; sed, ut loquar apertius, immundorum spirituum et sine controversia malignorum, qui noxias opiniones, quibus anima humana magis magisque vanescat, et incommutabili aeternaeque veritati coaptari atque inhaerere non possit, invidentia mirabili et occulte inserunt cogitationibus impiorum, et aperte aliquando ingerunt sensibus, et qua possunt fallaci attestatione confirmant. Iste ipse Varro propterea se prius de rebus humanis, de divinis autem postea scripsisse testatur, quod prius exstiterint civitates, deinde ab eis haec instituta sint. Vera autem religio non a terrena aliqua civitate instituta est; sed plane coelestem ipsa instituit civitatem: eam vero inspirat et docet verus Deus, dator vitae aeternae, veris cultoribus suis.

2. [IV.] Varronis igitur, confitentis ideo se prius de rebus humanis scripsisse, postea de divinis, quia divinae istae ab hominibus institutae sunt, haec ratio est: Sicut prior est, inquit, pictor quam tabula picta, prior faber quam aedificium; ita priores sunt civitates, quam ea quae a civitatibus sunt instituta. Dicit autem se prius scripturum fuisse de diis, postea de hominibus, si de omni natura deorum scriberet. Quasi hic de aliqua scribat, et non de omni; aut vero etiam aliqua, licet non omnis, deorum natura non prior debeat esse, quam hominum? Quid quod in illis tribus novissimis libris, deos certos et incertos et selectos diligenter explicans, nullam deorum naturam praetermittere videtur? Quid est ergo quod ait, Si de omni natura deorum et hominum scriberemus, prius divina absolvissemus, quam humana attigissemus? Aut enim de omni natura deorum scribit, aut de aliqua, aut omnino de nulla. Si de omni, praeponenda est utique rebus humanis: si de aliqua, cur non etiam ipsa res praecedat humanas? an indigna est praeferri etiam universae naturae hominum pars aliqua deorum?

1. En toda esta serie de bellísima y sutilísima distribución y distinción, el que la vida eterna se busque y se espere en vano, o se desee u opte impudentísimamente, aparece con suma facilidad a cualquiera que no sea enemigo de sí mismo con un corazón obstinado, por estas cosas que ya hemos dicho y por las que se han de decir a continuación. Pues o bien son institutos de hombres, o bien de demonios; no tales como ellos llaman demonios buenos, sino, para hablar con más claridad, de espíritus inmundos y sin controversia malignos, los cuales, con envidia admirable, insertan oculta y secretamente en los pensamientos de los impíos opiniones nocivas con las que el alma humana se desvanezca cada vez más y no pueda acoplarse ni adherirse a la inmutable y eterna verdad, y a veces las introducen abiertamente en los sentidos y las confirman con la falaz atestación que pueden. El mismo Varrón atestigua que por eso escribió primero sobre las cosas humanas y después sobre las divinas, porque primero existieron las ciudades y luego por ellas fueron instituidas estas cosas. Pero la verdadera religión no fue instituida por ciudad terrena alguna, sino que claramente ella instituyó la ciudad celestial; y a ella la inspira y enseña el Dios verdadero, dador de la vida eterna, a sus verdaderos adoradores.

2. [IV.] De Varrón, pues, que confiesa haber escrito primero sobre las cosas humanas y después sobre las divinas porque esas cosas divinas fueron instituidas por los hombres, esta es la razón: «Así como es anterior —dice— el pintor que la tabla pintada, y el artesano que el edificio, así son anteriores las ciudades que las cosas que por las ciudades han sido instituidas». Dice, además, que habría escrito primero sobre los dioses y después sobre los hombres si escribiera sobre toda la naturaleza de los dioses. ¡Como si aquí escribiera sobre alguna parte y no sobre toda!; ¿o acaso incluso alguna naturaleza de los dioses, aunque no sea toda, no debe ser anterior que la de los hombres? ¿Qué decir del hecho de que en esos tres últimos libros, explicando diligentemente los dioses ciertos, inciertos y selectos, no parece pasar por alto ninguna naturaleza de los dioses? ¿Qué es, pues, lo que dice: «Si escribiéramos sobre toda la naturaleza de los dioses y de los hombres, habríamos concluido las cosas divinas antes de tocar las humanas»? Pues o bien escribe sobre toda la naturaleza de los dioses, o sobre alguna, o sobre ninguna en absoluto. Si sobre toda, se ha de anteponer ciertamente a las cosas humanas; si sobre alguna, ¿por qué no ha de preceder esa misma a las humanas? ¿Acaso es indigna de ser preferida incluso a la naturaleza universal de los hombres alguna parte de los dioses?

Quod si multum est ut aliqua pars divina praeponatur universis rebus humanis, saltem digna est vel Romanis: rerum quippe humanarum libros, non quantum ad orbem terrarum, sed quantum ad solam Romam pertinet, scripsit. Quos tamen rerum divinarum libris se dixit scribendi ordine merito praetulisse, sicut pictorem tabulae pictae, sicut fabrum aedificio; apertissime confitens quod etiam istae res divinae, sicut pictura, sicut structura, ab hominibus institutae sint. Restat ut de nulla deorum natura scripsisse intelligatur; neque hoc aperte dicere voluisse, sed intelligentibus reliquisse. Ubi enim dicitur, Non omnis, usitate quidem intelligitur aliqua: sed potest intelligi et nulla; quoniam quae nulla est, nec omnis, nec aliqua est. Nam, ut ipse dicit, si omnis esset natura deorum de qua scriberet, scribendi ordine rebus humanis praeponenda esset: ut autem et ipso tacente veritas clamat, praeponenda esset certe rebus Romanis, etiam si non omnis, sed saltem aliqua esset: recte autem postponitur; ergo nulla est. Non itaque rebus divinis anteferre voluit res humanas, sed rebus veris noluit anteferre res falsas. In his enim, quae scripsit de rebus humanis, secutus est historiam rerum gestarum: quae autem de his, quas divinas vocat, quid nisi opiniones rerum vanarum? Hoc est nimirum, quod voluit subtili significatione monstrare; non solum scribens de his posterius quam de illis, sed etiam rationem reddens cur id fecerit. Quam si tacuisset, aliter hoc factum ejus ab aliis fortasse defenderetur. In ea vero ipsa ratione, quam reddidit, nec aliis quidquam reliquit pro arbitrio suspicari, et satis probavit homines se praeposuisse institutis hominum, non naturam hominum naturae deorum. Ita se libros rerum divinarum, non de veritate quae pertinet ad naturam, sed de falsitate quae pertinet ad errorem, scripsisse confessus est. Quod apertius alibi posuit, sicut in quarto libro commemoravi (Cap. 31, n. 1), ex naturae formula se scripturum fuisse, si novam ipse conderet civitatem; quia vero jam veterem invenerat, non se potuisse nisi ejus consuetudinem sequi.

Caput V.

De tribus generibus theologiae secundum Varronem, scilicet uno fabuloso, altero naturali, tertioque civili.

Y si es mucho que alguna parte divina se anteponga a todas las cosas humanas, al menos es digna de las romanas; ya que escribió los libros de las cosas humanas no en lo que atañe a todo el orbe de la tierra, sino solo en lo que atañe a Roma. A los cuales, sin embargo, dijo haber preferido con razón en el orden de la escritura a los libros de las cosas divinas, como el pintor a la tabla pintada, como el artesano al edificio; confesando abiertamente que también estas cosas divinas, como la pintura y la construcción, han sido instituidas por los hombres. Resta que se entienda que escribió sobre ninguna naturaleza de los dioses; ni quiso decir esto abiertamente, sino que lo dejó para los inteligentes. Pues donde se dice «no toda», habitualmente se entiende «alguna», pero también puede entenderse «ninguna»; puesto que la que es ninguna, ni es toda ni es alguna. Pues, como él mismo dice, si fuera toda la naturaleza de los dioses sobre la que escribiera, se debería anteponer en el orden de escritura a las cosas humanas; pero como la verdad clama aun callando él, se debería anteponer ciertamente a las cosas romanas, incluso si no fuera toda, sino al menos alguna; mas rectamente se pospone, luego es ninguna. No quiso, por tanto, anteponer las cosas humanas a las divinas, sino que no quiso anteponer las cosas falsas a las verdaderas. Pues en aquellas cosas que escribió sobre las cosas humanas siguió la historia de los hechos; pero en cuanto a estas que llama divinas, ¿qué son sino opiniones de cosas vanas? Esto es, sin duda, lo que quiso mostrar con sutil significación; no solo escribiendo sobre estas después que sobre aquellas, sino dando también la razón de por qué lo hizo. La cual, si la hubiera callado, tal vez su proceder sería defendido de otro modo por otros. Pero en esa misma razón que dio, ni dejó a los demás nada que sospechar a su arbitrio, y probó suficientemente que antepuso los hombres a los institutos de los hombres, no la naturaleza de los hombres a la naturaleza de los dioses. Así confesó que escribió los libros de las cosas divinas no sobre la verdad que pertenece a la naturaleza, sino sobre la falsedad que pertenece al error. Lo cual puso más claramente en otra parte, como conmemoré en el libro cuarto (cap. 31, n. 1), diciendo que habría escrito según la fórmula de la naturaleza si él mismo fundara una nueva ciudad; pero que, por haber hallado ya una antigua, no pudo sino seguir su costumbre.

Capítulo V.

De los tres géneros de teología según Varrón, a saber: uno fabuloso, otro natural y el tercero civil.

1. Deinde illud quale est, quod tria genera theologiae dicit esse, id est rationis quae de diis explicatur, eorumque unum mythicon appellari , alterum physicon, tertium civile? Latine si usus admitteret, genus quod primum posuit, fabulare appellaremus; sed fabulosum dicamus: a fabulis enim mythicon dictum est; quoniam μῦθος graece fabula dicitur. Secundum autem ut naturale dicatur, jam et consuetudo locutionis admittit. Tertium etiam ipse latine enuntiavit, quod civile appellatur. Deinde ait: Mythicon appellant, quo maxime utuntur poetae; physicon, quo philosophi; civile, quo populi. Primum, inquit, quod dixi, in eo sunt multa contra dignitatem et naturam immortalium ficta. In hoc enim est, ut deus alius ex capite, alius ex femore sit, alius ex guttis sanguinis natus: in hoc, ut dii furati sint, ut adulteraverint, ut servierint homini: denique in hoc omnia diis attribuuntur, quae non modo in hominem, sed etiam quae in contemptissimum hominem cadere possunt. Hic certe ubi potuit, ubi ausus est, ubi impunitum putavit, quanta mendacissimis fabulis naturae deorum fieret injuria, sine caligine ullius ambiguitatis expressit. Loquebatur enim, non de naturali theologia, non de civili, sed de fabulosa, quam libere a se putavit esse culpandam.

2. Videamus quid de altera dicat. Secundum genus est, inquit, quod demonstravi, de quo multos libros philosophi reliquerunt: in quibus est, dii qui sint, ubi, quod genus, quale; a quodam tempore, an a sempiterno fuerint dii; ex igne sint , ut credit Heraclitus; an ex numeris, ut Pythagoras; an ex atomis, ut ait Epicurus. Sic alia, quae facilius intra parietes in schola, quam extra in foro ferre possunt aures. Nihil in hoc genere culpavit, quod physicon vocant, et ad philosophos pertinet: tantum quod eorum inter se controversias commemoravit, per quos facta est dissidentium multitudo sectarum. Removit tamen hoc genus a foro, id est a populis; scholis vero et parietibus clausit: illud autem primum mendacissimum atque turpissimum a civitatibus non removit. O religiosas aures populares, atque in his etiam Romanas! Quod de diis immortalibus philosophi disputant, ferre non possunt: quod vero poetae canunt, et histriones agunt, quia contra dignitatem ac naturam immortalium ficta sunt, quia non modo in hominem, sed etiam in contemptissimum hominem cadere possunt, non solum ferunt, sed etiam libenter audiunt. Neque id tantum, sed diis quoque ipsis haec placere, et per haec eos placandos esse decernunt.

1. Después, ¿qué es aquello de que diga que hay tres géneros de teología —esto es, de la razón que se explica sobre los dioses—, y que uno de ellos se llama mythicon, otro physicon y el tercero civil? En latín, si el uso lo admitiera, llamaríamos al género que puso primero «fabular»; pero digámoslo fabuloso, pues de las fábulas se dijo mythicon, ya que mythos en griego se dice fábula. Que el segundo se llame natural, ya lo admite la costumbre del habla. El tercero también él mismo lo enunció en latín, el cual se llama civil. Luego dice: «Llaman mythicon al que usan principalmente los poetas; physicon al que usan los filósofos; civil al que usan los pueblos. El primero —dice— que mencioné, en él hay muchas cosas fingidas contra la dignidad y naturaleza de los inmortales. Pues en este se halla que un dios nació de la cabeza, otro del muslo, otro de gotas de sangre; en este, que los dioses robaron, que cometieron adulterio, que sirvieron al hombre; finalmente, en este se atribuyen a los dioses todas las cosas que pueden caer no solo en un hombre, sino incluso en el hombre más despreciable». Aquí ciertamente, donde pudo, donde osó, donde pensó que quedaría impune, expresó sin la niebla de ninguna ambigüedad cuánta injuria se hacía a la naturaleza de los dioses con fábulas mentirosísimas. Pues hablaba no de la teología natural, ni de la civil, sino de la fabulosa, la cual juzgó que debía ser libremente culpada por él.

2. Veamos qué dice de la segunda. «El segundo género es —dice— el que he mostrado, sobre el cual los filósofos han dejado muchos libros; en los cuales se trata quiénes son los dioses, dónde, de qué linaje, de qué cualidad; si los dioses existieron desde un cierto tiempo o desde la eternidad; si son de fuego, como cree Heráclito, o de números, como Pitágoras, o de átomos, como dice Epicuro. Y así otras cosas que los oídos pueden soportar más fácilmente dentro de las paredes, en la escuela, que fuera, en el foro». Nada culpó en este género, al que llaman physicon y pertenece a los filósofos, salvo que conmemoró sus controversias entre sí, por las cuales se formó una multitud de sectas disidentes. Sin embargo, retiró este género del foro, esto es, de los pueblos, y lo encerró en las escuelas y entre paredes; mas aquel primero, mentirosísimo y torpísimo, no lo retiró de las ciudades. ¡Oh religiosas orejas populares, y entre ellas también las romanas! Lo que los filósofos disputan sobre los dioses inmortales no lo pueden soportar; pero lo que los poetas cantan y los histriones representan, porque son cosas fingidas contra la dignidad y naturaleza de los inmortales, porque pueden caer no solo en un hombre, sino incluso en el hombre más despreciable, no solo lo soportan, sino que incluso lo oyen con gusto. Y no solo eso, sino que decretan que estas cosas también agradan a los mismos dioses y que por medio de ellas deben ser aplacados.

3. Dixerit aliquis, Haec duo genera, mythicon et physicon, id est fabulosum atque naturale, discernamus ab hoc civili, de quo nunc agitur; unde illa et ipse discrevit: jamque ipsum civile videamus qualiter explicet. Video quidem, cur debeat discerni fabulosum: quia falsum, quia turpe, quia indignum est. Naturale autem a civili velle discernere, quid est aliud, quam etiam ipsum civile fateri esse mendosum? Si enim illud naturale est, quid habet reprehensionis, ut excludatur? si autem hoc quod civile dicitur, naturale non est, quid habet meriti, ut admittatur? Haec nempe illa causa est, quare prius scripserit de rebus humanis, posterius de divinis; quoniam in divinis rebus non naturam, sed hominum instituta secutus est. Intueamur sane et civilem theologiam. Tertiam genus est, inquit, quod in urbibus cives, maxime sacerdotes, nosse atque administrare debent. In quo est, quos deos publice colere, [quae] sacra ac sacrificia facere quemque par sit. Adhuc quod sequitur attendamus. Prima, inquit, theologia maxime accommodata est ad theatrum, secunda ad mundum, tertia ad urbem. Quis non videat, cui palmam dederit? Utique secundae, quam supra dixit esse philosophorum. Hanc enim pertinere testatur ad mundum, quo isti nihil esse excellentius opinantur in rebus. Duas vero illas theologias, primam et tertiam, theatri scilicet atque urbis, distinxit, an junxit? Videmus enim non continuo quod est urbis, pertinere posse et ad mundum; quamvis urbes esse videamus in mundo: fieri enim potest ut in urbe, secundum falsas opiniones, ea colantur et ea credantur, quorum in mundo vel extra mundum natura sit nusquam: theatrum vero ubi est, nisi in urbe? quis theatrum instituit, nisi civitas? propter quid instituit, nisi propter ludos scenicos? ubi sunt ludi scenici, nisi in rebus divinis, de quibus hi libri tanta solertia conscribuntur?

Caput VI.

De theologia mythica, id est fabulosa, et de civili, contra Varronem.

1. O Marce Varro, cum sis homo omnium acutissimus et sine ulla dubitatione doctissimus, sed tamen homo, non Deus, nec Spiritu Dei ad videnda et annuntianda divina in veritatem libertatemque subvectus, cernis quidem quam sint res divinae ab humanis nugis atque mendaciis dirimendae: sed vitiosissimas populorum opiniones et consuetudines in superstitionibus publicis vereris offendere, quas a deorum natura abhorrere, vel talium, quales in hujus mundi elementis humani animi suspicatur infirmitas, et sentis ipse, cum eas usquequaque consideras, et omnis vestra litteratura circumsonat.

3. Dirá alguien: «Distingamos estos dos géneros, el mythicon y el physicon, es decir, el fabuloso y el natural, de este civil del que ahora se trata», de donde también él mismo los distingió; y veamos ya cómo explica el propio género civil. Veo, por cierto, por qué debe distinguirse el fabuloso: porque es falso, porque es torpe, porque es indigno. Pero querer distinguir el natural del civil, ¿qué otra cosa es sino confesar que el mismo civil es defectuoso? Pues si aquel es natural, ¿qué tiene de censurable para que sea excluido? Y si este que se llama civil no es natural, ¿qué tiene de mérito para que sea admitido? Esta es, sin duda, la causa por la cual escribió primero sobre las cosas humanas y después sobre las divinas; ya que en las cosas divinas no siguió la naturaleza, sino las instituciones de los hombres. Consideremos ciertamente también la teología civil. «El tercer género es —dice— el que los ciudadanos en las ciudades, y especialmente los sacerdotes, deben conocer y administrar. En el cual se trata de qué dioses conviene que cada uno de ellos adore públicamente y qué ritos y sacrificios debe realizar». Atendamos aún a lo que sigue. «La primera teología —dice— está acomodada principalmente al teatro; la segunda, al mundo; la tercera, a la ciudad». ¿Quién no ve a cuál dio la palma? Ciertamente a la segunda, que arriba dijo ser la de los filósofos. Pues atestigua que esta pertenece al mundo, sobre el cual ellos opinan que nada hay más excelente en las cosas. Pero aquellas dos teologías, la primera y la tercera, a saber, la del teatro y la de la ciudad, ¿las distinguió o las unió? Pues vemos que no inmediatamente lo que es de la ciudad puede pertenecer también al mundo, aunque veamos que las ciudades están en el mundo; porque puede suceder que en la ciudad, según falsas opiniones, se adoren y se crean aquellas cosas cuya naturaleza no existe en ninguna parte del mundo ni fuera del mundo. Pero el teatro ¿dónde está sino en la ciudad? ¿Quién instituyó el teatro sino la ciudad? ¿Para qué lo instituyó sino para los juegos escénicos? ¿Dónde están los juegos escénicos sino en las cosas divinas, sobre las cuales se escriben estos libros con tanta diligencia?

Capítulo VI.

De la teología mítica, esto es, fabulosa, y de la civil, contra Varrón.

1. ¡Oh Marco Varrón!, siendo tú el hombre más agudo de todos y sin duda alguna el más docto, pero al fin hombre y no Dios, ni elevado por el Espíritu de Dios a la verdad y libertad para ver y anunciar las cosas divinas, ciertamente distingues cuán separadas deben estar las cosas divinas de las naderías y mentiras humanas; pero temes ofender las viciosísimas opiniones y costumbres de los pueblos en sus supersticiones públicas, de las cuales tú mismo sientes que son ajenas a la naturaleza de los dioses —o al menos de tales dioses cuales sospecha la flaqueza del alma humana en los elementos de este mundo—, tanto cuando las consideras por doquier como cuando toda vuestra literatura resuena a su alrededor.

Quid hic agit humanum quamvis excellentissimum ingenium? quid tibi humana licet multiplex ingensque doctrina in his angustiis suffragatur? Naturales deos colere cupis, civiles cogeris: invenisti alios fabulosos, in quos liberius quod sentis evomas, unde et istos civiles velis nolisve perfundas. Dicis quippe fabulosos accommodatos esse ad theatrum, naturales ad mundum, civiles ad urbem: cum mundus opus sit divinum, urbes vero et theatra opera sint hominum; nec alii dii rideantur in theatris, quam qui adorantur in templis; nec aliis ludos exhibeatis, quam quibus victimas immolatis. Quanto liberius subtiliusque ista divideres, dicens alios esse deos naturales, alios ab hominibus institutos; sed de institutis aliud habere litteras poetarum, aliud sacerdotum; utrasque tamen ita esse inter se amicas consortio falsitatis, ut gratae sint utraeque daemonibus, quibus inimica est doctrina veritatis?

2. Sequestrata igitur paululum theologia, quam naturalem vocant, de qua postea disserendum est, placetne tandem vitam aeternam peti aut sperari a diis poeticis, theatricis, ludicris, scenicis? Absit: imo avertat Deus verus tam immanem sacrilegamque dementiam. Quid, ab eis diis, quibus haec placent, et quos haec placant, cum eorum illic crimina frequententur, vita aeterna poscenda est? Nemo, ut arbitror, usque ad tantum praecipitium furiosissimae impietatis insanit. Nec fabulosa igitur, nec civili theologia sempiternam quisquam adipiscitur vitam. Illa enim de diis turpia fingendo seminat, haec favendo metit: illa mendacia spargit, haec colligit: illa res divinas falsis criminibus insectatur, haec eorum criminum ludos in divinis rebus amplectitur: illa de diis nefanda figmenta hominum carminibus personat, haec ea deorum ipsorum festivitatibus consecrat: facinora et flagitia numinum illa cantat, haec amat: illa prodit, aut fingit; haec autem aut attestatur veris, aut oblectatur et falsis. Ambae turpes, ambaeque damnabiles: sed illa, quae theatrica est, publicam turpitudinem profitetur; ista, quae urbana est, illius turpitudine ornatur. Hinccine vita aeterna sperabitur, unde ista brevis temporalisque polluitur? an vero vitam polluit consortium nefariorum hominum, si se inserant affectionibus et assensionibus nostris, et vitam non polluit societas daemonum, qui coluntur criminibus suis? Si veris, quam mali? si falsis, quam male?

¿Qué hace aquí el ingenio humano, por muy excelente que sea? ¿De qué te sirve en estas angosturas la doctrina humana, aunque sea múltiple e inmensa? Deseas adorar a los dioses naturales, pero te ves obligado a adorar a los civiles; has encontrado a otros fabulosos contra los cuales vomitas más libremente lo que sientes, y con los cuales, quieras o no, salpicas a estos civiles. Pues dices que los fabulosos están acomodados al teatro, los naturales al mundo y los civiles a la ciudad; siendo el mundo obra divina, mientras que las ciudades y los teatros son obras de los hombres. Ni son otros los dioses de los que se ríen en los teatros que los que son adorados en los templos; ni ofrecéis juegos a otros que a aquellos a quienes inmoláis víctimas. ¿Con cuánta mayor libertad y sutileza dividirías esas cosas, diciendo que unos son dioses naturales y otros instituidos por los hombres; pero que sobre los instituidos las letras de los poetas dicen una cosa y las de los sacerdotes otra, y que ambas son, sin embargo, tan amigas entre sí por el consorcio de la falsedad, que ambas son gratas a los demonios, para quienes es enemiga la doctrina de la verdad?

2. Dejada, pues, a un lado por un poco la teología que llaman natural, de la cual se ha de tratar después, ¿place acaso que la vida eterna sea buscada o esperada de los dioses poéticos, teatrales, lúdicos y escénicos? Lejos de nosotros; antes bien, aparte el Dios verdadero tan enorme y sacrílega demencia. ¿Qué?, ¿se ha de pedir la vida eterna a esos dioses a quienes estas cosas agradan y a quienes estas cosas aplacan, puesto que allí se frecuentan sus crímenes? Nadie, según pienso, delira hasta tal precipicio de furiosísima impiedad. Ni por la teología fabulosa, pues, ni por la civil alcanza nadie la vida eterna. Porque aquella siembra cosas torpes fingiéndolas de los dioses, esta las siega favoreciéndolas; aquella esparce mentiras, esta las recoge; aquella persigue las cosas divinas con falsos crímenes, esta abraza en las cosas divinas los juegos de esos crímenes; aquella resuena en los cantares de los hombres las nefandas ficciones sobre los dioses, esta las consagra en las festividades de los mismos dioses; aquella canta las maldades y torpezas de las deidades, esta las ama; aquella las descubre o las finge, mas esta o atestigua las verdaderas o se deleita también con las falsas. Ambas son torpes y ambas condenables; pero aquella que es teatral profesa la torpeza pública, y esta que es urbana se adorna con la torpeza de aquella. ¿Se esperará de aquí la vida eterna, de donde esta vida breve y temporal es contaminada? ¿O es que el consorcio de hombres nefarios contamina la vida si se introducen en nuestros afectos y asentimientos, y no contamina la vida la sociedad de los demonios que son adorados con sus propios crímenes? Si son verdaderos, ¡qué malos son!; si son falsos, ¡qué mal se les adora!

3. Haec cum dicimus, videri fortasse cuipiam nimis harum rerum ignaro potest ea sola de diis talibus majestati indigna divinae, et ridicula, detestabilia celebrari, quae poeticis cantantur carminibus, et ludis scenicis actitantur; sacra vero illa, quae non histriones, sed sacerdotes agunt, ab omni esse dedecore purgata et aliena. Hoc si ita esset, nunquam theatricas turpitudines in eorum honorem quisquam celebrandas esse censeret, nunquam eas ipsi dii praeciperent sibimet exhiberi. Sed ideo nihil pudet ad obsequium deorum talia gerere in theatris, quia similia geruntur in templis. Denique cum memoratus auctor civilem theologiam a fabulosa et naturali, tertiam quamdam sui generis, distinguere conaretur, eam magis ex utraque temperatam, quam ab utraque separatam intelligi voluit. Ait enim, ea quae scribunt poetae, minus esse quam ut populi sequi debeant; quae autem philosophi, plus quam ut ea vulgum scrutari expediat. Quae sic abhorrent, inquit, ut tamen ex utroque genere ad civiles rationes assumpta sint non pauca. Quare quae sunt communia cum poetis, una cum civilibus scribemus: e quibus major societas debet esse nobis cum philosophis, quam cum poetis. Non ergo nulla cum poetis. Et tamen alio loco dicit de generationibus deorum magis ad poetas quam ad physicos fuisse populos inclinatos. Hic enim dixit quid fieri debeat; ibi, quid fiat. Physicos dixit utilitatis causa scripsisse; poetas, delectationis. Ac per hoc ea quae a poetis conscripta populi sequi non debent, crimina sunt deorum: quae tamen delectant et populos et deos. Delectationis enim causa, sicut dicit, scribunt poetae, non utilitatis: ea tamen scribunt, quae dii expetant, populi exhibeant.

Caput VII.

De fabulosae et civilis theologiae similitudine atque concordia.

1. Revocatur igitur ad theologiam civilem theologia fabulosa, theatrica, scenica, indignitatis et turpitudinis plena: et haec tota, quae merito culpanda et respuenda judicatur, pars hujus est, quae colenda et observanda censetur; non sane pars incongrua, sicut ostendere institui, et quae ab universo corpore aliena importune illi connexa atque suspensa sit, sed omnino consona, et tanquam ejusdem corporis membrum convenientissime copulata. Quid enim aliud ostendunt illa simulacra, formae, aetates, sexus, habitus deorum?

3. Al decir nosotros estas cosas, tal vez le parezca a alguien demasiado ignorante de estas materias que solo se celebran como indignas de la majestad divina, y como ridículas y detestables, aquellas cosas que se cantan en los poemas poéticos y se representan habitualmente en los juegos escénicos; pero que aquellos ritos que no representan los histriones sino que realizan los sacerdotes, están purgados y ajenos de toda deshonra. Si esto fuera así, jamás nadie pensaría que las torpezas teatrales debían celebrarse en su honor, ni los mismos dioses mandarían jamás que se les exhibieran. Pero por eso no hay vergüenza alguna en realizar tales cosas en los teatros para obsequio de los dioses, porque cosas semejantes se realizan en los templos. Finalmente, cuando el mencionado autor intentaba distinguir la teología civil de la fabulosa y de la natural como una tercera de su género, quiso que se entendiera más bien como templada de ambas que como separada de ambas. Pues dice que las cosas que escriben los poetas son menos de lo que los pueblos deben seguir; mas las que escriben los filósofos son más de lo que conviene que el vulgo escudriñe. «Cosas que de tal modo discrepan —dice— que, sin embargo, no pocas han sido tomadas de ambos géneros para las razones civiles. Por lo cual, las cosas que son comunes con los poetas las escribiremos junto con las civiles, de entre las cuales debemos tener mayor sociedad con los filósofos que con los poetas». No dijo, pues, que no hubiera ninguna con los poetas. Y, sin embargo, en otro lugar dice que, sobre las generaciones de los dioses, los pueblos han estado más inclinados a los poetas que a los físicos. Aquí, en efecto, dijo lo que debe hacerse; allí, lo que se hace. Dijo que los físicos escribieron por causa de utilidad; los poetas, por deleite. Y por esto, las cosas que escritas por los poetas no deben seguir los pueblos, son los crímenes de los dioses; los cuales, sin embargo, deleitan tanto a los pueblos como a los dioses. Porque por causa del deleite, como él dice, escriben los poetas, no de la utilidad; pero escriben aquellas cosas que los dioses pretenden y los pueblos exhiben.

Capítulo VII.

De la semejanza y concordia de la teología fabulosa y la civil.

1. Se reduce, pues, a la teología civil la teología fabulosa, teatral y escénica, llena de indignidad y torpeza; y todo esto, que se juzga merecidamente que debe ser culpado y rechazado, es parte de esta que se piensa que debe ser adorada y observada. No es, por cierto, una parte incongruente, como me propuse mostrar, y que, siendo ajena al cuerpo universal, esté inoportunamente conectada y suspendida de él, sino del todo consona y acoplada convenientísimamente como un miembro del mismo cuerpo. Pues ¿qué otra cosa muestran aquellos simulacros, formas, edades, sexos y hábitos de los dioses?

numquid barbatum Jovem, imberbem Mercurium poetae habent, pontifices non habent? numquid Priapo mimi, non etiam sacerdotes enormia pudenda fecerunt? an aliter stat adorandus in locis sacris, quam procedit ridendus in theatris? num Saturnus senex, Apollo ephebus, ita personae sunt histrionum, ut non sint statuae delubrorum? cur Forculus, qui Foribus praeest, et Limentinus, qui limini, dii sunt masculi, atque inter hos Cardea femina est, quae cardinem servat? Nonne ista in rerum divinarum libris reperiuntur, quae graves poetae suis carminibus indigna duxerunt? numquid Diana theatrica portat arma, et urbana simpliciter virgo est? numquid scenicus Apollo citharista est, et ab hac arte Delphicus vacat? Sed haec honestiora sunt in comparatione turpiorum. Quid de ipso Jove senserunt, qui ejus nutricem in Capitolio posuerunt? Nonne attestati sunt Euhemero, qui omnes tales deos non fabulosa garrulitate, sed historica diligentia homines fuisse mortalesque conscripsit? Epulones etiam deos, parasitos Jovis, ad ejus mensam qui constituerunt, quid aliud quam mimica sacra esse voluerunt? Nam parasitos Jovis ad ejus convivium adhibitos si mimus dixisset, risum utique quaesisse videretur. Varro dixit; non cum irrideret deos, sed cum commendaret, hoc dixit: divinarum, non humanarum rerum libri, hoc eum scripsisse testantur; nec ubi ludos scenicos exponebat, sed ubi Capitolina jura pandebat. Denique a talibus vincitur, et fatetur, sicut forma humana deos fecerunt, ita eos delectari humanis voluptatibus credidisse.

2. Non enim et maligni spiritus suo negotio defuerunt, ut has noxias opiniones humanarum mentium ludificatione firmarent. Unde etiam illud est, quod Herculis aedituus otiosus atque feriatus lusit tesseris secum, utraque manu alternante, in una constituens Herculem, in altera se ipsum; sub ea conditione, ut, si ipse vicisset, de stipe templi sibi coenam pararet, amicamque conduceret; si autem victoria Herculis fieret, hoc idem de pecunia sua voluptati Herculis exhiberet: deinde cum a se ipso tanquam ab Hercule victus esset, debitam coenam et nobilissimam meretricem Larentinam deo Herculi dedit. At illa cum dormivisset in templo, vidit in somnis Herculem sibi esse commixtum, sibique dixisse, quod inde discedens cui primum juveni obvia fieret, apud illum esset inventura mercedem, quam sibi credere deberet ab Hercule persolutam. Ac si abeunti cum primus juvenis ditissimus Tarutius occurrisset, eamque dilectam secum diutius habuisset, illa haerede relicta defunctus est.

¿Acaso los poetas tienen a un Júpiter barbado y a un Mercurio imberbe, y los pontífices no los tienen? ¿Acaso los mimos hicieron enormes vergüenzas para Príapo, y no también los sacerdotes? ¿O es que está de otro modo para ser adorado en los lugares sagrados que como sale para ser objeto de risa en los teatros? ¿Acaso Saturno viejo y Apolo joven son de tal modo personajes de los histriones que no sean estatuas de los santuarios? ¿Por qué Fórculo, que preside las puertas, y Limentino, que preside el umbral, son dioses masculinos, y entre ellos está Cardea, mujer, que guarda el quicio? ¿No se encuentran estas cosas en los libros de las cosas divinas, las cuales los graves poetas juzgaron indignas de sus cantares? ¿Acaso la Diana teatral lleva armas, y la urbana es simplemente una virgen? ¿Acaso el Apolo escénico es citarista, y de este arte carece el Délfico? Pero estas cosas son más honestas en comparación con las más torpes. ¿Qué sintieron de Júpiter mismo aquellos que colocaron a su nodriza en el Capitolio? ¿No atestiguaron a favor de Evémero, el cual escribió que todos tales dioses no por garrulidad fabulosa, sino por diligencia histórica, fueron hombres y mortales? Los que constituyeron también a los dioses Epulones, parásitos de Júpiter, a su mesa, ¿qué otra cosa quisieron sino que los ritos fueran mímicos? Pues si un mimo hubiera dicho que los parásitos de Júpiter eran admitidos a su banquete, parecería ciertamente que buscaba la risa. Varrón lo dijo; no cuando se burlaba de los dioses, sino cuando los encomendaba, dijo esto: los libros de las cosas divinas, no de las humanas, atestiguan que él escribió esto; ni donde exponía los juegos escénicos, sino donde manifestaba los derechos capitolinos. Finalmente, es vencido por tales cosas y confiesa que, así como hicieron a los dioses en forma humana, así creyeron que se deleitaban con los placeres humanos.

2. Pues tampoco los espíritus malignos faltaron a su negocio, para confirmar estas nocivas opiniones mediante la burla de las mentes humanas. De donde también procede aquello de que el sacristán de Hércules, ocioso y en día festivo, jugó a los dados consigo mismo, alternando cada mano, en una poniendo a Hércules y en la otra a sí mismo, bajo esta condición: que si él mismo vencía, se prepararía para sí una cena de la limosna del templo y contrataría a una amiga; mas si la victoria era de Hércules, exhibiría esto mismo de su propio dinero para el placer de Hércules. Después, cuando fue vencido por sí mismo como por Hércules, dio la cena debida y a la nobilísima meretriz Larentina al dios Hércules. Mas ella, habiendo dormido en el templo, vio en sueños que Hércules se había unido a ella y que le había dicho que, al salir de allí, al primer joven que encontrara, en él hallaría la recompensa que debía creer que le era pagada por Hércules. Y así, al marcharse, habiéndosele cruzado el primer joven, el riquísimo Tarucio, y habiéndola tenido consigo mucho tiempo como amada, este murió dejándola heredera.

Quae amplissimam adepta pecuniam, ne divinae mercedi videretur ingrata, quod acceptissimum putavit esse numinibus, populum Romanum etiam ipsa scripsit haeredem; atque illa non comparente, inventum est testamentum: quibus meritis eam ferunt etiam honores meruisse divinos.

3. Haec si poetae fingerent, si mimi agerent, ad fabulosam theologiam dicerentur procul dubio pertinere, et a civilis theologiae dignitate separanda judicarentur. Cum vero haec dedecora, non poetarum, sed populorum; non mimorum, sed sacrorum; non theatrorum, sed templorum; id est non fabulosae, sed civilis theologiae, a tanto auctore produntur; non frustra histriones ludicris artibus fingunt deorum, quae tanta est, turpitudinem, sed plane frustra sacerdotes velut sacris ritibus conantur fingere deorum, quae nulla est, honestatem. Sacra sunt Junonis, et haec in ejus dilecta insula Samo celebrantur, ubi nuptum data est Jovi. Sacra sunt Cereris, ubi a Plutone rapta Proserpina quaeritur. Sacra sunt Veneris, ubi amatus ejus Adonis aprino dente exstinctus juvenis formosissimus plangitur. Sacra sunt Matris deûm, ubi Atys pulcher adolescens ab ea dilectus et muliebri zelo abscisus, etiam hominum abscisorum, quos Gallos vocant, infelicitate deploratur. Haec cum deformiora sint omni scenica foeditate, quid est quod fabulosa de diis figmenta poetarum ad theatrum videlicet pertinentia velut secernere nituntur a civili theologia, quam pertinere ad urbem volunt, quasi ab honestis et dignis indigna et turpia? Itaque potius est unde gratiae debeantur histrionibus, qui oculis hominum pepercerunt, nec omnia spectaculis nudaverunt, quae sacrarum aedium parietibus occuluntur. Quid de sacris eorum boni sentiendum est, quae tenebris operiuntur, cum tam sint detestabilia, quae proferuntur in lucem? Et certe quid in occulto agant per abscisos et molles, ipsi viderit: eosdem tamen homines infeliciter ac turpiter enervatos atque corruptos minime occultare potuerunt. Persuadeant cui possunt, se aliquid sanctum per tales agere homines; quos inter sua sancta numerari atque versari negare non possunt. Nescimus quid agant, sed scimus per quales agant. Novimus enim quae agantur in scena, quo nunquam, vel in choro meretricum, abscisus aut mollis intravit: et tamen etiam ipsa turpes et infames agunt; neque enim ab honestis agi debuerunt. Quae sunt ergo illa sacra, quibus agendis tales elegit sanctitas, quales nec thymelica in se admittit obscenitas?

Ella, habiendo obtenido amplísimo dinero, para no parecer ingrata a la recompensa divina, lo que juzgó ser más aceptado por los númenes, ella misma escribió como heredero al pueblo romano; y no apareciendo ella, se encontró el testamento, por cuyos méritos dicen que alcanzó incluso honores divinos.

3. Si los poetas fingieran estas cosas, si los mimos las representaran, se diría sin duda alguna que pertenecen a la teología fabulosa y se juzgaría que debían separarse de la dignidad de la teología civil. Pero cuando estas deshonras, no de los poetas sino de los pueblos, no de los mimos sino de los ritos sagrados, no de los teatros sino de los templos —esto es, no de la teología fabulosa sino de la civil—, son descubiertas por tan gran autor, no en vano los histriones fingen mediante artes lúdicas la torpeza de los dioses, la cual es tan grande, sino que claramente en vano los sacerdotes intentan fingir, como mediante ritos sagrados, la honestidad de los dioses, la cual es ninguna. Existen ritos sagrados de Juno, y estos se celebran en su querida isla de Samos, donde fue dada en matrimonio a Júpiter. Existen ritos sagrados de Ceres, donde se busca a Proserpina, raptada por Plutón. Existen ritos sagrados de Venus, donde se llora a su amado Adonis, joven hermosísimo muerto por el colmillo de un jabalí. Existen ritos sagrados de la Madre de los dioses, donde el bello adolescente Atis, amado por ella y castrado por celos femeninos, es deplorado también con la infelicidad de los hombres castrados a los que llaman Galos. Siendo estas cosas más deformes que toda fealdad escénica, ¿por qué se empeñan en separar, por decirlo así, las ficciones fabulosas de los poetas sobre los dioses, que pertenecen por supuesto al teatro, de la teología civil, que quieren que pertenezca a la ciudad, como si fueran cosas indignas y torpes frente a las honestas y dignas? Así pues, más bien hay por qué dar gracias a los histriones, que perdonaron los ojos de los hombres y no desnudaron ante los espectáculos todas las cosas que se ocultan entre las paredes de los edificios sagrados. ¿Qué bien puede pensarse de sus ritos sagrados, que se cubren con las tinieblas, cuando son tan detestables los que se sacan a la luz? Y ciertamente, ellos verán qué hacen en oculto por medio de los castrados y afeminados; sin embargo, de ningún modo pudieron ocultar a ese mismos hombres infeliz y torpemente enervados y corrompidos. Persuadan a quien puedan de que realizan algo santo por medio de tales hombres; a los cuales no pueden negar que se cuentan y se hallan entre sus propias cosas santas. No sabemos qué hacen, pero sabemos por medio de qué clase de personas lo hacen. Pues conocemos qué cosas se hacen en la escena, donde nunca, ni siquiera en el coro de las meretrices, entró un castrado o un afeminado; y, sin embargo, incluso ellos mismos representan cosas torpes e infames, pues tampoco debieron ser representadas por personas honestas. ¿Qué ritos sagrados son, pues, aquellos para cuya realización eligió la santidad a tales personas, cuales ni la obscenidad de los tablados admite en sí?

Caput VIII.

De interpretationibus naturalium rationum, quas doctores pagani pro diis suis conantur ostendere.

1. At enim habent ista physiologicas quasdam, sicut aiunt, id est naturalium rationum, interpretationes. Quasi vero nos in hac disputatione physiologiam quaeramus, et non theologiam; id est rationem, non naturae, sed Dei. Quamvis enim qui verus Deus est, non opinione, sed natura sit Deus: non tamen omnis natura deus est; quia et hominis, et pecoris, et arboris, et lapidis utique natura est, quorum nihil est Deus. Si autem interpretationis hujus, quando agitur de sacris Matris deûm, caput est certe quod mater deûm terra est, quid ultra quaerimus, quid caetera perscrutamur? Quid evidentius suffragatur eis, qui dicunt, omnes istos deos homines fuisse? Sicut enim sunt terrigenae, sic eis mater est terra. In vera autem theologia opus Dei est terra, non mater. Verumtamen quoquo modo sacra ejus interpretentur, et referant ad rerum naturam; viros muliebria pati, non est secundum naturam, sed contra naturam. Hic morbus, hoc crimen, hoc dedecus habet inter illa sacra professionem, quod in vitiosis hominum moribus vix habet inter tormenta confessionem. Deinde si ista sacra, quae scenicis turpitudinibus convincuntur esse foediora, hinc excusantur atque purgantur, quod habent interpretationes suas, quibus ostendantur rerum significare naturam; cur non etiam poetica similiter excusentur atque purgentur? Multi enim et ipsa ad eumdem modum interpretati sunt: usque adeo ut quod ab eis immanissimum et infandissimum dicitur, Saturnum suos filios devorasse, ita nonnulli interpretentur, quod longinquitas temporis, quae Saturni nomine significatur, quidquid gignit ipsa consumat: vel, sicut idem opinatur Varro, quod pertineat Saturnus ad semina, quae in terram, de qua oriuntur, iterum recidunt. Etiamque alii alio modo, et similiter caetera.

2. Et tamen theologia fabulosa dicitur, et cum omnibus hujuscemodi interpretationibus suis reprehenditur, abjicitur, improbatur; nec solum a naturali, quae philosophorum est, verum etiam ab ista civili, de qua agimus, quae ad urbes populosque pertinere asseritur, eo quod de diis indigna confinxerit, merito repudianda discernitur:

Capítulo VIII.

De las interpretaciones de las razones naturales que los doctores paganos intentan mostrar en favor de sus dioses.

1. Pero dicen que esas cosas tienen ciertas interpretaciones fisiológicas, como ellos dicen, es decir, de razones naturales. ¡Como si en esta disputa buscáramos la fisiología y no la teología!, es decir, la razón no de la naturaleza, sino de Dios. Pues aunque el que es el verdadero Dios lo sea no por opinión sino por naturaleza, no toda naturaleza, sin embargo, es dios; porque ciertamente existe la naturaleza del hombre, de la bestia, del árbol y de la piedra, y ninguna de estas cosas es Dios. Pero si en esta interpretación, cuando se trata de los ritos sagrados de la Madre de los dioses, el punto principal es ciertamente que la madre de los dioses es la tierra, ¿qué más buscamos?, ¿para qué escudriñamos lo demás? ¿Qué favorece más evidentemente a los que dicen que todos esos dioses fueron hombres? Pues como son nacidos de la tierra, así su madre es la tierra. Pero en la verdadera teología la tierra es obra de Dios, no madre. Sin embargo, de cualquier modo que se interpreten sus ritos y se refieran a la naturaleza de las cosas, el que los hombres sufran cosas mujeriles no es según la naturaleza, sino contra la naturaleza. Esta enfermedad, este crimen, esta deshonra tiene profesión entre aquellos ritos sagrados, lo cual en las viciosas costumbres de los hombres apenas tiene confesión entre tormentos. Además, si estos ritos sagrados, que resultan ser más feos que las torpezas escénicas, se excusan y purgan por el hecho de que tienen sus interpretaciones con las que se muestra que significan la naturaleza de las cosas, ¿por qué no se excusan y purgan también del mismo modo las cosas poéticas? Pues muchos han interpretado también estas de la misma manera; hasta tal punto que aquello que dicen como muy monstruoso e infando, que Saturno devoró a sus hijos, algunos lo interpretan diciendo que la longitud del tiempo, significada por el nombre de Saturno, consume todo lo que engendra; o, como opina el mismo Varrón, que Saturno pertenece a las semillas, las cuales vuelven a caer en la tierra de donde nacen. Y otros de otro modo, y similarmente lo demás.

Y, sin embargo, se llama teología fabulosa, y con todas sus interpretaciones de este género es reprendida, rechazada y reprobada; y no solo se distingue como merecidamente repudiable frente a la natural, que es la de los filósofos, sino incluso frente a esta civil de que tratamos, la cual se afirma que pertenece a las ciudades y a los pueblos, por haber fingido cosas indignas sobre los dioses.

eo nimirum consilio, ut quoniam acutissimi homines atque doctissimi, a quibus ista conscripta sunt, ambas improbandas intelligebant, et illam scilicet fabulosam et istam civilem, illam vero audebant improbare, hanc non audebant; illam culpandam proposuerunt, hanc ejus similem comparandam exposuerunt; non ut haec prae illa tenenda eligeretur, sed ut cum illa respuenda intelligeretur; atque ita sine periculo eorum qui civilem theologiam reprehendere metuebant, utraque contempta, ea quam naturalem vocant, apud meliores animos inveniret locum. Nam et civilis et fabulosa ambae fabulosae sunt ambaeque civiles: ambas inveniet fabulosas qui vanitates et obscenitates ambarum prudenter inspexerit; ambas civiles qui scenicos ludos pertinentes ad fabulosam in deorum civilium festivitatibus et in urbium divinis rebus adverterit. Quomodo igitur vitae aeternae dandae potestas cuiquam deorum istorum tribuitur, quos sua simulacra et sacra convincunt, diis fabulosis apertissime reprobatis esse simillimos formis, aetatibus, sexu, habitu, conjugiis, generationibus, ritibus, in quibus omnibus aut homines fuisse intelliguntur, et pro uniuscujusque vita vel morte sacra eis et solemnia constituta, hunc errorem insinuantibus firmantibusque daemonibus, aut certe ex qualibet occasione immundissimi spiritus fallendis humanis mentibus irrepsisse?

Caput IX.

De officiis singulorum deorum.

1. Quid ipsa numinum officia tam viliter minutatimque concisa, propter quod eis dicunt pro uniuscujusque proprio munere supplicari oportere, unde non quidem omnia, sed multa jam diximus, nonne scurrilitati mimicae, quam divinae consonant dignitati? Si duas quisquam nutrices adhiberet infanti, quarum una nihil nisi escam, altera nihil nisi potum daret, sicut isti ad hoc duas adhibuerunt deas, Educam et Potinam; nempe desipere, et aliquid mimo simile in sua domo agere videretur. Liberum a liberamento appellatum volunt, quod mares in coeundo per ejus beneficium emissis seminibus liberentur: hoc idem in feminis agere Liberam, quam etiam Venerem putant, quod et ipsas perhibeant semina emittere; et ob hoc Libero eamdem virilem corporis partem in templo poni, femineam Liberae. Ad haec addunt mulieres attributas Libero, et vinum propter libidinem concitandam. Sic Bacchanalia summa celebrabantur insania. Ubi Varro ipse confitetur a Bacchantibus talia fieri non potuisse, nisi mente commota. Haec tamen postea displicuerunt senatui saniori, et ea jussit auferri.

Sin duda con este propósito: que, puesto que los hombres más agudos y doctos que escribieron estas cosas entendían que ambas debían ser reprobadas —a saber, tanto aquella fabulosa como esta civil—, pero osaban reprobar aquella y no osaban reprobar esta; propusieron aquella para ser culpada y expusieron esta como similar para ser comparada, no para que esta fuera elegida para ser mantenida por encima de aquella, sino para que se entendiera que debía ser rechazada junto con ella. Y así, sin peligro para aquellos que temían reprender la teología civil, despreciadas ambas, aquella que llaman natural encontrara lugar en los ánimos mejores. Pues tanto la civil como la fabulosa, ambas son fabulosas y ambas son civiles: encontrará a ambas fabulosas quien inspeccione prudentemente las vanidades y obscenidades de ambas; y a ambas civiles quien advierta los juegos escénicos pertenecientes a la fabulosa en las festividades de los dioses civiles y en las cosas divinas de las ciudades. ¿Cómo, pues, se atribuye la potestad de dar la vida eterna a alguno de estos dioses, a quienes sus propios simulacros y ritos convencen —estando reprobados muy abiertamente los dioses fabulosos— de ser muy semejantes en formas, edades, sexo, hábito, matrimonios, generaciones y ritos? En todo lo cual, o se entiende que fueron hombres, y que se constituyeron para ellos ritos y solemnidades según la vida o muerte de cada uno, insinuando y confirmando este error los demonios; o ciertamente, por cualquier ocasión, los espíritus inmundísimos se infiltraron para engañar las mentes humanas.

Capítulo IX.

De los oficios de cada uno de los dioses.

1. ¿Qué decir de los mismos oficios de las deidades, tan vil y minuciosamente divididos, por lo cual dicen que conviene suplicarles según el don propio de cada uno —de los cuales ya hemos dicho muchas cosas, aunque no todas—? ¿Acaso no concuerdan más con la escurrilidad mímica que con la dignidad divina? Si alguien empleara dos nodrizas para un niño, de las cuales una no le diera sino comida y la otra no le diera sino bebida, como estos han empleado para esto a dos diosas, Educa y Potina, ciertamente parecería que desvariaba y que representaba algo parecido a un mimo en su propia casa. Quieren que Líber se llame así por el libramiento (liberamento), porque los varones en el coito son librados por su beneficio de las semillas emitidas; que Líbera hace esto mismo en las mujeres, a la cual también consideran que es Venus, porque sostienen que también ellas emiten semillas; y por esto se coloca en el templo para Líber la misma parte viril del cuerpo, y la femenina para Líbera. A esto añaden mujeres atribuidas a Líber y el vino para incitar la libido. Así se celebraban las Bacanales con suma locura. Donde el mismo Varrón confiesa que tales cosas no podrían ser hechas por las Bacantes si no tuvieran la mente perturbada. Sin embargo, estas cosas desagradaron después al Senado más sano y ordenó que fueran suprimidas.

Saltem hic tandem forsitan senserunt quid immundi spiritus, dum pro diis habentur, in hominum possint mentibus. Haec certe non fierent in theatris. Ludunt quippe ibi, non furunt: quamvis deos habere, qui etiam ludis talibus delectentur, simile sit furoris.

2. Quale autem illud est, quod cum religiosum a superstitioso ea distinctione discernat, ut a superstitioso dicat timeri deos, a religioso autem tantum vereri ut parentes, non ut hostes timeri; atque omnes ita bonos dicat, ut facilius sit eos nocentibus parcere, quam laedere quemquam innocentem: tamen mulieri fetae post partum tres deos custodes commemorat adhiberi, ne Silvanus deus per noctem ingrediatur et vexet; eorumque custodum significandorum causa tres homines noctu circumire limina domus, et primo limen securi ferire, postea pilo, tertio deverrere scopis, ut his datis culturae signis, deus Silvanus prohibeatur intrare; quod neque arbores caeduntur ac putantur sine ferro, neque far conficitur sine pilo, neque fruges coacervantur sine scopis; ab his autem tribus rebus tres nuncupatos deos, Intercidonam a securis intercisione, Pilumnum a pilo, Deverram a scopis, quibus diis custodibus contra vim dei Silvani feta conservaretur? Ita contra dei nocentis saevitiam non valeret custodia bonorum, nisi plures essent adversus unum, eique aspero, horrendo, inculto, utpote silvestri, signis culturae tanquam contrariis repugnarent. Itane ista est innocentia deorum, ista concordia? haeccine sunt numina salubria urbium, magis ridenda quam ludibria theatrorum?

3. Cum mas et femina conjunguntur, adhibetur deus Jugatinus: sit hoc ferendum. Sed domum est ducenda quae nubit, adhibetur et deus Domiducus; ut in domo sit, adhibetur deus Domitius; ut maneat cum viro, additur dea Manturna. Quid ultra quaeritur? Parcatur humanae verecundiae: peragat caetera concupiscentia carnis et sanguinis, procurato secreto pudoris. Quid impletur cubiculum turba numinum, quando et paranymphi inde discedunt? Et ad hoc impletur, non ut eorum praesentia cogitata major sit cura pudicitiae, sed ut feminae, sexu infirmae, novitate pavidae, illis cooperantibus sine ulla difficultate virginitas auferatur: adest enim dea Virginiensis, et deus pater Subigus, et dea mater Prema, et dea Pertunda, et Venus, et Priapus. Quid est hoc? Si omnino laborantem in illo opere virum ab diis adjuvari oportebat, non sufficeret aliquis unus, aut aliqua una? Numquid Venus sola parum esset, quae ob hoc etiam dicitur nuncupata, quod sine ejus vi femina virgo esse non desinat?

Al menos aquí, por fin, tal vez sintieron lo que pueden los espíritus inmundos en las mentes de los hombres mientras son tenidos por dioses. Estas cosas ciertamente no se harían en los teatros. Allí, en efecto, juegan, no deliran; aunque tener dioses que se deleiten incluso con tales juegos es algo parecido al delirio.

¿Y qué tal es aquello de que, al distinguir al religioso del supersticioso con esa distinción de decir que el supersticioso teme a los dioses, mientras que el religioso solo los venera como a padres y no los teme como a enemigos, y decir que todos son tan buenos que es más fácil para ellos perdonar a los nocivos que dañar a ningún inocente, sin embargo, conmemora que a la mujer parida, después del parto, se le aplican tres dioses custodios para que el dios Silvano no entre por la noche y la veje; y que, para significar a esos custodios, tres hombres rodean de noche los umbrales de la casa, y primero golpean el unbral con un hacha, después con un mazo y en tercer lugar barren con escobas, para que, dados estos signos de cultura, se prohíba entrar al dios Silvano; porque ni los árboles se cortan y podan sin hierro, ni el trigo se machaca sin mazo, ni los frutos se amontonan sin escobas; y de estas tres cosas se nombraron tres dioses: Intercidona, por la intercisión del hacha; Pilumno, por el mazo; Deverra, por las escobas, ¿con qué dioses custodios se conservaría a la parida contra la fuerza del dios Silvano? ¿Así que contra la saña de un dios nocivo no valdría la custodia de los buenos si no fueran más contra uno, y no se opusieran a él —por ser áspero, horrendo e inculto, como silvestre— mediante los signos de la cultura como si fueran contrarios? ¿Es esa, pues, la inocencia de los dioses?, ¿es esa su concordia? ¿Son estos los númenes saludables de las ciudades, más dignos de risa que las burlas de los teatros?

3. Cuando se unen el varón y la hembra, se emplea al dios Jugatino: sea esto tolerable. Pero la que se casa debe ser llevada a casa, y se emplea también al dios Domiduco; para que esté en casa, se emplea al dios Domicio; para que permanezca con el marido, se añade la diosa Manturna. ¿Qué más se busca? Perdónese la vergüenza humana: realice lo demás la concupiscencia de la carne y de la sangre, una vez procurado el secreto del pudor. ¿Por qué se llena el dormitorio con una turba de númenes, cuando incluso los paraninfos se retiran de allí? Y se llena para esto, no para que el pensamiento de su presencia sea un mayor cuidado para la pudicicia, sino para que a las hembras, débiles por su sexo y temerosas por la novedad, se les quite la virginidad sin ninguna dificultad colaborando ellos: pues asiste la diosa Virginiensis, y el dios padre Subigus, y la diosa madre Prema, y la diosa Pertunda, y Venus, y Príapo. ¿Qué es esto? Si era del todo necesario que el hombre que trabaja en esa obra fuera ayudado por los dioses, ¿no bastaría alguno o alguna sola? ¿Acaso Venus sola sería poco, la cual por esto también se dice que es llamada así, porque sin su fuerza la hembra no deja de ser virgen?

Si ulla est frons in hominibus, quae non est in numinibus, nonne cum credunt conjugati tot deos utriusque sexus esse praesentes, et huic operi instantes, ita pudore afficiuntur, ut et ille minus moveatur, et illa plus reluctetur? Et certe si adest Virginiensis dea, ut virgini zona solvatur; si adest deus Subigus, ut viro subigatur; si adest dea Prema, ut subacta, ne se commoveat, comprimatur; dea Pertunda ibi quid facit? Erubescat, eat foras: agat aliquid et maritus. Valde inhonestum est, ut quod vocatur illa, impleat quisquam nisi ille. Sed forte ideo toleratur, quia dea dicitur esse, non deus. Nam si masculus crederetur, et Pertundus vocaretur, magis contra eum pro uxoris pudicitia posceret maritus auxilium, quam feta contra Silvanum. Sed quid hoc dicam, cum ibi sit et Priapus nimius masculus, super cujus immanissimum et turpissimum fascinum sedere nova nupta jubebatur, more honestissimo et religiosissimo matronarum?

4. Eant adhuc, et civilem theologiam a theologia fabulosa, urbes a theatris, templa a scenis, sacra pontificum a carminibus poetarum, velut res honestas a turpibus, veraces a fallacibus, graves a leves, serias a ludicris, appetendas a respuendis, qua possunt quasi conentur subtilitate discernere. Intelligimus quid agant: illam theatricam et fabulosam theologiam ab ista civili pendere noverunt, et ei de carminibus poetarum tanquam de speculo resultare; et ideo ista exposita, quam damnare non audent, illam ejus imaginem liberius arguunt et reprehendunt, ut qui agnoscunt quid velint, et hanc ipsam faciem, cujus illa imago est, detestentur; quam tamen dii ipsi tanquam in eodem speculo se intuentes ita diligunt, ut qui qualesque sint in utraque melius videantur. Unde etiam cultores suos terribilibus imperiis compulerunt, ut immunditiam theologiae fabulosae sibi dicarent, in suis solemnitatibus ponerent, in rebus divinis haberent; atque ita et se ipsos immundissimos spiritus manifestius esse docuerunt, et hujus urbanae theologiae velut electae et probatae illam theatricam, abjectam atque reprobatam, membrum partemque fecerunt; ut cum sit universa turpis et fallax, atque in se contineat commentitios deos, una pars ejus sit in litteris sacerdotum, altera in carminibus poetarum. Utrum habeat et alias partes, alia quaestio est: nunc propter divisionem Varronis, et urbanam et theatricam theologiam ad unam civilem pertinere, satis, ut opinor, ostendi. Unde, quia sunt ambae similis turpitudinis, absurditatis, indignitatis, falsitatis, absit a viris religiosis ut sive ab hac, sive ab illa vita speretur aeterna.

Si hay algún pudor en los hombres, que no hay en los númenes, ¿no es verdad que cuando los casados creen que tantos dioses de ambos sexos están presentes e instantes en esta obra, se ven afectados de tal modo por la vergüenza que él se mueve menos y ella se resiste más? Y ciertamente, si asiste la diosa Virginiensis para que se desate el ceñidor a la virgen; si asiste el dios Subigus para que sea sometida al varón; si asiste la diosa Prema para que, una vez sometida, para que no se mueva, sea comprimida; la diosa Pertunda ¿qué hace allí? Avergüéncese, sálgase fuera: haga algo también el marido. Es muy deshonesto que lo que ella se llama lo realice nadie sino él. Pero tal vez por eso se tolera, porque se dice que es diosa y no dios. Pues si se creyera que era macho y se llamara Pertundus, más pediría el marido auxilio contra él por la pudicicia de su mujer que la parida contra Silvano. Pero ¿por qué digo esto, estando allí también Príapo, excesivamente macho, sobre cuyo inmensísimo y torpísimo fascinio se mandaba sentar a la recién casada, según la costumbre honestísima y religiosísima de las matronas?

4. Vayan todavía e intenten discernir con la sutileza que puedan la teología civil de la teología fabulosa, las ciudades de los teatros, los templos de las escenas, los ritos sagrados de los pontífices de los cantares de los poetas, como cosas honestas de las torpes, veraces de las falaces, graves de las ligeras, serias de las lúdicas, deseables de las rechazables. Entendemos qué hacen: supieron que aquella teología teatral y fabulosa dependía de esta civil, y que de los cantares de los poetas resultaba como de un espejo para ella; y por eso, expuesta esta que no osan condenar, arguyen y reprenden más libremente aquella imagen suya, para que quienes reconozcan lo que quieren, detesten incluso esta misma cara de la cual aquella es imagen; la cual, sin embargo, los mismos dioses, mirándose en ella como en el mismo espejo, la aman de tal modo que mejor se ve quiénes y cuáles son en ambas. De donde también obligaron a sus cultivadores con terribles mandatos a que les dedicaran la inmundicia de la teología fabulosa, la pusieran en sus solemnidades y la tuvieran en sus cosas divinas; y así enseñaron más manifiestamente que ellos mismos son espíritus inmundísimos, e hicieron de aquella teología teatral, desechada y reprobada, un miembro y parte de esta teología urbana como si fuera elegida y aprobada; de modo que, siendo toda ella torpe y falaz y conteniendo en sí dioses fingidos, una parte de ella esté en las letras de los sacerdotes y la otra en los cantares de los poetas. Si tiene también otras partes, es otra cuestión; ahora, por la división de Varrón, creo haber mostrado suficientemente que tanto la teología urbana como la teatral pertenecen a una sola civil. Por lo cual, siendo ambas de similar torpeza, absurdidad, indignidad y falsedad, lejos de los hombres religiosos que se espere la vida eterna ni de la una ni de la otra.

5. Denique et ipse Varro commemorare et enumerare deos coepit a conceptione hominis, quorum numerum exorsus est a Jano; eamque seriem perduxit usque ad decrepiti hominis mortem, et deos ad ipsum hominem pertinentes clausit ad Naeniam deam, quae in funeribus senum cantatur: deinde coepit deos alios ostendere, qui pertinerent, non ad ipsum hominem, sed ad ea quae sunt hominis, sicuti est victus, vestitus, et quaecumque alia huic vitae sunt necessaria; ostendens in omnibus quod sit cujusque munus; et propter quid cuique debeat supplicari: in qua universa diligentia nullos demonstravit vel nominavit deos, a quibus vita aeterna poscenda sit, propter quam unam proprie nos christiani sumus. Quis ergo usque adeo tardus sit, ut non intelligat istum hominem civilem theologiam tam diligenter exponendo et aperiendo, eamque illi fabulosae, indignae atque probrosae similem demonstrando, atque ipsam fabulosam partem esse hujus satis evidenter docendo, nonnisi illi naturali, quam dicit ad philosophos pertinere, in animis hominum moliri locum, ea subtilitate, ut fabulosam reprehendat, civilem vero reprehendere quidem non audeat, sed prodendo reprehensibilem ostendat, atque ita utraque judicio recte intelligentium reprobata, sola naturalis remaneat eligenda? De qua suo loco in adjutorio Dei veri diligentius disserendum est.

Caput X.

De libertate Senecae, qui vehementius civilem theologiam reprehendit, quam Varro fabulosam.

1. Libertas sane, quae huic defuit, ne istam urbanam theologiam, theatricae simillimam, aperte sicut illam reprehendere auderet, Annaeo Senecae, quem nonnullis indiciis invenimus Apostolorum nostrorum claruisse temporibus, non quidem ex toto, verum ex aliqua parte non defuit. Adfuit enim scribenti, viventi defuit. Nam in eo libro quem contra superstitiones condidit, multo copiosius atque vehementius reprehendit ipse civilem istam et urbanam theologiam, quam Varro theatricam atque fabulosam. Cum enim de simulacris ageret, Sacros, inquit, immortales, inviolabiles in materia vilissima atque immobili dedicant, habitus illis hominum ferarumque et piscium, quidam vero mixto sexu diversis corporibus induunt: numina vocant, quae si spiritu accepto subito occurrerent, monstra haberentur. Deinde aliquanto post, cum theologiam naturalem praedicans, quorumdam philosophorum sententias digessisset, opposuit sibi quaestionem, et ait: Hoc loco dicit aliquis, Credam ego coelum et terram deos esse, et supra lunam alios, infra alios? Ego feram aut Platonem, aut Peripateticum Stratonem, quorum alter fecit deum sine corpore, alter sine animo?

5. Finalmente, también el propio Varrón comenzó a conmemorar y enumerar a los dioses desde la concepción del hombre, cuyo número inició desde Jano; y llevó esa serie hasta la muerte del hombre decrépito, y cerró los dioses pertenecientes al hombre mismo en la diosa Nenia, que se canta en los funerales de los ancianos. Después comenzó a mostrar otros dioses que pertenecían no al hombre mismo, sino a las cosas que son del hombre, como es el sustento, el vestido y cualquier otra cosa necesaria para esta vida; mostrando en todas cuál es el oficio de cada uno y por qué cosa se debe suplicar a cada uno. En toda esta diligencia no mostró ni nombró a ningún dios a quien se deba pedir la vida eterna, por la cual única somos propiamente cristianos. ¿Quién, pues, será tan tardo que no entienda que este hombre, exponiendo y abriendo tan diligentemente la teología civil, y demostrando que es semejante a aquella fabulosa, indigna y vergonzosa, y enseñando con bastante evidencia que la misma fabulosa es parte de esta, no pretende sino preparar lugar en los ánimos de los hombres para aquella natural que dice pertenecer a los filósofos, con esa sutileza de reprender la fabulosa, mientras que no osa reprender la civil, pero mostrándola como reprensible al descubrirla, para que así, reprobadas ambas por el juicio de los que rectamente entienden, solo quede para ser elegida la natural? Sobre la cual se ha de disertar más diligentemente en su lugar con la ayuda del verdadero Dios.

Capítulo X.

De la libertad de Séneca, que reprendió más vehementemente la teología civil que Varrón la fabulosa.

1. Ciertamente la libertad que faltó a este para no osar reprender abiertamente esta teología urbana, muy semejante a la teatral, como reprendió aquella, no faltó del todo —sino en alguna parte— a Anneo Séneca, de quien por algunos indicios hemos hallado que floreció en los tiempos de nuestros Apóstoles. Pues le asistió al escribir, pero le faltó al vivir. Porque en aquel libro que compuso contra las supersticiones, reprendió él mismo mucho más copiosa y vehementemente esta teología civil y urbana que Varrón la teatral y fabulosa. Pues al tratar de los simulacros, dice: «Dedican a seres sagrados, inmortales e inviolables en una materia vilísima e inmóvil; les ponen hábitos de hombres, de fieras y de peces, y algunos incluso de sexo mixto y cuerpos diversos; los llaman númenes, los cuales, si recibieran espíritu y se nos cruzaran de pronto, serían tenidos por monstruos». Después, un poco más adelante, predicando la teología natural y habiendo expuesto las sentencias de ciertos filósofos, se propuso a sí mismo una cuestión y dice: «En este lugar dice alguno: ¿creeré yo que el cielo y la tierra son dioses, y unos sobre la luna y otros debajo de ella? ¿Soportaré yo a Platón o al peripatético Estratón, de los cuales uno hizo a un dios sin cuerpo y el otro sin alma?».

Et ad hoc respondens, Quid ergo tandem, inquit, veriora tibi videntur T. Tatii, aut Romuli, aut Tulli Hostilii somnia? Cloacinam Tatius dedicavit deam, Picum Tiberinumque Romulus, Hostilius Pavorem atque Pallorem teterrimos hominum affectus, quorum alter mentis territae motus est, alter corporis, nec morbus quidem, sed color. Haec numina potius credes, et coelo recipies? De ipsis vero ritibus crudeliter turpibus quam libere scripsit? Ille, inquit, viriles sibi partes amputat, ille lacertos secat. Ubi iratos deos timent, qui sic propitios merentur? Dii autem nullo debent coli genere, si et hoc volunt. Tantus est perturbatae mentis et sedibus suis pulsae furor; ut sic dii placentur, quemadmodum ne homines quidem saeviunt teterrimi et in fabulas traditae crudelitatis. Tyranni laceraverunt aliquorum membra, neminem sua lacerare jusserunt. In regiae libidinis voluptatem castrati sunt quidam: sed nemo sibi, ne vir esset, jubente domino, manus intulit. Se ipsi in templis contrucidant, vulneribus suis ac sanguine supplicant. Si cui intueri vacet, quae faciunt, quaeque patiuntur, inveniet tam indecora honestis, tam indigna liberis, tam dissimilia sanis, ut nemo fuerit dubitaturus furere eos, si cum paucioribus furerent: nunc sanitatis patrocinium insanientium turba est.

2. Jam illa quae in ipso Capitolio fieri solere commemorat, et intrepide omnino coarguit, quis credat nisi ab irridentibus aut furentibus fieri? Nam cum in sacris Aegyptiis Osirim lugeri perditum, mox autem inventum magno esse gaudio derisisset, cum perditio ejus inventioque fingatur, dolor tamen ille atque laetitia ab eis, qui nihil perdiderunt nihilque invenerunt, veraciter exprimatur, «Huic tamen,» inquit «furori certum tempus est. Tolerabile est, semel in anno insanire. In Capitolium perveni, pudebit publicatae dementiae, quod sibi vanus furor attribuit officii. Alius nomina deo subjicit, alius horas Jovi nuntiat; alius lictor est, alius unctor, qui vano motu brachiorum imitatur ungentem. Sunt quae Junoni ac Minervae capillos disponant, longe a templo, non tantum a simulacro stantes, digitos movent ornantium modo. Sunt quae speculum teneant: sunt quae ad vadimonia sua deos advocent: sunt qui libellos offerant, et illos causam suam doceant. Doctus archimimus, senex jam decrepitus, quotidie in Capitolio mimum agebat, quasi dii libenter spectarent, quem illi homines desierant. Omne illic artificum genus operatum diis immortalibus desidet.» Et paulo post: «Hi tamen,» inquit, «etiamsi supervacuum usum, non turpem nec infamem deo promittunt. Sedent quaedam in Capitolio, quae se a Jove amari putant: ne Junonis quidem, si credere poetis velis, iracundissimae, respectu terrentur.»

Y respondiendo a esto: «¿Qué pues, por fin —dice—, te parecen más verdaderos los sueños de T. Tacio, o de Rómulo, o de Tulio Hostilio? Tacio dedicó a la diosa Cloacina; Rómulo a Pico y a Tiberino; Hostilio al Pavor y a la Palidez, tristísimos afectos de los hombres, de los cuales uno es el movimiento de la mente aterrada y el otro del cuerpo, y ni siquiera es enfermedad sino un color. ¿Creerás más bien en estos númenes y los recibirás en el cielo?». Sobre los mismos ritos cruelmente torpes, ¡con qué libertad escribió! «Aquel —dice— se amputa sus partes viriles, aquel se corta los brazos. ¿Dónde temen a los dioses airados quienes así merecen a los propicios? Los dioses no deben ser adorados de ningún género si también quieren esto. Tan grande es el furor de la mente perturbada y expulsada de sus sedes, que de tal modo se aplaca a los dioses como ni siquiera se ensañan los hombres más crueles y de una crueldad transmitida en las fábulas. Los tiranos laceraron los miembros de algunos, pero a nadie mandaron lacerar los suyos. Para el placer de la libido real algunos fueron castrados, pero nadie se puso las manos sobre sí mismo para dejar de ser hombre por mandato del dueño. Se degüellan a sí mismos en los templos, suplican con sus heridas y su sangre. Si alguien tuviera tiempo de mirar lo que hacen y lo que padecen, hallaría cosas tan indecorosas para personas honestas, tan indignas de hombres libres, tan disímiles de personas sanas, que nadie dudaría de que estaban locos si lo estuvieran con unos pocos; ahora el patrocinio de la sanidad es la turba de los que deliran».

2. Ya aquellas cosas que conmemora que suelen hacerse en el mismo Capitolio, y que refuta con total intrepidez, ¿quién creerá que se hacen sino por quienes se burlan o deliran? Pues habiéndose burlado de que en los ritos egipcios se llora a Osiris como perdido y luego, hallado, se celebra con gran gozo —siendo fingida su pérdida y su hallazgo, aunque aquel dolor y alegría sean expresados verazmente por quienes nada perdieron ni nada hallaron—, dice: «Sin embargo, para este furor hay un tiempo cierto. Es tolerable estar loco una vez al año. Ve al Capitolio: te avergonzará la demencia hecha pública, lo que un vano furor se atribuye como oficio. Uno sugiere nombres al dios, otro anuncia las horas a Júpiter; otro es lictor, otro unctor, que con un vano movimiento de los brazos imita al que unge. Hay mujeres que arreglan el cabello a Juno y Minerva; lejos del templo, no solo del simulacro, mueven los dedos a modo de las que adornan. Hay quienes sostienen el espejo; hay quienes llaman a los dioses para sus fianzas; hay quienes ofrecen libelos y les explican su causa. Un docto archimimo, anciano ya decrépito, representaba diariamente un mimo en el Capitolio, como si los dioses miraran con gusto al que aquellos hombres ya habían dejado de mirar. Todo tipo de artesanos allí se sientan ociosos para los dioses inmortales». Y poco después: «Estos, sin embargo —dice—, aunque prometen un uso superfluo, no lo prometen torpe ni infame para el dios. Se sientan algunas en el Capitolio que piensan que son amadas por Júpiter; ni siquiera se aterran por el respeto a Juno, la más iracunda si quieres creer a los poetas».

3. Hanc ille libertatem Varro non habuit: tantummodo de fabulosa theologia fateri ausus est; de civili autem, quam iste deiecit, siluit. Sed si verum attendamus, gravius ista deliquerunt, quibus Seneca haec ascribit, quam quibus theatrici illi ludi turpitudinem deo adfingunt. In illis enim, hoc est, in fabulosis, turpia numinum fingunt poetae: in istis autem civilibus, turpius ipsi numinibus exhibent. Poetae per ludum fingunt Iovem adulterum: qui autem colunt, eum in ipso Capitolio, in ipsius Capitolii ludi scaenis, adulterum exhibent. Et Seneca ipse dicit: «Sedent quaedam in Capitolio, quae se a Iove amari putant: ne Iunonis quidem respectu terrentur». In scaenis fabulosa, in Capitolio civilia sunt: in scaenis ficta, in Capitolio facta sunt. Quid ergo ibi Iuppiter magis adulter est, quam in Capitolio ubi ab his, qui eum colunt, pro adultero habetur? Et in Aegypti sacris ubi non poetae, sed ipsi colentes Osiris perditionem et inventionem fingunt, ibi non ludi, sed sacra sunt. Ibi autem, inquit, non turpia, sed supervacua. Quid est autem, oro te, supervacuum in re divina, nisi quod sit inanissimum et stultissimum, id est, vanissimum? Vanitas autem quid est aliud, nisi quod sit contra veritatem? Sed Seneca addit: «Hi tamen etiamsi supervacuum usum, non turpem nec infamem deo promittunt».

Caput XI.

Quid de Judaeis Seneca senserit.

Hic inter alias civilis theologiae superstitiones reprehendit etiam sacramenta Judaeorum, et maxime sabbata; inutiliter eos facere affirmans, quod per illos singulos septem interpositos dies, septimam fere partem aetatis suae perdant vacando, et multa in tempore urgentia non agendo laedantur. Christianos tamen jam tunc Judaeis inimicissimos, in neutram partem commemorare ausus est, ne vel laudaret contra suae patriae veterem consuetudinem, vel reprehenderet contra propriam forsitan voluntatem. De illis sane Judaeis cum loqueretur, ait: «Cum interim usque eo sceleratissimae gentis consuetudo convaluit, ut per omnes jam terras recepta sit: victi victoribus leges dederunt.» Mirabatur haec dicens, et quid divinitus ageretur ignorans, subjecit plane sententiam, qua significaret quid de illorum sacramentorum ratione sentiret. Ait enim: «Illi tamen causas ritus sui noverunt; major pars populi facit, quod cur faciat ignorat.»

3. Esta libertad no la tuvo Varrón: solo se atrevió a confesar respecto a la teología fabulosa; pero sobre la civil, que este [Séneca] derribó, guardó silencio. Pero si atendemos a la verdad, más gravemente delinquieron aquellas cosas a las que Séneca adscribe esto, que aquellas a las que los juegos teatrales achacan torpeza al dios. Pues en aquellas, es decir, en las fabulosas, los poetas fingen las torpezas de los númenes; pero en estas civiles, ellos mismos exhiben cosas más torpes a los númenes. Los poetas fingen por juego a Júpiter adúltero; pero quienes lo adoran, lo exhiben como adúltero en el mismo Capitolio, en las escenas de los juegos del mismo Capitolio. Y el mismo Séneca dice: «Se sientan algunas en el Capitolio que piensan que son amadas por Júpiter; ni siquiera se aterran por el respeto a Juno». En las escenas están las cosas fabulosas, en el Capitolio las civiles; en las escenas las fingidas, en el Capitolio las reales. ¿Por qué, pues, Júpiter es allí más adúltero que en el Capitolio, donde es tenido por adúltero por quienes lo adoran? Y en los ritos de Egipto donde no los poetas, sino los mismos adoradores fingen la pérdida y el hallazgo de Osiris, allí no son juegos, sino ritos sagrados. Pero allí —dice— no son cosas torpes, sino superfluas. ¿Y qué es, te ruego, lo superfluo en una cosa divina sino lo que es sumamente vano y estúpido, es decir, vanísimo? ¿Y qué otra cosa es la vanidad sino lo que es contrario a la verdad? Pero Séneca añade: «Estos, sin embargo, aunque prometen un uso superfluo, no lo prometen torpe ni infame para el dios».

Capítulo XI.

Qué sintió Séneca de los judíos.

Aquí, entre otras supersticiones de la teología civil, reprendió también los sacramentos de los judíos, y especialmente los sábados; afirmando que obran inútilmente, porque a través de cada uno de esos siete días interpuestos, pierden casi la séptima parte de su edad estando ociosos, y son perjudicados al no realizar muchas cosas urgentes a su tiempo. Sin embargo, a los cristianos, ya entonces muy enemigos de los judíos, no se atrevió a mencionarlos en ningún sentido, para no alabarlos contra la antigua costumbre de su patria, ni reprenderlos contra su propia voluntad, tal vez. Al hablar de aquellos judíos, ciertamente, dice: «Mientras tanto, hasta tal punto ha prevalecido la costumbre de una nación esceleratísima, que ya es recibida por todas las tierras: los vencidos dieron leyes a los vencedores». Se maravillaba al decir estas cosas e, ignorando qué se estaba tratando divinamente, añadió claramente una sentencia con la que significara qué sentía sobre la razón de sus sacramentos. Dice, pues: «Ellos, sin embargo, conocen las causas de su rito; la mayor parte del pueblo hace lo que ignora por qué lo hace».

Sed de sacramentis Judaeorum, vel cur, vel quatenus instituta sint auctoritate divina, ac postmodum a populo Dei, cui vitae aeternae mysterium revelatum est, tempore quo oportuit eadem auctoritate sublata sint, et alias diximus, maxime cum adversus Manichaeos ageremus, et in hoc opere loco opportuniore dicendum est.

Caput XII.

Quod Gentilium deorum vanitate detecta, nequeat dubitari aeternam eos vitam nemini posse praestare, qui nec ipsam adjuvent temporalem.

Nunc propter tres theologias, quas Graeci dicunt mythicen, physicen, politicen, latine autem dici possunt, fabulosa, naturalis, civilis; quod neque de fabulosa, quam et ipsi multorum falsorumque deorum cultores liberrime reprehenderunt, neque de civili, cujus illa pars esse convincitur, ejusque et ista simillima vel etiam deterior invenitur, speranda est aeterna vita; si cui satis non sunt quae in hoc volumine dicta sunt, adjungat etiam illa quae in superioribus libris, et maxime quarto de felicitatis datore Deo plurima disputata sunt. Nam cui nisi uni felicitati propter aeternam vitam consecrandi homines essent, si dea felicitas esset? Quia vero non dea, sed munus est Dei; cui Deo nisi datori felicitatis consecrandi sumus, qui aeternam vitam, ubi vera est et plena felicitas, pia charitate diligimus? Non autem datorem esse felicitatis quemquam istorum deorum, qui tanta turpitudine coluntur, et nisi ita colantur, multo turpius irascuntur, atque ob hoc se spiritus immundissimos confitentur, puto ex his quae dicta sunt, neminem dubitare oportere. Porro qui non dat felicitatem, vitam quomodo possit dare aeternam? eam quippe vitam aeternam dicimus, ubi est sine fine felicitas. Nam si anima in poenis vivit aeternis, quibus et ipsi spiritus cruciabuntur immundi, mors est illa potius aeterna, quam vita. Nulla quippe major et pejor est mors, quam ubi non moritur mors. Sed quod animae natura, per id quod immortalis creata est, sine qualicumque vita esse non potest, summa mors ejus est alienatio a vita Dei in aeternitate supplicii. Vitam igitur aeternam, id est sine ullo fine felicem, solus ille dat, qui dat veram felicitatem.

Pero sobre los sacramentos de los judíos, o por qué, o hasta qué punto fueron instituidos por la autoridad divina, y después quitados por la misma autoridad en el tiempo en que convino por el pueblo de Dios, al cual ha sido revelado el misterio de la vida eterna, ya hemos dicho en otra parte, especialmente cuando tratamos contra los maniqueos, y se ha de decir en este mismo libro en un lugar más oportuno.

Capítulo XII.

Que detectada la vanidad de los dioses de los gentiles, no puede dudarse de que no pueden prestar la vida eterna a nadie, quienes ni siquiera ayudan a la temporal misma.

Ahora bien, por causa de las tres teologías, que los griegos llaman *mythice*, *physice*, *politice*, y en latín pueden llamarse fabulosa, natural y civil; que no se ha de esperar la vida eterna ni de la fabulosa —la cual incluso los mismos adoradores de muchos y falsos dioses reprendieron con total libertad—, ni de la civil —de la cual se convence que aquella es parte, y esta se halla muy semejante a ella o incluso peor—; si a alguien no le bastan las cosas que se han dicho en este volumen, añada también aquellas que en los libros anteriores, y especialmente en el cuarto, se disputaron largamente sobre Dios, dador de la felicidad. Pues, ¿a qué única cosa sino a la felicidad, por causa de la vida eterna, tendrían los hombres que consagrarse, si la felicidad fuera una diosa? Pero porque no es diosa, sino un don de Dios, ¿a qué Dios sino al dador de la felicidad debemos consagrarnos nosotros, que amamos con piadosa caridad la vida eterna, donde está la verdadera y plena felicidad? Pero que ninguno de estos dioses, que son adorados con tanta torpeza y que, si no son adorados así, se airan mucho más torpemente —y por esto se confiesan espíritus inmundísimos— sea dador de la felicidad, pienso que, por lo que se ha dicho, nadie debe dudar. Además, quien no da la felicidad, ¿cómo podría dar la vida eterna? Precisamente llamamos vida eterna a aquella donde hay felicidad sin fin. Pues si el alma vive en penas eternas, en las cuales también los mismos espíritus inmundos serán atormentados, aquella es más bien muerte eterna que vida. No hay, ciertamente, muerte mayor ni peor que donde la muerte no muere. Pero como la naturaleza del alma, por el hecho de haber sido creada inmortal, no puede estar sin algún tipo de vida, su muerte suprema es la alienación de la vida de Dios en la eternidad del suplicio. Por tanto, solo da la vida eterna —esto es, feliz sin fin alguno— aquel que da la verdadera felicidad.

Quam quoniam illi, quos colit theologia ista civilis, dare non posse convicti sunt; non solum propter ista temporalia atque terrena, quod superioribus quinque libris ostendimus, sed multo magis propter vitam aeternam, quae post mortem futura est, quod isto uno etiam illis cooperantibus egimus, colendi non sunt. Sed quoniam veternosae consuetudinis vis nimis in alto radices habet, si cui de ista civili theologia respuenda atque vitanda parum videor disputasse, in aliud volumen, quod huic, opitulante Deo, conjungendum est, animum intendat.

La cual, puesto que se ha demostrado que no pueden darla aquellos a quienes adora esta teología civil, no deben ser adorados; no solo por estas cosas temporales y terrenas, como mostramos en los cinco libros anteriores, sino mucho más por la vida eterna que ha de venir tras la muerte, como hemos tratado en este único volumen incluso con la cooperación de aquellos. Pero como la fuerza de la costumbre inveterada tiene raíces demasiado profundas, si a alguien le parezco haber disputado poco sobre que esta teología civil debe ser rechazada y evitada, ponga su atención en otro volumen, que, con el auxilio de Dios, se ha de unir a este.

LIBER SEPTIMUS.

De diis selectis civilis theologiae, Jano, Jove, Saturno, et caeteris, quod nec eorum cultu perveniatur ad aeternae vitae felicitatem.

PRAEFATIO.

Diligentius me pravas et veteres opiniones, veritati pietatis inimicas, quas tenebrosis animis altius et tenacius diuturnus humani generis error infixit, evellere atque exstirpare conantem, et illius gratiae, qui hoc ut verus Deus potest, pro meo modulo in ejus adjutorio cooperantem, ingenia celeriora atque meliora, quibus ad hanc rem superiores libri satis superque sufficiunt, patienter et aequanimiter ferre debebunt; et propter alios non putare superfluum, quod jam sibi sentiunt non necessarium. Multum magna res agitur, cum vera et vere sancta divinitas, quamvis ab ea nobis etiam huic, quam nunc gerimus, fragilitati necessaria subsidia praebeantur, non tamen propter mortalis vitae transitorium vaporem, sed propter vitam beatam, quae nonnisi aeterna est, quaerenda et colenda praedicatur.

Caput Primum.

An, cum in theologia civili deitatem non esse constiterit, in selectis diis eam inveniri posse credendum sit.

Hanc divinitatem, vel, ut sic dixerim, deitatem; nam et hoc verbo uti jam nostros non piget, ut de graeco expressius transferant id quod illi θεότητα appellant: hanc ergo divinitatem sive deitatem non esse in ea theologia, quam civilem vocant, quae a Marco Varrone sedecim voluminibus explicata est, id est, non perveniri ad aeternae vitae felicitatem talium deorum cultu, quales a civitatibus qualiterque colendi instituti sunt, cui nondum persuasit sextus liber, quem proxime absolvimus, cum istum forsitan legerit, quid de hac quaestione expedienda ulterius desideret, non habebit.

LIBRO SÉPTIMO.

De los dioses selectos de la teología civil, Jano, Júpiter, Saturno y los demás, que ni por su culto se llega a la felicidad de la vida eterna.

PREFACIO.

A mí, que con más diligencia intento arrancar y extirpar las depravadas y antiguas opiniones, enemigas de la verdad de la piedad, que el largo error del género humano ha fijado profunda y tenazmente en las mentes tenebrosas, y que según mi pequeña medida coopero en su auxilio con aquella gracia de quien, como Dios verdadero, puede hacer esto, los ingenios más rápidos y mejores —para quienes los libros anteriores bastan y sobran para este asunto— deberán soportarme con paciencia y ecuanimidad; y por causa de otros, no pensar que es superfluo lo que ellos ya sienten que no les es necesario. Se trata de un asunto muy grande cuando se predica que la verdadera y verdaderamente santa divinidad —aunque de ella se nos proporcionen también los subsidios necesarios para esta fragilidad que ahora llevamos— debe ser buscada y adorada no por el vapor transitorio de la vida mortal, sino por la vida bienaventurada, que no es sino eterna.

Capítulo Primero.

Si, habiendo quedado establecido que la divinidad no está en la teología civil, debe creerse que puede hallarse en los dioses selectos.

Esta divinidad o, por así decirlo, deidad —pues a los nuestros ya no les pesa usar también esta palabra para traducir más expresivamente del griego lo que ellos llaman *theoteta*—; que esta divinidad, pues, o deidad no está en esa teología que llaman civil, la cual fue explicada por Marco Varrón en dieciséis volúmenes —esto es, que no se llega a la felicidad de la vida eterna por el culto de tales dioses, según han sido instituidos por las ciudades y del modo en que deben ser adorados—, a quien aún no ha persuadido el libro sexto que terminamos recientemente, cuando lea este tal vez, no tendrá nada más que desear para resolver esta cuestión.

Fieri enim potest ut saltem deos selectos atque praecipuos, quos Varro volumine complexus est ultimo, de quibus parum diximus, quisquam colendos propter vitam beatam, quae nonnisi aeterna est, opinetur. Qua in re non dico quod facetius ait Tertullianus fortasse quam verius: Si dii seliguntur ut bulbi, utique caeteri reprobi judicantur. Non hoc dico: video enim etiam ex selectis seligi aliquos ad aliquid majus atque praestantius; sicut in militia, cum tirones electi fuerint, ex his quoque eliguntur ad opus aliquod majus armorum. Et cum eliguntur in Ecclesia qui fiant praepositi, non utique caeteri reprobantur, cum omnes boni fideles electi merito nuncupentur. Eliguntur in aedificio lapides angulares, non reprobatis caeteris, qui structurae partibus aliis deputantur. Eliguntur uvae ad vescendum, nec reprobantur aliae, quos relinquimus ad bibendum. Non opus est multa percurrere, cum res in aperto sit. Quamobrem non ex hoc, quod dii ex multis quidam selecti sunt, vel is qui scripsit, vel eorum cultores, vel dii ipsi vituperandi sunt: sed advertendum potius quinam isti sint, et ad quam rem selecti videantur.

Caput II.

Qui sint dii selecti, et an ab officiis viliorum deorum habeantur excepti.

Hos certe deos selectos Varro unius libri contextione commendat, Janum, Jovem, Saturnum, Genium, Mercurium, Apollinem, Martem, Vulcanum, Neptunum, Solem, Orcum, Liberum patrem, Tellurem, Cererem, Junonem, Lunam, Dianam, Minervam, Venerem, Vestam: in quibus omnibus ferme viginti, duodecim mares, octo sunt feminae. Haec numina utrum propter majores in mundo administrationes selecta dicuntur, an quod populis magis innotuerunt, majorque est eis cultus exhibitus? Si propterea, quia opera majora ad his administrantur in mundo, non eos invenire debuimus inter illam quasi plebeiam numinum multitudinem minutis opusculis deputatam. Nam ipse primum Janus, cum puerperium concipitur, unde cuncta opera illa sumunt exordium, minutatim minutis distributa numinibus, aditum aperit recipiendo semini: ibi est et Saturnus propter ipsum semen: ibi Liber, qui marem effuso semine liberat: ibi Libera, quam et Venerem volunt, quae hoc idem beneficium conferat feminae, ut etiam ipsa emisso semine liberetur. Omnes hi ex illis sunt, qui selecti appellantur.

Pues puede ser que alguien opine que, al menos, los dioses selectos y principales que Varrón incluyó en el último volumen, de los cuales hemos dicho poco, deben ser adorados por la vida bienaventurada, que no es sino eterna. En este asunto no digo lo que Tertuliano dijo, quizá más ingeniosamente que con verdad: *Si los dioses se seleccionan como las cebollas, ciertamente los demás se juzgan reprobados*. No digo esto, pues veo que incluso de los seleccionados se seleccionan algunos para algo mayor y más excelente; como en la milicia, cuando se eligen reclutas, de estos también se eligen algunos para alguna obra de armas mayor. Y cuando se eligen en la Iglesia a quienes han de ser puestos al frente, no por ello se reprueba a los demás, siendo que todos los buenos fieles son llamados merecidamente elegidos. Se eligen las piedras angulares en un edificio, sin reprobar las demás, que se destinan a otras partes de la estructura. Se eligen uvas para comer, y no se reprueban las otras que dejamos para beber. No es necesario recorrer muchas cosas, pues el asunto está a la vista. Por lo cual, no por el hecho de que ciertos dioses sean seleccionados de entre muchos, debe vituperarse ni al que escribió, ni a sus adoradores, ni a los dioses mismos; sino que más bien se ha de advertir quiénes son estos y para qué asunto parecen ser seleccionados.

Capítulo II.

Quiénes son los dioses selectos, y si se consideran exceptuados de los oficios de los dioses más viles.

Ciertamente, Varrón recomienda estos dioses selectos en el contexto de un solo libro: Jano, Júpiter, Saturno, Genio, Mercurio, Apolo, Marte, Vulcano, Neptuno, Sol, Orco, Líber padre, Telus, Ceres, Juno, Luna, Diana, Minerva, Venus, Vesta; entre estos casi veinte, doce son varones y ocho son mujeres. ¿Se llaman estos númenes selectos por causa de mayores administraciones en el mundo, o porque llegaron a ser más conocidos por los pueblos y se les tributó un culto mayor? Si es por esto, porque por ellos se administran obras mayores en el mundo, no debimos haberlos encontrado entre aquella multitud casi plebeya de númenes destinados a menudas y pequeñas obras. Pues el mismo Jano, primero, cuando se concibe el parto —de donde todas aquellas obras toman su comienzo, distribuidas minuciosamente a númenes menudos— abre el acceso para recibir la semilla; allí está también Saturno por causa de la misma semilla; allí Líber, que libera al varón al derramarse la semilla; allí Líbera, que también quieren que sea Venus, la cual confiera este mismo beneficio a la mujer para que también ella sea liberada al emitirse la semilla. Todos estos son de los que se llaman selectos.

Sed ibi est et dea Mena, quae menstruis fluoribus praeest, quamvis Jovis filia, tamen ignobilis. Et hanc provinciam fluorum menstruorum in libro selectorum deorum ipsi Junoni idem auctor assignat, quae in diis selectis etiam regina est: et hic tanquam Juno Lucina cum eadem Mena, privigna sua, eidem cruori praesidet. Ibi sunt et duo, nescio qui obscurissimi, Vitumnus et Sentinus; quorum alter vitam, alter sensus puerperio largiuntur. Et nimirum multo plus praestant, cum sint ignobilissimi, quam tot illi proceres et selecti. Nam profecto sine vita et sensu, quid est illud totum, quod muliebri utero geritur, nisi nescio quid abjectissimum limo ac pulveri comparandum?

Caput III.

Quam nulla sit ratio, quae de selectione quorumdam deorum possit ostendi, cum multis inferioribus excellentior administratio deputetur.

1. Quae igitur causa tot selectos deos ad haec opera minima compulit, ubi a Vitumno et Sentino, quos fama obscura recondit, in hujus munificentiae partitione superentur? Confert enim selectus Janus aditum et quasi januam semini; confert selectus Saturnus semen ipsum; confert selectus Liber ejusdem seminis emissionem viris; confert hoc idem Libera, quae Ceres seu Venus est feminis; confert selecta Juno, et haec non sola, sed cum Mena, filia Jovis, fluores menstruos ad ejus, quod conceptum est, incrementum: et confert Vitumnus obscurus et ignobilis vitam; confert Sentinus obscurus et ignobilis sensum: quae duo tanto illis rebus praestantiora sunt, quanto et ipsa intellectu ac ratione vincuntur. Sicut enim quae ratiocinantur et intelligunt, profecto potiora sunt his quae sine intellectu atque ratione, ut pecora, vivunt et sentiunt: ita et illa quae vita sensuque sunt praedita, his quae nec vivunt nec sentiunt, merito praeferuntur. Inter selectos itaque deos Vitumnus vivificator et Sentinus sensificator magis haberi debuerunt, quam Janus seminis admissor et Saturnus seminis dator vel sator, et Liber et Libera seminum commotores vel emissores; quae semina indignum est cogitare, nisi ad vitam sensumque pervenerint. Quae munera selecta non dantur a diis selectis, sed a quibusdam incognitis et prae istorum dignitate neglectis.

Pero allí está también la diosa Mena, que preside los flujos menstruales, aunque hija de Júpiter, sin embargo ignoble. Y esta provincia de los flujos menstruales el mismo autor la asigna a la misma Juno en el libro de los dioses selectos, quien entre los dioses selectos es también reina; y aquí como Juno Lucina, con la misma Mena, su hijastra, preside la misma sangre. Allí están también dos, no sé quiénes oscurísimos, Vitumno y Sentino, de los cuales uno otorga la vida y el otro los sentidos al parto. Y sin duda prestan mucho más, siendo sumamente ignobles, que todos aquellos próceres y selectos. Pues ciertamente, sin vida y sentido, ¿qué es todo aquello que se gesta en el útero femenino sino no sé qué cosa abyectísima comparable al limo y al polvo?

Capítulo III.

Cómo no puede mostrarse ninguna razón sobre la selección de ciertos dioses, puesto que se asigna una administración más excelente a muchos inferiores.

1. ¿Qué causa, pues, obligó a tantos dioses selectos a estas obras mínimas, donde son superados en el reparto de esta munificencia por Vitumno y Sentino, a quienes oculta una fama oscura? Pues el selecto Jano proporciona el acceso y como una puerta a la semilla; el selecto Saturno proporciona la semilla misma; el selecto Líber proporciona la emisión de la misma semilla a los varones; Líbera —que es Ceres o Venus— proporciona esto mismo a las mujeres; la selecta Juno, y ella no sola, sino con Mena, hija de Júpiter, proporciona los flujos menstruales para el crecimiento de lo que ha sido concebido; y el oscuro e ignoble Vitumno proporciona la vida; el oscuro e ignoble Sentino proporciona el sentido: estas dos cosas son tanto más excelentes que aquellas cuanto ellas mismas son superadas por el intelecto y la razón. Pues así como las cosas que razonan y entienden son ciertamente mejores que estas que viven y sienten sin intelecto ni razón, como el ganado, así también aquellas cosas que están dotadas de vida y sentido son preferidas merecidamente a estas que ni viven ni sienten. Entre los dioses selectos, por tanto, debieron ser tenidos más bien Vitumno, el vivificador, y Sentino, el sensificador, que Jano, el admisor de la semilla, y Saturno, el dador o sembrador de la semilla, y Líber y Líbera, los promotores o emisores de las semillas; semillas en las que es indigno pensar si no han de llegar a la vida y al sentido. Estos dones selectos no son dados por los dioses selectos, sino por ciertos desconocidos y descuidados frente a la dignidad de aquellos.

Quod si respondetur, omnium initiorum potestatem habere Janum, et ideo illi etiam quod aperitur conceptui, non immerito attribui; et omnium seminum Saturnum, et ideo seminationem quoque hominis non posse ab ejus operatione sejungi; omnium seminum emittendorum Liberum et Liberam, et ideo his etiam praeesse, quae ad substituendos homines pertinent; omnium purgandorum et pariendorum Junonem, et ideo eam non deesse purgationibus feminarum et partubus hominum: quaerant quid respondeant de Vitumno et Sentino, utrum et ipsos velint habere omnium quae vivunt et sentiunt potestatem. Quod si concedunt, attendant quam eos sublimius locaturi sint. Nam seminibus nasci, in terra et ex terra est; vivere autem atque sentire etiam deos sidereos opinantur. Si autem dicunt Vitumno atque Sentino haec sola attributa, quae in carne vivescunt et sensibus adminiculantur; cur non deus ille, qui facit omnia vivere atque sentire, etiam carni vitam praebet et sensum, universali opere hoc munus etiam partubus tribuens? Et quid opus est Vitumno atque Sentino? Quod si ab illo qui vitae et sensibus universaliter praesidet, his quasi famulis ista carnalia velut extrema et ima commissa sunt; itane sunt illi selecti destituti familia, ut non invenirent quibus etiam ipsi ista committerent, sed cum tota sua nobilitate, qua visi sunt seligendi, opus facere cum ignobilibus cogerentur? Juno selecta et regina Jovisque soror et conjux, haec tamen Iterduca est pueris, et opus facit cum deabus ignobilissimis Abeona et Adeona. Ibi posuerunt et Mentem deam, quae faciat pueris bonam mentem, et inter selectos ista non ponitur, quasi quidquam majus praestari homini possit: ponitur autem Juno, quia Iterduca est et Domiduca, quasi quidquam prosit iter carpere et domum duci, si mens non est bona: cujus muneris deam selectores isti inter selecta numina minime posuerunt. Quae profecto et Minervae fuerat praeferenda, cui per ista minuta opera puerorum memoriam tribuerunt. Quis enim dubitet multo esse melius habere bonam mentem, quam memoriam quantumlibet ingentem? Nemo enim malus est, qui bonam habet mentem: quidam vero pessimi memoria sunt mirabili, tanto pejores quanto minus possunt, quod male cogitant, oblivisci. Et tamen Minerva est inter selectos deos; Mentem autem deam turba vilis operuit. Quid de Virtute dicam? quid de Felicitate? de quibus in quarto libro plura jam diximus: quas cum deas haberent, nullum eis locum inter selectos deos dare voluerunt, ubi dederunt Marti et Orco, uni effectori mortium, alteri receptori.

Pero si se responde que Jano tiene la potestad de todos los inicios y que, por tanto, no sin razón se le atribuye también lo que se abre a la concepción; y Saturno la de todas las semillas y que, por tanto, tampoco la siembra del hombre puede separarse de su operación; Líber y Líbera la de todas las semillas que han de emitirse y que, por tanto, también presiden estas cosas que pertenecen a la sustitución de los hombres; Juno la de todas las cosas que han de purificarse y parirse y que, por tanto, ella no falta a las purificaciones de las mujeres y a los partos de los hombres: busquen qué responder sobre Vitumno y Sentino, si es que quieren que ellos también tengan la potestad de todas las cosas que viven y sienten. Si lo conceden, adviertan cuán más sublimemente los han de colocar. Pues nacer de semillas es en la tierra y de la tierra; pero vivir y sentir opinan que lo hacen incluso los dioses siderales. Pero si dicen que estas cosas solo fueron atribuidas a Vitumno y Sentino, las cuales viven en la carne y se auxilian de los sentidos; ¿por qué aquel dios que hace que todas las cosas vivan y sientan no proporciona también vida y sentido a la carne, atribuyendo este don también a los partos mediante una obra universal? ¿Y qué necesidad hay de Vitumno y Sentino? Pero si por aquel que preside universalmente la vida y los sentidos, estas cosas carnales, como extremas e ínfimas, fueron encomendadas a estos como a servidores; ¿acaso están aquellos selectos tan desprovistos de familia que no hallaron a quiénes encomendar ellos también estas cosas, sino que con toda su nobleza, por la que parecieron dignos de ser seleccionados, se vieron obligados a trabajar con los ignobles? Juno, selecta y reina, y hermana y esposa de Júpiter, es sin embargo Iterduca para los niños, y trabaja con las diosas ignobilísimas Abeona y Adeona. Pusieron allí también a la diosa Mente, que proporcione buena mente a los niños, y esta no se pone entre los selectos, como si algo mayor pudiera otorgarse al hombre; pero se pone a Juno porque es Iterduca y Domiduca, como si de algo aprovechara emprender el camino y ser llevado a casa si la mente no es buena; don cuya diosa estos selectores no pusieron en absoluto entre los númenes selectos. La cual ciertamente debió ser preferida incluso a Minerva, a quien atribuyeron la memoria de los niños mediante estas obras menudas. ¿Quién dudaría de que es mucho mejor tener una buena mente que una memoria por inmensa que sea? Pues nadie es malo si tiene una buena mente; pero algunos son pésimos con una memoria admirable, tanto peores cuanto menos pueden olvidar lo que piensan mal. Y, sin embargo, Minerva está entre los dioses selectos; pero a la diosa Mente la cubrió la turba vil. ¿Qué diré de la Virtud? ¿Qué de la Felicidad? sobre las cuales ya dijimos muchas cosas en el libro cuarto; a las cuales, teniéndolas por diosas, no quisieron darles ningún lugar entre los dioses selectos, donde se lo dieron a Marte y al Orco, uno efector de muertes y el otro receptor.

2. Cum igitur in his minutis operibus, quae minutatim diis pluribus distributa sunt, etiam ipsos selectos videamus tanquam senatum cum plebe pariter operari; et inveniamus a quibusdam diis, qui nequaquam seligendi putati sunt, multo majora atque meliora administrari, quam ab illis qui selecti vocantur: restat arbitrari, non propter praestantiores in mundo administrationes, sed quia provenit eis ut populis magis innotescerent, selectos eos et praecipuos nuncupatos. Unde dicit etiam ipse Varro, quod diis quibusdam patribus et deabus matribus, sicut hominibus, ignobilitas accidisset. Si ergo Felicitas ideo fortasse inter selectos deos esse non debuit, quod ad istam nobilitatem non merito, sed fortuitu pervenerunt; saltem inter illos, vel potius prae illis Fortuna poneretur, quam dicunt deam non rationabili dispositione, sed, ut temere acciderit, sua cuique dona conferre. Haec in diis selectis tenere apicem debuit, in quibus maxime quid posset ostendit: quando eos videmus non praecipua virtute, non rationabili felicitate, sed temeraria, sicut eorum cultores de illa sentiunt, Fortunae potestate selectos. Nam et vir disertissimus Sallustius etiam ipsos deos fortassis attendit, cum diceret: «Sed profecto Fortuna in omni re dominatur; ea res cunctas ex libidine magis quam ex vero celebrat obscuratque.» Non enim possunt invenire causam cur celebrata sit Venus, et obscurata sit Virtus; cum ambarum ab istis consecrata sint numina, nec comparanda sint merita. Aut si hoc nobilitari meruit, quod plures appetunt; plures enim Venerem quam Virtutem; cur celebrata est dea Minerva, et obscurata est dea Pecunia? cum in genere humano plures alliciat avaritia quam peritia; et in eis ipsis qui sunt artificiosi, raro invenias hominem, qui non habeat artem suam pecuniaria mercede venalem; plurisque pendatur semper propter quod aliquid fit, quam id quod propter aliud fit. Si ergo insipientis judicio multitudinis facta est deorum ista selectio, cur dea Pecunia Minervae praelata non est, cum propter pecuniam sint artifices multi? Si autem paucorum sapientium est ista distinctio, cur non praelata est Veneri Virtus, cum eam longe ratio praeferat? Saltem certe, ut dixi, ipsa Fortuna, quae, sicut putant qui ei plurimum tribuunt, in omni re dominatur, et res cunctas ex libidine magis quam ex vero celebrat obscuratque; si tantum et in deos valuit, ut temerario judicio suo quos vellet celebraret, obscuraretque quos vellet, praecipuum locum haberet in selectis, quae in ipsos quoque deos tam praecipuae est potestatis. An ut illic esse non posset, nihil aliud etiam ipsa Fortuna, nisi adversam putanda est habuisse fortunam? Sibi ergo adversata est, quae alios nobiles faciens nobilitata non est.

2. Puesto que, por tanto, en estas obras menudas, que están distribuidas minuciosamente entre muchos dioses, vemos que incluso los mismos selectos trabajan por igual como un senado con la plebe; y hallamos que por ciertos dioses, que de ningún modo se pensó que debían ser seleccionados, se administran cosas mucho mayores y mejores que por aquellos que se llaman selectos: resta arbitrar que no por administraciones más excelentes en el mundo, sino porque les sucedió el ser más conocidos por los pueblos, fueron llamados selectos y principales. Por lo cual dice también el mismo Varrón que a ciertos dioses padres y diosas madres, al igual que a los hombres, les había sobrevenido la ignobilidad. Si, pues, la Felicidad tal vez no debió estar entre los dioses selectos por esto, porque aquellos llegaron a esa nobleza no por mérito, sino por azar; al menos entre ellos, o más bien por delante de ellos, se pondría a la Fortuna, de quien dicen que es una diosa que confiere sus propios dones a cada uno no por una disposición razonable, sino según suceda temerariamente. Esta debió ocupar la cima entre los dioses selectos, en quienes mostró especialmente qué podía hacer: cuando los vemos seleccionados no por una virtud destacada, ni por una felicidad razonable, sino por la potestad temeraria de la Fortuna, según sienten sus adoradores sobre ella. Pues también el elocuentísimo Salustio atendió tal vez a los mismos dioses cuando dijo: «Pero ciertamente la Fortuna domina en toda cosa; ella celebra y oscurece todas las cosas más por capricho que por la verdad». Pues no pueden hallar causa por la que Venus fuera celebrada y la Virtud fuera oscurecida, siendo que los númenes de ambas fueron consagrados por aquellos y no se han de comparar sus méritos. O si mereció ser ennoblecido lo que más personas apetecen —pues más apetecen a Venus que a la Virtud—, ¿por qué fue celebrada la diosa Minerva y oscurecida la diosa Pecunia? siendo que en el género humano la avaricia atrae a más que la pericia; y en aquellos mismos que son hábiles, rara vez hallarás a un hombre que no tenga su arte a la venta por una recompensa pecuniaria; y siempre se valora más aquello por lo que se hace algo que lo que se hace por otra cosa. Si, pues, esta selección de dioses se hizo por el juicio de la muchedumbre insipiente, ¿por qué la diosa Pecunia no fue preferida a Minerva, siendo que por la pecunia hay muchos artífices? Pero si esa distinción es de unos pocos sabios, ¿por qué no fue preferida la Virtud a Venus, cuando la razón la prefiere con mucho? Al menos ciertamente, como dije, la misma Fortuna —la cual, como piensan quienes más le atribuyen, domina en toda cosa y celebra y oscurece todas las cosas más por capricho que por la verdad—, si tanto valió también en los dioses que por su propio juicio temerario celebrara a quienes quisiera y oscureciera a quienes quisiera, tendría un lugar principal entre los selectos, ella que es de tan principal potestad incluso en los mismos dioses. ¿O es que para no poder estar allí, se ha de pensar que la misma Fortuna no tuvo otra cosa sino una fortuna adversa? Se fue, pues, adversa a sí misma ella que, haciendo nobles a otros, no fue ennoblecida.

Caput IV.

Melius actum cum diis inferioribus, qui nullis infamentur opprobriis, quam cum selectis, quorum tantae turpitudines celebrentur.

Gratularetur autem diis istis selectis quisquam nobilitatis et claritudinis appetitor, et eos diceret fortunatos, si non eos magis ad injurias quam ad honores selectos videret. Nam illam infimam turbam ipsa ignobilitas texit, ne obrueretur opprobriis. Ridemus quidem, cum eos videmus figmentis humanarum opinionum partitis inter se operibus distributos, tanquam minuscularios vectigalium conductores, vel tanquam opifices in vico argentario, ubi unum vasculum ut perfectum exeat, per multos artifices transit, cum ab uno perfecto perfici posset. Sed aliter non putatum est operantium multitudini consulendum, nisi ut singulas artis partes cito ac facile discerent singuli, ne omnes in arte una tarde ac difficile cogerentur esse perfecti. Verumtamen vix quisquam reperitur deorum non selectorum, qui aliquo crimine famam traxit infamem; vix autem selectorum quispiam, qui non in se notam contumeliae insignis acceperit. Illi ad istorum humilia opera descenderunt, isti in illorum sublimia crimina non venerunt. De Jano quidem non mihi facile quidquam occurrit, quod ad probrum pertineat: et fortasse talis fuerit, innocentius vixerit et a facinoribus flagitiisque remotius. Saturnum fugientem benignus excepit: cum hospite partitus est regnum, ut etiam civitates singulas conderent; iste Janiculum, ille Saturniam. Sed isti in cultu deorum omnis dedecoris appetitores, cujus vitam minus turpem invenerunt, eum simulacri monstrosa deformitate turparunt; nunc eum bifrontem, nunc etiam quadrifrontem, tanquam geminum, facientes. An forte voluerunt, ut, quoniam plurimi dii selecti erubescenda perpetrando amiserant frontem, quanto iste innocentior esset, tanto frontosior appareret?

Caput V.

De Paganorum secretiore doctrina physicisque rationibus.

Capítulo IV.

Que se trató mejor a los dioses inferiores, que no son infamados por ningún oprobio, que a los selectos, cuyas tan grandes torpezas se celebran.

Cualquier pretendiente de nobleza y celebridad felicitaría a estos dioses selectos y los llamaría afortunados, si no viera que han sido seleccionados más para las injurias que para los honores. Pues a aquella turba ínfima la cubrió su propia ignobilidad para no ser abrumada con oprobios. Reímos, ciertamente, cuando los vemos distribuidos en sus tareas repartidas por las ficciones de las opiniones humanas, como si fueran pequeños recaudadores de impuestos o como artesanos en la calle de la platería, donde un solo vaso, para que salga perfecto, pasa por muchos artífices, cuando podría ser terminado por uno solo que fuera perfecto. Pero no se pensó que de otro modo se debiera proveer a la multitud de los trabajadores, sino que cada uno aprendiera rápida y fácilmente cada una de las partes del arte, para que no todos se vieran obligados a ser perfectos en un solo arte con lentitud y dificultad. Sin embargo, apenas se halla alguno de los dioses no selectos que haya atraído una fama infame por algún crimen; pero apenas hay alguno de los selectos que no haya recibido sobre sí una nota de insigne contumelia. Aquellos descendieron a las humildes obras de estos; estos no llegaron a los sublimes crímenes de aquellos. Sobre Jano, por cierto, no se me ocurre fácilmente nada que pertenezca al oprobio; y tal vez fuera tal que vivió más inocentemente y más alejado de facinerosos y flagiciosos actos. Recibió benignamente a Saturno cuando huía; repartió el reino con su huésped, de modo que incluso fundaron sendas ciudades: este el Janículo, aquel Saturnia. Pero estos pretendientes de todo deshonor en el culto de los dioses, al encontrar su vida menos torpe, lo afearon con la monstruosa deformidad de un simulacro, haciéndolo ahora bifronte, ahora incluso cuadrifronte, como si fuera gemelo. ¿O tal vez quisieron que, puesto que muchísimos dioses selectos habían perdido la frente al perpetrar cosas vergonzosas, cuanto más inocente fuera este, tanto más "frontudo" apareciera?

Capítulo V.

De la doctrina más secreta de los paganos y de sus razones físicas.

Sed ipsorum potius interpretationes physicas audiamus, quibus turpitudinem miserrimi erroris, velut altioris doctrinae specie, colorare conantur. Primum eas interpretationes sic Varro commendat, ut dicat antiquos simulacra deorum et insignia ornatusque finxisse; quae cum oculis animadvertissent hi qui adissent doctrinae mysteria, possent animam mundi ac partes ejus, id est deos veros, animo videre: quorum qui simulacra specie hominis fecerunt, hoc videri secutos quod mortalium animus qui est in corpore humano, simillimus est immortalis animi : tanquam si vasa ponerentur causa notandorum deorum, et in Liberi aede oenophorum sisteretur, quod significaret vinum, per id quod continet id quod continetur: ita per simulacrum quod formam haberet humanam, significari animam rationalem, quod eo velut vase natura ista soleat contineri, cujus naturae deum volunt esse, vel deos. Haec sunt mysteria doctrinae, quae iste vir doctissimus penetraverat, unde in lucem ista proferret. Sed, o homo acutissime, num in istis doctrinae mysteriis illam prudentiam perdidisti, qua tibi sobrie visum est, quod hi qui primi populis simulacra constituerunt, et metum dempserunt civibus suis, et errorem addiderunt, castiusque deos sine simulacris veteres observasse Romanos? hi enim tibi fuerunt auctores, ut haec contra posteriores Romanos dicere auderes. Nam si et illi antiquissimi simulacra coluissent, fortassis totum istum sensum de simulacris non constituendis, interim verum , timoris silentio premeres, et in hujuscemodi perniciosis vanisque figmentis mysteria ista doctrinae loquacius et elatius praedicares. Anima tamen tua tam docta et ingeniosa (ubi te multum dolemus) per haec mysteria doctrinae ad Deum suum , id est a quo facta est, non cum quo facta est; nec cujus portio, sed cujus conditio est; nec qui est omnium anima, sed qui fecit omnem animam, quo solo illustrante fit anima beata, si ejus gratiae non sit ingrata, nullo modo potuit pervenire. Verum ista mysteria doctrinae qualia sint, quantique pendenda, quae sequuntur ostendent. Fatetur interim vir iste doctissimus, animam mundi ac partes ejus esse veros deos: unde intelligitur totam ejus theologiam, eam ipsam scilicet naturalem, cui plurimum tribuit, usque ad animae rationalis naturam se extendere potuisse. De naturali enim paucissima praeloquitur in hoc libro: in quo videbimus utrum per interpretationes physiologicas ad hanc naturalem possit referre civilem, quam de diis selectis ultimam scripsit. Quod si potuerit, tota naturalis erit: et quid opus erat ab ea civilem tanta cura distinctionis adjungere?

Pero escuchemos más bien sus propias interpretaciones físicas, con las que intentan dar color a la torpeza de su misérrimo error, como bajo la apariencia de una doctrina más elevada. Primero, Varrón recomienda estas interpretaciones de tal modo que dice que los antiguos fingieron los simulacros de los dioses y sus insignias y ornamentos; para que, cuando hubieran observado con los ojos estas cosas quienes hubieran accedido a los misterios de la doctrina, pudieran ver con el ánimo el alma del mundo y sus partes, es decir, a los dioses verdaderos: de los cuales, los que hicieron simulacros con apariencia de hombre, parece que siguieron el hecho de que el ánimo de los mortales, que está en el cuerpo humano, es muy semejante al ánimo inmortal: como si se pusieran vasijas con el fin de señalar a los dioses, y en el templo de Líber se colocara una orza, que significara el vino por aquello que contiene a lo contenido: así, por el simulacro que tiene forma humana, se significa el alma racional, porque por él, como por una vasija, suele ser contenida esa naturaleza, de la cual naturaleza quieren que sea el dios, o los dioses. Estos son los misterios de la doctrina que aquel varón doctísimo había penetrado, de donde sacaría estas cosas a la luz. Pero, ¡oh hombre agudísimo!, ¿acaso en esos misterios de la doctrina perdiste aquella prudencia por la que te pareció sobriamente que aquellos que primero instituyeron simulacros para los pueblos, tanto quitaron el miedo a sus ciudadanos como añadieron el error, y que los antiguos romanos observaron a los dioses más castamente sin simulacros? Pues estos fueron tus autores para que te atrevieras a decir estas cosas contra los romanos posteriores. Pues si también aquellos antiquísimos hubieran adorado simulacros, tal vez silenciaras por temor todo ese sentido tuyo sobre no instituir simulacros, por lo demás verdadero, y predicaras con más locuacidad y elación esos misterios de la doctrina en perniciosas y vanas ficciones de esta clase. Sin embargo, tu alma tan docta e ingeniosa (por lo cual te lamentamos mucho), a través de estos misterios de la doctrina de ningún modo pudo llegar a su Dios, es decir, a Aquel por quien fue hecha, no con quien fue hecha; ni de quien es porción, sino de quien es creación (conditio); ni quien es el alma de todas las cosas, sino quien hizo toda alma, por cuya sola ilustración se hace el alma bienaventurada, si no es ingrata a su gracia. Pero de qué clase sean esos misterios de la doctrina, y cuánto deban pesarse, lo mostrarán las cosas que siguen. Mientras tanto, ese varón doctísimo confiesa que el alma del mundo y sus partes son los dioses verdaderos: de donde se entiende que toda su teología, a saber, esa misma natural a la que tanto atribuye, pudo extenderse hasta la naturaleza del alma racional. Pues sobre la natural dice muy pocas cosas previamente en este libro: en el cual veremos si a través de interpretaciones fisiológicas puede referir a esta natural la civil, que escribió al final sobre los dioses selectos. Que si pudiera, toda será natural: ¿y qué necesidad había de añadirle la civil con tanto cuidado de distinción?

Si autem recto discrimine separata est; quando nec ista vera est quae illi naturalis placet; pervenit enim usque ad animam, non usque ad verum Deum qui fecit et animam: quanto est abjectior et falsior ista civilis, quae maxime circa corporum est occupata naturam; sicut ipsae interpretationes ejus, ex quibus quaedam necessario commemorare me oportet, tanta ab ipsis exquisitae et enucleatae diligentia demonstrabunt?

Caput VI.

De opinione Varronis, qua arbitratus est Deum animam esse mundi, qui tamen in partibus suis habeat animas multas, quarum divina natura sit.

Dicit ergo idem Varro adhuc de naturali theologia praeloquens, deum se arbitrari esse animam mundi, quem Graeci vocant κόσμον, et hunc ipsum mundum esse deum: sed sicut hominem sapientem, cum sit ex corpore et animo, tamen ab animo dici sapientem; ita mundum deum dici ab animo, cum sit ex animo et corpore. Hic videtur quoquo modo confiteri unum Deum; sed ut plures etiam introducat, adjungit mundum dividi in duas partes, coelum et terram; et coelum bifariam, in aethera et aera; terram vero in aquam et humum: e quibus summum esse aethera, secundum aera, tertiam aquam, infimam terram: quas omnes partes quatuor animarum esse plenas, in aethere et aere immortalium, in aqua et terra mortalium; ab summo autem circuitu coeli ad circulum lunae aethereas animas esse astra ac stellas, eos coelestes deos non modo intelligi esse, sed etiam videri: inter lunae vero gyrum et nimborum ac ventorum cacumina aereas esse animas, sed eas animo, non oculis videri; et vocari heroas, et lares, et genios. Haec est videlicet breviter in ista praelocutione proposita theologia naturalis, quae non huic tantum, sed multis philosophis placuit: de qua tunc diligentius disserendum est, cum de civili, quantum ad deos selectos attinet, opitulante Deo vero, quod restat implevero.

Caput VII.

An rationabile fuerit, Janum et Terminum in duo numina separari.

Janus igitur, a quo sumpsit exordium, quaero quisnam sit? Respondetur, Mundus est. Brevis haec plane est atque aperta responsio. Cur ergo ad eum dicuntur rerum initia pertinere, fines vero ad alterum, quem Terminum vocant? Nam propter initia et fines duobus istis diis duos menses perhibent dedicatos , praeter illos decem quibus usque ad Decembrem caput est Martius; Januarium Jano, Februarium Termino. Ideo Terminalia eodem mense Februario celebrari dicunt, cum fit sacrum purgatorium, quod vocant Februum ; unde mensis nomen accepit .

Pero si está separada por un recto discernimiento; cuando ni siquiera esa es verdadera que le place como natural (pues llega hasta el alma, no hasta el verdadero Dios que hizo también el alma), ¡cuánto más abyecta y falsa es esa civil, que se ocupa principalmente sobre la naturaleza de los cuerpos!, como demostrarán con tanta exquisita y enucleada diligencia sus mismas interpretaciones, de las cuales me es necesario conmemorar algunas.

Capítulo VI.

De la opinión de Varrón, por la cual juzgó que Dios es el alma del mundo, el cual sin embargo tiene en sus partes muchas almas, cuya naturaleza es divina.

Dice, pues, el mismo Varrón, hablando aún previamente de la teología natural, que él juzga que Dios es el alma del mundo, al cual los griegos llaman kosmos, y que este mismo mundo es Dios: pero que así como el hombre sabio, aunque conste de cuerpo y alma, sin embargo se dice sabio por el alma; así el mundo se dice Dios por el alma, aunque conste de alma y cuerpo. Aquí parece confesar de algún modo a un solo Dios; pero para introducir también a muchos, añade que el mundo se divide en dos partes, el cielo y la tierra; y el cielo en dos, en éter y aire; la tierra, en cambio, en agua y suelo: de los cuales, lo más elevado es el éter, lo segundo el aire, lo tercero el agua, lo ínfimo la tierra: todas estas cuatro partes están llenas de almas, en el éter y el aire de almas inmortales, en el agua y la tierra de mortales; desde el circuito supremo del cielo hasta el círculo de la luna, las almas etéreas son los astros y las estrellas, y que estos no solo se entiende que son dioses celestiales, sino que incluso se ven: entre el giro de la luna y las cumbres de las nubes y de los vientos están las almas aéreas, pero estas se ven con el ánimo, no con los ojos, y se llaman héroes, y lares, y genios. Esta es, por cierto, brevemente propuesta en aquella prelocución, la teología natural que plugo no solo a este, sino a muchos filósofos: sobre la cual se ha de disertar entonces más diligentemente, cuando, con el auxilio del Dios verdadero, haya completado lo que resta de la civil en lo que atañe a los dioses selectos.

Capítulo VII.

Si fue razonable que Jano y Término se separaran en dos numenes.

Jano, pues, por quien tomó el comienzo, pregunto ¿quién es? Se responde: Es el mundo. Esta es claramente una respuesta breve y abierta. ¿Por qué, entonces, se dice que los inicios de las cosas le pertenecen a él, pero los fines a otro, a quien llaman Término? Pues por causa de los inicios y los fines dicen que se les dedicaron dos meses a estos dos dioses, además de aquellos diez de los cuales marzo es la cabeza hasta diciembre: enero a Jano, febrero a Término. Por eso dicen que las Terminalias se celebran en el mismo mes de febrero, cuando se hace el sacrificio purificatorio que llaman Februum; de donde el mes recibió su nombre.

Numquid ergo ad mundum, qui Janus est, initia rerum pertinent, et fines non pertinent, ut alter illis deus praeficeretur? Nonne omnia quae in hoc mundo fieri dicunt, in hoc etiam mundo terminari fatentur? Quae est ista vanitas, in opere illi dare potestatem dimidiam, in simulacro faciem duplam? Nonne istum bifrontem multo elegantius interpretarentur, si eumdem et Janum et Terminum dicerent; atque initiis unam faciem, finibus alteram darent? quoniam qui operatur, utrumque debet intendere. In omni enim motu actionis suae qui non respicit initium, non prospicit finem. Unde necesse est a memoria respiciente prospiciens connectatur intentio. Nam cui exciderit quod coeperit, quomodo finiat non inveniet. Quod si vitam beatam in hoc mundo inchoari putarent, extra mundum perfici, et ideo Jano, id est mundo, solam initiorum tribuerent potestatem; profecto ei praeponerent Terminum, eumque a diis selectis non alienarent. Quanquam etiam nunc cum in istis duobus diis initia rerum temporalium finesque tractantur, Termino dari debuit plus honoris. Major enim laetitia est, cum res quaeque perficitur: sollicitudinis autem plena sunt coepta, donec perducantur ad finem, quem qui aliquid incipit, maxime appetit, intendit, exspectat, exoptat; nec de re inchoata, nisi terminetur, exsultat.

Caput VIII.

Ob quam causam cultores Jani bifrontem imaginem ipsius finxerint, quam tamen etiam quadrifrontem videri volunt.

Sed jam bifrontis simulacri interpretatio proferatur. Duas eum facies ante et retro habere dicunt, quod hiatus noster, cum os aperimus, mundo similis videatur: unde et palatum Graeci *οὐρανὸν* appellant; et nonnulli, inquit, poetae Latini coelum vocaverunt palatum: a quo hiatu oris, et foras esse aditum ad dentes versus, et introrsus ad fauces . Ecce quo perductus est mundus propter palati nostri vocabulum, vel graecum, vel poeticum. Quid autem hoc ad animam, quid ad vitam aeternam? Propter solas salivas colatur hic deus, quibus partim glutiendis, partim exspuendis, sub coelo palati utraque panditur janua. Quid est porro absurdius, quam in ipso mundo non invenire duas januas ex adverso sitas, per quas vel admittat ad se aliquid intro, vel emittat a se foras; et de nostro ore et gutture, quorum similitudinem mundus non habet, velle mundi simulacrum componere in Jano, propter solum palatum, cujus similitudinem Janus non habet?

¿Acaso, entonces, al mundo, que es Jano, le pertenecen los inicios de las cosas, y no le pertenecen los fines, de modo que se le pusiera al frente otro dios? ¿No confiesan que todas las cosas que dicen que se hacen en este mundo, en este mismo mundo también terminan? ¿Qué vanidad es esa, darle en la obra media potestad, y en el simulacro una doble cara? ¿No interpretarían a aquel bifronte mucho más elegantemente si dijeran que el mismo es Jano y Término, y dieran a los inicios una cara y a los fines la otra?, puesto que el que obra debe atender a ambos. Pues en todo movimiento de su acción, quien no mira al inicio, no prevé el fin. De donde es necesario que de la memoria que mira atrás se conecte la intención que mira adelante. Pues a quien se le haya olvidado lo que comenzó, no encontrará cómo terminarlo. Pero si pensaran que la vida bienaventurada se inicia en este mundo y se perfecciona fuera del mundo, y por eso atribuyeran a Jano, es decir, al mundo, sola la potestad de los inicios, ciertamente le antepondrían a Término, y no lo alienarían de los dioses selectos. Aunque aun ahora, cuando en estos dos dioses se tratan los inicios y los fines de las cosas temporales, se debió dar más honor a Término. Pues mayor es la alegría cuando cada cosa se perfecciona; pero los comienzos están llenos de solicitud hasta que se conducen al fin, el cual quien empieza algo principalmente ansía, pretende, espera, desea; y no se regocija por la cosa incoada si no se termina.

Capítulo VIII.

Por qué causa los cultores de Jano fingieron su imagen bifronte, la cual sin embargo quieren que se vea incluso como cuadrifronte.

Pero proferid ya la interpretación del simulacro bifronte. Dicen que tiene dos caras, delante y detrás, porque nuestro hiato, cuando abrimos la boca, parece semejante al mundo: de donde también los griegos llaman al paladar ouranos; y algunos, dice, de los poetas latinos llamaron al paladar cielo: desde cuyo hiato de la boca, hay tanto un acceso hacia fuera hacia los dientes, como hacia dentro hacia las fauces. Mirad a qué ha sido conducido el mundo por causa del vocablo de nuestro paladar, sea griego o poético. Pero ¿qué es esto para el alma, qué para la vida eterna? Por las solas salivas sea adorado este dios, para tragarlas en parte, para escupirlas en parte, para lo cual bajo el cielo del paladar se abren ambas puertas de Jano. ¿Qué es además más absurdo que no encontrar en el mismo mundo dos puertas situadas enfrente, por las cuales o admita hacia sí algo dentro, o emita de sí algo fuera; y de nuestra boca y garganta, cuya semejanza el mundo no tiene, querer componer un simulacro del mundo en Jano, por causa del solo paladar, cuya semejanza Jano no tiene?

Cum vero eum faciunt quadrifrontem et Janum geminum appellant, ad quatuor mundi partes hoc interpretantur, quasi aliquid spectet mundus foras, sicut per omnes facies Janus. Deinde, si Janus est mundus, et mundus quatuor partibus constat, falsum est simulacrum Jani bifrontis : aut si propterea verum est, quia etiam nomine Orientis et Occidentis totus solet mundus intelligi, numquid cum duas partes alias nominamus Septemtrionis et Austri, sicut illum quadrifrontem dicunt geminum Janum, ita quisquam geminum dicturus est mundum? Non habent omnino unde quatuor januas, quae intrantibus et exeuntibus pateant, interpretentur ad mundi similitudinem; sicut de bifronte quod dicerent saltem in ore hominis invenerunt; nisi Neptunus forte subveniat et porrigat piscem, cui praeter hiatum oris et gutturis etiam dextra et sinistra fauces patent. Et tamen hanc vanitatem per tot januas nulla effugit anima, nisi quae audit Veritatem dicentem, Ego sum janua . (Joan. X, 9).

Caput IX.

De Jovis potestate, atque ejusdem cum Jano comparatione.

1. Jovem autem, qui etiam Jupiter dicitur , quem velint intelligi, exponant. Deus est, inquiunt, habens potestatem causarum, quibus aliquid fit in mundo. Hoc quam magnum sit, nobilissimus Virgilii versus ille testatur: Felix qui potuit rerum cognoscere causas. (Georg. lib. 2, vers. 490.) Sed cur ei praeponitur Janus, hoc nobis vir ille acutissimus doctissimusque respondeat. Quoniam penes Janum, inquit, sunt prima, penes Jovem summa. Merito ergo rex omnium Jupiter habetur. Prima enim vincuntur a summis: quia licet prima praecedant tempore, summa superant dignitate. Sed recte hoc diceretur, si factorum prima discernerentur et summa: sicut initium facti est proficisci, summum pervenire; initium facti incoeptio discendi, summum perceptio doctrinae: ac sic in omnibus prima sunt initia, summique sunt fines. Sed jam hoc negotium inter Janum Terminumque discussum est. Causae autem quae dantur Jovi, efficientia sunt, non effecta: neque ullo modo fieri potest, ut vel tempore praeveniantur a factis initiisve factorum. Semper enim prior est res quae facit, quam illa quae fit. Quapropter si ad Janum pertinent initia factorum, non ideo priora sunt efficientibus causis, quas Jovi tribuunt. Sicut enim nihil fit, ita nihil inchoatur ut fiat, quod non faciens causa praecesserit. Hunc sane deum, penes quem sunt omnes causae factarum omnium naturarum naturaliumque rerum, si Jovem populi appellant, et tantis contumeliis tamque scelestis criminationibus colunt, tetriore sacrilegio sese obstringunt, quam si prorsus nullum putarent deum.

Cuando, en cambio, lo hacen cuadrifronte y lo llaman Jano gemelo, interpretan esto por las cuatro partes del mundo, como si el mundo mirara algo fuera, como Jano por todas sus caras. Luego, si Jano es el mundo, y el mundo consta de cuatro partes, es falso el simulacro de Jano bifronte; o si por eso es verdadero, porque también con el nombre de Oriente y Occidente suele entenderse todo el mundo, ¿acaso cuando nombramos las otras dos partes, del Septentrión y del Austro, como llaman a aquel cuadrifronte Jano gemelo, así alguien va a llamar al mundo gemelo? No tienen de ningún modo de dónde interpreten cuatro puertas, que estén abiertas para los que entran y salen, a semejanza del mundo; como del bifronte al menos encontraron qué decir en la boca del hombre; a no ser que Neptuno tal vez socorra y alargue un pez, al cual además del hiato de la boca y la garganta también se le abren las fauces a derecha e izquierda. Y, sin embargo, por tantas puertas ninguna alma escapa de esta vanidad, sino aquella que oye a la Verdad diciendo: Yo soy la puerta. (Juan X, 9).

Capítulo IX.

De la potestad de Júpiter, y de la comparación del mismo con Jano.

1. Expliquen, en cambio, a quién quieren que se entienda por Jove, que también es llamado Júpiter. Es el Dios, dicen, que tiene la potestad de las causas por las cuales se hace algo en el mundo. Cuán grande sea esto, lo atestigua aquel nobilísimo verso de Virgilio: Feliz quien pudo conocer las causas de las cosas. (Georg. lib. 2, ver. 490.) Pero por qué se le antepone Jano, respóndanos aquel varón agudísimo y doctísimo. "Puesto que en poder de Jano", dice, "están las primeras cosas, en poder de Júpiter las sumas. Merecidamente, por tanto, Júpiter es tenido por rey de todas las cosas. Pues las primeras cosas son vencidas por las sumas: porque aunque las primeras precedan en el tiempo, las sumas superan en dignidad". Pero esto se diría rectamente si se distinguieran las cosas primeras y las sumas de los hechos: como el inicio de un hecho es partir, lo sumo llegar; el inicio de un hecho el comienzo de aprender, lo sumo la percepción de la doctrina; y así en todas las cosas los inicios son lo primero, y lo sumo son los fines. Pero ya este asunto ha sido discutido entre Jano y Término. Las causas, en cambio, que se dan a Júpiter, son eficientes, no efectos; ni de ningún modo puede ser que incluso en el tiempo sean prevenidas por los hechos o por los inicios de los hechos. Pues siempre es anterior la cosa que hace que la que se hace. Por lo cual, si a Jano pertenecen los inicios de los hechos, no por eso son anteriores a las causas eficientes, que atribuyen a Júpiter. Pues así como nada se hace, así nada se inicia para que se haga, sin que haya precedido una causa hacedora. A este Dios, por cierto, en cuyo poder están todas las causas de todas las naturalezas hechas y de las cosas naturales, si los pueblos lo llaman Júpiter y lo adoran con tantas contumelias y tan criminales acusaciones, se atan con un sacrilegio más tétrico que si pensaran que no hay ningún dios.

Unde satius esset eis alium aliquem Jovis nomine nuncupare, dignum turpibus et flagitiosis honoribus, supposito vano figmento quod potius blasphemarent (sicut Saturno dicitur suppositus lapis, quem pro filio devoraret), quam istum deum dicere et tonantem et adulterantem, et totum mundum regentem et per tot stupra diffluentem, et naturarum omnium naturaliumque rerum causas summas habentem et suas causas bonas non habentem.

2. Deinde quaero, quem jam locum inter deos huic Jovi tribuant, si Janus est mundus. Deos enim veros animam mundi ac partes ejus iste definivit: ac per hoc quidquid hoc non est, non est utique secundum istos verus deus. Num igitur ita dicturi sunt Jovem animam mundi, ut Janus sit corpus ejus, id est iste visibilis mundus? Hoc si dicunt, non erit quemadmodum Janum deum dicant; quoniam mundi corpus non est deus vel secundum ipsos, sed anima mundi ac partes ejus. Unde apertissime idem dicit, deum se arbitrari esse animam mundi, et hunc ipsum mundum esse deum: sed sicut hominem sapientem, cum sit ex animo et corpore, tamen ex animo dici sapientem; ita mundum deum dici ab animo, cum sit ex animo et corpore. Solum itaque mundi corpus non est deus: sed aut sola anima ejus, aut simul corpus et animus; ita tamen ut non sit a corpore, sed ab animo deus. Si ergo Janus est mundus, et deus est Janus, numquid Jovem ut deus esse possit, aliquam partem Jani esse dicturi sunt? Magis enim Jovi universum solent tribuere: unde est, Jovis omnia plena . Ergo et Jovem, ut deus sit, et maxime rex deorum, non alium possunt existimare quam mundum; ut diis caeteris secundum istos suis partibus regnet. In hanc sententiam etiam quosdam versus Valerii Sorani exponit idem Varro, in eo libro quem seorsum ab istis de cultu deorum scripsit; qui versus hi sunt. Juppiter omnipotens, regum rerumque deûmque Progenitor, genitrixque deûm, deus unus, et omnes. Exponuntur autem in eodem libro, ita ut cum marem existimarent, qui semen emitteret, feminam quae acciperet; Jovemque esse mundum, et eum omnia semina ex se emittere, et in se recipere: Qua causa, inquit, scripsit Soranus, Jupiter progenitor genitrixque: nec minus cum causa unum et omnia idem esse; mundus enim unus, et in eo uno omnia sunt.

Caput X.

An Jani et Jovis recta discretio sit.

Por lo cual les sería más satisfactorio llamar a algún otro con el nombre de Júpiter, digno de honores torpes y flagiciosos, sustituyéndolo por un vano figmento al que más bien blasfemaran (como se dice que a Saturno se le sustituyó por una piedra, la cual devoraría en lugar de su hijo), que decir que este Dios es a la vez tronante y adúltero, y regente de todo el mundo y fluyendo por tantos estupros, y teniendo las causas sumas de todas las naturalezas y cosas naturales y no teniendo sus propias causas buenas.

2. Luego pregunto qué lugar atribuyen ya entre los dioses a este Júpiter, si Jano es el mundo. Pues aquel hombre definió a los dioses verdaderos como el alma del mundo y sus partes; y por esto, lo que no sea esto, no es ciertamente un dios verdadero según ellos. ¿Acaso, por tanto, van a decir que Júpiter es el alma del mundo de tal modo que Jano sea su cuerpo, es decir, este mundo visible? Si dicen esto, no habrá modo de que digan que Jano es dios; puesto que el cuerpo del mundo no es dios ni siquiera según ellos, sino el alma del mundo y sus partes. De donde muy abiertamente dice el mismo que juzga que Dios es el alma del mundo, y que este mismo mundo es Dios; pero que así como el hombre sabio, aunque conste de ánimo y cuerpo, sin embargo se dice sabio por el ánimo; así el mundo se dice Dios por el ánimo, aunque conste de ánimo y cuerpo. Solo el cuerpo del mundo, por tanto, no es dios; sino o solo su alma, o a la vez el cuerpo y el ánimo; de tal modo, sin embargo, que no sea dios por el cuerpo, sino por el ánimo. Si, pues, Jano es el mundo, y Jano es dios, ¿acaso van a decir que Júpiter, para que pueda ser dios, es alguna parte de Jano? Pues a Júpiter suelen atribuirle más bien el universo; de donde es: todas las cosas están llenas de Júpiter. Por tanto, también a Júpiter, para que sea dios, y máxime rey de los dioses, no pueden considerarlo otro que el mundo; para que reine sobre los demás dioses, sus partes según ellos. En esta sentencia también expone el mismo Varrón algunos versos de Valerio Sorano, en aquel libro que escribió aparte de estos sobre el culto de los dioses; cuyos versos son estos: Júpiter omnipotente, progenitor de reyes, de cosas y de dioses, y genitriz de los dioses, dios único y todas las cosas. Se exponen, además, en el mismo libro, de modo que como consideraban macho al que emitía la semilla, hembra a la que la recibía; y que Júpiter es el mundo, y que él emite todas las semillas de sí, y las recibe en sí: "Por cuya causa", dice, "escribió Sorano: Júpiter progenitor y genitriz; y no menos con causa que es uno y todas las cosas; pues el mundo es uno, y en ese uno están todas las cosas".

Capítulo X.

Si es recta la discreción entre Jano y Júpiter.

Cum ergo et Janus mundus sit, et Jupiter mundus sit, unusque sit mundus, quare duo dii sunt, Janus et Jupiter? quare seorsus habent templa, seorsus aras, diversa sacra, dissimilia simulacra? Si propterea quod alia vis est primordiorum, alia causarum, et illa Jani, illa Jovis nomen accepit; numquid si unus homo in diversis rebus duas habeat potestates aut duas artes, quia singularum diversa vis est, ideo duo judices aut duo dicuntur artifices? Sic ergo et unus Deus, cum ipse habeat potestatem primordiorum, ipse causarum, num propterea illum duos deos esse necesse est putari, quia primordia causaeque res duae sunt? Quod si hoc justum putant, etiam ipsum Jovem tot deos esse dicant, quotquot ei cognomina propter multas potestates dederunt: quoniam res omnes, ex quibus illa cognomina sunt adhibita, multae atque diversae sunt; ex quibus pauca commemoro.

Caput XI.

De cognominibus Jovis, quae non ad multos deos, sed ad unum eumdemque referuntur.

Dixerunt eum Victorem, Invictum, Opitulum, Impulsorem, Statorem, Centumpedam, Supinalem, Tigillum, Almum, , Ruminum, et alia quae persequi longum est . Haec autem cognomina imposuerunt uni deo propter causas potestatesque diversas, non tamen propter tot res etiam tot deos cum esse coegerunt: quod omnia vinceret, quod a nemine vinceretur, quod opem indigentibus ferret, quod haberet impellendi, statuendi, stabiliendi, resupinandi potestatem, quod tanquam tigillus mundum contineret ac sustineret, quod aleret omnia, quod ruma, id est mamma, aleret animalia. In his, ut advertimus, quaedam magna sunt, quaedam exigua; et tamen unus utraque facere perhibetur. Puto inter se propinquiora esse causas rerum atque primordia, propter quas res unum mundum duos deos esse voluerunt, Jovem atque Janum, quam continere mundum et mammam dare animalibus: nec tamen propter haec duo opera tam longe inter se vi et dignitate diversa, duo dii esse compulsi sunt; sed unus Jupiter, propter illud Tigillus, propter illud Ruminus appellatus est. Nolo dicere, quod animalibus mammam praebere sugentibus magis Junonem potuit decere, quam Jovem: praesertim cum esset etiam diva Rumina, quae in hoc opus adjutorium illi famulatumve praeberet. Cogito enim posse responderi, et ipsam Junonem nihil aliud esse quam Jovem, secundum illos Valerii Sorani versus, ubi dictum est: Juppiter omnipotens, regum rerumque deûmque Progenitor, genitrixque deûm. Quare ergo dictus est et Ruminus, cum diligentius fortasse quaerentibus ipse inveniatur esse etiam illa diva Rumina.

Puesto que, por tanto, tanto Jano es el mundo como Júpiter es el mundo, y el mundo es uno, ¿por qué son dos dioses, Jano y Júpiter? ¿por qué tienen templos aparte, aras aparte, diversos sacrificios, simulacros disímiles? Si por esto de que una es la fuerza de los primordios, otra la de las causas, y aquella tomó el nombre de Jano, esta el de Júpiter; ¿acaso si un solo hombre en diversas cosas tuviera dos potestades o dos artes, porque la fuerza de cada una es diversa, por eso se dirían dos jueces o dos artífices? Así, pues, también un solo Dios, teniendo Él mismo la potestad de los primordios y Él mismo la de las causas, ¿acaso por eso es necesario que se piense que es dos dioses, porque los primordios y las causas son dos cosas? Que si juzgan esto justo, digan también que el mismo Júpiter es tantos dioses cuantos sobrenombres le dieron por sus muchas potestades; puesto que todas las cosas por las cuales se aplicaron aquellos sobrenombres son muchas y diversas; de las cuales conmemoro unas pocas.

Capítulo XI.

De los sobrenombres de Júpiter, los cuales no se refieren a muchos dioses, sino a uno mismo.

Lo llamaron Víctor, Invicto, Opitulo, Impulsor, Estator, Centumpeda, Supinal, Tigilo, Almo, Rumino, y otros que es largo enumerar. Estos sobrenombres se los impusieron a un solo dios por diversas causas y potestades, pero no por eso obligaron a que por tantas cosas hubiera también tantos dioses: porque lo vencía todo, porque por nadie era vencido, porque prestaba auxilio a los indigentes, porque tenía la potestad de impulsar, de establecer, de estabilizar, de resupinar, porque como un tirante (tigillus) contenía y sustentaba el mundo, porque lo alimentaba todo, porque con la ruma, es decir, la teta, alimentaba a los animales. En estos, como advertimos, unos son grandes, otros pequeños; y sin embargo se afirma que uno solo hace ambas cosas. Pienso que están más cerca entre sí las causas de las cosas y los primordios, por las cuales cosas quisieron que un solo mundo fuera dos dioses, Júpiter y Jano, que contener el mundo y dar la teta a los animales; y sin embargo, por estas dos obras tan alejadas entre sí por su fuerza y dignidad, no se vieron obligados a que fueran dos dioses, sino que uno solo es Júpiter, llamado Tigilo por aquello, y Rumino por esto otro. No quiero decir que el ofrecer la teta a los animales lactantes podía convenir más a Juno que a Júpiter, especialmente cuando existía también la diosa Rumina, que le prestara ayuda o servicio en esta tarea. Pues pienso que puede responderse que la misma Juno no es otra cosa que Júpiter, según aquellos versos de Valerio Sorano donde se dijo: Júpiter omnipotente, progenitor de reyes, de cosas y de dioses, y genitriz de los dioses. ¿Por qué, pues, fue llamado también Rumino, cuando para los que buscan más diligentemente tal vez se halle que él mismo es incluso aquella diosa Rumina?

Si enim majestate deorum recte videbatur indignum, ut in una spica alter ad curam geniculi, altera ad folliculi pertineret; quanto est indignius unam rem infimam, id est ut mammis alantur animalia, duorum deorum potestate curari, quorum sit unus Jupiter, rex ipse cunctorum; et hoc agat non saltem cum conjuge sua, sed cum ignobili nescio qua Rumina, nisi quia ipse est etiam ipsa Rumina ; Ruminus fortasse pro sugentibus maribus, Rumina pro feminis? Dicerem quippe noluisse illos Jovi femininum nomen imponere, nisi et in illis versibus Progenitor genitrixque diceretur; et inter alia ejus cognomina legerem, quod etiam Pecunia vocaretur, quam deam inter illos minuscularios invenimus, et in quarto libro commemoravimus (cap. 21). Sed cum et mares et feminae habeant pecuniam, cur non et Pecunia et Pecunius appellatus sit, sicut Rumina et Ruminus, ipsi viderint.

Caput XII.

Quod Jupiter etiam Pecunia nuncupetur.

Quam vero eleganter rationem hujus nominis reddiderunt! Et Pecunia, inquiunt, vocatur, quod ejus sunt omnia . O magnam rationem divini nominis! Imo vero ille, cujus sunt omnia, vilissime et contumeliosissime Pecunia nuncupatur. Ad omnia enim, quae coelo et terra continentur, quid est pecunia in omnibus omnino rebus, quae ab hominibus nomine pecuniae possidentur? Sed nimirum hoc avaritia Jovi nomen imposuit, ut quisquis amat pecuniam, non quemlibet deum, sed ipsum regem omnium sibi amare videatur. Longe autem aliud esset, si divitiae vocaretur: aliud namque sunt divitiae, aliud pecunia. Nam dicimus divites, sapientes, justos, bonos, quibus pecunia vel nulla, vel parva est; magis enim sunt virtutibus divites, per quas eis etiam in ipsis corporalium rerum necessitatibus sat est quod adest: pauperes vero avaros, semper inhiantes et egentes; quamlibet enim magnas pecunias habere possunt, sed in earum quantacumque abundantia non egere non possunt. Et Deum ipsum verum recte dicimus divitem, non tamen pecunia, sed omnipotentia. Dicuntur itaque et divites pecuniosi; sed interius egeni, si cupidi. Item dicuntur pauperes pecunia carentes; sed interius divites, si sapientes. Qualis ergo ista theologia debet esse sapienti, ubi rex deorum ejus rei nomen accepit, quam nemo sapiens concupivit ? Quanto enim facilius, si aliquid hac doctrina quod ad vitam pertineret aeternam salubriter disceretur, deus mundi rector non ab eis pecunia, sed sapientia vocaretur, cujus amor purgat a sordibus avaritiae, hoc est ab amore pecuniae?

Pues si con razón parecía indigno de la majestad de los dioses que en una sola espiga uno perteneciera al cuidado del nudo y otra al del folículo, ¡cuánto más indigno es que una sola cosa ínfima, a saber, que los animales se alimenten de las tetas, sea cuidada por la potestad de dos dioses, de los cuales uno sea Júpiter, el rey mismo de todos, y que haga esto no al menos con su cónyuge, sino con una innoble no sé qué Rumina, a no ser porque él mismo es también esa misma Rumina; ¿Rumino tal vez para los machos lactantes, Rumina para las hembras? Diría ciertamente que no quisieron imponerle a Júpiter un nombre femenino, si no se dijera en aquellos versos progenitor y genitriz; y entre otros sobrenombres suyos leyera que también era llamado Pecunia, a la cual diosa encontramos entre aquellos pequeños recaudadores y conmemoramos en el cuarto libro (cap. 21). Pero como tanto los machos como las hembras tienen dinero, por qué no fue llamado tanto Pecunia como Pecunio, al igual que Rumina y Rumino, ellos lo vean.

Capítulo XII.

Que Júpiter también es llamado Pecunia.

¡Cuán elegantemente, por cierto, dieron la razón de este nombre! "Y Pecunia", dicen, "es llamado porque suyas son todas las cosas". ¡Oh gran razón de un nombre divino! Más bien, Aquel de quien son todas las cosas es llamado de modo vilísimo y contumeliosísimo Pecunia. Pues ante todas las cosas que se contienen en el cielo y en la tierra, ¿qué es el dinero entre todas las cosas que son poseídas por los hombres bajo el nombre de dinero? Pero sin duda la avaricia impuso este nombre a Júpiter, para que quienquiera que ame el dinero no le parezca que ama a un dios cualquiera, sino al mismo rey de todos. Pero muy otra cosa sería si fuera llamado riquezas; pues una cosa son las riquezas y otra el dinero. Pues llamamos ricos a los sabios, a los justos, a los buenos, que tienen poco o ningún dinero; pues son más ricos en virtudes, por las cuales incluso en las mismas necesidades de las cosas corporales les basta lo que tienen; pobres, en cambio, a los avaros, siempre boquiabiertos e indigentes; pues por mucho dinero que puedan tener, en cualquier abundancia del mismo no pueden no estar necesitados. Y al mismo Dios verdadero lo llamamos rectamente rico, pero no por el dinero, sino por la omnipotencia. Se dice también que los ricos son pecuniosi [adinerados]; pero interiormente son indigentes si son codiciosos. Igualmente se dice que son pobres los que carecen de dinero; pero interiormente son ricos si son sabios. ¿De qué clase, pues, debe ser esta teología para un sabio, donde el rey de los dioses tomó el nombre de aquella cosa que ningún sabio deseó? Pues cuánto más fácilmente, si en esta doctrina se aprendiera saludablemente algo que perteneciera a la vida eterna, el dios rector del mundo no sería llamado por ellos pecunia, sino sabiduría, cuyo amor purifica de las suciedades de la avaricia, esto es, del amor al dinero.

Caput XIII.

Ob quam causam cultores Saturni et Genii unum Jovem esse doceantur.

Sed quid de hoc Jove plura, ad quem fortasse caeteri referendi sunt, ut inanis remaneat deorum opinio plurimorum, cum hic ipse sit omnes ; sive quando partes ejus vel potestates existimantur, sive cum vis animae, quam putant per cuncta diffusam, ex partibus molis hujus, in quas visibilis mundus iste consurgit, et multiplici administratione naturae, quasi plurium deornm nomina accepit? Quid est enim et Saturnus? Unus, inquit, de principibus deus, penes quem sationum omnium dominatus est. Nonne expositio versuum illorum Valerii Sorani sic se habet, Jovem esse mundum, et eum omnia semina ex se emittere, et in se recipere? Ipse est igitur penes quem sationum omnium dominatus est. Quid est Genius? Deus, inquit, qui praepositus est ac vim habet omnium rerum gignendarum. Quem alium hanc vim habere credunt, quam mundum, cui dictum est, Jupiter progenitor genitrixque? Et cum alio loco Genium dicit esse uniuscujusque animum rationalem, et ideo esse singulos singulorum, talem autem mundi animum deum esse; ad hoc idem utique revocat, ut tanquam universalis genius ipse mundi animus esse credatur. Hic est igitur quem appellant Jovem. Nam si omnis genius deus, et omnis viri animus genius, sequitur ut sit omnis viri animus deus: quod si et ipsos abhorrere absurditas ipsa compellit, restat ut eum singulariter et excellenter dicant deum genium, quem dicunt mundi animum, ac per hoc Jovem.

Caput XIV.

De Mercurii et Martis officiis.

Mercurium vero et Martem quomodo referrent ad aliquas partes mundi et opera Dei, quae sunt in elementis, non invenerunt; et ideo eos saltem operibus hominum praeposuerunt, sermocinandi et belligerandi administros . Quorum Mercurius si sermonis etiam deorum potestatem gerit, ipsi quoque regi deorum dominatur, si secundum ejus arbitrium Jupiter loquitur, aut loquendi ab illo accepit facultatem: quod utique absurdum est. Si autem illi humani tantum sermonis postestas tributa perhibetur, non est credibile ad lactandos mamma, non solum pueros, sed etiam pecora, unde Ruminus cognominatus est, Jovem descendere voluisse, et curam nostri sermonis, quo pecoribus antecellimus, ad se pertinere noluisse: ac per hoc idem ipse est Jovis atque Mercurius.

Capítulo XIII.

Que mientras se expone qué es Saturno, o qué es el Genio, se enseña que ambos son un solo Júpiter.

Pero ¿por qué más sobre este Júpiter, al cual tal vez han de referirse los demás, para que quede vacía la opinión de muchísimos dioses, siendo él mismo todos ellos; ya sea cuando se consideran partes suyas o sus potestades, o cuando la fuerza del alma, que piensan difundida por todas las cosas, por las partes de esta masa en que este mundo visible se levanta, y por la múltiple administración de la naturaleza, tomó como los nombres de muchos dioses? Pues ¿qué es también Saturno? "Uno", dice, "de los dioses principales, en cuyo poder está el dominio de todas las siembras". ¿No se tiene así la exposición de aquellos versos de Valerio Sorano, que Júpiter es el mundo, y que él emite de sí todas las semillas y las recibe en sí? Él es, por tanto, en cuyo poder está el dominio de todas las siembras. ¿Qué es el Genio? "El dios", dice, "que está puesto al frente y tiene la fuerza de todas las cosas que han de engendrarse". ¿A quién otro creen que tiene esta fuerza sino al mundo, al cual se dijo: Júpiter progenitor y genitriz? Y cuando en otro lugar dice que el Genio es el ánimo racional de cada uno, y por eso que hay cada uno para cada cual, pero que tal ánimo del mundo es Dios; ciertamente lo revoca a esto mismo, para que se crea que el mismo ánimo del mundo es como el genio universal. Este es, por tanto, al que llaman Júpiter. Pues si todo genio es dios, y el ánimo de todo hombre es genio, se sigue que el ánimo de todo hombre es dios: lo cual, si incluso la misma absurdidad los obliga a aborrecerlo, resta que llamen dios genio singular y excelentemente a aquel que llaman ánimo del mundo, y por esto Júpiter.

Capítulo XIV.

De los oficios de Mercurio y de Marte.

En cambio, cómo referirían a Mercurio y a Marte a algunas partes del mundo y obras de Dios que están en los elementos, no lo encontraron; y por eso los pusieron al frente al menos de las obras de los hombres, como administradores del conversar y del guerrear. De los cuales, si Mercurio ostenta también la potestad del habla de los dioses, domina también al mismo rey de los dioses, si Júpiter habla según su arbitrio o recibió de él la facultad de hablar; lo cual ciertamente es absurdo. Pero si se afirma que se le atribuye la potestad de solo el habla humana, no es creíble que Júpiter haya querido descender a amamantar con la teta no solo a niños, sino incluso a ganados, de donde fue llamado Rumino, y no haya querido que perteneciera a él el cuidado de nuestra habla, por la que aventajamos a los ganados; y por esto, el mismo es Júpiter y Mercurio.

Quod si sermo ipse dicitur esse Mercurius, sicut ea quae de illo interpretantur, ostendunt: (nam ideo Mercurius, quasi medius currens dicitur appellatus, quod sermo currat inter homines medius ; ideo Ἑρμῆς graece, quod sermo vel interpretatio, quae utique ad sermonem pertinet, ἑρμηνεία dicitur; ideo et mercibus praeesse, quia inter vendentes et ementes sermo fit medius; alas ejus in capite et pedibus significare volucrem ferri per aera sermonem; nuntium dictum, quoniam per sermonem omnia cogitata enuntiantur): si ergo Mercurius ipse sermo est, etiam ipsis confitentibus, deus non est. Sed cum sibi deos faciunt eos, qui nec daemones sunt, immundis supplicando spiritibus, possidentur ab eis qui non dii, sed daemones sunt. Item quia nec Marti aliquod elementum vel partem mundi invenire potuerunt, ubi ageret opera qualiacumque naturae, deum belli esse dixerunt, quod opus est hominum, et optabile eis non est. Si ergo pacem perpetuam Felicitas daret, Mars quid ageret non haberet. Si autem ipsum bellum est Mars, sicut sermo Mercurius; utinam quam manifestum est quod non sit deus, tam non sit et bellum quod vel falso vocetur deus.

Caput XV.

De stellis quibusdam, quas Pagani deorum suorum nominibus nuncuparunt.

Nisi forte illae stellae sunt hi dii, quas eorum appellavere nominibus: nam stellam quamdam vocant Mercurium, quamdam itidem Martem. Sed ibi est et illa quam vocant Jovem; et tamen eis mundus est Jovis: ibi quam vocant Saturnum; et tamen ei praeterea dant non parvam substantiam, omnium videlicet seminum: ibi est et illa omnium clarissima, quae ab eis appellatur Venus; et tamen eamdem Venerem esse etiam Lunam volunt: quamvis de illo fulgentissimo sidere apud eos tanquam de malo aureo Juno Venusque contendant. Luciferum enim quidam Veneris, quidam dicunt esse Junonis: sed, ut solet, Venus vincit. Nam multo plures eam stellam Veneri tribuunt, ita ut vix eorum quisquam reperiatur, qui aliud opinetur. Quis autem non rideat, cum regem omnium Jovem dicant, quod stella ejus ab stella Veneris tanta vincitur claritate? tanto enim esse debuit caeteris illa fulgentior, quanto est ipse potentior. Respondent ideo sic videri, quia illa quae putatur obscurior, superior est atque a terris longe remotior. Si ergo superiorem locum major dignitas meruit, quare Saturnus ibi est Jove superior?

Que si el habla misma se dice que es Mercurio, como muestran las cosas que sobre él interpretan: (pues por eso se dice llamado Mercurio, como corriendo en medio (medius currens), porque el habla corre en medio entre los hombres; por eso Hermes en griego, porque el habla o la interpretación, que ciertamente pertenece al habla, se llama hermeneia; por eso también preside las mercancías, porque entre vendedores y compradores el habla se hace mediadora; sus alas en la cabeza y en los pies significan que el habla se lleva por el aire como algo alado; llamado nuncio, puesto que por el habla se enuncian todos los pensamientos): si, pues, Mercurio es el habla misma, incluso por confesión de ellos, no es dios. Pero cuando se hacen dioses a aquellos que ni siquiera son demonios, suplicando a espíritus inmundos, son poseídos por aquellos que no son dioses, sino demonios. Igualmente, porque ni para Marte pudieron encontrar algún elemento o parte del mundo donde hiciera obras cualesquiera de la naturaleza, dijeron que es el dios de la guerra, la cual es obra de los hombres, y no deseable para ellos. Si, pues, la Felicidad diera paz perpetua, Marte no tendría qué hacer. Pero si la guerra misma es Marte, como el habla Mercurio; ojalá que así como es manifiesto que no es dios, así no fuera la guerra lo que incluso falsamente se llama dios.

Capítulo XV.

De ciertas estrellas, a las que los paganos llamaron con los nombres de sus dioses.

A menos que por ventura esas estrellas sean estos dioses, a las que llamaron con sus nombres: pues llaman a cierta estrella Mercurio, e igualmente a cierta otra Marte. Pero allí está también aquella que llaman Júpiter; y sin embargo para ellos el mundo es de Júpiter: allí la que llaman Saturno; y sin embargo además le dan una no pequeña sustancia, a saber, la de todas las semillas: allí está también aquella la más clara de todas, que es llamada por ellos Venus; y sin embargo quieren que la misma Venus sea también la Luna: aunque sobre aquel brillantísimo astro Juno y Venus contienden entre ellos como si fuera por una manzana de oro. Pues algunos dicen que el lucero del alba (Lucifer) es de Venus, otros dicen que es de Juno: pero, como suele suceder, Venus vence. Pues muchos más atribuyen esa estrella a Venus, de modo que apenas se encuentra alguno de ellos que opine de otro modo. ¿Pero quién no se reiría, cuando dicen que Júpiter es el rey de todos, porque su estrella es vencida por la estrella de Venus por tan gran claridad? Pues tanto más refulgente que las demás debió ser aquella, cuanto él mismo es más poderoso. Responden que por eso se ve así, porque aquella que se piensa más oscura es superior y está mucho más remota de las tierras. Si, pues, un lugar superior mereció una mayor dignidad, ¿por qué Saturno es allí superior a Júpiter?

an vanitas fabulae, quae regem Jovem facit, non potuit usque ad sidera pervenire; et quod non valuit Saturnus in regno suo, neque in Capitolio, saltem est permissus obtinere in coelo? Quare autem Janus non accepit aliquam stellam? Si propterea quia mundus est, et omnes in illo sunt; et Jovis mundus est, et habet tamen. An iste causam suam composuit ut potuit, et pro una stella quam non habet inter sidera, tot facies accepit in terra? Deinde si propter solas stellas Mercurium et Martem partes mundi putant, ut eos deos habere possint, quia utique sermo et bellum non sunt partes mundi, sed actus hominum; cur Arieti et Tauro et Cancro et Scorpioni caeterisque hujusmodi, quae coelestia signa numerant, et stellis non singulis, sed singula pluribus constant, superiusque istis in summo coelo perhibent collocata, ubi constantior motus inerrabilem meatum sideribus praebet, nullas aras, nulla sacra, nulla templa fecerunt; nec deos, non dico inter hos selectos, sed ne inter illos quidem quasi plebeios habuerunt?

Caput XVI.

De Apolline et Diana caeterisque selectis diis, quos partes mundi esse voluerunt.

Apollinem quamvis divinatorem et medicum velint, tamen ut in aliqua parte mundi statuerent, ipsum etiam solem esse dixerunt; Dianamque germanam ejus similiter lunam et viarum praesidem. Unde et virginem volunt, quod via nihil pariat: et ideo ambos sagittas habere, quod ipsa duo sidera de coelo radios terras usque pertendant. Vulcanum volunt ignem mundi, Neptunum aquas mundi, Ditem patrem, hoc est Orcum, terrenam et infimam partem mundi. Liberum et Cererem praeponunt seminibus, vel illum masculinis, illam femininis; vel illum liquori, illam vero ariditati seminum. Et hoc utique totum refertur ad mundum, id est ad Jovem, qui propterea dictus est Progenitor genitrixque, quod omnia semina ex se emitteret, et in se reciperet. Quandoquidem etiam Matrem magnam eamdem Cererem volunt, quam nihil aliud dicunt esse quam terram, eamque perhibent et Junonem. Et ideo ei secundas causas rerum tribuunt: cum tamen Jovi sit dictum, Progenitor genitrixque deûm: quia secundum eos totus ipse mundus est Jovis. Minervam etiam, quia eam humanis artibus praeposuerunt, nec invenerunt vel stellam ubi eam ponerent, eamdem vel summum aethera vel etiam lunam esse dixerunt.

¿Acaso la vanidad de la fábula, que hace a Júpiter rey, no pudo llegar hasta los astros; y lo que no pudo valer Saturno en su propio reino, ni en el Capitolio, al menos se le permitió obtener en el cielo? ¿Pero por qué Jano no recibió alguna estrella? Si por eso porque él es el mundo, y todos están en él; también de Júpiter es el mundo, y sin embargo tiene una. ¿O compuso este su causa como pudo, y por una estrella que no tiene entre los astros, recibió tantos rostros en la tierra? Luego si solo por causa de las estrellas piensan que Mercurio y Marte son partes del mundo, para que puedan tenerlos por dioses, porque ciertamente el habla y la guerra no son partes del mundo, sino actos de los hombres; ¿por qué a Aries y Tauro y Cáncer y Escorpio y los demás de este tipo, que cuentan como signos celestiales, y constan no de estrellas individuales, sino cada uno de muchas, y afirman que están colocados por encima de estos en lo más alto del cielo, donde un movimiento más constante ofrece un curso inerrante a los astros, no les hicieron ningunos altares, ningunos ritos sagrados, ningunos templos; ni los tuvieron por dioses, no digo entre estos selectos, sino ni siquiera entre aquellos como si fueran plebeyos?

Capítulo XVI.

De Apolo y Diana y los demás dioses selectos, que quisieron que fuesen partes del mundo.

Aunque quieran que Apolo sea adivino y médico, sin embargo, para situarlo en alguna parte del mundo, dijeron que él mismo es también el sol; e igualmente su hermana Diana que es la luna y la que preside los caminos. Por lo cual también quieren que sea virgen, porque el camino nada pare: y por eso ambos tienen flechas, porque esos dos astros extienden sus rayos desde el cielo hasta las tierras. Quieren que Vulcano sea el fuego del mundo, Neptuno las aguas del mundo, el padre Dis, esto es, Orco, la parte terrena e ínfima del mundo. Ponen al frente de las semillas a Líber y a Ceres, o bien a aquel de las masculinas, a ella de las femeninas; o bien a aquel del líquido, pero a ella de la aridez de las semillas. And todo esto ciertamente se refiere al mundo, esto es, a Júpiter, que por eso fue llamado "Progenitor y genitriz", porque de sí emitiría todas las semillas y en sí las recibiría. Puesto que incluso quieren que la Gran Madre sea la misma Ceres, de la que dicen que no es otra cosa sino la tierra, y afirman que ella es también Juno. Y por eso le atribuyen las causas secundas de las cosas: cuando sin embargo se le dijo a Júpiter: "Progenitor y genitriz de los dioses": porque según ellos todo el mundo mismo es de Júpiter. A Minerva también, porque la pusieron al frente de las artes humanas, y no encontraron ni siquiera una estrella donde ponerla, dijeron que es o bien el éter supremo o bien incluso la luna.

Vestam quoque ipsam propterea dearum maximam putaverunt, quod ipsa sit terra; quamvis ignem mundi leviorem qui pertinet ad usus hominum faciles, non violentiorem qualis Vulcani est, ei deputandum esse crediderunt. Ac per hoc omnes istos selectos deos hunc esse mundum volunt, in quibusdam universum, in quibusdam partes ejus: universum sicut Jovem; partes ejus, ut Genium, ut Matrem magnam, ut Solem et Lunam, vel potius Apollinem et Dianam. Et aliquando unum deum res plures, aliquando unam rem deos plures faciunt. Nam unus deus res plures sunt, sicut ipse Jupiter: et mundus enim totus Jupiter, et solum coelum Jupiter, et sola stella Jupiter habetur et dicitur. Itemque Juno secundarum causarum domina, et Juno aer, et Juno terra, et si Venerem vinceret, Juno stella. Similiter Minerva summus aether, et Minerva itidem luna, quam esse in aetheris infimo limite existimant. Unam vero rem deos plures ita faciunt. Et Janus est mundus, et Jupiter: sic et Juno est terra, et Mater magna, et Ceres.

Caput XVII.

Quod etiam ipse Varro opiniones suas de diis pronuntiarit ambiguas.

Et sicut haec, quae exempli gratia commemoravi, ita caetera non explicant, sed potius implicant; sicut impetus errabundae opinionis impulerit, ita huc atque illuc, hinc atque illinc insiliunt et resiliunt: ut ipse Varro de omnibus dubitare, quam aliquid affirmare maluerit. Nam trium extremorum primum cum de diis certis absolvisset librum, in altero de diis incertis dicere ingressus, ait: Cum in hoc libello dubias de diis opiniones posuero, reprehendi non debeo. Qui enim putabit judicari oportere et posse, cum audierit, faciet ipse: ego citius perduci possum, ut in primo libro quae dixi in dubitationem revocem, quam in hoc quae perscribam omnia ut ad aliquam dirigam summam. Ita non solum istum de diis incertis, sed etiam illum de certis fecit incertum. In tertio porro isto de diis selectis, posteaquam praelocutus est quod ex naturali theologia praeloquendum putavit, ingressurus hujus civilis theologiae vanitates et insanias mendaces, ubi eum non solum non ducebat rerum veritas, sed etiam majorum premebat auctoritas: De diis, inquit, populi Romani publicis, quibus aedes dedicaverunt, eosque pluribus signis ornatos notaverunt, in hoc libro scribam; sed, ut Xenophanes Colophonius scribit, quid putem, non quid contendam, ponam. Hominis est enim haec opinari, Dei scire. Rerum igitur non comprehensarum, nec firmissime creditarum, sed opinatarum et dubitandarum sermonem trepidus pollicetur, dicturus ea quae ab hominibus instituta sunt.

A Vesta también por eso la pensaron la mayor de las diosas, porque ella es la tierra; aunque creyeron que se le debía asignar el fuego del mundo más leve, que pertenece a los usos fáciles de los hombres, no el más violento cual es el de Vulcano. Y por esto quieren que todos estos dioses selectos sean este mundo, en unos el universo, en otros partes de él: el universo como Júpiter; partes de él, como el Genio, como la Gran Madre, como el Sol y la Luna, o mejor dicho Apolo y Diana. Y a veces hacen de un solo dios varias cosas, a veces de una sola cosa varios dioses. Pues un solo dios son varias cosas, como el mismo Júpiter: pues todo el mundo es Júpiter, y solo el cielo es tenido y llamado Júpiter, y solo la estrella es tenida y llamada Júpiter. E igualmente Juno es señora de las causas secundas, y Juno es aire, y Juno es tierra, y si venciera a Venus, Juno sería estrella. Del mismo modo Minerva es el éter supremo, y Minerva igualmente la luna, la cual piensan que está en el límite ínfimo del éter. En cambio, de una sola cosa hacen varios dioses de esta manera. Tanto Jano es el mundo, como Júpiter: así también Juno es la tierra, y la Gran Madre, y Ceres.

Capítulo XVII.

Que incluso el mismo Varrón declaró ambiguas sus opiniones sobre los dioses.

Y así como estas cosas, que he recordado a modo de ejemplo, así no explican las demás, sino que más bien las complican; según los ha impulsado el ímpetu de una opinión errada, así saltan hacia aquí y hacia allá, de un lado y de otro, y retroceden: de modo que el mismo Varrón prefirió dudar de todo antes que afirmar algo. Pues habiendo concluido el primero de los tres últimos libros sobre los dioses ciertos, habiendo comenzado en el segundo a hablar de los dioses inciertos, dice: "Cuando en este librito ponga opiniones dudosas sobre los dioses, no debo ser reprendido." Pues quien piense que se debe y se puede juzgar, cuando lo oiga, lo hará él mismo: yo puedo ser llevado más pronto a poner en duda lo que dije en el primer libro, que en este a describir todas las cosas de modo que las dirija a alguna suma". Así hizo incierto no solo aquel sobre los dioses inciertos, sino incluso aquel sobre los ciertos. Además en este tercero sobre los dioses selectos, después de haber prefacuado lo que pensó que debía prefacuarse de la teología natural, disponiéndose a entrar en las vanidades e insanias mentirosas de esta teología civil, donde no solo no lo guiaba la verdad de las cosas, sino que también le oprimía la autoridad de los mayores: "Sobre los dioses públicos del pueblo romano", dice, "a los que dedicaron templos y los señalaron adornados con muchos signos, escribiré en este libro; pero, como escribe Jenófanes de Colofón, pondré lo que pienso, no lo que sostengo con porfía." Pues es propio del hombre opinar estas cosas, de Dios el saberlas". Promete, pues, tembloroso, un discurso de cosas no comprendidas, ni creídas con toda firmeza, sino opinadas y puestas en duda, disponiéndose a decir aquellas cosas que han sido instituidas por los hombres.

Neque enim, sicut sciebat esse mundum, esse coelum et terram, coelum sideribus fulgidum, terram seminibus fertilem, atque hujusmodi caetera, sicut hanc totam molem atque naturam vi quadam invisibili ac praepotenti regi atque administrari certa animi stabilitate credebat; ita poterat affirmare de Jano, quod mundus ipse esset; aut de Saturno invenire, quomodo et Jovis pater esset et Jovi regnanti subditus factus esset, et caetera talia.

Caput XVIII.

Quae credibilior causa sit, qua error Paganitatis inoleverit.

De quibus credibilior redditur ratio, cum perhibentur homines fuisse, et unicuique eorum ab his qui eos adulando deos esse voluerunt, ex ejus ingenio, moribus, actibus, casibus, sacra et solemnia constituta, atque haec paulatim per animas hominum daemonibus similes et ludicrarum rerum avidas irrependo, longe lateque vulgata, ornantibus ea mendaciis poetarum, et ad ea fallacibus spiritibus seducentibus. Facilius enim fieri potuit, ut juvenis impius vel ab impio patre interfici metuens et avidus regni patrem pelleret regno, quam id, quod iste interpretatur, ideo Saturnum patrem a Jove filio superatum, quod ante est causa quae pertinet ad Jovem, quam semen quod pertinet ad Saturnum. Si enim hoc ita esset, nunquam Saturnus prior fuisset, nec pater Jovis esset. Semper enim semen causa praecedit, nec unquam generatur ex semine. Sed cum conantur vanissimas fabulas sive hominum res gestas velut naturalibus interpretationibus honorare, etiam homines acutissimi tantas patiuntur angustias, ut eorum quoque vanitatem dolere cogamur.

Caput XIX.

De interpretationibus, quibus colendi Saturni ratio concinnatur.

Saturnum, inquit, dixerunt, quae nata ex eo essent, solitum devorare; quod eo semina, unde nascerentur, redirent. Et quod illi pro Jove gleba objecta est devoranda, significat, inquit, manibus humanis obrui coeptas serendo fruges, antequam utilitas arandi esset inventa. Saturnus ergo dici debuit ipsa terra, non semina: ipsa enim quodammodo devorat quae genuerit, cum ex ea nata semina in eam rursus recipienda redierint. Et quod pro Jove accepisse dicitur glebam, quid hoc ad id valet, quod manibus hominum semen gleba coopertum est?

Pues ni de la misma manera que sabía que existía el mundo, que existía el cielo y la tierra, el cielo fúlgido de astros, la tierra fértil de semillas, y las demás cosas de este tipo, así como creía con cierta estabilidad de ánimo que toda esta mole y naturaleza es regida y administrada por cierta fuerza invisible y poderosísima; así no podía afirmar de Jano que fuese el mundo mismo; ni encontrar sobre Saturno cómo era a la vez padre de Júpiter y había sido sometido a Júpiter reinante, y otras cosas tales.

Capítulo XVIII.

Cuál sea la causa más creíble por la que se ha arraigado el error del paganismo.

De las cuales cosas se da una razón más creíble cuando se afirma que fueron hombres, y que a cada uno de ellos, por parte de quienes adulándolos quisieron que fuesen dioses, se les constituyeron ritos y solemnidades según su ingenio, costumbres, actos y azares, y que estas cosas, deslizándose poco a poco por las almas de hombres semejantes a los demonios y ávidos de cosas lúdicas, se divulgaron a lo largo y a lo ancho, adornándolas las mentiras de los poetas y seduciéndolos hacia ellas los espíritus falaces. Pues más fácilmente pudo suceder que un joven impío, o bien temiendo ser muerto por un padre impío y ávido del reino, expulsara a su padre del reino, que aquello que este interpreta: que Saturno el padre fue por eso vencido por Júpiter su hijo, porque antes es la causa que pertenece a Júpiter, que la semilla que pertenece a Saturno. Pues si esto fuera así, nunca Saturno hubiera sido anterior, ni sería el padre de Júpiter. Pues siempre la causa precede a la semilla, ni nunca es generada de la semilla. Pero cuando intentan honrar fábulas vanísimas o las gestas de los hombres como con interpretaciones naturales, incluso los hombres más agudos sufren tales estrecheces, que nos vemos obligados a dolernos también de su vanidad.

Capítulo XIX.

De las interpretaciones con que se dispone la razón de dar culto a Saturno.

Dijeron, dice él, que Saturno solía devorar lo que nacía de él; porque las semillas volvían allá de donde nacían. And que se le arrojó un terrón (gleba) para ser devorado en lugar de Júpiter significa, dice, que los frutos comenzados por manos humanas empezaron a ser cubiertos al sembrar, antes de que se inventara la utilidad del arado. Saturno, pues, debió ser llamado la tierra misma, no las semillas: pues ella misma de algún modo devora lo que ha engendrado, cuando las semillas nacidas de ella vuelven a ella de nuevo para ser recibidas. Y en cuanto a lo que se dice de que recibió un terrón en lugar de Júpiter, ¿qué vale esto para aquello de que la semilla fue cubierta por las manos de los hombres con un terrón?

Numquid ideo non est, ut caetera, devoratum, quod gleba coopertum est? Ita enim hoc dictum est, quasi qui glebam opposuit, semen abstulerit, sicut Saturno perhibent oblata gleba ablatum Jovem; ac non potius gleba semen operiendo fecerit illud diligentius devorari. Deinde isto modo semen est Jupiter, non seminis causa, quod paulo ante dicebatur. Sed quid faciant homines, qui cum res stultas interpretantur, non inveniunt quid sapienter dicatur? Falcem habet, inquit, propter agriculturam. Certe illo regnante nondum erat agricultura, et ideo priora ejus tempora perhibentur, sicut idem ipse fabellas interpretatur, quia primi homines ex his vivebant seminibus, quae terra sponte gignebat. An falcem sceptro perdito accepit, ut, qui primis temporibus rex fuerat otiosus, filio regnante fieret operarius laboriosus? Deinde ideo dicit a quibusdam pueros ei solitos immolari, sicut a Poenis, et a quibusdam etiam majores, sicut a Gallis, quia omnium seminum optimum est genus humanum. De hac crudelissima vanitate quid opus est plura dicere? Hoc potius adversamus atque teneamus, has interpretationes non referri ad verum Deum, vivam, incorpoream, incommutabilemque naturam, a quo vita in aeternum beata poscenda est; sed earum esse fines in rebus corporalibus, temporalibus, mutabilibus atque mortalibus. Quod Coelum, inquit, patrem Saturnus castrasse in fabulis dicitur, hoc significat penes Saturnum, non penes Coelum, semen esse divinum. Hoc propterea, quantum intelligi datur, quia nihil in coelo de seminibus nascitur. Sed ecce, Saturnus si Coeli est filius, Jovis est filius. Coelum enim esse Jovem, innumerabiliter et diligenter affirmant. Ita ista, quae a veritate non veniunt, plerumque et nullo impellente se ipsa subvertunt. Κρόνον appellatum dicit, quod graeco vocabulo significat temporis spatium: sine quo semen, inquit, non potest esse fecundum. Haec et alia de Saturno multa dicuntur, et ad semen omnia referuntur. Sed saltem Saturnus seminibus cum tanta ista potestate sufficeret: quid ad haec dii alii requiruntur, maxime Liber et Libera, id est Ceres? De quibus rursus, quod ad semen attinet, tanta dicit, quasi de Saturno nihil dixerit.

Caput XX.

De sacris Cereris Eleusinae.

In Cereris autem sacris praedicantur illa Eleusinia, quae apud Athenienses nobilissima fuerunt. De quibus iste nihil interpretatur, nisi quod attinet ad frumentum, quod Ceres invenit, et ad Proserpinam, quam rapiente Orco perdidit.

¿Acaso por eso no fue devorada, como las demás, porque fue cubierta con un terrón? Pues esto se dijo así como si quien opuso el terrón hubiera quitado la semilla, tal como afirman que Júpiter fue quitado a Saturno al ofrecérsele el terrón; y no más bien que el terrón, al cubrir la semilla, hizo que esta fuera devorada con más diligencia. Luego de ese modo la semilla es Júpiter, no la causa de la semilla, que se decía poco antes. ¿Pero qué han de hacer los hombres que, cuando interpretan cosas necias, no encuentran qué decir sabiamente? Tiene una hoz, dice, por causa de la agricultura. Ciertamente cuando él reinaba aún no existía la agricultura, y por eso se afirma que sus tiempos fueron anteriores, según el mismo interpreta las fabulillas, porque los primeros hombres vivían de aquellas semillas que la tierra engendraba espontáneamente. ¿O recibió la hoz perdido el cetro para que, quien en los primeros tiempos había sido un rey ocioso, bajo el reinado de su hijo se hiciera un operario laborioso? Luego dice que por eso solían inmolársele niños por algunos, como por los cartagineses, y por algunos incluso mayores, como por los galos, porque el género humano es el mejor de todas las semillas. Sobre esta crudelísima vanidad, ¿qué necesidad hay de decir más? Advirtamos más bien y retengamos esto: que estas interpretaciones no se refieren al verdadero Dios, naturaleza viva, incorpórea e inconmutable, a quien se ha de pedir la vida eternamente bienaventurada; sino que sus fines están en las cosas corporales, temporales, mutables y mortales. Que se dice en las fábulas que Saturno castró a su padre el Cielo, esto significa, dice él, que la semilla divina está en poder de Saturno, no en poder del Cielo. Esto es por lo siguiente, según se da a entender: porque nada en el cielo nace de semillas. Pero he aquí que si Saturno es hijo del Cielo, es hijo de Júpiter. Pues afirman innumerable y diligentemente que Júpiter es el Cielo. Así estas cosas, que no vienen de la verdad, la mayoría de las veces se subvierten a sí mismas sin que nadie las impulse. Dice que fue llamado Cronos, que en vocablo griego significa espacio de tiempo: sin el cual, dice, la semilla no puede ser fecunda. Estas y otras muchas cosas se dicen de Saturno, y todas se referirán a la semilla. Pero al menos Saturno bastaría para las semillas con tan gran potestad: ¿para qué se requieren otros dioses para esto, especialmente Líber y Líbera, esto es, Ceres? Sobre los cuales de nuevo, en lo que atañe a la semilla, dice tantas cosas como si nada hubiera dicho de Saturno.

Capítulo XX.

De los ritos sagrados de Ceres Eleusina.

En los ritos sagrados de Ceres se pregonan aquellas Eleusinias que fueron nobilísimas entre los atenienses. Sobre las cuales este nada interpreta sino lo que atañe al trigo que Ceres encontró, y a Proserpina, a la que perdió al raptarla Orco.

Et hanc ipsam dicit significare fecunditatem seminum: quae cum defuisset quodam tempore, eademque sterilitate terra moereret, exortam esse opinionem, quod filiam Cereris, id est ipsam fecunditatem, quae a proserpendo Proserpina dicta esset, Orcus abstulerat, et apud inferos detinuerat: quae res cum fuisset luctu publico celebrata, quia rursus eadem fecunditas rediit, Proserpina reddita exortam esse laetitiam, et ex hoc solemnia constituta. Dicit deinde multa in mysteriis ejus tradi, quae nisi ad frugum inventionem non pertineant.

Caput XXI.

De turpitudine sacrorum, quae Libero celebrabantur.

Jam vero Liberi sacra, quem liquidis seminibus, ac per hoc non solum liquoribus fructuum, quorum quodammodo primatum vinum tenet, verum etiam seminibus animalium praefecerunt, ad quantam turpitudinem pervenerint, piget quidem dicere, propter sermonis longitudinem; sed propter superbam istorum hebetudinem non piget. Inter caetera quae praetermittere, quoniam multa sunt, cogor; in Italiae compitis quaedam dicit sacra Liberi celebrata cum tanta licentia turpitudinis, ut in ejus honorem pudenda virilia colerentur; non saltem aliquantum verecundiore secreto, sed in propatulo exsultante nequitia. Nam hoc turpe membrum per Liberi dies festos cum honore magno plostellis impositum, prius rure in compitis, et usque in urbem postea vectabatur. In oppido autem Lavinio uni Libero totus mensis tribuebatur, cujus diebus omnes verbis flagitiosissimis uterentur, donec illud membrum per forum transvectum esset, atque in loco suo quiesceret. Cui membro inhonesto matremfamilias honestissimam palam coronam necesse erat imponere. Sic videlicet Liber deus placandus fuerat proventibus seminum: sic ab agris fascinatio repellenda, ut matrona facere cogeretur in publico, quod nec meretrix, si matronae spectarent, permitti debuit in theatro. Propter haec Saturnus solus creditus non est sufficere posse seminibus, ut occasiones multiplicandorum deorum immunda anima reperiret, et ab uno vero Deo merito immunditiae destituta, ac per multos falsos aviditate majoris immunditiae prostituta, ista sacrilegia sacra nominaret, seseque spurcorum daemonum turbis conviolandam polluendamque praeberet.

Caput XXII.

De Neptuno, et Salacia, ac Venilia.

Y dice que esta misma significa la fecundidad de las semillas: la cual habiendo faltado en cierto tiempo, y doliéndose la tierra de esa esterilidad, surgió la opinión de que Orco se había llevado a la hija de Ceres, esto es, a la fecundidad misma, que por el brotar (proserpendo) había sido llamada Proserpina, y la había retenido entre los ínferos: cosa que habiendo sido celebrada con luto público, porque de nuevo volvió esa misma fecundidad, surgió la alegría al ser devuelta Proserpina, y de esto se constituyeron las solemnidades. Dice luego que en sus misterios se transmiten muchas cosas que no pertenecen sino a la invención de los frutos.

Capítulo XXI.

De la torpeza de los ritos sagrados que se celebraban en honor de Líber.

Ya en verdad los ritos sagrados de Líber, al que pusieron al frente de las semillas líquidas, y por esto no solo de los líquidos de los frutos, de los cuales el vino tiene en cierto modo la primacía, sino también de las semillas de los animales, a cuánta torpeza llegaron, me pesa ciertamente decirlo por la longitud del discurso; pero por la soberbia estupidez de estos no me pesa. Entre otras cosas que me veo obligado a omitir, puesto que son muchas, dice que en las encrucijadas de Italia se celebraban ciertos ritos de Líber con tanta licencia de torpeza, que en su honor se daban culto a las vergüenzas viriles; ni siquiera en un secreto algo más recatado, sino en público con exultante maldad. Pues este torpe miembro durante los días festivos de Líber era colocado con gran honor sobre carritos, y se transportaba primero por el campo en las encrucijadas, y después hasta la ciudad. En el pueblo de Lavinio, además, se dedicaba un mes entero solo a Líber, durante cuyos días todos usaban las palabras más flagiciosas, hasta que aquel miembro hubiera sido transportado por el foro y descansara en su lugar. Sobre este miembro deshonesto era necesario que una matrona honestísima pusiera públicamente una corona. Así, por lo visto, el dios Líber debía ser aplacado para las cosechas de las semillas: así debía ser repelido de los campos el fascinamiento, que una matrona se viera obligada a hacer en público lo que ni siquiera a una meretriz, si las matronas estuvieran mirando, se le debió permitir en el teatro. Por estas cosas no se creyó que Saturno solo pudiera bastar para las semillas, para que un alma inmunda encontrara ocasiones de multiplicar dioses, y quedando merecidamente por su inmundicia destituida del único Dios verdadero, y prostituida a través de muchos falsos por la codicia de una mayor inmundicia, llamara ritos sagrados a estos sacrilegios, y se ofreciera para ser violada y manchada por turbas de demonios sucios.

Capítulo XXII.

De Neptuno, de Salacia y de Venilia.

Jam utique habebat Salaciam Neptunus uxorem, quam inferiorem aquam maris esse dixerunt; utquid illi adjuncta est et Venilia, nisi ut sine ulla causa necessariorum sacrorum, sola libidine animae prostitutae, multiplicaretur invitatio daemoniorum? Sed proferatur interpretatio praeclarae theologiae, quae nos ab ista reprehensione reddita ratione compescat. Venilia, inquit, unda est, quae ad littus venit; Salacia, quae in salum redit. Cur ergo deae fiunt duae, cum sit una unda quae venit et redit? Nempe ipsa est exaestuans in multa numina libido vesana. Quamvis enim aqua non geminetur quae it et redit; hujus tamen occasione vanitatis, duobus daemoniis invitatis, amplius anima commaculatur, quae it, et non redit. Quaeso te, Varro, vel vos, qui tam doctorum hominum talia scripta legistis, et aliquid magnum vos didicisse jactatis, interpretamini hoc, nolo dicere secundum illam aeternam incommutabilemque naturam, qui solus est Deus; sed saltem secundum animam mundi, et partes ejus, quos deos veros esse existimatis. Partem animae mundi, quae mare permeat, deum vobis fecisse Neptunum, utcumque tolerabilioris est erroris. Itane unda ad littus veniens et in salum rediens, duae sunt partes mundi, aut duae partes animae mundi? Quis vestrum ita desipiat, ut hoc sapiat? Cur ergo vobis duas deas fecerunt, nisi quia provisum est a sapientibus majoribus vestris, non ut dii plures vos regerent, sed ut ea quae istis vanitatibus et falsitatibus gaudent, plura vos daemonia possiderent? Cur autem illa Salacia per hanc interpretationem inferiorem maris partem, qua viro erat subdita, perdidit? namque illam modo, cum refluentem fluctum esse perhibetis, in superficie posuistis. An quia Veniliam pellicem accepit, irata suum maritum de supernis maris exclusit?

Caput XXIII.

De Terra, quam Varro deam esse confirmat, eo quod ille animus mundi, quem opinatur deum, etiam hanc corporis sui infimam partem permeet, eique vim divinam impertiat.

1. Nempe una est terra, quam quidem plenam videmus animalibus suis; verumtamen ipsam magnum corpus in elementis mundique infimam partem, cur eam volunt deam? An quia fecunda est? Cur ergo non magis homines dii sunt, qui eam fecundiorem faciunt excolendo; sed cum arant, non cum adorant? Sed pars animae mundi, inquiunt, quae per illam permeat, deam facit. Quasi non evidentior sit in hominibus anima, quae utrum sit, nulla fit quaestio; et tamen homines dii non habentur: et quod est graviter dolendum, his, qui dii non sunt, et quibus ipsi meliores sunt, colendis et adorandis mirabili et miserabili errore subduntur.

Ya ciertamente Neptuno tenía por esposa a Salacia, de la que dijeron que era el agua inferior del mar; ¿para qué se le adjuntó también Venilia, sino para que, sin ninguna causa de ritos necesarios, por sola la libido de un alma prostituida, se multiplicara la invitación de los demonios? Pero prodúzcase la interpretación de tan preclara teología, que nos contenga de esta reprensión por la razón dada. Venilia, dice él, es la onda que viene al litoral; Salacia, la que vuelve al alta mar (salum). ¿Por qué, pues, se hacen dos diosas, cuando es una sola onda la que viene y vuelve? Sin duda es la misma libido vesana que rebosa en muchos númenes. Pues aunque no se duplique el agua que va y vuelve, sin embargo, con ocasión de esta vanidad, invitados dos demonios, se mancha más el alma, que va y no vuelve. Te pregunto, Varrón, o a vosotros que habéis leído tales escritos de hombres tan doctos y os jactáis de haber aprendido algo grande: interpretad esto, no quiero decir según aquella naturaleza eterna e inconmutable que es el único Dios, sino al menos según el alma del mundo y sus partes, que consideráis dioses verdaderos. Que hayáis hecho para vosotros un dios de Neptuno como parte del alma del mundo que penetra el mar, es de un error de algún modo más tolerable. ¿Acaso la onda que viene al litoral y vuelve al alta mar son dos partes del mundo, o dos partes del alma del mundo? ¿Quién de vosotros sería tan necio que pensara esto? ¿Por qué, pues, os hicieron dos diosas, sino porque vuestros antepasados más sabios previeron, no que muchos dioses os gobernaran, sino que aquellas cosas que se gozan con estas vanidades y falsedades, muchos demonios, os poseyeran? ¿Por qué, además, aquella Salacia perdió por esta interpretación la parte inferior del mar por la que estaba sometida al marido? Pues ahora, al afirmar que ella es el flujo que retrocede, la habéis puesto en la superficie. ¿O porque recibió a Venilia como concubina, airada excluyó a su marido de las partes superiores del mar?

Capítulo XXIII.

De la Tierra, a la que Varrón confirma ser diosa por el hecho de que aquel ánimo del mundo, que opina ser dios, penetra también esta parte ínfima de su cuerpo y le imparte fuerza divina.

1. Ciertamente una es la tierra, a la que vemos llena de sus animales; sin embargo, siendo ella misma un gran cuerpo entre los elementos y la parte ínfima del mundo, ¿por qué quieren que sea diosa? ¿Acaso porque es fecunda? ¿Por qué, pues, no son más bien dioses los hombres, que la hacen más fecunda cultivándola, pero cuando aran, no cuando adoran? Pero una parte del alma del mundo, dicen, que penetra a través de ella, la hace diosa. Como si no fuera más evidente en los hombres el alma, de cuya existencia no hay ninguna cuestión; y sin embargo los hombres no son tenidos por dioses: y lo que es de lamentar gravemente, se someten por un admirable y miserable error al culto y adoración de quienes no son dioses, y de quienes ellos mismos son mejores.

Et certe idem Varro in eodem de diis selectis libro, tres esse affirmat animae gradus in omni universaque natura: unum, qui omnes partes corporis quae vivunt, transit, et non habet sensum, sed tantum ad vivendum valetudinem: hanc vim in nostro corpore permanare dicit in ossa, ungues, capillos: sicut in mundo arbores sine sensu aluntur et crescunt, et modo quodam suo vivunt. Secundum gradum animae, in quo sensus est: hanc vim pervenire in oculos, aures, nares, os, tactum. Tertium gradum animae esse summum, quod vocatur animus, in quo intelligentia praeeminet: hoc praeter hominem omnes carere mortales: hanc partem animae mundi dicit deum, in nobis autem Genium vocari. Esse autem in mundo lapides ac terram, quam videmus, quo non permanat sensus, ut ossa, ut ungues dei: solem vero, lunam, stellas, quae sentimus, quibusque ipse sentit, sensus esse ejus. Aethera porro animum ejus: ex cujus vi, quae pervenit in astra, ipsam quoque facere deos; et per ea quod in terram permeat, deam Tellurem; quod autem inde permeat in mare atque oceanum, deum esse Neptunum.

2. Redeat ergo ab hac, quam theologiam naturalem putat, quo velut requiescendi causa ab his ambagibus atque anfractibus fatigatus egressus est. Redeat, inquam, redeat ad civilem: hic eum adhuc teneo, tantisper de hac ago. Nondum dico, si terra et lapides nostris sunt ossibus et unguibus similes, similiter eos intelligentiam non habere, sicut sensu carent; aut si idcirco habere dicuntur ossa et ungues nostri intelligentiam, quia in homine sunt qui habet intelligentam, tam stultum esse qui hos deos in mundo dicit, quam stultus est qui in nobis ossa et ungues homines dicit. Sed haec cum philosophis fortassis agenda sunt: nunc autem istum adhuc politicum volo. Fieri enim potest, ut, licet in illam naturalis theologiae veluti libertatem caput erigere paululum voluisse videatur, adhuc tamen hunc librum versans, et se in illo versari cogitans, eum etiam inde respexerit; et hoc propterea dixerit, ne majores ejus, sive aliae civitates, Tellurem atque Neptunum inaniter coluisse credantur. Sed hoc dico, pars animi mundani quae per terram permeat, sicut una est terra, cur non etiam unam fecit deam, quam dicit esse Tellurem? Quod si ita fecit, ubi erit Orcus, frater Jovis atque Neptuni, quem Ditem patrem vocant? ubi ejus conjux Proserpina, quae secundum aliam in eisdem libris positam opinionem, non terrae fecunditas, sed pars inferior perhibetur? Quod si dicunt, animi mundani partem, cum permeat terrae partem superiorem, Ditem patrem facere deum; cum vero inferiorem, Proserpinam deam; Tellus illa quid erit?

Y ciertamente el mismo Varrón, en el mismo libro sobre los dioses selectos, afirma que hay tres grados del alma en toda la naturaleza universal: uno, que transita por todas las partes del cuerpo que viven, y no tiene sentido, sino solo salud para vivir: esta fuerza en nuestro cuerpo dice que penetra en los huesos, las uñas, los cabellos; al igual que en el mundo los árboles se nutren y crecen sin sentido, y viven de un cierto modo propio. El segundo grado del alma, en el que está el sentido: esta fuerza llega a los ojos, oídos, narices, boca, tacto. El tercer grado del alma es el supremo, que se llama ánimo (animus), en el que premina la inteligencia: de esto carecen todos los mortales excepto el hombre: a esta parte del alma del mundo la llama dios, pero en nosotros se llama Genio. Dice que hay en el mundo piedras y tierra, que vemos, a donde no penetra el sentido, como los huesos, como las uñas del dios: en cambio el sol, la luna, las estrellas, que sentimos y por las que él mismo siente, son sus sentidos. Además el éter es su ánimo: de cuya fuerza, que llega a los astros, hace también a estos dioses; y por aquello que penetra en la tierra, hace a la diosa Telus; y lo que de allí penetra en el mar y el océano, es el dios Neptuno.

2. Vuelva, pues, de esta que piensa ser teología natural, a donde como para descansar salió fatigado de estas ambigüedades y rodeos. Vuelva, digo, vuelva a la civil: aquí lo retengo todavía, por ahora trato de esta. Aún no digo que si la tierra y las piedras son semejantes a nuestros huesos y uñas, de igual modo no tengan inteligencia, así como carecen de sentido; o si por eso se dice que nuestros huesos y uñas tienen inteligencia porque están en el hombre que tiene inteligencia, tan estulto es quien dice que estos son dioses en el mundo como estulto es quien dice que en nosotros los huesos y las uñas son hombres. Pero estas cosas tal vez han de tratarse con los filósofos: ahora empero lo quiero todavía político. Pues puede ser que, aunque parece haber querido levantar un poco la cabeza hacia aquella como libertad de la teología natural, todavía manejando este libro y pensando que se ocupa en él, mirara también desde allí; y dijera esto por lo siguiente: para que no se crea que sus mayores, o bien otras ciudades, dieron culto en vano a Telus y a Neptuno. Pero esto digo: la parte del ánimo mundano que penetra a través de la tierra, siendo una sola la tierra, ¿por qué no hizo también una sola diosa, la que dice que es Telus? Que si así lo hizo, ¿dónde estará Orco, hermano de Júpiter y de Neptuno, al que llaman padre Dis? ¿Dónde su esposa Proserpina, la cual, según otra opinión puesta en los mismos libros, no es la fecundidad de la tierra sino que se afirma que es su parte inferior? Que si dicen que la parte del ánimo mundano, cuando penetra la parte superior de la tierra, hace al dios padre Dis; pero cuando la inferior, a la diosa Proserpina; aquella Telus, ¿qué será?

Ita enim totum, quod ipsa erat, in duas istas partes deosque divisum est, ut ipsa tertia quae sit, aut ubi sit, inveniri non possit: nisi quis dicat simul istos deos Orcum atque Proserpinam, unam deam esse Tellurem; et non esse jam tres, sed aut unam, aut duos: et tamen tres dicuntur, tres habentur, tres coluntur aris suis, delubris suis, sacris, simulacris, sacerdotibus suis, et per haec etiam fallacibus prostitutam animam constuprantibus daemonibus suis. Adhuc respondeatur, quam partem terrae permeet pars mundani animi, ut deum faciat Tellumonem. Non, inquit, sed una eademque terra habet geminam vim, et masculinam, quod semina producat; et fentininam, quod recipiat atque enutriat: inde a vi feminina dictam esse Tellurem, a masculina Tellumonem. Cur ergo pontifices, ut ipse indicat, additis quoque aliis duobus, quatuor diis faciunt rem divinam, Telluri, Tellumoni, Altori, Rusori? De Tellure et Tellumone jam dictum est: Altori quare? Quod ex terra, inquit, aluntur omnia quae nata sunt. Rusori quare? Quod rursus, inquit, cuncta eodem revolvuntur.

CAPUT XXIV.---De Telluris cognominibus eorumque significationibus, quae etiamsi erant multarum rerum indices, non debuerunt multorum deorum firmare opiniones. 1. Debuit ergo una terra propter istam quadrigeminam vim quatuor habere cognomina, non quatuor facere deos: sicut tot cognominibus unus Jupiter, et tot cognominibus una Juno; in quibus omnibus vis multiplex esse dicitur ad unum deum vel unam deam pertinens, non multitudo cognominum, deorum etiam multitudinem faciens. Sed profecto sicut aliquando etiam ipsas vilissimas feminas earum, quas libidine quaesierunt, taedet poenitetque turbarum: sic animam vilem factam et immundis spiritibus prostitutam deos sibi multiplicare, quibus contaminanda prosterneretur, sicut plurimum libuit, sic aliquando et piguit. Nam et ipse Varro quasi de ipsa turba verecundatus, unam deam vult esse Tellurem. Eamdem, inquit, dicunt Matrem magnam, quod tympanum habeat, significari esse orbem terrae: quod turres in capite, oppida: quod sedes fingantur circa eam, cum omnia moveantur, ipsam non moveri. Quod Gallos huic deae ut servirent fecerunt, significat qui semine indigeant, terram sequi oportere; in ea quippe omnia reperiri. Quod se apud eam jactant, praecipitur, inquit, qui terram colunt, ne sedeant; semper enim esse quod agant. Cymbalorum sonitus, ferramentorum jactandorum ac manuum, et ejus rei crepitus, in colendo agro qui fit, significant: ideo aere, quod eam antiqui colebant aere, antequam ferrum esset inventum. Leonem, inquit, adjungunt solutum ac mansuetum, ut ostendant esse nullum genus terrae tam remotum ac vehementer ferum, quod non subigi colique conveniat.

Pues así todo lo que ella misma era se ha dividido en estas dos partes y dioses, de modo que qué sea ella como tercera, o dónde esté, no se puede encontrar: a no ser que alguien diga que a la vez esos dioses Orco y Proserpina son una sola diosa Telus; y que ya no son tres, sino o una o dos: y sin embargo se dicen tres, se tienen por tres, se adoran tres con sus aras, sus templos, ritos, simulacros, sus sacerdotes, y por estos también con sus demonios que estupran al alma prostituida a las falacias. Respóndase todavía qué parte de la tierra penetra la parte del ánimo mundano para que haga al dios Telumón. No, dice, sino que una sola y la misma tierra tiene una fuerza gemela: tanto masculina, porque produce las semillas; como femenina, porque las recibe y nutre: de ahí que por la fuerza femenina fuera llamada Telus, por la masculina Telumón. ¿Por qué, pues, los pontífices, como él mismo indica, añadidos también otros dos, hacen el servicio divino a cuatro dioses: a Telus, Telumón, Altor, Rusor? De Telus y Telumón ya se ha hablado: ¿por qué a Altor? Porque de la tierra, dice, se nutren (aluntur) todas las cosas que han nacido. ¿Por qué a Rusor? Porque de nuevo, dice, todas las cosas vuelven (revolvuntur) a lo mismo.

CAPÍTULO XXIV.---Sobre los sobrenombres de Telus y sus significaciones, las cuales, aunque fueran índices de muchas cosas, no debieron confirmar las opiniones de muchos dioses. 1. Debió, pues, una sola tierra, por aquella cuádruple fuerza, tener cuatro sobrenombres, no hacer cuatro dioses: así como con tantos sobrenombres un solo Júpiter, y con tantos sobrenombres una sola Juno; en todos los cuales se dice que la fuerza múltiple pertenece a un solo dios o a una sola diosa, no haciendo la multitud de sobrenombres también una multitud de dioses. Pero ciertamente, así como a veces también a las mismas mujeres más viles les hastía y arrepiente la turba de aquellos a quienes buscaron por libido: así al alma hecha vil y prostituida a los espíritus inmundos le plugo multiplicarse dioses ante los cuales se postrase para ser contaminada, como muchísimo le gustó, así a veces también le pesó. Pues también el mismo Varrón, como avergonzado de esa misma turba, quiere que Telus sea una sola diosa. A la misma, dice, llaman la Gran Madre (Mater magna), porque tiene un tímpano, con lo que se significa que es el orbe de la tierra: porque tiene torres en la cabeza, las ciudades: porque se fingen asientos en torno a ella, mientras todas las cosas se mueven, ella misma no se mueve. El que hicieran que los Galos (Galli) sirvieran a esta diosa, significa que quienes carecen de semilla deben seguir a la tierra; pues en ella se encuentran todas las cosas. El que se agiten ante ella, se prescribe, dice, que quienes cultivan la tierra no se sienten; pues siempre hay algo que hagan. El sonido de los címbalos, del agitar de las herramientas de hierro y de las manos, y el estrépito de aquello que sucede al cultivar el campo, significan: por eso con bronce, porque los antiguos la cultivaban con bronce, antes de que se inventara el hierro. Añaden, dice, un león suelto y manso, para mostrar que no hay ningún género de tierra tan remoto y vehementemente fiero que no convenga ser subyugado y cultivado.

Deinde adjungit et dicit, Tellurem matrem et nominibus pluribus et cognominibus quod nominarunt, deos existimatos esse complures. Tellurem, inquit, putant esse Opem, quod opere fiat melior; Matrem, quod plurima pariat; Magnam, quod cibum pariat; Proserpinam, quod ex ea proserpant fruges; Vestam quod vestiatur herbis. Sic alias deas, inquit, non absurde ad hanc revocant. Si ergo una dea est, quae quidem consulta veritate nec ipsa est, interim quid itur in multas? Unius sint ista multa nomina, non tam deae multae quam nomina. Sed errantium majorum auctoritas deprimit, et eumdem Varronem post hanc sententiam trepidare compellit. Adjungit enim et dicit: Cum quibus opinio majorum de his deabus, quod plures eas putarunt esse, non pugnat. Quomodo non pugnat, cum valde aliud sit, unam deam nomina habere multa, aliud, esse deas multas? Sed potest, inquit, fieri ut eadem res et una sit, et in ea quaedam res sint plures. Concedo in uno homine esse res plures, numquid ideo et homines plures? sic in una dea esse res plures, numquid ideo et deas plures? Verum sicut volunt, dividant, conflent, multiplicent, replicent, implicent.

2. Haec sunt Telluris et Matris magnae praeclara mysteria, unde omnia referuntur ad mortalia semina et ad exercendam agriculturam. Itane ad haec relata et hunc finem habentia tympanum, turres, Galli, jactatio insana membrorum, crepitus cymbalorum, confictio leonum, vitam cuiquam pollicentur aeternam? itane propterea Galli abscisi huic Magnae deae serviunt, ut significent qui semine indigeant, terram sequi oportere; quasi non eos ipsa potius servitus semine faciat indigere? Utrum enim sequendo hanc deam, cum indigeant, semen acquirunt; an potius sequendo hanc deam, cum habeant, semen amittunt? Hoc interpretari est, an detestari? Nec attenditur, quantum maligni daemones praevaluerint, qui nec aliqua magna his sacris polliceri ausi sunt, et tam crudelia exigere potuerunt. Si dea terra non esset, manus ei homines operando inferrent, ut semina consequerentur per illam; non etiam sibi saeviendo, ut semina perderent propter illam. Si dea non esset, ita fecunda fieret manibus alienis, ut non cogeret hominem sterilem fieri manibus suis. Jam quod in Liberi sacris honesta matrona pudenda virilia coronabat, spectante multitudine, ubi rubens et sudans, si est ulla frons in hominibus, astabat forsitan et maritus; et quod in celebratione nuptiarum, super Priapi scapum nova nupta sedere jubebatur: longe contemptibiliora atque leviora sunt prae ista turpitudine crudelissima vel crudelitate turpissima, ubi daemoniacis artibus sic uterque sexus illuditur, ut neuter suo vulnere perimatur.

Luego añade y dice que, porque nombraron a la madre Telus tanto con más nombres como con sobrenombres, se pensó que eran varios dioses. Piensan, dice, que Telus es Ops, porque se hace mejor por la obra (opere); Madre, porque pare muchísimas cosas; Grande, porque pare alimento; Proserpina, porque de ella brotan (proserpant) los frutos; Vesta porque se viste (vestiatur) con hierbas. Así otras diosas, dice, no absurdamente las refieren a esta. Si, pues, es una sola diosa, la cual, consultada la verdad, ni ella misma lo es, ¿entretanto por qué se va a por muchas? Sean esos muchos nombres de una sola, no tanto muchas diosas como nombres. Pero la autoridad de los mayores errantes oprime, y obliga al mismo Varrón a trepidar después de esta sentencia. Añade, pues, y dice: Con los cuales la opinión de los mayores sobre estas diosas, porque pensaron que eran varias, no lucha. ¿Cómo no lucha, cuando es algo muy distinto que una sola diosa tenga muchos nombres, y otra que sean muchas diosas? Pero puede, dice, suceder que la misma cosa sea una sola, y en ella ciertas cosas sean varias. Concedo que en un solo hombre haya varias cosas, ¿acaso por eso también varios hombres? así en una sola diosa haya varias cosas, ¿acaso por eso también varias diosas? Pero dividan, fundan, multipliquen, repliquen, impliquen como quieran.

2. Estos son los preclaros misterios de Telus y de la Gran Madre, de donde todas las cosas se refieren a las semillas mortales y al ejercicio de la agricultura. ¿Acaso el tímpano, las torres, los Galos (Galli), la agitación insana de los miembros, el estrépito de los címbalos, la ficción de los leones, referidos a estas cosas y teniendo este fin, prometen a alguien la vida eterna? ¿Acaso por eso los Galos castrados sirven a esta Gran diosa, para significar que quienes carecen de semilla deben seguir a la tierra; como si esa misma servidumbre no hiciera más bien que carezcan de semilla? Pues, ¿siguiendo a esta diosa, cuando carecen, adquieren la semilla; o más bien siguiendo a esta diosa, cuando la tienen, la pierden? ¿Es esto interpretar o detestar? Ni se advierte cuánto prevalecieron los malignos demonios, que ni se atrevieron a prometer nada grande con estos ritos, y pudieron exigir cosas tan crueles. Si la tierra no fuera diosa, los hombres le pondrían las manos encima trabajando, para conseguir las semillas por medio de ella; no también sobre sí mismos ensañándose, para perder las semillas por causa de ella. Si no fuera diosa, se haría fecunda por manos ajenas, de modo que no obligaría al hombre a hacerse estéril por sus propias manos. Ya lo que en los ritos de Líber una honesta matrona coronaba el miembro viril, ante la multitud que miraba, donde ruborizado y sudoroso, si es que hay algún pudor en los hombres, tal vez asistía también el marido; y lo que en la celebración de las nupcias, se ordenaba a la desposada sentarse sobre el miembro de Príapo: son cosas mucho más despreciables y ligeras frente a esa crudelísima torpeza o torpísima crueldad, donde por artes demoníacas ambos sexos son de tal modo burlados, que ninguno perece por su propia herida.

Ibi fascinatio timetur agrorum, hic membrorum amputatio non timetur: ibi sic dehonestatur novae nuptae verecundia, ut non solum fecunditas, sed nec virginitas adimatur; hic ita amputatur virilitas, ut nec convertatur in feminam, nec vir relinquatur.

Caput XXV.

Quam interpretationem de abscisione Atidis Graecorum sapientium doctrina repererit.

Et Atys ille non est commemoratus, nec ejus ab isto interpretatio requisita est, in cujus dilectionis memoriam Gallus absciditur. Sed docti Graeci atque sapientes nequaquam rationem tam sanctam praeclaramque tacuerunt. Propter vernalem quippe faciem terrae, quae caeteris temporibus est pulchrior, Porphyrius, philosophus nobilis, Atyn flores significare perhibuit; et ideo abscisum, quia flos decidit ante fructum (In libro de Ratione naturali deorum). Non ergo ipsum hominem, vel quasi hominem, qui vocatus est Atys, sed virilia ejus flori comparaverunt. Ipsa quippe illo vivente deciderunt: imo vero non deciderunt, neque decerpta, sed plane discerpta sunt; nec illo flore amisso quisquam postea fructus, sed potius sterilitas consecuta est. Quid ergo ipse reliquus? et quidquid remansit absciso, quid eo significari dicitur? quo refertur? quae interpretatio inde profertur? an haec frustra moliendo nihilque inveniendo persuadent illud potius esse credendum, quod de homine castrato fama jactavit, litterisque mandatum est? Merito hinc aversatus est Varro noster, neque hoc dicere voluit: non enim hominem doctissimum latuit.

Caput XXVI.

De turpitudine sacrorum Matris magnae.

Itemque de mollibus eidem Matri magnae contra omnem virorum mulierumque verecundiam consecratis, qui usque in hesternum diem madidis capillis, facie dealbata, fluentibus membris, incessu femineo per plateas vicosque Carthaginis, etiam a populis unde turpiter viverent exigebant, nihil Varro dicere voluit, nec uspiam me legisse commemini. Defecit interpretatio, erubuit ratio, conticuit oratio. Vicit Matris magnae omnes deos filios, non numinis magnitudo, sed criminis. Huic monstro nec Jani monstrositas comparatur.

Allí se teme el fascinio de los campos, aquí no se teme la amputación de los miembros: allí se deshonra de tal modo el pudor de la nueva desposada, que no solo no se le quita la fecundidad, sino ni siquiera la virginidad; aquí se amputa de tal modo la virilidad, que ni se convierte en mujer, ni se deja como hombre.

Capítulo XXV.

Qué interpretación ha hallado la doctrina de los sabios griegos sobre la castración de Atis.

Y aquel Atis (Atys) no fue conmemorado, ni se buscó por aquel su interpretación, en memoria de cuyo amor el Galo (Gallus) es castrado. Pero los doctos y sabios griegos de ningún modo callaron una razón tan santa y preclara. Pues por la faz primaveral de la tierra, que es más hermosa que en los demás tiempos, Porfirio, noble filósofo, afirmó que Atis significa las flores; y que por eso fue castrado, porque la flor cae antes del fruto (En el libro de la Razón natural de los dioses). No compararon, pues, al hombre mismo, o casi hombre, que fue llamado Atis, sino sus miembros viriles a la flor. Pues aquellos cayeron estando él vivo: o mejor dicho, no cayeron, ni fueron arrancados, sino claramente desgarrados; ni después de perdida aquella flor se siguió fruto alguno, sino más bien la esterilidad. ¿Qué, pues, de él mismo restante? y lo que quedó del castrado, ¿qué se dice que significa? ¿a qué se refiere? ¿qué interpretación se profiere de allí? ¿o acaso esforzándose en vano y no hallando nada, persuaden que debe creerse más bien aquello que la fama divulgó sobre el hombre castrado, y se entregó a las letras? Con razón se apartó de esto nuestro Varrón, ni quiso decir esto: pues no se le ocultó al hombre doctísimo.

Capítulo XXVI.

Sobre la torpeza de los ritos de la Gran Madre.

E igualmente sobre los afeminados (molles) consagrados a la misma Gran Madre contra todo pudor de hombres y mujeres, los cuales hasta el día de ayer, con el cabello empapado, la cara blanqueada, los miembros fluidos, con paso femenino por las plazas y calles de Cartago, exigían incluso de los pueblos de qué vivir torpemente, nada quiso decir Varrón, ni recuerdo haberlo leído en ninguna parte. Falló la interpretación, se avergonzó la razón, calló el discurso. El crimen, no la grandeza de la deidad, venció a todos los dioses hijos de la Gran Madre. A este monstruo ni la monstruosidad de Jano se le compara.

Ille in simulacris habebat solam deformitatem, ista in sacris deformem crudelitatem; ille membra in lapidibus addita, haec in hominibus perdita. Hoc dedecus tot Jovis ipsius et tanta stupra non vincunt: ille inter femineas corruptelas uno Ganymede coelum infamavit; ista tot mollibus professis et publicis et inquinavit terram, et coelo fecit injuriam. Saturnum fortasse possemus huic in isto genere turpissimae crudelitatis sive conferre, sive praeferre, qui patrem castrasse perhibetur: sed in Saturni sacris homines alienis manibus potius occidi, quam suis abscidi potuerunt. Devoravit ille filios, ut poetae ferunt, et physici ex hoc interpretantur quod volunt; ut autem historia prodit, necavit: sed quod ei Poeni suos filios sacrificaverunt, non recepere Romani. At vero ista magna deorum Mater etiam Romanis templis castratos intulit, atque istam saevitiam moremque servavit; credita vires adjuvare Romanorum, exsecando virilia virorum. Quid sunt ad hoc malum Mercurii furta, Veneris lascivia, stupra ac turpitudines caeterorum, quae proferremus de libris, nisi quotidie cantarentur et saltarentur in theatris? sed haec quid sunt ad tantum malum, cujus magnitudo magnae Matri tantummodo competebat? praesertim quod illa dicuntur a poetis esse conficta: quasi poetae id etiam finxerint, quod ea sint diis grata et accepta. Ut ergo canerentur vel scriberentur, audacia sit vel petulantia poetarum: ut vero divinis rebus et honoribus eisdem imperantibus et extorquentibus numinibus adderentur, quid est nisi crimen deorum; imo vero confessio daemoniorum, et deceptio miserorum? Verum illud quod de abscisorum consecratione Mater deorum coli meruit, non poetae confinxerunt, sed horrere magis quam canere maluerunt. Hisne diis selectis quisquam consecrandus est, ut post mortem vivat beate, quibus consecratus ante mortem honeste non potest vivere, tam foedis superstitionibus subditus et immundis daemonibus obligatus? Sed haec omnia, inquit, referuntur ad mundum. Videat ne potius ad immundum. Quid autem non potest referri ad mundum, quod esse demonstratur in mundo? Nos autem animum quaerimus, qui vera religione confisus, non tanquam deum suum adoret mundum, sed tanquam opus Dei propter Deum laudet mundum; et mundanis sordibus expiatus, mundus perveniat ad Deum, qui condidit mundum.

CAPUT XXVII.---De figmentis physiologorum, qui nec veram divinitatem colunt, nec eo cultu quo colenda est vera divinitas. 1. Istos vero deos selectos videmus quidem clarius innotuisse quam caeteros; non tamen ut eorum illustrarentur merita, sed ne occultarentur opprobria: unde magis eos homines fuisse credibile est; sicut non solum poeticae litterae, verum etiam historicae tradididerunt.

Aquel tenía en sus simulacros sola deformidad, esta en sus ritos una deforme crueldad; aquel tenía miembros añadidos en las piedras, esta perdidos en los hombres. A esta deshonra no la vencen tantos y tales estupros del mismo Júpiter: aquel entre corruptelas femeninas infamó el cielo con un solo Ganimedes; esta con tantos afeminados profesos y públicos manchó la tierra e hizo injuria al cielo. Quizás podríamos o comparar o anteponer a Saturno a ella en este género de torpísima crueldad, de quien se afirma que castró a su padre: pero en los ritos de Saturno los hombres pudieron más bien ser muertos por manos ajenas que ser mutilados por las suyas. Aquel devoró a sus hijos, según cuentan los poetas, y los físicos interpretan de esto lo que quieren; pero según refiere la historia, los mató: pero el que los Cartagineses (Poeni) le sacrificaran sus hijos, no lo aceptaron los romanos. Pero ciertamente esa Gran Madre de los dioses introdujo incluso en los templos romanos a los castrados, y conservó esa saña y costumbre; creída para ayudar a las fuerzas de los romanos, segando los miembros viriles de los hombres. ¿Qué son frente a este mal los hurtos de Mercurio, la lascivia de Venus, los estupros y torpezas de los demás, que proferiríamos de los libros si no se cantaran y bailaran diariamente en los teatros? Pero ¿qué son estas cosas frente a tan gran mal, cuya magnitud convenía solamente a la Gran Madre? Especialmente porque aquellas se dicen ser fingidas por los poetas: como si los poetas hubieran fingido también esto, que tales cosas son gratas y aceptas a los dioses. Que, pues, se cantaran o se escribieran, sea audacia o petulancia de los poetas: pero que se añadieran a las cosas divinas y a los honores, mandándolo y extorsionándolo las mismas deidades, ¿qué es sino crimen de los dioses; o más bien confesión de los demonios y decepción de los miserables? Pero aquello por lo cual la Madre de los dioses mereció ser adorada por la consecración de los castrados, no lo fingieron los poetas, sino que prefirieron horrorizarse más que cantarlo. ¿A estos dioses selectos ha de consagrarse alguien para que después de la muerte viva dichosamente, a los cuales consagrado antes de la muerte no puede vivir honestamente, sometido a tan feas supersticiones y ligado a inmundos demonios? Pero todas estas cosas, dice, se refieren al mundo (mundum). Vea si no más bien a lo inmundo (immundum). Pues ¿qué no puede referirse al mundo que se demuestre estar en el mundo? Nosotros empero buscamos un alma que, confiada en la verdadera religión, no adore al mundo como a su dios, sino que como obra de Dios, por causa de Dios, alabe al mundo; y expiada de las suciedades mundanas, limpia (mundus), llegue a Dios, que fundó el mundo (mundum).

CAPÍTULO XXVII.---Sobre las ficciones de los fisiólogos, que ni adoran la verdadera divinidad, ni con aquel culto con que debe ser adorada la verdadera divinidad. 1. Ciertamente vemos que estos dioses selectos han llegado a ser más claramente conocidos que los demás; no, sin embargo, para que se ilustraran sus méritos, sino para que no se ocultaran sus oprobios: de donde es más creíble que aquellos fueron hombres, como no solo las letras poéticas sino también las históricas han transmitido.

Nam quod Virgilius ait, Primus ab aethereo venit Saturnus Olympo, Arma Jovis fugiens, et regnis exsul ademptis: (Aeneid. lib. 8, vers 319, 320). et quae ad hanc rem pertinentia consequuntur, totam de hoc Euhemerus pandit historiam, quam Ennius in latinum vertit eloquium: unde quia plurima posuerunt, qui contra hujusmodi errores ante nos vel graeco sermone vel latino scripserunt, non in eo mihi placuit immorari.

2. [XXVII.] Ipsas physiologias cum considero, quibus docti et acuti homines has res humanas conantur vertere in res divinas, nihil video nisi ad temporalia terrenaque opera naturamque corpoream, vel etiamsi invisibilem, tamen mutabilem potuisse revocari: quod nullo modo est verus Deus. Hoc autem si saltem religiositati congruis significationibus ageretur, esset quidem dolendum, non his verum Deum annuntiari atque praedicari; tamen aliquo modo ferendum tam foeda et turpia non fieri nec juberi: at nunc cum pro Deo vero, quo solo anima se inhabitante sit felix, nefas sit colere aut corpus aut animam; quanto magis nefarium est ista sic colere, ut nec salutem, nec decus humanum corpus aut anima colentis obtineat? Quamobrem si templo, sacerdote, sacrificio, quod vero Deo debetur, colatur aliquod elementum mundi, vel creatus aliquis spiritus, etiamsi non immundus et malus; non ideo malum est, quia illa mala sunt quibus colitur; sed quia illa sunt talia, quibus solus ille colendus sit, cui talis cultus servitusque debetur. Si autem stoliditate vel monstrositate simulacrorum, sacrificiis homicidiorum, coronatione virilium pudendorum, mercede stuprorum, sectione membrorum, abscisione genitalium, consecratione mollium, festis impurorum obscenorumque ludorum, unum verum Deum, id est omnis animae corporisque creatorem, colere se quisque contendat; non ideo peccat, quia non est colendus quem colit; sed quia colendum, non ut colendus est, colit. Qui vero et rebus talibus, id est turpibus et scelestis, et non Deum verum, id est animae corporisque factorem, sed creaturam quamvis non vitiosam colit, sive illa sit anima, sive corpus, sive anima simul et corpus, bis peccat in Deum, quod et pro ipso colit, quod non est ipse; et talibus rebus colit, qualibus nec ipse colendus est, nec non ipse. Sed hi quonam modo, id est quam turpiter nefarieque, coluerint, in promptu est. Quid autem vel quos coluerint, esset obscurum, nisi eorum testaretur historia, ea ipsa quae foeda et turpia confitentur numinibus terribiliter exigentibus reddita. Unde remotis ambagibus constat, nefarios daemones atque immundissimos spiritus hac omni civili theologia in visendis stolidis imaginibus, et per eas possidendis etiam stultis cordibus, invitatos.

Pues en cuanto a lo que dice Virgilio: El primero vino del etéreo Olimpo Saturno, huyendo de las armas de Júpiter, y exiliado con sus reinos quitados (Eneida, lib. 8, vers. 319, 320), y las cosas que siguen pertenecientes a este asunto, Evémero (Euhemerus) despliega toda la historia sobre esto, la cual Ennio (Ennius) vertió a la elocuencia latina: de donde, porque pusieron muchísimas cosas quienes antes de nosotros escribieron contra tales errores, ya en lengua griega ya en latina, no me plugo demorarme en ello.

2. [XXVII.] Cuando considero las mismas fisiologías, con las cuales hombres doctos y agudos intentan convertir estas cosas humanas en cosas divinas, no veo sino que pudieron referirse a obras temporales y terrenas y a la naturaleza corpórea, o aunque fuera invisible, sin embargo mudable: lo cual de ningún modo es el verdadero Dios. Pero si esto al menos se hiciera con significaciones congruentes a la religiosidad, sería ciertamente de lamentar que no se anunciara ni se predicara por estas al verdadero Dios; sin embargo, de algún modo sería de tolerar que no se hicieran ni se mandaran cosas tan feas y torpes: pero ahora, cuando en vez del Dios verdadero, por quien solo es feliz el alma en que habita, sea nefasto adorar o el cuerpo o el alma, ¿cuánto más nefario es adorar aquellas cosas de tal modo que ni la salud ni el decoro humano obtenga el cuerpo o el alma del que las adora? Por lo cual, si con templo, sacerdote, sacrificio, que se debe al verdadero Dios, se adora algún elemento del mundo o algún espíritu creado, aunque no sea inmundo y malo, no por eso es malo porque sean malas aquellas cosas con que se adora, sino porque aquellas son tales con que solo aquél debe ser adorado a quien se debe tal culto y servidumbre. Pero si por la estolidez o monstrosidad de los simulacros, por sacrificios de homicidios, por la coronación de las partes viriles, por el precio de los estupros, por la sección de los miembros, por la castración de los genitales, por la consecración de los afeminados (molles), por las fiestas de los impuros y obscenos juegos, cada uno pretendiera adorar al único Dios verdadero, esto es, al creador de toda alma y cuerpo; no por eso peca porque no deba ser adorado el que adora, sino porque adora al que debe ser adorado, no como debe ser adorado. Pero el que tanto con tales cosas, esto es, torpes y malvadas, como no al Dios verdadero, esto es, al hacedor del alma y del cuerpo, sino a una criatura aunque no sea viciosa adora, ya sea aquella el alma, ya el cuerpo, ya el alma y el cuerpo a la vez, peca doblemente contra Dios: porque adora en vez de él lo que no es él; y adora con tales cosas con las cuales ni él debe ser adorado, ni el que no es él. Pero de qué modo, esto es, cuán torpe y nefariamente adoraron, está a la vista. Pero qué o a quiénes adoraron sería oscuro, si no testificara su historia que esas mismas cosas que confiesan ser feas y torpes fueron rendidas a deidades que las exigían terriblemente. De donde, removidos los rodeos, consta que nefarios demonios y espíritus inmundísimos fueron invitados por toda esta teología civil al visitar las estólidas imágenes, y a través de ellas al poseer también los necios corazones.

Caput XXVIII.

Quod doctrina Varronis de theologia in nulla sibi parte concordet.

Quid igitur valet, quod vir doctissimus et acutissimus Varro velut subtili disputatione hos omnes deos in coelum et in terram redigere ac referre conatur? Non potest: fluunt de manibus, resiliunt, labuntur et decidunt. Dicturus enim de feminis, hoc est deabus: «Quoniam,» inquit, «ut in primo libro dixi de locis, duo sunt principia deorum animadversa de coelo et terra, a quo dii partim dicuntur coelestes, partim terrestres: ut in superioribus initium fecimus coelo, cum diximus de Jano, quem alii coelum, alii dixerunt esse mundum; sic de feminis initium scribendi facimus a Tellure.» Sentio quantam molestiam tale ac tantum patiatur ingenium. Ducitur enim quadam ratione verisimili, coelum esse quod faciat, terram quae patiatur; et ideo illi masculinam vim tribuit, huic femininam: et non attendit eum potius esse qui haec facit, qui utrumque fecit. Hinc etiam Samothracum nobilia mysteria in superiore libro sic interpretatur, eaque se quae nec suis nota sunt scribendo expositurum eisque missurum quasi religiosissime pollicetur. Dicit enim se ibi multis indiciis collegisse in simulacris aliud significare coelum, aliud terram, aliud exempla rerum, quas Plato appellat ideas: coelum Jovem, terram Junonem, ideas Minervam vult intelligi: coelum a quo fiat aliquid, terram de qua fiat, exemplum secundum quod fiat. Qua in re omitto dicere, quod Plato illas ideas tantam vim habere dicit, ut secundum eas non coelum aliquid fecerit, sed etiam coelum fatum sit. Hoc dico, istum in hoc libro selectorum deorum, rationem illam trium deorum, quibus quasi cuncta complexus est, perdidisse. Coelo enim tribuit masculos deos, feminas terrae: inter quas posuit Minervam, quam supra ipsum coelum ante posuerat. Deinde masculus deus Neptunus in mari est, quod ad terram potius quam ad coelum pertinet. Dispater postremo, qui graece Πλούτων dicitur, etiam ipse masculus frater amborum, terrenus deus esse perhibetur; superiorem terram tenens, in inferiore habens Proserpinam conjugem. Quomodo ergo deos ad coelum, deas ad terram referre conantur? Quid solidum, quid constans, quid sobrium, quid definitum habet haec disputatio?

Capítulo XXVIII.

Que la doctrina de Varrón sobre la teología no concuerda consigo misma en ninguna parte.

¿De qué vale, pues, que el hombre doctísimo y agudísimo Varrón intente, como con una sutil disputa, reducir y referir todos estos dioses al cielo y a la tierra? No puede: se le escapan de las manos, saltan hacia atrás, resbalan y caen. Pues a punto de hablar de las hembras, esto es, de las diosas: «Puesto que», dice, «como dije en el primer libro sobre los lugares, se han observado dos principios de los dioses a partir del cielo y de la tierra, por lo cual los dioses se llaman parte celestiales, parte terrestres: así como en las cosas superiores hicimos el comienzo por el cielo, cuando hablamos de Jano, de quien unos dijeron que era el cielo y otros que era el mundo; así de las hembras hacemos el comienzo de la escritura por Telus». Siento cuánta molestia padece tal y tan gran ingenio. Pues es llevado por cierta razón verosímil de que el cielo es el que actúa, la tierra la que padece; y por eso a aquel atribuye la fuerza masculina, a esta la femenina: y no advierte que es más bien Aquel el que hace estas cosas, el que hizo a ambos. De aquí también interpreta así los nobles misterios de los Samotracios (Samothracum) en un libro anterior, y promete religiosísimamente que expondrá por escrito y les enviará aquellas cosas que ni a los suyos son conocidas. Pues dice que allí ha colegido por muchos indicios que en los simulacros una cosa significa el cielo, otra la tierra, otra los ejemplares de las cosas, que Platón llama ideas: quiere que por el cielo se entienda Júpiter, por la tierra Juno, por las ideas Minerva: el cielo por el cual se hace algo, la tierra de la cual se hace, el ejemplar según el cual se hace. En lo cual omito decir que Platón dice que aquellas ideas tienen tanta fuerza que, según ellas, no es que el cielo haya hecho algo, sino que incluso el cielo ha sido hecho. Digo esto: que él, en este libro de los dioses selectos, ha perdido aquella razón de los tres dioses con los cuales como que lo abarcó todo. Pues al cielo atribuyó los dioses masculinos, las hembras a la tierra: entre las cuales puso a Minerva, a quien arriba del mismo cielo había puesto antes. Luego el dios masculino Neptuno está en el mar, lo cual pertenece a la tierra más bien que al cielo. Finalmente el padre Dis (Dispater), que en griego se llama Plutón, él mismo también hermano masculino de ambos, se afirma que es un dios terreno; teniendo la tierra superior y teniendo en la inferior a su esposa Proserpina. ¿Cómo, pues, intentan referir los dioses al cielo y las diosas a la tierra? ¿Qué de sólido, qué de constante, qué de sobrio, qué de definido tiene esta disputa?

Illa autem est Tellus initium dearum, Mater scilicet magna, apud quam mollium et abscisorum seseque secantium atque jactantium insana perstrepit turpitudo: quid est ergo quod dicitur caput deorum Janus, caput dearum Tellus? Nec ibi facit unum caput error, nec hic sanum furor. Cur haec frustra referre nituntur ad mundum? Quod etsi possent, pro Deo vero mundum nemo pius colit: et tamen eos nec hoc posse, veritas aperta convincit. Referant haec potius ad homines mortuos, et ad daemones pessimos, et nulla quaestio remanebit.

Caput XXIX.

Quod omnia quae physiologi ad mundum partesque ipsius retulerunt, ad unum verum Deum referre debuerint.

Namque omnia quae ab eis ex istorum deorum theologia velut physicis rationibus referuntur ad mundum, quam sine ullo scrupulo sacrilegae opinionis Deo potius vero, qui fecit mundum, omnis animae et omnis corporis conditori tribuantur, advertamus hoc modo: Nos Deum colimus, non coelum et terram, quibus duabus partibus mundus hic constat: nec animam vel animas per viventia quaecumque diffusas; sed Deum qui fecit coelum et terram et omnia quae in eis sunt: qui fecit omnem animam, sive quocumque modo viventem et sensus ac rationis expertem, sive etiam sentientem, sive etiam intelligentem.

Caput XXX.

Qua pietate discernatur a creaturis Creator, ne pro uno tot dii colantur, quot sunt opera unius auctoris.

Et jam ut incipiam illa unius et veri Dei opera percurrere, propter quae isti sibi dum quasi honeste conantur sacramenta turpissima et scelestissima interpretari, deos multos falsosque fecerunt: illum Deum colimus, qui naturis a se creatis et subsistendi et movendi initia finesque constituit; qui rerum causas habet, novit atque disponit; qui vim seminum condidit; qui rationalem animam, quod dicitur animus, quibus voluit viventibus indidit; qui sermonis facultatem usumque donavit;

Aquella empero es Telus el comienzo de las diosas, a saber, la Gran Madre, en la cual resuena la insana torpeza de los afeminados y castrados y de los que se cortan y agitan: ¿qué es, pues, lo que se dice que Jano es la cabeza de los dioses y Telus la cabeza de las diosas? Ni allí el error hace una sola cabeza, ni aquí el furor una sana. ¿Por qué se esfuerzan en vano en referir estas cosas al mundo? Porque aunque pudieran, ningún piadoso adora al mundo en vez del Dios verdadero: y sin embargo, la verdad abierta convence de que ni siquiera pueden esto. Refieran estas cosas más bien a los hombres muertos y a los demonios pésimos, y no quedará ninguna cuestión.

Capítulo XXIX.

Que todas las cosas que los fisiólogos refirieron al mundo y a sus partes, debieron referirlas al único Dios verdadero.

Pues advirtamos de este modo cómo todas las cosas que por ellos son referidas a partir de la teología de estos dioses, como por razones físicas, al mundo, pueden, sin escrúpulo alguno de opinión sacrílega, ser atribuidas más bien al Dios verdadero que hizo el mundo, hacedor de toda alma y de todo cuerpo: Nosotros adoramos a Dios, no al cielo y a la tierra, de cuyas dos partes consta este mundo; ni al alma o a las almas difundidas por cualesquiera seres vivientes, sino a Dios que hizo el cielo y la tierra y todas las cosas que en ellos hay; el cual hizo toda alma, ya sea la que vive de cualquier modo y carece de sentido y de razón, ya también la que siente, ya también la que entiende.

Capítulo XXX.

Por qué piedad se distingue el Creador de las criaturas, para que en vez de uno no se adoren tantos dioses cuantas son las obras de un solo autor.

Y ya para que comience a recorrer aquellas obras del único y verdadero Dios, por las cuales estos, mientras intentan como honestamente interpretar sacramentos torpísimos y malvadísimos, hicieron muchos y falsos dioses: a aquel Dios adoramos, el cual constituyó a las naturalezas por él creadas los inicios y los fines de subsistir y de moverse; el cual tiene, conoce y dispone las causas de las cosas; el cual fundó la fuerza de las semillas; el cual puso el alma racional, que se llama ánimo (animus), en los vivientes que quiso; el cual donó la facultad y el uso del habla;

qui munus futura dicendi, quibus placuit spiritibus impertivit, et per quos placet ipse futura praedicit, et per quos placet malas valetudines pellit; qui bellorum quoque ipsorum, cum sic emendandum et castigandum est genus humanum, exordiis, progressibus, finibusque moderatur; qui hujus mundi ignem vehementissimum et violentissimum pro immensae naturae temperamento et creavit et regit; qui universarum aquarum creator et gubernator est; qui solem fecit corporalium clarissimum luminum, eique vim congruam et motum dedit; qui ipsis etiam inferis dominationem suam potestatemque non subtrahit; qui semina et alimenta mortalium, sive arida sive liquida, naturis competentibus attributa substituit; qui terram fundat atque fecundat; qui fructus ejus animalibus hominibusque largitur; qui causas non solum principales, sed etiam subsequentes novit atque ordinat; qui lunae statuit motum suum; qui vias coelestes atque terrestres locorum mutationibus praebet; qui humanis ingeniis, quae creavit, etiam scientias artium variarum ad adjuvandam vitam naturamque concessit; qui conjunctionem maris et feminae ad adjutorium propagandae prolis instituit; qui hominum coetibus, quem focis et luminibus adhiberent, ad facillimos usus munus terreni ignis indulsit. Ista sunt certe, quae diis selectis, per nescio quas physicas interpretationes vir acutissimus atque doctissimus Varro, sive quae aliunde accepit, sive quae ipse conjecit, distribuere laboravit.

[XXX.] Haec autem facit atque agit unus verus Deus; sed sicut Deus, id est ubique totus, nullis inclusus locis, nullis vinculis alligatus, in nullas partes sectilis, ex nulla parte mutabilis, implens coelum et terram praesente potentia, non indigente natura. Sic itaque administrat omnia quae creavit, ut etiam ipsa proprios exercere et agere motus sinat. Quamvis enim nihil esse possint sine ipso, non sunt quod ipse. Agit autem multa etiam per Angelos: sed non nisi ex se ipso beatificat Angelos. Ita quamvis propter aliquas causas hominibus Angelos mittat: non tamen ex Angelis homines, sed ex se ipso, sicut Angelos, beatificat. Ab hoc uno et vero Deo vitam speramus aeternam.

Caput XXXI.

Quibus proprie beneficiis Dei, excepta generali largitate, sectatores veritatis utantur.

el cual impartió el don de decir las cosas futuras a los espíritus que le plugo, y por quienes le place él mismo predice las cosas futuras, y por quienes le place ahuyenta las malas enfermedades; el cual también modera los inicios, los progresos y los fines de las guerras mismas, cuando así ha de ser enmendado y castigado el género humano; el cual tanto creó como rige el fuego violentísimo y vehementísimo de este mundo según el temperamento de una inmensa naturaleza; el cual es creador y gobernante de todas las aguas; el cual hizo el sol, el más claro de los luminares corpóreos, y le dio la fuerza y el movimiento congruentes; el cual incluso a los mismos ínferos no sustrae su dominación y potestad; el cual suministró las semillas y los alimentos de los mortales, ya secos ya líquidos, atribuidos a las naturalezas competentes; el cual funda y fecunda la tierra; el cual otorga sus frutos a los animales y a los hombres; el cual conoce y ordena las causas no solo principales, sino también subsiguientes; el cual constituyó a la luna su movimiento; el cual ofrece las vías celestes y terrestres para los cambios de lugares; el cual concedió a los ingenios humanos que creó incluso las ciencias de las diversas artes para ayuda de la vida y de la naturaleza; el cual instituyó la conjunción de macho y hembra para ayuda de la propagación de la prole; el cual concedió a las asambleas de los hombres el don del fuego terreno para los usos más fáciles, que aplicaran a los hogares y a las luces. Estas son ciertamente las cosas que el hombre agudísimo y doctísimo Varrón, ya sea lo que recibió de otra parte o lo que él mismo conjeturó, se esforzó por distribuir a los dioses selectos por no sé qué interpretaciones físicas (physicas interpretationes).

[XXX.] Estas cosas empero las hace y actúa el único Dios verdadero; pero como Dios, esto es, en todas partes todo, incluido en ningún lugar, ligado con ningún vínculo, no divisible en ninguna parte, en ninguna parte mudable, llenando el cielo y la tierra con su potencia presente, no con naturaleza indigente. Así, pues, administra todas las cosas que creó que incluso permite que ellas mismas ejerzan y actúen sus propios movimientos. Pues aunque nada pueden ser sin él, no son lo que él es. Actúa empero muchas cosas también por medio de los Ángeles (Angelos): pero no beatifica a los Ángeles sino a partir de sí mismo. Así, aunque por algunas causas envíe Ángeles a los hombres, no sin embargo beatifica a los hombres a partir de los Ángeles, sino a partir de sí mismo, como a los Ángeles. De este único y verdadero Dios esperamos la vida eterna.

Capítulo XXXI.

De qué beneficios de Dios propiamente, exceptuada la largueza general, usan los seguidores de la verdad.

Habemus enim ab illo, praeter hujuscemodi beneficia, quae ex hac, de qua nonnulla diximus, administratione naturae bonis malisque largitur, magnum et bonorum proprium magnae dilectionis indicium. Quanquam enim, quod sumus, quod vivimus, quod coelum terramque conspicimus, quod habemus mentem atque rationem, qua eum ipsum, qui haec omnia condidit, inquiramus, nequaquam valeamus actioni sufficere gratiarum: tamen quod nos oneratos obrutosque peccatis, et a contemplatione suae lucis aversos, ac tenebrarum, id est iniquitatis, dilectione caecatos, non omnino deseruit, misitque nobis Verbum suum, qui est ejus unicus Filius, quo pro nobis assumpta carne nato atque passo, quanti Deus hominem penderet nosceremus, atque illo sacrificio singulari a peccatis omnibus mundaremur, ejusque Spiritu in cordibus nostris dilectione diffusa, omnibus difficultatibus superatis in aeternam requiem et contemplationis ejus ineffabilem dulcedinem veniremus, quae corda, quot linguae ad agendas ei gratias satis esse contenderint?

CAPUT XXXII.---Quod sacramentum redemptionis Christi nullis retro temporibus defuerit, semperque sit diversis significationibus praedicatum. Hoc mysterium vitae aeternae jam inde ab exordio generis humani per quaedam signa et sacramenta temporibus congrua, quibus oportuit, per Angelos praedicatum est. Deinde populus Hebraeus in unam quamdam rempublicam, quae hoc sacramentum ageret, congregatus est; ubi per quosdam scientes, per quosdam nescientes, id quod ex adventu Christi usque nunc et deinceps agitur, praenuntiaretur esse venturum: sparsa etiam postea eadem gente per gentes propter testimonium Scripturarum, quibus aeterna salus in Christo futura praedicta est. Omnes enim non solum prophetiae, quae in verbis sunt; nec tantum praecepta vitae, quae mores pietatemque conformant, atque illis litteris continentur; verum etiam sacra, sacerdotia, tabernaculum, sive templum, altaria, sacrificia, cerimoniae, dies festi, et quidquid aliud ad eam servitutem pertinet, quae Deo debetur, et graece proprie λατρεία dicitur, ea significaverunt et praenuntiaverunt quae, propter aeternam vitam fidelium in Christo et impleta credimus, et impleri cernimus, et implenda confidimus.

Caput XXXIII.

Quod per solam christianam religionem manifestari potuerit fallacia spirituum malignorum, de hominum errore gaudentium.

Pues tenemos de él, además de los beneficios de esta clase que, a partir de esta administración de la naturaleza sobre la cual hemos dicho algunas cosas, otorga a buenos y malos, un indicio grande y propio de los buenos de su gran amor. Pues aunque en cuanto a que somos, a que vivimos, a que contemplamos el cielo y la tierra, a que tenemos mente y razón con que busquemos a aquel mismo que fundó todas estas cosas, de ningún modo podamos ser suficientes para la acción de gracias; sin embargo, porque no nos abandonó del todo, cargados y abrumados por los pecados, y apartados de la contemplación de su luz, y cegados por el amor de las tinieblas, esto es, de la iniquidad, y nos envió su Verbo (Verbum suum), que es su único Hijo (Filius), por el cual, asumida la carne por nosotros, nacido y habiendo padecido, conociéramos cuánto valoraba Dios al hombre, y por aquel sacrificio singular fuéramos limpiados de todos los pecados, y difundido el amor en nuestros corazones por su Espíritu (Spiritu), superadas todas las dificultades, viniéramos al descanso eterno y a la inefable dulzura de su contemplación, ¿qué corazones, cuántas lenguas pretenderán ser bastantes para darle gracias?

CAPÍTULO XXXII.---Que el sacramento de la redención de Cristo en ningún tiempo pasado ha faltado, y siempre ha sido predicado por diversas significaciones. Este misterio de la vida eterna ya desde el exordio del género humano fue predicado por los Ángeles (Angelos) por medio de ciertos signos y sacramentos congruentes a los tiempos, según convino. Luego el pueblo hebreo (Hebraeus) fue congregado en una cierta república, la cual realizara este sacramento; donde por unos que sabían, por otros que no sabían, se prenunciara que había de venir aquello que desde el advenimiento de Cristo hasta ahora y en adelante se realiza: dispersa también después esa misma nación por las gentes por causa del testimonio de las Escrituras (Scripturarum), por las cuales se predijo la salvación eterna que habría en Cristo. Pues todas las cosas, no solo las profecías que consisten en palabras, ni solo los preceptos de vida que conforman las costumbres y la piedad, y se contienen en aquellas letras; sino incluso los ritos, sacerdocios, el tabernáculo o templo, aras, sacrificios, ceremonias, días festivos, y cualquier otra cosa que pertenezca a aquella servidumbre que se debe a Dios, y en griego se llama propiamente latreía (latreia), significaron y prenunciaron aquellas cosas que, por causa de la vida eterna de los fieles en Cristo, tanto creemos haber sido cumplidas, como vemos que se cumplen, como confiamos que se han de cumplir.

Capítulo XXXIII.

Que por sola la religión cristiana pudo manifestarse la falacia de los espíritus malignos, que se gozan del error de los hombres.

Per hanc ergo religionem unam et veram potuit aperiri, deos Gentium esse immundissimos daemones, sub defunctarum occasionibus animarum vel creaturarum specie mundanarum deos se putari cupientes, et quasi divinis honoribus eisdemque scelestis ac turpibus rebus superba impuritate laetantes, atque ad verum Deum conversionem humanis animis invidentes. Ex quorum immanissimo et impiissimo dominatu homo liberatur, cum credit in eum qui praebuit ad exsurgendum tantae humilitatis exemplum, quanta illi superbia ceciderunt. Hinc sunt non solum illi, de quibus multa jam diximus, et alii atque alii similes caeterarum gentium atque terrarum; sed etiam hi, de quibus nunc agimus, tanquam in senatum deorum selecti; sed plane selecti nobilitate criminum, non dignitate virtutum. Quorum sacra Varro dum quasi ad naturales rationes referre conatur, quaerens honestare res turpes, quomodo his quadret et consonet, non potest invenire: quoniam non sunt ipsae illorum sacrorum causae quas putat, vel potius vult putari. Nam si non solum ipsae, verum etiam quaelibet aliae hujus generis essent, quamvis nihil ad Deum verum vitamque aeternam, quae in religione quaerenda est, pertinerent; tamen qualicumque de rerum natura reddita ratione, aliquantulum mitigarent offensionem, quam non intellecta in sacris aliqua velut turpitudo aut absurditas fecerat; sicut in quibusdam theatrorum fabulis vel delubrorum mysteriis facere conatus est: ubi non theatra delubrorum similitudine absolvit, sed theatrorum potius similitudine delubra damnavit; tamen utcumque conatus est, ut sensum horribilibus rebus offensum velut naturalium causarum ratione reddita deliniret.

Caput XXXIV.

De libris Numae Pompilii, quos senatus, ne sacrorum causae, quales in eis habebantur, innotescerent, jussit incendi.

Sed contra invenimus, sicut ipse vir doctissimus prodidit, de Numae Pompilii libris redditas sacrorum causas nullo modo potuisse tolerari, nec dignas habitas, quae non solum lectae innotescerent religiosis, sed saltem scriptae reconderentur in tenebris. Jam enim dicam, quod in tertio hujus operis libro me suo loco dicturum esse promiseram (Cap. IX). Nam, sicut apud eumdem Varronem legitur in libro de Cultu deorum, «Terentius quidam cum haberet ad Janiculum fundum, et bubulcus ejus juxta sepulcrum Numae Pompilii trajiciens aratrum eruisset ex terra libros ejus, ubi sacrorum institutorum scriptae erant causae, in Urbem pertulit ad praetorem. At ille cum inspexisset principia, rem tantam detulit ad senatum. Ubi cum primores quasdam causas legissent, cur quidque in sacris fuerit institutum, Numae mortuo senatus assensus est, eosque libros tanquam religiosi patres conscripti, praetor ut combureret, censuerunt».

Por esta sola religión, y verdadera, pudo abrirse que los dioses de las Gentes son demonios (daemones) impurísimos, que bajo las ocasiones de almas difuntas o la especie de criaturas mundanas desean ser tenidos por dioses, y se gozan con soberbia impureza en honores casi divinos y en las mismas cosas malvadas y torpes, y envidian la conversión de las almas humanas al verdadero Dios. De cuyo imantísimo e impiísimo dominio el hombre es librado, cuando cree en aquel que ofreció para levantarse un ejemplo de tanta humildad, cuanta fue la soberbia con que aquellos cayeron. De aquí son no solo aquellos de quienes ya hemos dicho muchas cosas, y otros y otros semejantes de las demás gentes y tierras; sino también estos de quienes ahora tratamos, como seleccionados para el senado de los dioses; pero claramente seleccionados por la nobleza de sus crímenes, no por la dignidad de sus virtudes. Cuyos ritos sagrados mientras Varrón intenta referir como a razones naturales, buscando honestar las cosas torpes, no puede encontrar cómo cuadre y consuene con estas: puesto que no son las causas de aquellos ritos las que él piensa, o más bien quiere que se piensen. Porque si no solo ellas, sino incluso cualesquiera otras de este género fueran, aunque nada pertenecieran al verdadero Dios y a la vida eterna, que ha de buscarse en la religión; sin embargo, rendida cualquier razón de la naturaleza de las cosas, mitigarían un poco la ofensa que alguna como torpeza o absurdidad no entendida en los ritos había causado; tal como intentó hacer en ciertas fábulas de los teatros o misterios de los santuarios: donde no absolvió los teatros por la similitud de los santuarios, sino que más bien compartió la similitud de los teatros para condenar los santuarios; sin embargo, de cualquier modo lo intentó, para que el sentido ofendido por cosas horribles se suavizara rendida la razón de las causas naturales.

Capítulo XXXIV.

De los libros de Numa Pompilio, los cuales el senado, para que las causas de los ritos sagrados, cuales en ellos se contenían, no se conocieran, mandó incendiar.

Pero por el contrario encontramos, según el mismo varón doctísimo transmitió, que las causas de los ritos sagrados rendidas de los libros de Numa Pompilio de ningún modo pudieron tolerarse, ni fueron tenidas por dignas de que no solo llegaran a conocimiento de los religiosos siendo leídas, sino que al menos siendo escritas se guardaran en las tinieblas. Pues ya diré lo que en el tercer libro de esta obra había prometido que diría en su lugar (Cap. IX). Porque, según se lee en el mismo Varrón en el libro sobre el Culto de los dioses, «un cierto Terencio, teniendo una finca en el Janículo (Janiculum), y pasando su boyero con el arado junto al sepulcro de Numa Pompilio, extrajo de la tierra sus libros, donde estaban escritas las causas de los ritos instituidos, y los llevó a la Ciudad al pretor. Y este, habiendo inspeccionado los principios, llevó tan gran asunto al senado. Donde habiendo leído los próceres ciertas causas de por qué cada cosa fue instituida en los ritos, el senado asintió al difunto Numa, y aquellos libros, como religiosos padres conscriptos, decretaron que el pretor los quemara».

Credat quisque quod putat: imo vero dicat quod dicendum suggesserit vesana contentio, quilibet tantae impietatis defensor egregius. Me admonere sufficiat, sacrorum causas a rege Pompilio, Romanorum sacrorum institutore, conscriptas, nec populo, nec senatui, nec saltem ipsis sacerdotibus innotescere debuisse, ipsumque Numam Pompilium curiositate illicita ad ea daemonum pervenisse secreta, quae ipse quidem scriberet, ut haberet unde legendo commoneretur: sed ea tamen, cum rex esset, qui minime quemquam metueret, nec docere aliquem, nec delendo vel quoquo modo consumendo perdere auderet; ita quod scire neminem voluit, ne homines nefaria doceret, violare autem timuit, ne daemones iratos haberet, obruit ubi tutum putavit, sepulcro suo propinquare aratrum posse non credens. Senatus autem cum religiones formidaret damnare majorum, et ideo Numae assentiri cogeretur; illos tamen libros tam perniciosos esse judicavit, ut nec obrui rursus juberet, ne humana curiositas multo vehementius rem jam proditam quaereret, sed flammis aboleri nefanda monumenta: ut, quia jam necesse esse existimabant sacra illa facere, tolerabilius erraretur causis eorum ignoratis, quam cognitis civitas turbaretur.

Caput XXXV.

De hydromantia, per quam Numa, visis quibusdam daemonum imaginibus, ludificabatur.

Nam et ipse Numa, ad quem nullus Dei propheta, nullus sanctus angelus mittebatur, hydromantiam facere compulsus est, ut in aqua videret imagines deorum, vel potius ludificationes daemonum, a quibus audiret quid in sacris constituere atque observare deberet. Quod genus divinationis idem Varro a Persis dicit allatum, quo et ipsum Numam, et postea Pythagoram philosophum usum fuisse commemorat: ubi adhibito sanguine etiam inferos perhibet sciscitari; et νεκρομαντείαν graece dicit vocari: quae sive hydromantia, sive necromantia dicatur, idipsum est, ubi videntur mortui divinare. Quibus haec artibus fiant, ipsi viderint. Nolo enim dicere has artes etiam ante nostri Salvatoris adventum in ipsis civitatibus Gentium legibus solere prohiberi, et poena severissima vindicari. Nolo, inquam, hoc dicere: fortassis enim talia tunc licebant. His tamen artibus dicit sacra illa Pompilius, quorum sacrorum facta prodidit, causas obruit; ita timuit et ipse quod didicit: quarum causarum proditos libros senatus incendit.

Crea cada cual lo que piense; o más bien diga lo que la insana contención, cualquier egregio defensor de tanta impiedad, sugiera que se diga. Bástenos a mí amonestar que las causas de los ritos escritas por el rey Pompilio, instituidor de los ritos romanos, no debieron llegar a conocimiento ni del pueblo, ni del senado, ni siquiera de los mismos sacerdotes, y que el mismo Numa Pompilio por curiosidad ilícita llegó a aquellos secretos de los demonios, los cuales él mismo ciertamente escribió para tener de dónde recordarse leyendo; pero que, sin embargo, siendo rey, que para nada temía a nadie, ni se atrevió a enseñar a nadie, ni a perderlos borrándolos o consumiéndolos de cualquier modo; así, lo que no quiso que nadie supiera para no enseñar a los hombres cosas nefarias, pero temió violar para no tener a los demonios airados, lo enterró donde pensó que estaba seguro, no creyendo que el arado pudiera acercarse a su sepulcro. Pero el senado, como temiera condenar las religiones de los mayores, y por eso se viera obligado a asentir a Numa; juzgó, sin embargo, que aquellos libros eran tan perniciosos, que no mandó enterrarlos de nuevo, para que la curiosidad humana no buscara con mucha más vehemencia el asunto ya delatado, sino que los nefandos monumentos fueran abolidos por las llamas: para que, ya que juzgaban necesario hacer aquellos ritos, se errara más tolerablemente ignoradas sus causas, que se turbara la ciudad conociéndolas.

Capítulo XXXV.

De la hidromancia, por la cual Numa, vistas ciertas imágenes de los demonios, era burlado.

Porque también el mismo Numa, a quien ningún profeta de Dios, ningún ángel santo era enviado, fue compelido a hacer hidromancia (hydromantiam), para ver en el agua las imágenes de los dioses, o más bien las burlas de los demonios, de quienes oyera qué debía constituir y observar en los ritos sagrados. El cual género de adivinación (divinatio) dice el mismo Varrón que fue traído de los Persas, del cual conmemora que usaron tanto el mismo Numa como después Pitágoras el filósofo; donde también refiere que, añadido el uso de sangre, se consulta a los de abajo, y dice que en griego se llama necromancia (necromanteia): la cual, ya se llame hidromancia o necromancia, es lo mismo, donde se ve que los muertos adivinan. Con qué artes se hagan estas cosas, ellos lo vean. Pues no quiero decir que estas artes incluso antes del advenimiento de nuestro Salvador solieran prohibirse por las leyes en las mismas ciudades de las Gentes, y ser vengadas con pena severísima. No quiero, digo, decir esto; pues tal vez entonces tales cosas eran lícitas. Sin embargo, con estas artes dice Pompilio aquellos ritos, cuyos hechos de los ritos delató, las causas enterró; de tal modo temió él mismo lo que aprendió: de cuyas causas el senado incendió los libros delatados.

Quid mihi ergo Varro illorum sacrorum alias nescio quas causas velut physicas interpretatur; quales si libri illi habuissent, non utique arsissent; aut et istos Varronis ad Caesarem pontificem scriptos atque editos patres conscripti similiter incendissent? Quod ergo aquam egesserit, id est exportaverit, Numa Pompilius, unde hydromantiam faceret, ideo nympham Egeriam conjugem dicitur habuisse, quemadmodum in supradicto libro Varronis exponitur. Ita enim solent res gestae aspersione mendaciorum in fabulas verti. In illa igitur hydromantia curiosissimus ille rex Romanus et sacra didicit, quae in libris suis pontifices haberent; et eorum causas, quas praeter se neminem scire voluit. Itaque eas seorsum scriptas secum quodammodo mori fecit, quando ita subtrahendas hominum notitiae sepeliendasque curavit. Aut ergo daemonum illic tam sordidae et noxiae cupiditates erant conscriptae, ut ex his tota illa theologia civilis etiam apud tales homines exsecrabilis appareret, qui tam multa in ipsis sacris erubescenda susceperant aut illi omnes nihil aliud quam homines mortui prodebantur, quos tam prolixi temporis vetustate fere omnes populi Gentium deos immortales esse crediderant: cum et talibus sacris iidem illi daemones oblectarentur, qui se colendos pro ipsis mortuis, quos deos putari fecerant quibusdam fallacium miraculorum attestationibus, supponebant. Sed occulta Dei veri providentia factum est, ut et Pompilio amico suo illis conciliati artibus, quibus hydromantia fieri potuit, cuncta illa confiteri permitterentur; et tamen ut moriturus incenderet ea potius, quam obrueret, admonere non permitterentur: qui ne innotescerent, nec aratro, quo sunt eruta, obsistere potuerunt, nec stilo Varronis, quo ea quae de hac re gesta sunt, in nostram memoriam pervenerunt. Non enim possunt quod non sinuntur efficere: sinuntur autem alto Dei summi justoque judicio pro meritis eorum, quos ab eis vel affligi tantum, vel etiam subjici ac decipi justum est. Quam vero perniciosae vel a cultu verae divinitatis alienae illae litterae judicatae sint, hinc intelligi potest, quod eas maluit senatus incendere, quas Pompilius occultavit, quam timere quod timuit qui hoc audere non potuit. Qui ergo vitam nec modo habere vult piam, talibus sacris quaerat aeternam. Qui autem cum malignis daemonibus non vult habere societatem, non superstitionem, qua coluntur, noxiam pertimescat: sed veram religionem, qua produntur et vincumtur, agnoscat.

¿Por qué, pues, me interpreta Varrón otras no sé qué causas de aquellos ritos como si fueran físicas; tales que si aquellos libros las hubieran tenido, no ciertamente se habrían quemado; o los padres conscriptos habrían incendiado de igual modo esos de Varrón escritos y editados para César el pontífice? Porque, por tanto, extrajera agua, esto es, la sacara, Numa Pompilio, para hacer con ella hidromancia, se dice por esa razón que tuvo por esposa a la ninfa Egeria, según se expone en el sobredicho libro de Varrón. Pues así suelen las cosas hechas convertirse en fábulas por la aspersión de mentiras. En aquella hidromancia, por tanto, aquel curiosísimo rey romano aprendió tanto los ritos que los pontífices (pontifices) debían tener en sus libros, como las causas de ellos, las cuales no quiso que nadie supiera fuera de él mismo. Y así, escritas por separado, hizo que en cierto modo murieran con él, cuando procuró que así fueran sustraídas de la noticia de los hombres y enterradas. O bien estaban allí escritas tan sordas y nocivas codicias de los demonios, que por ellas toda aquella teología civil apareciera execrable incluso ante tales hombres, que tantas cosas vergonzosas habían recibido en los ritos mismos; o bien se delataba que todos aquellos no eran sino hombres muertos, a quienes por la antigüedad de tan prolijo tiempo casi todos los pueblos de las Gentes habían creído que eran dioses inmortales: deleitándose también con tales ritos aquellos mismos demonios, que se suponían para ser adorados en lugar de los mismos muertos, a quienes habían hecho ser tenidos por dioses con el testimonio de algunos milagros falaces. Pero por la oculta providencia del Dios verdadero se hizo que, conciliados por aquellas artes con las que pudo hacerse la hidromancia, se les permitiera confesar todas aquellas cosas incluso a su amigo Pompilio; y que, sin embargo, no se les permitiera amonestarle para que, próximo a morir, las incendiara más bien que enterrarlas: los cuales, para que no se conocieran, ni pudieron resistir al arado con que fueron extraídas, ni al estilo de Varrón, por el cual aquellas cosas que se hicieron sobre este asunto han llegado a nuestra memoria. Pues no pueden efectuar lo que no se les permite; y se les permite por el alto y justo juicio del Dios sumo según los méritos de aquellos a quienes es justo que sean por ellos o solo afligidos, o incluso sometidos y engañados. Cuán verdaderamente perniciosas o ajenas al culto de la verdadera divinidad fueron juzgadas aquellas letras, puede entenderse de aquí: que el senado prefirió incendiar las que Pompilio ocultó, que temer lo que temió el que no pudo atreverse a esto. Quien, pues, quiera tener una vida no ya ahora piadosa, busque por tales ritos la eterna. Pero quien no quiera tener sociedad con los espíritus malignos, no tema la superstición nociva por la cual son adorados; sino que reconozca la verdadera religión por la cual son delatados y vencidos.

LIBER OCTAVUS.

Venit ad tertium genus theologiae, quae dicitur naturalis, deque diis eo pertinentibus quaestionem, an istorum videlicet deorum cultus prosit ad consequendam vitam beatam, quae post mortem futura est, discutiendam suscipit cum Platonicis, qui caeterorum philosophorum sunt facile principes et ad fidei christianae veritatem propius accedentes. Atque hic primum refellit Apuleium et quicumque alii cultum daemonibus tanquam internuntiis et interpretibus inter deos et homines impendi volunt; ostendens ipsos daemones quos vitiis obnoxios esse, et quae probi prudentesque homines aversantur et damnant, id est, sacrilega poetarum figmenta, ludibria theatrica, magicarum artium maleficia et scelera importasse, iisque omnino favere et delectari compertum est, nulla posse ratione diis bonis homines conciliare.

Caput Primum.

De quaestione naturalis theologiae cum philosophis excellentioris scientiae discutienda.

Nunc intentiore nobis opus est animo multo quam erat in superiorum solutione quaestionum et explicatione librorum. De theologia quippe, quam naturalem vocant, non cum quibuslibet hominibus (non enim fabulosa est vel civilis, hoc est vel theatrica vel urbana; quarum altera jactitat deorum crimina, altera indicat deorum desideria criminosiora, ac per hoc malignorum potius daemonum quam deorum); sed cum philosophis est habenda collatio: quorum ipsum nomen si latine interpretemur, amorem sapientiae profitetur. Porro si sapientia Deus est, per quem facta sunt omnia, sicut divina auctoritas veritasque monstravit (Sap. VII, 24-27; et Hebr. 1, 2, 3), verus philosophus est amator Dei. Sed quia res ipsa, cujus hoc nomen est, non est in omnibus qui hoc nomine gloriantur (neque enim continuo verae sapientiae sunt amatores, quicumque appellantur philosophi): profecto ex omnibus, quorum sententias et litteris nosse potuimus, eligendi sunt cum quibus non indigne quaestio ista tractetur.

LIBRO OCTAVO.

Llega al tercer género de teología, que se llama natural, y a la cuestión de los dioses que a ella pertenecen, a saber, si el culto de esos dioses aprovecha para conseguir la vida bienaventurada que ha de haber después de la muerte, la cual discusión emprende con los Platónicos, que son fácilmente los príncipes de los demás filósofos y los que más se acercan a la verdad de la fe cristiana. Y aquí primero refuta a Apuleyo y a cualesquiera otros que quieren que se rinda culto a los demonios como a mensajeros e intérpretes entre los dioses y los hombres; mostrando que los mismos demonios, a quienes se comprueba que están sujetos a los vicios, y aquellas cosas que los hombres probos y prudentes detestan y condenan, esto es, las sacrílegas ficciones de los poetas, las burlas teatrales, las maleficencias y crímenes de las artes mágicas, ellos las introdujeron, y se ha comprobado que en todo las favorecen y se deleitan con ellas, de ningún modo pueden conciliar a los hombres con los dioses buenos.

Capítulo Primero.

Sobre la cuestión de la teología natural que ha de discutirse con los filósofos de ciencia más excelente.

Ahora nos es necesario un ánimo mucho más atento de lo que fue en la solución de las cuestiones superiores y en la explicación de los libros. Pues sobre la teología que llaman natural, no con cualesquiera hombres (pues no es la fabulosa o la civil, esto es, ni la teatral ni la urbana; de las cuales una alardea de los crímenes de los dioses, la otra indica los deseos más criminales de los dioses, y por ello más bien de los demonios malignos que de los dioses); sino con los filósofos ha de tenerse la colación: cuyo nombre mismo, si lo interpretamos en latín, profesa el amor a la sabiduría. Por lo demás, si la sabiduría es Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, como la divina autoridad y verdad mostró (Sab. VII, 24-27; y Heb. 1, 2, 3), el verdadero filósofo es amador de Dios. Pero porque la cosa misma de que es este nombre no está en todos los que se glorían de este nombre (pues no por ser llamados filósofos son continuamente amadores de la verdadera sabiduría), ciertamente de todos, cuyas sentencias pudimos conocer incluso por las letras, han de ser elegidos aquellos con quienes no indignamente se trate esta cuestión.

Neque enim hoc opere omnes omnium philosophorum vanas opiniones refutare suscepi, sed eas tantum quae ad theologiam pertinent, quo verbo graeco significari intelligimus de divinitate rationem sive sermonem: nec eas omnium, sed eorum tantum, qui cum et esse divinitatem et humana curare consentiant, non tamen sufficere unius incommutabilis Dei cultum ad vitam adipiscendam, etiam post mortem, beatam, sed multos, ab illo sane uno conditos atque institutos, ob eam causam colendos putant. Hi jam etiam Varronis opinionem veritatis propinquitate transcendunt: siquidem ille totam theologiam naturalem usque ad mundum istum vel ejus animam extendere potuit: isti vero supra omnem animae naturam confitentur Deum, qui non solum mundum istum visibilem, qui saepe coeli et terrae nomine nuncupatur, sed etiam omnem omnino animam fecerit; et qui rationalem et intellectualem, cujus generis anima humana est, participatione sui luminis incommutabilis et incorporei beatam facit. Hos philosophos Platonicos appellatos, a Platone doctore vocabulo derivato, nullus qui haec vel tenuiter audivit, ignorat. De hoc igitur Platone, quae necessaria praesenti quaestioni existimo, breviter attingam, prius illos commemorans, qui eum in eodem genere litterarum tempore praecesserunt.

Caput II.

De duobus philosophorum generibus, id est, Italico et Ionico, eorumque auctoribus.

Quantum enim attinet ad litteras graecas, quae lingua inter caeteras gentium clarior habetur, duo philosophorum genera traduntur; unum Italicum, ex ea parte Italiae, quae quondam magna Graecia nuncupata est; alterum Ionicum, in eis terris, ubi et nunc Graecia nominatur. Italicum genus auctorem habuit Pythagoram Samium, a quo etiam ferunt ipsum philosophiae nomen exortum. Nam cum antea Sapientes appellarentur, qui modo quodam laudabilis vitae aliis praestare videbantur; iste interrogatus, quid profiteretur, Philosophum se esse respondit, id est studiosum vel amatorem sapientiae: quoniam sapientem profiteri, arrogantissimum videbatur. Ionici vero generis princeps fuit Thales Milesius, unus illorum septem qui appellati sunt Sapientes.

Pues ni en esta obra he emprendido refutar todas las vanas opiniones de todos los filósofos, sino solo aquellas que pertenecen a la teología (theologia), por cuya palabra griega entendemos que se significa la razón o el sermón sobre la divinidad; ni las de todos, sino solo de aquellos que, aunque consienten tanto en que hay divinidad como en que esta cuida de las cosas humanas, no obstante piensan que no basta el culto de un solo Dios inconmutable para alcanzar la vida, incluso después de la muerte, bienaventurada, sino que creen que por esa causa deben ser adorados muchos, creados e instituidos por aquel solo. Estos ya trascienden incluso la opinión de Varrón por la proximidad a la verdad; puesto que aquel pudo extender toda la teología natural hasta este mundo o su alma; estos, en cambio, confiesan a Dios por encima de toda naturaleza del alma, el cual hizo no solo este mundo visible, que a menudo se designa con el nombre de cielo y tierra, sino también absolutamente toda alma; y el cual hace bienaventurada a la racional e intelectual, de cuyo género es el alma humana, por la participación de su luz inconmutable e incorpórea. A estos filósofos llamados Platónicos (Platonicos), derivado el vocablo de su maestro Platón (Platone), nadie que haya oído esto aunque sea tenuemente lo ignora. Sobre este Platón, pues, tocaré brevemente lo que juzgo necesario para la presente cuestión, conmemorando primero a aquellos que le precedieron en el mismo género de letras.

Capítulo II.

De dos géneros de filósofos, esto es, el Itálico y el Jónico, y de sus autores.

En cuanto pertenece a las letras griegas, cuya lengua se tiene por más clara entre las demás naciones, se transmiten dos géneros de filósofos: uno Itálico (Italicum), de aquella parte de Italia que antiguamente fue llamada Magna Grecia; el otro Jónico (Ionicum), en aquellas tierras donde aun ahora se nombra Grecia. El género Itálico tuvo por autor a Pitágoras Samio (Pythagoram Samium), de quien también refieren que surgió el mismo nombre de la filosofía. Pues como antes se llamaran Sabios (Sapientes) los que por cierto modo de vida laudable parecían aventajar a los demás, este, preguntado qué profesaba, respondió que él era Filósofo (Philosophum), esto es, estudioso o amador de la sabiduría; puesto que profesarse sabio le parecía muy arrogante. Pero del género Jónico el príncipe fue Tales Milesio (Thales Milesius), uno de aquellos siete que fueron llamados Sabios.

Sed illi sex vitae genere distinguebantur, et quibusdam praeceptis ad bene vivendum accommodatis: iste autem Thales, ut successores etiam propagaret, rerum naturam scrutatus suasque disputationes litteris mandans eminuit; maximeque admirabilis exstitit, quod astrologiae numeris comprehensis, defectus solis et lunae etiam praedicere potuit. Aquam tamen putavit rerum esse principium, et hinc omnia elementa mundi ipsumque mundum, et quae in eo gignuntur, existere. Nihil autem huic operi, quod mundo considerato tam admirabile aspicimus, ex divina mente praeposuit. Huic successit Anaximander, ejus auditor, mutavitque de rerum natura opinionem. Non enim ex una re, sicut Thales ex humore, sed ex suis propriis principiis quasque res nasci putavit. Quae rerum principia singularum esse credidit infinita, et innumerabiles mundos gignere, et quaecumque in eis oriuntur; eosque mundos modo dissolvi, modo iterum gigni existimavit, quanta quisque aetate sua manere potuerit; nec ipse aliquid divinae menti in his rerum operibus tribuens. Iste Anaximenem discipulum et successorem reliquit: qui omnes rerum causas infinito aeri dedit: nec deos negavit, aut tacuit; non tamen ab ipsis aerem factum, sed ipsos ex aere ortos credidit. Anaxagoras vero, ejus auditor, harum rerum omnium, quas videmus, effectorem divinum animum sensit; et dixit ex infinita materia, quae constaret similibus inter se particulis, rerum omnium genera pro modulis et speciebus propriis singula fieri, sed animo faciente divino. Diogenes quoque, Anaximenis alter auditor, aerem quidem dixit rerum esse materiam, de qua omnia fierent; sed eum esse compotem divinae rationis, sine qua nihil ex eo fieri posset. Anaxagorae successit auditor ejus Archelaus: etiam ipse de particulis inter se similibus, quibus singula quaeque fierent, ita putavit constare omnia, ut inesse etiam mentem diceret, quae corpora aeterna, id est illas particulas, conjungendo et dissipando ageret omnia. Socrates hujus discipulus fuisse perhibetur, magister Platonis, propter quem breviter cuncta ista recolui.

Caput III.

De Socratica disciplina.

Socrates ergo primus universam philosophiam ad corrigendos componendosque mores flexisse memoratur; cum ante illum omnes magis physicis, id est, naturalibus, rebus perscrutandis operam maximam impenderent.

Pero aquellos seis se distinguían por el género de vida y por ciertos preceptos acomodados para vivir bien; este Tales, en cambio, para propagar también sucesores, escudriñó la naturaleza de las cosas y encomendando sus disputaciones a las letras, sobresalió; y fue especialmente admirable porque, comprendidos los números de la astrología, pudo también predecir los eclipses de sol y de luna. Sin embargo, pensó que el agua era el principio de las cosas, y que de aquí existían todos los elementos del mundo y el mundo mismo, y las cosas que en él se engendran. Pero nada antepuso de una mente divina a esta obra que vemos tan admirable considerado el mundo. A este sucedió Anaximandro (Anaximander), su oyente, y cambió la opinión sobre la naturaleza de las cosas. Pues pensó que cada cosa nacía no de una sola cosa, como Tales del humor, sino de sus propios principios. Los cuales principios de cada cosa creyó que eran infinitos, y que engendraban innumerables mundos y cuantas cosas en ellos se originan; y pensó que esos mundos unas veces se disolvían, otras veces volvían a nacer, según cuanto cada uno hubiera podido permanecer en su edad; ni atribuyó él mismo algo a la mente divina en estas obras de las cosas. Este dejó por discípulo y sucesor a Anaxímenes (Anaximenem), el cual dio todas las causas de las cosas al aire infinito; y no negó a los dioses ni guardó silencio sobre ellos; sin embargo, no creyó que el aire fuera hecho por ellos, sino que ellos nacieron del aire. Pero Anaxágoras (Anaxagoras), su oyente, sintió que el ánimo divino era el efectuador de todas estas cosas que vemos; y dijo que de la materia infinita, que constara de partículas semejantes entre sí, se hacían cada uno de los géneros de todas las cosas según sus módulos y especies propias, pero haciéndolo el ánimo divino. También Diógenes (Diogenes), otro oyente de Anaxímenes, dijo ciertamente que el aire era la materia de las cosas de la cual todo se hacía; pero que este era partícipe de la razón divina, sin la cual nada podría hacerse de él. A Anaxágoras sucedió su oyente Arquelao (Archelaus); también él pensó que todo constaba así de partículas semejantes entre sí, por las cuales se hacía cada cosa, de modo que decía que también existía una mente que, juntando y disipando los cuerpos eternos, esto es, aquellas partículas, lo realizaba todo. Se dice que Sócrates (Socrates) fue discípulo de este, maestro de Platón, por causa de quien he recordado brevemente todas estas cosas.

Capítulo III.

De la disciplina Socrática.

Sócrates (Socrates), pues, es recordado como el primero que inclinó toda la filosofía a corregir y componer las costumbres; cuando antes de él todos empleaban su mayor esfuerzo más bien en escudriñar las cosas físicas, esto es, naturales.

Non mihi autem videtur posse ad liquidum colligi, utrum Socrates, ut hoc faceret, taedio rerum obscurarum et incertarum ad aliquid apertum et certum reperiendum animum intenderit, quod esset beatae vitae necessarium; propter quam unam omnium philosophorum invigilasse ac laborasse videtur industria: an vero, sicut de illo quidam benevolentius suspicantur, nolebat immundos terrenis cupiditatibus animos se extendere in divina conari. Quandoquidem ab eis causas rerum videbat inquiri, quas primas atque summas nonnisi in unius ac summi Dei voluntate esse credebat: unde non eas putabat nisi mundata mente posse comprehendi; et ideo purgandae bonis moribus vitae censebat instandum, ut deprimentibus libidinibus exoneratus animus naturali vigore in aeterna se attolleret, naturamque incorporei et incommutabilis luminis, ubi causae omnium factarum naturarum stabiliter vivunt, intelligentiae puritate conspiceret. Constat eum tamen imperitorum stultitiam scire se aliquid opinantium, etiam in ipsis moralibus quaestionibus, quo totum animum intendisse videbatur, vel confessa ignorantia sua, vel dissimulata scientia, lepore mirabili disserendi et acutissima urbanitate agitasse atque versasse. Unde et concitatis inimicitiis calumniosa criminatione damnatus, morte mulctatus est. Sed eum postea illa ipsa, quae publice damnaverat, Atheniensium civitas publice luxit, in duos accusatores ejus usque adeo populi indignatione conversa, ut unus eorum oppressus vi multitudinis interiret, exsilio autem voluntario atque perpetuo poenam similem alter evaderet. Tam praeclara igitur vitae mortisque fama Socrates reliquit plurimos suae philosophiae sectatores, quorum certatim studium fuit in quaestionum moralium disceptatione versari, ubi agitur de summo bono, quo fieri homo beatus potest. Quod in Socratis disputationibus, dum omnia movet, asserit, destruit, quoniam non evidenter apparuit; quod cuique placuit, inde sumpserunt, et ubi cuique visum est, constituerunt finem boni. Finis autem boni appellatur, quo quisque cum pervenerit, beatus est. Sic autem diversas inter se Socratici de isto fine sententias habuerunt, ut (quod vix credibile est, unius magistri potuisse facere sectatores) quidam summum bonum esse dicerent voluptatem, sicut Aristippus; quidam virtutem, sicut Antisthenes. Sic alii atque alii aliud atque aliud opinati sunt: quos commemorare longum est.

Pero no me parece que pueda deducirse claramente si Sócrates, para hacer esto, dirigió su ánimo por el tedio de las cosas oscuras e inciertas a encontrar algo abierto y cierto que fuera necesario para la vida bienaventurada; por la cual sola parece haber vigilado y trabajado la industria de todos los filósofos; o bien, como algunos sospechan más benévolamente de él, no quería que los ánimos impuros por las codicias terrenales intentaran extenderse a las cosas divinas. Puesto que veía que las causas de las cosas eran investigadas por ellos, las cuales él creía que no eran primeras y sumas sino en la voluntad del solo y sumo Dios; por lo cual no pensaba que aquellas pudieran ser comprendidas sino por una mente purificada; y por eso juzgaba que debía instarse en purgar la vida con buenas costumbres, para que el ánimo exonerado de las libidines que lo deprimen se elevara por su vigor natural a las cosas eternas, y contemplara con la pureza de la inteligencia la naturaleza de la luz incorpórea e inconmutable, donde viven establemente las causas de todas las naturalezas creadas. Consta, sin embargo, que él, con maravilloso encanto de disertar y agudísima urbanidad, agitó y revolvió la estulticia de los ignorantes que opinaban saber algo, incluso en las mismas cuestiones morales a las que parecía haber dirigido todo su ánimo, ya fuera por su confesada ignorancia o por su disimulada ciencia. De donde, concitadas enemistades por una calumniosa criminación, fue condenado y castigado con la muerte. Pero después aquella misma ciudad de Atenas le lloró públicamente, a quien públicamente había condenado, convertida la indignación del pueblo contra sus dos acusadores hasta tal punto que uno de ellos murió oprimido por la violencia de la multitud, y el otro evitó una pena semejante por un exilio voluntario y perpetuo. Con tan preclara fama, pues, de vida y muerte, Sócrates dejó muchísimos seguidores de su filosofía, cuyo estudio fue emuladamente versarse en la disertación de las cuestiones morales, donde se trata del sumo bien por el cual el hombre puede hacerse bienaventurado. El cual, como en las disputaciones de Sócrates, mientras mueve, aserta y destruye todo, no apareció evidentemente, cada cual tomó de allí lo que le plugo, y donde a cada uno le pareció, constituyeron el fin del bien. Pues se llama fin del bien aquel al que cuando alguien llega, es bienaventurado. Pero de tal modo tuvieron los socráticos diversas sentencias entre sí sobre ese fin, que (lo cual apenas es creíble que pudieran hacerlo seguidores de un solo maestro) algunos decían que el sumo bien era el deleite (voluptatem), como Aristipo (Aristippus); otros que la virtud (virtutem), como Antístenes (Antisthenes). Así otros y otros opinaron una y otra cosa: los cuales conmemorar sería largo.

Caput IV.

De praecipuo inter Socratis discipulos Platone, qui omnem philosophiam triplici partitione distinxit.

Sed inter discipulos Socratis, non quidem immerito, excellentissima gloria claruit, qui omnino caeteros obscuraret, Plato. Qui cum esset Atheniensis, honesto apud suos loco natus, et ingenio mirabili longe suos condiscipulos anteiret; parum tamen putans perficiendae philosophiae sufficere se ipsum ac Socraticam disciplinam, quam longe lateque potuit peregrinatus est, quaquaversum eum alicujus nobilitate scientiae percipiendae fama rapiebat. Itaque et in Aegypto didicit quaecumque illic magna habebantur atque docebantur, et inde in eas Italiae partes veniens ubi Pythagoraeorum fama celebrabatur, quidquid Italicae philosophiae tunc florebat, auditis eminentioribus in ea doctoribus facillime comprehendit. Et quia magistrum Socratem singulariter diligebat, eum loquentem fere in omnibus sermonibus suis faciens, etiam illa quae vel ab aliis didicerat, vel ipse quanta potuerat intelligentia viderat, cum illius lepore et moralibus disputationibus temperavit. Itaque cum studium sapientiae in actione et contemplatione versetur, unde una pars ejus activa, altera contemplativa dici potest; quarum activa ad agendam vitam, id est, ad mores instituendos, pertinet, contemplativa autem ad conspiciendas naturae causas et sincerissimam veritatem: Socrates in activa excelluisse memoratur; Pythagoras vero magis contemplativae, quibus potuit intelligentiae viribus, institisse. Proinde Plato utrumque jungendo philosophiam perfecisse laudatur, quam in tres partes distribuit: unam moralem, quae maxime in actione versatur; alteram naturalem, quae contemplationi deputata est; tertiam rationalem, qua verum disterminatur a falso: quae licet utrique, id est actioni et contemplationi, sit necessaria, maxime tamen contemplatio perspectionem sibi vindicat veritatis. Ideo haec tripartitio non est contraria illi distinctioni, qua intelligitur omne studium sapientiae in actione et contemplatione consistere.

Capítulo IV.

De Platón, el principal entre los discípulos de Sócrates, el cual distinguió toda la filosofía con una triple partición.

Pero entre los discípulos de Sócrates, no por cierto inmerecidamente, brilló con excelentísima gloria Platón (Plato), quien oscurecería del todo a los demás. El cual, siendo ateniense, nacido de un lugar honorable entre los suyos, y precediendo de lejos con su maravilloso ingenio a sus condiscípulos; pensando, sin embargo, que para perfeccionar la filosofía no bastaban él mismo ni la disciplina socrática (Socratica), peregrinó cuanto pudo a lo largo y a lo ancho, a dondequiera que le arrebataba la fama de percibir alguna nobleza de ciencia. Así, en Egipto aprendió cuantas cosas grandes allí se tenían y enseñaban, y viniendo de allí a aquellas partes de Italia donde se celebraba la fama de los Pitagóricos (Pythagoraeorum), cuanto de la filosofía itálica (Italicae) entonces florecía, oídos los más eminentes doctores en ella, lo comprendió facilísimamente. Y porque amaba singularmente a su maestro Sócrates, haciéndole hablar en casi todos sus sermones, incluso aquellas cosas que o bien había aprendido de otros, o bien él mismo había visto con cuanta inteligencia pudo, las templó con el encanto y las disputaciones morales de aquel. Por lo tanto, como el estudio de la sabiduría verse en la acción y en la contemplación, de donde una parte de ella puede llamarse activa (activa) y la otra contemplativa (contemplativa); de las cuales la activa pertenece al obrar la vida, esto es, a instituir las costumbres, y la contemplativa a contemplar las causas de la naturaleza y la sincerísima verdad; Sócrates es recordado por haber sobresalido en la activa; Pitágoras, en cambio, por haber instado más en la contemplativa con cuantas fuerzas de inteligencia pudo. Por consiguiente, Platón es alabado por haber perfeccionado la filosofía uniendo ambas, la cual distribuyó en tres partes: una moral (moralem), que versa sobre todo en la acción; otra natural (naturalem), que está dedicada a la contemplación; la tercera racional (rationalem), por la cual se distingue lo verdadero de lo falso; la cual, aunque sea necesaria para ambas, esto es, para la acción y la contemplación, sin embargo, la contemplación reivindica para sí principalmente la perspección de la verdad. Por eso esta tripartición no es contraria a aquella distinción por la cual se entiende que todo estudio de la sabiduría consiste en la acción y en la contemplación.

Quid autem in his vel de his singulis partibus Plato senserit, id est, ubi finem omnium actionum, ubi causam omnium naturarum, ubi lumen omnium rationum esse cognoverit vel crediderit, disserendo explicare et longum esse arbitror, et temere affirmandum esse non arbitror. Cum enim magistri sui Socratis, quem facit in suis voluminibus disputantem, notissimum morem dissimulandae scientiae vel opinionis suae servare affectat, quia et illi ipse mos placuit, factum est ut etiam ipsius Platonis de rebus magnis sententiae non facile perspici possint. Ex his tamen quae apud eum leguntur, sive quae dixit, sive quae ab aliis dicta esse narravit atque conscripsit, quae sibi placita viderentur, quaedam commemorari et huic operi inseri oportet a nobis, vel ubi suffragatur religioni verae, quam fides nostra suscipit ac defendit, vel ubi ei videtur esse contrarius, quantum ad istam de uno Deo et pluribus pertinet quaestionem, propter vitam, quae post mortem futura est, veraciter beatam. Fortassis enim qui Platonem caeteris philosophis gentium longe recteque praelatum acutius atque veracius intellexisse atque secuti esse fama celebriore laudantur, aliquid tale de Deo sentiunt, ut in illo inveniatur et causa subsistendi, et ratio intelligendi, et ordo vivendi: quorum trium, unum ad naturalem, alterum ad rationalem, tertium ad moralem partem intelligitur pertinere. Si enim homo ita creatus est, ut per id quod in eo praecellit, attingat illud, quod cuncta praecellit, id est, unum verum optimum Deum, sine quo nulla natura subsistit, nulla doctrina instruit, nullus usus expedit: ipse quaeratur, ubi nobis secura sunt omnia; ipse cernatur, ubi nobis certa sunt omnia; ipse diligatur, ubi nobis recta sunt omnia.

Caput V.

Quod de theologia cum Platonicis potissimum disceptandum sit, quorum opinioni omnium philosophorum postponenda sint dogmata.

Si ergo Plato Dei hujus imitatorem, cognitorem, amatorem dixit esse sapientem, cujus participatione sit beatus, quid opus est excutere caeteros? Nulli nobis, quam isti, propius accesserunt. Cedat eis igitur non solum theologia illa fabulosa deorum criminibus oblectans animos impiorum; nec solum etiam illa civilis, ubi impuri daemones terrestribus gaudiis deditos populos deorum nomine seducentes, humanos errores tanquam suos divinos honores habere voluerunt, ad spectandos suorum criminum ludos cultores suos tanquam ad suum cultum studiis immundissimis excitantes, et sibi delectabiliores ludos de ipsis spectatoribus exhibentes:

Qué sintió, pues, en estas partes o sobre estas partes singulares Platón, esto es, dónde conoció o creyó que estaba el fin de todas las acciones, dónde la causa de todas las naturalezas, dónde la luz de todas las razones, juzgo que es largo de explicar disertando, y no juzgo que deba afirmarse temerariamente. Pues como afecta a conservar la conocidísima costumbre de su maestro Sócrates, a quien hace disputar en sus volúmenes, de disimular su ciencia o su opinión, porque también a él mismo le plugo esa costumbre, se hizo que las sentencias del mismo Platón sobre cosas grandes no puedan percibirse fácilmente. Sin embargo, de las cosas que se leen en él, ya sea las que dijo, ya sea las que narró y escribió que fueron dichas por otros, las cuales le parecieron placenteras, algunas deben ser conmemoradas e insertadas en esta obra por nosotros, ya sea donde sufraga a la religión verdadera que nuestra fe recibe y defiende, o donde le parece ser contrario a ella, en cuanto pertenece a esta cuestión sobre un solo Dios y muchos, por causa de la vida que ha de haber después de la muerte verdaderamente bienaventurada. Pues tal vez quienes son alabados con fama más célebre por haber entendido y seguido a Platón más aguda y verdaderamente, antepuestos de lejos y rectamente a los demás filósofos de las gentes, sienten tal cosa de Dios que en Él se encuentre tanto la causa de subsistir como la razón de entender como el orden de vivir; de los cuales tres, uno se entiende que pertenece a la natural, otro a la racional y el tercero a la parte moral. Pues si el hombre fue así creado que por aquello que en él sobresale alcance aquello que sobresale a todo, esto es, al uno, verdadero y óptimo Dios, sin el cual ninguna naturaleza subsiste, ninguna doctrina instruye, ningún uso aprovecha; búsquesele a Él donde nos son seguras todas las cosas; contémplesele a Él donde nos son ciertas todas las cosas; ámesele a Él donde nos son rectas todas las cosas.

Capítulo V.

Que debe disputarse de la teología principalmente con los Platónicos, a cuya opinión deben posponerse los dogmas de todos los filósofos.

Si, pues, Platón dijo que es sabio el que es imitador, conocedor y amador de este Dios, por cuya participación sea bienaventurado, ¿qué necesidad hay de examinar a los demás? Ningunos se nos han acercado más que estos. Cédales, pues, no solo aquella teología fabulosa (fabulosa) que deleita los ánimos de los impíos con los crímenes de los dioses; ni solo también aquella civil (civile), donde los demonios impuros, seduciendo bajo el nombre de los dioses a los pueblos entregados a los goces terrenales, quisieron tener los errores humanos como sus propios honores divinos, excitando con estudios impurísimos a sus cultores a contemplar los juegos de sus propios crímenes como si fuera su propio culto, y exhibiendo para sí juegos más deleitables de los mismos espectadores;

ubi si qua velut honesta geruntur in templis, conjuncta sibi theatrorum obscenitate turpantur; et quaecumque turpia geruntur in theatris, comparata sibi templorum foeditate laudantur. Et ea quae Varro ex his sacris, quasi ad coelum et terram rerumque mortalium semina et actus interpretatus est; quia nec ipsa illis ritibus significantur, quae ipse insinuare conatur; et ideo veritas conantem non sequitur: et si ipsa essent, tamen animae rationali ea, quae infra illam naturali ordine constituta sunt, pro deo suo colenda non essent; nec sibi praeferre debuit, tanquam deos, eas res, quibus ipsam praetulit verus Deus. Et ea, quae Numa Pompilius revera ad sacra ejusmodi pertinentia secum sepeliendo curavit abscondi, et aratro eruta senatus jussit incendi. In eo genere sunt etiam illa, ut aliquid de Numa mitius suspicemur, quae Alexander Macedo scribit ad matrem, sibi a magno antistite sacrorum Aegyptiorum quodam Leone patefacta: ubi non Picus et Faunus et Aeneas et Romulus, vel etiam Hercules et Aesculapius et Liber Semela natus, et Tyndaridae fratres, et si quos alios ex mortalibus pro diis habent, sed ipsi etiam majorum gentium dii, quos Cicero in Tusculanis tacitis nominibus videtur attingere (Lib. I, cap. 13), Jupiter, Juno, Saturnus, Vulcanus, Vesta, et alii plurimi, quos Varro conatur ad mundi partes sive elementa transferre, homines fuisse produntur. Timens enim et ille quasi revelata mysteria, petens admonet Alexandrum, ut cum ea matri conscripta insinuaverit, flammis jubeat concremari. Non solum ergo ista, quae duae theologiae, fabulosa continet et civilis, Platonicis philosophis cedant, qui verum Derum, et rerum auctorem, et veritatis illustratorem, et beatitudinis largitorem esse dixerunt: sed alii quoque philosophi, qui corporalia naturae principia corpori deditis mentibus opinati sunt, cedant his tantis et tanti Dei cognitoribus viris, ut Thales in humore, Anaximenes in aere, Stoici in igne, Epicurus in atomis, hoc est minutissimis corpusculis, quae nec dividi nec sentiri queunt, et quicumque alii, quorum enumerationi immorari non est necesse, sive simplicia, sive conjuncta corpora, sive vita carentia, sive viventia, sed tamen corpora, causam principiumque rerum esse dixerunt.

donde si algunas cosas como honestas se hacen en los templos, se manchan con la obscenidad de los teatros que se les unen; y cuantas cosas torpes se hacen en los teatros, se alaban con la fealdad de los templos comparada consigo misma. Y aquellas cosas que Varrón interpretó de estos ritos, como referidas al cielo y a la tierra y a las semillas y actos de las cosas mortales; porque ni ellas mismas se significan por aquellos ritos, los cuales él mismo intenta insinuar, y por eso la verdad no sigue al que lo intenta; y si ellas mismas fueran, sin embargo, para el alma racional no debían ser adoradas como su Dios aquellas cosas que por orden natural están constituidas por debajo de ella; ni debió anteponerse a sí misma, como si fueran dioses, aquellas cosas a las que el Dios verdadero la antepuso a ella misma. Y aquellas cosas que Numa Pompilio, pertenecientes verdaderamente a ritos de esa clase, procuró esconder enterrándolas consigo, y que extraídas por el arado el senado mandó incendiar. En ese género están también aquellas cosas, para que sospechemos algo más suave de Numa, que Alejandro Macedonio (Alexander Macedo) escribe a su madre, habiéndole sido manifestadas por un cierto León (Leone), gran antístite de los ritos egipcios; donde no solo Pico y Fauno y Eneas y Rómulo, o incluso Hércules y Esculapio y Líber nacido de Sémele, y los hermanos Tindáridas, y si a otros cualesquiera de entre los mortales tienen por dioses, sino incluso los mismos dioses de las gentes mayores, a quienes Cicerón en las Tusculanas parece tocar con nombres callados (Lib. I, cap. 13), Júpiter, Juno, Saturno, Vulcano, Vesta, y otros muchísimos a quienes Varrón intenta transferir a las partes del mundo o elementos, se delata que fueron hombres. Pues temiendo también aquel como los misterios revelados, pide amonestando a Alejandro que, cuando haya insinuado esas cosas escritas a su madre, mande que sean quemadas por las llamas. No solo, pues, estas cosas que las dos teologías, la fabulosa y la civil, contienen, cedan a los filósofos platónicos (Platonicis), los cuales dijeron que el Dios verdadero es tanto el autor de las cosas como el ilustrador de la verdad como el larguiz de la bienaventuranza; sino que otros filósofos también, que opinaron principios corporales de la naturaleza con mentes entregadas al cuerpo, cedan a estos varones tan grandes y conocedores de tan gran Dios, como Tales en el humor, Anaxímenes en el aire, los Estoicos (Stoici) en el fuego, Epicuro (Epicurus) en los átomos, esto es, corpúsculos pequeñísimos que ni pueden dividirse ni sentirse, y cualesquiera otros cuya enumeración no es necesaria, ya digan que cuerpos simples o conjuntos, ya carentes de vida o vivientes, pero sin embargo cuerpos, son la causa y principio de las cosas.

Nam quidam eorum a rebus non vivis res vivas fieri posse crediderunt, sicut Epicurei: quidam vero a vivente quidem et viventia et non viventia, sed tamen a corpore corpora. Nam Stoici ignem, id est corpus unum ex his quatuor elementis, quibus visibilis mundus hic constat, et viventem, et sapientem, et ipsius mundi fabricatorem atque omnium quae in eo sunt, eumque omnino ignem deum esse putaverunt. Hi et caeteri similes eorum id solum cogitare potuerunt, quod cum eis corda eorum obstricta carnis sensibus fabulata sunt. In se quippe habebant quod non videbant, et apud se imaginabantur quod foris viderant, etiam quando non videbant, sed tantummodo cogitabant. Hoc autem in conspectu talis cogitationis jam non est corpus, sed similitudo corporis. Illud autem unde videtur in animo haec similitudo corporis, nec corpus est, nec similitudo corporis; et unde videtur, atque utrum pulchra an deformis sit judicatur, profecto est melius quam ipsa quae judicatur. Haec mens hominis et rationalis animae natura est, quae utique corpus non est; si jam illa corporis similitudo, cum in animo cogitantis aspicitur atque judicatur, nec ipsa corpus est. Non est ergo nec terra, nec aqua, nec aer, nec ignis: quibus quatuor corporibus, quae dicuntur quatuor elementa, mundum corporeum videmus esse compactum. Porro si noster animus corpus non est, quomodo Deus creator animi corpus est? Cedant ergo et isti, ut dictum est Platonicis: cedant et illi, quos quidem puduit dicere Deum corpus esse, verumtamen ejusdem naturae, cujus ille est, animos nostros esse putaverunt. Ita non eos movit tanta mutabilitas animae, quam Dei naturae tribuere nefas est. Sed dicunt, Corpore mutatur animae natura; nam per se ipsam incommutabilis est. Poterant isti dicere, Corpore aliquo vulneratur caro; nam per se ipsam invulnerabilis est. Prorsus quod mutari non potest, nulla re potest: ac per hoc quod corpore mutari potest, aliqua re potest, et ideo incommutabile recte dici non potest.

Viderunt ergo isti philosophi, quos merito caeteris praelatos fama celebrat, nullum corpus esse Deum; et ideo cuncta corpora transcenderunt quaerentes Deum. Viderunt quidquid mutabile est, non esse summum Deum: et ideo omnem animam mutabilesque spiritus transcenderunt quaerentes summum Deum. Deinde viderunt omnem speciem in re quacumque mutabili, qua est quidquid illud est, quomodocumque et qualecumque est, non esse posse nisi ab illo qui vere est, quia incommutabiliter est.

Pues algunos de ellos creyeron que de las cosas no vivas pueden hacerse cosas vivas, como los Epicúreos; otros, en cambio, que de lo viviente tanto lo viviente como lo no viviente, pero sin embargo cuerpos de un cuerpo. Pues los Estoicos pensaron que el fuego, esto es, un solo cuerpo de estos cuatro elementos de los que consta este mundo visible, es tanto viviente como sabio y fabricador del mundo mismo y de todo lo que en él hay, y que absolutamente ese fuego es Dios. Estos y los demás semejantes a ellos solo pudieron pensar aquello que sus corazones, ligados a los sentidos de la carne, fabularon con ellos. Pues tenían en sí lo que no veían, y se imaginaban ante sí lo que fuera habían visto, incluso cuando no lo veían sino que solo lo pensaban. Pero esto, ante la vista de tal pensamiento, ya no es cuerpo, sino similitud de cuerpo. Pero aquello de donde se ve en el ánimo esta similitud de cuerpo, ni es cuerpo ni similitud de cuerpo; y aquello de donde se ve y se juzga si es hermosa o deforme, por cierto es mejor que aquello mismo que es juzgado. Esta es la mente del hombre y la naturaleza del alma racional, que ciertamente no es cuerpo; si ya aquella similitud de cuerpo, cuando se contempla y juzga en el ánimo del que piensa, tampoco ella es cuerpo. No es, pues, ni tierra, ni agua, ni aire, ni fuego; de cuyos cuatro cuerpos, que se llaman los cuatro elementos, vemos que está compacto el mundo corpóreo. Por lo demás, si nuestro ánimo no es cuerpo, ¿cómo el Dios creador del ánimo es cuerpo? Cedan, pues, también estos, como se ha dicho, a los Platónicos; cedan también aquellos que por cierto se avergonzaron de decir que Dios es cuerpo, pero no obstante pensaron que nuestras almas son de la misma naturaleza que Él es. Así no les movió tanta mutabilidad del alma, la cual es un nefas atribuir a la naturaleza de Dios. Pero dicen: Por el cuerpo se muda la naturaleza del alma; pues por sí misma es inconmutable. Podrían estos decir: Por algún cuerpo se vulnera la carne; pues por sí misma es invulnerable. Ciertamente lo que no puede ser mudado, por ninguna cosa puede; y por ello lo que por el cuerpo puede ser mudado, por alguna cosa puede, y por eso no puede rectamente llamarse inconmutable.

Vieron, pues, estos filósofos, a quienes la fama celebra como merecidamente antepuestos a los demás, que ningún cuerpo es Dios; y por eso trascendieron todos los cuerpos buscando a Dios. Vieron que todo lo que es mutable no es el sumo Dios; y por eso trascendieron toda alma y los espíritus mutables buscando al sumo Dios. Luego vieron que toda especie en cualquier cosa mutable, por la cual es lo que sea aquello, de cualquier modo y de cualquier cualidad que sea, no puede ser sino de aquel que verdaderamente es, porque es inconmutablemente.

Ac per hoc sive universi mundi corpus, figuras, qualitates, ordinatumque motum, et elementa disposita a coelo usque ad terram, et quaecumque corpora in eis sunt; sive omnem vitam, vel quae nutrit et servat, qualis est in arboribus; vel quae et hoc habet et sentit, qualis est in pecoribus; vel quae et haec habet et intelligit, qualis est in hominibus; vel quae nutrimine non indiget, sed tantum servat, sentit, intelligit, qualis est in Angelis: nisi ab illo esse non posse, qui simpliciter est. Quia illi aliud est esse, aliud vivere: quasi possit esse non vivens; aliud vivere, aliud intelligere: quasi possit vivere non intelligens; aliud intelligere, aliud beatum esse: quasi possit intelligere non beatus. Sed Deo hoc est esse, quod vivere, quod intelligere, quod beatum esse, nulla mutabilitate mutatur. Propter hanc incommutabilitatem et simplicitatem intellexerunt eum et omnia ista fecisse, et ipsum a nullo fieri potuisse. Consideraverunt enim quidquid est, vel corpus esse, vel vitam; meliusque aliquid vitam esse quam corpus; speciemque corporis esse sensibilem, intelligibilem vitam. Ideo intelligibilem speciem sensibili praetulerunt. Sensibilia dicimus, quae visu tactuque corporis sentiri queunt: intelligibilia, quae acie mentis intelligi. Nulla est autem species corporis, in qua non appareat, utcumque ibi minus emineat, numerus quidam: qui nisi ab intelligibili et incommutabili numero, qui est in summa sapientia, esse non potest, qui omnia fecit in mensura et numero et pondere. Quoniam ergo in eorum conspectu non erat corpus, unde ista cogitarent; sed eorum conspectus interior erat in eorum animo, unde talia de corporibus judicarent: viderunt profecto et ipsam animam esse mutabilem. Nam modo volebat, modo nolebat; modo sciebat, modo nesciebat; modo meminerat, modo obliviscebatur; modo timebat, modo audebat; modo ad vitia, modo ad virtutes ferebatur. Viderunt ergo quod, si anima aliud haberet, per quod mutaretur; aliud haberet, per quod ipsa species eadem esset: utique et in ipsa anima species esset intelligibilis, sicut in corporibus sensibilis. Unde et ipsam animam transcenderunt, ut quaererent incommutabilem speciem, ubi eam esse cognoverant. Atque ita pervenerunt ad id quod unum est, et simpliciter est, et per hoc Deus est. Ibi enim aliud non est esse, et aliud pulchrum esse; sed hoc est ei esse, quod pulchrum esse. Sicut aliud non est ei esse, et aliud sapientem esse; sed hoc est ei esse, quod sapientem esse. Et quidquid de illo dicitur, ad ejus essentiam refertur, quae una est et incommutabilis. Haec est illa naturalis theologia, quam hi philosophi, qui acutius cuncta viderunt, a caeteris omnibus philosophorum sectis et generibus segregarunt.

Caput VI.

De Platonicorum sensu in ea parte philosophiae, quae physica nominatur.

Y por esto, ya sea el cuerpo de todo el mundo, las figuras, cualidades y el movimiento ordenado, y los elementos dispuestos desde el cielo hasta la tierra, y cualesquiera cuerpos que en ellos hay; ya sea toda vida, o la que nutre y conserva, cual es en los árboles; o la que también tiene esto y siente, cual es en los ganados; o la que también tiene estas cosas y entiende, cual es en los hombres; o la que no necesita de nutrición, sino que solo conserva, siente y entiende, cual es en los Ángeles; no puede ser sino de aquel que simplemente es. Porque para aquel es una cosa ser, otra vivir; como si pudiera ser no viviente; otra vivir, otra entender; como si pudiera vivir no entendiéndo; otra entender, otra ser bienaventurado; como si pudiera entender no siendo bienaventurado. Pero para Dios esto es ser, lo que vivir, lo que entender, lo que ser bienaventurado, que por ninguna mutabilidad se muda. Por esta inconmutabilidad y simplicidad entendieron que Él hizo todas estas cosas, y que Él mismo por nadie pudo ser hecho. Consideraron, pues, que todo lo que es, o es cuerpo o es vida; y que la vida es algo mejor que el cuerpo; y que la especie del cuerpo es sensible, y la vida inteligible. Por eso antepusieron la especie inteligible a la sensible. Llamamos sensibles a las cosas que pueden sentirse por la vista y el tacto del cuerpo; inteligibles a las que pueden entenderse por la agudeza de la mente. No hay, pues, ninguna especie de cuerpo en la que no aparezca, de cualquier modo que allí sobresalga menos, algún número; el cual no puede ser sino del número inteligible e inconmutable que está en la suma sabiduría, el cual hizo todas las cosas en medida, número y peso. Como, por tanto, en su presencia no estaba el cuerpo de donde pensaran estas cosas, sino que su mirada interior estaba en su alma, de donde juzgaran tales cosas sobre los cuerpos; vieron ciertamente que también el alma misma es mutable. Pues unas veces quería, otras no quería; unas veces sabía, otras no sabía; unas veces recordaba, otras olvidaba; unas veces temía, otras osaba; unas veces se inclinaba a los vicios, otras a las virtudes. Vieron, pues, que si el alma tuviera una cosa por la cual se mudara, tendría otra por la cual esa misma especie fuera la misma; ciertamente también en la misma alma la especie sería inteligible, como en los cuerpos sensible. De donde también trascendieron la misma alma para buscar la especie inconmutable donde habían conocido que esta era. Y así llegaron a aquello que es uno, y simplemente es, y por esto es Dios. Pues allí no es una cosa ser y otra ser hermoso; sino que esto es para Él ser, lo que ser hermoso. Como no es otra cosa para Él ser y otra ser sabio; sino que esto es para Él ser, lo que ser sabio. Y todo lo que de Él se dice, se refiere a su esencia, que es una e inconmutable. Esta es aquella teología natural que estos filósofos, que vieron todo más agudamente, segregaron de todas las demás sectas y géneros de filósofos.

Capítulo VI.

Del sentir de los platónicos en aquella parte de la filosofía que se llama física.

Viderunt ergo isti philosophi, quos caeteris non immerito fama atque gloria praelatos videmus, nullum corpus esse Deum: et ideo cuncta corpora transcenderunt quaerentes Deum. Viderunt quidquid mutabile est, non esse summum Deum: et ideo omnem animam mutabilesque omnes spiritus transcenderunt, quaerentes summum Deum. Deinde viderunt omnem speciem in re quacumque mutabili, qua est quidquid illud est, quoquo modo et qualiscumque natura est, non esse posse nisi ab illo qui vere est, quia incommutabiliter est. Ac per hoc sive universi mundi corpus, figuras, qualitates, ordinatumque motum, et elementa disposita a coelo usque ad terram, et quaecumque corpora in eis sunt; sive omnem vitam, vel quae nutrit et continet, qualis est in arboribus; vel quae et hoc habet et sentit, qualis est in pecoribus; vel quae et haec habet et intelligit, qualis est in hominibus; vel quae nutritorio subsidio non indiget, sed tantum continet, sentit, intelligit, qualis est in Angelis, nisi ab illo esse non posse qui simpliciter est: quia non aliud illi est esse, aliud vivere, quasi possit esse non vivens; nec aliud illi est vivere, aliud intelligere, quasi possit vivere non intelligens; nec aliud illi est intelligere, aliud beatum esse, quasi possit intelligere et non beatus esse; sed quod est illi vivere, intelligere, beatum esse, hoc est illi esse. Propter hanc incommutabilitatem et simplicitatem intellexerunt eum et omnia ista fecisse, et ipsum a nullo fieri potuisse. Consideraverunt enim, quidquid est, vel corpus esse, vel vitam; meliusque aliquid vitam esse, quam corpus; speciemque corporis esse sensibilem, intelligibilem vitae. Proinde intelligibilem speciem sensibili praetulerunt. Sensibilia dicimus, quae visu tactuque corporis sentiri queunt: intelligibilia, quae conspectu mentis intelligi possunt. Nulla est enim pulchritudo corporalis, sive in statu corporis, sicut est figura, sive in motu, sicut est cantilena, de qua non animus judicet. Quod profecto non posset, nisi melior in illo esset haec species, sine tumore molis, sine strepitu vocis, sine spatio vel loci vel temporis. Sed ibi quoque nisi mutabilis esset, non alius alio melius de specie sensibili judicaret: melius ingeniosior quam tardior, melius peritior quam imperitior, melius exercitatior quam minus exercitatus, et idem ipse unus cum proficit, melius utique posteaquam prius. Quod autem recipit magis et minus, sine dubitatione mutabile est. Unde ingeniosi et docti et in his exercitati homines facile collegerunt, non esse in eis rebus primam speciem, ubi mutabilis esse convincitur. Cum igitur in eorum conspectu et corpus et animus magis minusque speciosa essent, et si omni specie carere possent, omnino nulla essent, viderunt esse aliquid ubi prima esset et incommutabilis, et ideo nec comparabilis: atque ibi esse rerum principium rectissime crediderunt, quod factum non esset, et ex quo facta cuncta essent.

Vieron, pues, estos filósofos, a quienes vemos no sin razón antepuestos a los demás por la fama y la gloria, que Dios no es cuerpo alguno: y por eso trascendieron todos los cuerpos buscando a Dios. Vieron que todo lo que es mudable no es el sumo Dios: y por eso trascendieron toda alma y todos los espíritus mudables, buscando al sumo Dios. Después vieron que toda forma (especie) en cualquier cosa mudable, por la cual es lo que es, de cualquier modo y cualquiera que sea su naturaleza, no puede ser sino de aquel que verdaderamente es, porque es inconmutablemente. Y por esto, ya sea el cuerpo de todo el mundo, sus figuras, cualidades y movimiento ordenado, y los elementos dispuestos desde el cielo hasta la tierra, y cualesquiera cuerpos que en ellos hay; ya sea toda la vida, o la que nutre y contiene, como es en los árboles; o la que tiene esto y siente, como es en los ganados; o la que tiene esto y entiende, como es en los hombres; o la que no necesita de subsidio nutricio, sino que solamente contiene, siente y entiende, como es en los ángeles—no pudo ser sino de aquel que simplemente es: porque no es para Él una cosa ser y otra vivir, como si pudiera ser no viviendo; ni es para Él una cosa vivir y otra entender, como si pudiera vivir no entendiendo; ni es para Él una cosa entender y otra ser bienaventurado, como si pudiera entender y no ser bienaventurado; sino que lo que es para Él vivir, entender y ser bienaventurado, esto mismo es para Él ser. Por esta inconmutabilidad y simplicidad entendieron que Él hizo todas estas cosas, y que Él mismo no pudo haber sido hecho por nadie. Consideraron, en efecto, que todo lo que es, o es cuerpo o es vida; y que la vida es algo mejor que el cuerpo; y que la forma del cuerpo es sensible, mientras que la de la vida es inteligible. Por tanto, prefirieron la forma inteligible a la sensible. Llamamos sensibles a aquellas cosas que pueden sentirse por la vista y el tacto del cuerpo; inteligibles, a aquellas que pueden entenderse por la mirada de la mente. Pues no hay belleza corporal alguna, ya sea en el estado del cuerpo, como es la figura, ya en el movimiento, como es el canto, de la cual no juzgue el alma. Lo cual ciertamente no podría hacer si no hubiera en ella una forma mejor de esta, sin el hinchazón de la masa, sin el estrépito de la voz, sin el espacio de lugar o de tiempo. Pero allí también, a menos que fuera mudable, no juzgaría uno mejor que otro sobre la forma sensible: mejor el ingenioso que el tardo, mejor el perito que el imperito, mejor el ejercitado que el menos ejercitado, y el mismo uno cuando progresa, ciertamente mejor después que antes. Pero lo que recibe más y menos es, sin duda, mudable. De donde hombres ingeniosos, doctos y ejercitados en estas cosas, fácilmente coligieron que la primera forma no está en aquellas cosas donde se convence de ser mudable. Cuando, por tanto, en su presencia tanto el cuerpo como el alma eran más o menos hermosos, y si pudieran carecer de toda forma, no serían en absoluto nada, vieron que hay algo donde está la primera e inconmutable forma, y por tanto ni siquiera comparable: y allí creyeron con toda rectitud que está el principio de las cosas, que no habría sido hecho, y del cual todas las cosas habrían sido hechas.

Ita quod notum est Dei, ipse manifestavit eis, cum ab eis invisibilia ejus, per ea quae facta sunt intellecta conspecta sunt; sempiterna quoque virtus ejus et divinitas (Rom. I, 19, 20): a quo etiam visibilia et temporalia cuncta creata sunt. Haec de illa parte quam physicam, id est naturalem, nuncupant, dicta sint.

Caput VII.

Quanto excellentiores caeteris in logica, id est rationali philosophia, Platonici sint habendi.

Quod autem attinet ad doctrinam, ubi altera pars versatur, quae ab eis logica, id est rationalis, vocatur; absit ut his comparandi videantur, qui posuerunt judicium veritatis in sensibus corporis, eorumque infidis et fallacibus regulis omnia quae discuntur metienda esse censuerunt, ut Epicurei, et quicumque alii tales; ut etiam ipsi Stoici, qui cum vehementer amaverint solertiam disputandi, quam dialecticam nominant, a corporis sensibus eam ducendam putarunt; hinc asseverantes animum concipere notiones, quas appellant ἐννοίας earum rerum scilicet quas definiendo explicant; hinc propagari atque connecti totam discendi docendique rationem. Ubi ego multum mirari soleo, cum pulchros dicant non esse nisi sapientes, quibus sensibus corporis istam pulchritudinem viderint, qualibus oculis carnis formam sapientiae decusque conspexerint. Hi vero, quos merito caeteris anteponimus, discreverunt ea quae mente conspiciuntur, ab iis quae sensibus attinguntur; nec sensibus adimentes quod possunt, nec eis dantes ultra quam possunt. Lumen autem mentium esse dixerunt ad discenda omnia, eumdem ipsum Deum a quo facta sunt omnia.

Caput VIII.

Quod etiam in morali philosophia Platonici obtineant principatum.

Reliqua est pars moralis, quam graeco vocabulo dicunt ἠθικήν, ubi quaeritur de summo bono, quo referentes omnia quae agimus, et quod non propter aliud, sed propter se ipsum appetentes, idque adipiscentes, nihil quo beati simus, ulterius requiramus. Ideo quippe et finis est dictus, quia propter hunc caetera volumus, ipsum autem nonnisi propter ipsum. Hoc ergo beatificum bonum alii a corpore, alii ab animo, alii ab utroque in homine esse dixerunt.

Así, lo que de Dios es conocido, Él mismo se lo manifestó, puesto que sus cosas invisibles, entendidas por las que han sido hechas, fueron vistas por ellos; también su sempiterna virtud y divinidad (Rom. I, 19, 20): por quien también todas las cosas visibles y temporales fueron creadas. Esto se diga de aquella parte que llaman física, esto es, natural.

Capítulo VII.

De cuánto más excelentes han de ser tenidos los platónicos que los demás en la lógica, esto es, en la filosofía racional.

En lo que atañe a la doctrina, donde versa la segunda parte, que por ellos es llamada lógica, esto es, racional; lejos de nosotros que parezcan comparables a estos los que pusieron el juicio de la verdad en los sentidos del cuerpo, y juzgaron que todas las cosas que se aprenden deben medirse por sus reglas infieles y falaces, como los epicúreos, y cualesquiera otros tales; como también los mismos estoicos, quienes, habiendo amado vehementemente la destreza en el disputar, que llaman dialéctica, pensaron que debía derivarse de los sentidos del cuerpo; aseverando por esto que el alma concibe las nociones, que ellos llaman ennoias (ἐννοίας), a saber, de aquellas cosas que explican definiendo; y que de aquí se propaga y conecta toda la razón de aprender y enseñar. Donde yo suelo maravillarme mucho, cuando dicen que no son hermosos sino los sabios, con qué sentidos del cuerpo habrán visto esa hermosura, con qué ojos de la carne habrán contemplado la forma y el decoro de la sabiduría. Pero estos, a quienes con razón anteponemos a los demás, discernieron las cosas que se contemplan con la mente de aquellas que se alcanzan con los sentidos; ni quitando a los sentidos lo que pueden, ni dándoles más de lo que pueden. Pero dijeron que la luz de las mentes para aprender todas las cosas es el mismo Dios por quien fueron hechas todas las cosas.

Capítulo VIII.

Que también en la filosofía moral los platónicos obtienen el principado.

Resta la parte moral, que con vocablo griego llaman ethike (ἠθικήν), donde se trata del sumo bien (summum bonum), al cual referimos todo lo que hacemos, y el cual deseamos no por otra cosa, sino por sí mismo, y alcanzándolo, no requiramos nada más para ser bienaventurados. Por esta razón, ciertamente, se llamó también fin, porque por este queremos las demás cosas, pero a él solo por él mismo. Este bien beatífico, pues, unos dijeron que está en el cuerpo, otros en el alma, otros en ambos en el hombre.

Videbant quippe ipsum hominem constare ex animo et corpore, et ideo ab alterutro istorum duûm, aut ab utroque bene sibi esse posse credebant, finali quodam bono, quo beati essent, quo cuncta quae agebant referrent, atque id quo referendum esset non ultra quaererent. Unde illi qui dicuntur addidisse tertium genus bonorum, quod appellatur extrinsecus, sicuti est honor, gloria, pecunia, et si quid hujusmodi, non sic addiderunt, ut finale esset, id est propter se ipsum appetendum, sed propter aliud; bonumque esset hoc genus bonis, malum autem malis. Ita bonum hominis, qui vel ab animo, vel a corpore, vel ab utroque expetiverunt, nihil aliud quam ab homine expetendum esse putaverunt. Sed qui id appetiverunt a corpore, a parte hominis deteriore; qui vero ab animo, a parte meliore; qui autem ab utroque, a toto homine. Sive ergo a parte qualibet, sive a toto, non nisi ab homine. Nec istae differentiae, quoniam tres sunt, ideo tres, sed multas dissensiones philosophorum sectasque fecerunt: quia et de bono corporis, et de bono animi, et de bono utriusque diversi diversa opinati sunt. Cedant igitur hi omnes illis philosophis, qui non dixerunt beatum esse hominem fruentem corpore, vel fruentem animo, sed fruentem Deo: non sicut corpore vel se ipso animus, aut sicut amico amicus, sed sicut luce oculus; si aliquid ab his ad illa similitudinis afferendum est, quod quale sit, si Deus ipse adjuverit, alio loco, quantum per nos fieri poterit, apparebit.

[IX.] Nunc satis sit commemorare, Platonem determinasse finem boni esse, secundum virtutem vivere, et ei soli evenire posse, qui notitiam Dei habeat et imitationem; nec esse aliam ob causam beatum. Ideoque non dubitat hoc esse philosophari, amare Deum; cujus natura sit incorporalis. Unde utique colligitur, tunc fore beatum studiosum sapientiae (id enim est philosophus), cum Deo frui coeperit. Quamvis enim non continuo beatus sit, qui eo fruitur quod amat; multi enim amando ea quae amanda non sunt, miseri sunt, et miseriores cum fruuntur: nemo tamen beatus est, qui eo quod amat non fruitur. Nam et ipsi qui res non amandas amant, non se beatos amando putant, sed fruendo. Quisquis ergo fruitur eo quod amat, verumque et summum bonum amat, quis eum beatum nisi miserrimus negat? ipsum autem verum ac summum bonum Plato dicit Deum, unde vult esse philosophum amatorem Dei, ut, quoniam philosophia ad beatam vitam tendit fruens Deo sit beatus qui Deum amaverit.

Caput IX.

De ea philosophia quae ad veritatem fidei christianae propius accessit.

Veían, en efecto, que el hombre mismo consta de alma y cuerpo, y por eso creían que podía estarle bien por cualquiera de estos dos, o por ambos, con algún bien final por el cual fuesen bienaventurados, al cual refiriesen todo lo que hacían, y que no buscasen más allá aquello a lo cual debía hacerse la referencia. De donde aquellos que se dicen haber añadido un tercer género de bienes, que se llama extrínseco, como es el honor, la gloria, el dinero, y si hay algo de este tipo, no los añadieron de modo que fuese el bien final, esto es, apetecible por sí mismo, sino por otra cosa; y este género era un bien para los buenos, pero un mal para los malos. Así, el bien del hombre, que buscaron ya del alma, ya del cuerpo, ya de ambos, pensaron que no debía buscarse de ninguna otra cosa sino del hombre. Pero los que lo apetecieron del cuerpo, de la parte peor del hombre; los que del alma, de la parte mejor; los que de ambos, de todo el hombre. Ya sea, pues, de cualquier parte, ya de todo, no sino del hombre. Ni esas diferencias, por ser tres, fueron por eso solo tres, sino que hicieron muchas disensiones y sectas de filósofos: porque opinaron de diversa manera sobre el bien del cuerpo, y el bien del alma, y el bien de ambos. Cedan, pues, todos estos a aquellos filósofos que no dijeron que es bienaventurado el hombre gozando del cuerpo, o gozando del alma, sino gozando de Dios: no como el alma goza del cuerpo o de sí misma, o como el amigo del amigo, sino como el ojo de la luz; si algo de semejanza ha de traerse de estas cosas a aquellas, lo cual, cómo sea, si Dios mismo ayudare, aparecerá en otro lugar en cuanto por nosotros pueda hacerse.

[IX.] Ahora baste conmemorar que Platón determinó que el fin del bien es vivir según la virtud, y que esto solo puede sucederle a quien tenga la noticia de Dios y la imitación; ni ser bienaventurado por otra causa. Y por eso no duda que esto es filosofar, amar a Dios, cuya naturaleza es incorpórea. De donde ciertamente se colige que entonces será bienaventurado el estudioso de la sabiduría (pues eso es el filósofo), cuando comenzare a gozar de Dios. Pues aunque no es continuamente bienaventurado el que goza de lo que ama; pues muchos, amando cosas que no deben ser amadas, son miserables, y más miserables cuando las gozan: nadie, sin embargo, es bienaventurado si no goza de lo que ama. Pues también los mismos que aman cosas que no deben amarse, no se creen bienaventurados por amar, sino por gozar. Quienquiera, pues, que goza de lo que ama, y ama el verdadero y sumo bien, ¿quién sino el más miserable niega que es bienaventurado? Pero el verdadero y sumo bien dice Platón que es Dios, de donde quiere que el filósofo sea amante de Dios, para que, puesto que la filosofía tiende a la vida bienaventurada, sea bienaventurado gozando de Dios el que hubiere amado a Dios.

Capítulo IX.

De aquella filosofía que se acercó más propiamente a la verdad de la fe cristiana.

Quicumque igitur philosophi de Deo summo et vero ista senserunt, quod et rerum creatarum sit effector, et lumen cognoscendarum, et bonum agendarum; quod ab illo nobis sit et principium naturae, et veritas doctrinae, et felicitas vitae; sive Platonici accommodatius nuncupentur, sive quodlibet aliud sectae suae nomen imponant; sive tantummodo Ionici generis, qui in eis praecipui fuerunt, ista senserint, sicut idem Plato, et qui eum bene intellexerunt; sive etiam Italici, propter Pythagoram et Pythagoraeos, et si qui forte alii ejusdem sententiae identidem fuerunt; sive aliarum quoque gentium, qui sapientes vel philosophi habiti sunt, Atlantici Libyci Aegyptii, Indi, Persae, Chaldaei, Scythae, Galli, Hispani aliique reperiuntur, qui hoc viderint ac docuerint, eos omnes caeteris anteponimus, eosque nobis propinquiores fatemur.

Caput X.

Quae sit inter philosophicas artes religiosi excellentia christiani.

1. Quamvis enim homo christianus litteris tantum ecclesiasticis eruditus, Platonicorum forte nomen ignoret, nec utrum duo genera philosophorum exstiterint in graeca lingua, Ionicorum et Italicorum, sciat; non tamen ita surdus est in rebus humanis, ut nesciat philosophos vel studium sapientiae, vel ipsam sapientiam profiteri. Cavet eos tamen, qui secundum elementa hujus mundi philosophantur, non secundum Deum, a quo ipse factus est mundus. Admonetur enim praecepto apostolico, fideliterque audit quod dictum est: Cavete ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem seductionem, secundum elementa mundi (Coloss. II, 8). Deinde ne omnes tales esse arbitretur, audit ab eodem apostolo dici de quibusdam, Quia quod notum est Dei, manifestum est in illis: Deus enim illis manifestavit. Invisibilia enim ejus, a constitutione mundi, per ea quae facta sunt, intellecta conspiciuntur; sempiterna quoque virtus ejus et divinitas (Rom. I, 19, 20). Et ubi Atheniensibus loquens, cum rem magnam de Deo dixisset, et quae a paucis possit intelligi, quod in illo vivimus, movemur et sumus; adjecit et ait, Sicut et vestri quidam dixerunt (Act. XVII, 28). Novit sane etiam ipsos, in quibus errant, cavere. Ubi enim dictum est quod per ea quae facta sunt, Deus illis manifestavit intellectu conspicienda invisibilia sua; ibi etiam dictum est, non illos ipsum Deum recte coluisse, quia et aliis rebus, quibus non oportebat, divinos honores illi uni tantum debitos detulerunt:

Cualesquiera filósofos, pues, que sobre Dios sumo y verdadero sintieron estas cosas, que es el hacedor de las cosas creadas, y la luz de las que han de conocerse, y el bien de las que han de hacerse; que de Él tenemos el principio de la naturaleza, y la verdad de la doctrina, y la felicidad de la vida; ya sea que se llamen platónicos más adecuadamente, o impongan cualquier otro nombre a su secta; ya sea que solamente los del género Jónico, que fueron los principales entre ellos, sintieron estas cosas, como el mismo Platón y los que bien le entendieron; o también los Itálicos, por Pitágoras y los pitagóricos, y si algunos otros de la misma sentencia se han hallado; o también de otras naciones, que han sido tenidos por sabios o filósofos, libios atlánticos, egipcios, indios, persas, caldeos, escitas, galos, españoles y otros se hallan que esto vieron y enseñaron, a todos ellos anteponemos a los demás, y los confesamos más cercanos a nosotros.

Capítulo X.

Cuál sea entre las artes filosóficas la excelencia del cristiano religioso.

1. Pues aunque el hombre cristiano, instruido solamente en las letras eclesiásticas, ignore tal vez el nombre de los platónicos, y no sepa si han existido dos géneros de filósofos en la lengua griega, los jónicos y los itálicos; no es, sin embargo, tan sordo en las cosas humanas que no sepa que los filósofos profesan o el estudio de la sabiduría o la sabiduría misma. Se guarda, sin embargo, de aquellos que filosofan según los elementos de este mundo, no según Dios, por quien el mundo mismo fue hecho. Pues es amonestado por el precepto apostólico, y oye fielmente lo que se dice: "Mirad que nadie os engañe por la filosofía y vana seducción, según los elementos del mundo" (Colos. II, 8). Después, para que no piense que todos son tales, oye decir al mismo apóstol de algunos: "Porque lo que de Dios se conoce, es manifiesto en ellos; pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, desde la constitución del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por las cosas que han sido hechas; también su sempiterna virtud y divinidad" (Rom. I, 19, 20). Y donde hablando a los atenienses, habiendo dicho una cosa grande de Dios, y que por pocos puede ser entendida, que "en Él vivimos, nos movemos y somos"; añadió y dijo: "Como también algunos de los vuestros dijeron" (Hech. XVII, 28). Sabe ciertamente guardarse de ellos incluso en aquello en que yerran. Pues donde se dijo que por las cosas que han sido hechas, Dios les manifestó sus cosas invisibles para ser contempladas por el entendimiento; allí también se dijo que ellos no dieron culto rectamente al mismo Dios, porque también a otras cosas, a las cuales no convenía, dieron los honores divinos debidos solamente a Él uno:

Quoniam cognoscentes Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt; sed evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum. Dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt, et immutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis et volucrum, et quadrupedum, et serpentium (Rom. I, 21-23). Ubi et Romanos, et Graecos, et Aegyptios, qui de sapientiae nomine gloriati sunt, fecit intelligi. Sed de hoc cum istis postmodum disputabimus. In quo autem nobis consentiunt de uno Deo hujus universitatis auctore, qui non solum super omnia corpora est incorporeus, verum etiam super omnes animas incorruptibilis, principium nostrum, lumen nostrum, bonum nostrum, in hoc eos caeteris anteponimus.

2. [X.] Nec, si litteras eorum christianus ignorans, verbis quae non didicit in disputatione non utitur, ut vel naturalem latine, vel physicam graece appellet eam partem in qua de inquisitione naturae tractatur, et rationalem sive logicam, in qua quaeritur quonam modo veritas percipi possit, et moralem vel ethicam, in qua de moribus agitur bonorumque finibus appetendis malorumque vitandis, ideo nescit ab uno vero Deo atque optimo, et naturam nobis esse, qua facti ad ejus imaginem sumus, et doctrinam, qua eum nosque noverimus, et gratiam, qua illi cohaerendo beati simus.

Haec itaque causa est cur istos caeteris praeferamus; quia cum alii philosophi ingenia sua studiaque contriverint in requirendis rerum causis, et quinam esset modus discendi atque vivendi; isti Deo cognito repererunt ubi esset causa constitutae universitatis, et lux percipiendae veritatis, et fons bibendae felicitatis. Sive ergo isti Platonici, sive quicumque alii quarumlibet gentium philosophi de Deo ista sentiunt, nobiscum sentiunt. Sed ideo cum Platonicis magis placuit hanc causam agere, quia eorum sunt litterae notiores. Nam et Graeci, quorum lingua in gentibus praeeminet, eas magna praedicatione celebrarunt; et Latini permoti earum vel excellentia, vel gloria, ipsas libentius didicerunt, atque in nostrum eloquium transferendo nobiliores clarioresque fecerunt.

Caput XI.

Unde Plato eam intelligentiam potuerit acquirere, qua christianae scientiae propinquavit.

"Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Diciendo que eran sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de serpientes" (Rom. I, 21-23). Donde dio a entender que se refería tanto a los romanos, como a los griegos, como a los egipcios, que se han gloriado del nombre de sabiduría. Pero de esto disputaremos con ellos después. Pero en lo que consienten con nosotros sobre un solo Dios autor de esta universidad, que no solo está sobre todos los cuerpos, siendo incorpóreo, sino también sobre todas las almas, siendo incorruptible, principio nuestro, luz nuestra, bien nuestro, en esto los anteponemos a los demás.

2. [X.] Ni si el cristiano, ignorando sus letras, no usa en la disputa palabras que no ha aprendido, de modo que llame o natural en latín o física en griego a aquella parte en que se trata de la inquisición de la naturaleza, y racional o lógica a aquella en que se busca de qué modo puede percibirse la verdad, y moral o ética a aquella en que se trata de las costumbres y de los fines de los bienes que deben apetecerse y de los males que deben evitarse, por eso ignora que del solo Dios verdadero y óptimo tenemos tanto la naturaleza, por la cual hemos sido hechos a su imagen, como la doctrina, por la cual le conozcamos a Él y a nosotros, como la gracia, por la cual adhiriéndonos a Él seamos bienaventurados.

Esta es, pues, la causa por la que preferimos a estos sobre los demás; porque mientras otros filósofos han desgastado sus ingenios y estudios en buscar las causas de las cosas, y cuál fuese el modo de aprender y de vivir; estos, conocido Dios, hallaron dónde estaba la causa de la universidad constituida, y la luz de la verdad que ha de percibirse, y la fuente de la felicidad que ha de beberse. Ya sea, pues, que estos platónicos, o cualesquiera otros filósofos de cualesquiera naciones, sientan estas cosas sobre Dios, sienten con nosotros. Pero por eso nos ha placido más tratar esta causa con los platónicos, porque sus letras son más conocidas. Pues tanto los griegos, cuya lengua descuella entre las naciones, las celebraron con gran predicación; como los latinos, movidos o por su excelencia o por su gloria, las aprendieron de más buena gana, y trasladándolas a nuestra elocuencia las hicieron más nobles y claras.

Capítulo XI.

De dónde pudo Platón adquirir aquella inteligencia con la cual se acercó a la ciencia cristiana.

Mirantur autem quidam nobis in Christi gratia sociati, cum audiunt vel legunt Platonem de Deo ista sensisse, quae multum congruere veritati nostrae religionis agnoscunt. Unde nonnulli putaverunt eum, quando perrexit in Aegyptum, Jeremiam audisse prophetam, vel Scripturas propheticas in eadem peregrinatione legisse: quorum quidem opinionem in quibusdam libris meis posui. Sed diligenter supputata temporum ratio, quae chronica historia continetur, Platonem indicat a tempore quo prophetavit Jeremias, centum ferme annos postea natum fuisse: qui cum octoginta et unum vixisset, ab anno mortis ejus usque ad id tempus, quo Ptolemaeus rex Aegypti Scripturas propheticas gentis Hebraeorum de Judaea poposcit, et per septuaginta viros Hebraeos, qui etiam graecam linguam noverant, interpretandas habendasque curavit, anni ferme reperiuntur sexaginta. Quapropter in illa peregrinatione sua Plato nec Jeremiam videre potuit tanto ante defunctum, nec easdem Scripturas legere, quae nondum fuerant in graecam linguam translatae, qua ille pollebat: nisi forte, quia fuit acerrimi studii, sicut Aegyptias, ita et istas per interpretem didicit, non ut scribendo transferret, quod Ptolemaeus pro ingenti beneficio, qui regia potestate etiam timeri poterat, meruisse perhibetur, sed ut colloquendo, quid continerent, quantum capere posset, addisceret. Hoc ut existimetur, illa suadere videntur indicia, quod liber Geneseos sic incipit: In principio fecit Deus coelum et terram. Terra autem erat invisibilis et incomposita, et tenebrae erant super abyssum, et Spiritus Dei superferebatur super aquam (Gen. I, 1, 2). In Timaeo autem Plato, quem librum de mundi constitutione conscripsit, Deum dicit in illo opere terram primo ignemque junxisse: manifestum est autem quod igni tribuat coeli locum: habet ergo haec sententia quamdam illius similitudinem, qua dictum est, In principio fecit Deus coelum et terram. Deinde illa duo media, quibus interpositis sibimet haec extrema copularentur, aquam dicit et aerem: unde putatur sic intellexisse quod scriptum est, Spiritus Dei superferebatur super aquam. Parum quippe attendens quo more soleat illa Scriptura appellare Spiritum Dei, quoniam et aer spiritus dicitur, quatuor opinatus elementa loco illo commemorata videri potest. Deinde quod Plato dicit amatorem Dei esse philosophum, nihil sic in illis sacris Litteris flagrat: et maxime illud, quod et me plurimum adducit, ut pene assentiar Platonem illorum Librorum expertem non fuisse, quod cum ad sanctum Moysen ita verba Dei per angelum perferantur, ut quaerenti quod sit nomen ejus, qui eum pergere praecipiebat ad populum Hebraeum ex Aegypto liberandum, respondeatur, Ego sum qui sum; et dices filiis Israel, Qui est, misit me ad vos (Exod.

Se maravillan algunos asociados con nosotros en la gracia de Cristo, cuando oyen o leen que Platón sintió acerca de Dios estas cosas, que reconocen que concuerdan mucho con la verdad de nuestra religión. Por lo cual algunos pensaron que él, cuando marchó a Egipto, oyó al profeta Jeremías, o leyó las Escrituras proféticas en aquella misma peregrinación: cuya opinión ciertamente puse en algunos de mis libros. Pero computada diligentemente la razón de los tiempos, que se contiene en la historia crónica, indica que Platón nació casi cien años después del tiempo en que Jeremías profetizó: y habiendo vivido ochenta y un años, desde el año de su muerte hasta aquel tiempo en que el rey Tolomeo de Egipto pidió las Escrituras proféticas de la nación de los hebreos de Judea, y procuró que fuesen interpretadas y tenidas por setenta varones hebreos, que también conocían la lengua griega, se hallan casi sesenta años. Por lo cual, en aquella su peregrinación, Platón ni pudo ver a Jeremías, muerto tanto tiempo antes, ni leer las mismas Escrituras, que aún no habían sido trasladadas a la lengua griega, en la cual él era poderoso: a no ser que tal vez, porque fue de muy agudo estudio, así como las egipcias, así también aprendiera estas por medio de un intérprete, no para trasladarlas escribiendo, lo que Tolomeo se dice haber merecido por un ingente beneficio, quien por la potestad regia podía también ser temido, sino para aprender conversando qué contenían, cuanto pudiera captar. Para que se piense esto, parecen persuadir aquellos indicios de que el libro del Génesis comienza así: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra. Pero la tierra era invisible e incompuesta, y las tinieblas estaban sobre el abismo, y el Espíritu de Dios era llevado sobre el agua (Gén. I, 1, 2). Pero en el Timeo, libro que Platón escribió sobre la constitución del mundo, dice que Dios en aquella obra unió primero la tierra y el fuego: pero es manifiesto que al fuego atribuye el lugar del cielo: tiene, pues, esta sentencia cierta semejanza con aquella en que se dijo: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra. Después, aquellos dos medios por los cuales estos extremos se acoplaran entre sí, dice que son el agua y el aire: de donde se piensa que así entendió lo que está escrito: El Espíritu de Dios era llevado sobre el agua. Pues atendiendo poco a qué costumbre suele aquella Escritura llamar Espíritu de Dios, puesto que también el aire se llama espíritu, puede parecer que opinó que en aquel lugar se conmemoraban los cuatro elementos. Luego, aquello que Platón dice que el filósofo es amador de Dios, nada brilla tanto en aquellas sagradas Letras: y sobre todo aquello que más me induce a asentir casi que Platón no fue ajeno a aquellos Libros, que cuando las palabras de Dios fueron llevadas por el ángel al santo Moisés de tal modo que, al preguntarle cuál era su nombre de quien le mandaba partir hacia el pueblo hebreo para librarlo de Egipto, se respondió: Yo soy el que soy; y dirás a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros (Exod.

III, 14); tanquam in ejus comparatione qui vere est quia incommutabilis est, ea quae mutabilia facta sunt non sint: vehementer hoc Plato tenuit, et diligentissime commendavit. Et nescio utrum hoc uspiam reperiatur in libris eorum qui ante Platonem fuerunt, nisi ubi dictum est, Ego sum qui sum; et dices eis, Qui est, misit me ad vos.

Caput XII.

Quod etiam Platonici, licet de uno vero Deo bene senserint, multis tamen diis sacra facienda censuerint.

Sed undecumque ille ista didicerit, sive praecedentibus eum veterum libris, sive potius quomodo dicit Apostolus, quia quod notum est Dei, manifestum est in illis; Deus enim illis manifestavit: invisibilia enim ejus, a constitutione mundi, per ea quae facta sunt, intellecta conspiciuntur; sempiterna quoque ejus virtus et divinitas (Rom. I, 19, 20): nunc non immerito me Platonicos philosophos elegisse cum quibus agam, quod in ista quaestione, quam modo suscepimus, agitur de naturali theologia, utrum propter felicitatem, quae post mortem futura est, uni Deo, an pluribus sacra facere oporteat, satis, ut existimo, exposui.

1. [XII.] Ideo quippe hos potissimum elegi, quoniam de uno Deo, qui fecit coelum et terram, quanto melius senserunt, tanto caeteris gloriosiores et illustriores habentur: in tantum aliis praelati judicio posterorum, ut cum Aristoteles, Platonis discipulus, vir excellentis ingenii, et eloquio Platoni quidem impar, sed multos facile superans, sectam Peripateticam condidisset, quod deambulans disputare consueverat, plurimosque discipulos praeclara fama excellens, vivo adhuc praeceptore in suam haeresim congregasset, post mortem vero Platonis Speusippus, sororis ejus filius, et Xenocrates, dilectus ejus discipulus, in scholam ejus, quae Academia vocabatur, eidem successissent, atque ob hoc et ipsi et eorum successores Academici appellarentur; recentiores tamen philosophi nobilissimi, quibus Plato sectandus placuit, noluerint se dici Peripateticos, aut Academicos, sed Platonicos. Ex quibus sunt valde nobilitati Graeci, Plotinus, lamblichus, Porphyrius: in utraque autem lingua, id est et graeca et latina, Apuleius Afer exstitit Platonicus nobilis. Sed hi omnes, et caeteri ejusmodi, et ipse Plato, diis plurimis esse sacra facienda putaverunt.

Caput XIII.

De sententia Platonis, qua definivit deos non esse nisi bonos amicosque virtutum.

III, 14); como si en comparación de aquel que verdaderamente es porque es inconmutable, las cosas que han sido hechas mudables no fueran: vehementemente sostuvo Platón esto, y diligentísimamente lo recomendó. Y no sé si esto se halle en alguna parte en los libros de aquellos que fueron antes de Platón, sino donde se dijo: Yo soy el que soy; y les dirás: El que es, me envió a vosotros.

Capítulo XII.

Que también los platónicos, aunque sintieron bien acerca del único Dios verdadero, sin embargo juzgaron que debían hacerse sacrificios a muchos dioses.

Pero de dondequiera que él aprendiera estas cosas, sea por los libros precedentes de los antiguos, o más bien como dice el Apóstol: "porque lo que de Dios se conoce es manifiesto en ellos; pues Dios se lo manifestó: porque lo invisible de él, desde la constitución del mundo, se ve claramente comprendido por medio de las cosas que han sido hechas; también su eterno poder y divinidad" (Rom. I, 19, 20): ahora ya he expuesto suficientemente, según estimo, por qué no sin mérito elegí a los filósofos platónicos con quienes tratar, porque en esta cuestión que ahora hemos emprendido se trata de la teología natural, sobre si, por causa de la felicidad que ha de haber después de la muerte, conviene hacer sacrificios a un solo Dios o a muchos.

1. [XII.] Por eso ciertamente elegí a estos preferentemente, ya que, cuanto mejor sintieron acerca del único Dios que hizo el cielo y la tierra, tanto más gloriosos e ilustres son tenidos que los demás: hasta tal punto antepuestos a los otros por el juicio de los posterios, que habiendo Aristóteles, discípulo de Platón, varón de excelente ingenio, e inferior por cierto a Platón en la elocuencia, pero superando fácilmente a muchos, fundado la secta peripatética, porque acostumbraba disputar paseando, y sobresaliendo con preclara fama había congregado a muchísimos discípulos en su propia herejía viviendo aún su maestro, después de la muerte de Platón, Espeusipo, hijo de su hermana, y Jenócrates, su amado discípulo, le sucedieron en su escuela, que se llamaba Academia, y por esto tanto ellos como sus sucesores se llamaban académicos; sin embargo, los filósofos más recientes y nobleza a quienes plugo seguir a Platón, no quisieron ser llamados peripatéticos o académicos, sino platónicos. De los cuales son muy ennoblecidos los griegos Plotino, Jámblico, Porfirio: y en ambas lenguas, esto es, tanto en la griega como en la latina, Apuleyo el Africano existió como noble platónico. Pero todos estos, y los demás de esa clase, y el mismo Platón, pensaron que debían hacerse sacrificios a muchísimos dioses.

Capítulo XIII.

De la sentencia de Platón, por la cual definió que los dioses no son sino buenos y amigos de las virtudes.

Quanquam ergo a nobis et in aliis multis rebus magnisque dissentiant, in hoc tamen quod modo posui, quia neque parva res est, et inde nunc quaestio est, primum ab eis quaero, quibus diis istum cultum exhibendum arbitrentur, utrum bonis, an malis, an et bonis et malis. Sed habemus sententiam Platonis, dicentis omnes deos bonos esse, nec esse omnino ullum deorum malum (Lib. 10 de Legibus, et de Republica, lib. 2). Consequens est igitur, ut bonis haec exhibenda intelligantur: tunc enim diis exhibentur; quoniam nec dii erunt, si boni non erunt. Hoc si ita est, (nam de diis quid aliud decet credere?) illa profecto vacuatur opinio, qua nonnulli putant deos malos sacris placandos esse, ne laedant; bonos autem, ut adjuvent, invocandos. Mali enim nulli sunt dii: bonis porro debitus, ut dicunt, honor sacrorum est deferendus. Qui sunt ergo illi qui ludos scenicos amant, eosque divinis rebus adjungi et suis honoribus flagitant exhiberi? quorum vis non eos indicat nullos, sed iste affectus nimirum indicat malos. Quid enim de ludis scenicis Plato senserit, notum est; cum poetas ipsos, quod tam indigna deorum majestate atque bonitate carmina composuerint, censet civitate pellendos. Qui sunt igitur isti dii, qui de scenicis ludis cum ipso Platone contendunt? Ille quippe non patitur deos falsis criminibus infamari: isti eisdem criminibus suos honores celebrari jubent. Denique isti cum eosdem ludos instaurari praeciperent, poscentes turpia, etiam maligna gesserunt, Tito Latinio auferentes filium, et immittentes morbum, quod eorum abnuisset imperium, eumque morbum retrahentes, cum jussa complesset: iste autem illos nec tam malos timendos putat, sed suae sententiae robur constantissime retinens, omnes poetarum sacrilegas nugas, quibus illi immunditiae societate oblectantur, a populo bene instituto removere non dubitat. Hunc autem Platonem, quod jam in secundo libro commemoravi (Cap. 14), inter semideos Labeo ponit. Qui Labeo numina mala victimis cruentis atque hujusmodi supplicationibus placari existimat, bona vero ludis, et talibus quasi ad laetitiam pertinentibus rebus. Quid est ergo quod semideus Plato non semideis, sed deis, et hoc bonis, illa oblectamenta, quia judicat turpia, tam constanter audet auferre? Qui sane dii refellunt sententiam Labeonis: nam se in Latinio non lascivos tantum atque ludibundos, sed etiam saevos terribilesque monstrarunt. Exponant ergo nobis ista Platonici, qui omnes deos secundum auctoris sui sententiam bonos et honestos et virtutibus sapientium esse socios arbitrantur, aliterque de ullo deorum sentiri nefas habent. Exponimus, inquiunt. Attente igitur audiamus.

Aunque, por lo tanto, disientan de nosotros en muchas otras y grandes cosas, sin embargo en esto que acabo de poner, porque no es cosa pequeña, y de ahí ahora es la cuestión, primero les pregunto a cuáles dioses juzgan que debe exhibirse este culto, si a los buenos, o a los malos, o tanto a los buenos como a los malos. Pero tenemos la sentencia de Platón, diciendo que todos los dioses son buenos, ni hay en absoluto ninguno de los dioses malo (Libro 10 de las Leyes, y de la República, libro 2). Es consecuente, por tanto, que se entienda que estas cosas deben exhibirse a los buenos: pues entonces se exhiben a los dioses; ya que ni serán dioses si no fueren buenos. Si esto es así (pues ¿qué otra cosa conviene creer acerca de los dioses?), queda ciertamente vacía aquella opinión por la cual algunos piensan que los dioses malos deben ser aplacados con sacrificios para que no dañen; y que los buenos deben ser invocados para que ayuden. Pues no hay ningunos dioses malos: por lo demás, el debido honor de los sacrificios, según dicen, ha de ser diferido a los buenos. ¿Quiénes son, pues, aquellos que aman los juegos escénicos, y exigen que se añadan a las cosas divinas y que se exhiban en sus honores? cuya fuerza no indica que no sean nada, sino que aquel afecto sin duda indica que son malos. Pues qué sintió Platón acerca de los juegos escénicos, es conocido; ya que juzga que los mismos poetas, porque compusieron poemas tan indignos de la majestad y bondad de los dioses, deben ser expulsados de la ciudad. ¿Quiénes son, por tanto, estos dioses, que contienden con el mismo Platón acerca de los juegos escénicos? Él, por cierto, no sufre que los dioses sean infamados con falsos crímenes: estos mandan que sus honores se celebren con los mismos crímenes. Finalmente, estos, cuando mandaban que se instauraran los mismos juegos, pidiendo cosas torpes, incluso obraron malignamente, quitándole el hijo a Tito Latinio, e infundiéndole una enfermedad, porque había rehusado su imperio, y retirando aquella enfermedad, cuando hubo cumplido lo mandado: pero él piensa que aquellos, ni siendo tan malos, deben ser temidos, sino reteniendo constantísimamente la fuerza de su sentencia, no duda en remover de un pueblo bien instituido todas las sacrílegas naderías de los poetas, con las cuales aquellos se deleitan por una sociedad de inmundicia. Pero a este Platón, lo que ya conmemoré en el segundo libro (Capítulo 14), Labeón lo pone entre los semidioses. Este Labeón juzga que los númenes malos deben ser aplacados con víctimas cruentas y súplicas de esta clase, pero los buenos con juegos y tales cosas pertenecientes como a la alegría. ¿Qué es, pues, lo que el semidiós Platón se atreve tan constantemente a quitar aquellos deleites, porque los juzga torpes, no a los semidioses, sino a los dioses, y esto buenos? Los cuales dioses ciertamente rebaten la sentencia de Labeón: pues se mostraron en Latinio no solo como lascivos y juguetones, sino también como saevos y terribles. Expóngannos, pues, esto los platónicos, que juzgan que todos los dioses según la sentencia de su autor son buenos y honestos y compañeros de las virtudes de los sabios, y tienen por nefas sentir de otro modo de cualquiera de los dioses. Exponamos, dicen. Escuchemos, pues, atentamente.

Caput XIV.

De opinione eorum qui rationales animas trium generum esse dixerunt, id est, in diis coelestibus, in daemonibus aeriis, et in hominibus terrenis.

1. Omnium inquiunt, animalium, in quibus est anima rationalis, tripartita divisio est, in deos, homines, daemones. Dii excelsissimum locum tenent, homines infimum, daemones medium. Nam deorum sedes in coelo est, hominum in terra, in aere daemonum. Sicut eis diversa dignitas est locorum, ita etiam naturarum. Proinde dii sunt hominibus daemonibusque potiores; homines vero infra deos et daemones constituti sunt, ut elementorum ordine, sic differentia meritorum. Daemones igitur medii, quemadmodum diis, quibus inferius habitant, postponendi, ita hominibus, quibus superius, praeferendi sunt. Habent enim cum diis communem immortalitatem corporum, animorum autem cum hominibus passiones. Quapropter non est mirum, inquiunt, si etiam ludorum obscenitatibus et poetarum figmentis delectantur; quandoquidem humanis capiuntur affectibus, a quibus dii longe absunt et modis omnibus alieni sunt. Ex quo colligitur, Platonem poetica detestando et prohibendo figmenta, non deos, qui omnes boni et excelsi sunt, privasse ludorum scenicorum voluptate, sed daemones.

2. Haec si ita sunt, quae licet apud alios quoque reperiantur, Apuleius tamen Platonicus Madaurensis de hac re sola unum scripsit librum, cujus titulum esse voluit, De deo Socratis: ubi disserit et exponit, ex quo genere numinum Socrates habebat adjunctum et amicitia quadam conciliatum, a quo perhibetur solitus admoneri, ut desisteret ab agendo, quando id quod agere volebat, non prospere fuerat eventurum. Dicit enim apertissime, et copiosissime asserit, non illum Deum fuisse, sed daemonem, diligenti disputatione pertractans istam Platonis de deorum sublimitate et hominum humilitate et daemonum medietate sententiam. Haec ergo si ita sunt, quonam modo ausus est Plato, etiamsi non diis, quos ab omni humana contagione semovit, certe ipsis daemonibus, poetas urbe pellendo, auferre theatricas voluptates, nisi quia hoc pacto admonuit animum humanum, quamvis adhuc in his moribundis membris positum, pro splendore honestatis impura daemonum jussa contemnere, eorumque immunditiam detestari?

Capítulo XIV.

Sobre la opinión de aquellos que dijeron que las almas racionales son de tres géneros, esto es, en los dioses celestiales, en los demonios aéreos y en los hombres terrenos.

1. De todos los animales, dicen, en los que hay alma racional, la división es tripartita, en dioses, hombres, demonios. Los dioses ocupan el lugar más excelso, los hombres el ínfimo, los demonios el medio. Pues la sede de los dioses está en el cielo, de los hombres en la tierra, en el aire de los demonios. Así como diversa es para ellos la dignidad de los lugares, así también de las naturalezas. Por consiguiente, los dioses son más potentes que los hombres y los demonios; pero los hombres están constituidos por debajo de los dioses y los demonios, tanto por el orden de los elementos como por la diferencia de los méritos. Los demonios, pues, intermedios, así como han de ser pospuestos a los dioses, por debajo de los cuales habitan, así han de ser antepuestos a los hombres, por encima de los cuales están. Pues tienen con los dioses común la inmortalidad de los cuerpos, pero con los hombres las pasiones de los ánimos. Por lo cual no es maravilla, dicen, si también se deleitan con las obscenidades de los juegos y los fingimientos de los poetas; puesto que son captados por los afectos humanos, de los cuales los dioses están lejos y en todos los modos ajenos. De lo cual se colige que Platón, al detestar y prohibir los fingimientos poéticos, no privó a los dioses, que todos son buenos y excelsos, del placer de los juegos escénicos, sino a los demonios.

2. Si estas cosas son así, que aunque se encuentren también en otros, sin embargo Apuleyo, platónico madaurense, de este solo asunto escribió un libro, cuyo título quiso que fuera "Sobre el dios de Sócrates": donde diserta y expone de qué género de númenes Sócrates tenía uno adjunto y conciliado por cierta amistad, por quien se dice haber solido ser amonestado para que desistiera de actuar, cuando aquello que quería actuar no iba a suceder prósperamente. Pues dice abiertamente, y afirma copiosísimamente, que aquel no fue Dios, sino demonio, tratando con diligente disputa aquella sentencia de Platón sobre la sublimidad de los dioses y la humildad de los hombres y la mediación de los demonios. Estas cosas, pues, si son así, ¿de qué modo se atrevió Platón, aunque no a los dioses, a quienes apartó de todo contagio humano, ciertamente a los mismos demonios, al expulsar a los poetas de la ciudad, quitarles los placeres teatrales, sino porque de este modo amonestó al ánimo humano, aunque todavía puesto en estos miembros moribundos, para que, por el esplendor de la honestidad, desprecie los mandatos impuros de los demonios y deteste su inmundicia?

nam si Plato haec honestissime arguit et prohibuit, profecto daemones turpissime poposcerunt atque jusserunt. Aut ergo fallitur Apuleius, et non ex isto genere numinum habuit amicum Socrates; aut contraria inter se sentit Plato, modo daemones honorando, modo eorum delicias a civitate bene morata removendo; aut non est Socrati amicitia daemonis gratulanda, de qua usque adeo et ipse Apuleius erubuit, ut De deo Socratis praenotaret librum, quem secundum suam disputationem, qua deos a daemonibus tam diligenter copioseque discernit, non appellare De deo, sed De daemone Socratis debuit. Maluit autem hoc in ipsa disputatione, quam in titulo libri ponere. Ita enim per sanam doctrinam, quae humanis rebus illuxit, omnes vel pene omnes daemonum nomen exhorrent, ut quisquis ante disputationem Apuleii, qua daemonum dignitas commendatur, titulum libri, De daemone Socratis legeret, nequaquam illum hominem sanum fuisse sentiret. Quid autem etiam ipse Apuleius, quod in daemonibus laudaret, invenit, praeter subtilitatem et firmitatem corporum, et habitationis altiorem locum? nam de moribus eorum, cum de omnibus generaliter loqueretur, non solum nihil boni dixit, sed etiam plurimum mali. Denique lecto illo libro prorsus nemo miratur eos etiam scenicam turpitudinem in rebus divinis habere voluisse, et, cum deos se putari velint, deorum criminibus oblectari potuisse, et quidquid in eorum sacris obscena solemnitate seu turpi crudelitate vel ridetur, vel horretur, eorum affectibus convenire.

Caput XV.

Quod neque propter aeria corpora, neque propter superiora habitacula daemones hominibus antecellant.

1. Quamobrem absit ut ista considerans animus veraciter religiosus et vero Deo subditus, ideo arbitretur daemones se ipso esse meliores, quod habeant corpora meliora. Alioquin multas sibi et bestias praelaturus est, quae nos et acrimonia sensuum, et motu facillimo atque celerrimo, et valentia virium, et annosissima firmitate corporum vincunt. Quis hominum videndo aequabitur aquilis et vulturibus? quis odorando canibus? quis velocitate leporibus, cervis, avibus omnibus? quis multum valendo leonibus et elephantis? quis diu vivendo serpentibus, qui etiam deposita tunica senectutem deponere, atque in juventam redire perhibentur? Sed sicut his omnibus ratiocinando et intelligendo meliores sumus, ita etiam daemonibus bene atque honeste vivendo meliores esse debemus.

Pues si Platón honestísimamente arguyó y prohibió estas cosas, ciertamente los demonios torpísimamente las pidieron y mandaron. O bien, pues, se engaña Apuleyo, y no de ese género de númenes tuvo amigo Sócrates; o siente Platón cosas contrarias entre sí, ahora honrando a los demonios, ahora removiendo sus delicias de una ciudad bien morigerada; o no es de felicitar a Sócrates por la amistad de un demonio, de la cual hasta tal punto se avergonzó el mismo Apuleyo, que prenotó el libro "Sobre el dios de Sócrates", el cual según su propia disputa, en la que tan diligente y copiosamente distingue a los dioses de los demonios, no debió llamar "Sobre el dios", sino "Sobre el demonio de Sócrates". Pero prefirió poner esto en la disputa misma que en el título del libro. Pues así por la sana doctrina que ha iluminado las cosas humanas, todos o casi todos aborrecen el nombre de demonios, de modo que quienquiera que antes de la disputa de Apuleyo, en la que se recomienda la dignidad de los demonios, leyera el título del libro "Sobre el demonio de Sócrates", de ningún modo sentiría que aquel hombre hubiera sido sano. ¿Qué encontró, pues, incluso el mismo Apuleyo que alabar en los demonios, fuera de la sutileza y firmeza de los cuerpos y el lugar más alto de la habitación? Pues de sus costumbres, cuando hablaba generalmente de todos, no solo no dijo nada bueno, sino incluso muchísimo malo. Finalmente, leído aquel libro, absolutamente nadie se maravilla de que ellos incluso quisieran tener la torpeza escénica en las cosas divinas y, queriendo que se les crea dioses, pudieran deleitarse con los crímenes de los dioses, y que cualquier cosa que en sus ritos sagrados, sea por obscena solemnidad o torpe crueldad, o se ría o se horrorice, convenga con sus afectos.

Capítulo XV.

Que ni por causa de los cuerpos aéreos, ni por causa de las habitaciones superiores los demonios aventajan a los hombres.

1. Por lo cual lejos esté que el ánimo verdaderamente religioso y sujeto al verdadero Dios, considerando estas cosas, juzgue por eso que los demonios son mejores que él mismo, porque tengan cuerpos mejores. De otro modo preferiría a sí mismo incluso a muchas bestias, que nos vencen tanto por la agudeza de los sentidos, como por el movimiento facilísimo y celérrimo, y por la valentía de las fuerzas, y por la muy añosa firmeza de los cuerpos. ¿Quién de los hombres se igualará a las águilas y buitres en el ver? ¿quién a los perros en el oler? ¿quién a las liebres, ciervos, y a todas las aves en la velocidad? ¿quién a los leones y elefantes en el valer mucho? ¿quién a las serpientes en el vivir largo tiempo, las cuales incluso se dice que al dejar la túnica dejan la vejez y vuelven a la juventud? Pero así como somos mejores que todos estos raciocinando e inteligiendo, así también debemos ser mejores que los demonios viviendo bien y honestamente.

Ob hoc enim et providentia divina eis, quibus nos constat esse potiores, data sunt quaedam potiora corporum munera, ut illud quo eis praeponimur, etiam isto modo nobis commendaretur multo majore cura excolendum esse, quam corpus; ipsamque excellentiam corporalem, quam daemones habere nossemus, prae bonitate vitae, qua illis anteponimur, contemnere disceremus, habituri et nos immortalitatem corporum, non quam suppliciorum aeternitas torqueat, sed quam puritas praecedat animorum.

2. Jam vero de loci altitudine, quod daemones in aere, nos autem habitamus in terra, ita permoveri, ut hinc eos nobis esse praeponendos existimemus, omnino ridiculum est. Hoc enim pacto nobis et omnia volatilia praeponimus. At enim volatilia, cum volando fatigantur, vel reficiendum alimentis corpus habent, terram repetunt, vel ad requiem, vel ad pastum; quod daemones, inquiunt, non faciunt. Numquid ergo placet eis, ut volatilia nobis, daemones autem etiam volatilibus antecellant? Quod si dementissimum est opinari, nihil est quod de habitatione superioris elementi dignos esse daemones existimemus, quibus nos religionis affectu subdere debeamus. Sicut enim fieri potuit ut aeriae volucres terrestribus nobis non solum non praeferantur, verum etiam subjiciantur propter rationalis animae, quae in nobis est, dignitatem; ita fieri potuit ut daemones, quamvis magis aerii sint, terrestribus nobis non ideo meliores sint, quia est aer quam terra superior; sed ideo eis homines praeferendi sint, quoniam spei piorum hominum nequaquam illorum desperatio comparanda est. Nam et illa ratio Platonis, qua elementa quatuor proportione contexit atque ordinat, ita duobus extremis, igni mobilissimo et terrae immobili, media duo, aerem et aquam, interserens, ut quanto aer est aquis et aere ignis, tanto et aquae superiores sint terris; satis nos admonet animalium merita non pro elementorum gradibus aetimare. Et ipse quippe Apuleius cum caeteris terrestre animal hominem dicit (De deo Socratis) qui tamen longe praeponitur animalibus aquatilibus, cum ipsas aquas terris praeponat Plato: ut intelligamus non eumdem ordinem tenendum, cum agitur de meritis animarum, qui videtur esse ordo in gradibus corporum; sed fieri posse ut inferius corpus anima melior inhabitet, deteriorque superius.

Caput XVI.

Quid de moribus atque actionibus daemonum Apuleius Platonicus senserit.

Por esto, pues, también la divina providencia dio ciertos mejores dones de los cuerpos a aquellos de quienes consta que somos más poderosos, para que aquello por lo que les somos antepuestos nos fuera recomendado para ser cultivado con mucho mayor cuidado que el cuerpo; y aprendiéramos a despreciar la misma excelencia corporal, que supiéramos que los demonios tienen, frente a la bondad de la vida por la cual les somos antepuestos, habiendo de tener también nosotros la inmortalidad de los cuerpos, no la que la eternidad de los suplicios atormente, sino la que preceda la pureza de los ánimos.

2. Ya pues, sobre la altura del lugar, de que los demonios habitan en el aire, pero nosotros en la tierra, conmoverse así que de aquí juzguemos que ellos nos han de ser antepuestos, es del todo ridículo. Pues por este pacto nos anteponemos también a todos los volátiles. Pero los volátiles, cuando se fatigan volando, o tienen el cuerpo para ser refaccionado con alimentos, vuelven a la tierra, sea para el descanso, sea para el pasto; lo cual dicen que los demonios no hacen. ¿Acaso les place que los volátiles nos aventajen, pero los demonios incluso aventajen a los volátiles? Lo cual, si es de lo más demente opinar, no hay nada por lo que juzguemos a los demonios dignos por causa de la habitación del elemento superior, para que debamos sujetarnos a ellos con afecto de religión. Pues así como pudo suceder que las aves aéreas no solo no sean preferidas a nosotros los terrestres, sino que incluso sean sujetadas por causa de la dignidad del alma racional que hay en nosotros; así pudo suceder que los demonios, aunque sean más aéreos, no por eso sean mejores que nosotros los terrestres, porque el aire sea superior que la tierra; sino que por eso los hombres han de ser preferidos a ellos, ya que de ningún modo se ha de comparar la desesperación de aquellos con la esperanza de los hombres piadosos. Pues incluso aquella razón de Platón, por la cual teje y ordena los cuatro elementos por proporción, intercalando así los dos medios, el aire y el agua, entre los dos extremos, el fuego movilísimo y la tierra inmóvil, de modo que cuanto es el aire a las aguas y el aire al fuego, tanto también las aguas sean superiores a las tierras; suficientemente nos amonesta a no estimar los méritos de los animales según los grados de los elementos. Y ciertamente el mismo Apuleyo con los demás llama al hombre animal terrestre, quien sin embargo es antepuesto de lejos a los animales acuáticos, aunque Platón anteponga las mismas aguas a las tierras: para que entendamos que no se ha de tener el mismo orden cuando se trata de los méritos de las almas, que el que parece ser el orden en los grados de los cuerpos; sino que puede suceder que un alma mejor habite en un cuerpo inferior, y una peor en uno superior.

Capítulo XVI.

Qué sintió el platónico Apuleyo sobre las costumbres y acciones de los demonios.

De moribus ergo daemonum cum idem Platonicus loqueretur, dixit eos eisdem quibus homines animi perturbationibus agitari, irritari injuriis, obsequiis donisque placari, gaudere honoribus, diversis sacrorum ritibus oblectari, et in eis si quid neglectum fuerit, commoveri (De deo Socratis). Inter caetera etiam dicit, ad eos pertinere divinationes augurum, aruspicum, vatum, atque somniorum: ab his quoque esse miracula magorum (Ibid.). Breviter autem eos definiens ait, daemones esse genere animalia, animo passiva, mente rationalia, corpore aeria, tempore aeterna: horum vero quinque tria priora illis esse quae nobis, quartum proprium, quintum eos cum diis habere commune (Ibid.). Sed video trium superiorum quae nobiscum habent, duo etiam cum diis habere. Animalia quippe esse dicit et deos, qui sua cuique elementa distribuens, in terrestribus animalibus nos posuit cum caeteris quae in terra vivunt et sentiunt, in aquatilibus pisces et alia natatilia, in acriis daemones, in aetheriis deos (Ibid.). Ac per hoc, quod daemones genere sunt animalia, non solum eis cum hominibus, verum etiam cum diis pecoribusque commune est: quod mente rationalia, cum diis et hominibus; quod tempore aeterna, cum diis solis; quod animo passiva, cum hominibus solis; quod corpore aeria, ipsi sunt soli.

Proinde quod genere sunt animalia, non est magnum; quia hoc sunt et pecora: quod mente rationalia, non est supra nos; quia sumus et nos: quod tempore aeterna, quid boni est, si non beata? Melior est enim temporalis felicitas, quam misera aeternitas. Quod animo passiva, quomodo supra nos est; quando et nos hoc sumus, nec ita esset, nisi miseri essemus? Quod corpore aeria, quanti aestimandum est, cum omni corpori praeferatur animae qualiscumque natura; et ideo religionis cultus, qui debetur ex animo, nequaquam debeatur ei rei, quae inferior est animo? Porro si inter illa, quae daemonum esse dicit, annumeraret virtutem, sapientiam, felicitatem, et haec eos diceret habere cum diis aeterna atque communia, profecto aliquid diceret exoptandum magnique pendendum: nec sic eos tamen propter haec tanquam Deum colere deberemus, sed potius ipsum, a quo haec illos accepisse nossemus. Quanto minus nunc honore divino aeria digna sunt animalia, ad hoc rationalia, ut misera esse possint, ad hoc passiva, ut misera sint, ad hoc aeterna, ut miseriam finire non possint?

Hablando, pues, el mismo platónico sobre las costumbres de los demonios, dijo que ellos son agitados por las mismas perturbaciones del ánimo que los hombres, irritados por las injurias, aplacados por los obsequios y dones, que se gozan en los honores, se deleitan con diversos ritos de los sacrificios, y si en ellos algo fuera descuidado, se conmueven (Sobre el dios de Sócrates). Entre otras cosas también dice que a ellos pertenecen las adivinaciones de los augures, de los arúspices, de los vates y de los sueños; que de estos también son los milagros de los magos (Ibíd.). Pero definiéndolos brevemente dice: los demonios son por género animales, por el ánimo pasivos, por la mente racionales, por el cuerpo aéreos, por el tiempo eternos; de estas cinco cosas, ciertamente, las tres primeras son las mismas que nosotros tenemos, la cuarta propia, la quinta la tienen común con los dioses (Ibíd.). Pero veo que de las tres superiores que tienen con nosotros, dos tienen también con los dioses. Pues dice que también los dioses son animales, el cual, distribuyendo a cada uno sus elementos, en los animales terrestres nos puso a nosotros con los demás que viven y sienten en la tierra, en los acuáticos a los peces y otros nadadores, en los aéreos a los demonios, en los etéreos a los dioses (Ibíd.). Y por esto, el que los demonios sean por género animales, no solo es común a ellos con los hombres, sino también con los dioses y las bestias; el que sean por mente racionales, con los dioses y los hombres; el que sean por el tiempo eternos, con los dioses solos; el que sean por el ánimo pasivos, con los hombres solos; el que sean por el cuerpo aéreos, ellos lo son solos.

Por consiguiente, el que sean por género animales no es gran cosa, porque esto son también las bestias; el que sean por mente racionales no está por encima de nosotros, porque lo somos también nosotros; el que sean por el tiempo eternos, ¿qué de bueno tiene si no son bienaventurados? Pues mejor es la felicidad temporal que una eternidad miserable. El que sean por el ánimo pasivos, ¿cómo está por encima de nosotros, cuando también nosotros lo somos, ni sería así si no fuéramos miserables? El que sean por el cuerpo aéreos, ¿en cuánto se ha de estimar, cuando a todo cuerpo se prefiera la naturaleza del alma de cualquier clase que sea; y por eso el culto de la religión, que se debe desde el alma, de ningún modo se deba a aquella cosa que es inferior al alma? Además, si entre aquellas cosas que dice ser de los demonios, enumerara la virtud, la sabiduría, la felicidad, y dijera que ellos tienen estas cosas eternas y comunes con los dioses, ciertamente diría algo deseable y de gran aprecio; ni aun así, sin embargo, deberíamos adorarlos por esto como a Dios, sino más bien a aquel de quien supiéramos que ellos recibieron estas cosas. ¿Cuánto menos dignos de honor divino son ahora los animales aéreos, racionales para esto, para que puedan ser miserables, pasivos para esto, para que sean miserables, eternos para esto, para que no puedan acabar su miseria?

Caput XVII.

An dignum sit eos spiritus ab homine coli, a quorum vitiis eum oporteat liberari.

1. Quapropter, ut omittam caetera, et hoc solum pertractem, quod nobiscum daemones dixit habere commune, id est animi passiones, si omnia quatuor elementa suis animalibus plena sunt, immortalibus ignis et aer, mortalibus aqua et terra; quaero cur animi daemonum passionum turbellis et tempestatibus agitentur? Perturbatio est enim, quae graece πάθος dicitur: unde illa voluit vocare animo passiva; quia verbum, de verbo πάθος, passio diceretur motus animi contra rationem. Cur ergo sunt ista in animis daemonum, quae in pecoribus non sunt? Quoniam, si quid in pecore simile apparet, non est perturbatio; quia non est contra rationem, qua pecora carent. In hominibus autem ut sint istae perturbationes, facit hoc stultitia, vel miseria. Nondum enim sumus in illa perfectione sapientiae beati, quae nobis ab hac mortalitate liberatis in fine promittitur. Deos vero ideo dicunt istas perturbationes non perpeti, quia non solum aeterni, verum etiam beati sunt. Easdem quippe animas rationales etiam ipsos habere perhibent, sed ab omni labe ac peste purissimas. Quamobrem si propterea dii non perturbantur, quod animalia sunt beata, non misera; et propterea pecora non perturbantur, quod animalia sunt, quae nec beata possunt esse, nec misera: restat ut daemones sicut homines ideo perturbentur, quod animalia sunt non beata, sed misera.

2. [XVII.] Qua igitur insipientia, vel potius amentia per aliquam religionem daemonibus subdimur, cum per veram religionem ab ea vitiositate, qua illis sumus similes, liberemur? Cum enim daemones, quod et iste Apuleius, quamvis eis plurimum parcat, et divinis honoribus dignos censeat, tamen cogitur confiteri, ira instigentur; nobis vera religio praecipit, ne ira instigemur, sed ei potius resistamus. Cum daemones donis invitentur, nobis vera religio praecipit, ne cuiquam donorum acceptione faveamus. Cum daemoes honoribus mulceantur, nobis vera religio praecipit, ut talibus nullo modo moveamur. Cum daemones quorumdam hominum osores, quorumdam amatores sint, non prudenti tranquilloque judicio, sed animo, ut appellat ipse, passivo; nobis vera religio praecipit, ut inimicos nostros etiam diligamus (Matth. V, 44). Postremo omnem motum cordis et salum mentis, omnesque turbellas et tempestates animi, quibus daemones aestuare atque fluctuare asserit, nos vera religio deponere jubet.

Capítulo XVII.

Si sea digno que aquellos espíritus sean colatados por el hombre, de cuyos vicios convenga que él sea librado.

1. Por lo cual, para omitir lo demás, y tratar solo esto que dijo que los demonios tienen en común con nosotros, esto es, las pasiones del ánimo, si los cuatro elementos están llenos de sus animales, el fuego y el aire de inmortales, el agua y la tierra de mortales; pregunto ¿por qué los ánimos de los demonios son agitados por los torbellinos y tempestades de las pasiones? Pues es perturbación lo que en griego se llama páthos: de donde quiso llamarlos pasivos de ánimo; porque la palabra pasión se diría del vocablo páthos, un movimiento del ánimo contra la razón. ¿Por qué pues están estas cosas en los ánimos de los demonios, las cuales no están en las bestias? Porque, si algo semejante aparece en la bestia, no es perturbación; porque no es contra la razón, de la cual las bestias carecen. En los hombres, empero, el que existan estas perturbaciones lo hace la necedad o la miseria. Pues aún no somos bienaventurados en aquella perfección de sabiduría que se nos promete al fin, librados de esta mortalidad. Dicen que los dioses no padecen estas perturbaciones porque no solo son eternos, sino también bienaventurados. Pues refieren que ellos tienen las mismas almas racionales, pero purísimas de toda mancha y peste. Por lo cual, si por eso los dioses no son perturbados, porque son animales bienaventurados, no miserables; y por eso las bestias no son perturbadas, porque son animales que ni pueden ser bienaventurados ni miserables: resta que los demonios, al igual que los hombres, por eso sean perturbados, porque son animales no bienaventurados, sino miserables.

2. [XVII.] ¿Por qué insapiencia, pues, o más bien demencia, somos sujetados a los demonios por alguna religión, cuando por la verdadera religión somos librados de aquella viciosidad por la cual somos semejantes a ellos? Pues cuando los demonios, lo que incluso este Apuleyo, aunque les perdona muchísimo y los juzga dignos de honores divinos, se ve sin embargo obligado a confesar, son instigados por la ira; la verdadera religión nos manda que no seamos instigados por la ira, sino que más bien le resistamos. Cuando los demonios son invitados con dones, la verdadera religión nos manda que no favorezcamos a nadie por la acepción de dones. Cuando los demonios son acariciados con honores, la verdadera religión nos manda que de ningún modo nos movamos por tales cosas. Cuando los demonios son odiadores de algunos hombres y amadores de otros, no por un juicio prudente y tranquilo, sino por un ánimo, como él mismo lo llama, pasivo; la verdadera religión nos manda que amemos incluso a nuestros enemigos (Mat. V, 44). Finalmente, todo movimiento del corazón y vaivén de la mente, y todos los torbellinos y tempestades del ánimo por los cuales afirma que los demonios hierven y fluctúan, la verdadera religión nos ordena deponer.

Quae igitur causa est, nisi stultitia errorque miserabilis, ut ei te facias venerando humilem, cui te cupias vivendo dissimilem; et religione colas, quem imitari nolis, cum religionis summa sit imitari quem colis!

Caput XVIII.

Qualis religio sit, in qua docetur quod homines, ut commendentur diis bonis, daemonibus uti debeant advocatis.

Frustra igitur eis Apuleus, et quicumque ita sentiunt, hunc detulit honorem, sic eos in aere medios, inter aetherium coelum terramque constituens, ut, quoniam nullus deus miscetur homini (Verba Apuleii), quod Platonem dixisse perhibent, isti ad deos perferant preces hominum, et inde ad homines impetrata quae poscunt. Indignum enim putaverunt qui ista crediderunt, misceri homines diis et deos hominibus: dignum autem misceri daemones et diis et hominibus, hinc petita qui allegent, inde concessa qui apportent: ut videlicet homo castus, et ab artium magicarum sceleribus alienus, eos patronos adhibeat, per quos illum dii exaudiant, qui haec amant, quae ille non amando fit dignior quem facilius et libentius exaudire debeant. Amant quippe illi scenicas turpitudines, quas non amat pudicitia: amant in maleficiis magorum mille nocendi artes (Virgil., Aeneid. lib. 7, vers. 338), quas non amat innocentia. Ergo et pudicitia et innocentia, si quid ab diis impetrare voluerit, non poterit suis meritis, nisi suis intervenientibus inimicis. Non est quod iste poetica figmenta, et theatrica ludibria justificare conetur. Habemus contra ista magistrum eorum et tantae apud eos auctoritatis Platonem: si pudor humanus ita de se male meretur, ut non solum diligat turpia, verum etiam divinitati existimet grata.

Caput XIX.

De impietate artis magicae, quae patrocinio nititur spirituum malignorum.

Porro adversus magicas artes, de quibus quosdam nimis infelices et nimis impios etiam gloriari libet, nonne ipsam publicam lucem testem citabo? Cur enim tam graviter ista plectuntur severitate legum, si opera sunt numinum colendorum? An forte istas leges Christiani instituerunt, quibus artes magicae puniuntur? Secundum quem alium sensum, nisi quod haec maleficia generi humano perniciosa esse non dubium est, ait poeta clarissimus, Testor, chara, deos, et te, germana, tuumque Dulce caput, magicas invitam accingier artes? (Virgil., Aeneid. lib. 4, vers. 492, 493.)

¿Qué causa hay, pues, sino la estulticia y el error miserable, para que te hagas humilde venerando a aquel a quien desees ser disímil viviendo; y honres con religión a quien no quieras imitar, siendo así que la suma de la religión es imitar a quien honras!

Capítulo XVIII.

Cuál sea la religión en la que se enseña que los hombres, para ser encomendados a los dioses buenos, deban usar a los demonios como abogados.

En vano, pues, Apuleyo, y cualesquiera que así sienten, les difirió este honor, constituyéndolos así medios en el aire, entre el cielo etéreo y la tierra, para que, ya que ningún dios se mezcla con el hombre (Palabras de Apuleyo), lo cual refieren que dijo Platón, estos lleven a los dioses las preces de los hombres, y de allá traigan a los hombres las cosas que piden una vez impetradas. Pues juzgaron indigno quienes creyeron estas cosas que los hombres se mezclaran con los dioses y los dioses con los hombres: pero digno que los demonios se mezclaran tanto con los dioses como con los hombres, que aleguen lo pedido de aquí, y aporten lo concedido de allá: para que, a saber, el hombre casto, y ajeno a los crímenes de las artes mágicas, emplee a aquellos patronos por los cuales los dioses le eximan, los cuales aman estas cosas que él, al no amarlas, se hace más digno de que deban exaudirle más fácil y gustosamente. Aman ellos, ciertamente, las torpezas escénicas, las cuales no ama la pudicicia: aman en los maleficios de los magos mil artes de dañar (Virgilio, Eneida, lib. 7, v. 338), las cuales no ama la inocencia. Por tanto, tanto la pudicicia como la inocencia, si quisieran impetrar algo de los dioses, no podrán por sus méritos, sino interviniendo sus enemigos. No hay por qué este intente justificar las ficciones poéticas y los ludibrios teatrales. Tenemos contra estas cosas al maestro de ellos y a Platón, de tanta autoridad entre ellos: si es que el pudor humano tan mal merece de sí mismo, que no solo ame las cosas torpes, sino que incluso las juzgue gratas a la divinidad.

Capítulo XIX.

Sobre la impiedad de la arte mágica, que se apoya en el patrocinio de los espíritus malignos.

Además, contra las artes mágicas, de las cuales a algunos demasiado infelices y demasiado impíos les place incluso gloriarse, ¿no citaré como testigo a la misma luz pública? ¿Por qué, pues, estas cosas se castigan tan gravemente con la severidad de las leyes, si son obras de númenes que deben ser colatados? ¿Acaso instituyeron los cristianos esas leyes por las cuales las artes mágicas son castigadas? Según qué otro sentido, sino que no hay duda de que estos maleficios son perniciosos para el género humano, dice el poeta clarísimo: Testor, chara, deos, et te, germana, tuumque Dulce caput, magicas invitam accingier artes? (Virgilio, Eneida, lib. 4, v. 492, 493).

Illud etiam, quod alio loco de his artibus dicit, Atque satas alio vidi traducere messes; (Eclog. 8, vers. 99.) eo quod hac pestifera sceleratagque doctrina fructus alieni in alias terras transferri perhibentur: nonne in duodecim Tabulis, id est Romanorum antiquissimis legibus, Cicero commemorat esse conscriptum, ei qui hoc fecerit supplicium constitutum? Postremo ipse Apuleius numquid apud judices christianos de magicis artibus accusatus est? Quas utique sibi objectas, si divinas et pias esse noverat, et divinarum potestatum operibus congruas, non solum eas confiteri debuit, sed etiam profiteri, leges culpans potius, quibus haec prohiberentur et damnanda putarentur, quae haberi miranda et veneranda oporteret. Ita enim vel sententiam suam persuaderet judicibus, vel, si illi secundum iniquas leges saperent, eumque talia praedicantem atque laudantem morte mulctarent, digna animae illius daemones dona rependerent, pro quorum divinis operibus praedicandis humanam vitam sibi adimi non timeret. Sicut martyres nostri, cum eis pro crimine objiceretur christiana religio, qua noverant se fieri salvos et gloriosissimos in aeternum, non eam negando temporales poenas evadere delegerunt; sed potius confitendo, profitendo, praedicando, et pro hac omnia fideliter fortiterque tolerando, et cum pia securitate moriendo, leges quibus prohibebatur, erubescere compulerunt, mutarique fecerunt. Hujus autem philosophi Platonici copiosissima et disertissima exstat oratio, qua crimen artium magicarum a se alienum esse defendit, seque aliter non vult innocentem videri, nisi ea negando quae non possunt ab innocente committi. At omnia miracula magorum, quos recte sentit esse damnandos, doctrinis fiunt et operibus daemonum; quos viderit cur censeat honorandos, necessarios eos asserens perferendis ad deos nostris precibus, quorum debemus opera devitare, si ad Deum verum preces nostras volumus pervenire. Deinde quaero, quales preces hominum diis bonis per daemones allegari putat, magicas, an licitas? Si magicas, nolunt tales: si licitas, nolunt per tales. Si autem peccator poenitens preces fundit, maxime si aliquid magicum admisit; itane tandem illis intercedentibus accipit veniam, quibus impellentibus aut faventibus se cecidisse plangit in culpam? An et ipsi daemones ut possint poenitentibus mereri indulgentiam, priores agunt, quod eos deceperint, poenitentiam? Hoc nemo unquam de daemonibus dixit: quia si ita esset, nequaquam sibi auderent divinos honores expetere, qui poenitendo desiderarent ad gratiam veniae pervenire. Ibi enim est detestanda superbia, hic humilitas miseranda.

Caput XX.

An credendum sit quod dii boni libentius daemonibus quam hominibus misceantur.

Aquello también que dice en otro lugar de estas artes: Atque satas alio vidi traducere messes; (Écloga 8, v. 99); por el hecho de que por esta pestífera y criminal doctrina los frutos ajenos se dice que son transferidos a otras tierras: ¿no conmemora Cicerón que está escrito en las doce Tablas, esto es, las leyes antiquísimas de los romanos, que se estableció un suplicio para aquel que hiciera esto? Finalmente, ¿acaso Apuleyo mismo fue acusado de artes mágicas ante jueces cristianos? Las cuales ciertamente objetadas a sí, si supiera que eran divinas y piadosas, y congruentes con las obras de las potestades divinas, no solo debió confesarlas, sino incluso profesarlas, culpando más bien a las leyes por las cuales estas cosas se prohibían y se juzgaban dignas de ser condenadas, las cuales convendría que fueran tenidas por admirables y venerables. Pues así, o persuadiría a los jueces de su parecer, o, si ellos supieran según leyes inicuas y mulctaran con la muerte a quien tal predica y loa, los demonios compensarían con dignos dones a su alma, por cuyas divinas obras predicar no temería que se le quitara la vida humana. Como nuestros mártires, cuando se les objetaba como crimen la religión cristiana, por la cual sabían que se hacían salvos y gloriosísimos para la eternidad, no eligieron evadir las penas temporales negándola; sino más bien confesando, profesando, predicando, y por esta tolerando todo fiel y fuertemente, y muriendo con piadosa seguridad, obligaron a avergonzarse a las leyes por las que se prohibía, e hicieron que se cambiaran. De este filósofo platónico existe una oratión copiosísima y disertísima por la cual defiende que el crimen de las artes mágicas le es ajeno, y no quiere ser visto de otro modo inocente sino negando aquellas cosas que no pueden ser cometidas por un hombre inocente. Pero todos los milagros de los magos, a quienes rectamente siente que deben ser condenados, se hacen por las doctrinas y obras de los demonios; a los cuales verá él por qué juzga que deben ser honrados, aserando que son necesarios para llevar nuestras preces a los dioses, cuyas obras debemos evitar si queremos que nuestras preces lleguen al Dios verdadero. Luego pregunto: ¿qué clase de preces de los hombres juzga que son alegadas a los dioses buenos por los demonios, las mágicas o las lícitas? Si las mágicas, no quieren tales; si las lícitas, no quieren por tales. Si empero el pecador penitente derrama preces, máxime si admitió algo mágico; ¿acaso por fin recibe el perdón intercediendo aquellos por cuyo impulso o favor llora haber caído en la culpa? ¿O acaso los mismos demonios, para que puedan merecer indulgencia para los penitentes, hacen primero ellos penitencia porque los engañaron? Esto nadie lo dijo jamás de los demonios: porque si así fuera, de ningún modo se atreverían a pedir para sí honores divinos quienes por la penitencia desearan llegar a la gracia del perdón. Allí está la detestable soberbia, aquí la humildad miserable.

Capítulo XX.

Si se ha de creer que los dioses buenos se mezclan más gustosamente con los demonios que con los hombres.

At enim urgens causa et arctissima cogit daemones medios inter deos et homines agere, ut ab hominibus offerant desiderata, et a diis referant impetrata. Quaenam tandem causa est ista, et quanta necessitas? Quia nullus, inquiunt, Deus miscetur homini. Praeclara igitur sanctitas Dei, qui non miscetur homini supplicanti, et miscetur daemoni arroganti; non miscetur homini poenitenti, et miscetur daemoni decipienti; non miscetur homini confugienti ad divinitatem, et miscetur daemoni fingenti divinitatem; non miscetur homini petenti indulgentiam, et miscetur daemoni suadenti nequitiam; non miscetur homini per philosophicos libros poetas de bene instituta civitate pellenti, et miscetur daemoni a principibus et pontificibus civitatis per scenicos ludos poetarum ludibria requirenti; non miscetur homini deorum crimina fingere prohibenti, et miscetur daemoni se falsis deorum criminibus oblectanti; non miscetur homini magorum scelera justis legibus punienti, et miscetur daemoni magicas artes docenti et implenti; non miscetur homini imitationem daemonis fugienti, et misectur daemoni deceptionem hominis aucupanti!

Caput XXI.

An daemonibus nuntiis et interpretibus dii utantur, fallique se ab eis aut ignorent, aut velint.

1. Sed nimirum tantae hujus absurditatis et indignitatis est magna necessitas, quod scilicet deos aetherios humana curantes quid terrestres homines agerent utique lateret, nisi daemones aerii nuntiarent; quoniam aether longe a terra est alteque suspensus, aer vero aetheri terraeque contiguus. O mirabilem sapientiam! Quid aliud de diis isti sentiunt, quos omnes optimos volunt, nisi eos et humana curare, ne cultu videantur indigni, et propter clementorum distantiam humana nescire, ut credantur daemones necessarii, et ob hoc etiam ipsi putentur colendi, per quos dii possint et quid in rebus humanis agatur addiscere et ubi oportet hominibus subvenire? Hoc si ita est, diis istis bonis magis notus est daemon per corpus vicinum, quam homo per animum bonum. O multum dolenda necessitas, an potius irridenda vel detestanda vanitas, ne sit vana divinitas!

Pero ciertamente una causa urgente y estrechísima obliga a los demonios a actuar como medios entre los dioses y los hombres, para que ofrezcan de parte de los hombres lo deseado, y de parte de los dioses traigan lo impetrado. ¿Cuál es, pues, esta causa, y qué tan grande necesidad? Porque ningún Dios, dicen, se mezcla con el hombre. ¡Preclara, pues, la santidad de Dios, que no se mezcla con el hombre suplicante, y se mezcla con el demonio arrogante; no se mezcla con el hombre penitente, y se mezcla con el demonio engañador; no se mezcla con el hombre que se refugia en la divinidad, y se mezcla con el demonio que finge la divinidad; no se mezcla con el hombre que pide indulgencia, y se mezcla con el demonio que persuade la maldad; no se mezcla con el hombre que por libros filosóficos expele a los poetas de una ciudad bien instituida, y se mezcla con el demonio que por los príncipes y pontífices de la ciudad requiere los ludibrios de los poetas por los juegos escénicos; no se mezcla con el hombre que prohíbe fingir los crímenes de los dioses, y se mezcla con el demonio que se deleita con los falsos crímenes de los dioses; no se mezcla con el hombre que castiga los crímenes de los magos con leyes justas, y se mezcla con el demonio que enseña y cumple las artes mágicas; no se mezcla con el hombre que huye de la imitación del demonio, y se mezcla con el demonio que acecha el engaño del hombre!

Capítulo XXI.

Si los dioses usan a los demonios como nuncios e intérpretes, y si o ignoran que son engañados por ellos, o quieren serlo.

1. Pero sin duda es grande la necesidad de esta tan grande absurdidad e indignidad, a saber, que a los dioses etéreos que cuidan de las cosas humanas les pasaría inadvertido qué hicieran los hombres terrestres, si los demonios aéreos no lo anunciaran; ya que el éter está lejos de la tierra y suspendido en lo alto, y el aire es contiguo al éter y a la tierra. ¡Oh admirable sabiduría! ¿Qué otra cosa sienten estos de los dioses, a quienes todos quieren que sean óptimos, sino que cuidan de lo humano para no parecer indignos de culto, y por la distancia de los elementos ignoran lo humano, para que se crean necesarios los demonios, y por esto también se piense que ellos mismos han de ser adorados, por los cuales los dioses puedan aprender qué se hace en las cosas humanas y dónde conviene socorrer a los hombres? Si esto es así, más conocido es para estos dioses buenos el demonio por el cuerpo vecino, que el hombre por el ánimo bueno. ¡Oh necesidad muy de lamentar, o más bien vanidad que ha de ser reída o detestada, para que no sea vana la divinidad!

Si enim animo ab obstaculo corporis libero animum nostrum videre dii possunt, non ad hoc daemonibus indigent nuntiis: si autem animorum indicia corporalia, qualia sunt vultus, locutio, motus, per corpus suum aetherii dii sentiunt, et inde colligunt quid etiam daemones nuntient, possunt et mendaciis daemonum decipi. Porro si deorum divinitas a daemonibus non potest falli, ab eadem divinitate, quod agimus, non potest ignorari.

2. Vellem autem mihi isti dicerent, utrum diis daemones nuntiaverint de criminibus deorum poetica Platoni displicere figmenta, et sibi ea placere celaverint; an utrumque occultaverint, deosque esse maluerint totius rei hujus ignaros; an utrumque indicaverint, et religiosam erga deos Platonis prudentiam, et in deos injuriosam libidinem suam; an sententiam quidem Platonis, qua noluit deos per impiam licencentiam poetarum falsis criminibus infamari, ignotam diis esse voluerint, suam vero nequitiam, qua ludos scenicos amant, quibus illa deorum dedecora celebrantur, prodere non erubuerint vel timuerint. Horum quatuor, quae interrogando proposui, quodlibet eligant, et in quolibet eorum quantum mali de diis bonis opinentur, attendant. Si enim primum elegerint, confessuri sunt non licuisse diis bonis habitare cum bono Platone, quando eorum injurias prohibebat, et habitasse cum daemonibus malis, quando eorum injuriis exsultabant; cum dii boni hominem bonum longe a se positum nonnisi per malos daemones nossent, quos vicinos nosse non possent. Si autem secundum elegerint, et utrumque occultatum a daemonibus dixerint, ut dii omnino nescirent et Platonis religiosissimam legem et daemonum sacrilegam delectationem; quid in rebus humanis per internuntios daemones dii nosse utiliter possunt, quando illa nesciunt, quae in honorem deorum bonorum religione bonorum hominum contra libidinem malorum daemonum decernuntur? Si vero tertium elegerint, et non solum sententiam Platonis deorum injurias prohibentem, sed etiam daemonum nequitiam deorum injuriis exsultantem, per eosdem daemones nuntios diis innotuisse responderint; hoc nuntiare est, an insultare? Et dii utrumque sic audiunt, sic utrumque cognoscunt, ut non solum malignos daemones deorum dignitati et Platonis religioni contraria cupientes atque facientes a suo accessu non arceant, verum etiam per illos malos propinquos Platoni bono longinquo dona transmittant. Sic enim eos elementorum quasi catenata series colligavit, ut illis a quibus criminantur, conjungi possint; huic a quo defenduntur, non possint: utrumque scientes, sed aeris et terrae pondera transmutare non valentes. Jam quod reliquum est, si quartum elegerint, pejus est caeteris.

Pues si con el ánimo libre del obstáculo del cuerpo pueden los dioses ver nuestro ánimo, no necesitan para esto de los demonios nuncios; pero si los indicios corporales de los ánimos, cuales son el rostro, el habla, el movimiento, los sienten los dioses etéreos por su propio cuerpo, y de ahí coligen lo que también los demonios anuncian, pueden también ser engañados por las mentiras de los demonios. Además, si la divinidad de los dioses no puede ser engañada por los demonios, por la misma divinidad no puede ser ignorado lo que hacemos.

2. Querría que estos me dijeran, si los demonios anunciaron a los dioses que a Platón le desagradaban las ficciones poéticas sobre los crímenes de los dioses, y ocultaron que a ellos les agradaban; o si ocultaron ambas cosas, y prefirieron que los dioses ignoraran todo este asunto; o si indicaron ambas, tanto la religiosa prudencia de Platón hacia los dioses, como la injuriosa libido de ellos contra los dioses; o si quisieron que la sentencia de Platón, por la cual no quiso que los dioses fueran infamados con falsos crímenes por la impía licencia de los poetas, fuera desconocida para los dioses, pero no se avergonzaron ni temieron delatar su propia maldad, con la que aman los juegos escénicos, en los que se celebran aquellos deshonras de los dioses. De estas cuatro cosas que propuse preguntando, elijan la que quieran, y en cualquiera de ellas atiendan cuánto mal piensan de los dioses buenos. Pues si eligen la primera, confesarán que no les fue lícito a los dioses buenos habitar con el bueno de Platón cuando prohibía sus injurias, y habitaron con los demonios malos cuando se regocijaban en sus injurias; puesto que los dioses buenos no conocieron a un hombre bueno puesto lejos de sí sino por los demonios malos, a quienes no pudieron conocer siendo vecinos. Si eligen la segunda, y dicen que ambas cosas fueron ocultadas por los demonios, de modo que los dioses ignoraran del todo tanto la religiosísima ley de Platón como la sacrílega delectación de los demonios; ¿qué pueden los dioses conocer útilmente en las cosas humanas por los internuncios demonios, cuando ignoran aquellas cosas que se decretan en honor de los dioses buenos por la religión de los hombres buenos contra la libido de los demonios malos? Si eligen la tercera, y responden que tanto la sentencia de Platón que prohíbe las injurias de los dioses, como la maldad de los demonios que se regocijan en las injurias de los dioses, llegaron a conocimiento de los mismos dioses por los mismos demonios nuncios; ¿esto es anunciar, o insultar? Y los dioses así oyen ambos, así conocen ambos, que no solo no apartan de su acceso a los malignos demonios que desean y hacen cosas contrarias a la dignidad de los dioses y a la religión de Platón, sino que incluso por aquellos malos vecinos transmiten dones al bueno de Platón lejano. Pues así los ligó la serie de los elementos como encadenada, que a aquellos por quienes son criminamos, puedan unirse; a este por quien son defendidos, no puedan: sabiendo ambos, pero no pudiendo transmutar los pesos del aire y de la tierra. Ya lo que queda, si eligen la cuarta, es peor que lo demás.

Quis enim ferat, si poetarum de diis immortalibus criminosa figmenta et theatrorum indigna ludibria, suamque in his omnibus ardentissimam cupiditatem et suavissimam voluptatem diis daemones nuntiaverunt, et, quod Plato philosophica gravitate de optima republica haec omnia censuit removenda, tacuerunt; ut jam dii boni per tales nuntios nosse cogantur mala pessimorum, nec aliena, sed eorumdem nuntiorum, atque his contraria non sinantur nosse bona philosophorum, cum illa sint in injuriam, ista in honorem ipsorum deorum?

Caput XXII.

De abjiciendo cultu daemonum, contra Apuleium.

Quia igitur nihil istorum quatuor eligendum est, ne in quolibet eorum de diis tam male sentiatur; restat ut nullo modo credendum sit, quod Apuleius persuadere nititur, et quicumque alii sunt ejusdem sententiae philosophi, ita esse medios daemones inter deos et homines tanquam internuntios et interpretes, qui hinc ferant petitiones nostras, inde referant deorum suppetias: sed esse spiritus nocendi cupidissimos, a justitia penitus alienos, superbia tumidos, invidentia lividos, fallacia callidos: qui in hoc quidem aere habitant, quia de coeli superioris sublimitate dejecti, merito irregressibilis transgressionis in hoc sibi congruo velut carcere praedamnati sunt; nec tamen quia supra terras et aquas aeri locus est, ideo et ipsi sunt meritis superiores hominibus, qui eos non terreno corpore, sed electo in auxilium Deo vero, pia mente facillime superant. Sed multis plane participatione verae religionis indignis, tanquam captis subditisque dominantur: quorum maximae parti mirabilibus et fallacibus signis sive factorum, sive praedictorum, deos se esse persuaserunt. Quibusdam vero vitia eorum aliquanto attentius et diligentius intuentibus, non potuerunt persuadere quod dii sint, atque inter deos et homines internuntios ac beneficiorum impetratores se esse finxerunt: si tamen non istum saltem honorem homines eis deferendum putarunt, qui illos nec deos esse credebant, quia malos videbant; deos autem omnes bonos volebant, nec audebant tamen omnino indignos dicere honore divino; maxime ne offenderent populos, a quibus eis cernebant inveterata superstitione per tot sacra et templa serviri.

Caput XXIII.

Quid Hermes Trismegistus de idololatria senserit, et unde scire potuerit superstitiones Aegyptias auferendas.

¿Quién lo aguantaría si los demonios anunciaron a los dioses las criminosas ficciones de los poetas sobre los dioses inmortales y los indignos ludibrios de los teatros, y su propia ardentísima codicia y suavísimo placer en todas estas cosas, y callaron que Platón con filosófica gravedad juzgó que todas estas cosas debían ser removidas de la mejor república; para que ya los dioses buenos se vean obligados por tales nuncios a conocer los males de los peores, y no ajenos, sino de los mismos nuncios, y no se les permita conocer los bienes de los filósofos contrarios a estos, siendo aquello para injuria, y esto para honor de los mismos dioses?

Capítulo XXII.

Sobre el rechazo del culto a los demonios, contra Apuleyo.

Puesto que, por tanto, nada de esas cuatro cosas se ha de elegir, para que en ninguna de ellas se piense tan mal de los dioses; resta que de ningún modo se ha de creer lo que Apuleyo intenta persuadir, y cualesquiera otros filósofos son de la misma sentencia, que así sean los demonios medios entre los dioses y los hombres como internuncios e intérpretes, que de aquí lleven nuestras peticiones, y de allá traigan los socorros de los dioses: sino que son espíritus cupidísimos de dañar, penitus ajenos a la justicia, hinchados de soberbia, lívidos de envidia, astutos en la falacia: los cuales habitan ciertamente en este aire porque, arrojados de la sublimidad del cielo superior, por el mérito de una trasgresión irreversible están precondenados en esta como cárcel congrua para sí; ni sin embargo, porque el lugar del aire esté sobre las tierras y las aguas, por eso también ellos son superiores en méritos a los hombres, quienes no por el cuerpo terreno, sino con el verdadero Dios elegido para auxilio, los superan facilísimamente con mente piadosa. Pero dominan claramente a muchos indignos de la participación de la verdadera religión, como a cautivos y súbditos: a cuya máxima parte, con señales admirables y falaces, sea de hechos, sea de predicciones, persuadieron de que ellos son dioses. A algunos, empero, que atendían un poco más atenta y diligentemente a sus vicios, no pudieron persuadir de que son dioses, y fingieron que ellos son internuncios entre los dioses y los hombres e impetradores de beneficios: si es que sin embargo los hombres no pensaron que al menos ese honor se les debía diferir, los cuales no creían que ellos fueran dioses porque los veían malos; y querían que todos los dioses fueran buenos, ni se atrevían sin embargo a decir que eran del todo indignos de honor divino; máxime para no ofender a los pueblos, por los cuales veían que se les servía con inveterada superstición por tantos sacrificios y templos.

Capítulo XXIII.

Qué sintió Hermes Trismegisto sobre la idolatría, y de dónde pudo saber que las supersticiones egipcias habían de ser quitadas.

1. Nam diversa de illis Hermes Aegyptius, quem Trismegistum vocant, sensit et scripsit. Apuleius enim deos quidem illos negat: sed cum dicit ita inter homines deosque quadam medietate versari, ut hominibus apud ipsos deos necessarii videantur, cultum eorum a supernorum deorum religione non separat. Ille autem Aegyptius alios deos esse dicit a summo Deo factos, alios ab hominibus. Hoc qui audit, sicut a me positum est, putat dici de simulacris, quia opera sunt manuum hominum: at ille visibilia et contrectabilia simulacra, velut corpora deorum esse asserit; inesse autem his quosdam spiritus invitatos, qui valeant aliquid, sive ad nocendum, sive ad desideria eorum nonnulla complenda, a quibus eis divini honores et cultus obsequia deferuntur. Hos ergo spiritus invisibiles per artem quamdam visibilibus rebus corporalis materiae copulare, ut sint quasi animata corpora, illis spiritibus dicata et subdita simulacra, hoc esse dicit deos facere, eamque magnam et mirabilem deos faciendi accepisse homines potestatem. Hujus Aegyptii verba, sicut in nostram linguam interpretata sunt, ponam. Et quoniam de cognatione, inquit, et consortio hominum deorumque nobis indicitur sermo, potestatem hominis, o Asclepi, vimque cognosce. Dominus, inquit, et Pater, vel quod est summum, Deus, ut effector est deorum coelestium, ita homo fictor est deorum qui in templis sunt humana proximitate contenti. Et paulo post: Ita humanitas, inquit, semper memor naturae et originis suae in illa divinitatis imitatione perseverat; ut sicuti Pater ac Dominus, ut sui similes essent, deos fecit aeternos, ita humanitas deos suos ex sui vultus similitudine figuraret. Hic cum Asclepius, ad quem maxime loquebatur, ei respondisset atque dixisset, Statuas dicis, o Trismegiste: tum ille, Statuas, inquit, o Asclepi, videsne quatenus tu ipse diffidas? statuas animatas sensu et spiritu plenas, tantaque facientes et talia; statuas futurorum praescias, eaque sorte, vate, somniis, multisque aliis rebus praedicentes; imbecillitates hominibus facientes, easque curantes, tristitiam laetitiamque pro meritis. An ignoras, o Asclepi, quod Aegyptus imago sit coeli; aut, quod est verius, translatio aut descensio omnium quae gubernantur atque exercentur in coelo; ac si dicendum est, verius terra nostra mundi totius est templum? Et tamen, quoniam praescire cuncta prudentem decet, istud vos ignorare fas non est: Futurum tempus est, quo appareat Aegyptios incassum pia mente divinitatem sedula religione servasse et omnis eorum sancta veneratio in irritum casura frustrabitur.

1. Pues diversas cosas sintió y escribió de ellos Hermes el Egipcio, a quien llaman Trismegisto. Apuleyo, en efecto, niega que aquellos sean dioses; pero cuando dice que de tal modo versan en una cierta medianía entre los hombres y los dioses que parecen necesarios a los hombres ante los mismos dioses, no separa el culto de ellos de la religión de los dioses supernos. Aquel egipcio, empero, dice que unos dioses fueron hechos por el sumo Dios, y otros por los hombres. El que oye esto, tal como ha sido puesto por mí, piensa que se dice de los simulacros, porque son obras de las manos de los hombres; mas él afirma que los simulacros visibles y contrectables son como cuerpos de los dioses; y que hay en ellos ciertos espíritus invitados, que valen algo, sea para dañar, sea para cumplir algunos deseos de aquellos por quienes se les difieren honores divinos y obsequios de culto. Acoplar, pues, estos espíritus invisibles por una cierta arte a las cosas visibles de materia corporal, para que sean como cuerpos animados, simulacros dedicados y súbditos a aquellos espíritus, a esto llama hacer dioses, y que los hombres recibieron esta grande y admirable potestad de hacer dioses. Pondré las palabras de este egipcio, tal como han sido interpretadas a nuestra lengua. Y puesto que, dice, se nos impone el sermón sobre la cognación y consorcio de los hombres y los dioses, conoce la potestad del hombre, oh Asclepio, y su fuerza. El Señor, dice, y Padre, o lo que es sumo, Dios, así como es el hacedor de los dioses celestiales, así el hombre es el fictor de los dioses que están en los templos contentos con la proximidad humana. Y poco después: Así la humanidad, dice, siempre memoria de su naturaleza y origen, persevera en aquella imitación de la divinidad; para que, así como el Padre y Señor, para que fueran semejantes a sí, hizo dioses eternos, así la humanidad figurara sus dioses de la similitud de su propio rostro. Aquí, habiéndole respondido Asclepio, a quien máxime hablaba, y habiéndole dicho: ¿Dices las estatuas, oh Trismegisto?, entonces él: Estatuas, dijo, oh Asclepio, ¿ves hasta qué punto tú mismo desconfías? estatuas animadas, llenas de sentido y espíritu, y que hacen tan grandes y tales cosas; estatuas prescientes de lo futuro, y que lo predicen por suerte, por vate, por sueños y por otras muchas cosas; que causan enfermedades a los hombres y las curan, tristeza y alegría según los méritos. ¿O ignoras, oh Asclepio, que Egipto es imagen del cielo; o, lo que es más verdadero, la traslación o el descenso de todas las cosas que se gobiernan y ejercen en el cielo; y si ha de decirse, más verdaderamente nuestra tierra es el templo de todo el mundo? Y sin embargo, puesto que conviene al prudente presaberlo todo, no os es lícito ignorar esto: vendrá un tiempo futuro en el que aparezca que los egipcios en vano con mente piadosa sirvieron a la divinidad con sedula religión, y toda su santa veneración frustrada caerá en el vacío.

2. Deinde multis verbis Hermes hunc locum exsequitur, in quo videtur hoc tempus praedicere, quo christiana religio, quanto est veracior atque sanctior, tanto vehementius et liberius cuncta fallacia figmenta subvertit; ut gratia verissimi Salvatoris liberet hominem ab eis diis quos facit homo, et ei Deo subdat a quo factus est homo. Sed Hermes, cum ista praedicit, velut amicus eisdem ludificationibus daemonum loquitur, nec christianum nomen evidenter exprimit; sed tanquam ea tollerentur atque delerentur, quorum observatione coelestis similitudo custodiretur in Aegypto, ita haec futura deplorans, luctuosa quodammodo praedicatione testatur. Erat enim de his, de quibus dicit Apostolus, quod cognoscentes Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt; sed evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum: dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt; et immutaverunt gloriam incorrupti Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis (Rom. I, 21-23): et caetera, quae commemorare longum est. Multa quippe talia dicit de uno vero Deo fabricatore mundi, qualia veritas habet: et nescio quomodo illa obscuratione cordis ad ista delabitur, ut diis quos confitetur ab hominibus fieri, semper velit homines subdi, et haec futuro tempore plangat auferri. Quasi quidquam sit infelicius homine, cui sua figmenta dominantur: cum sit facilius, ut tanquam deos colendo, quos fecit, nec ipse sit homo quam ut per ejus cultum dii possint esse, quos fecit homo. Citius enim fit ut homo in honore positus pecoribus non intelligens comparetur (Psal. XLVIII, 13), quam ut operi Dei ad ejus imaginem facto, id est ipsi homini, opus hominis praeferatur. Quapropter merito homo deficit ab illo, qui eum fecit, cum sibi praeficit ipse quod fecit.

3. Haec vana, deceptoria, perniciosa, sacrilega Hermes Aegyptius, quia tempus quo auferrentur venturum sciebat, dolebat: sed tam impudenter dolebat, quam imprudenter sciebat. Non enim haec ei revelaverat Spiritus sanctus, sicut Prophetis sanctis, qui haec praevidentes cum exsultatione dicebant: Si faciet homo deos, et ecce ipsi non sunt dii (Jerem. XVI, 20). Et alio loco: Erit in illo die, dicit Dominus, exterminabo nomina simulacrorum a terra, et non jam erit eorum memoria (Zach. XIII, 2). Proprie vero de Aegypto, quod ad hanc rem attinet, ita sanctus Isaias prophetat: Et movebuntur manufacta Aegypti a facie ejus, et cor eorum vincetur in eis (Isai. XIX, 1): et caetera hujusmodi. Ex quo genere et illi erant, qui venturum quod sciebant, venisse gaudebant: qualis Simeon, qualis Anna, qui mox natum Jesum; qualis Elisabeth, quae etiam conceptum in Spiritu agnovit (Luc. II, 25-38; I, 41-45): qualis Petrus, revelante Patre dicens, Tu es Christus Filius Dei vivi (Matth. XVI, 16).

Luego con muchas palabras Hermes prosigue este lugar, en el que parece presagiar este tiempo en el cual la religión cristiana, cuanto es más verdadera y santa, tanto más vehemente y libremente subvierte todas las falaces ficciones; para que por la gracia del veracísimo Salvador libre al hombre de aquellos dioses que hace el hombre, y lo sujete a aquel Dios por quien fue hecho el hombre. Pero Hermes, cuando presagia estas cosas, habla como amigo de esos mismos ludibrios de los demonios, ni expresa evidentemente el nombre cristiano; sino que, como si se quitaran y borraran aquellas cosas por cuya observación se custodiaba la similitud celestial en Egipto, así deplorando estas cosas futuras, testifica con una predicación en cierto modo luctuosa. Pues era de aquellos de quienes dice el Apóstol que, conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su insensato corazón: pues diciéndose sabios, se hicieron necios; y mudaron la gloria del Dios incorruptible en la similitud de imagen de hombre corruptible (Rom. I, 21-23): y lo demás, que es largo de conmemorar. Pues muchas cosas tales dice del único Dios verdadero fabricador del mundo, cuales tiene la verdad: y no sé cómo por aquella oscurecimiento del corazón se desliza hacia esas cosas, que quiera que los hombres siempre estén sujetos a los dioses que confiesa ser hechos por los hombres, y lamente que estas cosas hayan de ser quitadas en el tiempo futuro. Como si hubiera algo más infeliz que el hombre a quien sus propias ficciones dominan: siendo así que es más fácil que, colatando como dioses las cosas que hizo, ni él mismo sea hombre, que el que por su culto puedan ser dioses las cosas que hizo el hombre. Pues más pronto sucede que el hombre puesto en honor no entendiendo sea comparado con las bestias (Sal. XLVIII, 13), que el que a la obra de Dios hecha a su imagen, esto es, al hombre mismo, se prefiera la obra del hombre. Por lo cual, con razón el hombre desfallece de aquel que lo hizo, cuando se antepone a sí lo que él mismo hizo.

3. Estas cosas vanas, engañosas, perniciosas, sacrílegas, Hermes el Egipcio, porque sabía que vendría el tiempo en que serían quitadas, se dolía: pero se dolía tan impúdicamente como imprudentemente sabía. Pues no se las había revelado el Espíritu Santo como a los santos Profetas, que presintiendo estas cosas decían con exultación: ¿Si hará el hombre dioses, y he aquí que ellos no son dioses? (Jer. XVI, 20). Y en otro lugar: Será en aquel día, dice el Señor, exterminaré los nombres de los simulacros de la tierra, y ya no habrá memoria de ellos (Zac. XIII, 2). Propiamente pues sobre Egipto, en lo que atañe a esta cosa, así profetiza el santo Isaías: Y se moverán las cosas manufacturadas de Egipto ante su faz, y el corazón de ellos será vencido en ellos (Is. XIX, 1): y otras cosas de este género. De cuya clase eran también aquellos que se gozan de que lo que sabían que vendría, hubiera venido: cual Simeón, cual Ana, que pronto reconocieron al nacido Jesús; cual Isabel, que lo reconoció incluso concebido en el Espíritu (Luc. II, 25-38; I, 41-45): cual Pedro, diciendo por revelación del Padre: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mat. XVI, 16).

Huic autem Aegyptio illi spiritus indicaverant futura tempora perditionis suae, qui etiam praesenti in carne Domino trementes dixerunt, Quid venisti ante tempus perdere nos (Id. VIII, 29)? sive quia subitum illis fuit, quod futurum quidem, sed tardius opinabantur; sive quia perditionem suam hanc ipsam dicebant, qua fiebat ut cogniti spernerentur. Et hoc erat ante tempus, id est ante tempus judicii, quo aeterna damnatione puniendi sunt cum omnibus etiam hominibus, qui eorum societate detinentur: sicut religio loquitur, quae nec fallit, nec fallitur; non sicut iste quasi omni vento doctrinae hinc atque inde perflatus (Ephes. IV, 14), et falsis vera permiscens, dolet quasi perituram religionem quam postea confitetur, errorem.

Caput XXIV.

Quomodo Hermes patenter parentum suorum sit confessus errorem, quem tamen doluerit destruendum.

1. Post multa enim ad hoc ipsum redit, ut iterum dicat de diis quos homines fecerunt, ita loquens: Sed jam de talibus sint satis dicta talia. Iterum, inquit, ad hominem rationemque redeamus, ex quo divino dono homo animal dictum est rationale. Minus enim miranda, etsi miranda sunt quae de homine dicta sunt. Omnium enim mirabilium vicit admirationem, quod homo divinam potuit invenire naturam, eamque efficere. Quoniam ergo proavi nostri multum errabant circa deorum rationem increduli, et non animadvertentes ad cultum religionemque divinam, invenerunt artem qua efficerent deos. Cui inventae adjunxerunt virtutem de mundi natura convenientem; eamque miscentes, quoniam animas facere non poterant, evocantes animas daemonum vel angelorum, eas indiderunt imaginibus sanctis divinisque mysteriis, per quas idola et bene faciendi, et male, vires habere potuissent (Pag. 99). Nescio utrum sic confiterentur ipsi daemones adjurati, quomodo iste confessus est. Quoniam, inquit, proavi nostri multum errabant circa deorum rationem increduli, et non animadvertentes ad cultum religionemque divinam, invenerunt artem qua efficerent deos. Numquidnam saltem mediocriter eos dixit errasse, ut hanc artem invenirent faciendi deos; aut contentus fuit dicere, Errabant, nisi adderet et diceret, Multum errabant? Iste ergo multus error et incredulitas non animadvertentium ad cultum religionemque divinam, invenit artem qua efficeret deos. Et tamen quod multus error et incredulitas et a cultu ac religione divina aversio animi invenit, ut homo arte faceret deos, hoc dolet vir sapiens tanquam religionem divinam venturo certo tempore auferri.

A este egipcio, empero, aquellos espíritus le habían indicado los tiempos futuros de su propia perdición, los cuales incluso al Señor presente en la carne dijeron temblando: ¿Por qué viniste antes de tiempo a perdernos? (Mat. VIII, 29); sea porque les fue súbito lo que opinaban que sería ciertamente, pero más tarde; sea porque llamaban su perdición a esta misma cosa por la cual sucedía que conocidos fueran despreciados. Y esto era antes de tiempo, esto es, antes del tiempo del juicio, en el cual han de ser castigados con condenación eterna con todos los hombres también que son detenidos en su sociedad: como habla la religión que ni engaña ni es engañada; no como este que, como aventado por todo viento de doctrina de aquí y de allá (Ef. IV, 14), y mezclando verdades con falsedades, se duele como por una religión que ha de perecer, la cual después confiesa ser un error.

Capítulo XXIV

Cómo Hermes confesó patentemente el error de sus mayores, el cual, sin embargo, dolió que hubiera de ser destruido.

1. Pues después de muchas cosas vuelve a este mismo punto, para hablar de nuevo de los dioses que los hombres hicieron, hablando así: «Pero ya sobre tales cosas sean dichas tales cosas. De nuevo», dice, «volvamos al hombre y a la razón, por cuyo don divino el hombre es llamado animal racional. Pues menos admirables son, aunque sean admirables, las cosas que se han dicho del hombre. Pues sobrepasó la admiración de todas las maravillas el hecho de que el hombre pudo hallar la naturaleza divina y fabricarla. Puesto que, por tanto, nuestros antepasados erraban mucho acerca de la razón de los dioses, siendo incrédulos y no advirtiendo el culto y la religión divina, hallaron el arte con que fabricaran dioses. A la cual invención añadieron una virtud conveniente de la naturaleza del mundo; y mezclándola, puesto que no podían fabricar almas, evocando las almas de los demonios o de los ángeles, las introdujeron en imágenes santas y divinos misterios, por los cuales los ídolos pudieran tener fuerzas tanto de hacer bien como de hacer mal» (Pág. 99). No sé si los mismos demonios conjurados confesarían así como este confesó. «Puesto que», dice, «nuestros antepasados erraban mucho acerca de la razón de los dioses, siendo incrédulos y no advirtiendo el culto y la religión divina, hallaron el arte con que fabricaran dioses». ¿Acaso dijo que ellos habían errado siquiera mediocremente para que hallaran este arte de fabricar dioses, o se contentó con decir «erraban», si no añadiera y dijera «erraban mucho»? Este mucho error, pues, e incredulidad de los que no advertían el culto y la religión divina, halló el arte con que fabricara dioses. Y sin embargo, lo que el mucho error y la incredulidad y la aversión del ánimo del culto y la religión divina halló, a saber, que el hombre por arte fabricara dioses, esto le duele al hombre sabio como si la religión divina hubiera de ser quitada en un tiempo futuro cierto.

Vide si non et vi divina majorum suorum errorem praeteritum prodere, et vi diabolica poenam daemonum futuram dolere compellitur. Si enim proavi eorum multum errando circa deorum rationem incredulitate et aversione animi a cultu ac religione divina invenerunt artem qua deos efficerent; quid mirum, si haec ars detestanda quidquid fecit aversa a religione divina, aufertur religione divina, cum veritas emendat errorem, fides redarguit incredulitatem, conversio corrigit aversionem ?

2. Si enim tacitis causis dixisset, proavos suos invenisse artem qua deos facerent; nostrum fuit utique, si quid rectum piumque saperemus, attendere et vedere nequaquam illos ad hanc artem perventuros fuisse, qua homo deos facit, si a veritate non aberrarent, si ea quae Deo digna sunt crederent, si animum adverterent ad cultum religionemque divinam. Et tamen si causas artis hujus nos diceremus multum errorem hominum et incredulitatem et animi errantis atque infidelis a divina religione aversionem, utcumque ferenda esset impudentia resistentium veritati: cum vero idem ipse, qui potestatem hujus artis super omnia caetera miratur in homine, qua illi deos facere concessum est, et dolet venturum esse tempus, quo haec omnia deorum figmenta ab hominibus instituta, etiam legibus jubeantur auferri; confitetur tamen atque exprimit causas, quare ad ista perventum sit, dicens proavos suos multo errore et incredulitate, et animum non advertendo ad cultum religionemque divinam invenisse hanc artem qua facerent deos: nos quid oportet dicere vel potius quid agere, nisi quantas possumus gratias Domino Deo nostro, qui haec contrariis causis, quam instituta sunt, abstulit? Nam quod instituit multitudo erroris, abstulit via veritatis; quod instituit incredulitas, abstulit fides; quod instituit a cultu divinae religionis aversio, abstulit ad unum verum Deum sanctumque conversio: nec in sola Aegypto, quam solam in isto plangit daemonum spiritus, sed in omni terra quae cantat Domino canticum novum; sicut vere sacrae et vere propheticae Litterae praenuntiarunt, ubi scriptum est, Cantate Domino canticum novum; cantate Domino, omnis terra (Psal. XCV, 1). Titulus quippe psalmi hujus est, Quando domus aedificabatur post captivitatem. Aedificatur enim domus Domino civitas Dei, quae est sancta Ecclesia, in omni terra, post eam captivitatem, qua illos homines, de quibus credentibus in Deum tanquam lapidibus vivis domus aedificatur (I Petr. II, 5), captos daemonia possidebant. Neque enim quia homo deos faciebat, ideo non ab eis possidebatur ipse qui fecerat, quando in eorum societatem colendo traducebatur: societatem dico, non idolorum stolidorum, sed versutorum daemoniorum.

Ved si no es compelido tanto por fuerza divina a descubrir el error pasado de sus mayores, como por fuerza diabólica a dolerse de la pena futura de los demonios. Pues si sus antepasados, errando mucho acerca de la razón de los dioses por incredulidad y aversión del ánimo del culto y la religión divina, hallaron el arte con que fabricaran dioses, ¿qué tiene de extraño si este arte detestable, sea lo que fuere lo que hizo apartada de la religión divina, es quitado por la religión divina, cuando la verdad enmienda el error, la fe redarguye la incredulidad y la conversión corrige la aversión?

2. Pues si con las causas calladas hubiera dicho que sus antepasados habían hallado el arte con que hacían dioses, nos tocaría a nosotros ciertamente, si supiéramos algo recto y piadoso, advertir y ver que de ningún modo ellos habrían llegado a este arte por el cual el hombre hace dioses, si no erraran de la verdad, si creyeran aquellas cosas que son dignas de Dios, si advirtieran el ánimo al culto y la religión divina. Y sin embargo, si nosotros dijéramos que las causas de este arte fueron el mucho error de los hombres y la incredulidad y la aversión del ánimo errante e infiel de la religión divina, de algún modo habría de tolerarse la impudencia de los que resisten a la verdad: pero cuando él mismo, que admira la potestad de este arte sobre todas las demás cosas en el hombre, por la cual le es concedido fabricar dioses, y se duele de que ha de venir el tiempo en que todas estas ficciones de dioses instituidas por los hombres se mande que sean quitadas incluso por las leyes; confiesa sin embargo y expresa las causas por las que se llegó a estas cosas, diciendo que sus antepasados por mucho error e incredulidad, y por no advertir el ánimo al culto y la religión divina, hallaron este arte con que hicieran dioses: ¿qué nos conviene decir o más bien qué hacer, sino dar cuantas gracias podemos al Señor Dios nuestro, que quitó estas cosas por causas contrarias a como fueron instituidas? Pues lo que instituyó la multitud del error, lo quitó el camino de la verdad; lo que instituyó la incredulidad, lo quitó la fe; lo que instituyó la aversión del culto de la religión divina, lo quitó la conversión al único Dios verdadero y santo: ni solo en Egipto, al cual solo en aquel se lamenta el espíritu de los demonios, sino en toda la tierra que canta al Señor un cántico nuevo; como las verdaderamente sagradas y verdaderamente proféticas Letras prenunciaron, donde está escrito: «Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra» (Sal. XCV, 1). Pues el título de este salmo es: «Cuando la casa se edificaba después de la cautividad». Pues se edifica la casa al Señor, la ciudad de Dios, que es la santa Iglesia, en toda la tierra, después de aquella cautividad por la cual a aquellos hombres, de quienes creyendo en Dios como de piedras vivas se edifica la casa (I Ped. II, 5), los demonios poseían cautivos. Pues no porque el hombre hiciera dioses, por eso no era poseído por ellos el mismo que los había hecho, cuando era trasladado a su sociedad colatándolos: sociedad digo, no de ídolos estúpidos, sino de astutos demonios.

Nam quid sunt idola, nisi quod eadem Scriptura dicit, Oculos habent, et non vident (Psal. CXIII, 5): et quidquid tale de materiis licet affabre effigiatis, tamen vita sensuque carentibus, dicendum fuit ? Sed immundi spiritus eisdem simulacris arte illa nefaria colligati, cultorum suorum animas in suam societatem redigendo miserabiliter captivaverant. Unde dicit Apostolus: Scimus quia nihil est idolum; sed quae immolant Gentes, daemoniis immolant, et non Deo: nolo vos socios fieri daemoniorum (I Cor. X, 20): Post hanc ergo captivitatem, qua homines a malignis daemonibus tenebantur, Dei domus aedificatur in omni terra: unde titulum ille psalmus accepit, ubi dicitur, Cantate Domino canticum novum; cantate Domino, omnis terra. Cantate Domino, et benedicte nomen ejus; bene nuntiate diem ex die salutare ejus. Annuntiate in gentibus gloriam ejus, in omnibus populis mirabilia ejus. Quoniam magnus Dominus, et laudabilis nimis, terribilis est super omnes deos. Quia omnes dii Gentium daemonia, Dominus autem coelos fecit (Psal. XCV, 1-5).

3. Qui ergo doluit venturum fuisse tempus, quo auferretur cultus idolorum, et in eos qui colerent dominatio daemoniorum, malo spiritu instigatus semper volebat istam captivitatem manere, qua transacta Psalmus canit aedificari domum in omni terra. Praenuntiabat illa Hermes dolendo; praenuntiabat haec Propheta gaudendo. Et quia Spiritus victor est, qui haec per sanctos Prophetas canebat; etiam Hermes ipse ea quae nolebat et dolebat auferri, non a prudentibus et fidelibus et religiosis, sed ab errantibus et incredulis et a cultu divinae religionis aversis esse instituta, miris modis coactus est confiteri. Qui quamvis eos appellet deos, tamen cum dicit a talibus hominibus factos, quales esse utique non debemus, velit nolit, ostendit colendos non esse ab eis qui tales non sunt, quales fuerunt a quibus facti sunt; hoc est a prudentibus, fidelibus, religiosis: simul etiam demonstrans, ipsos homines, qui eos fecerunt, sibimet importasse, ut eos haberent deos qui dii non erant. Verum est quippe illud propheticum, Si faciet homo deos, et ecce ipsi non sunt dii (Jerem. XVI, 20). Deos ergo tales, talium deos, arte factos a talibus, cum appellasset Hermes; id est, idolis daemones, per artem nescio quam, cupiditatum suarum vinculis illigatos, cum appellaret factos ab hominibus deos, non tamen eis dedit, quod Platonicus Apuleius (unde satis jam diximus, et quam sit inconveniens absurdumque monstravimus), ut ipsi essent interpretes et intercessores inter deos quos fecit Deus, et homines quos idem fecit Deus; hinc afferentes vota, inde munera referentes.

Pues ¿qué son los ídolos, sino lo que la misma Escritura dice: «Tienen ojos y no ven» (Sal. CXIII, 5), y todo lo que de tal modo sobre materias aunque hábilmente efigiadas, sin embargo carentes de vida y sentido, hubo de decirse? Pero los espíritus inmundos ligados a los mismos simulacros por aquel arte nefario, habían cautivado miserablemente las almas de sus cultores reduciéndolas a su sociedad. De donde dice el Apóstol: «Sabemos que nada es el ídolo; pero lo que los gentiles inmolan, a los demonios lo inmolan, y no a Dios: no quiero que os hagáis socios de los demonios» (I Cor. X, 20). Después de esta cautividad, pues, por la cual los hombres eran tenidos por los malignos demonios, la casa de Dios se edifica en toda la tierra: de donde recibió el título aquel salmo, donde se dice: «Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Cantad al Señor, y bendecid su nombre; anunciad bien día tras día su salud. Anunciad entre las gentes su gloria, en todos los pueblos sus maravillas. Porque grande es el Señor y muy loable, terrible es sobre todos los dioses. Porque todos los dioses de las gentes son demonios, el Señor empero hizo los cielos» (Sal. XCV, 1-5).

3. El que, pues, se dolió de que hubiera de venir el tiempo en que se quitara el culto de los ídolos, y sobre los que los colataban la dominación de los demonios, instigado por el mal espíritu, siempre quería que permaneciera aquella cautividad, pasada la cual el Salmo canta que se edifica la casa en toda la tierra. Aquello lo prenunciaba Hermes doliéndose; esto lo prenunciaba el Profeta gozándose. Y porque el Espíritu es vencedor, el cual cantaba estas cosas por los santos Profetas, incluso el mismo Hermes se vio obligado por modos admirables a confesar que aquellas cosas que no quería y le dolía que se quitaran, habían sido instituidas no por los prudentes y fieles y religiosos, sino por los errantes e incrédulos y los apartados del culto de la religión divina. El cual, aunque los llame dioses, sin embargo cuando dice que fueron hechos por tales hombres cuales ciertamente no debemos ser, quiera o no, muestra que no deben ser colatados por los que no son tales cuales fueron aquellos por quienes fueron hechos; esto es, por los prudentes, fieles, religiosos; demostrando al mismo tiempo que los hombres mismos que los hicieron, se atrajeron sobre sí el tener por dioses a los que no eran dioses. Pues es verdad aquel dicho profético: «¿Si hará el hombre dioses, y he aquí que ellos no son dioses?» (Jer. XVI, 20). Cuando, pues, Hermes llamó dioses tales, dioses de tales hombres, hechos por el arte; esto es, cuando llamó dioses hechos por los hombres a los demonios ligados a los ídolos por no sé qué arte, por los vínculos de sus concupiscencias, no les dio, sin embargo, lo que el platónico Apuleyo (de lo cual ya hemos dicho bastante, y cuán inconveniente y absurdo es lo hemos mostrado), a saber, que ellos mismos fueran intérpretes e intercesores entre los dioses que hizo Dios y los hombres que hizo el mismo Dios; trayendo de aquí los votos, llevando de allá los dones.

Nimis enim stultum est credere, deos quos fecerunt homines, plus valere apud deos quos fecit Deus, quam valent ipsi homines, quos idem ipse fecit Deus. Daemon quippe simulacro arte impia colligatus ab homine, factus est Deus; sed tali homini, non omni homini. Qualis est ergo iste deus, quem non faceret homo nisi errans et incredulus et aversus a vero Deo? Porro si daemones qui coluntur in templis, per artem nescio quam imaginibus inditi, hoc est visibilibus simulacris, ab eis hominibus qui hac arte fecerunt deos, cum aberrarent aversique essent a cultu et religione divina, non sunt internuntii nec interpretes inter homines et deos, et propter suos pessimos ac turpissimos mores, et quod homines, quamvis errantes et increduli et aversi a cultu ac religione divina, tamen eis sine dubio meliores sunt, quos deos ipsi arte fecerunt: restat ut quod possunt, tanquam daemones possint, vel quasi beneficia praestando magis nocentes, quia magis decipientes; vel aperte malefaciendo. Nec tamen quodlibet horum, nisi quando et quantum permittuntur alta et secreta Dei providentia: non autem tanquam medii inter homines et deos per amicitiam deorum multum apud homines valeant. Hi enim diis bonis, quos sanctos Angelos nos vocamus rationalesque creaturas sanctae coelestis habitationis, sive Sedes, sive Dominationes, sive Principatus, sive Potestates, amici esse omnino non possunt; a quibus tam longe absunt animi affectione, quam longe absunt a virtutibus vitia, et a bonitate malitia.

Caput XXV.

De his quae sanctis Angelis et hominibus possunt esse communia.

Nullo modo igitur per daemonum quasi medietatem ambiendum est ad benevolentiam seu beneficentiam deorum, vel potius bonorum Angelorum; sed per bonae voluntatis similitudinem, qua cum illis sumus, et cum illis vivimus, et cum illis Deum quem colunt colimus, etsi eos carnalibus oculis videre non possumus: in quantum autem dissimilitudine voluntatis et fragilitate infirmitatis miseri sumus, in tantum ab eis longe sumus vitae merito, non corporis loco. Non enim quia in terra conditione carnis habitamus, sed si immunditia cordis terrena sapimus, non eis jungimur. Cum vero sanamur, ut quales ipsi sunt, simus; fide interim illis propinquamus, si ab illo nos fieri beatos, a quo et ipsi facti sunt, etiam ipsis faventibus credimus.

Caput XXVI.

Quod omnis religio Paganorum circa homines mortuos fuerit impleta.

Pues es demasiado necio creer que los dioses que hicieron los hombres valen más ante los dioses que hizo Dios, que lo que valen los hombres mismos que hizo el mismo Dios. Pues el demonio ligado al simulacro por arte impía por el hombre, fue hecho dios; pero para tal hombre, no para todo hombre. ¿Qué tal es, pues, ese dios que no fabricaría el hombre sino errante e incrédulo y apartado del verdadero Dios? Por lo demás, si los demonios que son colatados en los templos, introducidos por no sé qué arte en las imágenes, esto es, en los simulacros visibles, por aquellos hombres que con este arte hicieron dioses, cuando erraban y estaban apartados del culto y la religión divina, no son mensajeros ni intérpretes entre los hombres y los dioses, tanto por sus pésimas y torpísimas costumbres, como porque los hombres, aunque errantes e incrédulos y apartados del culto y la religión divina, sin duda son mejores que ellos, a quienes ellos mismos hicieron dioses por el arte: resta que lo que pueden, lo puedan como demonios, o prestando beneficios como más nocivos porque más engañadores, o haciendo mal abiertamente. Ni sin embargo nada de esto, sino cuando y cuanto son permitidos por la alta y secreta providencia de Dios; pero no como medios entre los hombres y los dioses por la amistad de los dioses valgan mucho entre los hombres. Pues estos a los dioses buenos, a los cuales nosotros llamamos santos ángeles y criaturas racionales de la santa habitación celestial, sea Tronos, sea Dominaciones, sea Principados, sea Potestades, amigos serles de ningún modo pueden; de los cuales tanto distan por la afección del ánimo, cuanto distan de las virtudes los vicios, y de la bondad la malicia.

Capítulo XXV

De aquellas cosas que pueden ser comunes a los santos ángeles y a los hombres.

De ningún modo pues ha de ambicionarse por medio de una cuasi mediación de los demonios la benevolencia o beneficencia de los dioses, o mejor de los buenos ángeles; sino por la similitud de la buena voluntad, por la cual estamos con ellos, y con ellos vivimos, y con ellos colatamos al Dios que colatan, aunque no podamos verlos con los ojos carnales: pero en cuanto somos míseros por la disimilitud de la voluntad y la fragilidad de la enfermedad, en tanto estamos lejos de ellos por el mérito de la vida, no por el lugar del cuerpo. Pues no porque habitamos en la tierra por la condición de la carne, sino si por la inmundicia del corazón saboreamos las cosas terrenas, no nos unimos a ellos. Cuando empero somos sanados para que seamos cuales ellos son, entre tanto nos acercamos a ellos por la fe, si creemos que por aquel somos hechos bienaventurados por el cual también ellos fueron hechos, incluso favoreciéndonos ellos mismos.

Capítulo XXVI

Que toda la religión de los paganos fue cumplida en torno a hombres muertos.

1. Sane advertendum est quomodo iste Aegyptius, cum doleret tempus esse venturum, quo illa auferrentur ex Aegypto, quae fatetur a multum errantibus et incredulis, et a cultu divinae religionis aversis esse instituta, ait inter caetera: Tunc terra ista sanctissima sedes delubrorum atque templorum, sepulcrorum erit mortuorumque plenissima. Quasi vero, si illa non auferrentur, non essent homines morituri, aut alibi essent mortui ponendi quam in terra: et utique quanto plus volveretur temporis et dierum, tanto major esset numerus sepulcrorum, propter majorem numerum mortuorum. Sed hoc videtur dolere, quod memoriae martyrum nostrorum templis eorum delubrisque succederent: ut videlicet qui haec legunt animo a nobis averso atque perverso, putent a Paganis deos cultos fuisse in templis, a nobis autem coli mortuos in sepulcris. Tanta enim homines impii caecitate in montes quodammodo offendunt, resque oculos suos ferientes nolunt videre, ut non attendant in omnibus litteris Paganorum aut non inveniri, aut vix inveniri deos, qui non homines fuerint, mortuisque divini honores delati sint . Omitto quod Varo dicit, omnes ab eis mortuos existimari Manes deos, et probat per ea sacra, quae omnibus fere mortuis exhibentur, ubi et ludos commemorat funebres, tanquam hoc sit maximum divinitatis indicium, quod non soleant ludi nisi numinibus celebrari.

2. Hermes ipse, de quo nunc agitur, in ipso eodem libro ubi quasi futura praenuntiando deplorans ait, Tunc terra ista sanctissima sedes delubrorum atque templorum, sepulcrorum erit mortuorumque plenissima; deos Aegypti, homines mortuos esse testatur. Cum enim dixisset proavos suos multum errantes circa deorum rationem, incredulos et non animadvertentes ad cultum religionemque divinam, invenisse artem qua efficerent deos; Cui inventae, inquit, adjunxerunt virtutem de mundi natura convenientem, eamque miscentes, quoniam animas facere non poterant, evocantes animas daemonum vel angelorum, eas indiderunt imaginibus sanctis divinisque mysteriis, per quas idola et bene faciendi, et male, vires habere potuissent: denique sequitur tanquam hoc exemplis probaturus, et dicit, Avus enim tuus, o Asclepi, medicinae primus inventor, cui templum consecratum est in monte Libyae circa littus Crocodilorum, in quo ejus jacet mundanus homo, id est corpus: reliquus enim, vel potius totus, si est homo totus in sensu vitae, melior remeavit in coelum, omnia etiam nunc hominibus adjumenta praestans infirmis numine nunc suo; quae ante solebat medicinae arte praebere. Ecce dixit mortuum coli pro deo in eo loco ubi habebat sepulcrum: falsus ac fallens, quod remeavit in coelum.

1. Ciertamente ha de advertirse cómo aquel egipcio, al dolerse de que había de venir el tiempo en que aquellas cosas fueran quitadas de Egipto, las cuales confiesa que fueron instituidas por los que erraban mucho e incrédulos, y apartados del culto de la religión divina, dice entre otras cosas: «Entonces esta tierra santísima, sede de delubros y templos, estará llenísima de sepulcros y de muertos». Como si de veras, si aquello no se quitara, los hombres no hubieran de morir, o los muertos hubieran de ponerse en otro lugar que en la tierra; y ciertamente cuanto más tiempo y días transcurrieran, tanto mayor sería el número de los sepulcros, por el mayor número de los muertos. Pero esto parece dolerle: que las memorias de nuestros mártires sucedieran a sus templos y delubros, para que, a saber, los que leen estas cosas con el ánimo apartado de nosotros y perverso, piensen que por los paganos fueron colatados los dioses en los templos, y por nosotros empero son colatados los muertos en los sepulcros. Pues con tanta ceguedad los hombres impíos tropiezan en los montes, por así decir, y no quieren ver las cosas que hieren sus ojos, que no advierten que en todas las letras de los paganos o no se hallan, o apenas se hallan dioses que no hayan sido hombres, y a los muertos se les hayan tributado honores divinos. Omito lo que dice Varrón, que todos los muertos son estimados por ellos como dioses Manes, y lo prueba por aquellos ritos sagrados que se exhiben a casi todos los muertos, donde también conmemora los juegos fúnebres, como si este fuera el máximo indicio de divinidad, que no suelan celebrarse juegos sino para los númenes.

2. El mismo Hermes, de quien ahora se trata, en ese mismo libro donde, como prenunciando las cosas futuras deplorándolas, dice: «Entonces esta tierra santísima, sede de delubros y templos, estará llenísima de sepulcros y de muertos», testifica que los dioses de Egipto fueron hombres muertos. Pues cuando hubo dicho que sus antepasados, errando mucho acerca de la razón de los dioses, incrédulos y no advirtiendo el culto y la religión divina, hallaron el arte con que fabricaran dioses; «a la cual invención», dice, «añadieron una virtud conveniente de la naturaleza del mundo, y mezclándola, puesto que no podían fabricar almas, evocando las almas de los demonios o de los ángeles, las introdujeron en imágenes santas y divinos misterios, por los cuales los ídolos pudieran tener fuerzas tanto de hacer bien como de hacer mal»; luego sigue como para probar esto con ejemplos, y dice: «Pues tu abuelo, oh Asclepio, primer inventor de la medicina, a quien le fue consagrado un templo en el monte de Libia cerca de la costa de los Cocodrilos, en el cual yace su hombre mundano, esto es, el cuerpo; pues lo restante, o más bien todo, si todo el hombre está en el sentido de la vida, retornó mejor al cielo, prestando incluso ahora todos los auxilios a los hombres enfermos por su numen ahora, los cuales antes solía prestar por el arte de la medicina». He aquí que dijo que un muerto es colatado por dios en aquel lugar donde tenía el sepulcro: falso y engañoso en que retornó al cielo.

Adjungens deinde aliud: Hermes, inquit, cujus avitum mihi nomen est, nonne in sibi cognomine patria consistens, omnes mortales undique venientes adjuvat atque conservat? Hic enim Hermes major, id est Mercurius, quem dicit avum suum fuisse, in Hermopoli, hoc est in sui nominis civitate, esse perhibetur . Ecce duos deos dicit homines fuisse, Aesculapium et Mercurium. Sed de Aesculapio et Graeci et Latini hoc idem sentiunt; Mercurium autem multi non putant fuisse mortalem, quem tamen iste avum suum fuisse testatur. At enim alius est ille, alius iste, quamvis eodem nomine nuncupentur. Non multum pugno, alius ille sit, alius iste: verum et iste, sicut Aesculapius, ex homine deus secundum testimonium tanti apud suos viri, hujus Trismegisti, nepotis sui.

3. Adhuc addit, et dicit: Isin vero uxorem Osiris quam multa bona praestare propitiam, quantis obesse scimus iratam? Deinde ut ostenderet ex hoc genere esse deos, quos illa arte homines faciunt: unde dat intelligi daemones se opinari ex hominum mortuorum animis exstitisse, quos per artem, quam invenerunt homines multum errantes, increduli et irreligiosi, ait inditos simulacris, quia hi qui tales deos faciebant, animas facere non utique poterant: cum de Iside dixisset, quod commemoravi, quantis obesse scimus iratam, secutus adjunxit, Terrenis etenim diis atque mundanis facile est irasci, utpote qui sint ab hominibus ex utraque natura facti atque compositi. Ex utraque natura dicit, ex anima et corpore: ut pro anima sit daemon, pro corpore simulacrum. Unde contigit, inquit, ab Aegyptiis haec sancta animalia nuncupari, colique per singulas civitates eorum animas, quorum sunt consecratae viventes , ita ut eorum legibus incolantur, et eorum nominibus nuncupentur. Ubi est illa velut querela luctuosa, quod terra Aegyptii sanctissima sedes delubrorum atque templorum, sepulcrorum futura esset mortuorumque plenissima? Nempe spiritus fallax, cujus instinctu Hermes ista dicebat, per eum ipsum coactus est confiteri jam tunc illam terram sepulcrorum et mortuorum, quos pro diis colebant, fuisse plenissimam. Sed dolor daemonum per eum loquebatur, qui suas futuras poenas apud sanctorum martyrum memorias imminere moerebant. In multis enim talibus locis torquentur et confitentur, et de possessis hominum corporibus ejiciuntur.

Caput XXVII.

De modo honoris, quem Christiani martyribus impendunt.

Añadiendo luego otro: «Hermes», dice, «cuyo nombre avito me pertenece, ¿acaso consistiendo en su patria del mismo nombre, no ayuda y conserva a todos los mortales que vienen de todas partes?». Pues este Hermes el mayor, esto es, Mercurio, de quien dice que fue su abuelo, se afirma que está en Hermópolis, esto es, en la ciudad de su nombre. He aquí que dice que dos dioses fueron hombres: Esculapio y Mercurio. Pero sobre Esculapio tanto los griegos como los latinos sienten lo mismo; Mercurio empero muchos no piensan que haya sido mortal, el cual sin embargo este testifica que fue su abuelo. Pero por cierto otro es aquel, otro este, aunque sean llamados con el mismo nombre. No peleo mucho, sea aquel otro, este otro: pero también este, como Esculapio, es dios a partir de hombre según el testimonio de tan gran varón entre los suyos, este Trismegisto, su nieto.

3. Todavía añade y dice: «¿Isis empero, esposa de Osiris, cuántos bienes sabemos que presta propicia, a cuántos que daña airada?». Luego para mostrar que de este género son los dioses que los hombres hacen con aquel arte; de donde da a entender que él opina que los demonios han existido a partir de las almas de los hombres muertos, los cuales dice que fueron introducidos en los simulacros por el arte que hallaron los hombres que erraban mucho, incrédulos e irreligiosos, porque estos que hacían tales dioses ciertamente no podían fabricar almas; cuando hubo dicho sobre Isis lo que conmemoré, «a cuántos sabemos que daña airada», añadió seguidamente: «Pues a los dioses terrenos y mundanos les es fácil airarse, como que son hechos y compuestos por los hombres de una y otra naturaleza». De una y otra naturaleza dice, de alma y cuerpo; de modo que por el alma sea el demonio, por el cuerpo el simulacro. «De donde aconteció», dice, «que estas cosas fueran llamadas por los egipcios animales sagrados, y que se colataran por sus ciudades individuales las almas de aquellos cuyas vivientes fueron consagradas, de modo que por sus leyes sean habitadas y por sus nombres sean llamadas». ¿Dónde está aquella cuasi querella luctuosa de que la tierra de Egipto santísima, sede de delubros y templos, habría de estar llenísima de sepulcros y de muertos? Por cierto el espíritu falaz, por cuyo instinto Hermes decía aquello, por él mismo se vio obligado a confesar que ya entonces aquella tierra estaba llenísima de sepulcros y de muertos, a quienes colataban por dioses. Pero el dolor de los demonios hablaba por él, los cuales se lamentaban de que sus penas futuras ante las memorias de los santos mártires fueran inminentes. Pues en muchos lugares tales son atormentados y confiesan, y son arrojados de los cuerpos poseídos de los hombres.

Capítulo XXVII

Del modo del honor que los cristianos tributan a los mártires.

1. Nec tamen nos eisdem martyribus templa, sacerdotia, sacra et sacrificia constituimus: quoniam non ipsi, sed Deus eorum nobis est Deus. Honoramus sane memorias eorum tanquam sanctorum hominum Dei, qui usque ad mortem corporum suorum pro veritate certarunt, ut innotesceret vera religio, falsis fictisque convictis: quod etiam si qui antea sentiebant, timendo reprimebant. Quis autem audivit aliquando fidelium stantem sacerdotem ad altare etiam super sanctum corpus martyris ad Dei honorem cultumque constructum, dicere in precibus, Offero tibi sacrificium, Petre, vel Paule, vel Cypriane; cum apud eorum memorias offeratur Deo, qui eos et homines et martyres fecit; et sanctis suis Angelis coelesti honore sociavit; ut ea celebritate et Deo vero de illorum victoriis gratias agamus, et nos ad imitationem talium coronarum atque palmarum eodem invocato in auxilium ex illorum memoriae renovatione adhortemur? Quaecumque igitur adhibentur religiosorum obsequia in martyrum locis, ornamenta sunt memoriarum, non sacra vel sacrificia mortuorum tanquam deorum . Quicumque etiam epulas suas eo deferunt, quod quidem a christianis melioribus non fit, et in plerisque terrarum nulla talis est consuetudo; tamen quicumque id faciunt, quas cum apposuerint, orant, et auferunt, ut vescantur, vel ex eis etiam indigentibus largiantur, sanctificari sibi eas volunt per merita martyrum in nomine Domini martyrum . Non autem esse ista sacrificia martyrum novit qui novit unum, quod etiam illic offertur, Sacrificium Christianorum.

2. Nos itaque martyres nostros nec divinis honoribus, nec humanis criminibus colimus, sicut colunt illi deos suos: nec sacrificia illis offerimus, nec eorum probra in eorum sacra convertimus. Nam de Iside uxore Osiris, Aegyptia dea, et de parentibus eorum, qui omnes reges fuisse scribuntur, quibus parentibus suis illa cum sacrificaret, invenit hordei segetem, atque inde spicas marito regi et ejus consiliario Mercurio demonstravit, unde eamdem et Cererem volunt, quae et quanta mala, non a poetis, sed mysticis corum litteris memoriae mandata sint, sicut, Leone sacerdote prodente, ad Olympiadem matrem scribit Alexander , legant qui volunt vel possunt, et recolant qui legerunt; et videant quibus hominibus mortuis, vel de quibus eorum factis tanquam diis sacra fuerint instituta. Absit ut eos, quamvis deos habeant, sanctis martyribus nostris, quos tamen deos non habemus, ulla ex parte audeant comparare. Sic enim non constituimus sacerdotes, nec offerimus sacrificia martyribus nostris; quia incongruum, indebitum, illicitum est, atque uni Deo tantummodo debitum: ut nec criminibus suis, nec ludis eos turpissimis oblectemus, ubi vel flagitia isti celebrant deorum suorum, si, cum homines essent, talia commiserunt; vel conficta delectamenta daemonum noxiorum, si homines non fuerunt.

1. Ni empero nosotros constituimos a los mismos mártires templos, sacerdocios, ritos y sacrificios; porque no ellos, sino el Dios de ellos es para nosotros Dios. Honramos ciertamente sus memorias como de hombres santos de Dios, que hasta la muerte de sus cuerpos lucharon por la verdad, para que se diera a conocer la verdadera religión, convictas las falsas y ficticias; lo cual, incluso si algunos lo sentían antes, por temor lo reprimían. ¿Quién empero oyó alguna vez de los fieles al sacerdote en pie ante el altar, construido incluso sobre el santo cuerpo del mártir para honor y culto de Dios, decir en las preces: «Te ofrezco sacrificio, Pedro, o Pablo, o Cipriano»; siendo así que ante sus memorias se ofrece a Dios, que los hizo tanto hombres como mártires, y los asoció con sus santos ángeles en honor celestial; para que con esa celebridad tanto demos gracias al Dios verdadero por las victorias de ellos, como nosotros seamos exhortados a la imitación de tales coronas y palmas, invocado el mismo Dios en auxilio a partir de la renovación de su memoria? Cualesquiera pues obsequios de religiosos que se aplican en los lugares de los mártires, son ornamentos de las memorias, no ritos o sacrificios de muertos como de dioses. Quienesquiera también llevan allá sus banquetes, lo cual ciertamente no se hace por los cristianos mejores, y en muchísimas tierras no hay tal costumbre; sin embargo, quienesquiera que lo hacen, las cuales cosas cuando las han puesto, oran, y las quitan para comer, o también para repartirlas entre los necesitados, quieren que se les santifiquen por los méritos de los mártires en el nombre del Señor de los mártires. Pero que aquello no son sacrificios de los mártires lo sabe quien sabe lo único que también allí se ofrece, el Sacrificio de los cristianos.

2. Nosotros, pues, a nuestros mártires ni con honores divinos ni con crímenes humanos los colatamos, como colatan aquellos a sus dioses; ni les ofrecemos sacrificios, ni sus oprobios los convertimos en ritos sagrados para ellos. Pues sobre Isis, esposa de Osiris, diosa egipcia, y sobre los padres de ellos, que todos se escribe que fueron reyes, a cuyos padres cuando ella sacrificaba, halló una mies de cebada, y de allí mostró las espigas a su marido el rey y a su consejero Mercurio, de donde quieren que ella sea también la misma que Ceres; qué y cuántos males, no por los poetas, sino por sus letras místicas, fueron encomendados a la memoria, como, por revelación del sacerdote León, escribe Alejandro a su madre Olimpia, léanlo los que quieran o puedan, y recuérdenlo los que lo leyeron; y vean a qué hombres muertos, o por qué hechos de ellos como si fueran dioses, fueron instituidos ritos sagrados. ¡Lejos de nosotros que a nuestros santos mártires, a los cuales sin embargo no tenemos por dioses, se atrevan en parte alguna a compararlos con ellos, aunque los tengan por dioses! Pues así no constituimos sacerdotes, ni ofrecemos sacrificios a nuestros mártires; porque es incongruo, indebido, ilícito, y debido solamente al único Dios: de modo que ni con sus crímenes, ni con juegos torpísimos los deleitemos, donde o celebran ellos las infamias de sus dioses, si cuando eran hombres cometieron tales cosas; o deleites fingidos de demonios nocivos, si no fueron hombres.

Ex isto genere daemonum Socrates non haberet deum, si haberet Deum : sed fortasse homini ab illa arte faciendi deos alieno et innocenti, illi importaverint talem deum, qui eadem arte excellere voluerunt. Quid ergo plura? Non esse spiritus istos colendos propter vitam beatam quae post mortem futura est, nullus vel mediocriter prudens ambigit. Sed fortasse dicturi sunt, deos quidem esse omnes bonos, daemones autem alios malos, alios bonos: et eos per quos ad vitam in aeternum beatam perveniamus colendos esse censebunt, quos bonos opinantur. Quod quale sit, jam in volumine sequenti videndum est.

De este género de demonios Sócrates no tendría un dios si tuviera a Dios; pero tal vez a un hombre ajeno e inocente de aquel arte de fabricar dioses, le introdujeron tal dios aquellos que quisieron sobresalir en la misma arte. ¿Qué pues más? Que no han de ser colatados estos espíritus por causa de la vida bienaventurada que ha de ser en el futuro después de la muerte, ningún hombre siquiera mediocremente prudente lo duda. Pero tal vez han de decir que todos los dioses ciertamente son buenos, pero que de los demonios unos son malos, otros buenos; y pensarán que han de ser colatados aquellos por quienes lleguemos a la vida eternamente bienaventurada, a quienes opinan que son buenos. Lo que tal sea, ha de verse ya en el volumen siguiente.